TEXAS EN LA ÉPOCA COLONIAL

Donald E. Chipman

COLECCIONES MAPFRE 1492

La presencia de España en la costa del golfo de Texas comenzó con la travesía de Alonso Álvarez de Pineda en 1519 y duró hasta 1821, cuando la bandera de Castilla y León se hizo por última vez en San Antonio. La Texas española, llamada también Nuevo Reino de las Filipinas, tenía una extensión mucho menor que el actual estado de Texas, pero a lo largo de los tres siglos de dominio español, los soldados, misioneros, colonos y exploradores españoles recorrieron todas las partes fisiográficas importantes de la Texas moderna y uno de ellos, Cabeza de Vaca, que recorrió el territorio durante varios años, realizó un trabajo etnográfico fundamental sobre los indios texanos. La presencia española en Texas ha sido minimizada a la toponimia y a los restos de algunas misiones; pero el autor, en un completísimo e importante trabajo, que abarca tres siglos, estudia la historia y demuestra la importancia de los legados culturales, artísticos y tantos otros en la Texas española.

Donald E, Chipman (Hill City-Kansas, 1928). Ph. D. en Historia. Profesor de la Universidad de North Texas. Coeditor de *Locus: An Historical Journal of Regional Perspectives on National Topics.* Obras: *Niño de Guzmán and the Province of Panuco in New Spain, 1518-1533* (1967).

CREATIVE COMMONS

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Colección España y Estados Unidos

TEXAS EN LA ÉPOCA COLONIAL

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Michael Gannon y Eugene Lyon
Traducción: Jesús Pardo de Santayana
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Donald E. Chipman
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-315-5 (rústica)
ISBN: 84-7100-316-3 (cartoné)
Depósito legal: M. 26313-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

DONALD E. CHIPMAN

TEXAS EN LA ÉPOCA COLONIAL

EDITORIAL
MAPFRE

TEXAS EN LA ÉPOCA COLONIAL

ÍNDICE

Reconocimientos 11
Introducción 13

I. Texas: la tierra y sus habitantes 15
Dimensiones físicas de Texas 16
Impacto ambiental de la geografía 21
Los indígenas americanos de Texas 26
Los coahuiltecas 29
Los jumanos 31
Los apaches orientales 33
Los wichitas 35
Los caddos 36
Los atakapas 41

II. Exploradores y conquistadores (1519-1543) 43
Primeros contactos españoles con Texas 43
La expedición de Pánfilo de Narváez 50
Cabeza de Vaca en Texas 52
Interés temprano por Tierra Nueva 58
La expedición de Vázquez Coronado 61
La expedición de Hernando de Soto y Luis de Moscoso 64
La expedición de Juan Rodríguez Cabrillo 67

III. El avance por el norte hacia Texas (1543-1680) 69
Expansión hàcia el norte de Nueva España 70
Contactos con la costa del Golfo y con Florida 73
Gran Chichimeca 75
Francisco de Ibarra y Luis de Carvajal 78
La frontera minera y ranchera 81
Expediciones tempranas a Texas y Nuevo México 85
La colonización de Nuevo México 88
La «Dama de Azul» y los primeros contactos con Texas 91

IV. El asentamiento del río Grande y el reto francés (1656-1689) 95
La gran sublevación de los indios pueblos 96
Refugiados en El Paso 99
Actividad misionera en la parte inferior del río Grande 100
Actividad misionera en La Junta de los Ríos 103
La Salle y la amenaza francesa en Texas 105
Controversia sobre la colonia de La Salle 108
Los españoles buscan a La Salle por tierra y por mar 113
El descubrimiento del fuerte de Saint Louis 120

V. La rivalidad internacional y las misiones del este de Texas (1689-1714) 125
La fundación de misiones en el este de Texas 126
Los informes de León y Massanet sobre el este de Texas 131
La expedición por mar a la bahía de Matagorda 134
El nombramiento de Domingo Terán de los Ríos 135
La expedición al río Rojo 139
El abandono de las misiones en el este de Texas 141
La ocupación española de la bahía de Pensacola 143
La ocupación francesa de Luisiana 144
Louis Juchereau de Saint Denis 147

VI. La ocupación permanente de Texas (1714-1722) 151
Constante interés en Texas 152
La expedición de 1709 a Texas 154
El papel de Saint Denis en la ocupación de Texas 155
La colonización permanente de Texas 158
Problemas para Saint Denis 162
La expedición de Alarcón 164
La fundación de San Antonio 165
La «guerra de los pollos» y el abandono del este de Texas 167
La expedición de Aguayo y la reocupación del este de Texas 168

VII. Repliegue. Isleños e indios (1722-1746) 179
Cambio de jefatura en Texas 180
Las inspecciones de Rivera y Sevillano 181
El traslado de tres misiones del este de Texas a San Antonio 184
Incursiones apaches en San Antonio 185
La expedición de Berroterán de 1729 188
Canarios en San Antonio 190
La vida de Béjar en los años treinta del siglo xviii 192
Los primeros rancheros de San Antonio 196
Problemas entre isleños y misioneros 198
La política del gobernador Winthuysen 201
Crecimiento comunitario en San Antonio 203

VIII. Expansión de misiones, presidios y asentamientos (1746-1762) 205
El telón de fondo de las misiones de San Gabriel 205
Expansión de las misiones de San Gabriel 210
Felipe de Rábago y Terán y el fracaso de las misiones de San Gabriel 212
Telón de fondo de una misión para los apaches lipanos 214
La fundación de la misión de Santa Cruz de San Sabá 218
La destrucción de la misión de Santa Cruz de San Sabá 220
La expedición de Ortiz Parrilla al río Rojo 223
El trasfondo de la colonización del río Trinidad 224
La fundación de El Orcoquizac 227
José de Escandón y la colonización de la Costa del Seno Mexicano 229

IX. Texas y el cambiante escenario internacional (1762-1783) 235
El fin de la guerra francesa e india 236
La inspección de Rubí 237
La decadencia del presidio de San Luis de las Amarillas 238
Nuevas misiones para los apaches en el río Nueces 242
El abandono del presidio de San Luis de las Amarillas 245
La inspección de Rubí de otros presidios texanos 246
La ocupación española de Luisiana 249
Nuevas dimensiones de la política india de España 250
La defensa de San Antonio contra los ataques indios 252
Nuevas regulaciones para los presidios y abandono del este de Texas 253
La fundación de Nacogdoches 256
La sociedad de San Antonio 257
Creación de las Provincias Internas 260
Athanase de Mézières en Texas 262
El juicio de Teodoro de Croix sobre Texas 264

X. Las inquietudes anglonorteamericanas y la decadencia de las misiones (1783-1803) 267
Penetración anglonorteamericana hacia Texas 268
Nuevas actitudes políticas hacia los comanches 270
La política de Bernardo de Gálvez para con los apaches 273
La fundación de la última misión de Texas 274
La secularización de las misiones de San Antonio 276
El crecimiento y el control de los ranchos 277
Tendencias sociales y demográficas 281
Los caminos incipientes a Nuevo México 283
La política española de inmigración en Luisiana 286
Consideraciones internacionales 288
Philip Nolan y los filibusteros norteamericanos 290

XI. El crepúsculo de la Texas española (1803-1821) 295
Napoleón Bonaparte y España 296

Los precursores de la independencia mexicana 298
Las Cortes españolas y el restablecimiento de Fernando VII 301
La conquista de la independencia en México 303
La diplomacia y el territorio de Luisiana 303
Expediciones patrocinadas por Thomas Jefferson 305
El acuerdo del Territorio Neutral 306
La expedición de Pike 307
El comandante Salcedo y la defensa de Texas 310
El gobierno de Manuel María de Salcedo 313
La rebelión de Las Casas en San Antonio 317
La ejecución de Hidalgo y de Las Casas 317
La insurrección de Gutiérrez-Magee 318
La muerte del gobernador Salcedo 322
La batalla del río Medina 323
Los últimos años de la Texas española 324

XII. Los legados de la Texas española 329
Los legados superficiales 329
El legado literario 330
El legado de materiales de archivo 334
El legado de la agricultura y los ranchos 335
El legado de las misiones y los presidios 337
El legado de las fronteras a la sociedad 339
El legado del derecho español 341
El legado español en arte y arquitectura 346
El legado español en educación pública 349
El legado español en música y teatro 350
El legado español en medicina 351
El legado religioso español 352
Conclusiones 354

APÉNDICES

Gobernadores de la Texas española, 1691-1821 357
Comandantes generales de las provincias internas, 1776-1821 359
Virreyes de Nueva España, 1535-1821 361
Cronología 365
Biografías 371
Bibliografía 377
Índice de ilustraciones 385
Índice onomástico 387
Índice toponímico 393

RECONOCIMIENTOS

En el otoño de 1948, Randolph B. «Mike» Campbell, colega mío de la universidad de Texas del Norte, me instó a participar activamente en la redacción de unos artículos sobre el Texas colonial español para el nuevo *Manual de Texas*. La publicación de dicho libro estaba prevista para mediados de los años noventa. Fue una proposición muy oportuna, y mi interés especial por la historia de Texas ha ido creciendo constantemente desde entonces. Cuando mi síntesis de la experiencia española en Texas se acercaba a su final, tuve la suerte de verla incluida en la Colección de la Fundación MAPFRE América titulada «España y Estados Unidos».

Desde 1984 he recibido ayuda y ánimo de mucha gente e instituciones. Recordarlas aquí y expresarles mi agradecimiento constituye una de las partes más agradables de la redacción de este libro. A lo largo de los años, varios colegas del Departamento de Historia de la universidad de Texas del Norte me han brindado consejos y crítica constructiva. Estoy en deuda con nuestro seminario de la facultad de Historia, NT-LASH (siglas inglesas de «Temas Nacionales - Historia Nacional y Estatal»), y en particular con William H. Wilson, que dio más enjundia a tres de los capítulos. Fuera de NT-LASH, Mike Campbell leyó todo el manuscrito y gracias a sus consejos y su estímulo comprensivo el libro adquirió una mejor forma. También estoy agradecido a Betty S. Burch, asistente administrativa del Departamento de Historia, por su ayuda en la preparación de *disquettes* y material xerografiado, y a la secretaria de estudiantes, Jamie Sue Robinson, que leyó las pruebas del libro con gran cuidado por su parte y agradecimiento por la mía. Diana S. Campbell, secretaria de la oficina del decano del colegio de Artes y Ciencias, me

ayudó a aprender los milagros de la informática, aunque sus resultados para desgracia mía con de mi exclusiva responsabilidad.

En la primavera de 1990 recibí permiso de la facultad de la universidad de Texas del Norte para abandonar mis clases e ir a España a investigar; también recibí una asignación del Comité de Investigación de la facultad para sufragar mis gastos de viaje y fotocopias. Melody Kelly, Ken Lavender y Martín Sarvis, de las bibliotecas de Texas del Norte, se han mostrado siempre serviciales conmigo a pesar de sus otras ocupaciones.

Fuera de la universidad, he recibido una subvención de la fundación Ottis Lock que me permitió pagar mis gastos de investigación en el Centro de Historia de Texas de Barker, Austin. En España, doña Rosario Parra Cala, del Archivo General de Indias, y doña Esperanza Salán Paniagua, del Archivo General y Biblioteca del Ministerio de Economía y Hacienda, y su personal respectivo, me ofrecieron una ayuda tan cortés como vital. El profesor Joseph W. McKight, de la facultad de Derecho de la Universidad Metodista del Sur, y el profesor retirado Thomas N. Campbell, de la facultad de Antropología de la Universidad de Texas, Austin, leyeron partes de mi manuscrito referentes, respectivamente, al legado jurídico español y a los indios de Texas.

Mi más considerable deuda es con mi amiga y ex-discípula doctoral, la doctora Harriet Denise Joseph, del colegio universitario «Texas Southmost» de Brownsville (Texas). Denise estudió cada palabra, cada punto y cada coma de mi libro con la atención que se reserva a la gente más querida. Me temo que, para hacer esto, Denise tuvo que abandonar su propio trabajo.

Los que han leído partes o la totalidad de este manuscrito han podido subsanar cierto número de errores y han cuestionado algunas de mis interpretaciones. El resultado final de mi trabajo es, por supuesto, responsabilidad mía.

INTRODUCCIÓN

La presencia de España en la costa del golfo de Texas comenzó con la travesía de Alonso Álvarez de Pineda en 1519. Su influencia directa en importantes partes del actual estado de ese nombre (llamado «Estado de la Estrella Solitaria»), aunque fuera esporádica hasta 1716, duró hasta 1821, cuando la bandera de Castilla y León fue izada por última vez en San Antonio. No hay, en ningún idioma, un resumen adecuado en un solo volumen sobre la experiencia española y el destino del legado español que persistió en Texas después de 1821. Con este libro, querría contribuir a la tarea de acabar con la idea, muy extendida, de que el periodo colonial —aparte de seis misiones restauradas, un presidio reconstruido y unos pocos edificios más— es un capítulo pintoresco, pero más bien irrelevante, del pasado de Texas.

Muchos eruditos contemporáneos están persuadidos de que los tres siglos anteriores a la llegada de Texas de los anglonorteamericanos constituyen un importante capítulo de la historia del Estado de la Estrella Solitaria, y sin sus aportaciones mi obra no habría sido posible. Recordando que, con excesiva frecuencia, los historiadores, sin exceptuarme a mí, no leemos lo que han escrito nuestros colegas, yo decidí transformar un montón de obras publicadas y material de archivo seleccionado en un relato ameno, equilibrado y exacto. Si lo he conseguido, mi libro constituirá, espero, una importante aportación a la historiografía de Texas y a la colección de la Fundación MAPFRE América.

La bibliografía sobre la Texas española, siendo bastante rica, tiene cosas buenas y malas. Los primeros tomos de la revista *Southwestern Historical Quarterly* y de su sucesora, la *Quarterly of the Texas State, State Historical Association*, contienen, por ejemplo, artículos esenciales de Her-

bert E. Bolton, William E. Dunn y Charles W. Hackett. Y no es de sorprender que, gracias a la investigación de archivo que enriquece esas obras, hayan resistido al paso del tiempo. Más recientemente, mi tarea se hizo mucho más fácil gracias a ensayos de eruditos como los de Félix D. Almaraz Junior, Nettie Lee Benson, Odie Faulk, Jack Jackson, Elizabeth A. H. John, David J. Weber y Robert S. Weddle. Estoy en deuda, sobre todo, con los libros de Weddle, obra del «decano» de los historiadores coloniales texanos. El uso que hice yo del material de archivo que hay en este libro tiene por objeto añadir vitalidad y autenticidad al relato y satisfacer mi convicción, que debo a France V. Scholes de la universidad de Nuevo México, de que no se debe tratar de escribir la historia colonial sin manejar mucho material documental.

Espero que, con este libro, convenceré a mis lectores de que la historia de la Texas española merece más atención de la que ha recibido hasta ahora. En general, los pocos miles de súbditos de los monarcas españoles que vivieron sus vidas en la provincia conocida con el nombre de Texas, mostraron una insólita lealtad a su rey y a la cruz. Cabeza de Vaca, mi español favorito en Texas, hizo gala de notable reciedumbre de carácter a lo largo de una increíble hazaña que duró casi ocho años. Entró en Texas en 1528 con el orgullo y la arrogancia de un hidalgo español, y se fue de allí después de haber aprendido una verdad esencial. Despojado de todas sus galas mundanas, viajando desnudo como un recién nacido, Cabeza de Vaca acabó aceptando la hermandad humana. Texas entera se ha visto considerablemente enriquecida por hombres como Cabeza de Vaca y por el pasado español que se describe en las páginas que siguen.

I

TEXAS: LA TIERRA Y SUS HABITANTES

Si nos lanzamos a recorrer a pie las fronteras de la moderna Texas, tendríamos que andar más de 3.800 millas* y circunscribiríamos un territorio muy diverso que abarca 267.338 millas cuadradas de ríos, playas, llanuras, bosques, desiertos y montañas. Las dimensiones físicas de la Texas contemporánea han inducido a ciertos estudiosos, como D. W. Meinig, a usar la palabra «imperial» como calificativo de la extensión y la importancia del Estado de la Estrella Solitaria. Incluso si escribimos solamente sobre las dos quintas partes orientales de Texas, donde prosperó la esclavitud negra en el periodo prebélico, veremos que Randolph B. Campbell calificó esa región de «Imperio de Esclavitud» porque era tan extensa como los estados de Alabama y Mississippi juntos.

Cierto es que la Texas española, como unidad geográfica, era mucho menor que el actual estado de Texas, pero la provincia –llamada en castellano Texas o Nuevo Reino de las Filipinas– era, así y todo, de una extensión imperial. Estaba situada al norte del río Medina y al este de sus fuentes, llegando hasta la actual Luisiana. Sin embargo, a lo largo de los tres siglos del dominio español en Texas, los soldados, misioneros, colonos y exploradores españoles recorrieron todas las partes fisiográficas importantes de la Texas moderna, y al realizar sus exploraciones por tierra y por mar, sus campañas militares y sus empresas misioneras, entraron en contacto con los «primeros texanos» indígenas norteamericanos que se dedicaban a la caza y la agricultura, pescaban

* La milla inglesa equivale a 1,609 kilómetros; la milla cuadrada, a 2,590 kilómetros cuadrados. *(N. del T.).*

en ríos, quebradas y orillas y recogían los frutos de la naturaleza desde hacía siglos. Las culturas indias de Texas, muchas de las cuales ya no existían cuando los europeos se afincaron de manera sedentaria en la provincia, eran posiblemente tan variadas en sus características como el propio paisaje. Este capítulo describe las dimensiones físicas, ambientales y humanas de Texas en el momento en que comienza su historia moderna, o sea, en las primeras décadas del siglo XVI. Nos enfrentamos con los indios texanos cuando entraron en los primeros documentos de la historia de ese estado a consecuencia de sus contactos con los exploradores y conquistadores europeos.

Dimensiones físicas de Texas

Los cosmógrafos llevan largo tiempo debatiendo la cuestión de si Texas es una sola entidad o muchas. De la misma manera, los historiadores cuestionan si este estado es, en esencia, sureño u occidental. A muchos españoles, Texas tiene que haberles parecido desconcertantemente variada, y en esto tendrían razón. Por consiguiente, he optado por aceptar la actitud de Terry G. Jordan y sus compañeros, John L. Bean y William M. Holmes, en un libro reciente sobre la geografía texana. Los autores de *Texas: a Geography* han preferido subrayar la «pluralidad formal de Texas en lugar de su unidad funcional»[1].

En general, se puede decir que el paisaje de Texas disminuye en elevación de norte a sur mientras su pluviosidad va en aumento de oeste a este; la configuración general de su paisaje se inclina suavemente hacia el sudeste como se ve por el curso de todos sus ríos principales en su avance hacia el golfo de México (véase figura 1). Aparte de estas observaciones de tipo general, Texas debiera ser analizada en detalle y no con generalizaciones.

En Texas se encuentran cuatro provincias fisiográficas de Estados Unidos: la llanura atlántica y la del Golfo, las Tierras Bajas del Interior,

[1] T. G. Jordan, J. L. Bean Jr. y W. M. Holmes, *Texas: A Geography,* Boulder, 1984. Véase un debate sobre Texas como estado sureño u occidental en R. B. Campbell, *An Empire for Slavery: The Peculiar Institution in Texas, 1821-1865,* Baton Rouge, 1989, 1, y nota 1.

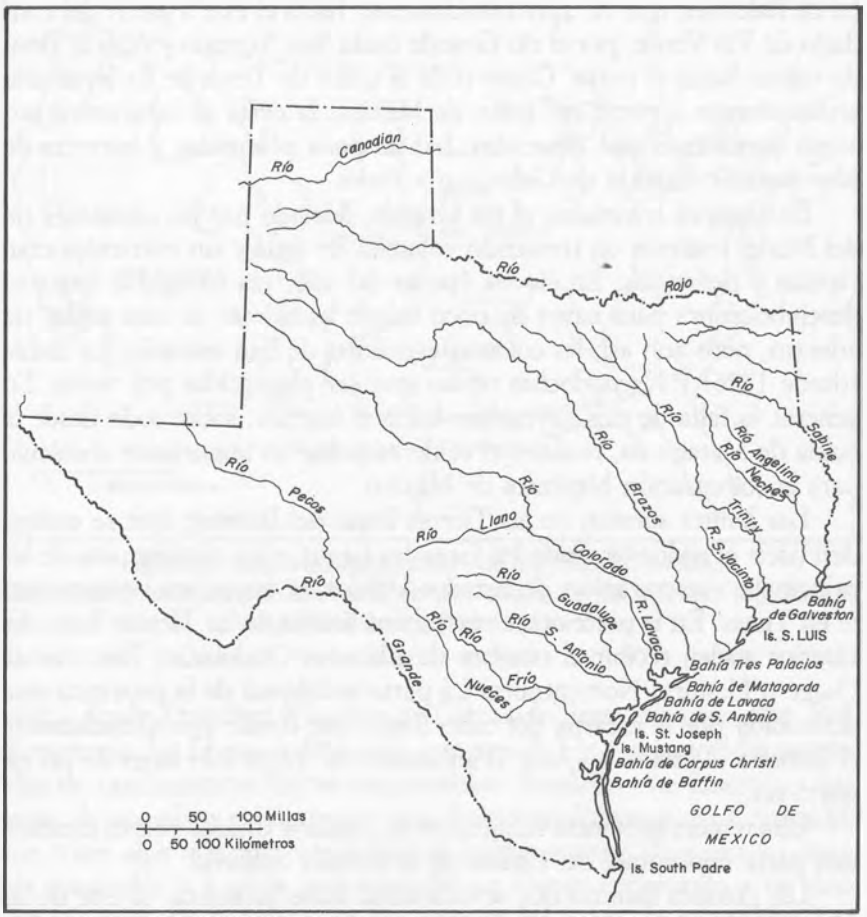


Figura 1. *Principales ríos y bahías de Texas.*
Este mapa sitúa los principales ríos y bahías que se mencionan en el texto.

las Grandes Llanuras y la Cuenca y Cordillera, también llamadas Mesetas Intermontanas (véase figura 2).

Una de las mayores provincias de Texas es la Llanura Costera del Golfo, en la que está el núcleo de la colonización española. Consta de las regiones oriental y sureña del estado y hasta tiempos geológicos recientes, gran parte de ella estaba inundada por el golfo de México. La frontera occidental y sureña de esta provincia es la zona llamada Escar-

pa de Balcones, que va, aproximadamente, hacia el este a partir del condado de Val Verde, por el río Grande hasta San Antonio y Austin, donde tuerce hacia el norte. Como toda la costa de Texas se ha levantado recientemente a partir del golfo de México, la orilla se caracteriza por zonas pantanosas mal desecadas, bahías poco profundas y barreras de islas costeras como la de Galveston y Padre.

En tiempos coloniales, el río Grande, llamado por los españoles río del Norte, contenía un tremendo volumen de agua y sus corrientes eran rápidas y peligrosas. En ciertas épocas del año, era navegable hasta su desembocadura para naves de poco calado hasta más de cien millas río adentro, pero aun así, las colonias españolas de San Antonio, La Bahía (desde 1726) y Nacogdoches tenían que ser abastecidas por tierra. En general, la falta de ríos navegables hacia el interior, sobre todo desde la bahía de Matagorda, constituyó evidentemente un importante obstáculo para la colonización hispánica de México.

Los límites sureños de las Tierras Bajas del Interior, que se extienden hacia el sudoeste desde los Grandes Lagos, y constituyen una de las principales características de Estados Unidos, se encuentran enteramente en Texas. En la parte norte-central, los límites de las Tierras Bajas del Interior suelen recibir el nombre de Llanuras Onduladas, Llanuras de Osage o Llanuras Norcentrales. La parte occidental de la provincia está delimitada por la escarpa del cabo Rock, que divide aproximadamente el llamado «Pasillo» o «Asa» (Panhandle) de Texas a lo largo de un eje norte-sur.

Una tercera provincia fisiográfica de Estados Unidos abarca también una parte importante del Estado de la Estrella Solitaria.

Las grandes llanuras que se extienden inmediatamente al este de las Montañas Rocosas ocupan toda la parte norte y oeste del «Asa» de Texas. Allí se encuentran también las llamadas Llanuras Altas o «Llano Estacado» con su límite formado por la escarpa del Cabo Rock. Aunque muchos texanos afirman que Staked Plain es traducción literal del «llano estacado», debido al aspecto que ofrecía a los españoles que llegaban a él desde Occidente, sería más exacto traducir este término por Stockaded o Palisaded Plain (llanura empalizada o vallada).

El cabo Rock es una de las formaciones físicas más sorprendentes de todo el estado de Texas. Sus espectaculares cañones y acantilados perpendiculares formados de roca de colores, sobre todo el cañón de Palo Duro, en el condado de Randall, han sido motivo de asombro de visi-

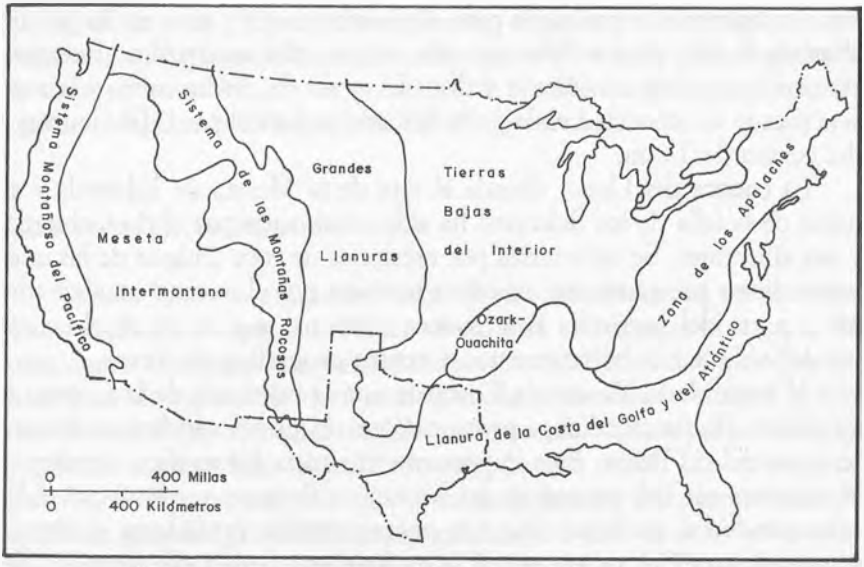


Figura 2. *Regiones fisiográficas de los Estados Unidos.*
Este mapa muestra cómo en Texas se dan cuatro de las grandes regiones fisiográficas de los Estados Unidos.

tantes, desde Francisco Vázquez de Coronado hasta nuestros días. Por el contrario, las Llanuras Altas propiamente dichas son conocidas por su falta de características físicas reconocibles. También este fenómeno fue causa de asombro e inquietud para Francisco Vázquez de Coronado, que cruzó algo que parecía un mar de hierba orientándose con un compás magnético y a veces incluso midió su avance ordenando a un desdichado soldado de infantería que contase los pasos de su caballo. Las Grandes Llanuras se ensanchan como un ancla al entrar en el sudoeste de Texas. Conocida también como Meseta de Edwards, esta parte de la provincia fisiográfica, cuya altura penetra en lo más norteño de México, está limitada al este por la Llanura Costera del Golfo, y al oeste por las Mesetas Intermontanas. La Meseta de Edwards oscila entre los 850 pies* de altura en su extremo oriental y los aproximadamente 4.000 pies en su base montañosa occidental. Gran parte de esta meseta parece

* El pie inglés equivale a 30,48 centímetros; el pie cuadrado, a 929 centímetros cuadrados. *(N. del T.).*

suave o ligeramente ondulada pero sus extremos sur y este, en las partes altas de la falla de los Balcones, son sumamente escarpados. Fuentes, arroyos y ríos han erosionado y disuelto capas de piedra caliza y la meseta pierde su identidad en la parte llamada de las colinas (Hill Country) del centro de Texas.

La cuenca del Llano, situada al este de la Meseta de Edwards y al norte de la falla de los Balcones, ha sido erosionada por el río Colorado y sus afluyentes. Se caracteriza por crestones de roca antigua de las eras paleozoica y pre-cámbrica, así como también por el terreno accidentado en la parte del sudoeste. Esta cuenca erosional que se ve en el actual condado de San Sabá representa el centro geográfico de Texas.

Al oeste de la Meseta de Edwards está la provincia de la Cuenca y Cordillera (Basin and Range province) que ocupa principalmente la parte oeste del río Pecos. Esta importante provincia fisiográfica representa el extremo sur del sistema de las Montañas Rocosas y constituye el límite occidental de Texas. Aquí se encuentran los verdaderos desiertos y montañas de Texas, aunque si se excluye esta región del complejo de las Montañas Rocosas, como hacen algunos geomorfólogos, Texas se convierte en la masa de tierra más alta de Estados Unidos al este de las Montañas Rocosas. Alzándose a una altura de 8,751 pies del pico de Guadalupe, no pasa de ser una montaña más entre los muchos racimos de montañas que se encuentran en la región de Transpecos. Las montañas tienen allí diversas edades geológicas que oscilan entre el paleozoico inferior y el pérmico y el cretáceo, aunque todos ellos cuentan con una característica común: están rodeados por vastos desiertos llanos que ocupan las laderas de las montañas hasta una altura aproximada de 5.000 pies.

Por lo menos una de las cuatro principales provincias fisiográficas de Estados Unidos que se encuentran en Texas, la llamada región de la Cuenca y Cordillera, era conocida por los colonos españoles. Álvar Núñez Cabeza de Vaca y sus tres compañeros bordearon parte de sus límites occidentales en los años treinta del siglo XVI; los viajeros que iban y venían con regularidad a Nuevo México, seguían el curso del río Grande desde la junta de los ríos hasta el paso del Norte, y en ocasiones, las expediciones que volvían de Nuevo México iban río Grande arriba hasta la zona de la cuenca del Toyah, pero en general, esta comarca no atrajo asentamientos españoles, excepto en los alrededores del paso del Norte. Incluso hoy en día, exceptuando El Paso, los vastos condados situa-

dos en el extremo del sudoeste de Texas —algunos de los cuales son mayores que cualquiera de los dos estados norteamericanos más pequeños— se cuentan entre las menos pobladas de las 254 unidades políticas de que se compone el Estado de la Estrella Solitaria[2].

Impacto ambiental de la geografía

Con su inmensa extensión física, Texas presentaba un temible reto a la colonización española. Parece cierto que en ninguna otra parte del continente norteamericano encontraron los súbditos del rey de España una masa de tierra con tales contrastes de suelo, fauna, clima y población humana. Por ejemplo, estudios recientes del suelo efectuados en los condados texanos han identificado más de 800 series. Los colonos españoles se dieron cuenta de que se encontraban en una tierra variada y fértil con grandes posibilidades agrícolas, sobre todo si se la comparaba con las regiones norteñas de México. En las zonas de Texas donde las precipitaciones anuales estacionales eran adecuadas, prosperaban el trigo, el maíz, las patatas, el algodón y las alubias. Por desgracia, la agricultura en San Antonio, para dar buenos resultados, requería irrigación. A pesar de todo, incluso en el este de Texas, donde la precipitación anual pasaba de cuarenta pulgadas y la irrigación era, por tanto, innecesaria, la agricultura nunca se explotó al máximo (véase figura 3). Circunstancias locales como la lejanía de otros asentamientos españoles, la falta de carreteras y la carencia de contacto comercial con Nueva España redujeron la agricultura propiamente dicha a poco menos que lo esencial[3].

Los geógrafos Jordan, Bean y Holmes han aducido que los españoles, y luego los mexicanos, lidiaron bien con las condiciones semiáridas de Texas, mejor incluso que los colonos angloamericanos y europeos más recientes, aunque no tan bien en los bosques de pinos de la Texas oriental. Mucho hay de cierto en este argumento, porque los españoles, de-

[2] *Texas Almanac and State Industrial Guide, 1988-1989,* Dallas, 1987, p. 143. El condado de Brewster (6.169 millas), el más extenso de Texas, es tres veces mayor que Delaware y un poco más que los estados de Rhode Island y Connecticut juntos.

[3] La información pertinente sobre los presidios de las Provincias Internas (11 de diciembre de 1728), en AGI, Guadalajara 114.

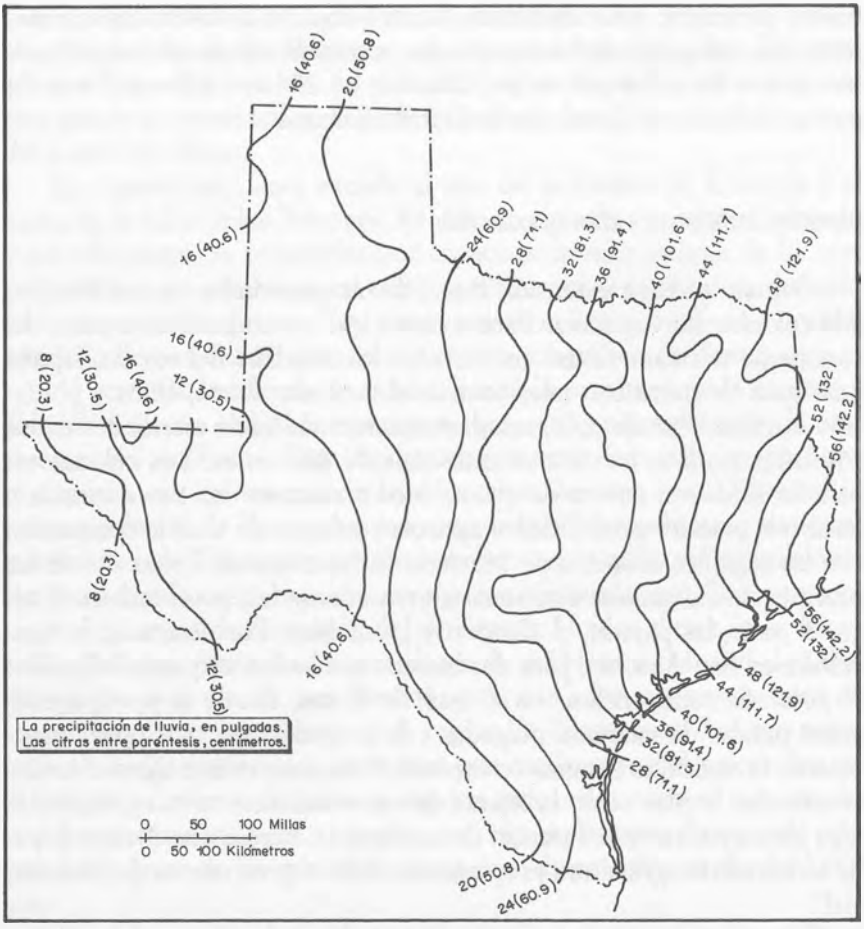


Figura 3. *Precipitación media anual en Texas.*
Este mapa representa la media de precipitaciones en la actual Texas.

bido a su larga experiencia, habían aprendido a arreglárselas con la sequía. En los documentos coloniales vemos pocos indicios de que a los españoles les extrañaran las circunstancias de las comarcas del norte de México o incluso las de las cercanías de San Antonio. Ambos territorios les recordaban a España y, en consecuencia, no daban lugar a comentarios desfavorables. Sin embargo, cuando se vieron en el este de Texas, la situación cambió radicalmente.

Como los españoles descubrirían enseguida, la tierra en torno a Nacogdoches «era muy distinta». Estaba situada en los bosques del este de Texas, y no había praderas abiertas en un radio de cien millas. En consecuencia, la vida de rancho a que estaban acostumbrados los españoles no era posible en esa zona. La gente iba allí al azar más que como resultado de una política deliberada de colonización. La mezcla abigarrada y heterogénea de franceses y otros extranjeros de la que se componía la población de la Texas oriental en el periodo hispánico, se produjo porque los españoles rehuían los bosques llenos de pantanos, serpientes e insectos[4].

Es irónico que los primeros viajeros se muestren favorables a esta tierra en sus informes. Esta aparente anomalía se aclara quizá si recordamos que los observadores se limitaban a cruzar la región sin intenciones de quedarse a vivir en ella. En sus diarios y cartas, los observadores españoles comentan con frecuencia la tupida y variada vegetación de la Texas oriental. La profusión de árboles, por ejemplo, les dejaba perplejos, porque reconocían pocas de las especies. Todavía en 1690, Alonso de León hace comentarios favorables sobre la frondosa vegetación de esa parte de la provincia y observa también la abundancia de bisontes y otra clase de caza, añadiendo que los campos de los indios producían óptimas cosechas de maíz, alubias, sandías, melones y calabazas[5].

Más tarde, después de la reocupación de la Texas oriental, en los años veinte del siglo XVIII, un diarista anónimo entró en Texas por Coahuila y anotó también sus impresiones sobre la región. Antes de llegar a la misión de la Texas oriental, sus observaciones sobre el ambiente se limitaban a quejas como que le atacaba «una intolerable plaga de innumerables mosquitos» al cruzar zonas encharcadas al norte del río Grande, etc., pero, al llegar a su destino en la Texas oriental se maravillaba de la variedad de árboles, ninguno de los cuales conseguía identificar, excepto robles, pinos y nísperos. Observó también la abundancia de bisontes y gamos. Había osos, muy apreciados por los indios a causa de su grasa, y ratas del tamaño de conejos pequeños, que los indios buscaban por su carne. La profusión de aves llamó también la atención del anónimo cronista, que anotó haber oído a un «ave nocturna» —proba-

[4] D. W. Meinig, *Imperial Texas: An Interpretive Essay in Cultural Geography*, Austin, 1969, pp. 24-26.

[5] Diario de la expedición de Alonso de León, 1690, AGI, México 617.

blemente una especie de paloma llamada allí enlutada— cuyo grito era tan triste que producía melancolía. Finalmente el diarista comentaba los ríos y arroyos llenos de especies desconocidas[6]. Más tarde y en una parte distinta de la provincia, los españoles encontraron caimanes muy al norte, en el río San Gabriel, como hace constar José de Ecay Múzquiz en 1750.

Tenemos noticia de que al rey Carlos III (1759-1788) le intrigaron ciertas informaciones sobre la extraña fauna del norte de México y Texas; ese rey tenía una curiosidad muy versátil. A finales de los años setenta del siglo XVIII uno de los funcionarios más eficientes de América, Teodoro de Croix, trató en dos ocasiones por lo menos de enviar búfalos domesticados a España a petición y a costa de Carlos. Un macho y una hembra, es de suponer que jóvenes, murieron en la travesía en 1778, y al año siguiente, Croix volvió a la carga; se capturaron en Texas un búfalo macho y otro hembra, y el comandante general ordenó al gobernador Domingo Cabello buscar más para ser enviados a Chihuahua lo antes posible. Croix también hizo enviar gamos desde Nuevo México como ejemplos de especies del Nuevo Mundo para solaz del rey[7].

Más importante que comentar el interés del monarca es dilucidar en qué medida las condiciones del suelo, la fauna poco conocida y el clima variable influyeron en la colonización española de Texas. Al parecer, estos factores tenían entonces menos importancia que en la época inglesa. La compenetración con el terreno y el clima, y las perspectivas de vivir del producto de la tierra han sido durante largo tiempo elementos muy importantes en la conducta colonizadora de los anglonorteamericanos. En su mayor parte, y a partir de 1783, los anglonorteamericanos estuvieron siempre en libertad de ir y venir a su antojo para apropiarse de tierra entre los montes Apalaches y las colonias españolas, mientras los asentamientos españoles eran planificados por el rey y sus agentes de ordinario con intención de alcanzar ciertos objetivos militares, políticos y espirituales. Esto no quiere decir que no hubiera también en la Texas española vagabundos e intrusos; al contrario, este tipo de personas eran

[6] Diario Anónimo, 1727-1728, AGI, Indiferente General 108, Tomo 3. Los indios llamaban a las aves nocturnas «texolotes».

[7] Carta de Teodoro Croix al virrey, 5 de febrero de 1778, AGI, Guadalajara 267; carta de Teodoro de Croix a José de Gálvez, 23 de enero de 1779, AGI, Guadalajara 267; carta de Domingo Cabello a Teodoro de Croix, 18 de junio de 1779, BAM, rollo 13. Por desgracia, no encontré pruebas de que ninguno de los animales llegase a España.

de lo más corriente en la Texas oriental, y también los había, aunque no muchos, en San Antonio. Sin embargo, en su mayor parte, los españoles que iban a Texas llevaban licencia real o la aprobación oficial de empresas civiles. Estas restricciones se aplicaron a las primeras expediciones por tierra acaudilladas por Alonso de León, Domingo Ramón, Martín de Alarcón y el marqués de San Miguel de Aguayo, y lo mismo cabe decir de las expediciones por mar capitaneadas por Andrés de Pez y Martín de Rivas. Incluso la formación del primer gobierno civil de San Antonio fue planificada por la Corona. O sea, que con pocas excepciones, los súbditos españoles iban a donde se les ordenaba ir. Se les podía prohibir asentarse en determinados sitios, como se deduce de la evacuación forzosa de civiles de la Texas oriental en los años setenta del siglo XVIII. Y además, la aquilatación del territorio, la fauna y el clima tenían menos importancia dentro de la experiencia española.

En la Texas española, el clima no parece haber sido elemento decisivo, aunque los españoles no eran tan estoicos como para hacer caso omiso de las condiciones climatológicas. El clima de la Texas española del siglo XVII que, suponemos, sería más o menos como el actual, dio lugar a muchos comentarios. Por ejemplo, Cabeza de Vaca y sus compañeros comentaron el tremendo frío de la zona de la bahía de Galveston en el invierno de 1528-1529, y don Álvar fue también el primero en constatar, en la parte más norteña de Texas, un fenómeno climatológico que es conocido de Dalhart a Brownville, al quejarse de los frentes fríos que barren Texas hacia abajo desde Canadá y las llanuras norteñas, trayendo frecuentemente consigo fuertes bajones de temperatura y precipitaciones congeladas. En el transcurso de sus intentos por llegar a México en los años treinta del siglo XVI, don Álvar salvó su propia vida en una avalancha de tremendo frío en la Texas del sur encontrando ascuas ardientes —probablemente consecuencia de un rayo— con las que hizo una hoguera que alimentó para calentarse. De la misma manera, la expedición de Vázquez de Coronado, acampando en los cañones del cabo Rock, en la Texas occidental, sufrió una terrible granizada: «los granizos eran grandes como bolas y aún mayores, pero del espesor de gotas de agua». Estos fenómenos climatológicos siguen siendo muy corrientes, sobre todo en la región texana de las llanuras altas[8].

[8] H. E. Bolton, *Coronado: Knight of Pueblos and Plains,* Albuquerque, 1964, p. 263, según cita.

A pesar de los extremos observados por Cabeza de Vaca y Coronado, los españoles, en general, llegaron a la conclusión de que gran parte del territorio de Texas tenía un clima semejante al de su propia tierra. En 1730 un observador ve poca diferencia entre ambos países, excepto en la parte sur de Texas, que se acerca al trópico de Cáncer. Allí, en palabras de Juan Álvarez Barreiro, cuando el sol llega a su cima «el calor es insoportable», sobre todo en las regiones costeras, donde las molestias físicas se acrecentaban mucho a causa de los innumerables mosquitos[9].

Naturalmente los españoles se quejaban de polvo, sequía, frío, calor, moscas, mosquitos, viento, lluvia y nieve. Los texanos actuales siguen quejándose del clima, pero por lo menos, tienen más libertad para elegir su lugar de residencia que los súbditos del rey de España. Los asentamientos más remotos de la Texas española, la naturaleza del suelo y el terreno, la estructura biológica de cada región y los extremos del clima, eran cosas que influían en la calidad de vida, pero el total de todas estas circunstancias, incluso en las peores condiciones imaginables, perdía importancia en comparación con los peligros, muy reales y evidentes, de compartir un territorio con indígenas potencialmente hostiles con los que había que luchar por el control de la tierra.

Los indígenas americanos de Texas

El variado y extenso paisaje texano había atraído a una amplia gama de grupos, tribus y naciones indias tanto en tiempos prehistóricos como en los históricos. En términos generales, puede decirse que la Texas india era mucho más compleja de lo que historiadores y etnohistoriadores han explicado hasta ahora. Como buena parte de los indios texanos han dejado pocos o ningún resto de su paso que nos permita interpretarles, no es posible, basándonos solamente en la arqueología presentar una «instantánea» o una fotografía de satélite de la población indígena en cualquier momento de su historia. Por consiguiente, la información etnográfica temprana tiene que derivarse de los contactos y las observaciones de diversos pioneros europeos en Texas. Sin embargo, estos da-

[9] Descripciones de las Provincias Internas por J. Álvarez Barreiro (10 de febrero de 1730), AGI, Guadalajara 144.

tos descriptivos se han visto mezclados con frecuencia para hacer complejos retratos mixtos sin dar pista alguna al que los lee de que, en realidad, se trata de impresiones que abarcan considerables periodos de tiempo. Otros pecados científicos han sido también responsables de que se equipare, tanto lingüística como culturalmente, a grupos que ocuparon el mismo territorio, pero en épocas muy distintas. Y peor aún, ha habido una tendencia a dar el mismo peso específico a todos los observadores, a pesar de que no todos eran igualmente fiables. Otra advertencia: debiera tenerse en cuenta que incluso los relatos de los testigos personales más fiables sobre los indios texanos partían de un punto de vista totalmente europeo. Como nos recuerda Thomas N. Campbell, todas las poblaciones actuales descienden de pescadores y recolectores, pero los europeos que primero se pusieron en contacto con los indígenas americanos de Texas no habían tenido hasta entonces experiencia alguna de gente que dependiera para su supervivencia de la caza y la recolección, porque este tipo de vida hacía ya largo tiempo que había desaparecido del Viejo Mundo. Estos observadores reflejan con frecuencia un cierto desdén hacia gente que a ellos les parecía que vivían como animales.

En esta presentación general de los indios texanos he tratado de evitar el etnocentrismo. El lector debiera también tener en cuenta que he «pasado por alto» a muchos grupos de indios, sobre todo los que encontraron los primeros observadores, que no pueden estar emparentados con los grupos principales aquí descritos. Con excesiva frecuencia, tanto historiadores como antropólogos que trabajan sobre material manuscrito no ven en este material otra cosa que el nombre de los grupos de indios como los oían los españoles y los franceses que, al escribirlos, los adaptaban a su lengua nativa.

El primer contacto documentado entre europeos e indios en Texas tuvo lugar en noviembre de 1528: dos pequeñas embarcaciones tripuladas por miembros de la expedición de Pánfilo de Narváez desembarcaron al oeste de la isla de Galveston. Las embarcaciones improvisadas atracaron en una pequeña isla que Cabeza de Vaca llama «Malhado», o isla del Mal Hado. Los indios de Malhado, y los de la costa de los alrededores de la bahía de Corpus Christi eran karankawas. Nuestros primeros datos sobre esos indios, que no constituían «una entidad política y quizá ni siquiera una entidad cultural homogénea», se derivan exclusivamente de observaciones hechas por Cabeza de Vaca. El cronista es-

pañol dice que los hombres de la tribu karankawa eran generalmente altos y musculosos, adornaban sus cuerpos con pedazos de caña hincados en los pezones y en su labio inferior y algunos grupos no llevaban taparrabo. Sin embargo, las mujeres karankawa solían llevar faldas de piel de gamo o de musgo negro[10].

Colectivamente, los karankawas de comienzos del siglo XVI dan la impresión de no tener más organización que sus jefes, cuya autoridad se basaba en que eran los más viejos de pequeñas bandas de parientes. Su supervivencia dependía de los higos chumbos, el pescado, los mariscos y la caza menor. Vivían junto al mar tanto en las islas como en la tierra firme, y sus posesiones eran parcas en extremo, de donde venía su vulnerabilidad frente al medio ambiente costero. En el invierno encendían hogueras para calentarse y en las demás estaciones se cubrían el cuerpo con pieles de caimán y grasa de caimán y de tiburón para defenderse de los mosquitos.

La fama que tenían popularmente de canibalismo se basa en pruebas inciertas. Más aún, Cabeza de Vaca menciona el espanto y repulsión de esos indios cuando se enteraron de que cinco españoles, hallándose en situación desesperada en la tierra firme, en el invierno de 1528-1529, habían comido carne humana. Sin embargo, esta reacción pudo muy bien basarse en su horror ante la falta de respeto que los españoles mostraban por sus propios muertos. Si es cierto que los karankawas consumían la carne de sus enemigos, lo cual no está confirmado por lo que dicen de ellos los observadores, esa especie de canibalismo parece haber tenido una función religiosa o de venganza más bien que alimenticia. La mala fama que tienen en la historia texana los karankawas parece ser producto del sensacionalismo periodístico que ha «calumniado a un pueblo costero, inofensivo, poco conocido, muy oprimido y actualmente extinto[11].

[10] W. W. Newcomb, Jr., «Karankawa», en *New Handbook of North American Indians,* compilado por W. C. Sturtevant, vol. 10, *Southwest,* Washington, DC, 1983, p. 359.

[11] *Idem,* p. 366. Se puede encontrar importante información etnográfica sobre los indios karankawas del último cuarto del siglo XVII en los interrogatorios de Pierre y Jean-Baptiste Talon, supervivientes de la colonia de La Salle en Fort Saint Louis. Los hermanos Talon vivieron durante algún tiempo como indios. Véase R. S. Weddle, M. C. Morkovsky y P. Galloway, compiladores, *Three Primary Documents: La Salle, The Mississippi and the Gulf,* College Station, 1987, pp. 2, 209-224, 259-274.

Aunque con frecuencia se les difama en la literatura texana, los karankawas eran supervivientes. Resistieron, aunque reducidos en número, durante todo el periodo español. La última misión que se fundó para ellos, y que data de 1793, se llamaba Nuestra Señora del Refugio y estuvo situada en el sur de Texas[12].

Los coahuiltecas

Los pueblos coahuiltecas estaban asociados con los grupos karankawas más sudoccidentales y eran mucho más numerosos. Normalmente los coahuiltecas se dividían y subdividían en un sorprendente número de bandas. En los años cincuenta de este siglo, el antropólogo John R. Swanton identificó a más de doscientos de estos grupos. Su lenguaje, del que se pensaba que estuviera relacionado con el del grupo hokan de California, ha sido blanco de reciente y fructífera investigación, sobre todo por Campbell y su discípulo Martín Salinas. Como observa Salinas, la escasez de información documentada sobre los idiomas indios que se hablaban en el nordeste de México y el sur de Texas conduce a la lamentable conclusión de que «probablemente nunca llegará a conocerse el número total de las lenguas y los dialectos que se hablaron en ese territorio». Lo que parece seguro es que las pocas muestras documentadas de esos idiomas de que disponemos no son «verdaderamente representativas de un lenguaje en su totalidad». En toda la parte baja del río Grande sólo ha sido posible dar nombres científicos a dos idiomas de los que se tiene noticia documental[13].

Como en el caso de los karankawas, gran parte de lo que se sabe sobre los coahuiltecas procede de observaciones de Cabeza de Vaca, que pasó varios años entre ellos en calidad de comerciante, esclavo y curandero. En décadas recientes, los antropólogos, sobre todo W. W. Newcomb Junior, Campbell y Alex D. Krieger, han estudiado y utilizado a fondo el relato de Cabeza de Vaca.

Según Newcomb, Cabeza de Vaca sabía sobre los coahuiltecas «más

[12] Para mediados de los años cuarenta del siglo XIX, los restos de los indios karankawas habían huido a México.

[13] Martín Salinas, *Indians of the Rio Grande Delta: Their Role in the History of Southern Texas y Northeastern Mexico,* Austin, 1990, p. 142.

que ningún otro norteamericano o europeo después de él». También Campbell observó que Cabeza de Vaca «es un importante etnógrafo» y que la información cultural de su *Relación* es superior a todas las demás fuentes juntas[14].

Cabeza de Vaca no se fue de Malhado hasta fines de 1532. Bajó por la costa del Golfo y encontró a tres de sus antiguos compañeros en un «río de nueces». Fue también en esta circunstancia cuando Cabeza de Vaca adquirió cuantiosa experiencia de primera mano entre bandas de indios cazadores y recolectores. Menciona diecisiete grupos de indios que, al parecer, vivían entre la parte baja del río Guadalupe por el sudoeste y el río Grande[15].

Cuatro de estos diecisiete grupos, los guaycones, los quitoles, los camoles y la gente del higo, eran indios costeros que habitaban entre el río Guadalupe y la bahía de San Antonio. Luego, a lo largo del eje nordeste-sudeste, estaban, por este orden, los mariames, los ygauzes, los atayos, los acubadaos, los avavares, los anegados, los cultalchuches, los maliacones, los susolas, los comos y los coayos. Los otros dos grupos mencionados por Cabeza de Vaca, los arbadaos y los cuchendados, parecen haber vivido al oeste de la llanura de arena de los actuales condados de Brooks y Kenedy.

Cabeza de Vaca pasó un poco más de dos años entre los mariames y los avavares. Gracias a esta experiencia, registró luego en su libro una información etnográfica única sobre los coahuiltecas. Don Álvar mencionó específicamente el régimen alimenticio de los yguazes, que comían arañas, huevos de hormiga, gusanos, lagartos, serpientes, madera podrida y boñiga de gamo. Estos alimentos y otros que Cabeza de Vaca no

[14] W. W. Newcomb, Jr., *The Indians of Texas: From Prehistoric to Modern Times,* Austin, 1961, p. 33, cita. T. N. Campbell y T. J. Campbell, *Historic Indian Groups of the Choke Canyon Reservoir and Surrounding Area, Sourthern Texas,* San Antonio, 1981, pp. 64-65, cita.

[15] El estudio más detallado de los indios del delta del río Grande está hecho por Martín Salinas. Sin embargo, este libro tiene el fallo de identificar al río de las Palmas de tiempos coloniales (el Soto la Marina) con el río Grande. La falta de acuerdo sobre puntos fundamentales de geografía ha conducido a situar a colonos españoles en Texas, como los que fueron patrocinados por Francisco de Garay en tiempos en que se puede demostrar que no estaban allí. Un desdichado corolario consiste en situar en Texas a los coahuiltecas, que en realidad vivían en México a lo largo del Soto la Marina. Véase Salinas, *Indians,* pp. 22-24.

tuvo el valor de mencionar, ofendían sin duda su sensibilidad, pero era la clase de alimento que solían comer en otros tiempos nuestros antepasados en este planeta. Los coahuiltecas también comían cosas más atractivas para los españoles, por ejemplo, cactos, habas de mezquite, semillas, nueces y bayas. Como es normal entre los cazadores y recolectores, las comidas de los coahuiltecas no eran equilibradas, pero su régimen alimenticio sí lo era, ya que variaba según las estaciones.

Cabeza de Vaca tomó nota de las migraciones que hacían anualmente grupos de coahuiltecas para hartarse de higos chumbos o de nuez de pacana. También participaban en cacerías colectivas de conejos u otra caza menor, o bien en marchas coordinadas que forzaban a los gamos a refugiarse las aguas del Golfo, donde se debilitaban o ahogaban. Sin embargo, era más frecuente, debido a la resistencia física de los coahuiltecas, perseguir a los gamos a pie hasta capturarlos.

Excepto en breves periodos de catástrofe, como inundaciones, vientos muy fuertes o frío extremado, las fuentes de alimentación de los coahuiltecas eran, sin duda alguna, suficientes. De otra forma no habría sido posible mencionar tantos nombres de grupos suyos. Con la llegada de los españoles, la competencia con el ganado doméstico por las fuentes de alimentación y la presión de otros grupos indios, sobre todo los apaches, que también estaban acosados, dieron lugar a persistentes desplazamientos, fragmentacion y descenso numérico de los grupos coahuiltecas.

La mayor parte de los neófitos de las cinco misiones de San Antonio serían con el tiempo coahuiltecas pero para fines de los años setenta del siglo XVIII esta nación india ya habría desaparecido casi por completo del paisaje texano. Su desaparición consecuencia en parte de su asimilación en la naciente comunidad texana, contribuye poderosamente a explicar el colapso de la actividad misionera en San Antonio en los años noventa del siglo XVIII.

Los jumanos

Después de dejar el territorio de los coahuiltecas y de cruzar la parte inferior del río Grande, Cabeza de Vaca y sus tres compañeros atravesaron la parte norte de México y volvieron a entrar en Texas por la confluencia de los ríos Grande y Conchos. Allí, en La Junta de los Ríos,

cerca de la actual Presidio, ya en Texas, los viajeros entraron en contacto con los primeros indios identificados como jumanos, que vivían en casas permanentes. Por causa de sus migraciones estacionales al norte, donde mataban búfalos, Cabeza de Vaca llama a los jumanos «vaqueros».

Parece cierto que nunca podremos conocer a los jumanos de otra forma que superficialmente. Ni Cabeza de Vaca ni los exploradores españoles que le sucedieron en esa región les han descrito de manera completa. Incluso su afiliación lingüística es obscura, aunque disponemos de algunos datos que sugieren que hablaban la lengua uto-azteca. El significado de la palabra «jumano» sigue siendo desconocido en su forma española.

Los españoles aumentaron la confusión al mostrarse incapaces de ponerse de acuerdo para españolizar los nombres de estos indios en sus documentos coloniales. Por ejemplo, usaban diversas formas como «xumana» «humana» o «sumana». Y lo que es peor, había una tendencia entre los observadores españoles a llamar jumanos a todos los indios que se pintaban o tatuaban el cuerpo. Como esto era costumbre corriente, si no universal, entre los indios texanos, los jumanos parecen a veces estar en todas partes a un tiempo, y esta impresión ha sido reforzada por la ausencia de un esfuerzo coherente por identificar muchos grupos indios considerados como contemporáneos de los jumanos y habitantes de partes de la misma comarca de Texas occidental. Por desgracia, nadie sabe con certidumbre cuáles de esos indios eran realmente jumanos y cuáles no. Como en este último medio siglo no ha habido investigaciones sistemáticas e innovadoras sobre el problema jumano, tenemos que limitarnos a la suposición de que en otros tiempos una población india llamada jumana ocupaba gran parte de la Texas occidental. Actualmente, lo normal es considerar jumanos a los pueblos indios transicionales que se dedicaban al cultivo a la manera de los indios pueblos, y también de vez en cuando, a la caza del búfalo a la manera de los indios de las culturas de las llanuras, aun cuando la supervivencia de estos últimos dependía casi exclusivamente de la caza del bisonte.

Para finales del siglo XVII, los jumanos se habían convertido en los venecianos de Texas. Desde sus tierras de invierno, en La Junta de los Ríos, distribuían mercancías españolas entre otras tribus hasta la costa del Golfo y Texas oriental. Entre la confederación hasinai, los jumanos celebraban ferias anuales donde vendían caballos españoles de la lejana Chihuahua. Juan Sabeata, el jefe jumano más famoso, no sólo tuvo un

papel crucial al influir en las misiones de La Junta de los Ríos a comienzos de los años ochenta del siglo XVII sino que también impresionó a los españoles con sus historias sobre el gran reino de Texas.

Los apaches orientales

Después de su primer fracaso misionero en La Junta de los Ríos y de abandonar la Texas oriental en 1693, los españoles perdieron contacto con los jumanos durante varios años. Los jumanos que llevaban largo tiempo sirviendo de barrera sureña contra los apaches lipanos comenzaron a reconciliarse con sus antiguos enemigos a comienzos del siglo XVIII. La unión que resultó de esto llegó a ser tan completa que se les conocía por el nombre de apaches jumanos. A partir de 1771, deja de hablarse de jumanos y se da por supuesto que el proceso de absorción había llegado a su fin.

El contacto español con otras culturas pre-hípicas de las llanuras comenzó cinco años después de que Cabeza de Vaca y sus compañeros llegaran a Ciudad de México. Francisco Vázquez de Coronado se lanzó en 1540 a explorar el territorio norteño, y al año siguiente se puso a la cabeza de una expedición desde Nuevo México hasta Gran Quivira en la actual Kansas. Al cruzar la parte oriental de Nuevo México y el Asa de Texas (Texas Panhandle), Coronado tropezó con una o dos bandas de indios a los que llamó querechos.

Los querechos eran parte de los apaches orientales, un grupo de lengua azapaska entre los que hay que incluir a los apaches jicarillas, lipanos, mescaleros y kiowas. Hasta la llegada de los comanches, a comienzos del siglo XVIII, los apaches fueron los indios más fuertes de las llanuras sureñas.

Teniendo en cuenta sus vínculos lingüísticos con los indios de Canadá y Alaska en la orilla noroeste del Pacífico, la presencia de pueblos de lengua azapaska ha dado lugar a importantes conjeturas y especulaciones. ¿Cómo llegaron a separarse de sus vecinos norteños? Una hipótesis supone que los azapaskos sureños eran, más o menos, recién llegados al sudoeste. Sus progenitores fueron posiblemente pequeñas bandas nómadas que se iban abriendo camino hacia el sur o a lo largo del flanco oriental de las Montañas Rocosas. Por el camino debieron combatir y vencer a los indígenas con los que topaban mientras tomaban al tiem-

po características culturales de otros. Los primeros en llegar a Nuevo México pasan por haber forzado a los indios pueblo a abandonar sus aldeas antes de la llegada de los españoles.

Los querechos que conoció Coronado parecen haber sido gente pacífica, cuyos acampamientos dependían en parte de los lentos movimientos de las manadas de búfalos. Cuando tenían que cambiar de sitio, llevaban sus escasas posesiones en una especie de trineos primitivos tirados por grandes perros domesticados. En aquel momento, los querechos vivían probablemente en la primavera y el verano en pequeñas rancherías, donde sus mujeres cultivaban primitivamente huertas y pequeños campos. Vivían sedentariamente el tiempo suficiente para recoger sus cosechas antes de que llegaran los búfalos en sus migraciones otoñales a las llanuras del sur. Como los coahuiltecas, los apaches hacían cacerías colectivas para capturar y matar las reses.

A finales del siglo XVII los apaches orientales modificaron irreversiblemente su vida semiagrícola y seminómada para adaptarse a una cultura basada en el caballo. Sus primeros caballos eran los que vagaban, perdidos, hacia el norte, desde México o los que conseguían atacando las colonias españolas de Nuevo México. Cuando los apaches hubieron conseguido suficiente número de caballos, pudieron seguir a las manadas de búfalos con más facilidad, y el tipo de vida nómada que resultó de esto puso fin a toda su actividad agrícola. A pesar de depender de los caballos, los apaches nunca supieron aprovechar debidamente a estos animales. A veces los usaban como fuente de alimento, costumbre que espantaba por igual a españoles y comanches.

De todos los indios de Texas, los apaches llegaron a ser considerados por los españoles como los especímenes humanos más bajos y peligrosos. A pesar de las intercesiones de los misioneros en su defensa, las autoridades españolas decidieron, en los años setenta del siglo XVIII, exterminar o incluso exiliar a los apaches a una región ultramarina[16]. Si esta decisión no se concretó en genocidio fue debido, al menos en parte, a que los españoles no pudieron llevarla a la práctica debidamente. Bajo muchos puntos de vista, la situación insostenible en que se encon-

[16] La idea de coger y deportar a los indios apaches lipanos fue del coronel Jacobo Ugarte y Loyola, gobernador (1769-1777) de Coahuila. Véase G. B. Starnes, *Juan de Ugalde (1729-1816) and the Provincias internas of Coahuila and Texas,* Tesis doctoral, Texas Christian University, 1971, p. 32.

traban los apaches es uno de los fenómenos más tristes de la historia de Texas. Los que habían sido arrogantes guerreros de las llanuras se vieron expulsados de sus tradicionales terrenos de caza y reducidos al latrocinio y el pillaje.

Los wichitas

Cerca del extremo más lejano de su marcha hasta Gran Quivira, Coronado encontró un pueblo que hoy se conoce por el nombre de wichita. En el verano de 1541, Coronado recorrió unas sesenta y cinco millas entre aldeas wichitas que se extendían hasta más allá de la gran curva del río Arkansas. A fines del siglo XVI y comienzos del XVII dos expediciones ulteriores renovaron el contacton con los wichitas, que, sin embargo, siguieron viviendo generalmente aislados en el corazón de las grandes llanuras[17].

A pesar de vivir en territorios lejanos de Santa Fe, los wichitas se vieron afectados por las consecuencias de la colonización europea en Nuevo México. Antes de fines del siglo XVII los indígenas norteamericanos ya habían aprendido a cabalgar y cuidar caballos. Como los wichitas disfrutaban de abundancia de grano, alubias y calabazas, porque sus mujeres se dedicaban al cultivo, estos maravillosos animales eran menos esenciales para ellos que para otros indios de las llanuras.

Sin embargo, los hombres de esta nación se habían dedicado siempre a la caza para suplementar su régimen alimenticio y enseguida se dieron cuenta de la ventaja que tenía montar a caballo y de lo esencial que era guerrear sobre este animal. Como ha observado Newcomb, «cazando a pie, se puede pasar hambre; combatir a pie contra caballería es pedir a veces el desastre»[18].

También mejoraban considerablemente las posibilidades de sacar más partido de la caza y correr menos peligro con las armas de fuego europeas que estaban empezando a circular entre los pueblos indígenas. Sin embargo, los españoles se negaban a abastecer a los indios de escopetas, pólvora y perdigones, y se atuvieron a esta actitud durante la ma-

[17] Los indios wichitas estaban relacionados lingüísticamente con los caddos y los pawneess.

[18] W. W. Newcomb, Jr., *The People Called Wichita,* Phoenix, 1976, p. 21.

yor parte del periodo colonial. Sin embargo, los comerciantes franceses no tenían ningún escrúpulo.

Por desgracia para los wichitas, los osages, sus mortales enemigos, vivían más cerca de los ingleses y los franceses, y consiguieron armas de fuego antes que ellos. Presionados por los osages desde el norte y el este, y atacados por los comanches desde el norte y el oeste, los wichitas se vieron obligados a emigrar al sur, hacia el río Rojo y Texas. Hacia el final de la segunda década del siglo XVIII había aldeas wichitas esparcidas entre los alrededores de los límites de Kansas y Oklahoma hasta el interior de Texas, pero, al penetrar en esas tierras nuevas, al sur, ocupaban lugares pertenecientes tradicionalmente a los apaches, los cuales disponían de abundantes caballos.

La llegada del francés Bénard de la Harpe, que instaló en 1719 un centro comercial cerca de la moderna Texarkana, fue bien acogida por los wichitas. La Harpe y otros franceses comenzaron a abastecer a los wichitas de armas de fuego que les hacían gran falta. La expansión de los wichitas se extendía ya mucho más allá del río Rojo, hasta los Brazos, en el centro de Texas, donde la ciudad moderna de Waco tomó este nombre del de una subtribu suya.

Casi al mismo que Coronado entraba en contacto con los querechos y los wichitas, otra expedición española se acercaba a Texas por el este. Inicialmente unos seiscientos españoles habían desembarcado en Florida en 1539 al mando de Hernando de Soto. A lo largo de tres años, don Hernando exploró partes de unos nueve estados del sudeste del actual Estados Unidos. Poco antes de su muerte, que tuvo lugar en mayo de 1542 a orillas del río Mississippi, Hernando de Soto pasó el mando de la expedición a Luis de Moscoso Alvarado. Moscoso, al mes siguiente, destacó una pequeña vanguardia del grueso de sus fuerzas y la envió a buscar una ruta por tierra para ir a México. A fines del verano, don Luis entró en contacto con los indios más importantes y culturalmente más avanzados de Texas.

Los caddos

A lo largo del curso de los ríos Rojo, Angelina y Neches, Moscoso tropezó con indios que hablaban la lengua caddo, cuya base era común a gran parte de los indios de la parte central y sureña de las Grandes

Llanuras. Sólo pequeñas diferencias dialectales separaban las tribus caddo del este de Texas, Arkansas y Luisiana. Sin embargo, al oeste, los indios pawnees, wichita y kichai hablaban lenguas relacionadas entre sí, pero incomprensibles para los caddos, que habitaban en el este.

Para finales de los años ochenta del siglo XVII los caddos, cuyos idiomas eran mutuamente comprensibles, se habían organizado en tres confederaciones, dos de las cuales estaban en Texas. Entre los ríos Rojo y Azufre, en el extremo nordeste de Texas, penetrando en la actual Arkansas, se encontraba el territorio de los kadohadachos, que constaban de cuatro tribus: los kadohadachos propiamente dichos, los nanatsohos, los nasonis y los natchitoches superiores, unidos en alianza política. La confederación principal era la de los hasinai, que vivían a lo largo de la parte superior y media de los ríos Neches y Angelina, al este de Texas. Este grupo sureño se componía de ocho tribus: los hainais, los neches, los nacogdoches, los naconos, los namidisqhes, los nasonis, los anadarkos y los nabedaches[19].

La confederación hasinai utilizaba una forma de saludo que a los españoles les sonaba como «Texas». Significaba, más o menos, «amigo» o «nuestra gente». Por su parte los españoles utilizaban las palabras «Texas» o «Hasinai» indistintamente para referirse a las tribus de esa confederación. En el español de Castilla, la grafía «Texas» era el equivalente fonético de «Tejas» y acabó siendo la habitual.

Aunque los caddos tenían costumbres y procedimientos legales muy firmes y probados para resolver sus conflictos antes de que se desbordasen, la guerra no les asustaba. Para octubre de 1541, ya habían luchado con los soldados de Hernando de Soto en territorio de la actual Arkansas, quedando muy bien en el empeño. Los caddos se unían también para luchar contra los numerosos enemigos que les rodeaban. Al nordeste, se enfrentaban con los temibles choctaws, y también de vez en cuando, con los chichasaws; al norte, las incursiones de las naciones osages ponían en peligro la existencia misma de las tribus kadohadacho a lo largo del río Rojo; al noroeste, los caddos luchaban con los wichitas

[19] J. R. Swanton, *Source Material on the History and Ethnology of the Caddo Indians*, Washington, DC, 1942. Swanton suscitó dudas sobre si los indios nasonis y nabedaches eran miembros de la confederación desde el principio de ésta. La tercera confederación, y la menor de todas, era la de natchitoches, situada junto al río Rojo, más abajo que los indios kadohadachos.

y los kichais, y al este estaban en conflicto con bandas hostiles de tonkawas nómadas. Sólo al sur mantenían relaciones de paz con los atakapas, que eran más primitivos.

A pesar de su buena reputación como soldados, los caddos no eran un pueblo agresivo. Su sociedad no estaba basada en la guerra, como era el caso de muchos otros indios texanos, y tenían por costumbre evitar todo conflicto armado excepto por razones de defensa o represalias. Si se les permitía seguir sus inclinaciones naturales, sus principales ocupaciones eran el cultivo y la caza.

Aun cuando nunca poseyeron el legendario «gran reino de los texas», los caddos habían creado una sociedad bien ordenada que causó mucha admiración entre los observadores europeos. La esencia de su *polis* era la teocracia, con líneas de autoridad perfectamente claras. Cada grupo principal tenía un gran sacerdote o *Xinesi*, cuyos deberes eran esencialmente religiosos: «cuidaba el fuego eterno en el templo y servía de intermediario entre el pueblo y los dioses. Como intérprete de la voluntad divina, su poder era virtualmente incontestable». El cargo del Gran Xinesi era hereditario por vía masculina y daba gran prestigio a la familia del reverenciado gran sacerdote[20].

La conducta de los asuntos temporales corría por cuenta de un *caddi*, como se llamaban los jefes de las subunidades políticas, y este cargo también era hereditario por vía masculina. Cuando el grupo era lo bastante grande para necesitar otros funcionarios, el caddi disponía de tres a ocho subjefes *(canahas)* y de los ayudantes de éstos *(chayas)*. Todas las unidades políticas tenían agentes de la ley conocidos por el nombre de *tammas*.

Una organización jerárquica de esta índole era fácil de comprender para los europeos y lo mismo cabía decir de la religión caddo, cuya teología aceptaba un creador, deidad omnipotente que castigaba el mal y premiaba el bien. Esta semejanza con las creencias cristianas, así como también los logros intelectuales de los caddos, entusiasmaron a los misioneros que había en Texas, haciéndoles creer que convertirían fácilmente a los caddos al cristianismo, aunque la experiencia iba a demostrar precisamente lo contrario.

Entre los éxitos económicos de los caddos, que desde el punto de

[20] E. A. H. John, *Storms Brewed in Other Men's Worlds: The Confrontation of Indians, Spanish and French in the Southwest, 1540-1795,* College Station, 1975, p. 167.

vista español hacían de ellos los indios más asimilables de Texas, había que contar un sistema de agricultura de alta producción. El cultivo era empresa comunal y la siembra inicial corría por cuenta de hombres y mujeres de todas las clases, excepto el Gran Xinesi, que estaba exento del trabajo manual. Los campos arados del este de Texas estaban sembrados de maíz, diversas variedades de alubias, semillas de girasol, calabazas y tabaco. Una vez sembrada la cosecha, su cuidado pasaba a ser responsabilidad esencial de las mujeres, con lo que los hombres quedaban libres para dedicarse a la caza o a la guerra.

Había búfalos, gamos y osos, así como también una amplia variedad de peces. Los caddos suplementaban además su régimen alimenticio con frutas, nueces y bayas, que las mujeres recogían en el campo y preparaban para su almacenamiento. Tal era la disciplina que, excepto en años de fuerte sequía, los caddos raras veces tenían carestías, e incluso en las situaciones más difíciles, nunca llegaban a consumir las semillas que reservaban siempre en cantidad suficiente para dos siembras de primavera seguidas.

La sofisticación de las disposiciones políticas y económicas de los caddos, así como también su propio aspecto físico impresionaron a los europeos. La deformación craneal no parece haber sido una costumbre general entre esos indios, pero, así y todo, era frecuente. Por otra parte, tanto hombres como mujeres se tatuaban y pintaban el cuerpo en ocasiones especiales. A ambos sexos les gustaba ponerse adornos, como conchas, huesos, plumas y piedras de colores a modo de brazaletes, collares y pulseras.

La ropa de los caddos de ambos sexos recibió también la aprobación de los observadores europeos. Usaban piel de gamo curtida y de un color negro lustroso para hacer mocasines, camisas, polainas y taparrabos. Las ropas de gala estaban muy adornadas con semillas relucientes y pinturas decorativas.

Sin embargo, las costumbres matrimoniales de los caddos provocaron el desprecio de los españoles y los franceses que entraron en contacto con ellos. Las parejas podían divorciarse con cualquier pretexto y volverse a casar. Sus costumbres maritales, que escandalizaron al clero misionero, pueden definirse posiblemente como «monogamia serial».

Aunque no exclusivo de ella, otro aspecto de la cultura caddo era la costumbre de que ambos sexos prorrumpieran en llantos y quejidos cuando encontraban gente desconocida. Esta conducta era sumamente

inquietante para españoles y franceses, gente más reservada, los cuales notaron que las mujeres de esta tribu eran proclives sobre todo a llorar profusamente ante una muerte inminente. Españoles y franceses observaron con alarma que esos llantos podían anunciar su propia muerte.

En general, sobre todo si se les comparaba con los karankawas, los coahuiltecas y los indios de las llanuras, no es de extrañar que los caddos dejaran un duradero recuerdo en la mente de los observadores extranjeros. En palabras de Elizabeth A. H. John, tanto indios como europeos «se llevaron del mundo caddo impresiones de gran poder, belleza y riqueza»[21].

Al oeste de los caddos, en la Texas central, vivían bandas merodeantes de indios identificados tradicionalmente como tonkawas. El primer encuentro documentado con estos indígenas se asocia habitualmente con la expedición de Alonso de León en 1690. Sin embargo, investigaciones más recientes sugieren que los tonkawas, como los wichitas, habían llegado relativamente tarde a Texas.

Investigaciones actuales llevadas a cabo por los antropólogos Campbell y Newcomb, postulan que los tonkawas estaban vinculados a las Llanuras Altas en los tiempos de la expedición de Juan de Oñate (1601) a Gran Quivira. Como sugiere Campbell, este revisionismo radical cambia profundamente los puntos de vista tradicionales sobre los tonwakas, que suelen ser considerados como indios texanos muy antiguos, vinculados desde mucho tiempo atrás a la región norcentral de Texas[22]. Concretamente, es posible demostrar, gracias a investigaciones ulteriores, que «la tribu tonkawa del siglo XIX representa la coalescencia o consolidación... de cierto número de fragmentos de tribus (o bandas) diversas procedentes de una extensa zona». Más aún, los tonkawas propiamente dichos fueron quizá tan sólo uno de los ingredientes que constituían la tribu de ese nombre, «sin que fueran necesariamente los más numerosos o influyentes de ella»[23]. Por implicación, parece probable que gran nú-

[21] *Idem,* pp. 168-169.

[22] Bandas de indios que con frecuencia se identifican con tonkawas son los tonkawas propiamente dicho, los mayeyes, los yerbipiames y los yojuanes. Estos últimos eran en realidad wichitas que habían perdido su identidad al ser absorbidos por los indios tonkawas en la segunda mitad del siglo XVIII.

[23] W. W. Newcomb, Jr., y T. N. Campbell, «Southern Plains Ethnohistory: A Reexamination of the Escanjaques, Ahijados y Cuitoas», en *Pathways to Plains Prehistory:*

mero de grupos indios, considerados durante largo tiempo como tonkawas por su idioma y cultura, fueran erróneamente clasificados después de todo. La controversia sobre los orígenes y la composición de los tonkawas continuará, probablemente, durante bastante tiempo y la cuestión no se resolverá hasta que los eruditos hayan estudiado laboriosa y minuciosamente todos los documentos pertinentes[24].

Los atakapas

Justamente al este de las bandas identificadas tradicionalmente como tonkawas, y a lo largo de las zonas inferiores de los ríos Trinidad y San Jacinto, estaba el territorio de los pocos conocidos indios atakapas. El nombre de una de las tribus significa «comedores de hombres» o «caníbales» en lengua choctaw. Cabeza de Vaca, entrando en contacto con un grupo indio al que bautizó «hans», pudo tener el primer contacto con los atakapas a finales de los años veinte del siglo XVI. Aparte este posible encuentro, los europeos no conocieron a los atakapas hasta el siglo XVIII. Para entonces, las tribus atakapas más importantes eran los orcoquizas, los bidais y los deodoses.

Los atakapas que vivían a lo largo de la costa pantanosa del nordeste de la bahía de Galveston ocupaban una tierra expuesta a inundaciones de agua salada, donde la agricultura era imposible, y esto les obligaba a depender casi enteramente de pescado y marisco como fuentes de alimentación. En el interior, las posibilidades de cultivo mejoraban, pero incluso allí, el sustento de los indígenas dependía en gran medida de la caza del gamo, el oso y, a veces, el bisonte. A pesar de todo, los bidais y los deodoses, situados más cerca de los caddos, se dedicaban, en parte al menos, a la agricultura.

Como otros indios tejanos, los atakapas se tatuaban rostro y cuerpo. Los dibujos del siglo XVII nos muestran guerreros descalzos y con taparrabo. Llevaban también *calumet*, la pipa ceremonial, arco y flechas. Al parecer, sus mujeres iban escasamente vestidas, con faldas de cuero

Anthropological Perspectives of Plains Natives and Their Past, compilado por Don G. Wyckoff & J. L. Hofman, Duncan, OK, 1982, pp. 35-36.

[24] Véase un estudio tradicional de los indios tonkawas en Newcomb, *Indians of Texas*, pp. 133-153.

sujetas a la cintura con correas. Las casas de estos indios no pareccen haber sido nunca enteramente permanentes, y en ocasiones consistían en simples garitas desmontables.

En general, como carecemos de descripciones de primera mano de los atakapas, poco es lo que sabemos de ellos. Los que vivían en la costa probablemente siguieron dedicados a la busca de residuos playeros y costeros, aunque para fines de los años cuarenta del siglo XVIII algunas de las tribus deodoses se habían retirado lo bastante tierra adentro como para poder participar en misiones fundadas a lo largo del río San Gabriel.

El mundo de los indios texanos cambió de manera irreversible cuando aparecieron allí los españoles, o sea, en las primeras décadas del siglo XVI. Las culturas indígenas y europeas dieron entonces comienzo a un periodo de tres siglos de cooperación y conflictos esporádicos. El desenlace, examinado día a día y año a año, no es siempre claro del todo. No fue un conflicto entre la razón y la sinrazón, o entre cristianos heroicos e indios paganos. Por el contrario, fue una historia de seres humanos luchando por sobrevivir en una frontera lejana.

A pesar de la rica variedad que ofrecía la Texas prehispánica, los indios texanos estaban condenados a desaparecer con el tiempo. Sucumbieron por la pérdida de sus tierras ancestrales, por enfermedades mortales, lo reducido de su número, la desaparición de los búfalos y la superioridad de la tecnología europea. El proceso es inexorable, porque ninguna de las culturas indígenas originales reside ya en el estado[25]. Si prescindimos de las importantes raíces étnicas de los indios texanos, es preciso buscar cuidadosamente para poder encontrar otros legados indios de igual o parecida importancia en el Estado de la Estrella Solitaria. Para rematar este proceso, digamos que incluso los indios texanos, que dieron su nombre al estado, acabaron por ser exiliados a territorios acotados para indios al otro lado del río Rojo en los años cincuenta del siglo pasado.

[25] Texas tiene dos reservas indias: una, pequeña, para indios alabama-coushattas, en el este, y otra, minúscula, para indios tiguas, en el oeste, con tierras reservadas para indios que eran relativamente recién llegados.

II

EXPLORADORES Y CONQUISTADORES (1519-1543)

Los primeros contactos europeos con Texas y sus habitantes fueron casuales y esporádicos. En primer lugar los exploradores llegaron del este, por mar, a lo largo de la costa del Golfo, y por tierra, casi simultáneamente, desde Luisiana y Nuevo México. Estos primeros contactos fueron resultando de procesos históricos iniciados en las Indias occidentales y en el vasto reino de Nueva España, virreinato que se extendía desde la frontera norte de Panamá hasta los límites españoles del sudoeste norteamericano. En este capítulo se narran los acontecimientos ocurridos en Nueva España que guardan relación con Texas, concentrándonos en las hazañas exploratorias de Alonso Álvarez de Pineda, Cabeza de Vaca, Vázquez de Coronado, Hernando de Soto y Luis de Moscoso Alvarado.

Primeros contactos españoles con Texas

Después del primer viaje colombino de descubrimiento, el imperio español en América comenzó entre las principales islas del mar Caribe. Los primeros exploradores y conquistadores, la mayoría de los cuales eran gente joven procedente de familias arrogantes, pero pobres, de Extremadura, en el oeste de España, o de Andalucía, en el sur, buscaron nuevas oportunidades en el Nuevo Mundo, y generalmente contaban con la bendición de sus monarcas. Aunque celosos de sus poderes absolutos, los soberanos españoles carecían de los recursos necesarios para hacer frente a las obligaciones de una nación que pronto mantendría el papel dominante tanto en Europa como en América.

Hasta el descubrimiento de las ricas minas de plata de México y Perú, en los años cuarenta del siglo XVI, la principal fuente de riqueza de las tierras continentales americanas consistía en el oro y la plata que poseían las altas culturas amerindias. En consecuencia, en la primera mitad del siglo XVI, la Corona no sólo favorecía la expansión por comarcas desconocidas, sino que también apoyaba docenas de aventuras particulares que no le costaban un solo peso, aunque siempre se beneficiaba de las hazañas de los exploradores y conquistadores que acrecentaron el imperio español en América esparciendo al mismo tiempo la fe cristiana entre los indios paganos. Estos hijos de España, además, liberaban a los indígenas, por la fuerza, de sus riquezas «sobrantes» y la Corona cobraba siempre su parte, el quinto de todo el metal precioso y la pedrería. El apetito real de riqueza del Nuevo Mundo era tal que incluso los conquistadores que ocupaban con éxito comarcas enteras sin permiso, aprobación o contrato real, podían esperar títulos y recompensas después de la conquista. Además, todos los sueldos tenían que proceder de rentas producidas en las tierras nuevas. La Española, más conocida por Santo Domingo, fue colonizada de manera permanente por Cristóbal Colón en 1493. Para 1508, Puerto Rico y Jamaica ya habían caído bajo el dominio, respectivamente, de Juan Ponce de León y Juan de Esquivel. En 1511 Diego de Velázquez dio comienzo a la conquista de Cuba, la mayor isla de la cadena antillana. Desde Puerto Rico, Ponce de León tocó primero Florida en 1513, inaugurando así la historia de España en el continente norteamericano. Desde Cuba, los viajes de Francisco Hernández de Córdoba (1517) y Juan de Grijalva (1518) patrocinados por Velázquez, a Yucatán y la costa sur del Golfo, sirvieron igualmente para estimular el interés por la tierra firme.

El gobernador Velázquez eligió como jefe de una tercera expedición a Hernán Cortés, que le había servido de secretario en la conquista de Cuba. Sin embargo, Cortés no tardó en despertar los recelos de su padrino. A medida que avanzaban los preparativos subían los gastos, y peor aún, don Hernán mostraba pretenciosos aires y una alarmante independencia, lo que hizo dudar al gobernador sobre las posibilidades de controlar en el futuro a un capitán tan voluntarioso. En el último momento, Velázquez trató de prescindir de Cortés, pero ya era demasiado tarde. Cortés salió de Cuba antes de que su padrino pudiera poner en su lugar a un jefe más adaptable. Aunque Cortés también había invertido en la expedición, salió de Cuba en febrero de 1519 en calidad de

conquistador renegado. Después de costear la península de Yucatán, Cortés fundó Villa Rica de la Vera Cruz (actualmente, Antigua Veracruz), donde comenzó sus preparativos par la conquista de México.

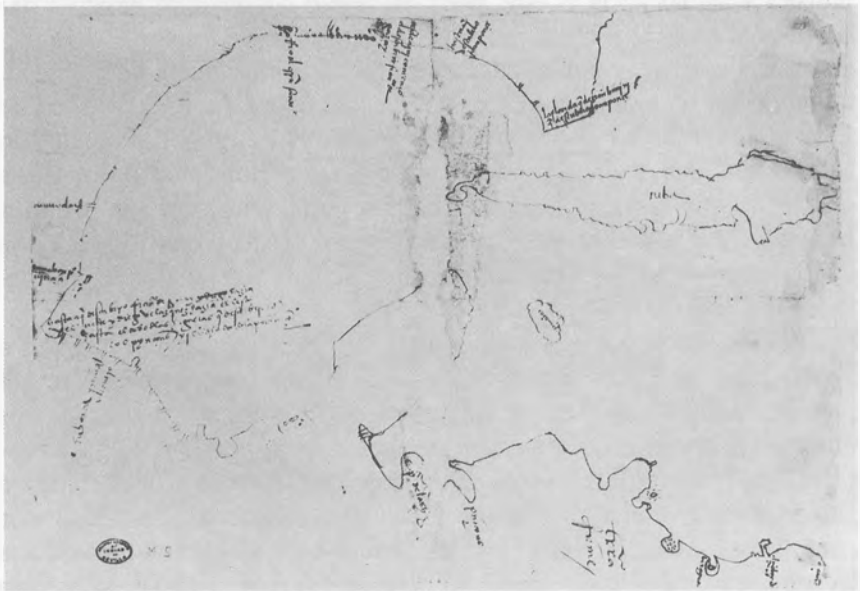


Figura 4. *Mapa del golfo de México.*
Este es el primer mapa conocido que representa la costa de Texas. Lo dibujaron los pilotos de la expedición de Alonso Álvarez de Pineda en 1519. Reproducido con autorización del Archivo General de Indias (Mapas y Planos, México 5).

En el momento mismo en que Cortés fundaba su primer asentamiento en México, Francisco de Garay, sucesor de Esquivel como gobernador de Jamaica, estaba dedicado también a la exploración de la costa del Golfo. Garay era un colonizador experimentado que había navegado con Colón en 1493. Él y su socio en esta empresa, Miguel Díaz de Aux, ganaron fama encontrando en La Española una enorme pepita de oro valorada en 36.000 pesos de oro. Al parecer, Garay usó su parte del hallazgo para fundar grandes empresas ganaderas, llegando a emplear unos 5.000 indios sólo para cuidar de sus fincas y de su ganado. El interés de Garay en la exploración y colonización de la tierra firme se vio intensificado por la noticia de que Grijalva había acopiado 20.000 pesos

de oro en Yucatán. Para comienzos de 1519, ya Garay había pertrechado a Alonso Álvarez de Pineda con toda clase de bastimentos, cuatro barcos y una tripulación de 270 hombres. Álvarez se dio a la vela desde Jamaica y siguió hacia el este, pero un viento contrario le obligó a dar la vuelta. Entonces recorrió la costa del Golfo desde los cayos de Florida hasta Veracruz, y por el camino levantó el primer mapa de la región, tomando buena nota de ríos y caletas (véase figura 4). El 2 de junio de 1519 anotó la inmensa descarga de agua de la desembocadura del río Mississippi, al que dio el nombre de río del Espíritu Santo por la fiesta del día en que lo había descubierto. Más tarde, Álvarez y sus hombres fueron los primeros europeos que recorrieron desde el mar toda la costa de Texas, pero no hay prueba fehaciente de que desembarcaran en suelo texano[1] (véase figura 5).

Al cabo de varios meses en el mar, los barcos de Álvarez llegaron a Villa Rica de la Vera Cruz poco después de que Cortés zarpara de allí para la conquista de México. Advertido de un posible peligro para sus líneas de abastecimiento y su base de operaciones, Cortés volvió a la costa, donde frustró los esfuerzos de Álvarez por trazar una frontera entre las tierras exploradas por Garay y las que reclamaba el conquistador como suyas. Álvarez rehizo luego el camino hacia el norte y navegó seis leguas a través de un río en el que permaneció cuarenta días, volviendo después a Jamaica. Se ha pensado con frecuencia que ese río fuese el río Grande, el río de las Palmas o incluso el Mississippi, pero ahora puede afirmarse con certidumbre que era el río Pánuco. Después de salir al paso, al menos por el momento, de las pretensiones de Garay a través de su agente Álvarez, Cortés concentró de nuevo su atención en el interior de México. Su conquista del imperio azteca es demasiado conocida para que la repitamos aquí, pero hay un incidente de ella cuya relación con acontecimientos ulteriores en Texas es importante. Irritado por la pérdida de su expedición a causa de un capitán arribista, Diego de Velázquez pertrechó en 1520 una expedición cuya misión era perseguir a Cortés y detenerle. Puso un ejército de unos mil infantes y ochenta caballos al mando de Pánfilo de Narváez, que había luchado con él

[1] En 1974, se encontró una tableta de piedra supuestamente tallada por la expedición de Álvarez, en Boca Chica, cerca de Brownsville (Texas). La autenticidad de esta tableta es sumamente dudosa. Está expuesta en el Museo del Río Grande Valley, Harlingen, Texas.

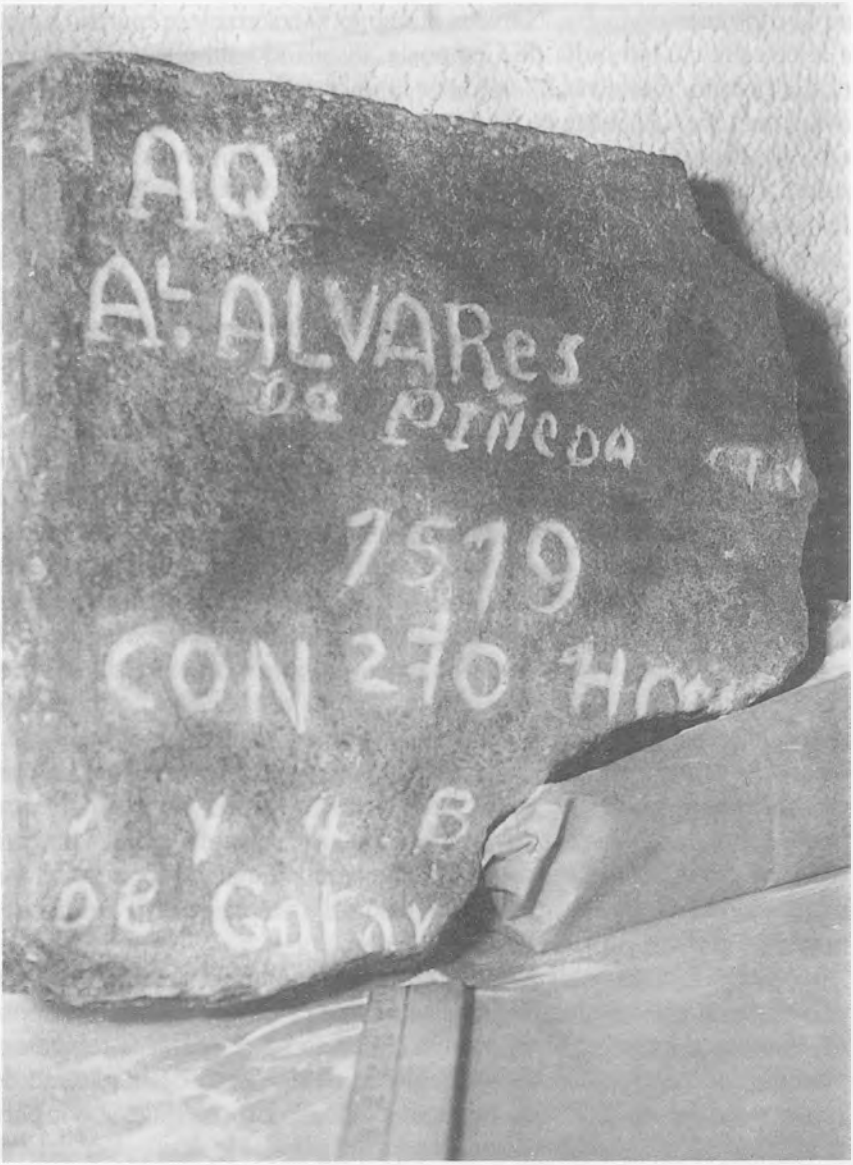


Figura 5. *«La piedra de Pineda»*.
Esta fotografía representa una lápida grabada desenterrada en 1974 cerca de la desembocadura del río Grande. Su autenticidad es altamente cuestionable. Reproducido por cortesía de Eleanor Galt.

en la conquista de Cuba. Narváez atracó en Veracruz y se marchó luego a la cercana ciudad india de Cempoala, instalando allí el cuartel general de su ejército. Convencido de tener la iniciativa a causa de su superioridad numérica, Narváez rechazó todos los intentos conciliatorios de Cortés. Dividiendo su pequeño ejército que, a la sazón, ocupaba la capital azteca, Cortés situó unos 140 hombres en Tenochtitlán al mando de su fiel pero impetuoso lugarteniente Pedro de Alvarado, poniéndose él a la cabeza de un contingente más fuerte que se dirigió a la costa a marchas forzadas. Aunque Narváez tenía sobre él una superioridad de cuatro o cinco a uno, el conquistador obtuvo una aplastante victoria. Durante la breve batalla, Narváez recibió un golpe de pica o lanza que le sacó el ojo izquierdo.

El desenlace de este desigual combate entre dos capitanes españoles subraya las cualidades de caudillo de Cortés y la ineptitud de Narváez que, irritado por esta humillación, volvió a España a comienzos de los años veinte del siglo XVI. Sin embargo, en lugar de venganza, el barbirrojo Narváez hubo de presenciar la aprobación real de los actos de Cortés, que el 15 de octubre de 1522 recibió una impresionante andanada de títulos y poderes en Nueva España, entre los que estaba el derecho a expulsar de la colonia a aquellas personas cuya presencia allí le pareciese contraria a los mejores intereses de la Corona. El hecho mismo de que la inversión de Velázquez en la conquista de México quedase sin reconocer ni premiar es indicio suficiente de que la Corona ponía el éxito sobre cualesquiera otras consideraciones. Narváez no obtuvo compensación alguna hasta varios años más tarde, cuando recibió patente real para colonizar «Florida», término geográfico que entonces se refería a la costa del Golfo entre el río Pánuco y la península de Florida propiamente dicha.

Aunque Cortés había parado muy bien los pies a Narváez, no pudo desanimar al gobernador de Jamaica. A través de sus agentes en España, Garay, en junio de 1521, obtuvo el derecho a colonizar la región explorada por Álvarez. Cortés probablemente se enteró de la patente de Garay a finales de 1521 o comienzos de 1522. En cualquier caso, para el otoño de 1522 ya había formalizado sus planes de ocupación del Pánuco por cuenta propia. Tras un mes de dura pelea, Cortés venció la resistencia india y a comienzos de 1523 fundó una ciudad, Santiesteban del Puerto, en la orilla sur del río Pánuco. Esta aldehuela pobre e infestada de mosquitos fue durante muchos años la esperanza y salvación de

los españoles que se esforzaban por escapar a los peligros y decepciones que les deparaban las tierras del norte.

Entre tanto, Garay había estado perdiendo el tiempo y no utilizó su patente hasta junio de 1523. Para entonces, las noticias de la conquista del Pánuco y la fundación de una ciudad ya habían llegado a las Indias occidentales, y esto indujo a Garay a darse a la vela para el río de las Palmas, a unas noventa millas al norte del río Pánuco. La exploración del río y sus orillas descubrió una tierra pobre y prácticamente deshabitada. Sin embargo, los pocos indios primitivos que vivían allí coincidieron en informarle sobre una tierra mucho más rica situada más al sur. Garay no tuvo otra opción que ir por tierra a una región ya conquistada y reivindicada por Hernán Cortés. Una vez allí, Garay sólo pudo capitular, porque la noticia del decreto real que otorgaba al conquistador el control de la Nueva España le alcanzó poco después de que apareciese a orillas del Pánuco. Entonces Garay fue a Ciudad de México, donde Cortés le recibió con los honores debidos. Sin embargo, después de cenar con el conquistador, don Francisco cayó muy enfermo y murió al cabo de dos días. Su muerte, aunque le fuera achacada a Cortés, carecía de sentido dentro del contexto de la región del Pánuco, donde el que mandaba era Cortés y seguiría mandando durante los cuatro años siguientes.

Después de frustrar las ambiciones de Garay, Cortés fijó su atención en Michoacán, el antiguo reino tarasco del México occidental. Después del imperio azteca, Michoacán era el reino indio más rico y poderoso de México pre-español, y su importancia para el territorio inexplorado al norte era incomparable. Una vez conquistado, serviría de base avanzada para la conquista de Nueva Galicia por Nuño de Guzmán a comienzos de los años treinta del mismo siglo. Después, la base más norteña de Nueva Galicia, San Miguel de Culiacán, serviría a su vez de punto de partida de varias expediciones al norte y de refugio buscado sin conocerlo de cuatro supervivientes de otra expedición, más desdichada aún que la anterior, dirigida por Pánfilo de Narváez.

En 1526, Carlos V concedió por fin al tuerto de Cempoala patente de colonización de Florida. Esta península ya había costado la vida a Juan Ponce de León a comienzos de los años veinte, pero la región donde estaba situada siguió llamando la atención de los españoles buscadores de tesoros durante más de dos décadas.

La expedición de Pánfilo de Narváez

Los barcos de Narváez salieron por la desembocadura del río Guadalquivir el 17 de junio de 1527. Iba en ellos de tesorero y segundo Álvar Núñez Cabeza de Vaca. La travesía de tres meses por el Atlántico hasta Santo Domingo fue tranquila, y al llegar don Pánfilo siguió en el puerto durante cuarenta y cinco días, tiempo que pasó acopiando provisiones y caballos, aunque desertaron 140 de sus hombres. De Santo Domingo, Narváez zarpó para Cuba, donde pensaba pasar el otoño y los meses de invierno. Llegando allí a comienzos del otoño, la expedición fue baqueteada y medio destruida por un huracán que la alcanzó de lleno.

Narváez la reorganizó y puso en buen estado y en abril de 1528 sus cinco barcos llegaron a una bahía, posiblemente Sarasota, en la costa occidental de Florida, con unos 400 hombres. Narváez, a pesar de las vigorosas protestas de Cabeza de Vaca, decidió separar a 300 hombres de sus barcos de apoyo y salir a explorar la tierra a pie. Creía, erróneamente, estar a poca distancia del río Pánuco, cuando la verdadera distancia era en realidad de más de 1.500 millas por la costa. La expedición, tierra adentro y en busca de riquezas y de un sitio apropiado para una colonia, fue por la costa interior de la península, y no tardó en quedar permanentemente separada de los barcos.

Para mediados de junio de 1528, la expedición estaba ya en el noroeste de Florida, donde siguió unos tres meses. Como los indígenas eran hostiles y escaseaban los alimentos, Narváez decidió abandonar Florida por mar. Por falta de barcos, él y sus hombres tuvieron que improvisar una solución. Hicieron fuelles con piel de gamo y tubos de madera, y hachas con trozos de metal que utilizaban para cortar troncos en forma de tablas; mataron a sus caballos para comer la carne y usaron sus crines y colas para hacer jarcias; convirtieron la piel curtida de los caballos en sacos para agua; usaron resinas de pino y fibras de palmito para calafatear sus toscas lanchas, y convirtieron sus camisas y pantalones en velas.

Así las cosas, el 22 de septiembre de 1525, menos de 250 hombres salieron en cinco lanchones de la bahía de los Caballos, así llamada por haber sido allí donde hubieron de matar los suyos. El primer mes por mar todo fue bien. Costeando siempre, la flotilla se acercó a la boca del río Mississippi. Los problemas comenzaron en el trigésimo primer día,

cuando una tormenta traqueteó los lanchones como si fueran astillas. Varios días después de pasar ante la boca del gran río, Narváez renunció a su mando, con el consejo de que «cada cual se salvase como pudiese». Sin embargo, sus propios esfuerzos fueron insuficientes. Más tarde, su lanchón, mal anclado, se vio lanzado a aguas profundas en la bahía de Motagorda, donde, probablemente, se hundió. El 6 de noviembre de 1528 el lanchón donde iban Cabeza de Vaca y un número desconocido de hombres atracó en una isla situada cerca del extremo occidental de la isla de Galveston. Otro lanchón, donde iban Andrés Dorantes de Carranza, su esclavo africano, Estevanico, Alonso Castillo Maldonado y unos cuarenta y cinco hombres más, había desembarcado, a lo que parece, cerca de allí el día anterior. Los aquí mencionados, que serían conocidos más tarde como «los cuatro náufragos harapientos» fueron los únicos supervivientes de la parte de la expedición de Narváez que se adentró por Texas[2]. Todos los demás sucumbieron a la intemperie, la enfermedad y las heridas, o bien ahogados o a manos de tribus costeras hostiles.

La isla del primer desembarco, probablemente la de San Luis, recibió enseguida el nombre de «Malhado». Más o menos los ochenta españoles que quedaron empantanados allí pensaban encontrarse muy cerca del Pánuco. Esperando ser salvados, enviaron costa abajo a cuatro hombres fuertes, buenos nadadores, con un guía indio y nunca más se supo de ellos.

Para la primavera de 1529, ya la disentería había hecho de las suyas, hasta el punto de que sólo quedaban catorce o quince españoles en Malhado. Creyendo que Cabeza de Vaca había muerto en un viaje a tierra firme, todos los demás, menos dos, siguieron costa abajo hacia el Pánuco. Sin embargo, Cabeza de Vaca se restableció de una enfermedad que estuvo a punto de costarle la vida y llegó a ser el primer comerciante europeo de la historia de Texas. Anduvo tierra adentro y también por los actuales condados costeros de Texas, llevando conchas y habas de mezquite, y volvió con pieles y ocre rojo. Cabeza de Vaca ganó también fama entre los indios como curandero. En esta coyuntura, él se limitaba a bendecir a los indios heridos, respirando sobre sus heridas y diciendo

[2] D. E. Chipman, «In Search of Cabeza de Vaca's Route across Texas: An Historiographical Survey», *Southwestern Historical Quarterly,* octubre de 1987, pp. 128.

oraciones. En general, la eficacia de estas medicinas hace pensar que algunos indios de la costa sufrirían de desórdenes psiconeuróticos.

Cabeza de Vaca en Texas

Cabeza de Vaca siguió en la zona de Galveston porque Lope de Oviedo, su único compatriota superviviente, se negó a irse de Malhado. Finalmente, a finales de 1532, Cabeza de Vaca consiguó convencer al reacio español de que le acompañase por la costa hacia el Pánuco, siguiendo el camino que habían tomado los otros supervivientes casi cuatro años antes. Por el camino, Lope de Oviedo, asustado por los indios hostiles y por no saber nadar, dio media vuelta y desapareció también para siempre. Todos los ruegos de Cabeza de Vaca que hizo «lo posible por disuadirle de tan abyecta conducta» fueron en vano[3].

Para cuando los dos se separaron, ya habían oído hablar de otros cristianos cercanos. Cabeza de Vaca siguió su camino y a los pocos días se encontró con tres desconcertados compañeros suyos en un «río de nueces» que probablemente era el Guadalupe. Junto a ese río, Cabeza de Vaca, Castillo, Dorantes y Estevanico planearon su fuga a México, pero hubieron de aplazarla hasta 1534 al caer esclavos de los indios mariames e iguazes.

Cabeza de Vaca pasó unos dieciocho meses como cautivo de los mariames. La descripción que hace de ellos y de los avavares, con quienes pasaría luego ocho meses, hace de estos dos grupos los indígenas mejor conocidos del sur de Texas. Su relato contiene información cultural que «cuantitativamente, sobrepasa la de todos sus sucesores juntos»[4]. Cabeza de Vaca, entre los indios de la región, vivió para contarlo. Ningún otro español pudo hacer lo mismo. Por esto, Cabeza de Vaca merece ser considerado como el primer etnólogo de Texas. En su relato nombra un total de veintitrés grupos indios y sitúa a algunos de ellos en relación con los otros. Todas las tribus que menciona pueden ser relacio-

[3] C. Covey, traductor, *Cabeza de Vaca's Adventures in the Unknown Interior of America,* reimpresión, Albuquerque, 1984, pp. 88-89.

[4] «La relación y comentarios del gouernador Aluar Núñez cabeça de vaca, de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias, con priuilegio...», Valladolid, 1555, T. N. Campbell y T. J. Campbell, *Historic Indian Groups,* p. 65.

nadas con la llanura costera exterior que se extiende desde la isla de Galveston hasta los alrededores del actual lago Falcón[5].

Los datos etnográficos por sí solos indican con cierta medida de certidumbre que los cuatro hombres siguieron la misma ruta, por la costa del interior, hacia México; sin embargo, la controversia en torno a la parte texana de esa ruta, desde las cercanías de la isla de Galveston hasta San Miguel de Culiacán, ha sido muy encendida y dura ya más de un siglo. Aún hay diferencias de interpretación en torno a la ruta, ya que nadie puede probar con certidumbre absoluta la dirección exacta que siguieron en cualquiera de las partes de su viaje (véase figura 6).

El punto de partida de todos los estudios de esa ruta ha de ser la *Relación* de Cabeza de Vaca, y el *Informe conjunto,* un relato compilado por los tres españoles supervivientes. Ambos textos fueron redactados poco después de la caminata que terminó en 1536 y los dos son importantes por considerarse las primeras obras literarias sobre Texas. Al reconstruir la ruta más probable sobre la base de los dos relatos, hay que tener en cuenta la información biótica y psicográfica que contienen. Es una tarea que vale la pena, porque si se puede determinar con razonable seguridad *dónde* estuvieron los cuatro hombres durante los casi siete años que pasaron en Texas y *qué* es lo que vieron, esas experiencias aportarán datos valiosos sobre los indios, la tierra, la flora y la fauna de Texas.

Las pruebas cruciales de ambos textos son: las dimensiones de la isla donde tuvo lugar el primer desembarco; la distancia entre los cuatro arroyos sucesivos de la tierra firme y su cruce; la descripción de una serie de caletas situadas a lo largo de la costa hacia el Pánuco; la mención de un río de nueces y de grandes matas de chumberas; el cruce de un gran río comparable en anchura al Guadalquivir de España y la aparición, después de esto, de montañas cercanas a la costa que partían de la dirección del «mar del norte». Todas estas consideraciones, junto con el objetivo de los supervivientes de llegar al Pánuco, indican que la ruta sería por la costa interior y que los supervivientes cruzaron la parte interior del río Grande, entrando en México cerca del lago Falcón.

En el término de un día después de vadear el río Grande, Cabeza de Vaca y sus compañeros avistaron las montañas de la sierra de Cerralvo en la actual Nuevo León, México. Al llegar a esas montañas decidieron dirigirse tierra adentro en lugar de al este, hacia la costa del Golfo.

[5] Campbell y Campbell, *Historic Indian Groups,* pp. 10-11, 64-65.

Esta decisión, que iba en contra de su intención inicial de seguir hacia el Pánuco, se basaba en ciertas consideraciones. Indios amigos les recordaron que los grupos indígenas de la costa eran «muy malos», mientras que los del interior tenían mejor disposición y más comida. La ignorancia de los españoles sobre la geografía de la costa noroeste de México les indujo probablemente a pensar que el oceáno Pacífico estaba muy cerca, al oeste. Finalmente, como admite Cabeza de Vaca, metiéndose tierra adentro se les presentaba también la oportunidad de descubrir nuevas tierras y acopiar información importante. Como él mismo viene a decir, pensó que su destino estaba en la parte del sol poniente, por lo cual decidió dirigirse al norte todo lo que fuera necesario para torcer en su momento y acabar saliendo al Mar del Sur[6].

El viaje de los náufragos a través del norte de México acabó devolviéndoles a Texas en la conjunción de los ríos Grande y Conchos, cerca del actual Presidio. En esa parte de sus andanzas, Cabeza de Vaca arrancó una punta de flecha del pecho de un indio. La operación, una sagitotectomía, le ha ganado el título de «santo patrono» de la Sociedad Quirúrgica de Texas.

En La Junta de los Ríos, los náufragos encontraron agricultores que vivían en viviendas permanentes. Cabeza de Vaca llamó a esos indios que al parecer eran jumanos, «vaqueros» *(Cow People)*, porque dejaban sus asentamientos una vez al año para cazar bisontes en el norte. Después de subir río Grande arriba, por la orilla oriental, o texana, durante unos diecisiete días, los cuatro hombres volvieron a cruzar el río Grande a unas setenta y cinco millas más abajo de El Paso y torcieron hacia el oeste, en dirección a la costa pacífica de México. La ruta a través del noroeste de Chihuahua y el nordeste de Sonora puso a los náufragos en contacto con los «maiceros» *(Maize People)*, que se piensa eran los indios opatas. Estos indígenas dieron a Cabeza de Vaca cinco puntas de flecha verdes que usaban en sus danzas de ceremonia y, cuando el español les preguntó de dónde procedían, los indios le hablaron de una tierra situada al norte, con ciudades populosas y grandes casas entre altas montañas. Más tarde, se le perdieron las puntas de flecha a Cabeza de Vaca, pero es razonable suponer que serían de malaquita o de turquesa y procederían de Nuevo México. Con el tiempo, los cuatro llega-

[6] Covey, *Adventures*, p. 117.

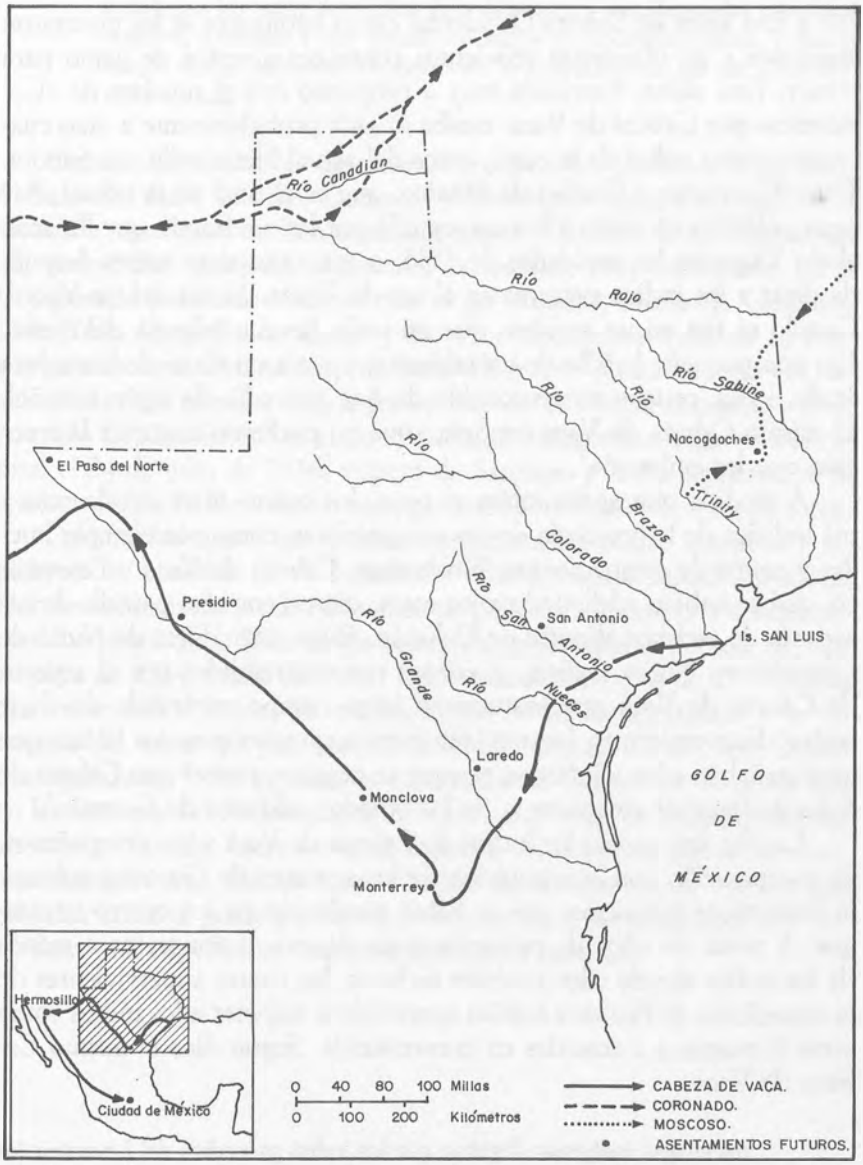


Figura 6. *Rutas que probablemente siguieron Cabeza de Vaca, Coronado y Moscoso.*
Este mapa muestra las rutas que, posiblemente, siguieron los tres exploradores del siglo XVI.

ron a una aldea de Sonora Occidental cuyos habitantes se les mostraron amistosos y les ofrecieron seiscientos corazones abiertos de gamo para comer. Esta aldea, bautizada muy a propósito con el nombre de «Corazones» por Cabeza de Vaca, estaba situada probablemente a unas cuarenta y cinco millas de la costa, cerca del actual Hermosillo, en Sonora. Entre Corazones y Ciudad de México, que es el final de la odisea, hay poca polémica en torno a la ruta seguida por los náufragos, que llegaron al río Yaqui en las navidades de 1535, o sea, unos siete meses después de dejar a los indios avavares en el sur de Texas. Al sur del río Yaqui, Castillo se fijó en un amuleto que un indio llevaba colgado del cuello. Era una pequeña hebilla de un talabarte, y tenía un clavo de herradura atado a ella, prueba incuestionable de que procedía de algún español. El mismo Cabeza de Vaca confiesa «que no pudieron contener la emoción que les embargó»[7].

A medida que apresuraban el paso, los cuatro iban viendo más y má indicios de la presencia de sus compatriotas, como por ejemplo huellas y restos de campamentos. Finalmente, Cabeza de Vaca y Estevanico, que se habian adelantado a los otros, dieron con una patrulla de cazadores de esclavos al norte de Culiacán. Estos, seguidores de Nuño de Guzmán, en Nueva Galicia, quedaron tan sorprendidos por el aspecto de Cabeza de Vaca que «estuvieron largo tiempo mirándole sin decir nada». Este encuentro fue también muy sorpresivo para los indios que acompañaban a los náufragos, porque se negaron a creer que Cabeza de Vaca pudiera ser compatriota de los odiados soldados de Guzmán[8].

La idea que tenían los indios de Cabeza de Vaca y sus compañeros, en comparación con la reputación de los secuaces de Guzmán, subraya la importante transición que se había producido en los cuatro náufragos. A pesar de años de privación y de algunos malos tratos a manos de los indios siendo ellos también esclavos, los cuatro supervivientes de la expedición de Narváez habían aprendido a respetar a los indios como seres humanos y a tratarles en consecuencia. Según dice el mismo Cabeza de Vaca:

> sus amigos indígenas alegaban que los indios procedían del Levante y los españoles del Poniente; los indios curaban a los enfermos y los españoles

[7] *Idem*, p. 122.
[8] *Idem*, p. 125.

> mataban a los sanos; los indios iban desnudos y descalzos y los españoles vestidos, a caballo y con lanzas; los indios no codiciaban nada, y daban lo que tenían, mientras los españoles lo robaban todo sin dar a cambio nada a nadie[9].

Cuando los cazadores de esclavos recuperaron el uso de la palabra, Cabeza de Vaca, Castillo, Dorantes y Estevanico fueron conducidos a Culiacán, donde les recibió el alcalde mayor, Melchor Díaz. Reposaron allí varios días antes de emprender la marcha, muy escoltados, hacia Compostela para entrevistarse con el gobernador, Nuño de Guzmán. Don Nuño fue anfitrión atento y dio a los caminantes trajes de su propio guardarropa. Pronto emprendieron de nuevo el camino, esta vez hacia Ciudad de México, donde les recibió en audiencia el nuevo virrey, Antonio de Mendoza. Los cuatro náufragos harapientos llegaron a la capital el 24 de julio de 1536, víspera de Santiago y al día siguiente ya se sentían, sin duda, como en su casa, porque había fiesta y corrida de toros.

Durante los días y las semanas siguientes, los cuatro contaron y repitieron las historias de su asombrosa odisea a sus admirados oyentes. Habían sobrevivido a casi ocho años de peligros e intemperie contra tremendos obstáculos. Sólo en los veintidós meses últimos (o sea, de septiembre de 1534 a julio de 1536) habían recorrido cerca de 2.500 millas casi enteramente a pie. Su conocimiento de las características y la extensión del norte del país reavivó el interés general en las Siete Ciudades legendarias[10]. Sobre todo la insistencia de Cabeza de Vaca en que en las montañas del noroeste de México había visto indudables indicios de oro, antimonio, hierro y otros metales, produjo una fiebre de emoción desde Nueva Galicia hasta Ciudad de México dando lugar a una rebatiña entre la gente pudiente de Nueva España, impaciente por patrocinar una expedición que investigara tales noticias.

[9] *Idem,* p. 128.

[10] *Idem,* p. 124. Las Siete Ciudades fueron supuestamente encontradas en un territorio lejano llamado Antilia por siete obispos católicos que habían huido de la Península Ibérica durante la invasión árabe.

Interés temprano por Tierra Nueva

Uno de los que abrigaban la esperanza de explorar los territorios del norte era Nuño de Guzmán, pero su estrella estaba en rápido declive. En la primavera de 1536 la Corona había elegido a su sucesor, Diego Pérez de la Torre, como gobernador de Nueva Galicia. Cuando llegó a Nueva España la noticia de ese nombramiento, el virrey Mendoza invitó a Guzmán a ir a la capital para esperar allí con él la llegada de su sucesor. Don Nuño obedeció y quedó apartado del poder a finales de 1536.

En 1537, Pérez de la Torre tomó posesión de su cargo en Nueva Galicia, donde permaneció poco tiempo, porque murió en 1538 de heridas sufridas en un accidente mientras perseguía indios hostiles. En su lecho de muerte, don Diego nombró a Cristóbal de Oñate, colaborador muy capaz de Nuño de Guzmán, como sucesor suyo, pero cuando el virrey se enteró de la muerte del gobernador se apresuró a nombrar a uno de sus hombres, Francisco Vázquez de Coronado, para el cargo de gobernador en funciones.

En esta coyuntura, Antonio de Mendoza no tenía otro rival serio que Hernán Cortés para sus planes de exploración en el norte. Como virrey, Mendoza llevaba las de ganar, sobre todo si tenemos en cuenta que la autoridad de Cortés estaba limitada a la exploración costera, pero Mendoza tampoco era enteramente libre, porque sus poderes sólo le permitían patrocinar penetraciones pacíficas por frailes misioneros. Estas limitaciones, más la poca disposición de Cabeza de Vaca, Castillo o Dorantes para actuar como agentes suyos, fueron causa de que el virrey pasara año y medio formalizando los planes para una expedición.

Finalmente Mendoza se vio incitado a actuar por la información que recibió de que Hernando de Soto estaba organizando en España una enorme expedición para acercarse al territorio del norte por el este, y también porque sabía que Cortés pensaba explorar la costa occidental del golfo de California. Para reforzar sus posibilidades de éxito, el virrey alquiló los servicios de Estevanico a Andrés Dorantes y dio la jefatura de la empresa a fray Marcos de Niza.

Fray Marcos había sido presentado al virrey en la primavera de 1537 por otro franciscano, el obispo Juan de Zumárraga. Niza conocía muy bien Santo Domingo, América Central y Perú, y estaba en Nueva España invitado por Zumárraga. Él, un hermano franciscano y Estevanico

fueron llevados a Culiacán por el recién nombrado gobernador en funciones.

A comienzos de marzo de 1539 un pequeño grupo dirigido por fray Marcos de Niza abandonó Culiacán y avanzó por el Camino Real, como se llamaba entonces el camino del norte. El hermano, fray Onorato, no tardó en caer enfermo y tuvo que volver al río Sinaloa. El 21 de marzo, en el río Mayo, se tomó una decisión que iba a tener gran importancia. Estevanico, nervioso por la lentitud del fraile y sus seguidores, quería ir delante a modo de avanzadilla. El medio de comunicación convenido consistía en cruces de diversos tamaños que Estevanico enviaría a los otros para indicar la magnitud de la riqueza que descubriese. Separado de fray Marcos por varíos días de marcha, Estevanico al parecer se mostró demasiado exigente con los indios que encontró y desobedeció órdenes al entrar en las ciudades sin esperar a su compañero franciscano. Estevanico fue muerto en Háwikuh, el más sureño de los pueblos zuñi, conocidos colectivamente por el nombre de Cíbola.

Angustiado por la noticia de la muerte de Estevanico, fray Marcos aseguraría más tarde que había visto Cíbola a distancia antes de volver al sur, afirmación que muchos historiadores cuestionan. El fraile informó de sus averiguaciones y también de la muerte de Estevanico a Vázquez, y luego, oficialmente, al virrey, en Ciudad de México, el 2 de septiembre de 1539. Afirmó que Háwikuh era más grande que Ciudad de México y que se decía que era la menor de siete ciudades.

La emoción causada por el informe de Niza picó el interés de Cortés y también el de Pedro de Alvarado. Éste, conquistador de Guatemala, acababa de volver de España con autoridad real para explorar la costa del Pacífico hacia el norte. En 1539 comenzó a construir sus naves en el puerto de Iztapa en Guatemala. Cortés ya había comenzado los preparativos para una expedición por mar al norte antes incluso de la vuelta de fray Marcos. El capitán de Cortés, un pariente suyo llamado Francisco de Ulloa, partió de Acapulco con tres barcos pequeños en el verano de 1539, viaje que fue notable por el descubrimiento de la desembocadura del río Colorado occidental, el mar de Cortés como llegó a ser conocido el golfo de California, y de la peninsularidad de la baja California. Desgraciadamente para Cortés, la expedición no sacó provecho alguno de la tierra de Cíbola. Ahora dependía de Mendoza organizar y equipar una expedición por tierra para rehacer la ruta de fray Marcos.

Por medio de complicadas negociaciones, primero entre Pedro de Alvarado y la Corona, y luego entre aquél y Mendoza, los dos hombres acabaron asociándose en noviembre de 1540. Las condiciones del acuerdo estipulaban partes iguales tanto en los gastos como en los beneficios derivados de empresas por tierra y por mar directamente relacionadas con Cíbola. Sin embargo, quedaba claro que Alvarado proseguiría sus esfuerzos de exploración por mar mientras Mendoza los llevaba a cabo por tierra. De hecho, cuando se formalizó el acuerdo, Vázquez de Coronado ya estaba en marcha. La prisa del virrey se debía a los planes de Cortés y a que se daba cuenta de la amenaza, más seria, que suponían las concesiones reales a Hernando de Soto.

Las ambiciones de Soto en Florida habían prevalecido sobre las de Cabeza de Vaca, que volvió a España en 1537 en busca de patente real para colonizar la región por él explorada, pero llegó demasiado tarde, porque en abril del mismo año ya la Corona había nombrado a Soto gobernador de Cuba y adelantado de Florida. Don Hernando estaba entonces en la cima de una brillante carrera, iniciada en la tierra de los incas. Era un noble rico, buen jinete y capitán tesonero con experiencia de guerras indias. Los asuntos de Cuba demoraron los últimos preparativos de la empresa de Florida, pero Soto se puso en marcha el 18 de mayo de 1539, o sea, dos meses después de la partida de Culiacán de fray Marcos de Niza. Era evidente que Soto tenía ventaja en la carrera por Cíbola y además, han quedado mapas de entonces que sitúan a los océanos Atlántico y Pacífico muy juntos en las latitudes norteñas del Golfo, de modo que la supuesta proximidad de Florida y Cíbola forzaba a Mendoza a actuar sin demora.

Mendoza no recibió la aprobación de la Corona para una empresa militar en el territorio norteño, ni tampoco la confirmación de su nombramiento de Vázquez como gobernador de Nueva Galicia hasta el 6 de enero de 1540. Sin embargo, tal era su confianza en que obtendría el consentimiento real en ambos casos que siguió en Nueva Galicia con sus preparativos para una expedición a Cíbola. A fines de febrero de 1540 el virrey pasó revista a su ejército formado en Compostela a las órdenes de Vázquez. Después, los hombres marcharon a Culiacán, donde atendieron a detalles de último momento.

La expedición de Vázquez Coronado

Finalmente, con fray Marcos de guía, la tropa de Vázquez marchó por el Camino Real hacia Cíbola. El 17 de julio llegaron a Háwikuh, donde la decepción de verse ante un pequeño pueblo zuñi de adobe fue un pronóstico de lo que les esperaba. Para acabar de empeorarlo, resultó que los indígenas de Háwikuh eran hostiles y obligaron a Vázquez a entrar en el pueblo por la fuerza. Después de vencer la resistencia de Háwikuh y de explorar otras ciudades igualmente decepcionantes, don Francisco asentó su cuartel general provisional en Cíbola. Una expedición de reconocimiento desde allí descubrió las ciudades hopi del nordeste de Arizona, y otra fuerza mandada por García López de Cárdenas fue la primera en contemplar la majestuosidad del Gran Cañón, pero ninguno de estos descubrimientos se tradujo en indicios de riqueza. Sin embargo, hubo una tercera entrada que resultó de gran importancia para la Texas española.

Mientras Vázquez acampaba entre los pueblos zuñi, llegó a Cíbola una pequeña banda de indígenas del pueblo de Pecos. El jefe de la delegación, un apuesto indio bigotudo al que los españoles llamaron «Bigotes», informó a Vázquez de otras regiones pobladas en Nuevo México y de la existencia de «ganado» al otro lado de las montañas, es decir, al este. Vázquez envió al capitán Hernando de Alvarado a que investigase. Este oficial partió con veinte soldados y con órdenes de explorar durante ochenta días.

Don Hernando fue el primer español que vio la Ciudad del Cielo de Ácoma, construida en la cima de una impresionante eminencia rocosa. Uno de los miembros de la expedición dijo que era el fuerte más grande jamás visto en el mundo. Desde allí el capitán español penetró en el corazón del territorio pueblo y llegó a la provincia del Tiguex, situada junto al río Grande, cerca de la actual Bernalillo en Nuevo México. Alvarado, siguiendo adelante, llegó a Pecos, centro de trueque y punto de conflicto entre los indios pueblos y los de las llanuras. En Pecos, dos indios de las llanuras, Sopete de Quivira, y «El Turco», de más allá de Quivira, cayeron en manos de Alvarado y sirvieron de gran ayuda en la exploración española hacia Texas[11].

[11] Bolton, *Coronado*, pp. 183-188. Al segundo indio le llamaban «El Turco» porque lo parecía.

Sirviéndose de Sopete y de «El Turco» a modo de guías, Alvarado fue río Pecos abajo durante algún trecho y luego torció al este por el río Canadian. Al cabo de unos días de viaje, encontró los bisontes descritos por Cabeza de Vaca en su *Relación*. Estos animales eran tan numerosos que los españoles los compararon con los peces del mar. Cerca del Asa de Texas, «El Turco» les contó un cuento sobre Quivira, una tierra norteña con abundancia de oro y plata; era, naturalmente, pura mentira, pero cayó muy bien en los oídos de los decepcionados españoles. La noticia de Quivira indujo también a Alvarado a interrumpir su misión y volver a Háwikuh con grandes nuevas para su jefe.

Vázquez tenía pensado invernar en Cíbola, pero el informe favorable de Alvarado sobre el país situado al este le hizo cambiar de planes. El ejército se dirigió a Tiguex, donde sufrió tribulaciones por causa del tiempo muy frío y del creciente resentimiento y la hostilidad abierta de los indios pueblo. Sólo el espejismo de Quivira y los cuentos de «El Turco» hicieron llevadera su estancia junto al río Grande.

En la primavera de 1541, Vázquez y todo su ejército salieron de Tiguex y se dirigieron a la tierra de Quivira. Don Francisco pasó por Pecos camino de las llanuras de los búfalos. Su ejército fue el primero en ver el Llano Estacado[12]. Cerca del borde occidental del Llano Estacado, Vázquez encontró uno o dos campamentos de indios querechos. Los querechos eran indios prototípicos de las llanuras cuya subsistencia dependía casi enteramente de los búfalos, que les daban carne que comer y cueros con que hacer sus tiendas, y además buena parte de su equipamiento se hacía con las carcasas de esos animales. Los indios bebían los fluidos digestivos y la sangre de los búfalos recién muertos, acopiando lo sobrante en envases de tripa. Sus migraciones dependían de los movimientos de los rebaños.

Vázquez probablemente entró en Texas cerca de donde luego iba a estar la antigua carretera 66, y fue él quien dio el nombre de La Vega a la región contigua a Nuevo México. Engañado por «El Turco», Vázquez se dirigió al sudoeste y encontró varias ramas del Palo Duro y barrancas del Tule. La primera barranca grande que vio fue el Cañón del Tule, al este de la actual Tulia, cerca de la línea divisoria entre los actuales condados de Swisher y Briscoe. Acampados en este cañón, los hombres de

[12] Este nombre se aplicaba a rocas verticales lejanas en el horizonte, que tenían aspecto de fortificaciones de piedra.

don Francisco sufrieron los excesos del clima de Texas occidental. Una violenta granizada melló yelmos, rompió los cacharros del ejército (lo que era cosa grave en las llanuras) y dispersó a los caballos asustados. La segunda gran barranca que encontraron, llamada Cañón de las Llanuras, era sin duda el Cañón del Palo Duro, una tremenda garganta abierta en el Llano Estacado junto a la Encrucijada de la Ciudad de la Pradera de los Perros del río Rojo (véase figura 6).

En el cañón del Palo Duro, Vázquez decidió enviar el grueso de sus fuerzas a Tiguex, mientras él seguía hacia Quivira con unos treinta hombres a caballo y unos pocos de a pie. El 1 de junio de 1541, este destacamento salió del Cañón y se dirigió al noroeste, cruzando la frontera oriental de las Llanuras Altas y llegando al río Arkansas. Guiándose por la brújula, a diez o doce grados al este del norte, la ruta de Vázquez le llevó probablemente cerca de las actuales comunidades texanas de Canyon City, Pullman, Amarillo, Royal, Granada, Horace, Bugbee, Adobe Walls, Borger, Gruver y Hitchland. De allí siguió hacia el nordeste hasta las cercanías de Lindsborg en Kansas. Este lugar le situó en el extremo este de Quivira, pero en lugar de áureas ciudades sólo encontró chozas de hierba y campos cultivados por los indios wichitas.

«El Turco» había ido encadenado durante el vieaje a Quivira, y antes de volver, Vázquez ordenó que fuera sumarísimamente agarrotado. El indio había mentido sobre aquella tierra y tratado de salvar el pellejo pidiendo a los quivireños que matasen a los españoles y a sus caballos. A su regreso al territorio de los indios pueblos, Vázquez rehizo el camino a lo largo del río Arkansas donde lo había vadeado y luego siguió por el sudoeste hasta el actual límite entre Kansas y Oklahoma, donde inició una ruta nueva cruzando la cuña más al nordeste del Asa de Texas.

Poco después de llegar a Tiguex, Vázquez anunció su intención de volver a México en la primavera de 1542. Tres religiosos y un seglar rehusaron seguir con él. Juan Padilla, el único sacerdote con órdenes, eligió Quivira como campo de evangelización, y volvió allá con dos hermanos legos, Lucas y Sebastián, y un compañero portugués, Andres do Campo. Fray Juan Padilla comenzó sus prédicas entre los wichitas, los cuales le recibieron bien. Por desgracia, sus intentos de explorar el este de Quivira terminaron en martirio a manos de indígenas no identificados. Sus tres compañeros consiguieron escapar y cruzaron Texas de norte a sur hasta llegar a México, donde estaban seguros. Esta fuga fue otro notable ejemplo de viaje a pie a través de Texas.

Retrospectivamente, la expedición de Vázquez resulta ser el primer contacto europeo con los indios de las llanuras de Texas, Oklahoma y Kansas. Cruzó el Asa de Texas, exploró el territorio y aquilató sus recursos. Vázquez, en general, se comportó bastante bien a la cabeza de sus hombres y perdió poca gente, sobre todo si le comparamos con Pánfilo de Narváez y Hernando de Soto, pero no descubrió tierras ricas que se pudieran colonizar desde México, lo que hizo que el virrey y otros funcionarios de Nueva España le consideraran un fracasado.

Es posiblemente una lástima que las expediciones de Vázquez y Hernando de Soto no establecieran contacto entre sí, ya que ambas exploraron el norte desde Florida y Arizona entre 1539 y 1543. Con un poco de suerte habrían podido volver juntas a Nueva España. Sin embargo hubo un irónico vínculo entre ambas al final de sus afanes.

La expedición de Hernando de Soto y Luis de Moscoso

Soto, el principal competidor de Mendoza en la rebatiña por Cíbola, llegó a Texas y a Nuevo México por el este. Había desembarcado en Florida en mayo de 1539 con 600 hombres. Sin duda, las condiciones de la patente de Soto eran generosas. Podía elegir hasta 200 leguas de costa como medida de la extensión de su gobierno, y tenía cuatro años para explorar antes de decidirla. Su expedición es notable por su franca declaración de que su objetivo era el pillaje. Los objetos valiosos obtenidos de los indígenas por la fuerza o el trueque pagarían el quinto real, pero los tesoros sacados de tumbas y templos serían compartidos a medias con el rey.

Poco después de desembarcar en las cercanías del pueblo de Charlotte, el ejército de Soto encontró a un superviviente de la expedición de Narváez que había pasado once años entre los indios de Florida. Reunido con sus compatriotas, Juan Ortiz iba a ser hasta su muerte, acaecida en la primavera de 1542, el principal guía e intérprete de don Hernando. En sus peregrinaciones, entre mayo de 1539 y mayo de 1542, Soto y su ejército recorrieron cientos de millas, sobre todo en los actuales estados de Florida, Georgia, Alabama, Mississippi, Arkansas y Luisiana. De todo este vagabundeo, lo único de valor que sacaron fue un pequeño cofre con perlas de agua dulce de inferior calidad, e incluso esto se les perdió durante un ataque indio en Alabama.

Después de tres años de trajín, Soto sufrió una violenta fiebre que acabó con su vida en una semana. A medida que iba empeorando, don Hernando se daba cuenta de que tendría que nombrar sucesor, y escogió a Luis de Moscoso Alvarado. Cuando murió Soto (el 21 de mayo de 1542), su ejército estaba acampado en la encrucijada de los ríos Ouachita y Mississippi, cerca de la actual Ferriday (Luisiana).

El 5 de junio, Moscoso y su ejército salieron hacia el oeste partiendo del río Mississippi, en busca de una ruta por tierra a Nueva España. El viaje de Moscoso, tanto dentro como fuera de Texas, ha despertado, como el de Cabeza de Vaca, considerables polémicas entre los que quieren concretar su ruta. Para hacer esto es preciso también tener en cuenta el tiempo y la distancia, la geografía, la fauna y la flora, la hidrografía y la mineralogía (véase figura 6).

Una vez examinados y relacionados todos los datos, da la impresión de que Moscoso cruzó el río Rojo cerca de los actuales límites entre los condados de La Fayette y Miller, en Arkansas, o sea, más exactamente, a unas cuatro o cinco millas por debajo de la actual Garland City (Arkansas). De allí, Moscoso se abrió camino hacia el sudoeste por el sur, y al tercer día de dejar el río Rojo llegó a una región arenosa situada al oeste de Atlanta, en Texas, a finales de agosto de 1542. Entonces su tropa siguió hacia el sur, cerca de la actual Jefferson (Texas), hasta el condado de Harrison. Moscoso pasó probablemente cerca de la actual San Augustine, y desde allí volvió hacia el poniente, hasta el río Angelina, al oeste de Nacogdoches. Al otro lado de ese río siguió hacia occidente, llegando al río Neches, cerca de las actuales Alto y Weches. Moscoso llegó en Texas hasta el río Trinidad, en el condado suroccidental de Houston. Esta prolongación de la expedición de Soto fue el primer contacto documentado de europeos con indios de la confederación hasinai. Moscoso y sus hombres se familiarizaron de esta forma con una comarca que fue importantísima en la historia temprana de la Texas española.

Durante la estancia de los españoles en el este de Texas, una joven india se encontró con los soldados de Moscoso. Antes había sido cautiva de Juan Zaldívar, uno de los capitanes de Vázquez, pero consiguió escapar estando el ejército acampado en el cañón del Palo Duro, y ahora volvía a caer en manos de españoles. Como no había más que dos expediciones españolas en todo el territorio norteño, hay que convenir en que esta mujer fue una de las menos afortunadas de que se tiene noticia, pero es posible que, sin proponérselo, consiguiese una cierta me-

dida de venganza, porque Moscoso, negándose a aceptar su historia de que había tenido contacto con otros hombres blancos, volvió a cruzar el río Rojo y desde allí regresó al Mississippi, lugar al que llegó en octubre de 1542. Si hubiese dado fe a las palabras de la india, la expedición de Soto quizá habría podido llegar a Nueva España por Texas y Nuevo México[13].

Al volver a su base, Moscoso decidió ir por vía fluvial a Nueva España y comenzó a construir siete pequeñas embarcaciones. Aunque se habían reclutado hábiles artesanos para la expedición de Soto, la creatividad de los españoles, cuando estaban con el agua al cuello, resultó de nuevo ser notable. Se calafatearon las junturas con fibra vegetal, las cadenas para esclavos se fundieron para hacer clavos y se cosieron velas con cueros y trozos de tejido de cáñamo.

En julio de 1543, 322 españoles se lanzaron río abajo. Al llegar al mar, costearon el Golfo, desde el delta del Mississippi hasta el Pánuco, sin sufrir serios accidentes. Estando atracados en una caleta por causa de una tormenta a la altura de la costa texana, Moscoso y sus hombres descubrieron petróleo crudo de superficie. Sin embargo, a sus ojos sólo servía para calafatear embarcaciones resquebrajadas. Su viaje terminó el 10 de septiembre de 1543 cuando llegaron a Santiesteban del Puerto. Sólo habían perdido diez hombres desde que embarcaron en el río Mississippi. Después de reposar, los supervivientes salieron con destino a Ciudad de México, donde fueron bien recibidos por Antonio de Mendoza. Es irónico que unos hombres que habían salido como rivales del virrey fueran recibidos por éste con los brazos abiertos.

Las expediciones de Vázquez de Coronado y Hernando de Soto habían comenzado con grandes esperanzas de encontrar «otro México» u «otro Perú», pero terminaron en amarga decepción. Durante el segundo invierno pasado en río Grande, Vázquez sufrió una grave herida en la cabeza al rompérsele la correa de la silla en pleno galope y caer bajo los cascos de un caballo cercano. Después del accidente, «ya nunca volvió a ser el mismo». Evidentemente, no es culpa suya que no encontrara en Cíbola y en Quivira unas riquezas inexistentes, pero así y todo sus años restantes de vida fueron sombríos mental y físicamente. Por lo que se refiere a la expedición de Soto, terminó con la muerte de su jefe, la

[13] Bolton, *Coronado*, p. 356.

pérdida de la mitad de sus hombres y ni un solo peso de botín. Vázquez y Soto habían aprendido, y bien caro, por cierto, la índole del territorio norteño y sus habitantes, pero poco más.

La expedición de Juan Rodríguez Cabrillo

El último dato sobre «la tierra de más allá» se remonta a comienzos de los años cuarenta del siglo XVI. La asociación de Antonio de Mendoza con Pedro de Alvarado se disolvió con la muerte de éste (4 de julio de 1541) en la guerra de Mixtón. De esta manera, Mendoza se encontró heredero único de la Armada del Pacífico de Alvarado. El virrey nombró capitán a Juan Rodríguez Cabrillo, que había sido segundo de Alvarado, y le ordenó reconocer la costa de California. Para cuando Cabrillo se dio a la vela en junio de 1542, su patrocinador ya estaba enterado de que Vázquez no había conseguido encontrar riquezas, de modo que la expedición de Cabrillo resultó completamente independiente. Fue importante porque aportó las primeras informaciones sobre la costa de la Baja California y sus habitantes, aunque Cabrillo murió durante la travesía (3 de enero de 1543) por complicaciones derivadas de un brazo aparatosamente roto. Su segundo, Bartolomé Ferrelo, terminó la exploración y volvió a puerto en abril de 1543. Sin embargo, el informe de Ferrelo fue lo que cabía esperar: tierra poco prometedora, indios pobres y otro capitán muerto.

La primera fase de la exploración y descubrimiento del territorio norte terminó a comienzos de los años cuarenta del siglo XVI. Desgraciadamente para ellos, los españoles no encontraron botín en Florida, ni riquezas en Texas, ni las opulentas Siete Ciudades de Cíbola en Nuevo México, ni menos aún la Gran Quivira de Kansas, y desde luego, nada de oro en California. Era evidente, a juzgar por la información de primera mano de que se disponía, que al norte de Nueva España había una masa de tierra de proporciones continentales, pero su extensión era enorme, sus habitantes, con frecuencia, hostiles, y su suelo carente de promesas para aventureros que sólo buscaban riquezas. La futura expansión hacia Texas habría de ser más medida y menos dramática, y los que la emprendieran tendrían que ser gente más prosaica que los conquistadores de oro. A pesar de todo, aún persistió durante algún tiempo la esperanza de encontrar ricos reinos en el territorio del norte.

III

EL AVANCE POR EL NORTE HACIA TEXAS (1543-1680)

Las leyendas tardaban en morir entre los españoles. A pesar de los informes desfavorables de Vázquez y Moscoso sobre el territorio del norte, la Tierra Nueva, como se llamaba entonces, seguía atrayendo a los hambrientos de oro de Nueva España. Dentro de los cinco años posteriores al regreso de don Francisco a México, la supuesta riqueza de la Gran Quivira volvía a ser tema de interés para los funcionarios coloniales. Para entonces, Vázquez estaba pasándolo muy mal y se pensaba que un capitán con más recursos podría hacerlo mejor. ¿Cómo explicar visiones tan persistentes y quiméricas?

Los españoles que llegaron al Nuevo Mundo lo vieron «con gafas medievales». Muchos de ellos estaban influidos por San Agustín, que dedicó un capítulo entero de su *Ciudad de Dios* a la cuestión de si los descendientes de Adán y Noé habrían producido progenie monstruosa y extraña. Todos ellos recordaban las fachadas de las iglesias medievales, cubiertas de grifos, gárgolas y seres mitad hombre, mitad bestia. En consecuencia, más allá de cualquier montaña u horizonte, los capitanes españoles buscaban seres míticos y fabulosos. Sus ideas de que iban a encontrar gigantes, muchachos de pelo blanco, damas barbudas, seres humanos con rabo, gente sin cabeza y con un ojo en el ombligo y monos mugientes como trompetas no hicieron sino reforzarse con el descubrimiento de enormes riquezas en los imperios azteca e inca.

También Texas tuvo su parte en las fantasías que incitaban a los españoles a salir en pos de reinos desconocidos. Los exploradores buscaban las Siete colinas de Aijados, donde el oro abundaba de tal manera que los indígenas ponían puntas de ese metal a sus flechas y a sus lanzas, o las perlas de los jumanos o el Gran Reino de Texas.

En este capítulo se detalla el lento avance por el norte de Nueva España, cuyo ímpetu corrió por cuenta de aventureros, buscadores de oro, rancheros, frailes y soldados. Durante largos años (1543-1680) los españoles acopiaron mucha información sobre Texas y sus posibilidades de colonización. Considerada desde este punto de vista, su reacción ante la fundación de una colonia francesa en la costa del Golfo a finales de los años ochenta del siglo XVII no fue un simple movimiento reflejo.

Expansión hacia el norte de Nueva España

La expansión de Nueva España por la meseta norcentral había sido iniciada por Nuño de Guzmán. Una vez fundada San Miguel de Culiacán como avanzadilla norteña de Nueva Galicia por Guzmán, ya estaba recorrida la mitad del camino, más o menos, hacia las fabulosas Siete Ciudades. Pero, en lugar de seguir por la costa, que era la ruta directa, don Nuño prefirió torcer hacia el este, hacia la sierra de Durango, una de las más temibles barreras de montañas del continente norteamericano. Sus primeras expediciones, tres en total, se vieron frustradas por obstáculos insalvables. Quizá Guzmán creyera que esta ruta era la mejor para llegar al territorio de los indios pueblos, pero esto parece poco probable, ya que los indios de la comarca conocían el camino mejor. Su verdadero motivo para tantear la zona montañosa tuvo que haber sido vincular Nueva Galicia con el Pánuco, donde era gobernador desde 1527, porque de salir bien en esa empresa, don Nuño dominaría toda Nueva España de oceáno a océano.

El cuarto intento de Guzmán de penetrar en la sierra tuvo lugar en los primeros meses de 1533. A la cabeza de una pequeña fuerza armada, salió de Nochistlán para emprender la larga y difícil marcha hacia el Pánuco. Lo consiguió en la primavera, una vez pasadas las montañas, y fundó la ciudad de Santiago de los Valles. Guzmán anexionó ese territorio al suyo de Nueva Galicia, aunque era contiguo al Pánuco y para situar la frontera oriental de Nueva Galicia entre el Pánuco y la moderna Valles, tuvo que reivindicar una enorme extensión de la parte norte de Nueva España conocida por el nombre de Gran Chichimeca. La importancia de esta hazaña se aprecia mejor si recordamos que poco más de una década después sus compatriotas descubrieron allí las ricas minas de plata de Zacatecas.

Pero el dominio de Guzmán de las vías de acceso a Tierra Nueva sólo duró unos pocos meses en 1533-1534, porque la Corona retiró el Pánuco y Valles de su jurisdicción, y, además, Guzmán perdió su cargo de gobernador de Nueva Galicia con la llegada de su sucesor a comienzos de 1537. La partida de don Francisco para Cíbola y el estallido de la guerra de Mixtón demoraron en varios años la exploración del Gran Chichimeca (véase figura 7).

Al final de la guerra de Mixtón (1542), ningún español había sacado aún beneficios a la meseta norcentral. El límite real de asentamiento iba hacia el sudoeste, desde el río Pánuco hasta Querétaro, y luego seguía hacia el oeste, a lo largo del río Lerma, hasta el lago Chapala. Desde el lago, la frontera giraba bruscamente al noroeste, siguiendo la costa interior hasta Culiacán. La expansión de la frontera, entre la Sierra Madre Oriental y Occidental, era empresa peligrosa, porque el territorio estaba habitado por fieras tribus seminómadas cuya gente recibía el nombre genérico de chichimecas.

«Chichimeca», palabra que se traducía frecuentemente por «bárbaro», se aplicababa a los habitantes de una amplia extensión de territorio que iba aproximadamente desde Saltillo, en el norte, al río Lerma en el sur. Esta palabra abarcaba a los habitantes de cuatro naciones principales: los pames, los guamares, los zacatecas y los guachichiles. Colectivamente, esos guerreros eran conocidos por su destreza con el arco y las flechas y también por su desnudez. Un adversario español comentaba aterrorizado que, «según gente experimentada en tierras extranjeras, los zacatecas eran los mejores arqueros del mundo; mataban a flechazos liebres en plena carrera y también gamos, aves y otros pequeños animales de tierra, sin desdeñar siquiera a las ratas». En cuanto a su desnudez, sabido era que los hombres se quitaban toda la ropa cuando entraban en batalla por el terrible «efecto» que esto causaba a sus enemigos. Impelidos por el alcohol y el peyote, su ferocidad en la guerra, sumada a lo desfavorable que era el terreno para los españoles, retardó la entrada de los europeos en Tierra Nueva. Sin embargo, las circunstancias cambiaron radicalmente a finales del verano de 1546[1].

Partiendo de Guadalajara, el capitán Juan de Tolosa, con un pequeño grupo de soldados y cuatro padres franciscanos, llegó al futuro solar

[1] P. W. Powell, *Soldiers, Indians & Silver: The Northward Advance of New Spain, 1550-1600,* Berkeley, 1952, pp. 33, 39-40, 43, 48.

de Zacatecas en septiembre de 1546. Tolosa acampó a los pies de una gran montaña conocida a partir de entonces por el nombre de «La Bufa». Convenció a unos pocos indios zacatecas de sus pacíficas intenciones y a cambio de algunas chucherías recibió de ellos muestras minerales. Los españoles también recogieron muestras en La Bufa, lo cargaron todo en sus mulas y lo enviaron a Nochistlán para su examen. El mineral resultó contener altísima proporción de plata, lo que dio lugar a esperanzas de riquezas largamente soñadas pero no materializadas desde la caída de la capital azteca. Se explotaban minas en Nueva Galicia desde 1543, pero la magnitud del hallazgo de Zacatecas sobrepasaba todos los descubrimientos anteriores.

Se unieron a Tolosa en Zacatecas tres importantes veteranos buscadores de oro y plata: Cristóbal de Oñate, gobernador en funciones de Nueva Galicia antes del nombramiento de Vázquez y durante su ausencia; Diego de Ibarra, veterano soldado que había participado en la guerra de Mixtón; y Baltasar Temiño de Bañuelos, que iba a ponerse a la cabeza de las inminentes guerras chichimecas. Para comienzos de 1548, estos hombres eran ya los «cuatro grandes» de Nuestra Señora de Zacatecas.

A los dos años de su fundación, Zacatecas se había convertido en la clásica ciudad de quimera, con sesenta y un mineros viviendo en ella. Tolosa, su descubridor, iba a la zaga de los otros en actividad minera y empresarial porque sólo poseía un molino de pisones y un horno de fusión, mientras que don Cristóbal tenía trece molinos y hornos, ciento un esclavos domésticos y una residencia con capilla privada. Tolosa, aunque menos afortunado que Oñate desde el punto de vista financiero, se casó bien. Su esposa fue Leonor Cortés Moctezuma, hija de Hernán Cortés y de una hija del emperador azteca Moctezuma II. Ibarra, otro miembro de los cuatro grandes, gastó mucha parte de su riqueza en garantizar las importantes aunque costosas exploraciones allende Zacatecas que había emprendido su sobrino, Francisco de Ibarra[2].

Un importante añadido a la aristocracia de la plata fue la familia Zaldívar, cuyos patriarcas don Juan y don Vicente habían participado destacadamente en la conquista y colonización de Nueva Galicia. Para la segunda generación, ya Zaldívares y Oñates habían entroncado mucho.

[2] Visita de Alonso de Santacruz, 16 de abril de 1550, AGI, Guadalajara 5.

Juan de Oñate, el futuro adelantado de Nuevo México y explorador del Asa de Texas, era tío, y al tiempo, primo segundo de los maestres de campo Vicente y Juan de Zaldívar, sus principales asociados en esas empresas. La mujer de Oñate, Isabel de Tolosa Cortés Moctezuma, era también hija de Tolosa y de Leonor Cortés Moctezuma.

Para abastecer a la aristocracia de la plata y a las pingües minas de Zacatecas, se tendió una carretera que iba hacia el sur por San Felipe y Querétaro hasta la capital. Otros accesos a la ciudad minera llegaban también por el norte, desde Nochistlán y Guadalajara. A finales de 1550, los indios zacatecas mataron a un grupo de indios tarascos españolizados que iban cargados de mercancía a la frontera minera. Este incidente fue la primera andanada del conflicto con las naciones chichimecas, guerra que iba a devastar la frontera norteña de México durante casi medio siglo. El desarrollo de este conflicto fue crucial para la expansión a lo largo de la meseta norcentral de Nueva España hacia Texas.

Contactos con la costa del Golfo y con Florida

Mientras la guerra con los indios demoraba la expansión por tierra, tenían lugar en el golfo de México acontecimientos que iban a apresurar la llegada de los españoles a las orillas de Texas. Once años después de que Luis de Moscoso costeara Texas en embarcaciones improvisadas, un considerable número de españoles sufrieron naufragio allí. Formaban parte de una flotilla de más de veinte barcos y mil pasajaeros que iban a España desde Veracruz en abril de 1554. Después de una breve parada en Cuba, los barcos cayeron en medio de una fuerte tormenta y fueron impelidos hacia el oeste, Golfo adentro. Tres de los barcos, el *Santa María de Yciar*, el *San Esteban* y el *Espíritu Santo*, se rompieron contra la costa texana, cerca del extremo sur de la isla de Padre. De los casi 300 supervivientes, unos 30 consiguieron, al parecer, salvar uno de los botes salvavidas de su barco, en el que llegaron al Pánuco o a Veracruz. Los demás, entre los que había mujeres y niños pequeños y cinco frailes dominicanos, trataron de ir a pie por la costa hasta Santiesteban del Puerto, mientras los indios acechaban matando a los rezagados.

Cuando los supervivientes llegaron a la desembocadura del río Grande, construyeron balsas con madera que encontraron en la playa, pero desgraciadamente, mientras navegaban, un gran bulto que contenía las

ballestas cayó por azar al agua. La pérdida de estas armas de gran alcance dejó a los españoles vulnerables a las flechas de los indios. Todos los náufragos, menos uno o dos, murieron entre el río Grande y el río de las Palmas, y un solo superviviente, un lego dominicano llamado Marcos de Meno, que había sido dado por muerto por uno de los grupos, consiguió, no se sabe cómo, restablecerse de sus heridas y llegar a pie hasta el Pánuco. Su relación del desastre pudo ser causa de que se enviaran embarcaciones de auxilio a la costa de Texas en el verano de 1554. Llegaron al lugar donde había ocurrido el naufragio el 22 de julio, día de María Magdalena, y según la costumbre española de dar a los accidentes geográficos nombres religiosos, aquel lugar recibió el de Médanos de Magdalena. Las operaciones de salvamento en las dunas de Magdalena sólo consiguieron rescatar menos de la mitad del oro y la plata que iba a bordo de los tres barcos[3].

La inquietud por la seguridad de los hombres y los barcos que surcaban las aguas de la costa del Golfo, así como también los ímpetus, tanto misioneros como militares, cuya intención era, primero, castigar y luego cristianizar a las tribus de la costa, dieron por resultado directo la organización de una expedición a la costa texana. Esas consideraciones, más el hecho de que la presencia española allí serviría también para desanimar intrusiones extranjeras en la costa del Golfo fueron aceptadas por la Corona y por el segundo virrey de Nueva España, Luis de Velasco. Como preludio a los planes de colonización se equiparon tres barcos que fueron puestos al mando de un marino veterano, Guido de Lavazares. Con orden de explorar el Golfo desde el río de Las Palmas hasta los cayos de Florida, Lavazares se dio a la vela en Veracruz el 3 de septiembre de 1558. Después de una breve parada en el Pánuco, los barcos fueron directamente a la costa texana, a la que llegaron a la altura de Kingsville, estado de Texas. A partir de allí, Lavazares siguió la línea costera hasta llegar a una gran extensión de agua, probablemente la ba-

[3] C. E. Castañeda, *Our Catholic Heritage in Texas,* 7 tomos, Austin, 1936-1958, 1: pp. 145-146. Parece más probable que los informes de los supervivientes de la pequeña embarcación fueran los que dieron origen a la operación de salvamento. Según Castañeda, un segundo superviviente, Francisco Vásquez *(sic)*, fue salvado también por la expedición de salvamento. Los restos de la *Santa María de Yciar* que habían escapado a la atención de los arqueólogos fueron descubiertos en operaciones de dragado a comienzos de 1990.

hía de Matagorda, que él llamó bahía de San Francisco. Don Guido desembarcó allí y proclamó el territorio para el rey de España. Así fue descubierta y bautizada la bahía 127 años antes de que La Salle llegara allí bajo la bandera de Francia. Lavazares siguió explorando hacia el oeste más allá de la bahía de Mobile, donde vientos contrarios le forzaron a dar la vuelta y volver a Veracruz. Una segunda expedición preliminar, mandada por Gonzalo Gayón, navegó en sentido contrario al de las manecillas del reloj a lo largo de la costa de Florida y Texas a fines de los años cincuenta del siglo XVI, pero la atención general no tardó en concentrarse en la costa de Texas.

Inmediatamente después de las expediciones de reconocimiento de Lavazares y Gayón, se ultimaron planes de colonización de la península de Florida. Desde Nueva España, Tristán de Luna Arellano, segundo de Vázquez en la marcha a Cíbola, fue el siguiente en tratar de triunfar donde Ponce de León, Narváez y Soto habían sufrido tales reveses. Esta expedición, bien preparada, tuvo también dificultades serias a causa del mal tiempo, el terreno desfavorable y la enfermedad de Luna. Una expedición de ayuda mandada por Ángel de Villafañe no consiguió mantener vivo el asentamiento florideño, y para fines de 1561 ya habían sido evacuados los últimos soldados de don Ángel. En aquella coyuntura Nueva España se desentendió de la responsabilidad de la colonización de Florida, la cual iba a ser foco de dura rivalidad internacional entre España y Francia a lo largo de los años sesenta y setenta del siglo XVI, pero España haría nuevas intentonas desde otros puntos de partida situados fuera de Nueva España. Estos acontecimientos eran de importancia para la costa del Golfo que ya no serviría de línea de comunicación con Florida. Tendría que pasar otro siglo para que los navegantes españoles intentasen de nuevo penetrar en la desembocadura del río Mississippi, pero entonces ya era demasiado tarde para frustrar los planes franceses en esa región vital. Entre tanto, la frontera norte de Nueva España avanzaba hacia Texas en un frente muy amplio.

Gran Chichimeca

En teoría, la expansión en el Gran Chichimeca entraba en el marco de una serie de regulaciones conocidas por el nombre de Leyes Nuevas, aprobadas oficialmente por el emperador Carlos V en Barcelona el 20

de noviembre de 1542. Esta legislación abarcaba una amplia variedad de cuestiones, pero la parte que más impacto causó en la frontera de Nueva España fue la relativa a la servidumbre india. Las leyes ordenaban que, a partir de aquel momento, ningún indio, por la causa que fuese, podía ser hecho esclavo y que los indios que lo fueran ya contra toda razón y derecho habían de recuperar la libertad perdida. Sin embargo, la aplicación de este decreto fue desigual en toda la extensión de la colonia, y laxa, sobre todo, en la lejana frontera minera[4]. Las Leyes Nuevas pedían la desaparición gradual de la encomienda, una complicada institución según la cual los supervisores o encomenderos españoles recibían vasallos indios libres con obligaciones laborales o tributarias. La encomienda persistió durante toda la era colonial gracias a ciertas modificiones de su contenido y al disimulo de los funcionarios coloniales. Sin embargo, en 1549 terminaron las obligaciones laborales de los indios incluidos en la encomienda, y esto dio lugar a mayores tentaciones entre los colonizadores de transgredir la abolición de la servidumbre india.

Durante los años 1550-1585, la política oficial con respecto a las naciones chichimecas se desarrolló dentro del contexto de una contienda apodada «guerra a sangre y fuego». Esto signficaba que los indios hostiles serían víctimas de una presión militar coordinada. En general, la intensa lucha fue insuficiente para pacificar a los indígenas de la frontera, y la misma nación que había derrotado con relativa facilidad a las altas civilizaciones indias de México y Perú tuvo poco éxito en su lucha con los chichimecas. Además de su temible pericia con el arco y las flechas, estas culturas fronterizas estaban descentralizadas, de modo que no dependían de la agricultura para su sustento, y en consecuencia, el control de las fuentes de alimentación de los indígenas, instrumento que daba buen resultado cuando se trataba de culturas sedentarias, era inútil contra los chichimecas. Otros obstáculos que se oponían a la política española eran el conocimiento que tenían los indios del terreno y lo difícil de sus idiomas, circunstancias éstas que impedían la comunicación con ellos y frustraban los esfuerzos de los misioneros en tanto que agentes pacificadores. Los vastos compromisos españoles en la segunda mitad del siglo XVI y la falta de un sistema concertado de financiación eran también obstáculos para vencer la resistencia india.

[4] L. Hanke, *The Spanish Struggle for Justice in tue Conquest of America,* Filadelfia, 1949, p. 91, según cita.

Un paso inicial hacia el control de los caminos y las líneas de comunicación del Gran Chichimeca, que tuvo un papel importante a lo largo de toda la frontera española, fue la creación de ciudades defensivas y «presidios». Los primeros presidios amurallados y con guarnición fueron construidos probablemente en 1570 entre San Felipe y Zacatecas, en la parte más peligrosa del camino que salía de la capital. Sin embargo, en general, parece ser que los soldados de los presidios no cambiaron de manera importante la marcha de la guerra chichimeca. Aunque es evidente que mejoró la seguridad de los caminos, también lo es que la conducta de soldados y capitanes de frontera mal pagados sólo servía en ocasiones para agudizar la hostilidad chichimeca. A finales de los años ochenta del siglo XVI ya estaba claro que la pacificación de la frontera por medio de la «guerra a sangre y fuego» había fallado y que la resistencia chichimeca, la destrucción y la mortandad no habían hecho sino aumentar.

Sin embargo, en los años decisivos de 1585 a 1600 se percibe una nueva dimensión en la política india de los españoles. El cambio de táctica surgió en una importante reunión: el Tercer Consejo Provincial Mexicano de 1585. A pesar de las recomendaciones de los funcionarios coloniales y de los asesores del consejo en el sentido de que siguiese con la política de «sangre y fuego», los obispos mexicanos la condenaron como injusta. El séptimo virrey de Nueva España, Alonso Manrique de Zúñiga, introdujo una política llamada «paz comprada» que consistiría en intentar la pacificación por medio de la persuasión en lugar de por la espada.

El virrey Manrique de Zúñiga comenzó a distribuir alimento y vestido entre los chichimecas a cambio de promesas de buena conducta. Reconoció también que los soldados mismos que estaban encargados de garantizar la seguridad de la frontera eran en realidad causa de la inquietud india, porque malgastaban sus soldadas y luego suplementaban sus ingresos incitando a los chichimecas a la rebelión, lo que les permitía, gracias a una revisión de las Leyes Nuevas, vender a los indígenas rebeldes como esclavos por trece años. El virrey impuso restricciones a este solapado abuso y, lo que es más importante, situó colonias de indios españolizados y cristianizados del centro de México en la frontera, donde sirvieron de modelos de la conducta que era de desear. Para las décadas finales del siglo XVI, ya los padres franciscanos y jesuitas, que habían aprendido los difíciles idiomas de las naciones chichimecas, co-

menzaron a ser agentes más eficaces de conversión y pacificación. Los virreyes que sucedieron a Manrique de Zúñiga aceleraron la política de éste, y para el año 1600 ya se podía decir que la guerra hispano-chichimeca había terminado. En quince años de «paz comprada» se habían conseguido resultados que cuatro décadas de guerra sanguinaria ni siquiera habían apuntado[5].

Francisco de Ibarra y Luis de Carvajal

Hacia el final del conflicto, la frontera de Nueva España había avanzado constantemente hacia Texas, y las avanzadillas más norteñas servían ya de base para expediciones que permitían a los españoles adentrarse por suelo texano. Dos personas que participaron de forma importante en esta expedición fronteriza fueron Francisco de Ibarra y, más tarde, Luis de Carvajal y de la Cueva. Ibarra llevó a cabo extensas exploraciones en los estados mexicanos de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Durango. Su carrera activa, que va de 1552 a 1575, se puede dividir en dos fases: las exploraciones preliminares (1554-1562) y las principales (1563-1575).

Don Francisco era el sobrino favorito de Diego de Ibarra, un aristócrata de la plata que no sólo era rico, sino también suegro del virrey Luis de Velasco. Las relaciones familiares de su tío explican posiblemente que el sobrino, que entonces sólo tenía diecisiete años, fuese elegido para dirigir la primera expedición oficial al norte y el oeste de Zacatecas. En su primera entrada, don Francisco cruzó los estados de Zacatecas y Durango, y tras tres meses de ausencia, volvió a la ciudad de Zacatecas a finales de 1554. Sus descubrimientos dieron lugar a la colonización de San Martín, región minera situada al noroeste de Zacatecas, en el término de dos o tres años, y para comienzos de los años sesenta del siglo XVI el virrey Velasco ya había dado poderes a Ibarra, entonces gobernador y capitán general de Nueva Vizcaya, para llevar a cabo extensas exploraciones, conquistas y colonizaciones de tierras desconocidas al norte de San Martín. Un motivo importante de enviar a Ibarra a esas tierras era el deseo del virrey de cristianizar las ciudades indias situadas más allá de la frontera.

[5] Powell, *Soldiers, Indians & Silver,* pp. 186-203.

A finales de 1565, Ibarra fundó la ciudad de Durango y el año siguiente exploró los afluyentes superiores del río Conchos, en el sur de Chihuahua. Tres años más tarde, y en la misma región, Rodrigo de Río de Losa fundó un campamento minero en Santa Bárbara en el valle de San Bartolomé. Este lugar iba a convertirse en base esencial para expediciones a Nuevo México y Texas. En el término de una década se fundó, entre Durango en el sur, y el pueblo de San Bartolomé en el norte, una serie de asentamientos dedicados a la minería, el cultivo de trigo y la ganadería. Los colonos, al mando de Ibarra, ocuparon los solares de las futuras ciudades de Monterrey, Cerralvo y Monclova, pero después de la muerte prematura de don Francisco, acaecida en 1575, esas regiones, así como también la de Saltillo, fueron reclamadas por un rival, Luis de Carvajal, y añadidas a Nuevo León.

Las exploraciones de Carvajal en el noroeste de Nueva España estaban relacionadas, siquiera fuese indirectamente, con ciertos sucesos ocurridos en Florida, y fueron impulsadas por un ejemplo más de lo mal que se interpretaba entonces la geografía. Florida abarcaba, en su sentido más lato, la costa del golfo desde esta península hasta la provincia del Pánuco. Después del sangriento triunfo (1565) del gran almirante español Pedro Menéndez de Avilés contra los hugonotes franceses en la costa atlántica de Florida, el vencedor pidió permiso a la Corona para colonizar la región situada al norte del Pánuco, insistiendo en que el río de las Palmas, el actual Soto de la Marina, estaba a sólo ochenta leguas de distancia costera de Santa Elena, en Florida. La Audiencia de México, consultada sobre este asunto, indicó que la verdadera distancia oscilaba entre 450 y 600 leguas, mientras el río en cuestión estaba a sólo 60 leguas de México. A pesar de las realidades geográficas, la cédula real del 23 de febrero de 1573 autorizó a Menéndez a colonizar las Palmas desde una base situada en el Pánuco y a pacificar a los indígenas que no estuviesen aún bajo la jurisdicción de Nueva España. Don Pedro murió en 1574 antes de poder ponerse en movimiento, pero sus derechos colonizadores pasaron a un sobrino suyo. Sin embargo, este posible reto al dominio mexicano de las Palmas, planteado desde Florida, indujo a México a ensanchar su frontera hacia Texas.

El campeón de la expansión defensiva era Luis Carvajal. Don Luis era portugués de nacimiento y judío de raza. Era hijo de «cristianos nuevos», es decir, conversos recientes al catolicismo. En Nueva España, Carvajal ganó cierta fama capturando a varias docenas de corsarios ingleses

varados e indefensos en la costa del Pánuco. Habían sido desembarcados en tierra por John Hawkins en 1568, después de su casi catastrófica derrota a manos de la Armada española. Uno de los ingleses que consiguió escapar de las manos de Carvajal fue David Ingran, que consiguió huir a pie con dos compañeros desde el Pánuco, por las costas del Golfo y atlántica hasta cerca del cabo Bretón, en Nueva Escocia, y vivió para contarlo por escrito. Bajo muchos aspectos, la odisea de Ingram por todo el territorio de Texas es tan notable como la de Cabeza de Vaca.

A modo de recompensa por capturar a los piratas, el virrey Martín Enríquez nombró a Carvajal alcalde de Tampico y le encargó la tarea de encontrar un camino entre el Pánuco y las minas de Mazapil, situadas al sudoeste de Saltillo. Una vez cumplida esta misión, Carvajal tenía que torcer hacia la boca de río Grande y seguir luego por la costa, castigando a los indios que habían sido sistemáticamente hostiles con los supervivientes de los naufragios españoles. Carvajal cumplió su primera misión, abriendo la posibilidad de contacto directo desde el río Pánuco o el río de las Palmas y las minas de Zacatecas, San Martín, Mazapil y Santa Bárbara. Luego siguió hasta el río Grande, y parece ser que Carvajal fue el primer europeo que cruzó la parte inferior del río Grande para entrar en Texas, donde tomó represalias contra las tribus costeras, aunque esto surtió poco efecto a la larga.

Carvajal volvió a España a comienzos de marzo de 1579 y allí presentó un plan grandioso al Consejo de Indias y a Felipe II. Desde una base situada en Nueva España, don Luis proponía vincular esta colonia a Florida poblando todos los puertos del Golfo desde el Pánuco hasta Santa Elena. Su persuasión, ayudada por un vacilante sentido de la geografía, dio buenos resultados, y Carvajal recibió los títulos de gobernador y jefe militar del Reino de Nuevo León. El nuevo reino era un enorme «cuadrado» de tierra de 200 leguas de lado. Con la boca del río Pánuco como punto de referencia, la jurisdicción de Carvajal se extendía, al norte, hasta San Antonio en Texas y al oeste, abarcaba casi toda la extensión de los estados mexicanos de Zacatecas y Durango. Incluía también gran parte de San Luis de Potosí, Nayarit, Sinaloa y Chihuahua. Nuevo León abarcaba en total 702.244 kilómetros cuadrados aproximadamente.

La concesión de Carvajal quedaba a varios cientos de leguas de distancia de la Florida propiamente dicha, pero lo que es importante, le planteó conflictos con minas que llevaban largo tiempo en poder de otros

españoles. Este factor, así como también la renuencia de don Luis a aceptar la autoridad virreinal en Nueva España y a atenerse a una nueva serie de disposiciones reales promulgadas en 1573, influyeron en su caída.

Carvajal persistió en sus actividades esclavistas todo a lo largo de la costa, desde el Pánuco al norte hasta el río Grande. En el interior fundó los asentamientos de Ciudad León, Villa de la Cueva y Villa de Almadén, este último en el solar de Monclova. Sus interferencias en localidades fundadas por seguidores de Ibarra, su ambición arrogante y su ascendencia judía fueron causa de que Carvajal fuera detenido por orden del Santo Oficio. Convicto de herejía a comienzos de 1590, se le condenó a seis años de exilio de Nueva España, pero don Luis murió en las cárceles inquisitoriales antes del final de ese año. Su fundación de Almadén pasó al poder de Gaspar Castaño de Sosa, un actor de segunda fila en el escenario, entonces en pleno crecimiento, de Nuevo México y Texas.

La frontera minera y ranchera

Para finales del siglo XVI las actividades de Francisco de Ibarra, Luis de Carvajal y sus seguidores habían creado las provincias de Nueva Vizcaya y Nuevo León. Al mismo tiempo, esos logros estaban apuntalados por iniciativas económicas en la frontera, sobre todo en minería. Pero el trato que recibían los indios y, naturalmente, las guerras chichimecas, habían influido en la promulgación en 1573 de nuevas disposiciones, las cuales, a su vez, influyeron en las entradas en la Tierra Nueva.

Naturalmente, la minería era la actividad económica favorita en la frontera, porque brindaba perspectivas de enriquecimiento muy rápido. Pero era mucho más importante para Texas la industria ganadera en rápido desarrollo. El ganado había llegado del Viejo Mundo en el segundo viaje de Colón. Desde el Caribe, Gregorio Villalobos y Hernán Cortés introdujeron los primeros ejemplares de cría en tierra firme poco después de la conquista de México. Las principales variedades españolas eran el ganado pintado, medio salvaje, y el «ganado prieto», el antiguo bóvido negro emparentado con el toro bravo andaluz.

La ganadería ranchera que arraigó en México era una innovación puramente española. Los indios norteamericanos no tenían grandes animales domésticos, y en México, salvo pocas excepciones, los indígenas no

se dedicaban a la cría más allá de una línea que comenzaba un poco al norte de Veracruz, extendiéndose hacia el oeste por el noroeste y pasando junto al Valle Central hasta el Pacífico, justo por debajo de Tepic. Al norte de esta línea, las tierras del Gran Chichimeca estaban cortadas por barrancas y ásperas montañas cuyos pastos se adaptaban potencialmente a la introducción de ganado europeo. Esta es la razón de que se enviara ganado al norte después de la guerra de Mixtón, y para 1550 ya los pastos en torno a Querétaro sostenían una prometedora y floreciente industria ganadera. Para formentar el desarrollo de los ranchos ganaderos, la Corona concedía enormes lotes individuales de hasta 4.338 acres*, conocidos por el nombre de «sitios de ganado mayor».

Después de los hallazgos de plata en los años cuarenta del siglo XVI rancheros y mineros vivieron en contacto simbiótico, ya que el cuero y el sebo eran esenciales para los mineros, los cuales, a su vez, aportaban mercados y numerarios muy necesitados por los rancheros. Los estados mexicanos de Zacatecas, Durango, Chihuahua y Coahuila eran la parte de Nueva España al norte del Trópico de Cáncer con la mejor y más antigua industria ganadera. En Nueva Vizcaya, los pastos eran tan florecientes que no sólo atraían a los ganaderos, sino también a grandes manadas de animales salvajes que iban hacia el norte por propia iniciativa. Los rebaños pastoreados aumentaban con sorprendente rapidez y había ranchos con más de 100.000 cabezas de ganado. La ganadería en grande era cosa tan corriente que tener 20.000 cabezas de ganado se consideraba poca cosa. Donde no había minas, o las que había estaban agotadas, la ganadería era la principal industria. Más aún, las inversiones en tierra y ganado eran de las pocas oportunidades económicas al alcance de la mayoría de los colonos, eclesiásticos y funcionarios del gobierno. Como ha demostrado el geógrafo Donald D. Brand, la afirmación de Walter P. Webb de que la ganadería no tuvo un papel importante fuera de las grandes llanuras es insostenible, porque la tesis de Webb hace caso omiso de una frontera más antigua y sumamente importante, que avanzaba hacia el norte a partir del centro de México y que ha dejado huella indeleble en lo que hoy es el territorio que va de Texas a California[6].

* El acre es medida anglosajona de superficie equivalente a 40,47 áreas. *(N. del T.)*.

[6] D. D. Brand, «The Early History of the Range Cattle Industry in Northern Mexico», *Agricultural History*, 35, julio de 1961, pp. 132-139.

La ganadería ranchera estaba relacionada de manera específica con las misiones de frontera, cuyos frailes eran vaqueros en su tiempo libre. Para finales del siglo XVI, la zona norteña de la industria ranchera dibujaba aproximadamente un arco desde Culiacán hasta las fronteras sureñas de Chihuahua, bajando de allí al sur hacia Monterrey. Considerables rebaños de ganado brindaban en esa región los ingredientes esenciales de futuras expediciones a Tierra Nueva.

A medida que la frontera de la minería y la ganadería avanzaba y la guerra chichimeca se hacía más dura, también crecían las diferencias en torno al tratamiento que había que dar a los indios. Felipe II promulgó una disposición general el 13 de julio de 1573 que sobreseía todas las regulaciones anteriores sobre futuras conquistas por tierra o por mar: esta disposición constituía una victoria temporal para los campeones de una política de benevolencia para con los indios y subrayaba los beneficios de la civilización española para los indígenas que se convirtiesen. Los futuros contactos entre las culturas hispánica e india serían estrictamente supervisados por las autoridades apropiadas, y en lugar de «conquista» se usaría en ellos la palabra «pacificación». Si a pesar de esto, todos los esfuerzos tendentes a la persuasión pacífica fallaban, los indios hostiles habían de ser sometidos «con el menor daño posible». De todas formas, la disposición general de 1573 reforzaba la prohibición de esclavizar a los indios. Aunque siguieron en vigor durante toda la época colonial, las leyes de 1573 —como las anteriores— se aplicaron siempre de manera selectiva y fueron corroídas por la fuerza de las circunstancias; sin embargo, es evidente que reflejaban la gran influencia de la mentalidad religiosa en la política española.

Aunque trataremos más adelante de las misiones de frontera, conviene adelantar aquí que los padres franciscanos estuvieron presentes en Nueva Vizcaya desde sus comienzos. Sin embargo, el campo de acción de los misioneros era tan vasto y el número de frailes tan reducido, que también los jesuitas entraron en escena cerca del final del siglo XVI. El primer caso documentado de sotanas negras de visita en Durango data de 1589. Los jesuitas ayudaron a la pacificación de Chichimeca y ya estaban establecidos en la capital provincial para mediados de los años noventa de ese siglo, la época en que Juan de Oñate firmó un contrato para la colonización permanente de Nuevo México. En aquella época, los franciscanos ya tenían nuevos mártires en Tierra Nueva.

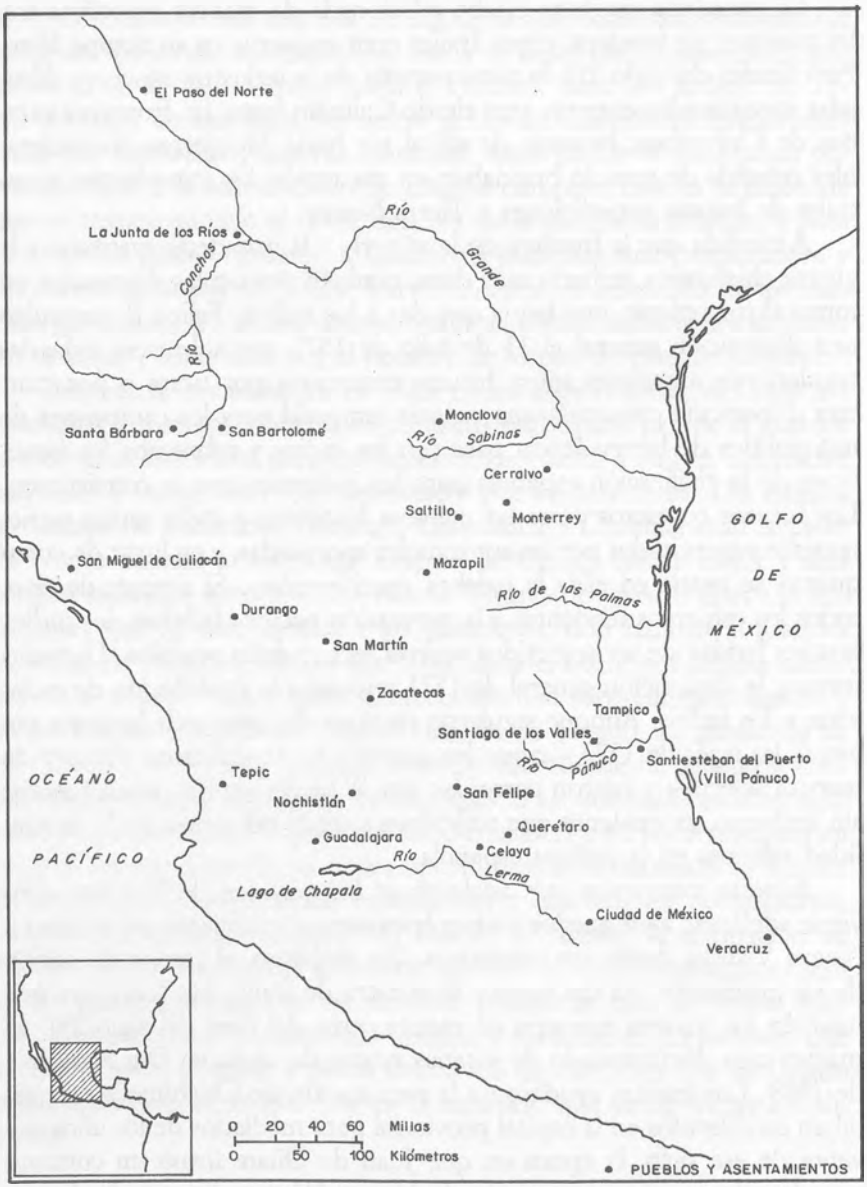


Figura 7. *Nueva España central y del norte.*
Este mapa muestra la situación de los principales ríos, ciudades y asentamientos que se mencionan en el texto.

Expediciones tempranas a Texas y Nuevo México

Las poblaciones de Santa Bárbara y San Bartolomé, situadas en las fuentes del río Conchos, al sur de Chihuahua, eran las puertas naturales de Texas y Nuevo México (véase figura 7). A pesar de la prohibición que formulaban las Leyes Nuevas de esclavizar a los indios, las expediciones esclavistas en busca de mano de obra para las minas de la región habían remontado ya el río Conchos hasta su confluencia con el río Grande. A finales de los años setenta del siglo XVI, un cautivo indio que conocía Nuevo México habló de populosos asentamientos al norte, donde la gente tenía abundancia de alimento y cultivaba el algodón para hacer ropa. Esta información traía recuerdos del territorio de los indios pueblos, que los españoles llevaban cuarenta años sin visitar. Fray Agustín Rodríguez, un hermano lego franciscano destacado en San Bartolomé, pidió y consiguió del virrey permiso para volver a visitar el territorio de los indios pueblos. Los dos franciscanos seleccionados para acompañar a fray Agustín fueron Francisco López, como superior religioso y Juan de Santa María. El jefe militar de la expedición era un viejo veterano, Francisco Sánchez Chamuscado, que llevaba a Hernán Gallegos de segundo. A comienzos de junio de 1581, este pequeño grupo de nueve soldados y tres frailes salió de Santa Bárbara y después de seguir el curso del río Conchos hasta su conjunción con el río Grande, entró en contacto con indios que eran probablemente jumanos. Desde La Junta de los Ríos, los españoles subieron río Grande arriba hacia El Paso, y luego continuaron siguiendo su cauce hasta los pueblos de Tiguex, cerca de la actual Albuquerque.

La expedición Chamuscado-Rodríguez-López exploró el norte de Nuevo México hacia Taos. Cerca de Santa Fe, fray Juan de Santa María decidió abandonar el grupo e informar directamente al virrey, pero a los tres días los indios le mataron. Más tarde, Chamuscado se dirigió hacia el este, a las Llanuras de los Búfalos. Siguiendo el río Pecos encontró indios querechos, los mismos cazadores de búfalos que había hallado Coronado cuarenta años antes, pero es dudoso que don Francisco llegara hasta las fronteras de Texas en esta entrada. Después de realizar exploraciones al oeste hasta Ácoma y Zuñi, Chamuscado anunció a sus hombres su intención de volver a Santa Bárbara e informar al virrey. A pesar de sus vigorosas objeciones, los dos frailes franciscanos restantes insistieron en quedarse en Nuevo México. Chamuscado, que tenía casi

setenta años, murió de fiebre en la fase final de la expedición, antes de llegar a su destino.

Los soldados restantes, al mando de Hernán Gallegos, volvieron a Santa Bárbara en abril de 1582, después de casi once meses de ausencia. El informe de Gallegos contenía información sobre los indios de La Junta de los Ríos, en Nuevo México, así como también sobre los que habían encontrado en las Llanuras de los Búfalos, hacia Texas. El alcalde de Santa Bárbara reclamó inmediatamente las tierras recién exploradas para el gobernador de Nueva Vizcaya, y los esfuerzos de Gallegos por conseguir su posesión por derecho propio terminaron al ser rechazada en marzo de 1583 la solicitud que él mismo llevó en persona ante la Corona española.

Mientras Gallego se esforzaba sin éxito por ganar su causa, los acontecimientos en Nueva Vizcaya conducían directamente a la formación de una segunda expedición a Nuevo México con el objeto ostensible de ir en ayuda de los franciscanos que se habían quedado entre los indios pueblos, así como también por insistencia de un capitán de la frontera, Antonio de Espejo, llegado a México en 1571 como familiar del recién creado Santo Oficio de la Inquisición. Más tarde, don Antonio y su hermano adquirieron ranchos ganaderos cerca de Celaya, pero como consecuencia de una violenta disputa por causa de una de estas propiedades, el hermano mató a un vaquero mestico. Don Antonio, como cómplice del crimen, fue condenado a pagar una fuerte multa, y para evitar el pago, escapó de las autoridades hasta la frontera de Nueva Vizcaya. Esperando conseguir el perdón real, Espejo se puso enseguida a la cabeza de una expedición de salvamento a Nuevo México, acompañado por dos franciscanos y catorce soldados; uno de estos, Diego Pérez de Luxán, fue meticuloso observador y cuidadoso cronista de la expedición.

El grupo de diecisiete hombres salió de San Bartolomé el 10 de noviembre de 1582, con Luxán encargado de tomar nota cotidiana de la ida a Nuevo México y también del regreso. Siguieron el río Conchos hasta su conjunción con el río Grande, y dieron con cinco pueblos indios en La Junta de los Ríos, en el exacto lugar descrito por Cabeza de Vaca en los años treinta del mismo siglo. La expedición pasó dieciocho días entre esos indios, siguiendo luego el río Grande hacia el norte. Al cabo de cuarenta y cinco días de marcha, los españoles llegaron a los pueblos más norteños de los indios piros, desde donde siguieron río arriba hasta Puaray, situado entre la moderna Albuquerque y Bernalillo, donde se en-

teraron con certidumbre de que los frailes López y Rodríguez habían sido martirizados. Espejo castigó a los indios culpables, exploró hacia el oeste, hasta los pueblos de los indios hopi y tanteó el territorio hasta la actual comarca de Flagstaff en Arizona. Luego volvió a río Grande y desde allí marchó hacia el este, en dirección a las llanuras de los Búfalos. Al llegar al río Pecos, decidió volver a México siguiendo su curso durante unas 120 leguas, hasta que indios amigos le advirtieron que cambiara su ruta y fuese directamente hacia el río Grande. Llegó allí algo más allá de su conjunción con el Conchos, y a partir de La Junta de los Ríos volvió sobre sus pasos hasta San Bartolomé, donde llegó el 10 de septiembre de 1583, es decir, exactamente diez meses después de su partida.

La expedición Espejo-Luxán había llevado a los primeros europeos hasta el extremo sudoeste de Texas. En un punto cerca de Texas, donde se apartaron del río Pecos, el diario de Luxán sugiere un viaje hasta el río Grande, cerca de los actuales hitos texanos de Toya Creek (La Quebrada de Toya), Balmorhea, Toyahvale, Fort Davis, Alamito Creek, cerca de Marfa, y Ruidosa o Candelaria. La importancia histórica de este viaje se ve sobre todo en el hecho de que ningún europeo volvió a pisar esas tierras hasta cien años después. También es interesante que Pérez de Luxán sólo usa el nombre de jumanos para designar indios de ese territorio que se habían adaptado a la caza del búfalo.

Al volver a San Bartolomé, Espejo propuso pacificar Nuevo México a sus expensas. Su solicitud de un contrato fue rechazada, pero se le concedió sentencia aplazada por su participación en la muerte del vaquero mestizo hasta que su caso fuese revisado por el Consejo de Indias. De camino a España, a donde iba a defenderse, Espejo murió en Cuba. Su informe, muy exagerado, sobre las riquezas potenciales de Nuevo México y Arizona, estimuló sin embargo, el interés en esas regiones, que continuó hasta 1595, cuando la Corona aprobó un contrato oficial.

La Corona autorizó la pacificación del territorio de los indios pueblos el 19 de abril de 1583, mientras Espejo proseguía su expedición. La cédula real fue emitida en respuesta a informes virreinales sobre la expedición Chamuscado-Rodríguez. Las condiciones que se exigían a los solicitantes eran: financiación privada, aprobación del contrato por el Consejo de Indias y acuerdo de aceptar las disposiciones reales de 1573. Por complejas razones, se tardó una docena de años en llegar a un acuer-

do oficial, y en el intervalo, dos expediciones españolas no autorizadas llegaron hasta Texas.

La primera expedición «de contrabando» iba dirigida por Gaspar Castaño de Sosa, asociado íntimo de Luis de Carvajal. Castaño salió de Villa Almadén en 1590, cruzando el norte de Coahuila con un séquito de 170 personas. Al llegar al río Grande, siguió el curso del río Pecos en Nuevo México, convirtiéndose en la primera caravana de carromatos que cruzaba la frontera sudoeste de Texas. Después de llegar al pueblo de Pecos, en Nuevo México, don Gaspar marchó hacia el oeste, hasta el río Grande, estableciendo su cuartel general en Santo Domingo, al norte de la moderna Albuquerque. Su expedición no autorizada terminó cuando Juan Morlet, agente virreinal, persiguió y detuvo a Castaño por violación de las leyes de colonización de 1573. Volviendo encadenado a México, don Gaspar fue juzgado, hallado culpable y exiliado a las Filipinas. Más tarde murió en alta mar en una rebelión de esclavos.

La colonización de Nuevo México

Una segunda expedición «de contrabando» salió de Nueva Vizcaya en 1593 al mando conjunto de Francisco de Leyva Bonilla y Antonio Gutiérrez de Humaña. Se sabe poco de ella, pero es seguro que exploró las Llanuras de los Búfalos, llegando hasta el Asa de Texas y quizá hasta Kansas. Leyva resultó apuñalado como consecuencia de una disputa con su colega, y más tarde, la expedición pereció casi entera a manos de los indios de las llanuras.

La constante atracción de Nuevo México, el hecho de que atrajese a aventureros descarados, y la insistencia de la Corona en una colonización que pudiéramos llamar oficial, dio lugar a prolongadas negociaciones con varios solicitantes. Finalmente, el ganador fue Juan de Oñate, hijo del aristócrata de la plata y administrador veterano de don Cristóbal.

Oñate triunfó en un concurso que merece ampliamente el calificativo de bizantino. El triunfo de su solicitud puede ser achacado en gran medida al apoyo de sus amigos y parientes, que se contaban entre las familias más importantes de Nueva Galicia y Nueva España. Don Juan eligió como segundo a su sobrino, Juan de Zaldívar, con el título de maestre de campo, y como oficial de reclutamiento y sargento mayor a otro sobrino, Vicente de Zaldívar.

Según las condiciones del contrato, Oñate recibió títulos impresionantes, y un sueldo que se pagaría con los ingresos que produjera Nuevo México. Tenía que reclutar un mínimo de 200 hombres, incluyendo a los misioneros, y aprovisionar la expedición de su dinero con varios miles de caballos, ganado, ovejas y cabras, amén de alimentos, simiente de trigo, armas, medicinas, herramientas y regalos para los indios. Una serie de problemas fueron aplazando la partida de Oñate durante casi tres años. Al parecer, Oñate no conseguía satisfacer todas las estipulaciones de su contrato, aunque por fin, a comienzos de 1598, recibió el visto bueno del agente virreinal y el 26 de enero del mismo año pudo partir la expedición de San Jerónimo, puesto avanzado situado cerca de Santa Bárbara con sus pertrechos y su ganado.

En ocasiones anteriores, las exploraciones bajaban por el río Conchos hasta su confluencia con el río Grande y luego seguían por éste, río arriba, hasta Nuevo México. Esta ruta, que era la habitual, garantizaba que habría agua durante todo el camino. Pero Oñate, impacientado por las demoras, buscó un atajo: envió a Vicente de Zaldívar con un grupo de hombres a encontrar uno, y don Vicente, después de casi un mes de ausencia, volvió con una ruta más directa a través de temibles dunas de arena donde había cierta cantidad de agua. Después de una dura marcha, la expedición llegó al paso o vado del río Grande el día 4 de mayo de 1598.

Oñate remató la ocupación de Nuevo México a fines de la primavera y comienzos del verano de 1598, pero la experiencia resultó decepcionante para la mayor parte de los expedicionarios. Evidentemente la vida de frontera carecía de los incentivos que ofrecía Nueva España y no se veían allí riquezas fáciles de explotar. Los indios pueblos eran hoscos y rencorosos con los frailes, los soldados y los colonos. Una grave revuelta acaecida en el pueblo alto de Ácoma el 4 de diciembre de 1598 costó la vida a Juan de Zaldívar, pariente y segundo de Oñate, y a otros doce españoles. Oñate apagó la revuelta y castigó brutalmente a los acomanos, pero reconoció la necesidad de pedir refuerzos y provisiones a México imprescindibles para explorar el territorio circundante e incluso para conservar la provincia. Cuando por fin llegó la expedición de apoyo, en la nochebuena del año 1600, Oñate comenzó los preparativos para otro viaje a Quivira.

Incluso a comienzos del siglo, los rumores sobre las Siete Colinas de Aijados seguían despertando interés entre los decepcionados seguidores

de Oñate. Jusepe, un indio que había sobrevivido a la desastrosa entrada de Humaña y Bonilla, hizo de guía en la marcha hacia Kansas. Don Juan partió de San Gabriel, la nueva capital, con unos setenta hombres, el 23 de junio de 1601. Su contingente pasó por Galisteo camino del río Pecos, y así llegaron al río Canadian, al oeste de la actual Tucumcari, en Nuevo México. Lo más probable es que Oñate siguiese el curso de ese río ininterrumpidamente a través del Asa de Texas. Al este de la actual frontera entre Texas y Oklahoma giró hacia el norte y topó con el río Arkansas en la gran curva que describe al este de la actual Dodge City en Kansas. En la fase inicial de sus exploraciones, don Juan entró en contacto con apaches amigos, y ésta es la primera vez que oímos el nombre de esos indígenas, pero como Coronado, Oñate no se sintió impresionado por Quivira y para poner las cosas peor de lo que ya estaban, tuvo que librar batalla con indios escanjaques del centro sur de Kansas. La desdichada expedición rehízo el camino hasta Nuevo México cruzando de nuevo el Asa de este a oeste a lo largo del río Canadian.

La fortuna de Oñate no mejoró al llegar a San Gabriel. A pesar de las protestas del vicegobernador y del encargado de los franciscanos, la mayor parte de los colonos que habitaban en la capital habían abandonado la provincia y huido a México en ausencia de Oñate. Después del regreso del gobernador, otros colonos siguieron en Nuevo México contra su voluntad y se sintieron más desanimados aún al ver que nuevas expediciones no conseguían descubrir suficiente riqueza para dar atractivo a la provincia. Oñate y su familia habían gastado casi 400.000 pesos en su aventura neomexicana.

Poco después de la dimisión de Oñate, el Consejo de Indias revisó la situación existente en Nuevo México y tomó una decisión que iba a tener importantes consecuencias para Texas. Se nombraría a un nuevo gobernador en lugar de Oñate, el cual tendría que dar preferencia al programa misionero, hasta el punto de que sólo frailes podrían llevar a cabo nuevas exploraciones. En 1608, Nuevo México pasó al dominio directo de la Corona, que sería responsable de su mantenimiento, y en el año siguiente, Pedro de Peralta se dirigió al norte como primer gobernador real de la provincia. Obedeciendo órdenes de centralizar la capital, don Pedro la fijó en Santa Fe, y durante las décadas siguientes, la provincia disfrutó de un progreso lento y poco llamativo: la población española aumentó de unos pocos cientos a unos pocos miles, y para los años treinta del siglo XVII ya había alrededor de dos docenas de frailes al cuidado de

veinticinco misiones. Nuevo México, sostenido por ímpetu cristianizante más que por promesa de lucro, siguió siendo la puerta de la Texas española.

La «Dama de Azul» y los primeros contactos con Texas

Hasta 1680, el paso a Nuevo México, tanto de ida como de vuelta a lo largo del río Grande, entre La Junta de los Ríos y El Paso, llevó a cientos de españoles a las cercanías de su patria texana, pero las expediciones al interior eran raras. Sin embargo, una de las primeras fue consecuencia de las bilocaciones, al parecer milagrosas, de la Dama de Azul.

En julio de 1629, una delegación de unos cincuenta jumanos apareció ante el convento franciscano de la vieja Isleta, situada al sur de la actual Albuquerque. Los indios llegaban a Nuevo México para solicitar maestros religiosos para ellos y sus vecinos. Mostraron poseer nociones rudimentarias de cristianismo, y cuando se les preguntó quién se las había impartido, respondieron: «La Dama de Azul». Antes de la llegada de los jumanos, el arzobispo de México, Francisco Manso de Zúñiga, había escrito al superior religioso de Nuevo México pidiendo información sobre las pretensiones de una joven monja de haber sido transportada hasta la frontera de Nueva España. La mujer en cuestión era María de Jesús de Ágreda.

Sor María había hecho sus votos en 1620 y entrado en el convento franciscano de la Inmaculada Concepción de Ágreda, una aldea del noreste de España. Durante los años veinte, María de Jesús tuvo repetidamente profundos éxtasis, durante los cuales soñaba que su cuerpo era transportado a una tierra distante, donde enseñaba el evangelio a un pueblo pagano. Sus supuestas bilocaciones milagrosas la llevaban con frecuencia al este de Nuevo México y al oeste de Texas, donde instruyó a varios grupos de indios, entre los que había jumanos. Durante muchos años, sor María contó sus vívidos sueños a su confesor, Sebastián Marcilla de Ágreda, el cual, a finales de los años veinte del siglo XVII, informó a su superior, el arzobispo de México, de las experiencias místicas de la monja, lo que dio lugar a las indagaciones.

La oportuna pregunta del arzobispo y la llegada de la delegación jumana dieron lugar a pesquisas inmediatas en Texas. En 1629, los frailes Juan de Salas y Diego López recorrieron unas 112 leguas al este de la

comarca de los indios pueblos, pasando varios días en la Texas sudoccidental, donde fueron bien recibidos por un nutrido grupo de indios que aseguraban haber sido advertidos de la llegada de los misioneros cristianos por la Dama de Azul. Aunque no se estableció ninguna misión permanente entre los jumanos, fray Ascencio de Zárate y fray Pedro de Ortega llegaron allí en 1632 a la cabeza de una expedición de seguimiento.

Entre estos primeros contactos con los jumanos, fray Alonso de Benavides, ex superior religioso en Nuevo México, hizo un viaje a España y deseoso de averiguar algo más sobre la misteriosa Dama de Azul, se entrevistó con María de Jesús en Ágreda en 1631. Dice que el hábito de la dama era de tela de saco de color pardo, y que estaba cubierto con una tosca capa azul; en su conversación con él, sor María afirmó haber sufrido unas 500 bilocaciones a la frontera de Nueva España.

La creencia en milagros es cuestión personal, pero la secuencia de los acontecimientos en el caso de la Dama de Azul nos brinda una explicación aceptable y plausible de los esfuerzos misioneros de 1629 y 1632 entre los jumanos. Después de estas visitas, esos indios siguieron aislados durante casi veinte años. Expediciones ulteriores parecen haberse dirigido a una ramificación superior del tramo oriental del río Colorado. La primera de ellas tenía a su cabeza a Hernando Martín y a Diego del Castillo, y volvió a Nuevo México con perlas de mala calidad, pero con noticia de un territorio poblado por indios texanos y gobernado por un rey. La segunda entrada, dirigida por Diego de Guadalajara, llevaba instrucciones de buscar perlas entre los jumanos y en el reino de Texas. Aunque estos intentos de encontrar riqueza en los alrededores de Cíbola y Gran Quivira resultaron tan fallidos como los anteriores, al menos abrieron el camino en los años siguientes a los comerciantes y soldados que querían cambiar productos de Nuevo México por pieles de búfalo. Sin embargo, estos conatos de trueque con los jumanos de Nuevo México se vieron frustrados por la rebelión de los indios pueblos de 1680, cuando estaban siendo presionados por los apaches, que atacaban sus poblados y se llevaban prisioneros. Todo esto influyó en los acontecimientos de Texas posteriores a 1680.

Entre 1543 y 1680 la política oficial de la Corona y las energías independientes de soldados, mineros, misioneros y rancheros dirigieron las actitudes españolas con respecto a Texas. A pesar del ímpetu de un imperio en expansión, estimulado en parte por persistentes mitos y leyen-

das, el vasto territorio de lo que iba a ser el Estado de la Estrella Solitaria seguía en gran medida sin explorar e ignorado en la época de la revuelta de los indios pueblos. La parte del extremo sudoeste de Texas llevaba largo tiempo bordeando el camino que conducía de las minas, las misiones y los ranchos del norte de México a la tierra de esos indios, pero la mayor parte del interior del futuro estado de Texas seguía siendo *terra incognita*. Cuando una de las rebeliones indias más importantes y logradas de la historia del imperio español forzó a los españoles a abandonar Nuevo México, el Paso del Norte, que ya había empezado a ser colonizado, cobró gran importancia como centro de la presencia española en la frontera de Nueva España.

IV

EL ASENTAMIENTO DEL RÍO GRANDE Y EL RETO FRANCÉS (1656-1689)

Los años ochenta del siglo XVII fueron de crisis en la frontera norteña de Nueva España. Comenzaron con una rebelión india masiva y coordinada, en Nuevo México, que costó la vida a más de 400 españoles y forzó a España a abandonar completamente una provincia que llevaba ocupando sin interrupción durante ochenta y dos años. Los supervivientes, que eran muchos más de 2.000, se retiraron río Grande abajo hacia el Paso del río del Norte. Estos sucesos transformaron a Texas, que había tenido importancia secundaria en relación con Nuevo México, en un foco de actividad imperial y de rivalidad internacional. Los refugiados fueron alojados en campamentos al sudoeste del río Grande mientras comenzaba la planificación militar de la reconquista de Nuevo México. Al mismo tiempo, los españoles apresuraban la colonización del río Grande aumentando el número de misiones a lo largo de su curso. Sin embargo, hacia la mitad de la década, estas actividades comenzaron también a adquirir importancia secundaria al saberse que los franceses habían violado la soberanía española entrando en las aguas prohibidas del golfo de México y fundando una colonia en algún lugar de la costa entre el Pánuco y Florida. Para hacer frente a este reto, los funcionarios de Nueva España organizaron cinco expediciones por tierra en el término de cuatro años y las enviaron a Texas. En este mismo periodo de tiempo, enviaron otras cinco por mar para explorar las aguas del Golfo en busca de la esquiva colonia francesa. Estos acontecimientos, que están relacionados entre sí y que precedieron a la fundación de las primeras misiones al este de Texas, constituyen el tema del presente capítulo.

La gran sublevación de los indios pueblos

Para 1680, los colonos españoles de Nuevo México llegaban ya aproximadamente a 2.800. La mayor parte de éstos vivían en la parte sur, conocida por el nombre de Río Abajo, mientras un pequeño número residía en el norte, en las cercanía de la capital, Santa Fe. Esparcidos entre las diversas misiones de la provincia, había unos 16.000 indios parcialmente hispanizados y 32 frailes franciscanos. Aun cuando no existía ningún presidio oficial en Santa Fe, la capital, había soldados del ejército regular. En aquella época, Antonio de Otermín era gobernador y capitán general de la provincia.

A finales del verano de 1680, los indios pueblos de casi toda la provincia se sublevaron contra los colonos españoles. La sublevación desconcertó a la población europea, pero, a ojos de los historiadores, que tienen la ventaja de conocer mejor la secuencia y la causa de los acontecimientos, parece bastante natural. Aunque las raíces de la sublevación de los indios pueblos tiene poco que ver directamente con la historia de Texas, conviene examinarlas aquí someramente porque la experiencia de Nuevo México pone de relieve los fallos de la política fronteriza española, incluso entre pueblos sedentarios cuyo nivel cultural era superior al de los indios texanos. En segundo lugar, un gobernador anterior de Nuevo México llamado Diego de Peñalosa, no sólo fomentó con sus acciones durante su época de gobierno la discordia en el territorio español, sino que más tarde arrojó cierta intrigante sombra sobre los planes franceses en Texas.

La cuestión fundamental que dividía a europeos e indios en Nuevo México era el decidido esfuerzo español por suprimir las creencias religiosas de los indios pueblos y reformar sus antiguas costumbres adaptándolas a modos de conducta europeos. Esto resultó imposible por la persuasión o por medio de severos castigos. Por ejemplo, la detención en 1675 de cuarenta y siete curanderos indígenas acusados de brujería, tres de los cuales fueron ahorcados, sólo sirvió para agravar la situación[1].

Otras cuestiones de menor importancia contribuyeron también a aumentar la fricción, llegando a un punto peligroso en 1680. En la década

[1] C. W. Hackett, introducción y notas, y C. C. Shelby, traductora, *Revolt of the Pueblo Indians and Otermín's Attempted Reconquest, 1680-1682,* 2 tomos, Albuquerque, 1942, 1:XXI-LXXXVIII.

anterior a la sublevación de los indios pueblos había habido una sequía que dio lugar a malas cosechas y hambre. La escasez de alimentos supuso sin duda que los indios sufrieran más que los españoles. Más aún, el hambre, junto con la creciente amenaza de los ataques apaches, fue causa de que hubiera que abandonar ciertas misiones periféricas, y para 1680 incluso la ciudad de Santa Fe llegó a ser blanco de audaces incursiones. Antes de esto, las acciones egoístas y carentes de escrúpulos de los gobernadores Bernardo López de Mendizábal (1659-1661) y Diego de Peñalosa (1661-1664) habían dejado en las relaciones entre la iglesia y el estado hondas cicatrices que nunca llegaron a curarse del todo. Y lo que es peor, las reyertas públicas entre los gobernadores y los dirigentes religiosos habían creado una situación tal que los indios empezaron a perder el poco respeto que tenían por la autoridad española, excepto cuando ésta se expresaba por medio de la fuerza. Es importante también mencionar que la falta de ricos recursos naturales en Nuevo México hacía que los incentivos fuesen pocos y muy fuerte en cambio la competencia por ellos entre clero y colonos. Todo esto, y la creencia muy extendida entre los jefes de los indios pueblos de que era posible expulsar con relativa facilidad a los españoles de Nuevo México, dio a los rebeldes el estímulo y el aplomo que necesitaban[2].

Entre los curanderos detenidos en 1675 estaba un dirigente indio llamado Popé. Su rápida puesta en libertad no calmó su ira contra los españoles, y desde una base de operaciones situada en Taos, Popé tomó medidas para organizar una sublevación general. Sus planes se mantuvieron secretos y se coordinaron por medio de una cuerda anudada entre los poblados indios dispersos por todo el territorio: un nudo por cada día que faltaba para la fecha de la sublevación, que sería el 11 de agosto de 1680. Sin embargo, un fallo de seguridad indujo a los dirigentes indios a sublevarse un día antes de lo acordado.

Para el 15 de agosto, la sublevación de los indios pueblos iba tan bien que la ciudad de Santa Fe estaba sitiada. Después de seis días de lucha, el gobernador Otermín decidió abandonar la capital y retirarse hacia la Isleta y al asentamiento, más grande, de Río Abajo. Por desgracia para los españoles, esa comunidad también estaba siendo atacada. El

[2] F. V. Scholes, *Troublous Times in New Mexico, 1659-1670,* Albuquerque, 1942, pp. 252-258. Véase estudio de las administraciones de López y Peñalosa en *idem,* pp. 34-38, 107-148.

maestre de campo Alonso García, dando fe a las informaciones indias de que todos los españoles de Santa Fe habían muerto, convocó un consejo para decidir las medidas a tomar. Se decidió por unanimidad retirarse río abajo hacia el Paso del Norte. Sin que el gobernador Otermín lo supiera, el 14 de agosto, o sea, el día antes de que comenzara el sitio de Santa Fe, la Isleta fue entregada a los indios.

Los colonos de Río Abajo se retiraron hacia el sur, a un lugar llamado Fray Cristóbal, situado más abajo de la parte habitada de Nuevo México, pero aún a sesenta leguas al norte de El Paso. Allí les llegó la noticia de la retirada de Otermín, entonces en marcha río Grande abajo. El principal contingente esperó en Fray Cristóbal hasta que la división de Otermín llegara allí, lo que ocurrió el 13 de septiembre. Después de un consejo general, los refugiados siguieron la retirada juntos hacia el asentamiento español de El Paso[3].

En La Salineta, situada a cuatro leguas de El Paso, en el lado texano del río Grande, Otermín ordenó revista general para el 29 de septiembre. Los supervivientes ascendían a 1.946 al terminar la revista, a comienzos de octubre, pero antes de terminar de contarlos, decenas de refugiados ya habían escapado sin permiso a Nueva Vizcaya. La revista mostró que había 155 hombres españoles armados; el resto eran hombres sin armas, mujeres, niños y 317 indios piros cristianizados. Después de la revista, se convocó un consejo de miembros del cabildo de Santa Fe, oficiales militares frailes, para examinar la cuestión de si convenía intentar la reconquista inmediata de Nuevo México. La decisión, contraria a una acción rápida que fue anunciada por Otermín el 5 de octubre, se debió en parte a la insuficiencia de sus fuerzas, al temor de que la inquietud indígena en Nueva Vizcaya se convirtiese en una rebelión en toda línea al saberse allí la sublevación de los indios pueblos y al deseo de Otermín de recibir instrucciones y refuerzos del virrey de Nueva España. En consecuencia, todo el campamento de La Salineta se trasladó río abajo y cruzó el río Grande por el Paso del Norte.

[3] La pérdida de vidas entre los españoles fue grande. Más de 380 hombres, mujeres y niños murieron como consecuencia de la rebelión de los indios pueblos, pero en este número no se incluye a 21 religiosos martirizados.

Refugiados en El Paso

Los refugiados de Nuevo México se instalaron en tres campamentos cerca de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe. Se vieron obligados a vivir en cabañas de madera improvisadas, pero estas ruines condiciones pasaban por ser provisionales. Otermín tenía especial interés en recibir autorización para fundar un presidio para la protección de las comunidades civiles. En enero de 1681, los funcionarios de Nueva España dieron poderes al gobernador para poner en práctica su propuesta, pero demoras inevitables le impidieron hacerlo. Un año más tarde, durante los meses de invierno de 1681-1862, Otermín volvió a El Paso después de fracasar en su intento de reconquistar Nuevo México. Para entonces, ya estaba claro que iban a hacer falta amplias campañas militares para restablecer el dominio español en las antiguas ciudades y misiones. Los colonos de El Paso fueron instalados en varias pequeñas aldeas, se hicieron planes para sembrar y se dio un cierto matiz de permanencia a los asentamientos improvisados. Sin embargo los acontecimientos de los años siguientes acabaron por hacerles permanentes[4].

Con la pérdida de Nuevo México, lo que con el tiempo sería Texas se convirtió de momento en la avanzadilla norte de Nueva España. Sin duda, para los refugiados fue una suerte que se llevase ya algún tiempo colonizando y explorando el extremo occidental del actual estado de Texas, porque de otra manera, los exiliados de Nuevo México no habrían podido encontrar refugio hasta la frontera minera y ranchera de Nueva Vizcaya.

Hasta esta coyuntura, las zonas centrales de asentamiento en Texas eran las comarcas de El Paso y La Junta de los Ríos. Su importancia había sido reconocida ya en 1630 por el custodio de Nuevo México fray Alonso de Benavides. Fray Alonso había notado que ambos puntos eran altos vitales entre Nueva Vizcaya y Nuevo México, además de ser importantes centros para la conversación e indoctrinación de los indios mansos y sumas, pero los españoles no hicieron ningún esfuerzo por colonizarlos hasta los años cincuenta del siglo XVII.

[4] Hackett y Shelby, *Revolt of the Pueblo Indians,* 1:CXIX. Tres asentamientos españoles, entre ellos San Lorenzo, San Pedro de Alcántara y el presidio de San José. Cinco misiones: Guadalupe, Santísimo Sacramento de la Ysleta, Sencú, Santa Gertrudis de los Sumas y San Francisco de los Sumas.

En 1665, fray Juan Pérez y fray Juan Cabal, ambos procedentes de Nuevo México, fundaron una pequeña iglesia provisional cerca de El Paso del Norte, y comenzaron a bautizar y a impartir instrucción religiosa a los indios mansos. En 1659 se comenzó a construir una misión permanente, Nuestra Señora de Guadalupe. Para 1662 ya estaba en construcción una iglesia permanente y el edificio terminado fue consagrado el 15 de enero de 1668. Desde este lugar de culto, los misioneros intensificaron sus esfuerzos entre los vecinos indios sumas, pero no consiguieron tener su propia misión permanente hasta 1680[5]. Las primeras actividades misioneras entre estos indios primitivos empezaron posiblemente a cargo de frailes que iban camino de Nuevo México, pero no se puede hablar de esfuerzos sistemáticos hasta la llegada de Pérez y Cabal.

Los documentos de bautizos, matrimonios y entierros que se conservan en la iglesia de Guadalupe indican la presencia allí de una pequeña población española antes de 1680. Antes de la sublevación de los indios pueblos, catorce sacerdotes habían trabajado en la región de El Paso durante distintos periodos de tiempo, pero sus esfuerzos, según las estadísticas de que disponemos, no tuvieron mucho éxito. Además de los indios mansos y sumas, cayeron bajo la égida de los frailes unos pocos jumanos, piros, tanos y apaches[6].

Actividad misionera en la parte inferior del río Grande

Al mismo tiempo que tenían lugar los primeros asentamientos en la región de El Paso, comenzó a haber presencia española en las tierras situadas al norte de la parte inferior del río Grande desde bases establecidas en Coahuila y Nuevo León. Para 1660, los indios del norte de México y de más allá del río Grande habían empezado a hacer incursiones con éxito en los puestos fronterizos cercanos a Santillo, Monterrey y Cerralvo. El deseo de vengar estos ataques y la necesidad de mano de obra para las minas indujeron a los españoles a organizar una expedición punitiva. Con este objeto, se reclutaron hombres en Saltillo y Monterrey

[5] Dos misiones más en el distrito de El Paso eran San Francisco de los Sumas y La Soledad de los Janos, pero ambas situadas más allá de los límites de Texas.

[6] A. E. Hughes, *The Beginnings of Spanish Settlement in the El Paso District,* reimpresión, Berkeley, 1914, pp. 313-314.

que fueron puestos al mando de Juan de la Garza en octubre de 1663. Garza recorrió 70 leguas con 100 hombres y 800 caballos, llegando hasta cerca del actual Eagle Pass (Paso del Águila), donde atacó a indios cacaxtles hostiles. Como resultado de la batalla, murieron casi 100 indígenas y 125 fueron hechos prisioneros. No se sabe si Garza cruzó o no el río Grande en esta ocasión.

El primer cruce documentado de este río en la comarca de Eagle Pass tuvo lugar en 1665. Constantes ataques indios provocaron una segunda entrada al mando del alcalde mayor de Saltillo, Fernando de Azcué. También en esta ocasión se reclutaron hombres en las ciudades de Saltillo y Monterrey. La compañía de Azcué se componía de 73 hombres reforzados con 300 indios aliados, y penetró 25 leguas al norte del río Grande, donde se libró una batalla con los cacaxtles que duró un día entero. Al terminar las hostilidades, habían muerto más de 100 y unos 70 fueron hechos prisioneros. Las campañas de Garza y Azcué, cuyo objeto era reforzar la seguridad en la frontera, se vieron suplementadas por nueva actividad misionera al norte de Coahuila. Por razones que siguen sin ser explicadas, alguna de las naciones indias de Coahuila y otras tierras al norte del río Grande solicitaron activamente el envío de misioneros mientras otras siguieron mostrándose hostiles. A pesar de todo, las solicitudes de envío de frailes fueron recibidas positivamente por el padre franciscano Juan Larios.

En 1670, cuando Larios volvía a la provincia de Jalisco de visitar a su hermana en Durango, dos indios se le acercaron y solicitaron su presencia inmediata como misionero entre su gente. Fray Juan accedió y comenzó a trabajar entre las tribus coahuiltecas, que estaban a unas 30 millas al norte de Monclova. El padre Larios trabajó solo durante tres años, estudiando los idiomas de aquellos indígenas peripatéticos, y en ese tiempo fundó la primera misión dedicada a ellos. Sus esfuerzos dieron fruto en 1673, pues en este año la conversión de las tribus de Coahuila y Texas fue confiada a los franciscanos compañeros de Larios en la provincia de Jalisco. Larios fue nombrado superior de la misión y se le asignaron dos ayudantes, el padre Francisco Peñasco de Lozano y el hermano Manuel de la Cruz.

En 1674, en distintas ocasiones, el padre Francisco y el hermano Manuel se aventuraron más allá del río Grande. El segundo exploró durante tres semanas los actuales condados Maverick, Val Verde y Kinney. El padre Peñasco viajó unas pocas leguas al norte del río hasta llegar a un

campamento de los indios manosprietos. Los dos religiosos volvieron a la misión de Coahuila con neófitos entre los que había indios texanos.

Repetidas solicitudes de misioneros de las tribus texanas dieron lugar a un esfuerzo importante en 1675. En ese año, Antonio Balcárcel, alcalde mayor de Coahuila, organizó y pertrechó una expedición capitaneada por Fernando del Bosque. Constaba de diez soldados y dos misioneros, los padres Juan Larios y Dionisio de San Buenaventura. El grupo se puso en marcha el 30 de abril de 1675, y llegó al río Grande el 11 de mayo. Cruzó el río en un lugar cuya situación se discute, pero lo más probable es que fuera por el Paso de Francia, cerca del emplazamiento de la futura misión de San Juan Bautista.

Al parecer, la expedición Bosque-Larios visitó las mismas regiones texanas exploradas antes por el hermano Manuel. Recorrió 41 leguas más allá del río Grande y dio nombre a seis lugares. Se congregó a los indios en dos localidades y se les dijo que esperasen la llegada de los misioneros. De esta forma, parte del extremo centro sur de Texas cayó bajo la jurisdicción de Balcárcel, en Coahuila, y fue acotada como una prolongación del campo de acción misionera de los franciscanos. Bosque volvió probablemente por la orilla oriental del río Pecos hasta su conjunción con el río Grande, y regresó a Coahuila a mediados de junio de 1675.

Después del regreso de la «entrada Bosque-Larios», don Fernando propuso a Balcárcel que se fundaran tres distritos misioneros, incluyendo en ellos territorio e indios al norte del río Grande. Sin embargo, las condiciones existentes en Coahuila no permitieron la puesta en práctica de esta propuesta. Las hostilidades indias y las disputas jurisdiccionales con Nuevo León impidieron la acción durante una década, y para entonces ya el centro de interés había pasado al este de Texas, donde era preciso contrarrestar el reto francés. Consideraciones del mismo tipo impidieron también los esfuerzos misioneros desde El Paso.

Durante los meses de invierno de 1681-1682, la fallida campaña del gobernador Antonio de Otermín significaba que la reconquista de Nuevo México sería larga y difícil. Esta evidencia reforzó más aún una reacia sensación de permanencia entre los habitantes de los asentamientos de El Paso. Entre los refugiados de 1680 había un pequeño número de indios tiguex de la Isleta, cuyas filas crecían con la llegada de más indígenas del mismo pueblo que habían vuelto con Otermín en 1682. El deseo de agrupar a esos indios en una comunidad separada de la colonia

española condujo a la creación del primer asentamiento europeo dentro de las actuales fronteras del Estado de la Estrella Solitaria. En 1682, fray Francisco Ayeta fundó la misión y el pueblo de Corpus Christi de la Isleta, situado a pocas millas al este de El Paso, en el emplazamiento de la moderna Ysleta, en Texas (véase figura 14).

Actividad misionera en La Junta de los Ríos

Al año siguiente, delegaciones de indios jumanos visitaron dos veces la comunidad española de El Paso. En la primera ocasión pidieron que se les enviasen comerciantes. Había habido comercio entre esos indígenas y los colonos de Nuevo México, aunque de manera irregular, desde los años cincuenta del siglo XVII, pero la primera petición no surtió efecto alguno. La segunda aparición de los jumanos, en 1683, tuvo lugar poco después de la llegada del recién nombrado gobernador de Nuevo México, Domingo Jironza Petris de Cruzate. Esta delegación iba dirigida por Juan Sabeata, que había sido bautizado en Parral, pero vivía en La Junta de los Ríos. Sabeata hacía calculado astutamente que una solicitud de misioneros tendría más probabilidades de dar buen resultado que la perspectiva de adquirir pieles de búfalo. Para dar más atractivo a su petición, el dirigente jumano inventó una historia de una cruz caída milagrosamente del cielo, añadiendo el incentivo del reino de Texas, populoso y situado a unos quince o veinte días de viaje al este de La Junta. El dirigente jumano sólo mencionó una vez que su pueblo necesitaba aliados para defenderse de los ataques apaches. Es interesante recordar que el intérprete de Sabeata era Hernando Martín Serrano, co-capitán de la expedición que partió en 1650 de Nuevo México.

Jironza pasó la solicitud de Sabeata al virrey, pero llegó una respuesta más inmediata de fray Nicolás López, custodio de las misiones de El Paso, que salió para la Junta de los Ríos acompañado por fray Juan Zavaleta y fray Antonio Acevedo. Después de trece días de viaje, los tres frailes llegaron a su destino y comenzaron su trabajo misionero. El resultado de sus esfuerzos es incierto. Parece ser que pudieron impartir cierta medida de instrucción en pueblos donde había misiones, pero hasta más tarde no tuvo lugar una actividad religiosa sistemática. Entre tanto, Jironza, comprendiendo también la urgencia de la situación, autorizó preparativos para una expedición sin esperar la aprobación del virrey.

Eligió por jefe a Juan Domínguez de Mendoza, uno de los capitanes de la frontera más veteranos[7].

Don Juan era miembro del clan de los Domínguez de Mendoza, la familia más rica de Nuevo México. Sus primeras experiencias en la tierra de los jumanos habían tenido lugar en 1654, cuando participó en la expedición de Diego de Guadalajara. Más tarde ganó fama en Nuevo México como administrador capaz y buen dirigente de la milicia local. En varias ocasiones, Domínguez capitaneó victoriosas represalias contra bandas de apaches merodeantes. Después de la sublevación de los indios pueblos, se puso a la cabeza de la primera acción militar al norte de La Isleta (Nuevo México) avanzando hasta Cochiti, al sudoeste de Santa Fe. La amplia experiencia de Mendoza y su probada capacidad de mando justificaban sobradamente la elección del gobernador. Se le encargó buscar perlas, enseñar a los indios respeto a los frailes y explorar posibilidades comerciales.

A la cabeza de un contingente de soldados, Domínguez de Mendoza salió de El Paso a mediados de diciembre de 1683. Fue río abajo, siguiendo la orilla sur del río Grande, hasta llegar a su conjunción con el Conchos. En La Junta de los Ríos añadió a su séquito a los padres López y Zavaleta. Dejando a Acevedo a la cabeza de las actividades misioneras, Mendoza se dirigió a las llanuras. Recorrió setenta leguas al norte del río Pecos y luego siguió río abajo durante nueve leguas hasta llegar a un punto cercano a la actual Horsehead Crossing (Cruce de la Cabeza del Caballo). Desde el río Pecos, don Juan siguió hacia el este por una llanura seca, y después de cuarenta leguas de viaje llegó a un arroyo, posiblemente el Middle Concho (Concho Medio). Siguió el curso de ese río durante más de veinte leguas, hasta su conjunción con el río Colorado. Mendoza siguió allí durante seis semanas y su gente mató más de 4.000 búfalos. Él y los dos sacerdotes levantaron un recinto fortificado, con capilla, donde se bautizaron indios. Antes de irse, Mendoza aseguró a los indios que habría presencia española permanente allí en el término de un año. Luego volvió a la Junta de los Ríos, donde proclamó que la orilla norte del río Grande formaba parte de Nuevo México. Los padres Acevedo y Zavaleta siguieron en La Junta de los Ríos y Men-

[7] El número de misiones o pueblos de misiones es incierto, pero puede haber sido de hasta siete. Apóstol Santiago, La Navidad en las Cruces, San Clemente y San Francisco de los Julimes parecen haber formado parte de ese grupo.

doza y López volvieron a El Paso. Desde allí, en 1685, los dos hombres viajaron a Ciudad de México, donde insistieron en la ocupación de las tierras de los jumanos con soldados y misioneros. Su insistencia no fue escuchada, ya que llegó a oídos del virrey la noticia de los designios franceses en el golfo de México.

Para entonces, ya el Paso del Norte estaba consolidado como avanzadilla permanente de Nueva España. Para asegurarlo mejor, el gobernador Jironza estableció allí el presidio de Nuestra Señora del Pilar y el Glorioso San José, situándolo a unas siete leguas del pueblo de El Paso. Sin embargo, las rebeliones indias de la primavera de 1684 le forzaron a situar la guarnición más cerca de la misión. El peligro de los ataques indios, las malas cosechas y las pocas posibilidades de volver a Nuevo México habían causado agitación entre los colonos, muchos de los cuales pidieron permiso para volver y les fue negado. El Paso acabó convirtiéndose en el centro nervioso de las iniciativas misioneras y exploratorias que llegaban hasta la Junta de los Ríos por el sudeste. Con población a lo largo de este trecho del río Grande, con penetración al norte de la parte inferior del río desde Coahuila y Nuevo León, se puede pensar que el futuro Estado de la Estrella Solitaria habría podido ser colonizado sin necesidad del estímulo del reto extranjero, pero lo cierto es que la ocupación española del este de Texas fue estimulada por las ambiciones internacionales de Francia y de un gran explorador francés, René Robert Cavelier, *Sieur* (Señor) de La Salle.

La Salle y la amenaza francesa en Texas

La Salle, hijo de un calderero normando, nació en Rouen en 1643. Estudió de joven con los jesuitas, pero la vida monástica era ajena a su índole aventurera. Abandonó la vocación religiosa y fue a Canadá, donde en 1666 adquirió una concesión de tierra y participó en el comercio de pieles. En 1669, La Salle oyó hablar de una gran arteria acuática que iba hacia el sur y cuyo curso estaba todavía totalmente sin estudiar[8].

Sin embargo, el primer francés que siguió el curso del Mississippi no fue La Salle, sino el padre Jacques Marquette, junto con Louis Jo-

[8] Carta del embajador Pedro Ronquillo al rey de 9 agosto de 1686, AGI, México 616.

lliet, en 1673. Los dos bajaron en canoa por el río hasta su conjunción con el río Arkansas. Allí se enteraron por los indios de que el Mississippi podría servirles de camino al Oriente. A su vuelta a Canadá, los dos exploradores comunicaron sus descubrimientos a Louis de Baude, conde de Frontenac, pero ninguno de los dos pudo proseguir sus exploraciones: Marquette murió en 1675 y Jolliet fue suplantado por La Salle con apoyo de Frontenac.

La Salle volvió a Francia dos veces en los años setenta del siglo XVI, y en su segundo viaje, con apoyo de Frontenac, recibió concesiones comerciales en el territorio cruzado por el río Mississippi. A comienzos de 1682 de vuelta a Canadá, siguió el curso del Mississippi hasta su desembocadura. Llegó al Golfo en abril y el día 9 de ese mes dio formalmente a la región el nombre de «Louisiana» en honor de su rey, Luis XIV. Las reivindicaciones francesas de La Salle no podían ser más extensas, porque abarcaban «los mares, ciudades, aldeas, minas, minerales, pesquerías, arroyos y ríos contenidos en la extensión de la mencionada Louisiana»[9]. Convencer a la corte francesa de que apoyara estas reivindicaciones y las sostuviera contra el ambiente hostil y la decidida oposición española eran arduas tareas para La Salle: aunque venció en la primera fracasó en la segunda.

Por los informes de Marquette y de Jolliet, Frontenac se dio cuenta enseguida de la importancia del lugar donde desembocaba el Mississippi, situado entre La Florida y el Pánuco, siendo ambos españoles. Si España cerraba ese boquete y ocupaba el valle del bajo Mississippi, Nueva Francia perdería su acceso al mar y se vería amenazada por el sur. Pero cuando La Salle volvió a Canadá a fines de 1682 encontró allí un clima político contrario a él. Frontenac había sido sucedido por Lefèvre de la Barré, que mostró poco interés por el ambicioso plan del explorador de dominar la parte central del continente implantando una colonia francesa cerca de la boca del río Mississippi. Frustrado, La Salle volvió a Francia en 1683 para presentar su plan en la corte de Luis XIV. En Versalles, sus ideas recibieron acogida, en general, favorable, pero surgieron complicaciones al encontrarse allí también Diego Dionisio de Peñalosa, ex gobernador de Nuevo México.

Prosiguiendo su turbulenta actividad como gobernador, Peñalosa volvió a Ciudad de México, donde trató de interesar al virrey en un plan

[9] F. Parkaman, *La Salle and the Discovery of the Great West*, Boston, 1901, p. 286.

de conquista de las provincias de Gran Quivira y Teguayo. Estas dos regiones que Peñalosa aseguraba haber visitado durante su residencia en Nuevo México estaban situadas entre las fronteras del nordeste de Nueva España y el río Mississippi. El diario de la supuesta expedición de Peñalosa es claramente falso, porque se encontraba de visita en el territorio de los indios hopi de Arizona precisamente cuando aseguraba estar explorando el este. Cuando aún estaba en la capital, don Diego fue detenido por orden de la inquisición mexicana acusado de blasfemia. En 1668 fue juzgado, confiscada su propiedad y exiliado de Nueva España; conclusión, quedó arruinado.

Después de exiliado, Peñalosa fue a las islas Canarias y desde allí siguió hasta Londres, donde ofreció sus servicios a los ingleses. Rechazado, pasó a París en 1673, donde se casó y vivió durante cinco años. Para comienzos de los años ochenta del siglo, el habilidoso ex gobernador había conseguido entrada en lo más cerrado de la corte francesa, donde se ganó la confianza del influyente abate Claude Bernou. Allí volvió Peñalosa a contar sus complicados planes para la conquista de Gran Quivira y Teguayo. Según él, desde una base situada en la boca del río Grande era posible apoderarse fácilmente de algunas de las minas de oro y plata más ricas del mundo. Bernou expuso la proposición de Peñalosa al marqués de Seignelay, que era de hecho, ministro de colonias y que no se mostró tan entusiasta como Bernou, aunque reconoció cierta importancia al plan. Fue entonces cuando llegó La Salle a París con su proposición de fundar una colonia francesa en la boca del Mississippi[10].

Durante algún tiempo, con gran desasosiego de La Salle, Seignelay meditó en la posibilidad de juntar ambas proposiciones en una sola. Pero luego la situación internacional actuó a favor de La Salle. Luis XIV estaba empezando a pensar en la conveniencia de poner fin a una guerra entonces en marcha con España, y de ser esto posible, Luis no quería aceptar el plan de Peñalosa, por parecerle más provocativo, ya que suponía situar fuerzas francesas en territorio a todas luces español; a fin de cuentas, Luis XIV prefería, sin duda, a un francés de probada valía por encima de un español chaquetero de cuestionable veracidad. Aceptando la solicitud de La Salle, el rey facilitó cuatro barcos: *Le Joly, L'Aimable, La Belle* y el *Saint François,* en lugar de los dos pedidos por La Salle. La concesión real en pertrechos y vituallas fue también generosa.

[10] Cédula Real, 10 de diciembre de 1678, AGI, México 616.

Los preparativos finales para la expedición de La Salle al golfo de México se llevaron a cabo con el máximo secreto. Los españoles conocían la presencia de Peñalosa en la corte francesa y sospechaban que estaba mezclado en algún proyecto de ataque contra su imperio. También sabían que agentes franceses en América habían estudiado las defensas españolas y que era probable un golpe de audacia contra ellos. Pero, ¿dónde? Cuando la flotilla de La Salle, con casi 300 hombres entre soldados y marineros, zarpó del puerto de La Rochelle el 24 de julio de 1684, ni siquiera su jefe naval el *Sieur* (Señor) de Beaujeu sabía el destino final de sus barcos hasta que éstos estuvieron en alta mar. Beaujeu se sintió ofendido por la falta de confianza de La Salle, y el largo viaje de dos meses por el Atlántico no hizo sino incrementar su hostilidad. El barco de Beaujeu, *Le Joly*, ganaba fácilmente a los otros en velocidad, ya que estaban muy cargados. Beaujeu tenía que aminorar su velocidad constantemente para que los otros le alcanzaran, y de esto que le irritaba, él echaba displicentemente la culpa a La Salle.

Cuando los barcos llegaron a Santo Domingo, los dos jefes volvieron a reñir sobre el lugar apropiado para anclar. Beaujeu siguió hasta otra parte de la isla, y durante su ausencia, el *Saint François,* cargado con pertrechos, vituallas y herramientas para la nueva colonia, todo ello imposible de reemplazar, fue capturado por corsarios. La mala suerte persistía. La Salle estuvo a punto de morir de enfermedad, varios miembros de la tripulación desertaron y otros contrajeron enfermedades venéreas mortales. Sin embargo, fueron los desertores los que pusieron sobre aviso a los funcionarios españoles sobre la misión secreta de La Salle. Después del restablecimiento de éste, los tres barcos que quedaban prosiguieron su viaje a finales de noviembre de 1684. Al entrar en el golfo de México, los expedicionarios estaban «en un mar prohibido del que quedaban excluidos todos los extranjeros por decreto del rey de España»[11].

Controversia sobre la colonia de La Salle

La infructuosa búsqueda de la boca del río Mississippi por La Salle ha dado lugar a muchos debates sobre si el explorador francés desem-

[11] R. S. Weddle, *Wilderness Manhunt: The Spanish Search for La Salle,* Austin, 1973, pp. 2-3, 23.

barcó en la costa de Texas accidental o deliberadamente, pero, en realidad, «ninguna de estas alternativas, ambas muy corrientes, da en el clavo»[12].

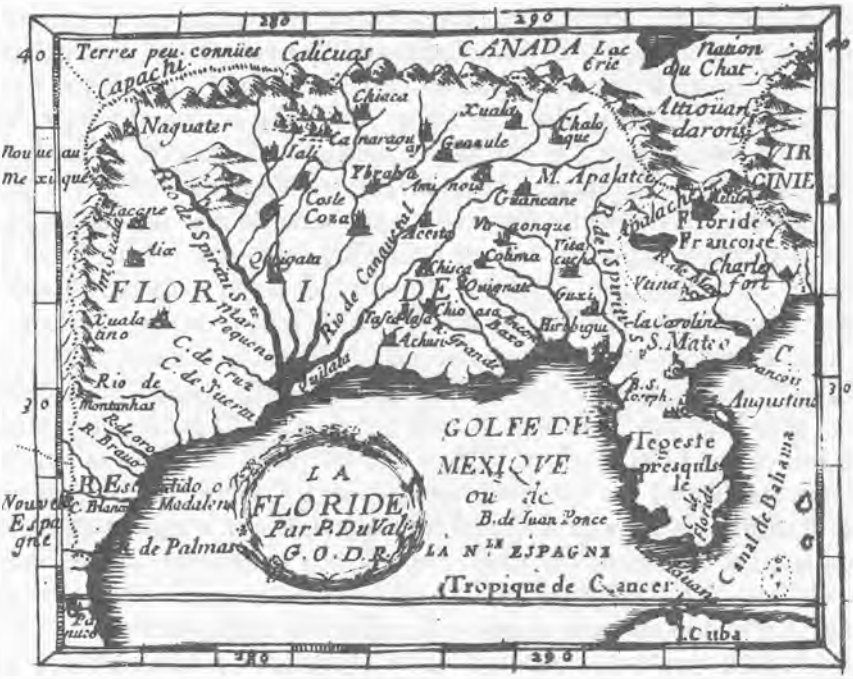


Figura 8. *La costa del golfo de México según un mapa de 1663.* La costa del Golfo tal y como la representó Pierre du Val, *Le Monde ou la Geographie Universalle* (París, 1663). Reproducido por cortesía de Peter H. Wood.

Al entrar en aguas del Golfo, La Salle y Beaujeu se encontraban con el mismo problema que todos los exploradores del siglo XVII. No tenían manera de determinar la longitud «excepto midiendo la distancia de este a oeste desde un lugar conocido»[13]. La travesía de La Salle de 1682 río Mississippi abajo había demostrado definitivamente que ese río desem-

[12] P. H. Wood, «La Salle: Discovery of a Lost Explorer», *American Historical Review*, 89, abril de 1984, p. 318.

[13] *Idem*, p. 300.

bocaba en el golfo de México, pero La Salle no tenía una idea muy clara del lugar preciso de esa desembocadura (véase figura 8). Luego se esforzó, con ayuda de los mapas de que se disponía entonces, por deducir el lugar exacto. No se sabe con certidumbre qué mapas consultaría La Salle, pero sí que todos los entonces disponibles tenían ciertas características en común: por ejemplo, ninguno de ellos mostraba el enorme delta del río, con sus numerosos pasajes, que penetraban Golfo adentro hasta una latitud de 29 grados. Los mapas mostraban la costa del norte del golfo de este a oeste a la altura aproximada de 30 grados, o sea, bastante exactamente; una gran bahía inexistente, Espíritu Santo, en la que desembocaban varios ríos pequeños; y una serie de ríos que corrían hacia el sureste y al este en la parte occidental del Golfo, uno de los cuales, el Escondido, con afluyentes al norte y el oeste, tenía cierta semejanza con el actual río Grande: entraba en el Golfo a una latitud de cerca de 27 grados en la región conocida ahora por el nombre de Texas Coastal Bend (Curva Costera de Texas). En 1682, cuando La Salle se vio en la boca del Mississippi, calculó que estaría a 27 grados de latitud, o sea, con un error de dos grados, o casi 140 millas. También es importante que llegara a la conclusión de que, en su trecho final, el gran río se acercaba a la costa en dirección sudoriental, lo que le situaba en aguas de la parte occidental del golfo. Recordemos igualmente que, estando en la boca del Mississippi, La Salle sólo exploró los pasos orientales del río, con lo que no pudo aquilatar la verdadera configuración del delta. De haberla conocido, no podría haber localizado tan inexactamente el río dos años más tarde.

Los errores de La Salle y su tendencia a fiarse de mapas inexactos tuvieron que influir en sus decisiones. En Santo Domingo, que era francesa, marineros familiarizados con las aguas del Golfo mejor que los españoles habían advertido a La Salle que había fuertes corrientes hacia el este en las aguas del estrecho de Florida, y que su fuerza, a menos que tomase medidas contra ella, le desviaría de su ruta. En consecuencia, al dirigirse a su destino, La Salle cuidó de salir al paso de esas corrientes, pero se excedió, y cuando llegó a la bahía de Matagorda a comienzos de 1685, se creyó a la entrada de las albuferas donde descargaba sus aguas el río Escondido, por lo que sacó la conclusión de que el Escondido y el Mississippi eran el mismo río. De ser así, se encontraba lleno de excitación muy cerca de los asentamientos españoles de Nueva España. En el plan que La Salle había presentado a su rey se propo-

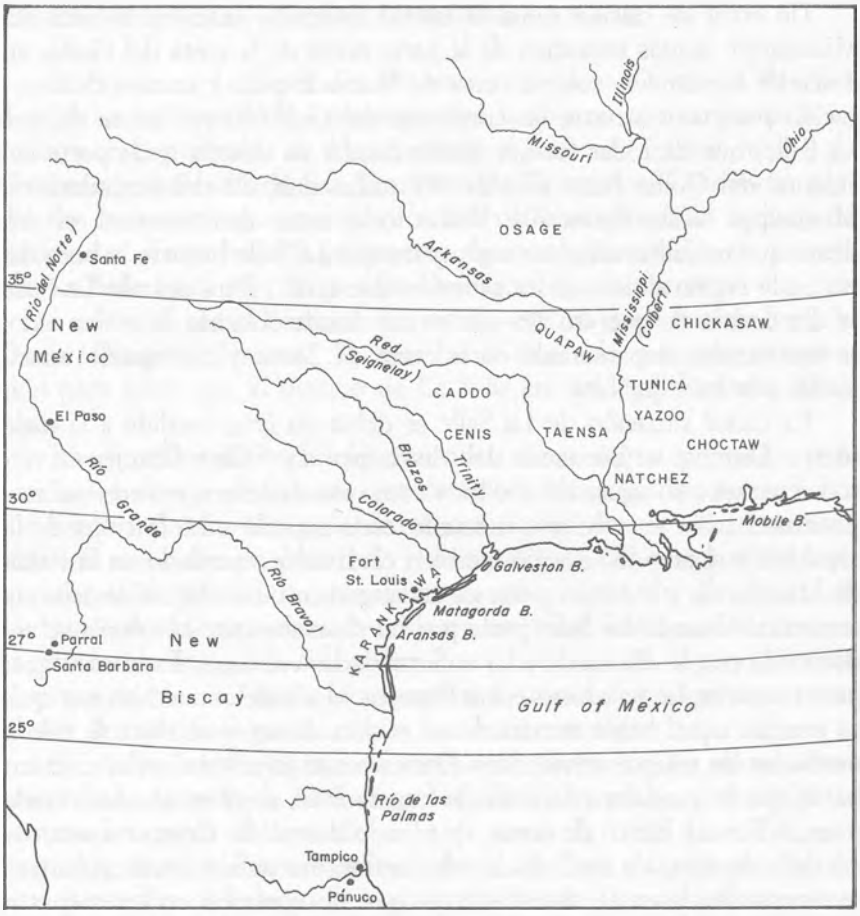


Figura 9. *El Bajo Mississippi y regiones adyacentes.*
Este mapa es una representación de la costa del golfo de México y las zonas adyacentes en la época de las exploraciones de La Salle. Adviértase la situación del río de las Palmas. Reproducido por cortesía de Robert L. Williams.

nía una colonia francesa muy cercana a las minas de Nueva España. La bahía de Matagorda encajaba muy bien en esos planes, pero La Salle por desgracia no podía saber que en realidad se encontraba a cientos de millas de distancia de las minas más cercanas, es decir, las de Coahuila (véase figura 9).

Un error de cálculo sobre la latitud cometido antes en la boca del Mississippi, mapas inexactos de la parte norte de la costa del Golfo, su deseo de fundar una colonia cerca de Nueva España y errores de navegación para contrarrestar las corrientes del Golfo fueron causa de que La Salle, que de todas formas quería fundar su colonia en la parte occidental del Golfo, fuese más de 400 millas más allá del verdadero río Mississippi (véase figura 10). Dadas todas estas circunstancias, es evidente que no había ninguna razón para que La Salle buscase la boca del río en la región donde ahora sabemos que está[14]. Para cuando La Salle se dio cuenta de que «su río» no estaba donde él había desembarcado, se encontraba empantanado en la costa de Texas y perseguido tenazmente por los españoles.

La difícil situación de La Salle se debía en gran medida a la mala suerte. Durante su búsqueda del Mississippi, La Salle y Beaujeu se vieron separados en aguas del Golfo, y como era de temer, cuando sus respectivos barcos se volvieron a reunir, cada capitán echó la culpa de la separación al otro. Se perdió también el *Aimable*, encallado en la bahía de Matagorda, y la mayor parte de su cargamento fue destruido por una tormenta. Cuando La Salle pudo por fin desembarcar, su colonia se vio diezmada por la disentería y las enfermedades venéreas. Es irónico que, para entonces, las relaciones entre Beaujeu y La Salle eran amistosas, quizá porque aquél había terminado su misión. Beaujeu se dio a la vela a mediados de marzo, volviendo a Francia en el *Joly*. Más tarde, el único barco que le quedaba a La Salle, la fragata *Belle,* cayó en una turbonada y encalló en un banco de arena, quedando destruida. Como consecuencia de todo esto, «la malhadada colonia francesa quedó irrevocablemente empantanada en territorio salvaje, que no constaba en los mapas y donde no se había pensado fundarla»[15]. El ambiente hostil de la bahía de Matagorda y el lamentable estado de los franceses supervivientes ya era bastante malo de por sí, pero a finales del verano de 1685 los funcionarios españoles se enteraron de la intrusión francesa.

[14] *Idem,* p. 318.
[15] Weddle, *Wilderness Manhunt,* pp. 3-4.

Los españoles buscan a La Salle por tierra y por mar

La noticia se la dieron los desertores de Santo Domingo. Muchos de ellos se habían unido a corsarios que realizaron una sanguinaria incursión en la península de Yucatán bajo el bucanero francés Michel de Grammont. Saliendo de San Francisco de Campeche, Grammont perdió dos barcos en un encuentro con barcos españoles de la Armada de Barlovento. Entre los 120 prisioneros algunos habían salido de Francia con La Salle hacía más de un año. De todos los prisioneros, el que más sabía sobre los planes secretos de La Salle era un joven francés llamado Denis (Dionisio) Thomas. Thomas había recabado suficiente información para saber que el destino de La Salle era un lugar llamado «Misipipi».

Los funcionarios españoles consultaron sus mapas y llegaron a la conclusión de que el río tenía que desembocar en el Golfo por la bahía del Espíritu Santo. Una colonia francesa hostil situada allí constituiría sin duda una amenaza para todo el comercio español en aguas del Golfo, además de para los asentamientos españoles del norte de México. Si los franceses obtenían una cabeza de puente en el Golfo es evidente que la reforzarían enseguida con pertrechos y hombres. La urgencia indujo al virrey de Nueva España a no esperar la autorización real y preparar planes de inmediato para extirpar la colonia extranjera[16].

Sin duda, lo más rápido era reaccionar por mar. Dos pilotos veteranos de la Armada de Barlovento fueron seleccionados para dirigir la primera búsqueda de La Salle. El 3 de enero de 1686, Juan Enríquez Barroto y Antonio Romero salieron de La Habana en un barco fletado para la ocasión. A lo largo de la costa de Florida, Barroto y Romero redescubrieron la bahía de Pensacola y exploraron la de Mobile antes de llegar al paso norte del río Mississippi. En todo aquel río fangoso y cubierto de troncos flotantes no había nada que se pareciese al Espíritu Santo de los mapas disponibles. La búsqueda tuvo que ser suspendida bruscamente cuando el mal tiempo forzó al barco a refugiarse en Veracruz.

[16] Testimonio de los piratas franceses, 9-11 de noviembre de 1685, AGI, México 616. La Armada de Barlovento era una flota encargada de asegurar el paso de los barcos españoles por el Caribe. Véase B. Torres Ramírez, *La Armada de Barlovento*, Sevilla, 1981, pp. 35-47.

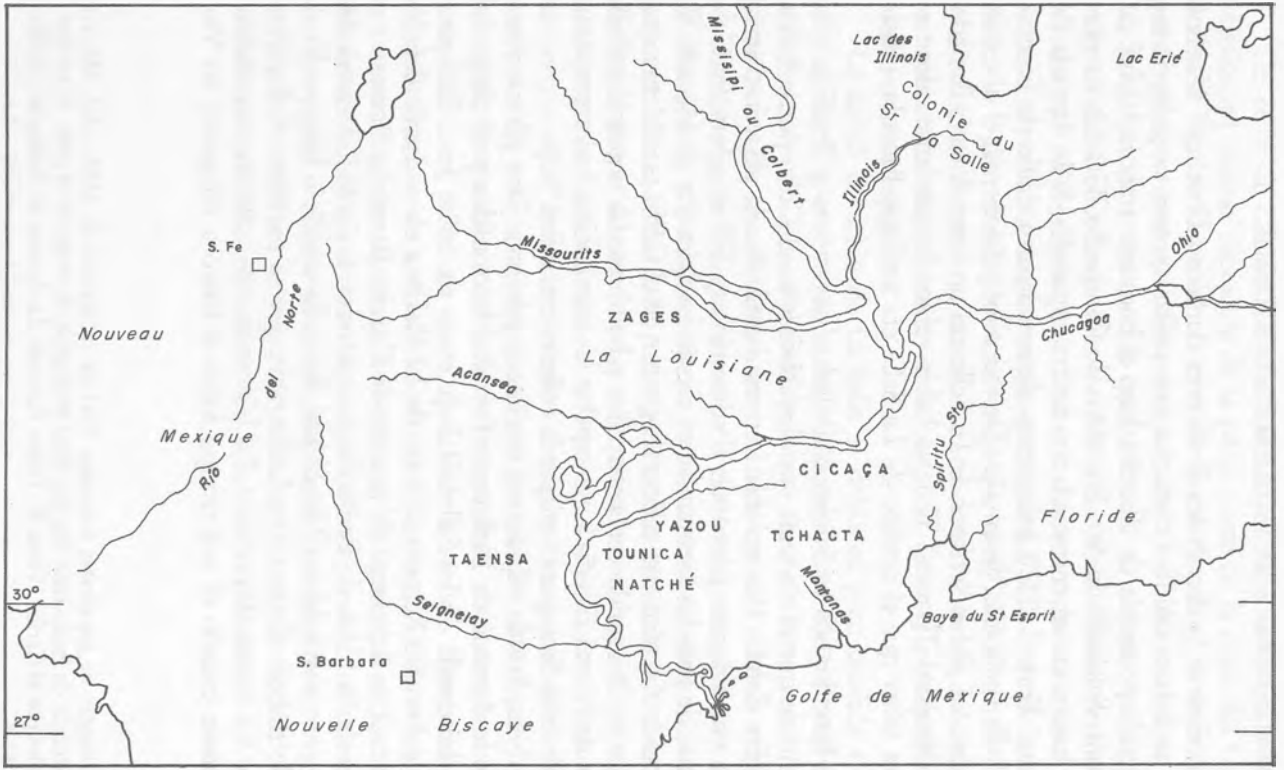


Figura 10. *El bajo Mississippi según La Salle.*
Este mapa representa el valle del bajo Mississippi y zonas adyacentes, tal y como probablemente las vio René Robert Cavelier, señor de La Salle, en la década de los ochenta del siglo XVII. Reproducido por cortesía de Robert L. Williams.

Con objeto de hacer más concienzuda la búsqueda de la colonia francesa, los funcionarios de Veracruz consiguieron permiso para organizar una expedición por tierra a modo de suplemento de la de Barroto y Romero. Ante la imposibilidad de encontrar allí una persona que conociese bien la costa nordeste de Nueva España, hubieron de buscarla en Nuevo León, donde se rumoreaba que había un explorador que conocía bien la región del río de las Palmas. Ese hombre era Alonso de León, «El Joven».

León había nacido en la ciudad de Cadereyta, Nuevo León, en 1639 o 1640. Su padre, que se llamaba como él, era hombre de letras, veterano luchador contra los indios y amigo del gobernador de la provincia. A los diez años de edad, León fue enviado a España, donde fue al colegio y entró en la Armada española. Su carrera de marino tuvo que ser corta, porque para 1660 ya estaba de vuelta en Nuevo León. Durante las dos décadas siguientes, León dirigió una serie de entradas a través de la costa norte de Nueva España y las orillas del río San Juan. En 1682 solicitó del virrey licencia para explotar ciertas salinas situadas a lo largo del río San Juan, iniciar comercio con los asentamientos vecinos y buscar minas. Se le dio licencia por quince años. Cuando la búsqueda de un capitán se amplió hasta más allá de Veracruz y Tampico, Alonso de León hijo resultó ser la persona más indicada. Durante los cuatro años siguientes, su actividad se concentró en buscar a los intrusos franceses por todo el territorio selvático[17].

La primera búsqueda de León se organizó con dos compañías de hombres formadas en Monterrey y Cadereyta; cincuenta soldados, más servidores, un guía indio y un capellán, comenzaron a buscar a La Salle en el verano de 1686. El grupo de don Alonso siguió el curso de la parte norte y este del río San Juan hacia su confluencia con el río Grande. Siguiendo el mayor de ambos ríos, don Alonso marchó por la orilla derecha hasta la costa, y luego, girando al sur, se dirigió al río de Las Palmas. A lo largo de la orilla encontró restos flotantes de un barco naufragado y un frasco que no le pareció español, pero, así y todo, León no tenía pruebas fehacientes de que los franceses hubiesen visitado la comarca. Después de pasar casi un mes entero buscando, rehizo el camino hasta Cadereyta.

[17] Weddle, *Wilderness Manhunt,* pp. 33, 54-55. El nombre de Alonso de León fue propuesto al virrey el 16 de junio de 1686.

León dirigió una segunda expedición a finales de febrero de 1687. Vadeó el río Grande cerca de la actual ciudad de Roma-Los Sáenz o Río Grande City-Camargo. Cruzó así el extremo sur de Texas y llegó a la costa el 20 de marzo. Irónicamente, el objeto de su búsqueda, René Robert Cavelier, *Sieur* de La Salle, había sido asesinado en el este de Texas el día antes. Parece ser que León avanzó Texas arriba hasta la bahía de Baffin, al sudeste de Kingsville (Texas), pero siguió sin encontrar pruebas del paso de franceses, ni indios que supiesen de éstos. Esta segunda expedición fue tan infructuosa como la primera.

La segunda expedición por mar coincidió casi enteramente con la marcha de León hasta la bahía de Baffin. Fue organizada y enviada por el virrey conde de Monclova, que había llegado a Nueva España el 13 de septiembre de 1686, con órdenes directas de la Corona de acabar rápidamente con la amenaza francesa. Por consejo de Barroto y Romero, se construyeron y pertrecharon rápidamente dos barcos de poco fondo equipados con velas y remos. Estas piraguas se pusieron a las órdenes de Martín de Rivas y Pedro de Iriarte, con Barroto y Romero de pilotos en jefe. A finales de diciembre de 1686, ambos barcos zarparon de Veracruz, proa a la costa de Texas. En la boca del río Grande, indígenas hostiles les disuadieron de entrar aconsejando a los exploradores seguir costeando la isla de Padre. Una canoa india capturada cerca de un arroyo llamado río Flores tenía partes de un barco grande que, evidentemente, había naufragado cerca y también armas de fabricación francesa. Estos descubrimientos confirmaron la presencia anterior de franceses entre las bahías de Corpus Christi y Matagorda[18].

La exploración de esta última bahía que los españoles llamaban de San Bernardo dio resultados positivos, porque en sus aguas se encontraron los restos del *Belle*, y las flores de lis que tenía esmaltadas en la popa eran prueba irrefutable de su origen. Sin embargo, los indios karankawas hostiles impidieron una exploración a fondo de los tributarios de la bahía de Matagorda, gracias a lo cual los veintitantos lamentables supervivientes de la malhadada colonia de La Salle, situada a sólo pocas millas del abra de Garcitas, se salvaron de ser capturados. Nuevas búsquedas a lo largo de la bahía de Galveston y el paso de Sabine tampoco revelaron la posible existencia de una colonia francesa. Más tarde, los

[18] Relación de dos piraguas construidas en Veracruz, 30 de diciembre de 1686, AGI, México 616.

exploradores reconocieron el enorme delta del Mississippi, llegando allí a mediados de mayo. Después de una breve visita a Florida en busca de provisiones, la expedición Rivas-Iriarte remató su circunnavegación del Golfo y volvió a Veracruz el 3 de julio de 1687 sin haber perdido un solo hombre.

A pesar de su éxito, Rivas e Iriarte pasaron siete meses sin establecer contacto con el virrey. Su ausencia estaba causando creciente inquietud al conde de Monclova. A finales de la primavera de 1687, el conde ordenó que dos barcos apropiados para la exploración costera se pertrecharan y mandaran por la misma ruta que la segunda expedición marítima y el día 20 de junio zarparon de Tampico dos pataches. Varios días más tarde, llegaba a Veracruz la primera de las piraguas retrasadas, pero ya era demasiado tarde para dar contraorden a la tercera expedición por mar en busca de La Salle, de modo que se repitió la travesía de Rivas e Iriarte de manera más bien superflua a la órdenes de Andrés de Pez y Francisco de Gamarra (30 de junio-4 de septiembre de 1687). Su detallado diario de navegación confirma que reconocieron las islas de Mustang y Saint Joseph, así como también las bahías de Corpus Christi, San Antonio, Matagorda y Galveston sin encontrar datos tangibles de presencia francesa, pero en cambio, aportaron puntos de referencia para futuras travesías e información detallada sobre el delta del Mississippi[19].

Así y todo, en el verano y el otoño de 1687, los españoles se mostraban sumamente optimistas. Dos búsquedas por mar y dos expediciones por tierra a la parte inferior del río Grande no habían conseguido dar con un solo francés. Por entonces, el virrey recibió cierta información de España basada en documentos franceses adquiridos por el embajador español en Londres. Esa información era un resumen del informe de Beaujeu a la corte francesa sobre la situación de la colonia de La Salle. Según confesión del propio jefe naval francés, había dejado la colonia «en muy mal estado», sin agua potable, asolada por enfermedades y disentería, amenazada por los indios y en peligro permanente por falta de pertrechos y provisiones[20]. Sin embargo, la plácida reacción del virrey no tardó en verse turbada por informaciones de la frontera de Nue-

[19] Carta del virrey conde de Monclova al rey, 20 de junio de 1687, AGI, México 616.

[20] Carta del embajador Pedro Ronquillo al rey, 9 de agosto de 1686, AGI, México 616.

va España, según las cuales había supervivientes franceses entre las naciones indias de Texas.

El 13 de julio de 1687, diez días después del regreso de Rivas e Iriarte, Alonso de León fue nombrado gobernador de Coahuila. Asumió su cargo en octubre, asentando su residencia en el pueblo de San Miguel de Luna, cerca de Monclova. Después de sus primeros días de gobierno, León concentró su atención en los ataques indios a misiones, ciudades y haciendas de la provincia. Los hostiles tobosos fueron severamente castigados en una serie de campañas y ejecuciones. Luego llegaron graves nuevas de que un hombre blanco estaba organizando a las tribus indias del norte del río Grande. Poniéndose a la cabeza de un pequeño contingente de soldados, León marchó al norte hacia el río Grande para investigar esto. Cruzó el río en Paso de Francia y después de buscar durante cierto tiempo, encontró un gran poblado de indios gobernado por un francés viejo y tatuado llamado Jean Géry. Géry fue llevado a Coahuila, donde como consecuencia de su interrogatorio, creció el temor a que sus compatriotas estuviesen organizando a los indios con siniestras intenciones. El francés prisionero fue enviado a Ciudad de México, donde su testimonio, confuso y mendaz, redujo considerablemente el optimismo del virrey y estimuló los esfuerzos por tierra y mar en busca de la colonia de La Salle.

Al tiempo que se capturaba a Géry, los indios que llegaban a las misiones franciscanas cercanas a La Junta de los Ríos, informaron que había «otros españoles» viviendo entre los indios texas del este de Texas. Sin embargo, esta vaga noticia no consiguió alarmar a los franciscanos. Un año más tarde (septiembre de 1688) los indios volvieron a contar en las misiones historias sobre un blanco solitario —evidentemente Géry— que vivía entre las tribus de la parte montañosa de Texas. Como León, el gobernador del Parral estaba muy acosado por indios hostiles, pero decidió enviar un pequeño contingente al norte del río Grande a las órdenes de Juan de Retana. Por haberse retrasado varios meses, Retana no había pasado aún de La Junta de los Ríos cuando le llegó la información sobre el destino de la colonia de La Salle, en Texas, el día 3 de marzo de 1689. Ciertos exploradores, y Juan Sabeata, el mismo jefe indio que en 1683 había encabezado una delegación jumana a El Paso, le informaron de que algunos indios locales habían atacado y destruido lo que quedaba del asentamiento francés. Esta información fue enviada al gobernador de El Parral, el cual ordenó el regreso de Retana el 12 de

abril. Entre tanto, se renovaban los esfuerzos por encontrar la colonia de La Salle entre Coahuila y Veracruz.

El cuarto esfuerzo por mar para dar con La Salle (marzo-abril de 1688) tuvo poca importancia dentro del contexto de la exploración de la costa del Golfo. Fue inspiorado por testimonios falsos obtenidos de dos prisioneros ingleses, John Philip Vera y Ralph Wilkinson, y consistió en otro viaje por mar a la bahía de Mobile al mando de Pez y Barroto. Se pensaba que ésa era la escurridiza bahía de Espíritu Santo. La oferta de Wilkinson de llevar a los españoles a la colonia de La Salle resultó falsa y el inglés pagó su engaño con una sentencia de cadena perpetua en las galeras[21].

El interrogatorio de Jean Géry, en Ciudad de México, dio lugar a la quinta y última expedición por mar. El virrey recelaba de la veracidad de Géry, pero estaba decidido a no dejar nada al azar. El conde de Monclova recurrió de nuevo al consejo de marinos veteranos. Rivas y Pez insistían en que en la parte norte de la costa del Golfo no había ningún puerto lo bastante profundo para recibir barcos grandes, aunque propusieron un reconocimiento a fondo del río Grande; si esto no daba resultado, aconsejaron explorar la bahía de San Bernardo (Matagorda) donde se habían encontrado los restos del *Belle*.

Las mismas piraguas que habían sido usadas en la segunda búsqueda por mar zarparon de Veracruz el 8 de agosto de 1688. A bordo de ellas había lanchas pequeñas capaces de penetrar en bahías y ríos someros. Desde la boca del río Grande, la primera exploración sistemática por vía fluvial avanzó unas cien millas río arriba hasta una latitud de 26 grados 24 minutos cerca de la actual Roma (Texas). Al no encontrar a ningún francés, pero sí muchos indios hostiles, las lanchas regresaron y continuó la navegación costera. En la bahía de Matagorda, una búsqueda exhaustiva permitió encontrar restos del *Aimable* e información sobre la bahía de Tres Palacios, pero los exploradores no encontraron la entrada de la bahía de Lavaca. Este fallo volvió a impedirles cualquier oportunidad de encontrar la colonia de La Salle. Volvieron a Veracruz después de un viaje que, en total, había durado cincuenta y cuatro días. Mientras tenía lugar la búsqueda, el conde de Monclova había recibido órdenes de dejar México y asumir el cargo de virrey de Perú.

[21] Carta del virrey conde de Monclova al rey, 20 de marzo de 1688, AGI, México de 616.

Uno de los últimos actos de Monclova en Nueva España fue el nombramiento de Alonso de León como jefe de otra expedición por tierra Texas adentro. Jean Géry fue enviado a Monterrey para que sirviera de guía a León. Se reclutaron hombres de los presidios de Nuevo León y Nueva Vizcaya con jefes de Coahuila. Sin embargo, la reunión de todos estos contingentes hubo de demorarse hasta finales de marzo de 1689. Eran en total 113 hombres, entre soldados, muleros y servidores, y el capellán Damián Massanet, de la misión de Caldera. León, recientemente ascendido a general, estaba bien pertrechado, con ochenta y cinco cargas de provisiones.

El descubrimiento del fuerte de Saint Louis

Desde el río Sabinas, don Alonso se dirigió al nordeste y el 2 de abril volvió a cruzar el río Grande en Paso de Francia. La marcha hacia la bahía de Matagorda fue por la parte interior de la llanura costera, evitando así los anchos torrentes costeros (véase figura 11). Sin embargo, reconstruir la ruta de León por Texas es pura adivinación, porque el astrolabio de que disponían estaba estropeado y daba latitudes inexactas. Al parecer, Géry no era un buen guía, y el jefe empezó a seguir cada vez más el consejo de los indios locales que conocían a los franceses. El 20 de abril, León hizo arreglar el astrolabio defectuoso y calculó su situación por el sol a cinco millas al este del río Guadalupe. La latitud resultó ser de 28 grados 41 minutos lo cual, de ser exacto, le sitúa a unas ocho millas al sudeste de la actual Victoria (Texas). Dos días más tarde, la expedición emprendió la marcha por el abra de Garcitas y poco antes del mediodía encontró por fin las ruinas de la colonia francesa. Cuatro años de búsqueda se veían coronados por el éxito.

León, consciente de que debía informar detalladamente al nuevo virrey, describió una escena de completa desolación. Una fortaleza junto al arroyo y cinco toscas casas constituían el conjunto de las viviendas. Las casas habían sido saqueadas, destrozados los muebles y los cacharros; libros y documentos yacían desperdigados. Lo que los asaltantes indios no habían querido llevar consigo, lo habían destruido. Tres cadáveres, uno al parecer, de mujer, yacían entre las ruinas. Después de los servicios religiosos del padre Massanet, los restos de los colonizadores franceses fueron enterrados en una fosa común.

Un día después del terrible descubrimiento, León salió para explorar las vías fluviales al sur de la fortaleza de San Luis. Descubrió la bahía de Lavaca y algunos restos del *Aimable,* el mismo que habían visto Rivas e Iriarte en 1687 y Rivas y Pez en 1688. De vuelta a un campamento situado cerca del arroyo de Garcitas, León encontró la respuesta a una carta que había mandado a la tierra de los texas invitando a los franceses supervivientes, si los había, a rendirse. Dos hombres, Juan L'Archevêque y Jacques Grollet, aceptaron. En el viaje de vuelta se les localizó junto al río Colorado, en la zona de Smithville-La Grange, y se unieron a la expedición de regreso a Coahuila, llegando allí con la fuerza principal en mayo de 1689.

L'Archevêque y Grollet fueron enviados a Ciudad de México, donde habían de seguir siendo interrogados, junto con el informe de León sobre su expedición a la bahía de Matagorda. Sólo se había encontrado en Texas a tres franceses. ¿Qué había sido de La Salle y los otros? Es significativo que la expedición inicial desde la bahía de Matagorda se hubiese dirigido hacia el oeste, no hacia el este, porque esto implicaba un deseo de inspeccionar los asentamientos españoles de Nueva España, lo que subraya también la creencia del explorador francés de encontrarse en las aguas occidentales del Golfo. Cuando llegaron al río Grande, al que La Salle dio el nombre de La Maligne, los franceses marcharon durante largo trecho río arriba, posiblemente hasta llegar a Langtry en Texas, al oeste del condado de Val Verde. En marzo de 1686, La Salle y el resto de sus hombres volvieron a la fortaleza de San Luis.

Poco después de que La Salle regresara de su viaje por el río Grande, el único barco restante, *La Belle*, se perdió con la mayor parte de su tripulación. Este último desastre naval suspendió cualquier otro plan de explorar ríos por el mar o enviar ayuda desde las islas caribeñas. Limitado en sus posibilidades, La Salle buscó otro contingente y salió hacia el oeste el 22 de abril de 1686. Su segundo intento por tierra era un esfuerzo desesperado por localizar el río Mississippi ir por él contra la corriente, y luego por el río Illinois, para volver al Canadá. Ésta era la mejor manera de remediar la situación de su colonia. En su primera exploración del este de Texas, La Salle se puso en contacto con los indios texas y cenis de la confederación hasinai. Al parecer, llegó al río Trinidad antes de volver al fuerte Saint Louis en agosto. En el viaje de vuelta, cruzando el río Colorado, los peligros de la selva adquirieron dramático relieve al ser atacado y muerto por un caimán uno de los servidores de La Salle.

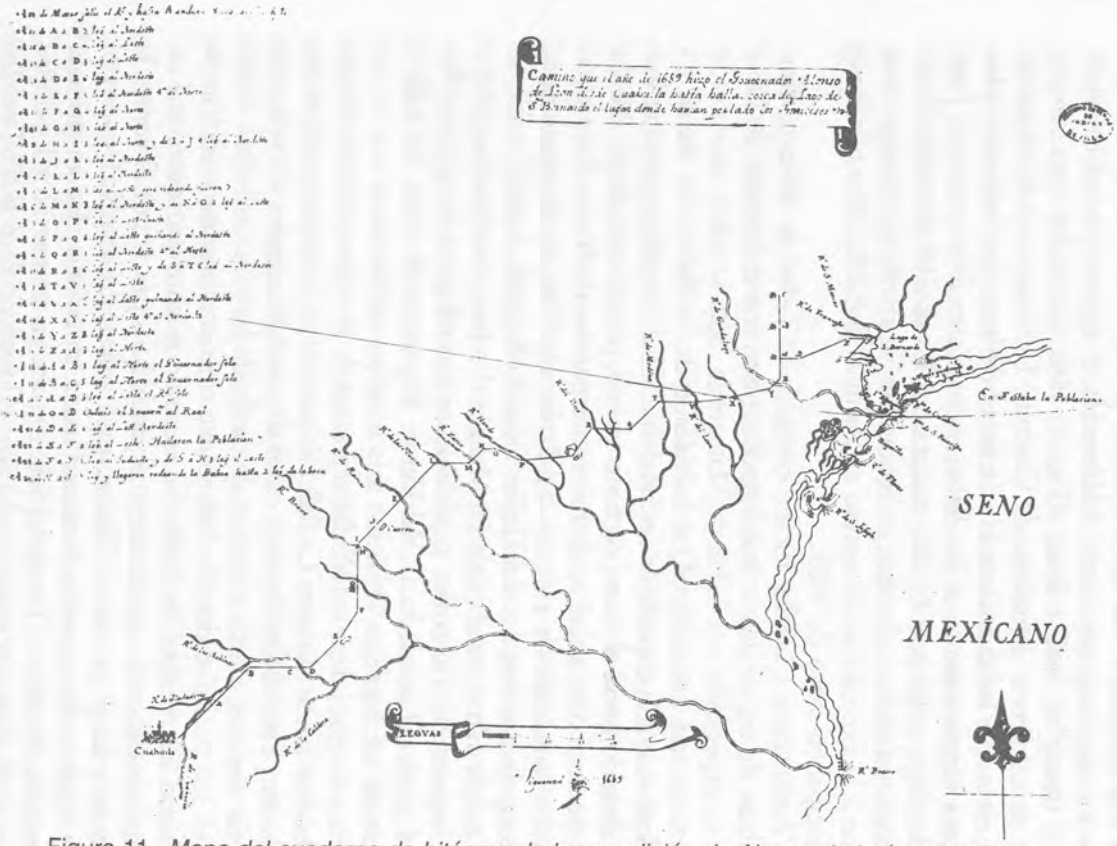


Figura 11. *Mapa del cuaderno de bitácora de la expedición de Alonso de León en 1689.*
Este mapa recoge el avance diario de Alonso de León desde Coahuila hasta la colonia de La Salle, cerca de la bahía de Matagorda. Con autorización del Archivo General de Indias (Mapas y Planos, México 86).

La colonia había quedado reducida a menos de 45 personas cuando La Salle decidió aumentar sus esfuerzos por llegar al Canadá. A comienzos de junio de 1687, la tercera expedición partió del abra de Garcitas, emprendiendo una fatal marcha al este de Texas. Entre sus diecisiete miembros estaban Henri Joutel, el hermano de La Salle y dos sobrinos suyos —uno de estos era el fogoso y violento Moranget— además de Pierre Duhaut, el cirujano Liotot, un ex pirata alemán llamado Hines y Jean L'Archevêque. Después de una difícil marcha hacia el río Trinidad, comenzaron a surgir viejas animosidades. Como consecuencia de una riña sobre un reparto de carne de búfalo, Moranget, el cazador indio de La Salle y un criado fueron asesinados a hachazos por Liotot y otro conspirador mientras dormían. Al día siguiente (19 de marzo de 1687), La Salle, que había acampado a alguna distancia, investigó la desaparición de su sobrino. Cerca de la orilla del río Trinidad, acercándose La Salle al lugar del crimen, Duhaut y Liotot «casi le volaron la cabeza»[22].

En último término, sólo sobrevivieron quince personas de la desdichada colonia de La Salle en la costa de Texas. Seis de ellos volvieron a Francia y nueve fueron capturados por los españoles. Sólo uno de los seis, el padre Anastasius Douay, regresó a América con la expedición de Iberville de 1699. De los nueve prisioneros, tres se hispanizaron y se afincaron en Nuevo México después de que Diego de Vargas rematara su reconquista en los años noventa del siglo XVII. Los otros seis, cinco de los cuales eran hermanos de la familia Talon, eran niños y habían sido perdonados por los indios karankawas en su asalto decisivo al fuerte de Saint Louis.

¿Era realmente muy serio el reto francés? ¿Fue realmente muy adecuada la reacción española? La idea de La Salle de que «su río» estaba cerca de las minas del norte de México hacía que su plan fuese muy peligroso para los españoles. La principal fuerza del explorador francés era su habilidad para ganarse a los indios y movilizarlos para su causa. El éxito de la sublevación de los indios pueblos había demostrado la consistencia del sentimiento antiespañol reinante en Nuevo México. Un hombre tan persuasivo como La Salle, con su habilidad para hablar idiomas y su experiencia del trato con indígenas del oeste del Mississippi, habría podido plantear una situación insostenible en la frontera. Cuan-

[22] J. Delanglez, traductor, *The Journal of Jean Cavelier: The Account of a Survivor of La Salle's Texas Expedition, 1684-1688,* Chicago, 1938, p. 109.

do la amenaza francesa estaba empezando a inquietar a los españoles, ya había grave descontento entre los indios de Coahuila y Nueva Vizcaya, y dada la situación de rivalidad imperial existente entre España y Francia en la segunda mitad del siglo XVII, el plan de La Salle de 1684 no tenía nada de descabellado.

Retrospectiamente, como ha observado Robert S. Weddle, se ve que La Salle fracasó por mala suerte, un ambiente hostil, enfermedades, las flechas mortales de los indios karankawas y la hostilidad entre los franceses. Si La Salle hubiera podido encontrar la boca del Mississippi, habría fundado allí su colonia. Los españoles, entonces, la habrían buscado hasta dar con ella, y probablemente, la habrían destruido. Además, y esto es más importante, el descubrimiento de ese gran río, que había escapado a cinco expediciones por mar, habría hecho ver a los españoles la importancia estratégica de su situación. El hecho de que esto no ocurriera tuvo tremenda importancia en la marcha de la historia. El que La Salle calculara mal la posición del Mississippi indujo a los españoles a reaccionar ante el desembarco casual de los franceses en una bahía desconocida e innavegable de la costa texana[23].

La reacción española en el este de Texas fue inmediata, pero en realidad, se concentró en los indios texas, contra quienes el éxito era difícil, desviándola de la amenaza francesa en Luisiana, que era más seria. En el término de una década, este estado de cosas permitiría a los franceses penetrar en el valle del bajo Mississippi y colonizarlo, abriendo así cuña entre la Texas y la Florida españolas. La reacción de España contra La Salle en los años ochenta del siglo XVII frenó las empresas misioneras de Juan Larios en la parte extrema del centro sur de Texas, demorando así la colonización de la región.

[23] Weddle, *Wilderness Manhunt*, p. 205.

V

LA RIVALIDAD INTERNACIONAL Y LAS MISIONES DEL ESTE DE TEXAS (1689-1714)

El último tercio del siglo XVII planteó una crisis en la eficacia de la política imperial española. Fue sintomático de este problema el malestar reinante en el gobierno, empezando por el rey mismo, porque el 17 de septiembre de 1665 subió al trono de España un niño de cuatro años «retrasado por el raquitismo y mentalmente subnormal». Carlos II fue el trágico fruto de los matrimonios incestuosos que habían unido a las familias de Habsburgo de España y Austria durante casi dos siglos. Siete de los ocho abuelos del rey eran descendientes en línea directa de una mujer, la reina de España Juana la Loca (1479-1555). Conocido en la historia como «El Hechizado», Carlos era incapaz de gobernar y de tener un heredero. Durante su reinado (1665-1700), España fue considerada como un cadáver, picoteada por parásitos internos y merodeadores exteriores. Sin duda, este cuadro convencional es exagerado, porque el país comenzó una lenta y penosa reacción en los años ochenta del siglo XVII, pero el restablecimiento iba a llevar décadas. Para 1695, el moribundo gobierno español se vio obligado a subastar los principales cargos de los virreinatos de México y Perú al mejor postor entre los nobles ricos, y como si esto fuera poco, España pasó a ser un peón de las ambiciones del rey de Francia, Luis XIV. Las tres primeras guerras del Rey Sol hicieron de Francia y España enemigos casi permanentes[1]. Esa enemistad se reflejaba también en América. Con la muerte de Carlos II en 1700, Luis XIV consiguió que su nieto, el duque de Anjou, subiera el trono español con el nombre de Felipe V. La unión de Francia y España bajo

[1] Los conflictos eran: la Guerra de Devolución, 1667-1668; la Guerra Holandesa, 1672-1678; y la Guerra de la Liga de Augsburgo, 1688-1697.

la misma familia real planteó el problema de la preponderancia del poder borbónico en Europa además de en América. La guerra de Sucesión (1702-1713) hizo aliados a los antiguos enemigos, pero en el continente norteamericano ambos países siguieron compitiendo por el dominio del valle del bajo Mississippi y Texas. El establecimiento de las primeras misiones en el este de Texas, su fracaso y el incentivo de volverlas a fundar, debieran ser examinados contra este telón de fondo de condiciones internas en España y de cambiantes alianzas internacionales.

La fundación de misiones en el este de Texas

El breve relato de Alonso de León de su búsqueda de la colonia francesa y el destino final de ésta en la bahía de Matagorda, así como su diario de la expedición, fueron enviados al virrey desde Coahuila el 16 de mayo de 1689. Dos prisioneros franceses, L'Archevêque y Grollet, fueron con los informes a Ciudad de México bajo la vigilancia de Francisco Martínez, que llegó a la capital a finales de junio o comienzos de julio, donde el interrogatorio de los prisioneros franceses comenzó inmediatamente. La noticia del total fracaso de la colonia de La Salle produjo instantáneo optimismo y aumentó el fervor religioso, ya que el desastre del fuerte de Saint Louis fue interpretado por el conde de Galve y sus asesores como una prueba más del «favor y ayuda divinos de Dios».

Al virrey le impresionó sobre todo el informe de segunda mano de León sobre los indios texas, los cuales afirmaban que tiempo atrás, «una mujer» había visitado a sus antepasados, impartiéndoles instrucción religiosa. En respuesta a sus enseñanzas, los indios habían preparado ciertos accesorios religiosos, como una capilla cuyo interior estaba iluminado por una llama perpetua de grasa de gamo, un altar, imágenes de santos y una cruz. Estas apariencias de cristiandad fueron interpretadas en la capital como una prueba más de las visitas milagrosas de la Dama de Azul. Los datos de León sobre la tierra y el pueblo del este de Texas eran posiblemente demasiado optimistas. León describía un terreno llano con muchas variedades de árboles, buen clima y abundancia de bisontes y otros animales de caza. También describía al jefe indio de los texas, a quien los españoles llamaban Bernardino, diciendo que era hombre razonable y que le había recibido bien. León, sin conocimiento de primera mano de lo que decía, afirmaba que aquellos indios vivían en

nueve asentamientos compuestos de casas de madera y tenían una organización gubernamental comparable a la de los indígenas culturalmente avanzados de Nueva España. Añadía que los indios tejas sembraban toda clase de simientes como maíz, alubias, calabazas, sandías y melones. Don Alonso también informaba de que los indios habían expresado deseos de que se les enviasen misioneros, y que su compañero, el padre Damián Massanet, y los hermanos del Colegio de Santa Cruz de Querétaro, ofrecerían con gusto sus servicios si se autorizaba la fundación de misiones entre los indios tejas[2].

El virrey presentó las ofertas de Massanet a su consejo asesor, el cual interpretó también todo el episodio de La Salle como prueba de la ayuda divina, en visto de lo cual habría que hacer grandes esfuerzos por salvar las almas de los paganos indios tejas. El consejo asesor recomendó que se aprobase la oferta de Massanet y ordenó a Alonso de León que preparase un informe detallado de sus ideas sobre la mejor manera de convertir a los indios tejas.

Una serie de cartas enviadas al conde de Galve en agosto de 1689 apoyó la proposición de un esfuerzo misionero en el este de Texas. El obispo de Guadalajara recomendaba que esa conversión de los indios se confiase al Colegio de Santa Cruz y subrayaba la conveniencia de tomar medidas para evitar otra penetración francesa en la bahía de Matagorda. Las recomendaciones del obispo, con fecha del 3 de agosto, fueron seguidas inmediatamente por el entusiasta apoyo de los padres Massanet y Miguel de Fontcuberta, custodio del Colegio de Santa Cruz.

En cumplimiento de estas órdenes, el gobernador Alonso de León preparó un informe (12 de agosto) en el que se veía su veteranía en el trato con los indígenas de la frontera. Si se hubiesen aceptado sus proposiciones, los desastres que tuvieron lugar en el este de Texas poco después se habrían mitigado, si no evitado. Don Alonso recomendaba la construcción de presidios para llenar el vacío existente entre los asentamientos de Coahuila y el nuevo sector misionero que se trataba de fundar.

Los consejos de León fueron pasados por alto en una gran medida, en parte porque los funcionarios de Ciudad de México creían que una importante presencia militar sería obstáculo para la difusión del evange-

[2] Informe del fiscal de Hacienda al virrey, 30 de noviembre de 1716, AMH, tomo XXVII.

lio. Esta decisión se debió, también en parte, a la grave falta de fondos que se sentía en Nueva España.

Los funcionarios de la capital seguían considerando la intrusión francesa como un asunto serio, sobre todo teniendo en cuenta la reanudación de la guerra en Europa entre España y Francia. Aunque se resistían a la idea de convertir a los indígenas en un ambiente de poderío militar, autorizaron a León a elegir suficiente número de soldados con los que salir al paso de cualquier nueva penetración francesa en Texas. Sus objetivos, según el fiscal, consistían en «destruir y arrasar todos los vestigios que quedasen de la nación francesa y ampliar el alcance y el influjo favorable (de España) sobre todos los indios entre Coahuila y Texas».

El contingente de León, que ascendía a 110 hombres, iba a ser una espina en el alma del padre Massanet, que pensaba que el gobernador estaba arrogándose ambiciones personales y militares por encima de los objetivos estrictamente misioneros. Esta cuestión complicó las relaciones entre los dos hombres y fue causa de recelo mutuo, sobre todo por parte de Massanet[3].

Los preparativos para la fundación de una misión entre los indios tejas tuvieron lugar en Ciudad de México a finales de 1689, y se llamó a Massanet para que participase en la planificación. Los funcionarios de la capital dieron la responsabilidad de nombrar a los misioneros al colegio franciscano de Querétaro y a Massanet la dirección de sus aspectos religiosos. En total, el colegio eligió a seis sacerdotes para la empresa de Texas: Damián Massanet, Miguel de Fontcuberta, Francisco Cañas de Jesús María, Antonio Bordoy, Francisco Hidalgo y Antonio Perera.

En enero de 1690, los seis frailes terminaron en Querétaro sus preparativos para su viaje al norte, hacia Texas. El capitán Francisco Martínez les acompañó con provisiones y otras cosas necesarias. En Coahuila tuvieron que demorarse un poco porque aún no habían llegado de Nueva Vizcaya los soldados asignados a la empresa. El 26 de marzo, la expedición partió de Santiago de Monclova sin esperar más tiempo a la tropa, la cual seguía sin llegar, pero dos de los frailes, Francisco Hidalgo y Antonio Perera, se quedaron en la misión de San Salvador de la Caldera[4].

[3] *Idem.*
[4] Diario de Alonso de León, 1690, AGI, México 617.

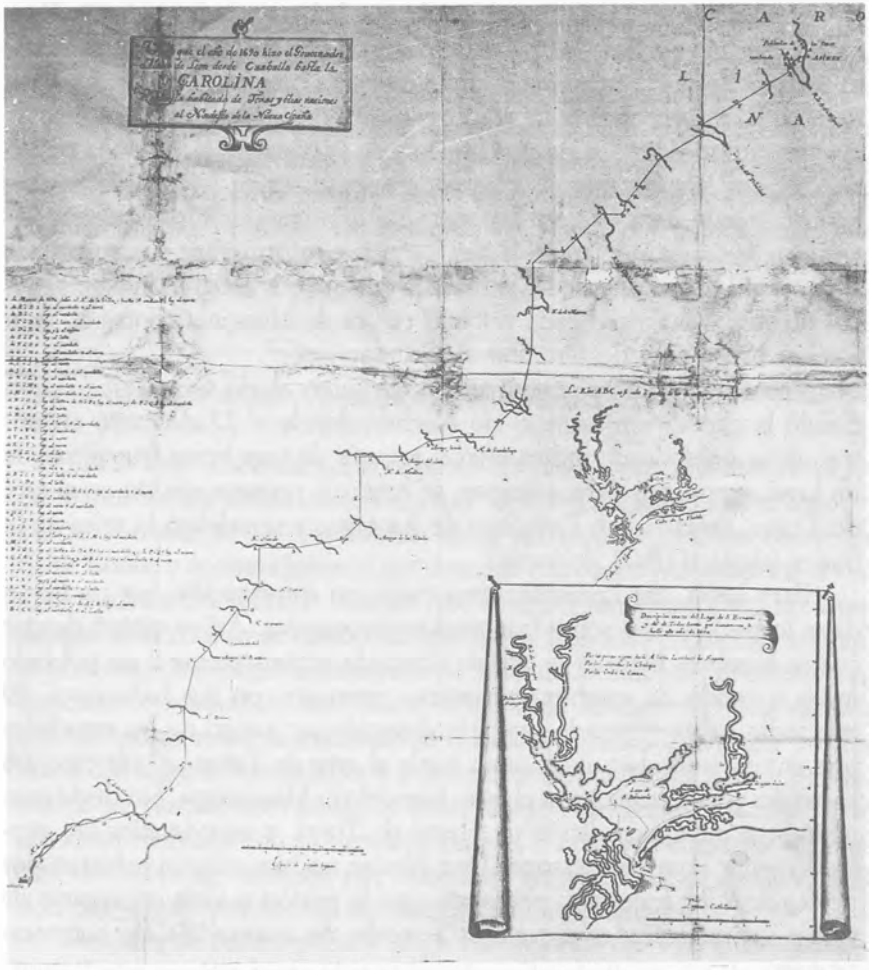


Figura 12. *Mapa del cuaderno de bitácora de la expedición de Alonso de León en 1690.*
Este mapa dibujado recoge el avance diario de Alonso de León y Damián Massanet desde Coahuila hasta los poblados de los indios tejas en Texas del este. Reproducido con autorización del Archivo General de Indias (Mapas y Planos, México 88).

León siguió una ruta parecida a la que había tomado en 1689. Desde el cruce del río Guadalupe, dirigió a su destacamento de veinte hombres hasta llegar de nuevo al fuerte de Saint Louis el 26 de abril (véase figura 12). Al parecer, el fuerte de madera fue incendiado por Massanet. Ese mismo día, un reconocimiento de la boca del río Lavaca reveló dos objetos lejanos, que el gobernador pensó serían boyas que marcaban un pasaje para barcos. Por falta de una canoa con la que ir a investigar, lo único que pudo hacer León fue informar de sus sospechas al virrey. El hecho de que no le fuera posible averiguar la índole de aquellos objetos y la actitud cada vez más crítica de Massenet contra él, iban a servir luego para desacreditar al veterano León[5].

Volviendo al campamento principal, junto al río Guadalupe, León dirigió la expedición hacia el río Neches, donde el 22 de mayo encontraron un poblado de indios tejas. Después de una breve búsqueda de un lugar apropiado para acampar, se fundó la primera misión en el este de Texas, llamada San Francisco de los tejas, y se celebró la misa en la nueva iglesia el día 1 de junio[6].

Para León, era importantísima cualquier información que pudieran darle los indios tejas sobre franceses en la comarca. Así se enteró de que cuatro hombres blancos se habían acercado recientemente a un poblado indio tratando de establecer contacto amistoso con sus habitantes. El jefe indio había rehusado recibirle alegando ser amigo de los españoles que entonces estaban de camino hacia el este de Texas. Al oír esto, los franceses se retiraron hacia el este, hacia el río Mississippi. Sin duda eran miembros de la expedición de Henri de Tontí, y uno de ellos era probablemente Tontí en persona. Don Alonso no hizo ningún esfuerzo por perseguir a los franceses, pensando que la misión podría encargarse de vigilar sus actividades, actuando a modo de avanzadilla de contraespionaje.

El virrey había dejado el número de soldados que se destacarían al este de Texas a la discreción de León y sus oficiales, pero advirtiéndoles que tenían que consultar a Massanet. La decisión inicial del gobernador fue dejar cincuenta hombres al mando de Nicolás Prieto, pero a esto se

[5] *Idem.* En su diario, Alonso de León anotó sólo que «incendiamos el fuerte».

[6] *Idem.* Alonso de León notó que se emplearon cinco días (del 27 al 31 de mayo) en construir la primera iglesia del este de Texas. El lugar conmemorativo, fijado en 1936 cerca de Weches, Texas, no ha sido confirmado por pruebas arqueológicas.

opuso resueltamente Massanet, que insistió en que sólo quedasen en la misión tres soldados. León no se opuso a esto y el día 1 de junio, después de terminadas la iglesia y la residencia de los sacerdotes, partió para Coahuila. Massanet se fue al día siguiente, después de conseguir la promesa del gobernador indio de que no maltrataría a los tres frailes que se iban a quedar en la misión. Los acontecimientos siguientes revelaron lo falso de esta promesa. En realidad, «el veterano y razonable Alonso de León conocía mucho mejor a los indios que el visionario e impetuoso Massanet»[7].

Los informes de León y Massanet sobre el este de Texas

En el viaje al Neches, León había liberado a dos jóvenes franceses de manos de los indios cerca del cruce del río Colorado. Pierre Talon y Pierre Meunier se habían librado de la matanza general del fuerte de Saint Louis, y acompañaron al gobernador y al padre Massanet en el viaje de vuelta a Coahuila. A medida que se acercaban al cruce del río Guadalupe, don Alonso se enteró de que había más niños franceses en cautividad entre los indios karankawas de la costa. Destacó un pequeño contingente de soldados y bajó hacia la bahía de Matagorda. Una disputa con los indios sobre la cantidad de rescate que había que pagar por los niños dio lugar a hostilidades y a la muerte de cuatro indígenas, pero la misión de rescate tuvo éxito. Robert, Marie Madeleine y Lucien Talon se vieron reunidos con su hermano mayor, Pierre. Sin embargo, esta acción de León fue criticada por Massanet, según el cual el choque había sido provocado por la falta de disciplina de los soldados[8].

Después de reincorporarse al grueso de sus tropas en el río Guadalupe, León marchó hasta el río Grande, a donde llegó el 4 de julio. Encontró el río crecido y esto demoró su viaje hasta el 12 del mismo mes, fecha en la que don Alonso preparó su informe sobre la expedición de 1690. En él pintaba un retrato muy favorable del este de Texas y sus

[7] Lino Gómez Canedo, *Primeras Exploraciones y Poblamiento de Texas (1686-1694)*, Monterrey, 1968, p. XVIII-XIX. Los tres sacerdotes que quedaron en el este de Texas eran Miguel Fontcuberta, Francisco Casañas de Jesús María y Antonio Bordoy.

[8] Diario de Alonso de León, 1690, AGI, México 617. El diario sólo menciona a Robert y a Madeleine Talon.

habitantes indios. A éstos les presentó como un pueblo afable, que cultivaban abundancia de alimentos, vivían en casas equipadas con bancos de madera y camas de dosel, y poseían grandes cantidades de cacharros y jarros de loza para cocinar atole y tamales, así como también piedras para moler el grano y hacer harina. Al norte y al nordeste de los poblados tejas había aldeas de indios cadodachos, que también cultivaban abundantes alimentos consiguiendo así que sus reservas de comida les durasen el año entero. Sin embargo, en el informe y el diario del gobernador había sombrías noticias sober la presencia constante de intrusos franceses en Texas. Además de enterarse de que cuatro franceses se habían retirado al este al saber que sus soldados se acercaban al río Neches, León había sido informado por los indios de la costa de que un barco francés había atracado para acopiar leña y agua fresca. Don Alonso recomendaba con mucho ahínco que se destacasen contingentes españoles permanentemente al río Guadalupe y a la bahía de Matagorda. De lo contrario, aducía, se corría el riesgo de que los franceses se apoderasen de las regiones costera e interior de Texas. Don Alonso pedía también que se enviasen frailes a difundir la fe entre los indígenas infieles y relataba la liberación de los cinco niños supervivientes de la colonia de La Salle. Los informes del gobernador fueron enviados a Ciudad de México por medio del capitán Gregorio de Salinas Varona, que fue acompañado por Pierre Meunier, mientras que el grueso de la expedición regresaba a Monclova.

Para el otoño de 1690, el virrey y sus asesores de la capital tenían ya dos planes, recomendados, el primero, por León (julio de 1690) y el segundo por el padre Massanet (septiembre de 1690). El año anterior, Massanet se había trasladado al norte, desde Coahuila hasta Texas, y mencionaba varios grupos indígenas con los que había tropezado la expedición, explicando sus respectivos niveles culturales. Daba los nombres de muchas naciones indias, buen número de las cuales no han podido ser identificadas. Estas naciones iban desde indígenas que vivían de lo que recogían de la tierra hasta gente capaz de cultivar campos, construir casas y organizarse políticamente. La intención del padre Massanet era poner el mayor número posible de infieles en contacto con las enseñanzas cristianas con el mínimo posible de gastos para la Corona.

En total, Massanet pedía catorce sacerdotes y siete legos para la misión de Texas. Los hermanos serían asignados a las casas de los sacerdotes, con lo que se evitaba la presencia de mujeres indias como sirvien-

tas y también para ayudar en la enseñanza de los indios. El padre Massanet pedía también al virrey que el comisionado general de la orden no impidiese la llegada a las nuevas misiones de voluntarios procedentes de las provincias franciscanas bajo la jurisdicción del Colegio de Querétaro. Apoyaba la recomendación de León de que se fundase un asentamiento español junto al río Guadalupe estratégicamente situado entre Coahuila y las misiones de Texas. La presencia española, tanto militar como civil, protegería la bahía de Matagorda contra la penetración extranjera y garantizaría que los franceses, que eran buenos conocedores de los idiomas indios, no sembraran cizaña entre las tribus.

El padre Massanet aconsejaba también que el personal militar destacado en Texas recibiera la paga habitual de los soldados de los presidios además de soldada suplementaria por servicio de frontera, y que se les pagase con puntualidad y en metálico, sumando a esto compensaciones de otro tipo. Advirtió específicamente que no se permitiera a los soldados vivir en las ciudades indias, dándose cuenta de los problemas que podían derivarse de la presencia de soldados mal pagados en las cercanías de las comunidades indias. Por lo que a Texas se refería, el padre Massanet no pedía ni soldados ni presidio, sino artesanos civiles, como por ejemplo carpinteros y albañiles, urgentemente necesitados para construir residencias y capillas. Sería conveniente nombrar un protector de los indios para que controlase a civiles y militares ayudando a los indígenas. Este cargo no tenía por qué aumentar los gastos de la Corona, ya que el protector de Saltillo estaba desocupado al no tener allí ningún indio al que proteger. Finalmente, Massanet proponía que se enviasen niños a Texas, a fin de que crecieran allí y se mezclasen con los indios tejas bajo la supervisión y la instrucción de sacerdotes.

Los funcionarios virreinales de Ciudad de México estudiaron las proposiciones de León y Massanet decidiendo llevar a la práctica la mayor parte de las de este último. La actitud aparentemente amistosa de los indios tejas, las optimistas apreciaciones del sacerdote, y el bajón que había sufrido la reputación de don Alonso, eran factores contrarios a la adopción de las recomendaciones de éste; el fiscal aprobó las proposiciones de Massanet el 10 de octubre y su decisión fue confirmada el 16 de noviembre por la Junta de Hacienda. Sin embargo, el envío de contingentes militares permanentes al río Guadalupe se consideró prematuro, aparte de que un gasto de esa magnitud requería la aprobación del rey y del Consejo de Indias. Se decidió que sólo se enviarían soldados

a Texas si los padres lo recomendaban. De acuerdo con la solicitud de Massanet, se autorizaron ocho misiones para la provincia de Texas: tres para los indios tejas, entre las que estaba la de San Francisco de los Tejas, cuatro para los cadodachos y una para las tribus de cerca del río Guadalupe. También se acordó aceptar a los catorce sacerdotes y siete hermanos legos propuestos por el padre Damián. Todos los bastimentos necesarios para la empresa fueron sufragados por el tesoro real, y se enviaron a la frontera instrucciones para aplicar el programa misionero ampliado.

La expedición por mar a la bahía de Matagorda

Las boyas que había creído ver León cerca de la boca del río Lavaca preocupaban especialmente al virrey. Interrogó cuidadosamente a Gregorio Salinas y a Pierre Meunier sobre estos extraños objetos y sobre las posibilidades de penetración francesa al este de las misiones que se pensaba fundar. Salinas defendió a León contra las acusaciones del gobernador de que se había mostrado negligente al no investigar la índole de aquellos objetos distantes, alegando que carecía de canoa. Sin embargo, con el apoyo de una junta asesora, el virrey tomó medidas inmediatas para organizar una expedición por mar a la bahía de Matagorda. Eligió para capitán a Francisco de Llanos, oficial veterano de la flota de las Indias occidentales; para piloto a Juan de Triana, conocedor de las aguas del Golfo; para cartógrafo a Manuel José de Cárdenas, que acababa de terminar sus trabajos en la fortaleza y prisión de San Juan de Ulúa, en el puerto de Veracruz; y para jefe de operaciones por tierra a Gregorio Salinas, buen conocedor de la zona. La misión de Salinas consistía en averiguar si el solar de la colonia de La Salle era apropiado para un presidio español. De serlo, los cañones franceses se dejarían enterrados donde estaban; si no, se excavarían para llevarlos a Veracruz[9].

La expedición salió para Veracruz el 12 de octubre de 1690 y se dirigió directamente a la bahía de Matagorda. Un examen minucioso realizado desde una lancha el 1 de diciembre reveló que las inquietantes

[9] Informe del fiscal de Hacienda al virrey, 30 de noviembre de 1716, AMH, tomo XXVII.

«boyas» no eran más que postes hincados en sedimento. Fueron arrancados de allí y se procedió a confeccionar un minucioso mapa de la zona, así como también a un reconocimiento cuidadoso de la bahía de Lavaca y sus afluentes. No se descubrió ningún río navegable hacia el interior capaz de aportar una vital vía de comunicación con las misiones del este de Texas, pero los dibujos realizados por el eficiente ingenio Cárdenas indicaban con claridad la situación de la colonia de La Salle en el abra de Garcitas[10] (véase figura 13). Después de un mes de exploración, la expedición Llanos-Cárdenas volvió a Veracruz el 9 de diciembre, donde preparó un informe para el virrey.

Mientras la expedición volvía a su base, se ultimaban los preparativos para una nueva entrada en Texas. El virrey y una junta asesora eliminaron diplomáticamente a Alonso de León como posible jefe. Se afirmó que su presencia en Coahuila era esencial para la seguridad de esa provincia, pero la realidad es que uno de los mejores servidores de España en América había caído en desgracia. Se le culpaba por no haber eliminado toda huella de la ocupación francesa de la bahía de Lavaca; su índole franca y honrada había ofendido a ciertos funcionarios de la lejana capital, y era objeto de las frecuentes críticas de Massanet. Alonso de León murió en marzo de 1691, poco después del nombramiento de un nuevo gobernador de Texas. Fue uno de los soldados-administradores más capaces y diligentes de España en Texas y Coahuila.

El nombramiento de Domingo Terán de los Ríos

El 23 de enero de 1691, el conde de Galve nombró a Domingo Terán de los Ríos primer gobernador de la provincia de Texas. Don Domingo era un veterano de treinta años de las colonias españolas, habiendo servido al rey en Perú y en Nueva España. Durante los años ochenta del siglo XVII adquirió experiencia administrativa como gobernador de Sinaloa y Sonora. Terán recibió el encargo de fundar siete misiones más entre los indios tejas y las tribus vecinas, explorar a fondo la provincia

[10] Testimonio de Esfuerzos para Quitar Boyas, 24 de enero de 1691, AGI, México 617. El descubrimiento del mapa de Cárdenas permitió a Bolton localizar el lugar del fuerte Saint Louis. Véase H. E. Bolton, «The Location of La Salle's Colony on the Gulf of Mexico», *Mississippi Valley Historical Review,* 2, septiembre de 1915, pp. 165-182.

Figura 13. *Bahía de Matagorda y localización del fuerte Saint Louis.* Este mapa, dibujado en 1691 por Manuel Joseph de Cárdenas, muestra el área de la bahía de Matagorda y establece la localización de la colonia de La Salle en Garcitas Creek (Río de los Franceses). Reproducido con autorización del Archivo General de Indias (Mapas y Planos, México 113).

y averiguar la verdad sobre persistentes rumores de presencia francesa en la región. Se le ordenó también llevar un diario de sus viajes y experiencias, y se le informó de que en la tarea política su autoridad estaba subordinada a la Massanet. En apoyo de esta nueva expedición por tierra, el virrey decidió enviar provisiones por mar a la bahía de Matagorda.

La partida de Terán se demoró varios meses por causa de los cuidadosos preparativos que se consideró necesario hacer para garantizar el éxito de la empresa. El 16 de mayo de 1691, su contingente salió del campamento de Monclova, aunque todavía no había sido reclutado todo el personal de sacerdotes y hermanos legos que había sido solicitado por Massanet. El contingente religioso se componía de diez sacerdotes y tres hermanos, y los soldados ascendían a cincuenta. Es importante mencionar que las cuatro primeras entradas por tierra de León habían sido de carácter defensivo y protector, sin intención alguna de fundar asentamientos políticos o religiosos en Texas. La expedición de 1690, que había fundado la misión de San Francisco de los Tejas, fue casi exclusivamente misionera; pero la de Domingo de Terán de 1691, por su volumen, provisiones e instrucciones, tenía por objeto iniciar la colonización permanente del este de Texas[11].

Las fuerzas de Terán llegaron al río Grande el 28 de mayo y acamparon allí hasta el 3 de junio. Con su tendencia a dar nombres nuevos a todo lo que encontraba en Texas, incluso a la provincia misma, el jefe puso el de «río del Norte» al río Grande. Para el 13 de junio, ya habían avanzado hasta el futuro solar de San Antonio, y el 19 del mismo mes, hasta el río Guadalupe, donde la expedición encontró un fuerte contingente de indios jumanos y de aliados de éstos, entre los que estaba el gran viajero jefe Juan Sabeata. Los indios llevaban dos cartas de los sacerdotes de la misión de San Francisco, y las noticias que contenían no podían ser peores. La enfermedad cundía entre los indios de las misiones y había costado la vida, entre otros, al padre Miguel de Fontcuberta. Los jumanos y sus aliados parecían llenos de buenas intenciones, pero así y todo, despertaron las sospechas de Terán. A pesar de la gran vigilancia, los indígenas consiguieron robar setenta y cinco caballos de la remuda al irse.

La expedición de Terán llegó al Colorado cerca de la actual Austin

[11] Diario de Domingo Terán de los Ríos, 1691, AGI, México 617.

el 26 de junio y acampó durante varios días. Desde allí se envió al capitán Francisco Martínez con un destacamento de veinte soldados a la costa para tratar de conectar con los barcos de apoyo que había mandado el virrey. Don Francisco llegó a la bahía de Matagorda el 7 de julio, pero no encontró allí huella alguna de barcos. Esperó cinco días y luego se retiró al interior, pero antes de abandonar la costa dejó una carta a los indios para que se la entregaran a la expedición en cuanto llegase. Martínez no pudo ver a los barcos por unas horas, pues llegaron a la bahía el 12 de junio, el mismo día en que su destacamento volvía al campamento del río Colorado[12].

Martínez volvió al campamento principal el 17 de junio. El que no hubiera conseguido encontrar los barcos de abastecimiento fue causa de una acalorada disputa entre Terán y Massanet. Don Domingo quería enviar otra tropa a la costa para que siguiera allí hasta la llegada de los barcos, pero Massanet insistía en que ya no era posible demorarse más, en vista de la situación desesperada en que se encontraba la misión de San Francisco. La opinión del sacerdote prevaleció y la expedición prosiguió hacia el río Neches, pero tan despacio que Massanet se sentía irritado. Al cruzar el río Trinidad, los misioneros se adelantaron a los soldados sin informar a Terán. Su llegada a la misión alegró mucho a los sacerdotes supervivientes, los padres Bordoy y Jesús María. Terán siguió a su propio ritmo y acampó cerca de la misión de San Francisco el 4 de agosto de 1691. Entró en ella dos días más tarde y distribuyó regalos entre los indios y el gobernador. Soldados y sacerdotes oyeron misa para celebrar su feliz llegada. Durante los meses de aislamiento en el este de Texas, los sacerdotes habían fundado una segunda misión a unas cinco millas al este de San Francisco de los texas con el nombre de «Santísimo Nombre de María» por inspiración personal del padre Jesús María. Más tarde la actitud hosca e indiferente de los indígenas fue también causa de que las condiciones empeorasen mucho allí.

El entusiasmo que causó la llegada de Massanet y Terán bajó rápidamente y las relaciones entre españoles e indios empeoraron. Los indios tejas cometían pequeños hurtos y robaban caballos y mulas. El tiempo, muy propio de Texas en agosto, era tórrido. Terán comenzó a sentir inquietud ante la falta de contacto con los barcos de abastecimiento.

[12] *Idem.* Martínez pudo salvar a dos niños franceses más, Eustache Bréman y Jean-Baptiste Talon, de los indios karankawas.

Esperó otros veinte días más y el 24 de agosto salió con la mayor parte de sus oficiales hacia la bahía de Matagorda. Su intención estaba clara si los barcos no habían llegado aún: volvería a Coahuila. Como era evidente que Terán no estaba contento con la situación del este de Texas, es posible que se sintiera decepcionado cuando encontró en la colonia de La Salle al capitán Salinas Varona con la noticia de que los barcos estaban anclados cerca, en la misma bahía. Pero lo que era peor, Salinas llevaba instrucciones del virrey ordenando a Terán que explorase minuciosamente la provincia antes de volver a Monclova. Don Domingo aceptó las provisiones, añadió las fuerzas de Varona a las suyas y «volvió a la tierra de los indios texas, tierra que había esperado no volver a ver nunca»[13].

Cuando Terán volvió a la misión, encontró que la situación había empeorado alarmantemente. Ganado y caballos desaparecían a diario; los indios eran abiertamente insolentes; algunos de los sacerdotes estaban completamente desmoralizados; el gobernador indio, Bernardino, había salido para castigar a una tribu hostil, advirtiendo que para cuando volviera esperaba que los españoles ya se hubieran ido de allí. A pesar de todo, Terán sabía lo que tenía que hacer. Según órdenes del virrey, su deber era explorar a fondo la provincia.

La expedición al río Rojo

El 6 de noviembre de 1691, el gobernador, acompañado por unos pocos soldados, Massanet y otros dos sacerdotes, salió para el territorio de los cadodachos. La expedición se vio entorpecida y en peligro por la nieve y el frío, por los caballos enfermos y moribundos y por la ropa y las provisiones inadecuadas. Terán llegó al poblado cadodacho en el río Rojo hacia finales de mes. La dura marcha fue mitigada en cierta medida por la amistosa acogida de los indios. Don Domingo exploró las orillas de los ríos, hizo algunos sondeos y decidió que el Rojo era navegable, aunque no pudo disponer de lanchas o botes para explorarlo. Dada la lamentable situación de los españoles, hasta el celoso Massanet convino en que no se podía fundar ni siquiera una misión entre los indios

[13] Castañeda, *Catholic Heritage*, 1, 368, cita.

cadodachos, tanto menos las cuatro que estipulaban las instrucciones virreinales. La mayor parte de diciembre se pasó en el penoso viaje de regreso a Santísimo Nombre de María[14].

Terán había obedecido las órdenes del virrey de explorar la provincia sólo a medias y rutinariamente, pero aquel territorio le disgustaba en extremo. Casi todos sus caballos estaban muertos o se los habían robado los indios. Su solicitud de animales de la manada de la misión para ayudar su retirada hacia la bahía de Matagorda había sido categóricamente rechazada por Massanet. Después de una dura disputa con el sacerdote, don Domingo ordenó a sus soldados apoderarse de parte de los caballos y el ganado de la misión para sus hombres. Seis de los misioneros estaban tan desmoralizados como el gobernador y decidieron irse del este de Texas con él. Cuando Terán se retiró hacia la costa, sólo tres religiosos y nueve soldados siguieron al frente de las asediadas misiones[15].

La marcha desde la misión de San Francisco hasta la bahía de Matagorda llevó a Terán casi dos meses (del 9 de enero al 5 de marzo). Cuando llegó al lugar del viejo fuerte de La Salle, le esperaban nuevos suministros de México. Terán pasó el mando al capitán Francisco Martínez, que tenía la responsabilidad de llevar al ejército de vuelta a Coahuila. Por su parte, don Domingo prefirió un agradable viaje a Veracruz a bordo de la *Santa Margarita de Buena Vista*, y por el camino se dedicó a preparar su defensa por sus acciones de Texas en forma de un largo interogatorio con testimonios favorables de testigos partidarios suyos[16].

A pesar de las afirmaciones de Terán, su expedición fue un fracaso casi total. No se fundaron nuevas misiones; los robos diezmaron bastimentos y animales, y excepción hecha de una entrada hasta el río Rojo, la empresa añadió poca información nueva a la que ya se tenía sobre la provincia. El diario y el informe del gobernador, enviados al rey por el virrey, reflejaban la magnitud del fracaso.

[14] Diario de Domingo Terán de los Ríos, 1691, AGI, México 617. Esta misión satélite fue destruida ulteriormente por una inundación y abandonada en enero de 1692.

[15] Diario de Domingo Terán de los Ríos, 1692, AGI, México 617.

[16] Interrogatorio de Domingo Terán de los Ríos, 17 de marzo-24 de abril de 1692, AGI, México 617.

El abandono de las misiones en el este de Texas

A pesar del informe de Terán sobre el lamentable estado de las cosas en el este de Texas, los funcionarios de Ciudad de México no se apresuraron a reavituallar las misiones principiantes. El conde de Galve había escrito a la Corona en abril de 1691 pidiendo más religiosos para misiones en Texas y para asegurar mejor la provincia, pero esperó hasta finales de la primavera de 1692 antes de tomar medidas positivas. En esta coyuntura ordenó al gobernador en funciones de Coahuila, capitán Diego Ramón, que le informase de cualquier novedad ocurrida en Texas. Ramón le respondió dándole información recogida de indios peripatéticos, en el sentido de que los misioneros estaban bien de salud, pero se encontraban desprovistos de casi todo. Aconsejaba que se enviase a veinte hombres de Monclova para reaprovisionarles, idea que el virrey apoyó inmediatamente. Sin embargo, se encargó su puesta en práctica a Gregorio de Salinas Varona, el nuevo gobernador de Coahuila. Se enviaron desde Monclova al norte cuantiosas provisiones y regalos para los indios y llegaron a San Francisco de los Texas en junio. La oportuna llegada de Salinas Varona impidió por el momento el abandono de la misión donde la situación se había vuelto desesperada. Las cosechas habían fallado, la comida escaseaba y la pestilencia se había desencadenado de nuevo entre los indios. Y, lo que era peor desde el punto de vista de los misioneros, los indios se mostraban indiferentes a la doctrina cristiana. Incluso la idea color rosa que tenía Massanet sobre los texas había quedado maltrecha por causa de la amarga experiencia[17].

Massanet propuso tres maneras de conservar la misión: primero, un presidio era esencial para que los sacerdotes se ganasen el respeto de los indios; segundo, había que fundar más misiones en lugares favorables; y tercero, los indios tenían que congregarse en pueblos para facilitar la instrucción religiosa[18]. Sus recomendaciones fueron pasadas al virrey por el gobernador Salinas Varona al volver a Coahuila; en última instancia, la suerte de la empresa del este de Texas pasaba por depender del fiscal del rey y de una junta general de Ciudad de México, y la política oficial

[17] Carta del virrey conde de Galve al rey, 7 de abril de 1691, AGI, México 617.

[18] Informe del fiscal de Hacienda al virrey, 30 de noviembre de 1716, AMH, tomo XXVII. La concentración de los indios era uno de los aspectos de la política española en Nueva España desde los años noventa del siglo XVI.

se basaba en la idea de que el uso de la fuerza era contrario a la buena teología, de que la amenaza francesa no se había concretado en nada, de que la provincia no parecía apropiada para la colonización permanente y de que su abandono no afectaría de manera adversa las necesidades estratégicas del Golfo y de Florida. La conclusión fue inequívoca: Salinas Varona tenía que volver a la misión de San Francisco para traer a casa a los misioneros y a los soldados destacados allí.

Sin embargo, la expedición de salvamento no llegó nunca a Texas. Se demoró por la llegada del invierno, mientras el empeoramiento de la situación en la misión llegaba a su punto más extremo. Los indios tejas se habían vuelto francamente insolentes y amenazaban con una sanguinaria rebelión a las órdenes de su gobernador. En la primavera de 1693 los misioneros comenzaron a empaquetar en secreto sus sagrados utensilios: objetos de gran tamaño como las campanas de la misión y los cañones de los soldados fueron enterrados y en la noche del 25 de octubre la misión de San Francisco de los Texas fue incendiada por los sacerdotes mismos, que salieron a toda prisa en busca de la seguridad que ofrecía Coahuila. Por desgracia, el pequeño grupo no tardó en perderse. Al cabo de cuarenta días sin rumbo llegaron a la costa, donde finalmente alguien pudo orientarse. Por el camino, cuatro soldados optaron por desertar prefiriendo vivir entre los tejas. Los maltrechos restos de la primera empresa misionera de España entre los indios tejas no llegó a Monclova hasta el 17 de febrero de 1694. El padre Massanet y sus religiosos no tardaron en ser enviados de nuevo a su colegio de Querétaro, y la provincia misionera del este de Texas quedó abandonada durante dos décadas.

Las dificultades de mantener misiones en el este de Texas habían resultado invencibles. Las avanzadillas religiosas se habían situado 400 millas más allá del poblado más cercano del norte de México. Su supervivencia dependía en primer lugar de la amistad y la cooperación de los indígenas, lo que nunca tuvieron. Otras consideraciones importantes para el éxito eran la paciencia de los misioneros, la llegada de abastecimientos y la fuerza de la guardia militar. Como Massanet y los funcionarios de Ciudad de México no querían apostar grandes contingentes de soldados cerca de la misión, la empresa nunca pudo prosperar. Sin embargo, esto no quiere decir que las primeras misiones del este de Texas no sirvieran de nada. Fue una experiencia que familiarizó a los españoles con el terreno, los ríos y la costa del futuro Estado de la Estrella

Solitaria, y también sirvió para convencer a los funcionarios, los virreyes y los obispos por igual de que la conversión e hispanización de los indios, incluso los más propicios, requería además fuerza de persuasión.

La ocupación española de la bahía de Pensacola

En el momento mismo en que el esfuerzo misionero en el este de Texas estaba siendo más puesto a prueba, la defensa de la bahía de Pensacola distrajo la atención de los españoles de lo que ocurría en las orillas occidentales del Golfo. Buscando por mar la esquiva colonia de La Salle, los españoles volvieron a descubrir la bahía de Pensacola y su interés por ella se reavivó. Pensacola les pareció la mejor bahía del Golfo, preferible incluso a la de Mobile y mucho mejor que la de Matagorda, donde la colonia francesa había pasado tan amargos tragos. Los funcionarios españoles daban por supuesto que los franceses tratarían de conseguir en el futuro una nueva cabeza de puente en la costa del Golfo. La advertencia inicial formulada poco después de que Alonso de León descubriese las ruinas del fuerte de Saint Louis procedía de un marino con experiencia: Andrés de Pez.

La advertencia de Pez pasó por todos los obstáculos propios de la burocracia política española de los años noventa del siglo XVII: fue debatida interminablemente en España por consejeros reales, por la Junta de Guerra y por el Consejo de Indias; conllevó un reajuste de posiciones en San Agustín, Florida, y hubo que reasignar el dinero así ahorrado a la ocupación de la bahía de Pensacola; requirió una exploración a fondo de la bahía, que corrió por cuenta del sabio mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora, y sufrió, además, las demoras y los cambios de planes inevitables en tales casos. Hasta 1698 no se preparó la orden definitiva, y entonces hubo de ser apresurada por causa de los designios agresivos de Luis XIV, consecuencia del tratado de Ryswick (1697). El plan consistía en establecer una guarnición militar en Pensacola, con lo que se salía al paso de cualesquiera proyectos franceses de renovar el viejo plan de La Salle[19].

La construcción del presidio de San Carlos de Austria comenzó en

[19] Relación de Carlos Sigüenza y Góngora, 5 de mayo de 1693, AGI, México 617, instrucciones a Andrés de Arriola, 16 de septiembre de 1698, AGI, México 617.

Pensacola a fines de 1698. Se complicó a causa del tiempo, insólitamente frío, obreros rebeldes, escasez de comida y graves incendios. Pero, a pesar de todo, la cronometración fue excelente. La muerte de La Salle y la marcha de la Guerra del Rey Guillermo, como se la llamaba en América, habían frustrado los designios franceses de colonizar el valle del Bajo Mississippi, aunque la gran empresa de La Salle seguía viva gracias a los esfuerzos de su fiel colaborador, Henri de Tontí, que fue a Versalles, donde insistió cerca de la corte francesa para que se resucitase el plan de su amigo, aduciendo que una colonia en la tierra firme americana desconcertaría los planes ingleses en esa región y podría servir de base para atacar las ricas minas de plata de México. Su persistencia y el final de la guerra en Europa volvieron a concentrar la atención francesa en la costa del Golfo. Aunque el tratado de Ryswick estipulaba el *status quo ante bellum* para los territorios de Inglaterra, Francia y España en América, ninguna de las tres potencias estaba dispuesta a cumplir este acuerdo[20]. Los franceses, sobre todo, llegaron a la conclusión de que tenían que actuar rápidamente o aceptar la ocupación extranjera de una zona que consideraban esencial para la seguridad de Canadá. El ministro de Marina y Colonias de Luis XIV, Louis Phelypeau, conde de Pontchartrain, era tan entusiasta ante un nuevo intento como el marqués de Seigneley lo había sido del plan de La Salle. Eligió para jefe de la empresa francesa a Pierre Lemoyne d'Iberville.

La ocupación francesa de Luisiana

Iberville había nacido en Canadá, donde se preparó para entrar en la Armada francesa. Para finales del siglo XVII ya era veterano explorador, diplomático y guerrero. Se le unieron en esta aventura cuatro de sus hermanos, el más famoso de los cuales eran Jean Baptiste de Iberville, «el padre de Luisiana». Las instrucciones de Iberville le concedían amplios poderes en cuanto a la ruta a adoptar para llegar al Mississippi, excepto que tenía que hacer parada en Santo Domingo, lugar donde recibiría ayuda. A su llegada al gran río, tendría que elegir un lugar y fortificarlo. Iberville salió de Brest el 24 de octubre de 1698, y llegó a Santo Domingo el 4 de diciembre. A pesar de sus esfuerzos, no consiguió

[20] Relación de Andrés de Arriola, 1 de diciembre de 1698, AGI, México 617.

encontrar a nadie que conociese el lugar exacto del delta del Mississippi. En vista de ello, al entrar en aguas del Golfo, se vio obligado a explorar cuidadosamente toda la región costera. Cuando llegó a la bahía de Pensacola, el 26 de enero de 1699, la encontró ocupada por los españoles. Su petición de entrar en la bahía fue rechazada cortés pero firmemente por el capitán del presidio. Las seguridades que dio el jefe francés de que no constituiría ninguna amenaza a las posesiones españolas porque se limitaba a actuar dentro del contexto de órdenes muy específicas de su propio monarca, no le sirvieron de nada. El 30 de enero, sus barcos desplegaron velas y siguieron adelante. Decidido a evitar los errores de La Salle, Iberville examinó cuidadosamente la costa al oeste de la bahía de Pensacola. Entró en la bahía de Mobile y tomó nota de ella, y luego a base de repetidas paradas, exploró la costa con ayuda de canoas. El 2 de marzo de 1699 encontró el río que había eludido a La Salle y penetró en él, y en abril se construyó un fuerte provisional en Biloxi. Una vez fundada una colonia en la boca del Mississippi, Iberville volvió a Francia para recibir nuevas instrucciones sobre las intenciones de su rey.

La insistencia de Iberville de que su escuadra sólo estaba en el Golfo para expulsar de él a aventureros y piratas canadienses no engañó al jefe del presidio de San Carlos de Austria, para quien estaba claro que los franceses, al encontrar ocupada la bahía de Pensacola, fundarían su colonia en alguna otra parte de la costa del Golfo. Arriola zarpó para Veracruz el 2 de febrero a fin de advertir al virrey de la inminente amenaza, pero cuando llegó a México se encontró con que las noticias de nuevos intentos franceses de establecer una cabeza de puente en el Golfo no tenían máxima prioridad. Lo que le interesaba al virrey era investigar rumores de que un contingente de escoceses iba camino de Panamá para fundar allí una colonia. Sólo cuando se vio que esa noticia no tenía base se fijó la atención general, aunque con bastante lentitud, en la amenaza francesa y en la triste situación de los soldados destacados en Pensacola. El virrey decidió que no reforzaría la avanzadilla de Florida ni actuaría contra los franceses. Esta actitud del conde de Moctezuma se explica en parte por la lamentable situación financiera en que se encontraba el gobierno español en los últimos días del reinado de Carlos II. El asunto fue trasladado a Madrid, en espera de una decisión del rey y sus consejeros.

Sin embargo, repetidos rumores sobre una nueva amenaza, esta vez

procedentes de ingleses en el Golfo, acabaron por inducir al virrey a actuar. Envió instrucciones a Arriola, que había vuelto a Pensacola, ordenándole organizar una búsqueda a fondo en aguas del Golfo. Embarcándose para la bahía de Mobile, Arriola localizó una pequeña embarcación con bandera inglesa, pero mirando más de cerca, vio que eran franceses los que la enarbolaban. Sin embargo enseguida se pudo comprobar que se trataba de una broma perpetrada por miembros de la colonia de Iberville. Interrogando a los franceses en cuestión, Arriola pudo enterarse de la existencia del fuerte de Biloxi y de otras dos avanzadillas situadas algo más arriba del Mississippi, por medio de las cuales era posible establecer comunicación con Canadá. Cuando Arriola llegó a Biloxi se le suministraron cortésmente alimentos y se le dieron toda clase de seguridades de que los franceses habían ocupado el valle del Bajo Mississippi únicamente para evitar que cayera en manos inglesas. Toda apariencia de hostilidad desapareció al aceptar franceses y españoles esperar la llegada de órdenes de Madrid y Versalles. La inoperante respuesta española a la ocupación por Francia del valle del Bajo Mississippi puede explicarse también por la incertidumbre derivada del tratado de Ryswick. Por fin, el inepto Carlos II murió en noviembre de 1700, poniendo fin así a la dinastía Habsburgo en España. El nuevo monarca era un Borbón francés, nieto de Luis XIV. Felipe V subió al trono español decidido a resolver los problemas permanentes entre su país de adopción y su Francia nativa.

Las iniciativas diplomáticas francesas subrayaron la fuerza de las colonias inglesas en el Atlántico. Se aducía que Francia y España debían cooperar para proteger la costa del Golfo a fin de que no cayera en manos de los ingleses, cuya intención era prepararse para apoderarse de las ricas minas de Nueva España; pero esto, en el mejor de los casos, era una sutil treta francesa. Se afirmaba también que la expedición de Iberville tenía por único objeto adelantarse a la expansión inglesa y conseguir un vínculo esencial entre el Golfo y Canadá. En los intercambios diplomáticos entre los dos países, los españoles insistían en conservar la bahía de Pensacola, que los franceses se habían ofrecido a controlar, pero había un acuerdo tácito de que los asentamientos franceses en el valle del Bajo Mississippi se tolerarían mientras no crecieran a expensas de territorio español. Consideraciones internacionales, además de problemas financieros, ayudan a comprender la razón de que la ocupación francesa de Luisiana fuese tolerada de hecho por España.

Para enero de 1700, la presencia francesa en Luisiana se había reforzado con la llegada de nuevos pertrechos y refuerzos a Biloxi. Acompañaba a Iberville en este segundo viaje al Golfo un primo suyo, Louis Juchereau de Saint Denis, aventurero de origen canadiense que iba a cambiar el curso de la historia de Texas.

Louis Juchereau de Saint Denis

Saint Denis nació en Quebec, o en sus cercanías, el 17 de septiembre de 1676. En su primera juventud había sido enviado a estudiar a París. Poco después de su llegada a Luisiana, Saint Denis realizó importantes exploraciones río arriba, penetrando en el territorio hasta más arriba del río Rojo. Esto le permitió familiarizarse con los idiomas, las costumbres, el comercio y el gobierno de los indios, así como también con la geografía de la región. Estas misiones, junto con sus insólitas dotes, acabarían convirtiéndole muy temprano en el hombre mejor informado y más poderoso de toda la parte limítrofe oriental de Texas. Había adquirido su experiencia administrativa en Luisiana al mando del fuerte de Saint John, una nueva guarnición situada al borde del Mississippi y en la segunda década del siglo XVIII como jefe del fuerte de Biloxi.

Al producirse el segundo nombramiento de Saint Denis, la colonia real de Luisiana estaba algo abandonada debido a la reanudación de las aventuras diplomáticas y militares de Luis XIV que, en Europa, recibieron el nombre de Guerra de la Sucesión Española, y en España, simplemente Guerra de Sucesión, y que ocurrieron entre 1702 y 1713. Luisiana había sido asignada a modo de colonia personal por un período de quince años a un rico francés llamado Antoine Crozat, que nombró gobernador de ella a Antoine de la Mothe, *Sieur* de Cadillac, el cual llegó allí el 13 de mayo de 1713. La misión de Cadillac estaba clara: tenía que gobernar la colonia con buen sentido económico y hacer que produjera un beneficio. Cadillac llegó enseguida a la conclusión de que la mejor forma de hacer esto consistía en comerciar con Nueva España, lo cual él sabía perfectamente que estaba prohibido por las restricciones mercantiles españolas, a pesar de las buenas relaciones existentes entre Francia y España.

Al principio, el gobernador desafió directamente la prohibición española al comercio internacional cargando un barco con mercancías traí-

das de Francia y enviándolo a Veracruz, donde esperaba poder trocarlas por ganado, pero fue resueltamente rechazado por los funcionarios españoles y se le advirtió que no introdujese su mercancía en México. Cadillac recibió entonces una carta, con fecha de más de dos años antes, del celoso misionero franciscano padre Francisco Hidalgo. Hidalgo desesperaba de conseguir apoyo de la Corona española para sus planes de fundar de nuevo misiones en el este de Texas, y pedía en su carta concretamente al gobernador francés que le ayudase a conseguir esto, solicitud que despertó inmediato interés en la colonia francesa.

Cadillac vio en esta carta la oportunidad de trabajar en interés de Dios y, al tiempo, en el suyo propio. Él sólo conocía a un hombre en toda Luisiana que fuese experto en diplomacia y en idiomas indios, y además buen conocedor de la geografía del este de Texas: Saint Denis, a quien hizo venir inmediatamente de Biloxi, dándole los medios para realizar una expedición al interior de Texas. Era evidente que se tenía intención de utilizar la invitación de Hidalgo para llevar mercancías a la frontera de Nueva España, donde las restricciones mercantiles podrían ser menos operantes debido a la distancia y a la escasez. Se entregó a Saint Denis un pasaporte con fecha del 12 de septiembre de 1713 y se le envió al territorio del río Rojo a finales de septiembre con veinticuatro hombres y un séquito de servidores indios. Saint Denis subió Mississippi arriba hasta la boca del río Rojo y en el lugar llamado Nachitoches construyó dos almacenes para guardar parte de su mercancía. Después de cruzar el río Sabine, los franceses viajaron durante veintidós días hasta llegar a los primeros poblados de indios tejas. Comenzaron un modesto comercio de ganado y pieles de búfalo, pero el aventurero francés tenía grandes ambiciones: quería acercarse más a los asentamientos españoles, justificando esto con la excusa de que no había encontrado a Hidalgo entre los indios y llevando el recado de que los indios tejas deseaban ardientemente la vuelta de los misioneros españoles[21].

Avanzando hacia el sur, para entrar en contacto con las avanzadillas españolas a orilla del río Grande, Saint Denis pasó por el lugar de la futura San Antonio, cruzando un territorio que llevaba dos décadas prácticamente ignorado por los españoles, por más que, durante este periodo, la situación a lo largo de la frontera de Nueva España no hubiera

[21] Traducción de Patente a Luis de Saint Denis, 12 de septiembre de 1713, AMH, tomo XXVII.

sido totalmente tranquila. España, con glacial lentitud, había decidido fundar un presidio y una misión a unas treinta y cinco millas al sur del actual Eagle Pass (Paso del Águila, Texas). San Juan Bautista del Río Grande se iba a convertir en la «entrada» de la Texas española, y su fundación y el personal destacado allí iban a coincidir con la llegada de Saint Denis que tuvo lugar en julio de 1714. Esta coincidencia iba a ser causa de la ocupación permanente de Texas.

VI

LA OCUPACIÓN PERMANENTE DE TEXAS (1714-1722)

La aparición de Louis Juchereau de Saint Denis y su mercancía prohibida en San Juan Bautista del río Grande desencadenó una serie de acontecimientos que conducirían a la ocupación permanente de Texas. Una vez más, España, como a finales de los años ochenta y comienzo de los noventa del siglo XVII, reaccionó defensivamente ante la influencia extranjera en el futuro Estado de la Estrella Solitaria. La búsqueda de La Salle había dado lugar a una caza del hombre casi quimérica, pero la actitud de Saint Denis estaba llena de aplomo y jactancia. Conocedor de la prohibición del virrey de entrada de mercancías o comerciantes extranjeros en Nueva España, el jefe militar Diego Ramón no tenía otra opción que detener a Saint Denis y confiscar sus mercancías. Envió a Ciudad de México los papeles de Saint Denis y la carta del padre Hidalgo dirigida al gobernador francés de Luisiana. Mientras esperaba instrucciones del virrey, Ramón «encarceló» a Saint Denis en su casa. Esta cómoda solución permitió al francés ganarse la simpatía de la familia de Ramón y conseguir promesa de matrimonio de boca de la bella hija de éste, Manuela Sánchez. Saint Denis fue enviado luego bajo guardia a la capital, donde encantó al virrey y consiguió la libertad. Más aún, fue nombrado comisario oficial y guía de la expedición que iba a restablecer las misiones españolas en el este de Texas. En este capítulo se cuenta el insólito papel que hizo Saint Denis, la obra de los audaces misioneros y los concienzudos capitanes y la aportación de los primeros colonos que iban a cooperar en la creación de la colonia española de Texas.

Constante interés en Texas

Aunque Texas permaneció durante más de dos décadas (1694-1715) sin ocupación española, no puede decirse que quedara completamente olvidada, o que nadie la visitase. Estaba siempre presente en la mente del padre Francisco Hidalgo, cuya pasión obsesiva era proseguir la obra comenzada entre los indios texas. El padre Hidalgo trabajaba en pequeñas aldeas indias cercanas a su Colegio de Santa Cruz en Querétaro. En 1697, uno de los fundadores del colegio, el padre Antonio Margil de Jesús, volvió allí en calidad de custodio. Margil, posiblemente el misionero franciscano más famoso que pisó la Texas española, había adquirido mucha experiencia como misionero en América Central y Yucatán. Durante sus trece años de ausencia del colegio, su campo de acción apostólica se había ampliado hacia el norte, desde Querétaro, abarcando territorios periféricos de Nueva España, como Nuevo México. A pesar de todo la actividad misionera en Coahuila había sido poca cosa. Decidido a corregir esto, Margil envió en 1698 a esa comarca a los padres Francisco Hidalgo y Diego de Salazar. Para Hidalgo, este fue el primer paso de su regreso a Texas[1].

Con el apoyo del gobernador de Coahuila, los dos sacerdotes empezaron su trabajo misionero en Santa María de los Dolores, y a partir de tan pobres comienzos acabaron fundando una segunda misión al norte de la primera, a orillas del río Sabinas. Ésta fue la primera misión que recibió el nombre de San Juan Bautista, y supuso un hito más en el plan de Hidalgo de volver a Texas. Margil fomentó estos esfuerzos iniciales asignando dos franciscanos más a esa comarca, los padres Antonio de San Buenaventura y Olivares y Marcos de Guereña. Por razones que no se conocen, la primera misión de San Juan Bautista no prosperó y fue substituida por una segunda con el mismo nombre situada más cerca del río Grande. Diego Ramón, que cooperó en la construcción de esta misión puntera, comenzada el 1 de enero de 1700, siguió cooperando con ella y con el presidio que se construyó poco después hasta su muerte, acaecida en 1724. La elección de ese sitio para la segunda misión de San Juan Bautista fue consecuencia de exploraciones realizadas a lo largo y al norte del cruce del río Grande inferior en la segunda

[1] R. S. Weddle, *San Juan Bautista: Gateway to Spanish Texas*, Austin, 1968, pp. 18-19.

mitad del siglo XVII, y del cruce de ese río usado por Alonso de León y Domingo Terán de los Ríos.

La nueva misión era un segundo paso que daba el padre Hidalgo en su camino de regreso a Texas. El 1 de marzo de 1700 se fundó en el mismo sitio una segunda misión que iba a tener gran importancia en la historia de Texas. La misión de San Francisco Solano tenía por objeto evangelizar a las tribus coahuiltecas que vivían a poca distancia al sur del río Grande, y seguiría funcionando hasta 1718, cuando fue trasladada a San Antonio. Una tercera misión, la de San Bernardo, estuvo también asociada con la misión y el presidio de San Juan Bautista.

Poco después de la fundación de la misión de San Juan Bautista, apareció allí José de Urrutia, un ex soldado que en 1693 había decidido vivir entre los indios. Los años pasados por Urrutia en el este de Texas le hacían imprescindible como guía e intérprete, y el padre Olivares se apresuró a servirse de él, convenciendo al ex soldado para que le acompañara junto con una pequeña guardia armada, hasta más allá del río Grande, hasta el río Frío, donde el entusiasmo de las tribus coahuiltecas por recibir enseñanza religiosa impresionó a Olivares. Aunque volvió a San Juan Bautista, donde pensaba que su presencia era esencial para consolidar esta misión avanzada, el padre Olivares, junto con Hidalgo, se convirtió en defensor convencido de la necesidad de fundar misiones al norte del gran río.

La misión y presidio de San Juan Bautista, ambos situados a corta distancia al sur del río Grande, servirían de avanzadilla final para las expediciones a Texas, y también como fuente de abastecimiento para futuros asentamientos en Texas. Junto con las dos misiones cercanas, servían a la población indígena de la comarca del río Grande y a las tribus nómadas de Coahuila al norte de ella. Estos últimos mantenían sobre todo a los sacerdotes informados de los sucesos que ocurrían entre los indios tejas y los apaches. Por desgracia, la llegada de los españoles a la región llevó también el azote de la viruela, que asoló a la población indígena en 1706. Cuando terminó la epidemia, las tres misiones de entrada en Texas quedaron prácticamente despobladas. Se organizó una expedición para reclutar neófitos, la cual avanzó hacia los alrededores de la actual Crystal City en marzo y abril del año siguiente; iba dirigida por Diego Ramón, con el padre Isidro Félix de Espinosa de capellán de un contingente de treinta y un soldados y civiles, y esta entrada, que duró veintiséis días, tuvo por resultado un choque con indígenas hosti-

les y la captura de unos pocos indios con los que se pudieron repoblar las misiones.

En agosto del mismo año (1707), Gregorio de Salinas Varona, el jefe militar español de Pensacola, informó al virrey de que los franceses de Luisiana estaban decididos a introducir mercancías y empezar a comerciar con los dominios españoles. Un consejo de guerra, en Ciudad de México, envió instrucciones a los gobernadores y a los jefes de los presidios provinciales, ordenándoles impedir la entrada de mercancías extranjeras, así como también la de los extranjeros mismos. El consejo recomendó también que se estableciera contacto con los indios tejas y de otras tribus y naciones para disuadirles de aceptar las mercancías de los intrusos franceses.

Las órdenes y las recomendaciones de la Junta de Guerra surtieron efecto, sobre todo, en los asentamientos de San Juan Bautista. Los frailes del Colegio de Santa Cruz debatieron la posibilidad de aprovechar el momento para establecer de nuevo misiones entre los indios tejas, y pidieron consejo dos veces al padre Espinosa. El 11 de septiembre de 1708, Espinosa dio su apoyo a una entrada por el norte de Texas adentro. Ordenó al padre Olivares, que había vuelto al colegio misionero de Querétaro, que siguiese hasta San Juan Bautista, donde una compañía de soldados le escoltaría hasta el otro lado del río Grande. El mando de la empresa fue puesto en manos de Pedro de Aguirre, en substitución temporal de Diego Ramón como jefe militar.

La expedición de 1709 a Texas

Con los padres Olivares y Espinosa en los papeles respectivos de capellán y cronista, la expedición de Aguirre salió de San Juan Bautista el 5 de abril de 1709. Se dirigió al solar futuro de San Antonio, donde los padres se sintieron muy impresionados por la tierra y la abundancia de agua. El río que corría por allí recibió el nombre de San Antonio de Padua, el mismo que le había dado en 1691 Terán de los Ríos. Desde el río de San Antonio, la expedición siguió hacia el Colorado, a donde se rumoreaba que los indios tejas habían llevado sus tiendas para estar más cerca de los españoles. Esta información resultó no tener ninguna base, y a través de los datos que facilitó un jefe indio tonkawa se supo que Bernardino, el viejo jefe de los indios tejas, seguía con mala disposición

hacia los españoles y su fe. La expedición no avanzó más. Había llegado al lugar que especificaban las instrucciones de Aguirre y estaba claro que los indios tejas no tenían intención de servir de parachoques entre españoles y franceses.

El 28 de abril de 1709, la expedición Espinosa-Olivares-Aguirre volvió a San Juan Bautista. Se había familiarizado más con la tierra y adquirido una impresión favorable del río San Antonio como posible solar de un asentamiento futuro, pero poco más que esto. Más aún, es posible que el efecto inmediato de la entrada de 1709 fuera demorar la fundación de misiones entre los indios tejas, porque acabó para siempre con la idea de que los indios tejas estaban ansiosos de reanudar el contacto con los españoles. Además, dos de los jefes de la expedición, los padres Espinosa y Olivares se fueron enseguida de las misiones de cabeza de puente: Espinosa volvió a su colegio, donde siguió largo tiempo mientras Olivares se iba a España para interceder por la fundación de misiones entre los indios tejas. Siguió en su puesto del río Grande el padre Hidalgo, defensor de la causa sobre el terreno. Después de años de frustraciones, él forjó un plan que lindaba con la traición: ¿por qué no servirse de la presencia francesa en la cercana Luisiana para estimular a la letárgica Corona española? Así pues, su carta, redactada en 1711, pedía al gobernador francés que ayudase a reabrir las misiones españolas entre los indios texas. La decisión obsesiva de Hidalgo de volver al campo misionero del este de Texas coincidía muy bien con la imperiosa necesidad del gobernador Cadillac de convertir Luisiana en una lucrativa colonia particular. Si el gobernador no conseguía introducir mercancías francesas en Nueva España, por lo menos acercaría a los españoles a Luisiana. La ulterior aparición de Saint Denis en San Juan Bautista, en julio de 1714, fue una oportuna convergencia de intereses mercantiles franceses y evangelización española, aunque también planteaba irritantes problemas al comandante Diego Ramón.

El papel de Saint Denis en la ocupación de Texas

Ramón pidió instrucciones a Ciudad de México sobre Saint Denis, expresando de esta forma su vacilación ante la aplicación de los edictos reales. España y Francia habían sido aliadas en la Guerra de Sucesión, recién concluida. ¿Era posible que todavía no se supiese en la frontera

norte que las restricciones mercantiles entre ambos países habían sido reducidas? La incertidumbre de Ramón y la demora que causó el envío de Saint Denis a la capital fueron beneficiosas para éste, que iba a utilizar esta oportunidad para hacerse por un lado amigo de la numerosa familia Ramón y por otro marido de la nieta del comandante.

Después de una agradable estancia en San Juan Bautista, Saint Denis recibió orden de las autoridades virreinales de ir a Ciudad de México. Cuando éstas le interrogaron, Saint Denis se defendió muy bien. Profesó ignorancia de los obstáculos comerciales existentes en las colonias francesas y españolas y mantuvo firmemente que él había ido a la tierra de los indios tejas en busca del padre Hidalgo, pero que al no encontrarle entre los indios y enterarse del deseo que tenían éstos de volverle a ver, había seguido avanzando hasta los asentamientos del río Grande. Su testimonio coincidía con la actitud mantenida por Hidalgo y los hermanos franciscanos durante más de dos décadas de que era preciso fundar de nuevo las misiones. Aunque los funcionarios de la capital desaprobaron la iniciativa del padre Hidalgo cerca de los franceses, sin autorización previa, hubieron de reconocer que los indios tejas habían expresado el deseo de volver a ver a los misioneros españoles. Lo que ya no se podía pasar por alto era la absoluta necesidad de fundar suficientes misiones y presidios en el este de Texas para contrarrestar la influencia francesa.

En un largo informe, el fiscal recordó al virrey que Salinas Varona, escribiendo desde el presidio de Santa María de Galve, en Florida, había advertido de la penetración francesa en el oeste a partir de Mobile. Con piraguas y canoas, los comerciantes franceses ya habían entrado en los territorios españoles y comenzado a ponerse en contacto con los indios. El fiscal advertía que este comercio ilícito debía ser suprimido antes de que se extendiese a Nueva Extremadura y a Nueva Vizcaya, porque si no se hacía pondría a las minas de plata de allí en grave y notorio peligro[2].

Los funcionarios de Ciudad de México decidieron, a fines del verano de 1715, hacer un gran esfuerzo para reocupar Texas, pero aún no habían olvidado experiencias de los años noventa del siglo XVII y decidieron autorizar cuatro misiones apoyadas por una guarnición de vein-

[2] Informe del fiscal al virrey, 5 de agosto de 1715, AMH, tomo XXVII.

ticinco soldados. Se puso al mando de la unidad militar a Domingo Ramón, hijo del jefe de San Juan Bautista. Como ya hemos dicho antes, Saint Denis recibió el nombramiento de oficial comisario y guía de la expedición. Anunció su intención de casarse con Manuela Sánchez y dedicarse a los negocios en la frontera como súbdito español[3].

Los motivos que tenía Saint Denis para cooperar en la reocupación de Texas por los españoles han sido muy debatidos. ¿Era partidario de la presencia francesa o de la presencia española en el este de Texas? Parece claro que estaba decidido a llevar la colonización española lo bastante cerca de Luisiana como para facilitar el comercio, pero no más allá. Mantuvo a sus superiores franceses informados de sus acciones y no hay pruebas de que en ningún momento éstos las desaprobasen. También parece plausible que el gobernador Cadillac estuviese más interesado en fomentar las oportunidades comerciales de su colonia que en promocionar las reivindicaciones francesas en Texas. Más aún, la fundación de misiones españolas cerca de Luisiana era probablemente parte importante de los planes que habían llevado a Saint Denis a Texas, y también de los de su superior. Fueran cuales fuesen los motivos ocultos de Saint Denis, lo cierto es que también hizo un gran beneficio a España. Su participación en la recuperación de las misiones españolas en el este de Texas influyó considerablemente en que ese territorio fuese español y no francés, y en que la futura frontera entre Estados Unidos y España fuese el río Sabine y no el río Grande. Al darse cuenta de que Francia podría ocupar Texas desde Luisiana, España reaccionó, y esto es, probablemente, lo que había pensado el padre Hidalgo que iba a ocurrir.

Domingo Ramón y Saint Denis recibieron sus nombramientos el 30 de septiembre de 1715. Entre sus pertrechos había regalos para los indios, equipamiento militar, herramientas y diversas especies de semillas. Por desgracia, el agente de la Corona redujo en un 40 por ciento la cantidad de regalos que habían solicitado los expedicionarios. Cualquier

[3] De la misma manera, en el verano de 1715, se intentó restablecer misiones en La Junta de los Ríos. Juan de Trasviña y Retis se puso a la cabeza de una entrada en la que iban los padres Gregorio Osorio y Juan Antonio García. Las actividades misioneras en la región fueron suspendidas ulteriormente de vez en cuando por causa de levantamientos indios. En 1719, por ejemplo, sólo había dos sacerdotes en las cercanías. Véase Testimonio de Actas sobre las Misiones de La Junta de los Ríos, 1719, AGI, Guadalajara 169.

francés conocedor de los indios habría protestado contra esta falsa economía. Poco tiempo después de su nombramiento, Ramón fue a Saltillo para hacer acopio de ganado y reclutar soldados. Por su parte, Saint Denis volvió en el otoño a San Juan Bautista y se casó con Manuela Sánchez a fines de 1715 o principios de 1716.

La colonización permanente de Texas

Domingo Ramón se demoró en Saltillo hasta el 17 de febrero de 1716, cuando salió para el río Grande. La marcha hasta el presidio fue de un poco más de dos meses. Después de llegar, comenzó inmediatamente a transportar equipamientos, pertrechos y ganado a la otra orilla del río, y el 27 de abril de 1716 la expedición salió para la tierra de los indios tejas.

La entrada se componía de nueve sacerdotes, tres hermanos legos, veintiséis soldados, tres franceses y varias docenas de civiles, o sea, en total setenta y cinco personas. Es interesante decir que siete de los soldados estaban casados y viajaban con sus familias. Sus esposas son las primeras mujeres de que se tiene constancia que participaran en la colonización de Texas. La responsabilidad de la nueva fundación de misiones en el este de Texas se repartía a partes iguales entre frailes de los colegios misioneros de Santa Cruz de Querétaro y Zacatecas[4].

El colegio de Santa Cruz estaba representado en Texas por su presidente, el padre Isidro Félix de Espinosa en compañía de otros cuatro sacerdotes, el principal de los cuales era el padre Francisco Hidalgo; el colegio de Zacatecas también había mandado a su presidente, el padre Antonio Margil de Jesús, así como a otros tres sacerdotes. Sin embargo, Margil no participó en la expedición de Ramón al este de Texas. Cayó enfermo y hubo de seguir en San Juan Bautista, no pudiéndose unir a

[4] Ruta de las misiones (de Texas) desde los presidios internos, 16 de febrero-11 de julio de 1716, AMH, tomo XXVII. Las primeras mujeres españolas en Texas fueron: casadas, María Antonia Longoria, Antonia de la Cerda, Antonia Vidales, Ana María Ximénez de Valdez, María Antonia Ximénez, Juana de San Miguel y Josefa Sánchez; soltera: Ana Guerra. El colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas se estableció primero en 1702, bajo los auspicios del colegio de Santa Cruz de Querétaro. En 1706, llegó a México un decreto real aprobando el colegio, y en enero de 1707 el padre Antonio Margil de Jesús se hizo cargo de la presidencia.

sus compañeros hasta poco después de la fundación de las cuatro primeras misiones.

La expedición de 1716 llegó a la tierra de los indios tejas a finales de junio, y fue acogida por éstos con mucho entusiasmo y varios festejos. Comenzando a principios de julio, se fundaron cuatro misiones entre las tribus de la confederación Hasinai. Con ayuda de Ramón y de Saint Denis, la misión de San Francisco fue fundada de nuevo el 3 de julio para los indios neches y tribus circundantes. Se le impuso un nuevo nombre, Nuestro Padre San Francisco de las Tejas, y al parecer, estaba situada al este de la anterior (fundada en 1690). Era perfectamente lógico que el padre Hidalgo fuese nombrado ministro de esta primera misión[5]. Unos días más tarde se fundó una segunda misión: Nuestra Señora de la Purísima Concepción, a unas quince millas al oeste de la actual Nacogdoches, a orillas del río Angelina. Esta misión, que llegó a ser el centro de los frailes de Querétaro, estaba situada en la aldea principal de los hasinai, la tribu principal de la confederación Hasinai. Ramón llevó luego a los frailes de Zacatecas al solar de la actual Nacogdoches, donde fundó una tercera misión, Nuestra Señora de Guadalupe, en el principal poblado de la tribu nacogdoches. Una cuarta misión, San José, fundada entre los indios nasoni, completaba la red de fundaciones religiosas supervisada por los frailes queretaranos, y es probable que estuviese situada a poca distancia al norte de la actual Cushing, Texas (véase figura 14).

Las nuevas misiones al este de Texas se establecieron en la misma zona donde habían fallado dos en los años noventa del siglo XVII. También estaban bastante alejadas de San Juan Bautista, el asentamiento español más cercano. A pesar de todo, era un riesgo que valía la pena. Si los españoles conseguían afincarse allí, las actividades francesas en el este de Texas podrían ser frenadas. La conversión de los indios tejas podría servir también para influir en las tribus más débiles y hacerles aceptar la religión y el dominio españoles. Y levantando misiones y más tarde un presidio, los españoles sentaban un derecho incontrovertible a la posesión de Texas: el derecho de la ocupación[6].

[5] El lugar exacto de esta misión, y de varias otras, no ha sido confirmado por pruebas arqueológicas.

[6] Observaciones de Domigo Ramón al virrey, 22 de julio de 1716, AMH, tomo XXVII. W. E. Dunn, «Apache Relations in Texas, 1718-1750», *Quarterly of the Texas State Historical Association,* 14, enero de 1911, p. 201, cita.

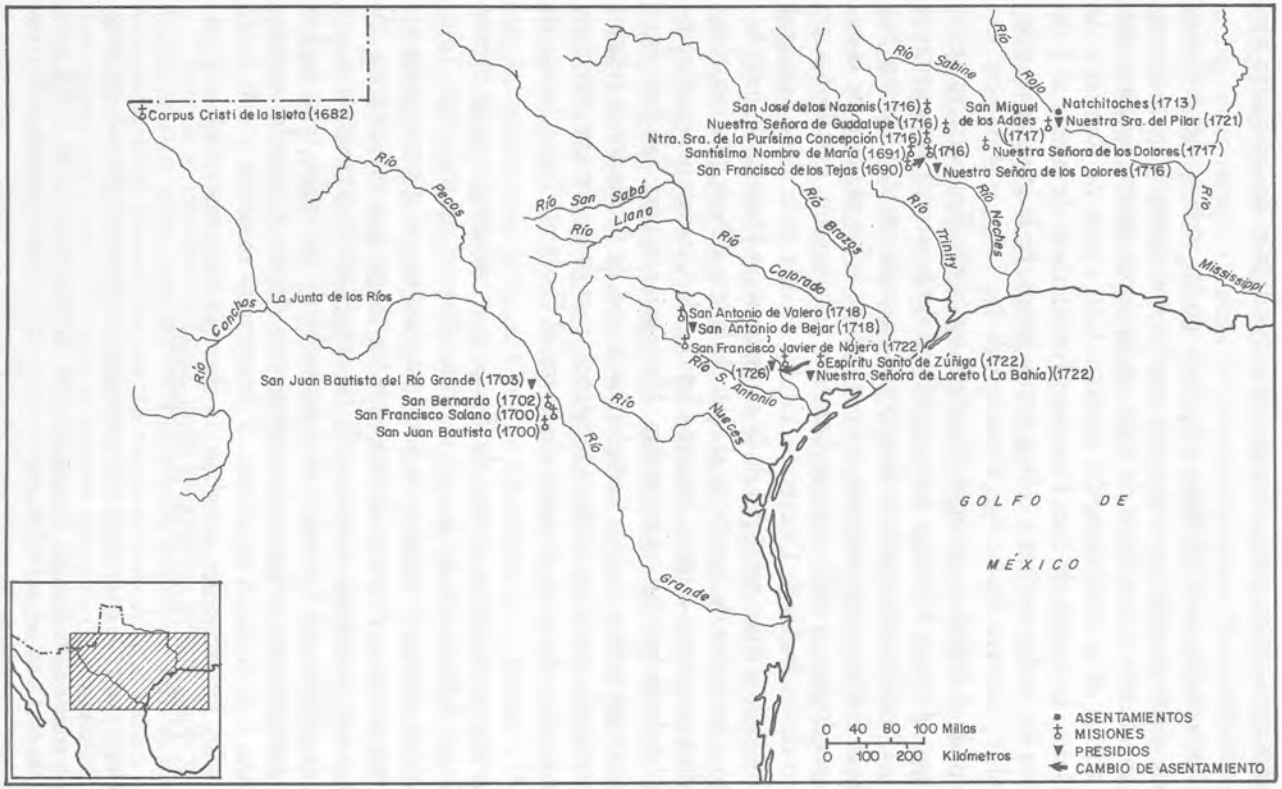


Figura 14. *Misiones y presidios, 1682-1726.*
Este mapa sitúa las misiones y presidios españoles desde el Paso del Norte hasta la actual Luisiana. Estudio cartográfico por Caroline Castillo Crim.

Saint Denis tuvo un papel activo en la consolidación de la presencia española en el este de Texas. Su destreza en las relaciones con los indios y su disposición a cooperar con los sacerdotes causó en ellos una impresión favorable y duradera. Sin embargo, en los años siguientes, Saint Denis acabaría convirtiéndose en una espina en la Corona española, pero entre sus críticos y detractores no estaban los primeros misioneros.

Después de terminar las cuatro primeras misiones, Saint Denis y su suegro, Diego Ramón II se desplazaron a Natchitoches y desde allí a Mobile, a donde llegaron a comienzos de septiembre de 1716. El francés tenía muchas cosas que contar sobre su viaje al río Grande y a Ciudad de México: su entrada en una influyente familia española y su participación en el acercamiento de posibles clientes a Luisiana. El gobernador Cadillac quedó muy impresiondo, pero su problema seguía siendo el mismo de siempre: tenía que encontrar la manera de que Luisiana resultase lucrativa para la compañía que la arrendaba. Otra invasión comercial de México podía dar por resultado un grave incidente internacional y la pérdida de toda la mercancía, pero las relaciones de Saint Denis podrían prevenir esos peligros. El valor y la cantidad de las mercancías que se cargaron a lomos de las mulas compradas por Diego Ramón II indican que había importante apoyo financiero para la segunda aventura de Saint Denis en Texas. Él y Ramón salieron de Mobile en octubre y llegaron a las misiones del este de Texas antes de Navidad. Sin embargo, la situación que encontraron allí no era festiva precisamente.

Desde el principio las dos docenas de soldados y los doce misioneros se habían dado cuenta de lo precaria que era su situación. Aunque los indígenas eran afables, su actitud podía cambiar en cualquier momento. Y en caso de que se volviesen hostiles, la fuente de ayuda más cercana estaba a cientos de millas de distancia, junto al río Grande. En un informe enviado al virrey el 22 de julio de 1716, Domingo Ramón y los franciscanos habían especificado sus necesidades. Si se quería que las misiones fuesen permanentes, necesitarían otros 25 soldados para montar la guardia y una asignación anual de 6.000 pesos con los que comprar regalos adecuados para los indios. Para diciembre, cuando Saint Denis y Diego Ramón II volvieron de Luisiana, las condiciones vigentes en las cuatro misiones justificaban plenamente los temores expresados en el informe. Aunque todo seguía en paz, los indios se negaban a congregarse o a renunciar a sus ídolos y templos. Tratar de forzarles a cumplir los deseos de los frailes parecía arriesgado, porque la fuerza de la escol-

ta militar había quedado reducida por la muerte y las deserciones y cada vez era más evidente que a menos que se fundase un puesto intermediario entre el río Grande y los asentamientos del este de Texas, esta reocupación de Texas parecía condenada a terminar como la de 1693.

La vuelta de Saint Denis levantó la moral de los españoles. A comienzos de 1717, los frailes de Zacatecas fundaron dos misiones más. Nuestra Señora de los Dolores se construyó cerca de la moderna San Agustine, en Texas, para los indios aix, e iba a convertirse en el cuartel general del padre Margil. Se situó una sexta misión, San Miguel de Linares de los Adaes, para los indios adais, cerca del lugar de la actual Robeline, en Luisiana (véase figura 14). Parece ser que Saint Denis ayudó a fundar estas dos últimas misiones y a remediar las necesidades de todos los asentamientos españoles proveyéndoles de maíz del centro comercial francés de Natchitoches. El capitán Ramón completó la misión del este de Texas fundando un presidio, Nuestra Señora de los Dolores junto al río Neches, enfrente de San Francisco de los Tejas, en el extremo occidental de territorio misionero.

Problemas para Saint Denis

En marzo de 1717, Saint Denis salió para San Juan Bautista del río Grande. Iba con él su suegro y llevaban las mercancías que habían adquirido en Mobile. El grupo portaba también mensajes para los funcionarios de Ciudad de México y para Martín de Alarcón, el recién nombrado gobernador de Coahuila y Texas. En el presidio avanzado, la feliz reunión de Saint Denis con su mujer e hija se vio estropeada enseguida cuando el comandante Ramón confiscó todas sus mercancías. Una vez más, el gobernador de Pensacola había recibido información de que Saint Denis iba camino de México con un cargamento valioso e ilegal. Esta información había sido recibida por el virrey, que la mandó al norte, hasta el río Grande. Sin duda Ramón pensaba que su deber era aplicar la ley contra la entrada de mercancías extranjeras y prevenir así cualquier acusación de complicidad con su nieto político. Aun así no pudo evitar cierta medida de crítica. Por su parte, Saint Denis reaccionó con mucha indignación sosteniendo que tenía intención de hacerse súbdito español en virtud de su matrimonio con Manuela, y que, por consiguiente, sus mercancías no eran ilegales. A los pocos días de su llegada a San Juan

Bautista, el caballero francés, decidido a presentar su caso al virrey, emprendió de nuevo el largo viaje hacia Ciudad de México.

Hacía dos años que Saint Denis había encantado al duque de Linares, induciéndole a nombrarle guía y oficial comisario para la reocupación de Texas, pero en 1716 había llegado a Ciudad de México un nuevo virrey, el marqués de Valero. La presencia de Valero fue causa de una tendencia favorable al presidio y a las seis misiones de Texas, que todavía estaban luchando por su existencia. Aunque Valero ordenó la supresión del comercio ilegal de Luisiana, consideró prioritario ayudar a las misiones franciscanas. En esta actitud, el virrey estaba influido por las recomendaciones del padre Olivares, que había vuelto de España. Olivares había escrito favorablemente sobre el paisaje texano y sobre la cosecha de almas, riquísima en potencia, que este territorio brindaba a la Iglesia Católica. Olivares había formulado también un plan para trasladar a cierto número de indios de San Francisco Solano junto al río Grande, al río San Antonio[7]. Sus recomendaciones, junto con las comunicaciones de Domingo Ramón y de los misioneros de Texas, fueron presentadas al virrey y a su consejo asesor. El fiscal de hacienda insistió repetidamente en que se ocupase la bahía de Matagorda para salir al paso de una ocupación francesa, y los planes de una misión que se fundaría a mitad de camino, junto al río San Antonio, recibieron también apoyo oficial. Se eligió para jefe de la expedición a Martín de Alarcón, caballero de la Orden de Santiago y hombre de considerable experiencia en la frontera norte de Nueva España, mientras al padre Olivares se le encargaba la fundación de la nueva misión. Olivares salió para Querétaro a fines de 1716 con objeto de prepararse para esta tarea. Llegando a San Juan Bautista el 3 de mayo del año siguiente, pidió inmediatamente escolta militar, lo que rehusó el comandante Ramón, que no vio la necesidad de consultar con el virrey en vista de lo mermada que estaba la guarnición; esto obligó a Olivares a esperar hasta la llegada de Alarcón, cuya demora no hizo sino excitar el carácter irascible y pomposo del sacerdote[8].

[7] Carta de Antonio Olivares al virrey, 1716, AMH, tomo XXVII.

[8] Méritos y Servicios de Martín de Alarcón, 18 de enero de 1721, AGI, Guadalajara 117.

La expedición de Alarcón

El viaje de Alarcón a San Juan Bautista fue más lento que el de Olivares. Al parecer, salió de Ciudad de México en la primavera de 1717 y llegó a Saltillo en junio. Allí investigó las actividades comerciales de Saint Denis y la posible complicidad de la familia Ramón, con lo que no pudo llegar a los asentamientos avanzados hasta agosto. Los últimos preparativos en el río Grande y la llegada del invierno impidieron a Alarcón cruzar el río hasta la primavera de 1718. Para entonces, sus relaciones con Olivares habían empeorado considerablemente. El sacerdote criticó a Alarcón por la mala calidad de los soldados que había reclutado y por las demoras causadas por la investigación.

La extensa investigación de Alarcón en los asuntos de los Ramón y su cuñado francés le convencieron de que se había frustrado una importante operación de contrabando. Recomendó que se detuviera a Saint Denis en la capital y que a Diego Ramón se le retirase el mando del presidio de San Juan Bautista, pero ninguna de ambas recomendaciones se llevó a cabo. Saint Denis defendió tan bien sus acciones —su esposa era española y las mercancías no eran contrabando, sino su medio de vida— que las autoridades le dejaron en libertad y en posesión de sus mercancías en Ciudad de México, aunque con prohibición de volver a Texas. Más tarde tuvo que escapar de la capital para no ser detenido por otras causas. La familia Ramón capeó el temporal y siguió teniendo influencia en Texas durante muchos años más.

Mientras Alarcón y Olivares invernaban en San Juan Bautista, los asentamientos del este de Texas siguieron desabastecidos. En diciembre de 1717 se intentó aprovisionarlos. El padre Miguel Núñez de Haro cruzó el río Grande con quince soldados y avanzó sobre el río Trinidad, cuya crecida entorpeció su avance a finales de enero del año siguiente. El clérigo y cuatro de los soldados siguieron en Trinidad hasta finales de marzo, cuando se vieron forzados a esconder sus provisiones y pertrechos cerca de un lago y volver al río Grande. Es curioso que los bastimentos escondidos no fueron encontrados por los indios y pudieron ser recuperados más tarde en perfecto estado. Sin embargo, la situación inmediata en las misiones del este de Texas seguía siendo desesperada. Para comienzos de 1718 los frailes estaban sin alimento ni ropa, y carecían incluso de las cosas más esenciales para el cumplimiento de sus obligaciones religiosas. Tanto Margil como Espinosa explicaron lo desespe-

rado de su situación en cartas enviadas en febrero de ese año. Como se lamentaba el padre Espinosa, «la penuria en que nos encontramos nos priva de las cosas más imprescindibles y hasta de ornamentos para celebrar el santo sacrificio de la misa». Menos mal que iba de camino el socorro[9].

Después de meses de espera, la entrada de Alarcón cruzó el río Grande el 9 de abril de 1718. Su expedición no había sido pensada como simple misión militar. Tenía encargo de fundar una base a mitad de camino entre el río Grande y el territorio misionero del este de Texas, con un presidio, una misión y un asentamiento civil. Para poblar este último, Alarcón había reclutado a diez familias de Coahuila y Nuevo León. En total, la entrada se componía de setenta y dos personas, 548 caballos, seis recuas de mulas y ganado. Las relaciones entre Alarcón y Olivares habían ido empeorando hasta que los dos se negaron a viajar juntos.

En lugar de seguir directamente hasta el río San antonio, Alarcón trató de alcanzar el lugar de la antigua colonia de La Salle. Tanto le impidieron el camino arroyos crecidos y bosques tupidos, que acabó renunciando a esta idea y cambiando de ruta. Llegó al río San Antonio el 25 de abril. Olivares, con pequeña escolta, no salió de las cercanías del río Grande hasta el 18 de abril, y yendo en línea recta se reunió con el grupo de Alarcón el 1 de mayo.

La fundación de San Antonio

La misión de San Antonio de Valero fue fundada el día mismo en el que el padre Olivares llegó al río San Antonio. Alarcón le confirió su posesión oficial el 1 de mayo de 1718.

Técnicamente, la nueva misión constituía un traslado de indios de San Francisco Solano, junto al río Grande. Sin embargo, parece ser que para 1718 ni un solo indio había abandonado el territorio de la misión original. La misión más famosa de toda la historia de Texas (su capilla recibiría luego el nombre de El Álamo) comenzó no siendo más que una choza provisional de barro, maleza y paja. Estaba situada cerca de las

[9] Carta de Félix de Espinosa al virrey, 28 de febrero de 1718, AMH, tomo XXVII.

fuentes del arroyo de San Pedro y en un principio sólo había en ella tres o cuatro indios que Olivares había criado desde niños. Cuatro días después de la fundación de San Antonio de Valero se comenzó la construcción del presidio de San Antonio de Béjar en un lugar a cosa de una milla al norte (véase figura 14). Las familias apiñadas en torno al presidio pudieron levantar su primer poblado civil, la villa de Béjar que iba a convertirse en la ciudad más importante de la Texas española, constituyendo así la primera generación de bejareños.

Para el verano de 1718, Alarcón sabía que las provisiones escondidas cerca del río Trinidad habían sido recuperadas intactas y entregadas a las misiones del este de Texas. En consecuencia, se dirigió a paso tranquilo con veintinueve personas a la bahía de Matagorda a comienzos de septiembre. En el río Guadalupe, Alarcón acampó con el grueso de su expedición y mandó desde allí un pequeño destacamento de soldados y tres sacerdotes a la costa. Después de explorar la bahía, Alarcón volvió al campamento de Guadalupe y desde allí siguió su marcha hacia el este de Texas. Llegó a la misión de San Francisco a mediados de octubre, o sea, más de seis meses después de cruzar por primera vez el río Grande.

Alarcón visitó todas las misiones del este de Texas, terminando su tarea el 21 de noviembre. Al tiempo que visitaba las misiones, don Martín confiscó mercancías de origen francés: ricas telas, brocado rematado de oro, 170 piezas de encaje fino y 24 pares de medias azules, todo lo cual era prueba fehaciente de comercio prohibido. Durante su inspección recibió también recomendaciones de los frailes y del capitán Ramón sobre la mejor manera de que España se asentase firmemente en Texas. Sin embargo, en general, no cabe duda de que la expedición de Alarcón fue decepcionante para los misioneros. El gobernador no había conseguido llevar nuevas familias a las misiones ni reclutar los soldados extra que necesitaban para reforzar la guardia militar. Como observa Carlos E. Castañeda, las misiones no estaban mejor a finales de 1718 que dos años antes, cuando fueron fundadas[10].

La impopularidad del gobernador entre los misioneros y la pérdida de confianza en él por parte del virrey, indujeron a Alarcón a presentar la dimisión al volver a México. Sin duda, la principal hazaña de su expedición había sido la fundación de una misión, presidio y poblado civil

[10] Carta del virrey marqués de Valero al rey, 31 de julio de 1719, AGI, Guadalajara 117, Casañeda, *Catholic Heritage*, 2, pp. 102-107, 110, cita.

a orillas del río San Antonio. La importancia estratégica de este puesto avanzado en la Texas española se hizo patente enseguida por causa de los sucesos que iban a tener lugar en Europa.

La «guerra de los pollos» y el abandono del este de Texas

España, descontenta con el Tratado de Utrecht (1713-1714) que le había privado de sus posesiones italianas, llevó a cabo una inoportuna invasión de Sicilia en 1717 y de Cerdeña en 1718. Una alianza de potencias europeas, entre ellas Francia, declaró la guerra a España para defender los acuerdos del tratado. La contienda militar entre Francia y España, que comenzó en enero de 1719 y terminó en febrero de 1720, se extendió, como ocurría con frecuencia, a sus posesiones americanas. Durante el breve conflicto, conocido por el nombre de Guerra de la Cuádruple Alianza, los franceses se apoderaron de Pensacola y atacaron desde Natchitoches la misión española de Los Adaes, que estaba defendida solamente por un soldado y un hermano lego y fue presa fácil para Philippe Blondel y su media docena de hombres. Pero los franceses mostraron más interés en desvalijar el gallinero de la misión que en vigilar al hermano lego, que aprovechó esta circunstancia para escapar.

El hermano franciscano llegó a la misión de Nuestra Señora de los Dolores, el cuartel general del padre Margil, el 22 de junio. Desde allí, la noticia se extendió al presidio de Dolores, donde el capitán Domingo Ramón consideró que la situación era insostenible. Es significativo que tanto él como los misioneros recelaban de su relación con los indios, que estaban armados con mosquetes franceses y favorablemente dispuestos hacia los que les habían dado estas armas. Como consecuencia de la «guerra de los pollos», las seis misiones y el presidio fueron abandonados a toda prisa, dándose así un remate al segundo intento español de afincarse en el este de Texas. Aunque apresurada, la retirada a San Antonio no fue continua. Los fugitivos pasaron aproximadamente tres meses en un campamento situado al oeste del río de la Trinidad y el grueso de la tropa de misioneros, soldados y civiles, no llegó a San Antonio hasta finales de septiembre o comienzos de octubre de 1719.

Antes de que tuvieran lugar estos acontecimientos en Texas, el gobierno español había previsto que la guerra en Europa amenazaría concretamente las partes del imperio que Francia codiciaba. Una cédula real,

con fecha del 11 de junio de 1718, pero no recibida en México hasta el 29 de mayo de 1719, expresaba esta preocupación. En ella el rey y el Consejo de Indias ordenaban severamente a los gobernadores de los puertos y a los capitanes de los presidios que prohibiesen la entrada en Nueva España a naves y expediciones francesas, y que las misiones del este de Texas fueran reforzadas con guardias militares. Asimismo, que el contingente religioso de San Antonio de Valero fuese aumentado con tantos misioneros como se considerase necesario y que se construyese un fuerte en la bahía de Matagorda, en el mismo solar donde había estado la colonia de La Salle.

Estas órdenes reales reforzaban los planes del marqués de Valero, que ya tenía proyectada una nueva expedición a Texas. Su interés por esta empresa aumentó al recibirse en Ciudad de México la noticia de la evacuación del este de Texas. El primer objetivo del virrey consistió en nombrar un sucesor a Alarcón como gobernador de Coahuila y Texas, lo que se hizo en el otoño de 1719. El nombrado no podía ser más idóneo; se trataba de un rico noble español de Coahuila, el marqués de San Miguel de Aguayo.

La expedición de Aguayo y la reocupación del este de Texas

El marqués de Aguayo era descendiente de una vieja familia española con caballeros y nobles aragoneses entre sus antepasados. Sin embargo, su título y sus riquezas le venían de su esposa, Ignacia Javiera de Echeverz, heredera de enormes propiedades en Coahuila. Para el virrey, que estaba en dificultades financieras, la oferta de Aguayo de expulsar a los franceses de Texas y reinstalar las misiones abandonadas a sus propias expensas resultó muy positiva[11].

En realidad, la generosa proposición del marqués de Aguayo era su tercer intento de intervenir en Texas y en tierras situadas más allá de su provincia. En enero de 1715, Aguayo había solicitado autorización oficial para dirigir una expedición de tres o cuatro meses de duración a Gran Quivira. También entonces prometió que la empresa no costaría un céntimo al tesoro real, pero su proposición no fue recomendada por

[11] Carta del marqués de San Miguel de Aguayo al rey, 26 de junio de 1720, AGI, Guadalajara 117.

el fiscal, con lo que el virrey la rechazó el 8 de julio. El marqués, que no se desanimaba con facilidad, volvió a la carga en noviembre del mismo año. Contó que cuando José de Urrutia vivía entre los indios texas, en autoimpuesto exilio, conoció a un indio que había tardado veinte días en llegar de «una tierra situada más allá» en el norte. El viajero informó a Urrutia sobre las ricas tierras y la gran población india de Gran Quivira, donde regía un sistema político propio. También esta vez Aguayo se comprometió a sufragar los gastos de una entrada de exploración, solicitando solamente la aprobación de Ciudad de México, pero esta proposición salió tan mal parada como la anterior, porque el fiscal aconsejó al virrey rechazarla lo «más rápidamente posible». Las proposiciones de Aguayo llegaban en mal momento porque iban a contrapelo de planes entonces en marcha que dieron por resultado la expedición de Domingo Ramón. Pero la tercera proposición del marqués fue más oportuna[12].

A finales de octubre de 1719, Aguayo asumió oficialmente los títulos de gobernador y capitán general de Coahuila y Texas. Comenzó inmediatamente los preparativos de la entrada, pero su salida para Texas se hubo de demorar durante más de un año por circunstancias que, según él mismo dijo, eran tan difíciles que se diría que el infierno entero se le había puesto en contra. Tuvo que lidiar con problemas indios en Coahuila y luego una fuerte sequía mató de 3.500 a 4.000 caballos que había comprado para la expedición. La sequía cedió finalmente el paso a fuertes lluvias, que paralizaron por completo los preparativos[13].

Para finales de 1720, Aguayo tenía ya 500 hombres, toneladas de pertrechos y miles de cabezas de ganado. Sin embargo, las instrucciones finales del virrey disgustaron al marqués, que había planeado una campaña agresiva tanto en Texas como en Luisiana. Francia y España estaban negociando una tregua que pondría fin a la guerra en Europa y por consiguiente, Aguayo no podía desencadenar acciones ofensivas a menos que encontrase abierta resistencia en Texas. También es interesante que, en 1719, el Consejo de Indias apuntara por primera vez la idea de re-

[12] Carta del marqués de San Miguel de Aguayo al virrey, 12 de enero de 1715, AMH, tomo XXVII, proposición del marqués de San Miguel de Aguayo, 9 de noviembre de 1715, AHM, tomo XXVII.

[13] C. W. Hackett, «The Marquis of San Miguel de Aguayo and his Recovery of Texas from the French, 1719-1723», *Southwestern Historical Quarterly,* 41, octubre de 1945, pp. 199-202, según cita.

clutar familias civiles en las islas Canarias para colonizar Texas, y recomendaba el reclutamiento de familias tlascaltecas que sirvieran de modelo para habituar a los colonos a la forma de ser de los indios tejanos.

Mientras el marqués de Aguayo lidiaba con insurrecciones indias y tiempo inclemente en Coahuila, en todo Texas no había otro poblado español que el de San Antonio. El presidio, la misión y el poblado apenas podían dar cobijo a los exiliados del este de Texas, entre los que estaba el padre Antonio Margil. Margil se dio cuenta inmediatamente de lo sensato que era fundar una segunda misión en San Antonio y consiguió el apoyo del gobernador. En diciembre de 1719, escribió una carta a Aguayo felicitándole por su nombramiento, e indicando la necesidad absoluta en que estaban los frailes de Zacatecas de disponer de una misión a mitad de camino entre San Juan Bautista y el este de Texas; a continuación sugería con tacto que ese centro religioso recibiese el nombre del gobernador. La proposición gustó a Aguayo a pesar de la decidida oposición del padre Olivares que estaba en la misión de Valero. Se eligió un lugar fértil que se podía regar construyendo un canal desde el río de San Antonio, y con la ayuda de Juan Valdés, el capitán de San Antonio se fundó oficialmente el 23 de febrero de 1720 la misión de San José y San Miguel de Aguayo, la más afortunada y bella de toda la Texas española.

Nueve meses después de la fundación de la misión de San José, Aguayo pudo enviar por fin su expedición al norte hasta el río Grande. El grueso de la fuerza llegó allá el 20 de diciembre de 1720 y encontró el río crecido por las lluvias recientes. El marqués empezó inmediatamente a hacer experimentos para averiguar la mejor manera de transportar grandes bultos y ganado a través del río, decidiéndose finalmente a construir una balsa de madera de diez vigas cuya capacidad de flotación aumentaba gracias a barriles vacíos sujetos entre ellas. La balsa, fuertemente cargada, fue impelida a través del río Grande con gruesas sogas de las que tiraban cincuenta nadadores indios. No es de extrañar que este trabajo frío y duro pusiese vidas en peligro. A pesar de que se les dio abundancia de aguardiente, chocolate caliente y raciones especiales, todos los indios menos cuatro cayeron gravemente enfermos[14].

Este y otros problemas parecidos demoraron a Aguayo hasta el 24

[14] Ruta de la expedición de Aguayo en la provincia de Texas (1722, AGI, Indiferente General 108, tomo V.

de marzo del año siguiente. Durante este periodo recibió noticia del jefe del presidio de Béjar, diciendo que se creía que Saint Denis estaba reclutando indios para atacar los asentamientos de San Antonio. A fin de salir al paso de esta posibilidad, Aguayo envió soldados para reforzar Béjar y otros cuarenta a las órdenes del capitán Joseph Ramón para ocupar la bahía de Matagorda. A fines de marzo, el grueso de la expedición salió para el río San Antonio. La gran cantidad de ganado hizo que ésta fuera la primera «marcha ganadera» de la historia de Texas. Aguayo había adquirido 2.900 caballos, 4.800 cabezas de ganado y 6.400 ovejas y cabras. Aunque en anteriores entradas también había ido ganado, los ranchos españoles de Texas comenzaron en 1721 con la llegada de estos enormes rebaños.

La expedición llegó a San Antonio el 4 de abril, y siguió allí hasta el 13 de mayo de 1721, cuando reanudó la marcha acompañada por los exiliados tejanos. A causa de ríos crecidos, Aguayo tuvo que desviarse al norte del Camino Real que unía los asentamientos del este de Texas con San Antonio y el río Grande. No volvió al Camino Real hasta que se vio cerca del actual Navasota, y entonces lo siguió hasta los solares de las antiguas misión y presidio, entre los ríos Trinidad y Rojo. Entonces el marqués tomó medidas para restablecer y asegurar las seis misiones del este de Texas, para lo cual se entrevistó con Saint Denis el 1 de agosto y aceptó en la práctica la tregua entre Francia y España, con tal de que el jefe francés evacuara Texas y se retirase a Natchitoches. Ante el volumen del ejército de Aguayo, Saint Denis no pudo hacer otra cosa que acceder. Para defender los derechos españoles, la expedición Aguayo estableció el presidio de Nuestra Señora del Pilar a corta distancia del solar de la antigua misión de San Miguel de Linares, dotándolo con 100 hombres (véase figura 15). En los años siguientes, Los Adaes serviría a modo de capital española de Texas, mientras el río Hondo, un pequeño arroyo que iba entre aquél y Natchitoches, sería reconocido por España y Francia como frontera entre Texas y Luisiana[15].

Las seis misiones fundadas por la expedición de Domingo Ramón se volvieron a poner en manos de frailes de los colegios de Querétaro y Zacatecas. A modo de seguridad y ayuda extra para los misioneros, Aguayo fundó de nuevo el presidio Dolores (llamado habitualmente Presidio de los Tejas), pero trasladándolo del río Neches a un lugar

[15] *Idem.*

cerca del río Angelina y de la misión Purísima Concepción[16] (véase figura 16).

El 17 de noviembre de 1721, Aguayo inició una difícil marcha invernal de regreso a San Antonio, a donde llegó el 22 de enero de 1722. La marcha fue especialmente dura para sus caballos y mulas, lo que le forzó a enviar agentes a Coahuila para traer repuestos. Mientras esperaba la llegada de animales y provisiones para el regreso a Coahuila, Aguayo eligió un nuevo solar para el presidio de Béjar y ordenó su construcción con ladrillos de adobe (véase figura 17). Ordenó también la fundación de una misión que fue efímera y desafortunada: San Francisco Javier de Nájera, al sur de la misión de Valero[17].

A comienzos de marzo, Aguayo envió al capitán Gabriel Costales a la bahía de Matagorda con cincuenta hombres para reforzar a los cuarenta enviados allí anteriormente al mando de don Joseph Ramón. Aguayo mismo le siguió a mediados de marzo con otros cuarenta hombres para rematar la construcción de un presidio que vigilase la importantísima región contra incursiones francesas. Los cimientos del presidio de Nuestra Señora de Loreto se asentaron el 6 de abril, ubicado en el mismo sitio del antiguo fuerte de Saint Louis de La Salle (véase figura 18). Aguayo supervisó también la fundación de la cercana misión del Espíritu Santo de Zúñiga, para los indios cocos, karankawas y cujanes. El presidio, dotado con una guarnición de noventa hombres, y la misión, iban a ser conocidos por el nombre de La Bahía, por la denominación española de la bahía de Matagorda[18]. Para finales de abril, el marqués de Aguayo estaba de vuelta en San Antonio, donde fue recibido por sus agentes con una nueva tanda de caballos. Hizo preparativos inmediatos para volver a Coahuila y salió el 5 de mayo, dejando una guarnición de cincuenta y cuatro hombres en el nuevo presidio de Béjar. Aguayo llegó a Monclova el 25 de mayo y disolvió sus fuerzas el último día de ese mes. Después de informar de sus considerables servicios al rey, subrayando su defensa de Texas contra las pretensiones de Saint Denis en Nat-

[16] Testimonio de la posesión de misiones, 1721, AGI, Guadalajara 117. Celebró misa el padre Margil de Jesús el 18 de agosto de 1721 en Nuestra Señora de los Nacogdoches, la primera de las misiones restauradas.

[17] Carta del marqués de San Miguel de Aguayo al virrey, 8 de abril de 1722, AGI, Guadalajara 117.

[18] Carta del marqués de San Miguel de Aguayo al virrey, 1 de mayo de 1723, AGI, Guadalajara 117.

chitoches, Aguayo dimitió como gobernador de Coahuila y Texas y se retiró a la vida privada[19].

Aguayo sería luego criticado por el costo del mantenimiento de los presidios que había hecho construir en Texas, pero, en términos generales, su expedición consolidó más que nunca los derechos de España a la provincia. Aguayo había vuelto a fundar seis misiones, construido dos nuevas y autorizado una tercera; construyó también dos presidios más (ambos situados en puntos donde se temía la agresión francesa) y cambió de sitio otros dos; además, aumentó la fuerza de la guardia militar de 60 ó 70 a 268 hombres. Sus logros iban a ser minados pronto por el tacaño repliegue ordenado por Madrid, pero dentro del contexto del momento —guerra en Europa, seis misiones y un presidio abandonados en el este de Texas, los asentamientos de San Antonio todavía en su infancia, la bahía de Matagorda aún por ocupar y vulnerable— Aguayo se comportó admirablemente y con grandes desembolsos. Como afirma Eleanor C. Buckley, «la expedición de Aguayo fue posiblemente la mejor llevada a cabo de todas... las que entraron en Texas y por lo que a resultados se refiere, posiblemente la más importante». Charles W. Hackett elogia también la obra de Aguayo en Texas, calificándola de «altamente constructiva y duradera». Los acontecimientos ulteriores, sobre todo las crisis de los años treinta del siglo XVIII, pusieron en peligro la presencia misma de España en Texas. Esos riesgos pueden haber sido inevitables, pero no deben achacarse ni a los logros ni a los consejos del marqués de San Miguel de Aguayo[20].

[19] Carta del marqués de San Miguel de Aguayo al virrey, 13 de junio de 1722, AGI, Guadalajara 117.

[20] Eleanor C. Buckley, «The Aguayo Expedition into Texas and Louisana, 1719-1722», *Quarterly of the Texas State Historical Association*, 15, julio de 1911, pp. 60-61; C. W. Hackett, «Visitador Rivera's Criticisms of Aguayo's Work in Texas», *Hispanic American Historical Review*, 16, mayo de 1936, pp. 162-172, cita. Hackett calcula los gastos de Aguayo en más de 130.000 pesos.

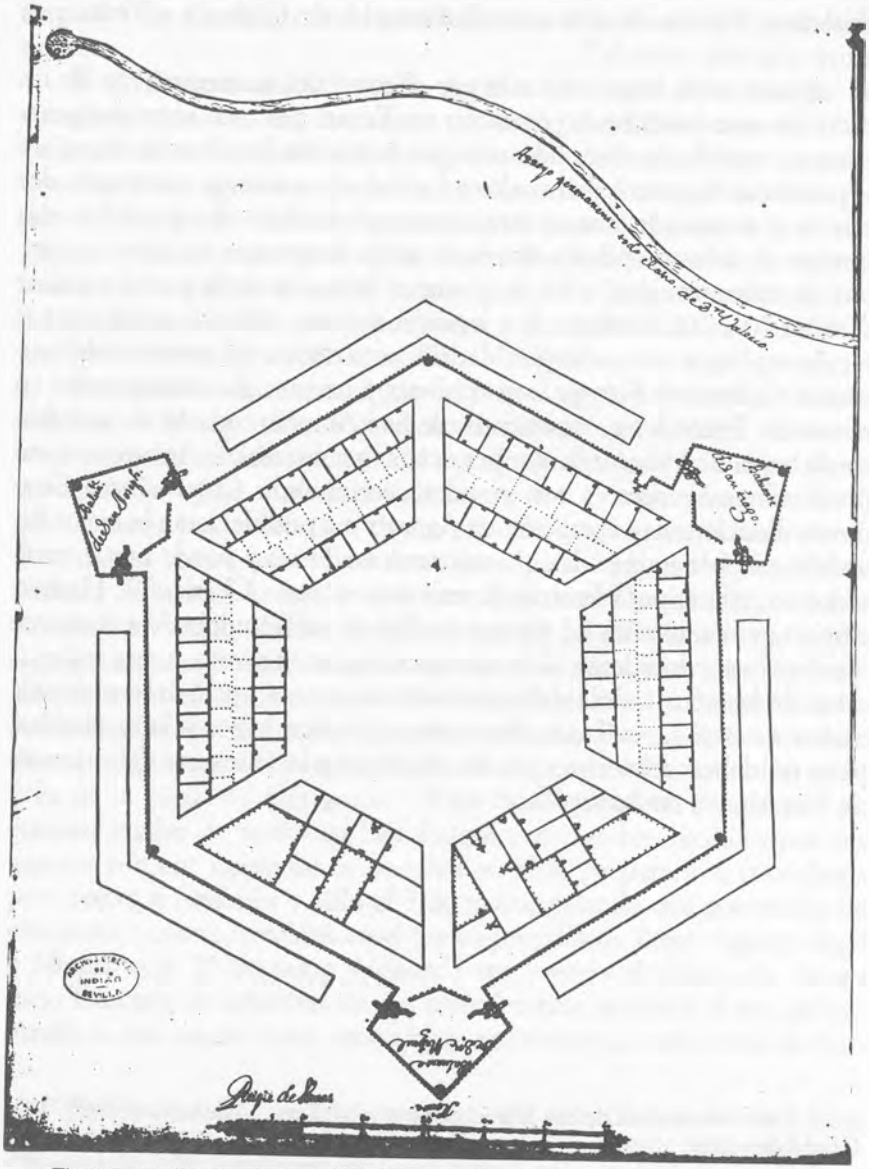


Figura 15. *Plano del presidio Nuestra Señora del Pilar de los Adaes.* Posible distribución del presidio más oriental fundado en 1721 por el marqués de San Miguel de Aguayo. Reproducido con autorización del Archivo General de Indias (Mapas y Planos, México 112).

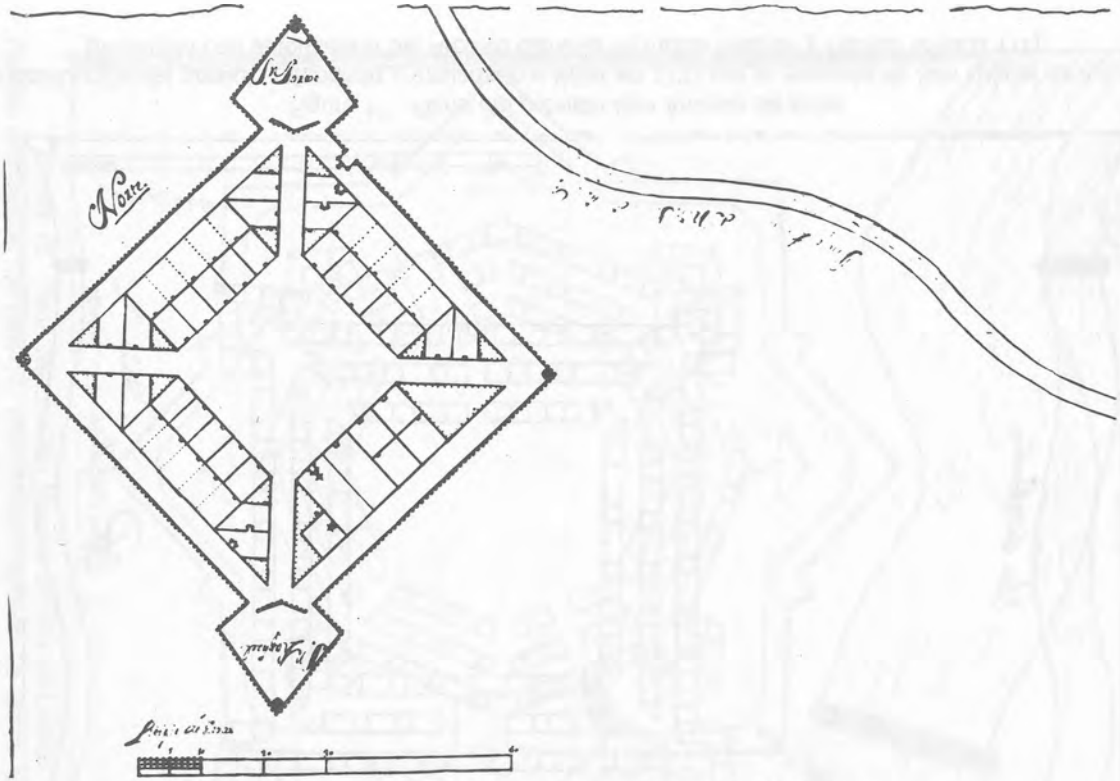


Figura 16. *Plano del presidio Nuestra Señora de los Dolores.*
Posible distribución del presidio refundado en 1721 por el marqués de San Miguel de Aguayo. Esta guarnición, comúnmente llamada Presidio de los Tejas, protegía la misión más occidental del este de Texas. Reproducido con autorización del Archivo General de Indias (Mapas y Planos, México 112).

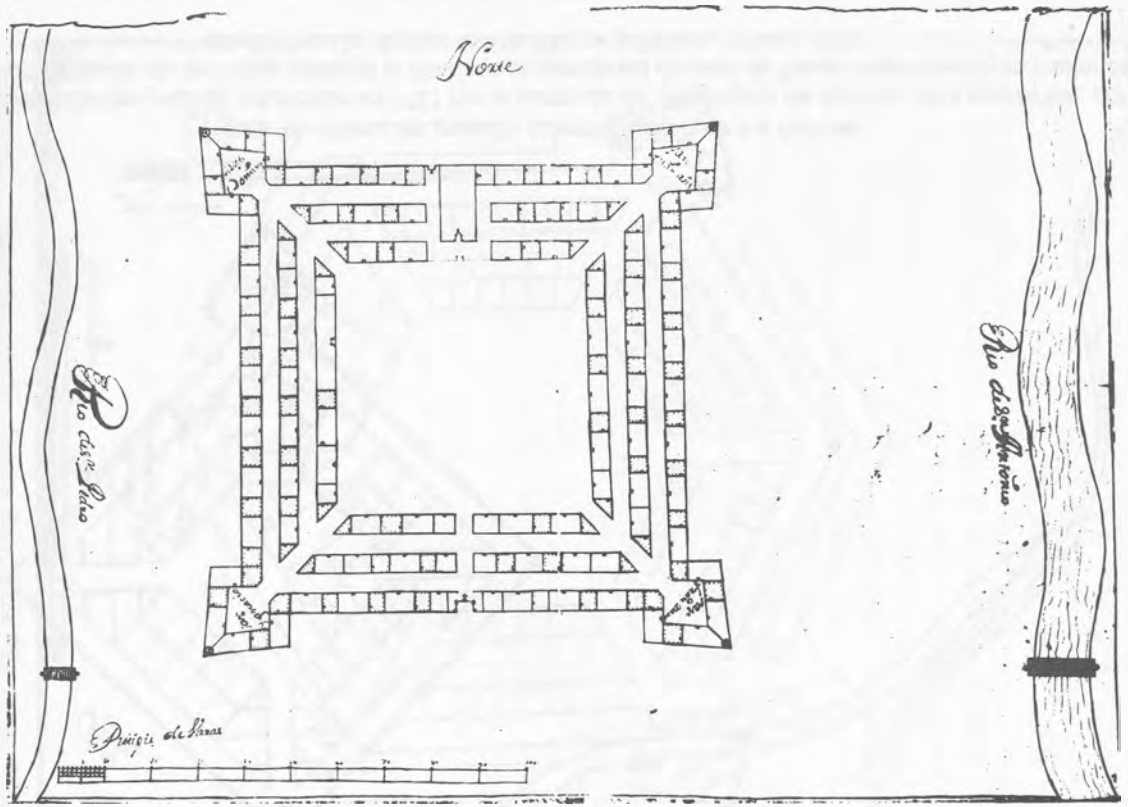


Figura 17. *Plano del presidio San Antonio de Béjar.*
Posible distribución del presidio refundado y trasladado a Béjar en 1722 por el marqués de San Miguel de Aguayo. Reproducido con autorización del Archivo General de Indias (Mapas y Planos, México 117).

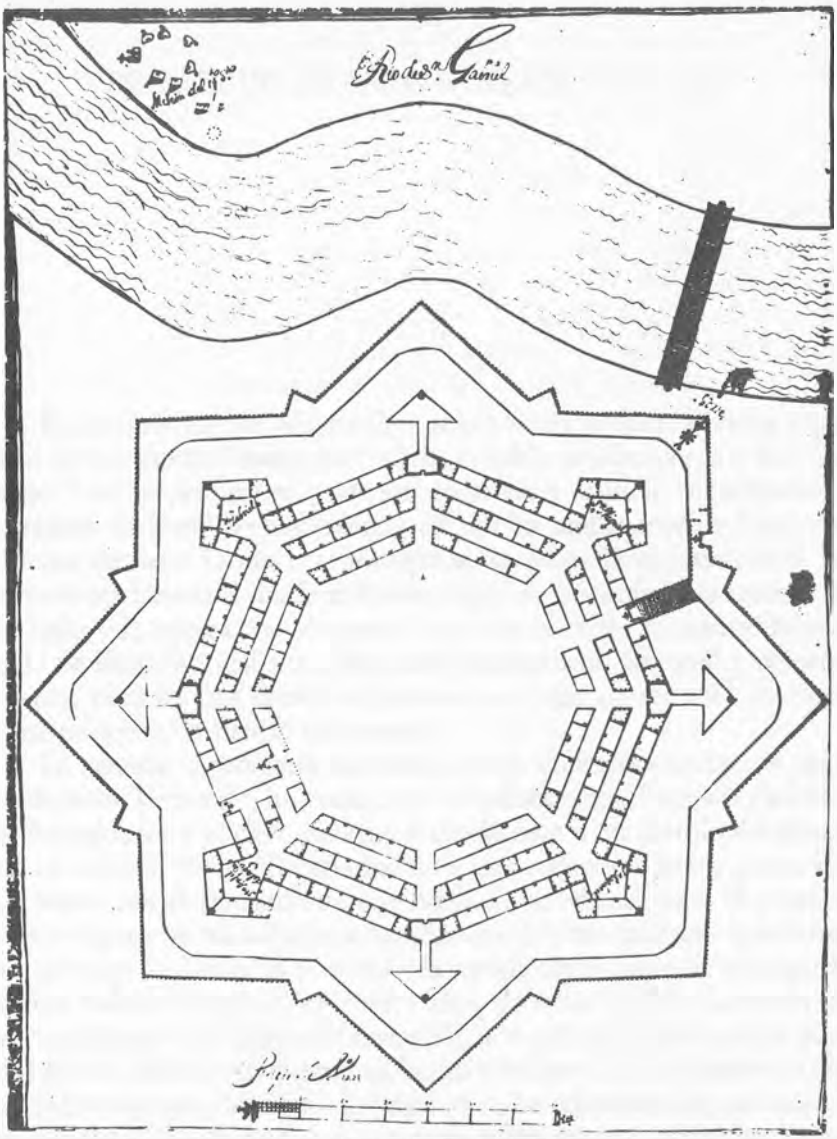
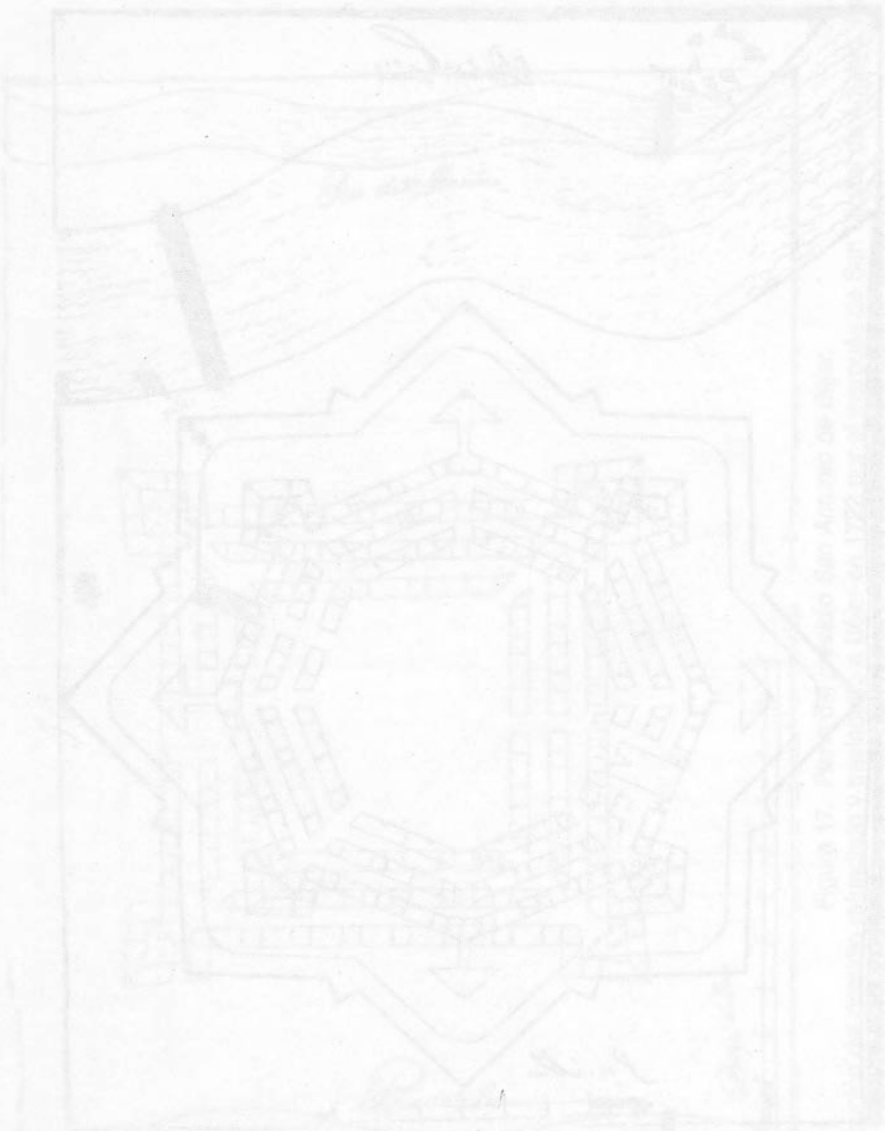


Figura 18. *Plano del presidio Nuestra Señora de Loreto.*
Posible distribución del presidio, comúnmente llamado La Bahía, fundado en 1722 por el marqués de San Miguel de Aguayo junto al fuerte de Saint Louis de La Salle. Reproducido con autorización del Archivo General de Indias (Mapas y Planos, México 115).



VII

REPLIEGUE. ISLEÑOS E INDIOS (1722-1746)

El marqués de San Miguel de Aguayo había anclado la Texas española en tres puntos vitales: Los Adaes, la bahía de Matagorda y San Antonio. Con la primera se pudieron controlar y frustrar las actividades francesas en Natchitoches y cortar de raíz las ambiciones de Louis Juchereau de Saint Denis; con la segunda, se defendió la costa contra las incursiones francesas desde el mismo lugar de la desdichada colonia de La Salle; y la tercera, San Antonio, junto con el recién reconstruido presidio de Béjar, brindaba una base muy necesaria de descanso y repostamiento, pero las dos décadas siguientes, en lugar de ser años de constante progreso, lo fueron de prueba.

En general, la provincia no sufrió «una proliferación de nuevos asentamientos»; la muerte, los traslados y las jubilaciones diezmaron las filas de los soldados y el clero pionero, y condujeron a un cambio del personal esencial; la paz en Europa indujo a una reducción de los gastos del gobierno, con el resultado de que hubo de ser abandonado el presidio de los Tejas y se trasladaron a San Antonio las tres misiones queretaranas del este de Texas; el presidio y la misión de la bahía de Matagorda apenas habían cumplido los cuatro años de edad cuando hubieron de ser trasladados a un lugar más favorable, junto al río Guadalupe; las guerras con los indios comenzaron en los años veinte y se intensificaron considerablemente en los treinta del siglo XVIII; los colonos civiles reclutados en las islas Canarias fundaron el primer municipio oficial en San Antonio, pero su llegada dio lugar a graves problemas internos en Béjar; un gobernador ordenancista y una terrible epidemia desencadenada en 1739 estuvieron a punto de poner fin catastróficamente a las misiones de San Antonio, y para comienzos de los años cuarenta del mismo siglo los asen-

tamientos restantes del este de Texas podrían ser calificados de mendicantes. En este capítulo se detalla la historia de la Texas española en esos años de prueba dignos del santo Job, que hubieron de ser sobrellevados hasta que la provincia se estabilizó y se pudo comenzar a pensar en ampliarla.

Cambio de jefatura en Texas

La retirada de Aguayo a la vida privada a comienzos de los años veinte del siglo XVIII fue sintomática de los cambios que ya estaban empezando a diezmar las filas de los que habían sentado los cimientos de la Texas española. El padre Olivares, viejo y de frágil salud, se había retirado de la misión de San Antonio de Valero el 8 de septiembre de 1720. Le sucedió allí el padre Francisco Hidalgo. En 1721 el padre Espinosa se fue de la misión de Concepción, en el este de Texas, para asumir la custodia de su colegio de Querétaro. Al año siguiente el padre Margil fue llamado también de Texas para asumir el puesto de presidente de su colegio de Zacatecas.

En el presidio de La Bahía, Domingo Ramón murió prematuramente a finales de 1723, víctima de la puñalada que le asestó un enfurecido indio karankawa con unas tijeras. Su padre, el comandante Diego Ramón, murió de muerte natural en San Juan Bautista a comienzos de 1724. En el verano de 1725, el padre Francisco Hidalgo dimitió de su puesto en la misión de Valero esperando ser nombrado misionero en tierra de apaches, pero sus superiores franciscanos no hicieron realidad este deseo. En septiembre de 1726, Hidalgo, el más resuelto defensor de las misiones en Texas y Coahuila desde hacía más de treinta y cinco años, murió en su retiro de la misión de San Juan Bautista, y el mismo año falleció también el padre Antonio Margil de Jesús, posiblemente el franciscano más famoso de Texas. Saint Denis sin embargo siguió viviendo en Natchitoches. Como jefe del puesto avanzado francés, participó aunque fuese periféricamente en la historia de Texas durante casi dos décadas más.

El «cambio de la guardia» en Texas fue prólogo de reajustes más profundos que ya se preparaban en Ciudad de México. En octubre de 1722, Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, había sido nombrado virrey de Nueva España. Entre las instrucciones que recibió del rey

Felipe V, había órdenes específicas de que se examinasen a fondo las defensas del virreinato a fin de introducir en ellas reformas económicas. El mantenimiento en una frontera lejana de presidios de cuya administración se sospechaba que estuviese corroida por la corrupción y la ineficiencia parecía más caro que útil.

Había a lo largo del extremo norte de Nueva España veinte presidios y tres guarniciones móviles que iban desde Sinaloa y Sonora hacia el este hasta la costa del golfo de México, y cuatro de los presidios estaban situados en la provincia de Texas. La sospecha de corrupción desenfrenada en muchos de estos puestos militares avanzados estaba justificada. Los capitanes presidiales recibían mucho más de lo razonable cobrando en mercancías en lugar de un sueldo en metálico, y además enviaban a sus soldados a trabajar sus tierras particulares, apartándoles así de su responsabilidad esencial, que era el servicio del rey. En algunos casos, los presidios ya no tenían ninguna utilidad, porque los indígenas locales estaban pacificados gracias a los esfuerzos de los frailes misioneros. Aunque estas circunstancias no eran corrientes en Texas, los presidios ya habían costado 370.000 pesos al tesoro real.

Las inspecciones de Rivera y Sevillano

Como la paz en Europa había eliminado la amenaza de agresión francesa desde Luisiana, los presidios de Texas fueron sometidos a un escrutinio especialmente cuidadoso. Un ex gobernador de Tlaxcala y jefe provisional de la fortaleza del puerto de Veracruz, el coronel Pedro de Rivera y Villalón fue ascendido y nombrado inspector general de toda la frontera norte de Nueva España. En Texas su misión específica consistió en sacudir los cimientos mismos de la presencia española en esa provincia.

El general de brigada Rivera salió de Ciudad de México para comenzar su visita de inspección en noviembre de 1724. Investido con poderes de inspección de los que ningún capitán presidial podía hacer caso omiso, recibió orden de enviar un informe sobre cada presidio, dando su situación exacta, el tipo de paisaje circundante, las tribus indias de sus cercanías y su disposición general, así como también las relaciones existentes entre cada puesto avanzado y los presidios y misiones cercanos. Rivera comenzó su misión en las regiones occidentales y fue hacia

el este cruzando la vasta frontera de Nueva España. Esta misión le llevó más de tres años y medio, durante los que recorrió cosa de 7.500 millas a caballo. Sobre cada uno de los veintitrés puestos militares preparó un informe en tres partes: la condición de la guarnición al llegar él, su situación al irse y sus recomendaciones para el futuro[1].

El inspector general no alcanzó San Antonio hasta finales del invierno de 1727, y llegó allí por Monclova y San Juan Bautista. El 23 de marzo comenzó su inspección por Los Adaes, donde no descubrió irregularidades serias en su guarnición de 100 soldados. Sin embargo, en el presidio de los Tejas reinaba casi la situación contraria. La disciplina era inexistente entre sus veinticinco soldados y el «fuerte» ofrecía un lamentable aspecto de construcción deficiente. Como comenta agriamente Rivera, se trataba de «una colección de cabañas mal hechas con estacas y forraje que no merecía el honorable nombre de presidio de los Tejas». Rivera, evidentemente, llegó enseguida a la conclusión de que aquel presidio no merecía ser conservado, sobre todo en vista de que en las misiones cercanas no había un solo indio, de modo que no se molestó en preparar su futuro reglamento. Por otra parte, el presidio de Nuestra Señora de Loreto, trasladado entonces al río Guadalupe, le impresionó sobremanera: la disciplina era excelente, y los soldados, al mando de Joseph Ramón, estaban bien uniformados y eran hábiles en el manejo de las armas. Excepción hecha del número de guardias (90 hombres) que le pareció excesivo, aprobó totalmente en su informe el funcionamiento de la guarnición. El cuarto presidio de San Antonio también le impresionó. Encomió la disciplina de los cincuenta y cuatro soldados y su acertada resistencia contra los ataques apaches a los asentamientos de San Antonio[2].

Rivera terminó la inspección de la parte texana de su misión el 13 de diciembre de 1727. Encontró muy de su gusto San Antonio, con su abundancia de agua y buenos pastos en torno al presidio. Sin embargo, sus recomendaciones para toda la provincia, así como también los esfuerzos del virrey por llevarlas a la práctica, iban a estirar los recursos

[1] Carta del marqués de Casafuerte al rey, 2 de marzo de 1730, AGI, Guadalajara 144.

[2] Testimonio del Proyecto de Rivera, 2 de junio de 1730, AGI, Guadalajara 144. La intransigencia de los indios karankawas y una situación geográfica malsana forzaron a trasladar el presidio y la misión de La Bahía al río Guadalupe en 1726.

de San Antonio hasta el punto de poner en peligro la seguridad de la Texas española.

En el momento exacto en que Rivera estaba llevando a cabo su inspección de los presidios de Texas, llegó allí otro visitante oficial. Era el padre Miguel Sevillano de Paredes, elegido por el comisario general de Nueva España como visitador general de las misiones del río Grande. En su zona de inspección estaba también San Antonio de Valero, sin duda por causa de sus orígenes como una de las misiones del río Grande. El padre Sevillano era veterano de Texas, a donde había llegado en 1716. Su nombramiento más reciente había sido en la misión de Valero, donde estuvo hasta 1727. En el momento de su visita, Sevillano iba camino de Querétaro, donde había sido nombrado custodio. Es posible que tanto el comisario general como el padre Sevillano estuvieran al tanto de las inminentes recomendaciones de Rivera. Un informe al virrey, presentando una perspectiva distinta de la que cabía esperar de un militar podría ser vital para el futuro de las misiones de Texas. En octubre de 1727, el padre Sevillano volvió a San Antonio, donde inspeccionaría la misión que mejor conocía por experiencia personal.

Por entonces, ya San Antonio de Valero había sido trasladado de sitio por tercera vez en sólo tres años. Atendía a un total de 273 indios divididos en siete familias de cinco tribus. La nueva iglesia había sido construida con barro, paja y ramas, y se estaba construyendo un acueducto para irrigar los campos de la misión. Sin embargo, la principal preocupación de los padres misioneros era la seguridad. Los apaches habían diezmado ya en dos ocasiones su ganado. A través del informe de Sevillano, los sacerdotes expresaban la necesidad urgente de una iglesia de piedra que sirviese también de bastión defensivo. Al mismo tiempo reconocían lo difícil que tenía que ser atraer buenos albañiles a una frontera tan remota y peligrosa.

El padre Sevillano terminó su inspección en San Antonio a mediados de octubre y luego procedió a una tarea más amplia; la inspección de las misiones del río Grande. A comienzos de noviembre de 1727 terminó su visita y preparó un informe para el virrey cuyas recomendaciones eran contrarias a las de Rivera. Pero de nada iba a servir, porque el rey había ordenado un repliegue.

Rivera preparó su largo informe sobre Texas en marzo de 1728. Entre otras cosas se recomendaba cerrar el Presidio de los Tejas y reducir considerablemente la guardia de las tres guarniciones restantes. Un año

después, tras consultar con sus asesores, el virrey ordenó cambios en Texas que coincidían con los propuestos por Rivera. La guarnición de Los Adaes se redujo de 100 a 60 hombres, la de La Bahía de 90 a 40 y la de San Antonio de 54 a 44. Siguiendo las recomendaciones de Rivera de que el presidio de los Tejas debía ser abandonado, la guarnición se vio amenazada por el cierre. Se ordenó reducir en 125 el total de soldados destacados en Texas. Las órdenes del virrey dejaron sólo 144 en toda la provincia, con los presidios de La Bahía y San Antonio defendidos sólo por 40 y 44 soldados respectivamente. Pero la reorganización fue catastrófica para los sacerdotes de las tres misiones queretaranas del este de Texas[3].

El traslado de tres misiones del este de Texas a San Antonio

Los frailes de las misiones de Concepción, San Francisco y San José protestaron inmediatamente por el cierre del Presidio de los Tejas, aduciendo que ese puesto militar avanzado era absolutamente esencial para la supervivencia de las tres misiones, las cuales, sin él, se verían aisladas unas a 60 leguas de distancia de Los Adaes y 150 leguas de San Antonio. La existencia en la zona de indios potencialmente peligrosos, equipados con armas de fuego y pólvora que les suministraban los franceses, hacía la situación más peligrosa todavía. Sin embargo, si la decisión del virrey era irrevocable, los frailes pedían permiso para trasladar sus misiones a un lugar más favorable, o para volver a su colegio misionero de Querétaro.

Las urgentes solicitudes de los misioneros del este de Texas no produjeron en Ciudad de México la reacción que se esperaba. Después de terminar su vasto viaje de inspección, Pedro de Rivera recibió un puesto especial de asesor del virrey, en cuya capacidad pudo desactivar un torrente de protestas contra la validez de sus recomendaciones, consideradas demasiado radicales, y acabó consiguiendo del virrey el cierre in-

[3] Testimonio del Proyecto de Rivera, 2 de junio de 1730, AGI, Guadalajara 144; Regulaciones de los Presidios de las Provincias Internas, 1729, AGI, Guadalajara 144. Las reducciones del número de soldados, junto con reducciones en la paga de los que quedaron en Texas, dieron por resultado un ahorro de más de 45.000 pesos al año para el tesoro real.

mediato del Presidio de los Tejas. Rivera aceptó que las tres misiones de Querétaro se trasladaran al oeste, al río Colorado, con tal de que se hiciera sin gastos para el tesoro real.

En julio de 1730 las misiones se trasladaron al Colorado donde sólo permanecieron unos pocos meses. El abandono de las avanzadillas religiosas en el extremo occidental del territorio misionero del este de Texas, puso fin a catorce años de esfuerzos y condujo a la pérdida de influencia entre los indios cercanos. Entre marzo y mayo de 1731, las tres misiones volvieron a ser trasladadas, esta vez a lo largo del río San Antonio, lo que provocó presiones en los asentamientos en un momento en que estaban amenazados por las incursiones apaches y justo cuando se trataba de aclimatar a los colonos civiles de las islas Canarias[4] (véase figura 19).

La presencia de cinco misiones en San Antonio significaba que gran número de indios se congregarían allí. Hasta que se volvieran autosuficientes, los tres nuevos centros religiosos dependerían de provisiones, y sobre todo, grano y ganado de Saltillo, por vía de San Juan Bautista. Al ser peligroso el viaje por la frontera, se había destacado una guardia de doce soldados a Saltillo para defender a los misioneros y los envíos de provisiones que iban camino de Texas. Como parte de la campaña de reducción de gastos, se suprimió la guardia de Saltillo, con lo que la responsabilidad por la seguridad de los viajeros pasó a manos del presidio de Monclova. A pesar de todo, este servicio de escolta quedaba reducido a sólo cuatro viajes al año. Las urgentes necesidades de alimentos y pertrechos de San Antonio hacían que los misioneros no pudiesen esperar a que llegasen los convoyes trimestrales escoltados.

Incursiones apaches en San Antonio

Los viajes sin escolta entre San Juan Bautista y San Antonio incitaban a los apaches a intensificar sus incursiones. En los primeros seis meses de 1731 murieron una mujer y dos soldados, fue capturado un niño

[4] Las misiones cambiaron su nombre por los de La Purísima Concepción de Acuña, San Francisco de Espada y San Juan Capistrano; este último se llamaba antes San José, y el nombre se cambió por causa de la existencia de una misión anterior: San José y San Miguel de Aguayo.

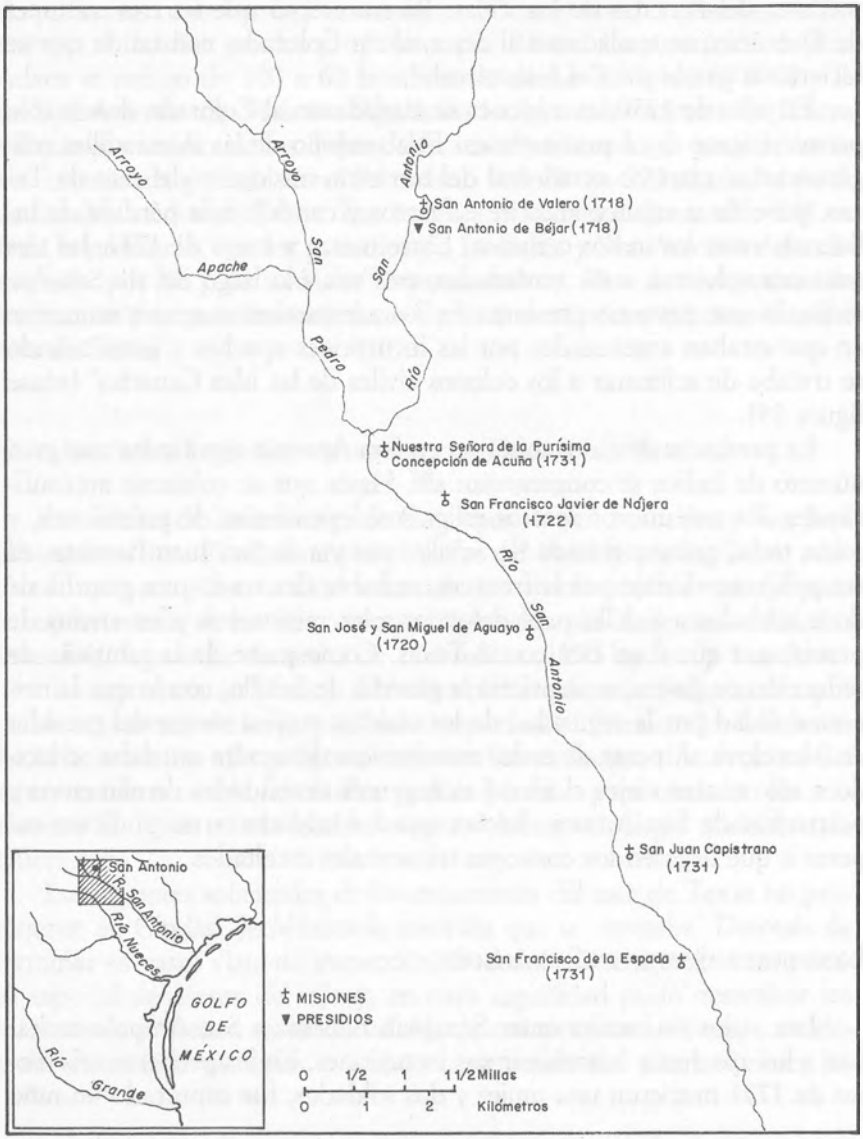


Figura 19. *Presidio y misiones en Béjar.*
Este mapa sitúa el presidio y la misión en San Antonio en 1731. La misión de San Francisco Javier de Nájera, fundada en 1722 por el marqués de San Miguel de Aguayo, cesó en sus actividades en 1726. Cartografía de Caroline Castillo Crim.

y se perdieron caballos y equipajes. Rivera reaccionó ante tan evidentes peligros ordenando a los presidios de Béjar y San Juan Bautista que facilitasen una escolta de nueve hombres siempre que fuera necesario reabastecer las misiones de San Antonio. Sin embargo, esto no bastó para resolver los graves problemas que planteaban los apaches, problemas que en realidad llevaban muchos años complicándose.

Buena parte de las dificultades se derivaban del hecho de que los apaches eran enemigos jurados de los indios tejas. Tradicionalmente, las tribus tejas situadas al este del trecho medio del río Colorado estaban aliadas contra los apaches, y los españoles, por causa de su íntima relación con los indios tejas, heredaron, como es natural, esta enemistad. Por ejemplo, los apaches amenazaban de vez en cuando San Antonio desde su misma fundación en 1718. Desde Coahuila, el marqués de San Miguel de Aguayo se había esforzado por hacer la paz con ellos en 1720, pero sin éxito. En su viaje de Monclova a San Antonio, el marqués había tenido escaramuzas con indios que parecían apaches. Estando en Texas, Aguayo intentó una política de reconciliación que no dio resultado alguno. Después de su vuelta a Coahuila, los apaches siguieron acosando San Antonio y robando caballos.

En abril de 1722, el capitán Nicolás Flores y Valdés tomó el mando del presidio de San Antonio de Béjar. Unos dieciséis meses más tarde (el 17 de agosto de 1723) los apaches llevaron a cabo una incursión contra la guarnición, a la que robaron ochenta caballos. Flores persiguió a los indios atacantes y tras una carrera de 130 leguas libró con ellos una batalla de seis horas, posiblemente cerca de la actual Brownwood (Texas). Mató a 34 apaches, recuperó 120 caballos y mulas y capturó a 20 mujeres y niños indios.

Para mediados de los años veinte del siglo XVIII, las relaciones con los apaches se distinguían por tanteos de paz y disputa entre Flores y el padre Joseph González, misionero de San Antonio de Valero, sobre la política a seguir con los indios. El militar pensaba que las mujeres y los niños cautivos le daban una prenda con la que negociar con los indios, mientras el misionero los consideraba un impedimento para la paz. Con cierta justicia, González afirmaba también que Flores quería guardar sus rehenes para hacerlos esclavos. Las diferencias entre los dos hombres condujeron a la destitución temporal del jefe del presidio, que sin embargo, fue restituido poco después a su puesto.

A pesar de todo, las dificultades con los apaches continuaron a lo

largo de 1724 y 1725, a pesar de intentos españoles de reconciliación. Al parecer, los tanteos de paz de los españoles tenían por objeto usar a los apaches a modo de barrera contra las tribus del norte y contra la influencia francesa a lo largo del río Rojo. Por razones que siguen sin ser explicadas, los años 1726-1730 fueron de relativa paz en las relaciones hispano-apaches.

La expedición de Berroterán de 1729

Hacia el final de este intervalo pacífico, el virrey marqués de Casafuerte decidió, con el apoyo de Pedro de Rivera, explorar el territorio del río Grande y sus habitantes entre San Juan Bautista y La Junta de los Ríos. Eligió para tan difícil empresa a Joseph Berroterán, jefe del presidio de Conchos, que iría a San Juan Bautista y luego exploraría río arriba hacia su punto de partida.

Don Joseph comenzó su misión con setenta soldados y seis auxiliares indios el 13 de enero de 1729. En lugar de seguir el curso del río Grande, Berroterán consideró necesario ir por un territorio sumamente difícil situado al sur del río, y por ese camino perdió caballos y mulas casi a diario. La escasez de agua para sus hombres y una remuda de más de 300 animales era muy grave. Por ejemplo, en un trecho de treinta y dos leguas sin agua, murieron de «fatiga» doce caballos y dos mulas. Indígenas hostiles empeoraron la situación siguiendo la expedición de cerca casi constantemente, pero en abril Berroterán encontró indios pacuache. Éstos, que iban a la caza de búfalos, mostraron una actitud amigable. Finalmente, el 16 de mayo, acercándose ya a su destino, el jefe forzó a sus hombres a marchar de noche para evitar más deshidratación y llegar antes donde había agua. Sin embargo, como él mismo dijo, «abandonamos veinte caballos y mulas, y el resto de los animales llegó acalorado y exhausto por falta de agua». Después de descansar durante tres días, Berroterán volvió al presidio de Conchos, donde firmó su diario el 22 de mayo. Aunque su exploración había recorrido terreno sumamente arduo a lo largo de los límites de Texas, Berroterán fue severamente reprendido por Pedro de Rivera por no haberse limitado a seguir el curso del río Grande hacia arriba hasta su conjunción con el Conchos. A pesar de declaraciones de testigos, que insistieron en que tal camino era impracticable por causa de cañones de empinadas lade-

ras, Berroterán fue denunciado oficialmente al gobernador de Parral el 17 de junio de 1730. Don Pedro era con frecuencia persona difícil de complacer[5].

A los pocos meses de esta reprimenda, la paz ilusoria con los apaches se rompió a causa de las incursiones de éstos contra San Antonio, las cuales empezaron a comienzos de enero de 1731 y llegaron a su punto culminante en la primavera. Los asentamientos de allí, engrosados por el traslado de tres misiones del este de Texas y la llegada de los canarios, eran evidentemente tentadores para los apaches, los cuales estaban siendo presionados entonces por sus implacables enemigos los comanches. Estos últimos acabaron echando a los apaches de sus terrenos de caza del norte y esparciendo el terror en todas las llanuras del sur.

Los comanches, de origen shoshón, eran relativamente recién llegados a las llanuras del sur. Según sus tradiciones, procedían de las fuentes del río Arkansas, probablemente de la comarca montañosa que se extiende entre los actuales Colorado y Wyoming. Para 1700, los comanches habían emigrado río Arkansas abajo hasta las llanuras del Colorado oriental y Kansas occidental. Se les identificó indudablemente en Nuevo México en 1705, donde comenzaron realizando incursiones devastadoras en los poblados orientales de los indios pueblos; para comienzos de los años veinte del siglo XVIII ya habían llegado al Texas noroccidental, donde comenzaron una larga pero victoriosa guerra contra los apaches. Adaptados a las llanuras y a una cultura basada en el caballo, los comanches resultaron ser «verdaderos guerreros nómadas», para quienes la vida sedentaria se había vuelto intolerable. Lo ideal para ellos era asentarse en una comarca dentro de la cual iban constantemente de un sitio a otro. No cabe duda de que sus intrusiones en Texas empujaron a los apaches hacia el sur, hacia los asentamientos españoles de San Antonio. Desgraciadamente para los soldados, los misioneros y la crecida población civil de Béjar, los apaches no estaban en situación de resistir los ataques de los comanches.

[5] Copia del diario de José Berroterán, 1729, AGI, Guadalajara 513.

Canarios en San Antonio

En el contingente engrosado de San Antonio vivían ahora cincuenta y cinco canarios que habían hecho su largo viaje hasta Texas el 9 de marzo de 1731[6]. Su llegada era el acto final de un proceso histórico comenzado en 1719, cuando el Consejo de Indias sugirió por primera vez el reclutamiento de 200 familias de las islas Canarias y del Reino de Galicia en la tierra firme española. Estas familias serían enviadas por Veracruz o Campeche a Nueva España, donde constituirían el primero de una serie de asentamientos civiles que comenzarían en la bahía de Matagorda para extenderse costa de Texas abajo. Sin embargo, el rey no aceptó la recomendación del Consejo de Indias, convencido de que se podrían reclutar familias ya asentadas en Nueva España con menos gasto y más facilidad. Esta idea estuvo en el aire durante unos años, siendo resucitada al comienzo de los años veinte del siglo XVIII. El reclutamiento de colonos civiles se consideró entonces una manera de evitar el mantenimiento de guardias presidiales —el cual era muy caro— a lo largo de la frontera. Una vez asentados allí, los civiles defenderían sus vidas y sus propiedades en interés propio. Esta idea inspiró ciertas sugerencias del marqués de San Miguel de Aguayo en 1722. En realidad, el hecho de que los colonos canarios acabasen por fin en San Antonio se debió a las circunstancias cambiantes más que a la intención original[7].

La demora de doce años entre la primera idea de reclutar civiles y la llegada de estos a Béjar procedentes de las islas Canarias se puede explicar por la lentitud glacial de la burocracia española, por las dificultades de encontrar barcos con destino a los puertos de Nueva España que interesaban, por la oposición de Pedro de Rivera, que estaba convencido de que el asentamiento de la bahía de Matagorda iba a estar demasiado aislado y ser demasiado caro y, finalmente, por una recomendación específica del general de brigada de que los canarios fuesen enviados a San Antonio[8].

[6] El número de los isleños se calcula con frecuencia en cincuenta y seis, el número total de los que salieron de Quauhtitlán, cerca de Ciudad de México, el 15 de noviembre de 1530, pero una niña murió en San Juan Bautista.

[7] «Extracto de Acontecimientos Relacionados con las 400 familias canarias, 1731», AGI, Guadalajara 178.

[8] Por causa de su traslado al río Guadalupe en 1726, la bahía de Matagorda quedaba ahora sin la defensa que suponía un presidio.

El virrey Casafuerte se hizo eco de las opiniones de Rivera en una carta al rey, redactada cuando los isleños estaban ya en Béjar. En ella, aconsejaba con ahínco que no se poblase Texas con más familias isleñas aun cuando el monarca había ordenado expresamente que se enviaran a través del Atlántico hasta 400. Los argumentos del virrey contra la continuación de esta política real se basaban en su aspecto financiero. Según Casafuerte, los isleños eran totalmente incapaces de adaptarse a las realidades de la vida en Nueva España, y se quejaba de la «total inutilidad» de las mujeres y los niños. En una palabra, los isleños trasplantados tendrían que ser supervisados, alimentados, vestidos y cuidados como si fueran niños. El virrey calculaba el gasto de 15 familias en 30.082 pesos, especificando los detalles de este gasto hasta el punto de no olvidar ni los calcetines ni los pañuelos. Según él, esos gastos, si se aplicaban proporcionalmente a 400 familias, saldrían por un total de 802.186 pesos. Era un buen argumento para una Corona tan preocupada por el presupuesto[9]. Entre tanto, los inmigrantes ya se estaban adaptando a la vida de Texas.

Juan Antonio de Almazán, el jefe del presidio, dio la bienvenida a quince familias isleñas, pidiendo a los recién llegados que diesen prioridad al limpiado y desbroce de los campos y a la siembra, dejando para más adelante la fundación del nuevo ayuntamiento. Éstos accedieron a hacerlo así. Las primeras cosechas fueron de maíz, alubias, algodón, melones, ajís y otras hortalizas. El cultivo sin irrigación había resultado demasiado arriesgado en San Antonio, pero las condiciones de esta primera cosecha fueron favorables.

Después de recoger los frutos, los isleños participaron en la fundación de la villa de San Fernando de Béjar, entre cuyas formalidades estaban el tendido de la plaza, la selección de solares para viviendas públicas y privadas y la asignación de tierras de pasto circundantes. Las formalidades se remataron con la selección del gobierno municipal. Almazán nombró a Juan Leal Goraz, el mayor de los colonos y su portavoz, como primer concejal. Luego se nombraron los demás concejales, el escribano y el alguacil, así como también un administrador de tierras

[9] Carta del marqués de Casafuerte al rey, 1 de septiembre de 1731, AGI, Guadalajara 178, Testimonio de Actas de Poblamiento de Texas por 400 familias, 1731, AGI, Guadalajara 178. El decreto real referente a las 400 familias se promulgó el 4 de febrero de 1729.

públicas. El 19 de julio, el capitán Almazán leyó una proclama del virrey de noviembre del año anterior en la que, según mandaban las Leyes de Indias, los isleños y sus descendientes, por ser los primeros vecinos del municipio, eran declarados a perpetuidad gente de noble linaje. Cuando se reunió el cabildo, se eligió entre sus miembros a dos alcaldes, cayéndole a Juan Leal la categoría de primer alcalde. El 24 de octubre de 1731, el virrey aprobó los nombramientos y las elecciones.

Lo que iba a ser la vanguardia del reclutamiento de civiles para Texas resultó, por el contrario, el final de esta política. Las recomendaciones del marqués de Casafuerte y Pedro de Rivera, contrarias al envío de nuevas familias, llegaron al Consejo de Indias en marzo de 1732, donde recibieron la aprobación oficial. Como se había advertido, este experimento ya había resultado demasiado caro. Posiblemente el argumento decisivo fue una garantía del virrey de que, si hiciese falta enviar más civiles a la frontera, sería fácil encontrarlos en Nueva España con mucho menos gasto.

Así terminó una empresa que, de haber sido proseguida, habría llevado varios cientos de colonos españoles a Texas. Su fracaso fue causa «bastante importante del lento desarrollo de la provincia en los años siguientes... Es de lamentar que el plan de asentar civiles en Texas se abandonara precisamente cuando estaba empezando a ser llevado a la práctica». La decisión de no reclutar más civiles para Texas significaba que esa provincia tendría que depender en gran medida de sus propios recursos y habitantes. Aunque llegaban bastimentos de Saltillo por San Juan Bautista, Texas siguió siendo poco más que una avanzada de choque de la frontera norte de Nueva España[10].

La vida de Béjar en los años treinta del siglo XVIII

Con frecuencia se ha entendido o representado erróneamente la categoría y situación de los asentamientos incipientes de San Antonio durante los años treinta del siglo XVIII. Por ejemplo, T. R. Fehrenbach aduce que, con un poco más de esfuerzo, San Antonio habría podido convertirse en «una comunidad floreciente». Refiriéndose a los canarios, este mismo estudioso añade:

[10] Castañeda, *Catholic Heritage*, 2, pp. 283-284.

> Los colonos tendían a adaptarse haciéndose cazadores, pescadores, vagabundos y en algunos casos, ladrones. Era posible cultivar unas pocas alubias sin gran esfuerzo, y además, los campos en torno a Béjar abundaban en ganado español, que parecía estar en todas partes. Los españoles podían comer sin gran dificultad y entre tanto, disfrutar del espléndido clima y del bello paisaje[11].

Sin embargo, la realidad de la vida en San Antonio era muy distinta. A lo largo de la década siguiente, los problemas de Béjar pusieron a dura prueba a sus habitantes. Los colonos estaban expuestos a las depredaciones de los indios, que hacían de la defensa ocupación obligada, al menos durante parte del tiempo, para toda la población masculina.

Las disputas entre los isleños y los colonos antiguos eran fuente constante de problemas. Entonces el clima de San Antonio era, como ahora, tórrido o frío, y estaba puntuado por periodos de sequía y por el peligro de vendavales. En ocasiones, la población entera tenía que enfrentarse con serias carestías de alimentos. Surgían disputas intestinas sobre los turnos de guardia de la misión. Sin embargo, todos estos problemas eran poca cosa en comparación con los constantes ataques de los indios apaches[12].

Durante los meses de verano de 1731, cuando los isleños estaban cuidando de sus campos y recogiendo sus primeras cosechas, hubo una interrupción de los ataques apaches contra San Antonio. Este intervalo de paz se vio roto por una incursión audaz en pleno mediodía del 18 de septiembre, en el que los atacantes se llevaron sesenta caballos de la manada del presidio. Para tratar de castigar a los indios, el capitán Almazán libró con ellos una batalla que casi le costó la vida y la pérdida de la mayor parte de la guardia presidial. Inferior en número y completamente rodeada por indios hostiles, la tropa española se salvó gracias a que los indios interrumpieron súbitamente el ataque y se alejaron. Si los soldados hubieran perecido, toda la guardia de San Antonio de Béjar habría quedado reducida a tres o cuatro hombres.

[11] T. R. Fehrenbach, *Lone Star: A History of Texas and the Texans,* Nueva York, 1980, p. 55.

[12] J. F. de la Teja, «Indians, Soldiers and Canary Islanders: The Making of a Texas Frontier Community», *Locus: An Historical Journal of Regional Perspectives on National Topics,* 3, otoño de 1990, pp. 83-84.

Almazán informó a Ciudad de México sobre tan peligrosa situación y el 29 de diciembre de 1731 Pedro de Rivera recomendó una expedición punitiva contra los apaches. Sin embargo, debido a diferentes demoras no se comenzó hasta el 22 de octubre de 1732, día en que el nuevo gobernador, Juan Antonio Bustillo y Ceballos, salió de San Antonio al mando de 157 soldados y 60 aliados indios de las misiones. Después de semanas de marcha, la fuerza de Bustillo dio por fin con los apaches y se libró una batalla a orillas del río San Sabá que terminó en victoria provisional para los españoles, capturando a cosa de treinta mujeres y niños indios. La expedición volvió a San Antonio, a donde llegó el 22 de diciembre, siendo hostigada por los apaches durante todo el regreso. A comienzos de 1733 se acordó una tregua con los indios, según la cual podían entrar libremente en San Antonio. Este estado de cosas terminó bruscamente a finales de marzo, cuando unos apaches que se acercaban a Béjar atacaron a dos soldados, matándoles y mutilándoles ante los ojos de los que defendían el presidio. Este incidente produjo tal impresión en la comunidad que los soldados reclamaron el derecho a enviar a sus familias a lugar seguro, y en las misiones los sacerdotes encontraron difícil impedir que los neófitos escapasen a la seguridad que les ofrecía el paisaje circundante. El mismo gobernador Bustillo expresó el temor de que todo el asentamiento de San Antonio corriese peligro.

El gobierno de Ciudad de México respondió tomando ciertas «débiles medidas para aumentar la seguridad de San Antonio». En primer lugar, nombró a José de Urrutia capitán del presidio, por su larga experiencia con las tribus amigas del este de San Antonio, y autorizó que se destacasen quince soldados del presidio de la Bahía y otros tantos del de Los Adaes. En conjunto, estos cambios parecen haber mejorado poco la situación. Entre 1734 y 1738 una sucesión de incursiones apaches contra San Antonio costó nuevas vidas y pérdida de cabezas de ganado y caballos. Urrutia, cuya experiencia personal en el trato con los indios abarcaba medio siglo, informó que los habitantes de Béjar vivían en un estado de terror casi constante, y que algunas familias se habían ido. El peligro, observó, había ido en aumento hasta el punto de que había colonos que se negaban a abandonar los límites del municipio para cuidar de su ganado. Urrutia expresaba considerable comprensión de los temores de los residentes de Béjar, y aseguraba que no le extrañaban «aunque procuro que ellos no se den cuenta, porque los que no se dejan advertir por la desdicha ajena son tontos...». Añadía que «era razonable te-

ner miedo a gente capaz de penetrar en un presidio de noche sin que nadie les oiga, llegar hasta el centro de la plaza y llevarse los caballos del corral, donde están atados a las puertas de las casas»[13].

Urrutia, quizá para mejorar la situación de San Antonio, organizó una importante campaña contra los apaches en el invierno de 1739. Capturó a muchos indios que, prisioneros, se exponían a ser vendidos como esclavos. El padre Benito Fernández de Santa Ana, presidente de las misiones queretaranas, se opuso a esta expedición, insistiendo en que se hacía únicamente por afán de lucro so capa de servir a la Corona. Sus críticas contra el jefe del presidio sirven de indicio de la seria tensión que caracterizaba las relaciones entre la gente de Béjar en los años treinta del siglo XVIII.

La clave de este problema consistía en integrar a los canarios en la población civil, militar y religiosa anterior a su llegada. Entre 1720 y 1731 había habido cuarenta y siete matrimonios, y se había bautizado a 107 niños solamente en la misión de Valero. Aunque algunos de estos matrimonios se producían, indudablemente, entre gente de otros asentamientos, también es cierto que para 1731, Béjar ya contaba con una población civil viable. Los bejareños veteranos empezaron enseguida a recelar de los nuevos colonos con sus títulos de nobleza y sus privilegios exclusivos dentro del gobierno municipal de Villa San Fernando.

Por otra parte, los canarios apenas se molestaban por congraciarse con los residentes tradicionales de San Antonio. A pesar de su pequeño número y de su relativa homogeneidad, los isleños resultaron díscolos, tanto interna como externamente. Por ejemplo, trataban tercamente de excluir a otros civiles de su ciudad nueva, aunque esto quizá se debiese a la idea de que iban a llegar a San Antonio otros isleños y querían reservarles el espacio habitable. Su historial de procesos civiles y criminales entre ellos, contra las misiones, los jefes de los presidios y los gobernadores es buena prueba de su carácter problemático.

Tampoco cabe duda alguna de que los colonos tradicionales de San Antonio consideraban a los isleños como novatos inexpertos y por desbastar que no estaban hechos para la vida de frontera. En su mayoría, los recién llegados eran campesinos no acostumbrados al manejo de los

[13] W. E. Dunn, «Apache Relations in Texas, 1718-1750», *Quarterly of the Texas State Historical Association,* 14, enero de 1911, pp. 238-239, 248.

caballos. Durante la marcha a San Antonio se habían mostrado muy insensibles a los sufrimientos de sus monturas y perdieron 125 caballos por «fatiga». La falta de costumbre ecuestre de los isleños y su total ignorancia de los arreos de los caballos les impedía participar en la guerra montada contra los apaches. Además, esto indicaba que los canarios serían granjeros y no rancheros, lo cual también fue causa de mucha contienda intestina en la comunidad de Béjar.

Los primeros rancheros de San Antonio

Las rancherías de San Antonio habían sido introducidas por los misioneros. Cuando los peligros causados por las incursiones francesas cedieron en los años veinte del siglo XVIII, los sacerdotes reunieron las cabezas de ganado resultantes de las que habían acompañado a las diversas expediciones a Texas desde los años ochenta del siglo anterior, las atendieron y cuidaron de que se multiplicasen. También disponían de los medios necesarios para fundar grandes ranchos, ya que «tenían extensas tierras, jefes imaginativos y mano de obra barata»[14]. Como ya hemos dicho, la llegada de los isleños no supuso un reto a la hegemonía ganadera de los misioneros de San Antonio.

Como habían sido obreros, granjeros y pescadores, los canarios encontraron más cómodo, por lo menos al principio, dedicarse a la labranza. Despejaron campos cercanos al río San Antonio y al arroyo de San Pedro, y obtuvieron una excelente primera cosecha en el verano de 1731. Sin embargo, sus campos no tardaron en resultar tentadores para el ganado de las viejas familias civiles y militares. Las consecuencias de que el ganado anduviese suelto y los campos no tuviesen tapia o cerca fueron riñas casi constantes. Para defender sus campos, los isleños mataban y mutilaban a los animales transgresores, mientras los viejos colonos se indignaban ante estas pérdidas. Ambas partes fueron a quejarse al gobernador.

Naturalmente lo más razonable hubiera sido que los isleños cercasen sus campos, o bien que los ganaderos tuviesen vaqueros, pero lo cier-

[14] J. Jackson, *Los Mesteños: Spanish Ranching in Texas, 1721-1821,* College Station, 1986, pp. 12-13.

to es que ni unos ni otros querían cooperar. Los isleños insistían en que las cercas serían innecesarias si los animales estuviesen bien vigilados, mientras los ganaderos rechazaban el gasto de contratar vaqueros. El problema se complicaba a causa de la constante amenaza de las incursiones apaches, que hacían peligroso enviar a los animales a pastar a campos más lejanos. Para mediados de los años treinta del siglo XVIII, los isleños ya se habían visto forzados a levantar cercas para proteger sus cosechas pero no estaban bien construidas ni las mantenían en buen estado. Por lo tanto, los incidentes de campos devastados y ganado mutilado siguieron preocupando al gobernador y dividiendo a la comunidad. Sin embargo, la tarea doble de cultivar sus campos sin irrigación, teniendo al tiempo que defenderlos contra el ganado hambriento, resultaba demasiado arriesgado para los canarios que, al parecer, estaban famélicos a mediados de la década en medio de una tierra de abundancia potencial, circunstancia que dista mucho de ser tan idílica como dice T. R. Fehrenbach.

Esta situación desesperada creó también diferencias entre los isleños y los misioneros. Estos últimos, por ser los principales rancheros de la comunidad, tuvieron que enfrentarse con el problema de qué hacer con el ganado sobrante. Como no se disponía de un mercado, los animales se multiplicaban y dejaban los confines de los pastos de la misión, haciéndose medio salvajes. Al principio, esto no planteó problemas. Cuando las misiones hacían rodeos conjuntos, el ganado se repartía equitativamente y a cada uno se le marcaba con el hierro con sus nuevos amos. Pero las incursiones apaches de los años treinta del siglo XVIII hacían peligrosa la ranchería sistemática. Era peligroso perseguir al ganado semisalvaje mucho más lejos de los confines de San Antonio, y además aquellos animales eran estúpidamente masacrados por los apaches y por los carneadores, cazadores profesionales de carne que seleccionaban las mejores partes de las carcasas para secarlas y venderlas en San Juan Bautista. Todo esto hacía aumentar considerablemente el precio del ganado manso, que llegó a tener en la ciudad «el precio increíble de 25 pesos por cabeza»[15].

[15] *Idem*, p. 18.

Problemas entre isleños y misioneros

Para hacer frente a la carestía de alimentos los isleños sin experiencia se juntaron con los carneadores montados, pero no tardaron en descubrir que era mucho más seguro acechar las manadas de ganado manso de las misiones que arriesgarse a morir a manos de los apaches. Dándose cuenta de la difícil situación de los isleños, los misioneros, al principio, no protestaban por sus incursiones nocturnas contra sus manadas de ganado, pero cuando los isleños se volvieron tan descarados que atacaban también durante el día, los sacerdotes, como es razonable, protestaron. Los problemas entre misioneros e isleños iban a continuar, pero no son más que una parte de la serie de crisis que afligieron a los misioneros de San Antonio durante finales de los años treinta y comienzos de los cuarenta del siglo XVIII.

Durante los años iniciales de Villa San Fernando (1731-1745) trabajaron en las cinco misiones más de veinte sacerdotes y un número indefinido de hermanos legos. En las filas de los jefes religiosos, el nombre más importante fue el del ya mencionado Benito Fernández de Santa Ana. El padre Santa Ana llegó en 1731 y fue presidente de las cuatro misiones queretaranas durante la mayor parte del tiempo hasta 1750. Casi tan importante como él fue Francisco Mariano de los Dolores y Viana, que llegó a San Antonio en 1733 y siguió allí hasta 1763. Otros dos religiosos de la época, los padres José Ganzábal y Alonso de Giraldo de Terreros, tuvieron un importante y trágico papel en futuros esfuerzos por ampliar las empresas misioneras hasta más allá de San Antonio. Bajo la autoridad de los sacerdotes, los indios de la misión no sólo cuidaban del ganado, sino que también cultivaban tierras productivas a lo largo del río San Antonio, y su pericia en esto último fue también causa de problemas con los canarios.

Los isleños, impresionados sin duda por sus propios títulos de nobleza, acabaron sintiéndose irritados por el duro trabajo de labrar la tierra. Trataron, sin éxito al principio, de forzar a los sacerdotes a darles neófitos para que trabajasen sus campos. La posibilidad de conseguir mano de obra agrícola creció con la llegada en 1736 de un gobernador nuevo, Carlos Franquis Benítez de Lugo. Es indudable que Lugo estaba mal dispuesto hacia los misioneros, pero cabe poner en tela de juicio que, como afirma Carlos E. Castañeda, su política misionera fuera tan perjudicial para el desarrollo de las misiones como los ataques de los apaches.

Lugo mismo era canario, nacido en Tenerife. Había sido enviado a México por nombramiento real para gobernar Tlaxcala, pero como aún no había terminado el período del gobernador vigente, el virrey le nombró gobernador ejecutivo de Texas durante ese intervalo. Lugo no era la persona apropiada para la provincia: era colérico, jactancioso e impetuoso. Llegó a Béjar el 26 de septiembre de 1736 e inmediatamente procedió a enajenar al clero. Los religiosos, en una queja que presentaron contra el gobernador después de terminado su mandato, acusaron a éste de haber usado «palabras indecorosas» al referirse a ellos. Está claro que los acusadores se quedaban cortos, porque, por ejemplo, hablando a los soldados del presidio, don Carlos dijo que los misioneros eran «usurpadores del tesoro real» e «hijos de Satanás». Peor aún, según los sacerdotes mismos era que el gobernador les hubiese difamado con tres substantivos seguidos cada uno de los cuales constituía una espantosa blasfemia[16].

Lugo informó también a las misiones de que los tres guardias destacados en cada una de ellas se reducirían en adelante a uno solo. Esto era un serio golpe para el bienestar de esos centros religiosos, porque los guardias mantenían la disciplina, cooperaban en las tareas cotidianas y ayudaban a buscar a los fugitivos. Don Carlos irritó más aún a los sacerdotes interceptando sus cartas y provocando pequeñas rencillas en cuestiones de jurisdicción civil y religiosa.

A pesar de los esfuerzos del gobernador por imponer censura, los frailes queretaranos consiguieron informar al custodio de su colegio, el padre Pedro Muñoz, sobre la situación, cada vez peor, de las misiones de San Antonio. Muñoz registró una queja formal cerca del virrey a principios de enero de 1737. En el mismo mes el virrey ordenó al gobernador restablecer la guardia de las misiones, pero cuando Lugo recibió esta orden en San Antonio se negó a cumplirla o incluso a recibirla. Una advertencia del virrey llegada en mayo, en el sentido de que si Lugo continuaba comportándose así sería suspendido en su cargo, y una orden estricta de restablecer la guardia de las misiones, dieron idéntico resultado. Lugo se mantuvo firme hasta que fue suspendido de su cargo en septiembre de 1737, y para entonces, ya las misiones de San Antonio estaban prácticamente despobladas.

[16] Quejas contra Carlos Franquis de Lugo, 1737, AGI, Guadalajara 103. Las palabras eran «alcahuetes, cornudos, cabrones».

El éxodo había comenzado en abril de 1737, y los sacerdotes no podían impedirlo. Por entonces, el gobernador Lugo había retirado todos los guardias de las misiones. La primavera era la época del año en que los neófitos sentían más deseos de volver a sus «costumbres errabundas». Probablemente se sentían atraídos por la desaparición del frío y deseosos de evitar las fatigas de la siembra. Para el 8 de junio de 1737, la misión de San Francisco estaba completamente abandonada. Un total de 230 indios habían «vuelto a su antigua libertad bárbara». La misión de San Juan Capistrano perdió también a la mayor parte de sus neófitos, mientras los demás centros religiosos sufrían asimismo serias pérdidas. Es indudable que las numerosas deserciones de la primavera y el verano de 1737 pusieron en grave peligro el éxito de las misiones de San Antonio[17].

La persistencia y el trabajo duro de los sacerdotes, así como también la llegada más tarde de un gobernador más comprensivo, contribuyeron a la adquisición de nuevos néofitos, pero en 1739 una terrible epidemia de gripe y sarampión diezmó a la población india. Las cinco misiones volvieron a sufrir gravemente por causa de la muerte y la deserción y tres de ellas perdieron más del 50 por ciento de sus efectivos. Una vez pasada la epidemia, los frailes volvieron a buscar nuevos neófitos en los territorios circundantes, y para 1740, las misiones ya habían recuperado buena parte de la población neófita perdida[18].

Las pérdidas sufridas por las misiones no desanimaron en absoluto a los isleños en sus esfuerzos por obligar a los frailes a abastecerles de mano de obra para sus fincas. En 1739, dos miembros del cabildo, Vicente Álvarez Travieso y Juan Leal Álvarez fueron enviados a Ciudad de México a exponer la cuestión al virrey-arzobispo. Los delegados isleños tergiversaron la situación de San Antonio y se ganaron el favor de la principal autoridad administrativa, Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta. Los isleños ganaron una victoria importante, aunque temporal, al promulgar el virrey una orden permitiendo la contratación de indios de las misiones para trabajar en sus granjas.

Vizarrón prohibió también a los capitanes de los presidios comprar

[17] Castañeda, *Catholic Heritage*, 3, pp. 67-71.

[18] La población india de las cinco misiones a fines de 1740 era como sigue: Valero, 238; Concepción, 210; San Francisco, 121; San Juan, 169, y SanJosé, 149. El total es 887, y no 987, como calcula Carlos E. Castañeda.

grano en las misiones con lo que garantizó una clientela a los granjeros civiles al tiempo que privaba a las misiones de unos ingresos que les eran necesarios. Este decreto no fue rescindido hasta el 4 de enero de 1745, cuando una orden del virrey Pedro Cebrián y Agustín dio a los jefes de los presidios la opción de comprar trigo de los misioneros o de los granjeros civiles, prohibiendo al tiempo la contratación de indios de las misiones para trabajar la tierra. El virrey ordenó igualmente a los isleños que cercaran sus campos y dejaran de matar el ganado de los misioneros. Sin embargo, esta vez la derrota causó a los isleños menos amargura que la anterior, gracias, sobre todo, a una mayor solidaridad comunal en San Antonio y a mejores condiciones existentes en la provincia en general.

La política del gobernador Winthuysen

La llegada del gobernador Winthuysen a San Antonio el 21 de junio de 1741 marcó para la Texas española el comienzo de una tendencia positiva que duró los dos años y medio de su permanencia en el cargo. Su nombramiento tuvo especial importancia por lo que se refiere a los puestos avanzados del este de Texas, siempre en peligro. El nuevo gobernador resultó ser un dirigente dinámico y lleno de energía. Primero se ocupó de las constantes depredaciones de los apaches, que asustaban a los indios de las misiones y les incitaban a escapar. En compañía del padre Mariano Francisco de los Dolores y Viana, de la misión de Valero, Winthuysen viajó hasta el río Trinidad, donde ayudó a convencer a los indios attakapa y tonkawa a aceptar vida de misión. Sin embargo su aportación más importante fue en el asentamiento de Los Adaes[19].

Winthuysen encontró en el este de Texas una situación increíblemente deprimente. Las casas militares y civiles estaban en pésimo estado y la población no cultivaba la tierra ni siquiera a nivel de subsistencia, teniendo que depender de alimentos básicos comprados en Natchitoches a Saint Denis a precios estipulados por éste. Los colonos de Los Adaes estaban en tan precaria situación económica que no podían ges-

[19] R. M. Magnagi, compilador y traductor, «Texas as Seen by Governor Winthuysen, 1741-1744», *Southwestern Historical Quarterly*, 88, octubre de 1984, pp. 175-176, según cita.

tionar testamentos ni atender a los bienes de los que morían *ab intestato*. Winthuysen actuó sin tardanza. Ordenó la construcción de nuevas empalizadas en el presidio y de cinco barracones nuevos para casi todo el personal militar. También encargó uniformes y equipamiento adecuado, caballos, armas y municiones. Winthuysen, como muchos de sus predecesores, se daba cuenta del costo y de la incomodidad de importar alimentos de Salillo, e hizo caso omiso de la prohibición virreinal de comerciar con los franceses, autorizando sin más la importación de alubias, maíz y otros alimentos esenciales de Natchitoches. Al mismo tiempo urgió a los españoles a trabajar la tierra con redoblado ahínco.

En general, Winthuysen estimuló una cooperación íntima entre los sectores militar y civil de la población, con lo que, a la larga, aseguró a la colonia una dependencia menor de los franceses. Sin embargo, su informe sobre las misiones del este de Texas reflejaba el lamentable estado de aquellos puestos avanzados, casi olvidados. Nuestra Señora de Guadalupe de los Nacogdoches, Nuestra Señora de los Dolores de los Aix y San Miguel de los Adaes no tenían, entre todas, un solo indio residente, y lo que era peor desde el punto de vista de Winthuysen, los indios tejas, a pesar de ser los más trabajadores de la población india del este de Texas, eran una causa completamente perdida en lo que a los misioneros se refería. El gobernador afirmaba que los indios tejas eran irreductibles a la vida civil y a la disciplina de las misiones, y en vista de que todos los esfuerzos llevados a cabo hasta entonces habían fracasado, llegaba a la conclusión de que la tarea era realmente imposible[20].

La opinión de Winthuysen sobre los indios tejas puede ser puesta en tela de juicio por algunos críticos, ya que no tenía experiencia de la vida de frontera, pero su administración fue muy elogiada por su sucesor y también por muchos elementos de la población española. Sin embargo, lo más probable es que los canarios no participasen en esos elogios, porque Winthuysen se mostró muy severo con Villa San Fernando considerando que no era «nada progresiva» y a sus habitantes más partidarios del prejuicio que del progreso[21]. A pesar de todo, cuando Winthuysen dejó el gobierno a fines de 1743, San Antonio llevaba camino de convertirse en una comunidad viable.

[20] *Idem*, pp. 170-171.
[21] *Idem*, pp. 174-176, según cita.

Crecimiento comunitario en San Antonio

A pesar de los problemas que caracterizaron los años treinta del siglo XVIII, el paso del tiempo produjo una mezcla de viejos bejaraños e isleños canarios. Los matrimonios mixtos, la necesidad común a todos de cooperar económicamente y de compartir la protección militar, y los riesgos, también comunes, de la vida en una frontera remota y peligrosa, sirvieron para corroer la actitud zahareña de los isleños. Para comienzos de los años cuarenta ya los viejos colonos eran aceptados como magistrados y hasta como concejales en la villa. El 14 de agosto de 1745 tuvo lugar una reunión histórica entre el padre Santa Ana y el cabildo, de la que salieron sensatos acuerdos y concesiones en cuestiones que habían tenido dividida a la comunidad. Los isleños aceptaron que los civiles comprasen grano en las misiones y desistieron de tratar de conseguir mano de obra india de ellas. Por su parte, los misioneros accedieron a una división de las tierras en litigio que fuese favorable a los isleños. Ambas partes se dieron cuenta de lo prudente que era evitar las demoras y los gastos inevitables de los pleitos[22].

Sin embargo, los problemas que planteaban los apaches continuaron. Un fuerte ataque nocturno contra San Antonio el 30 de junio de 1745, por unos 350 indios entre hombres, mujeres y niños, fue rechazado con ayuda de 100 indios de la misión de Valero. Al parecer, el ataque contra Béjar fue hecho como represalia por una campaña militar que había tenido lugar contra los apaches al norte de San Antonio en abril. Este ataque fue también índice de progreso en la misión de Valero, cuyos neófitos se mostraron dispuestos a luchar en lugar de salir huyendo.

Evidentemente, San Antonio había salido de sus años de prueba y divisiones más fuerte y con más sentido de solidaridad comunitaria, lo que significaba que su población podría empezar a pensar en cosas más importantes que sus problemas internos, y fomentar nuevas empresas mineras, a las que apenas había prestado atención en las dos últimas décadas. Pero incluso este progreso en Béjar, a pesar de su importancia, no bastó para garantizar el éxito, porque los frailes franciscanos estaban

[22] F. de la Teja, «Indians, Soldiers and Canary Islanders», 88-90; afirmación de acuerdo entre los isleños y las misiones, 14 de agosto de 1745, UTA, Transcripciones, cita.

a punto de lanzarse a una serie de empresas desastrosas: la fundación de misiones junto al río San Gabriel en la parte baja del río Trinidad y junto al río San Sabá, en Apachería. Sin embargo, estos reveses se vieron compensados en parte al menos, por las extraordinarias hazañas de José de Escandón en la creación de la provincia de Nuevo Santander.

VIII

EXPANSIÓN DE MISIONES, PRESIDIOS Y ASENTAMIENTOS (1746-1762)

La expansión más allá de San Antonio y los asentamientos militares del este de Texas fueron las principales características de las dos décadas que precedieron a la paz de París (1763). Entre 1746 y 1749 se presentaron ante las autoridades virreinales de Ciudad de México planes para difundir el evangelio y consolidar las bases de la presencia española en Texas. Las zonas afectadas eran el río San Gabriel al nordeste de San Antonio, el río San Sabá en el centro de Texas, la parte costera entre el segundo solar de La Bahía y la parte inferior del bajo río Grande, y la región costera al extremo sur de Texas. La mayor parte de estas empresas fracasaron. En este capítulo se examinan las circunstancias que rodearon a estas tres empresas fallidas y a la única que tuvo éxito. La cronología sólo abarca un breve periodo de tiempo junto con los sucesos y los hombres que más participaron en ellos.

El telón de fondo de las misiones de San Gabriel

Mariano Francisco de los Dolores y Viana era responsable en primer lugar de seleccionar el solar de las misiones que se fundasen a orillas del río San Gabriel. Este río era bastante bien conocido de los españoles afincados en Texas. En 1716 había sido descubierto por la expedición Ramón, que lo llamó «San Xavier». El valle de San Gabriel fue recorrido por la expedición Aguayo en 1721, y en los años treinta del siglo XVIII lo cruzó el goberandor Bustillo en el transcurso de una campaña contra los apaches.

El padre Dolores había llegado a Texas en 1733, y al año siguiente,

persiguiendo a desertores de la misión de San Antonio de Valero, entró por primera vez en contacto con futuras tribus de las misiones de San Gabriel. En 1741 había acompañado también al gobernador Tomás Winthuysen en una expedición al río Trinidad, donde un fraile había rogado sin éxito a los indios deadoses y mayeyes de la tribu tonkawa que aceptasen la vida de la misión. Sus esfuerzos acabaron siendo fructíferos en 1745.

En junio, una delegación de indios, entre los que estaban los deadoses y los mayeyes, fue a San Antonio a pedir una misión para las tribus que se encontraban dentro de un radio de cien millas en torno al río San Gabriel. Esta oportunidad produjo tal impresión en el padre Dolores que escribió lleno de entusiasmo al padre Alonso Giraldo de Terreros, custodio del colegio de Querétaro. Desde el comienzo mismo de la idea, el padre Dolores estuvo decidido a fundar más de una sola misión. El gran número de posibles conversos y la diversidad de las tribus que habitaban la región influyó en esa decisión[1].

El 22 de noviembre de 1745, el padre Dolores fue a visitar a un grupo de posibles neófitos, prometiendo seguir con ellos hasta que se fundase una misión. Pero no pudo llegar al lugar de la cita, al este del río Brazos, por causa de los arroyos crecidos. El clérigo se volvió, pero una delegación de soldados e indios de la misión se dirigió a otro lugar que había sido propuesto por indígenas locales. Este lugar, situado junto al río San Gabriel, cerca de la actual Rockdale, impresionó a los españoles, que informaron favorablemente sobre él en San Antonio[2].

Animado por el informe de los soldados, el padre Dolores concertó en enero de 1746 otra cita, esta vez con indígenas de las orillas del río San Gabriel. El sacerdote llegó dispuesto a fundar una misión, llevando consigo soldados presidiales, indios de la misión de San Antonio, herramientas agrícolas y regalos para los neófitos. Al llegar al río, debió sentirse contento porque allí no estaban solamente las tribus solicitantes, sino también indios cocos, una tribu karankawa que habitaba el bajo río Colorado.

El padre Dolores puso manos a la obra. Eligió un lugar para la misión de San Francisco Javier situado cerca de la confluencia del río San

[1] Carta de Mariano de los Dolores a Alonso Giraldo de Terreros, 26 de julio de 1745, UTA, Transcripciones.

[2] Carta de Mariano Dolores a José de Urrutia, 1745, AGI, Guadalajara, 197.

Gabriel y el arroyo Brushy, supervisó la labranza y la siembra de los campos, acotó solares para los edificios y comenzó la construcción de una iglesia. Su entusiasmo por esta empresa salta a la vista en una carta que envió al padre Santa Ana, en San Antonio en la que el misionero de San Gabriel hablaba de una tierra ideal para el regadío con agua abundante por causa del río y abundancia también de caza y fruta silvestre, así como de madera y piedra para la construcción. Un punto menos optimista de este entusiasta relato era la existencia de apaches hostiles en la zona, así como también la influencia francesa e inglesa que se percibía en las tribus locales. Para contrarrestar estas amenazas sería conveniente construir un presidio que diese seguridad a los neófitos de la misión[3].

El colegio francisco de Querétaro apoyó inmediatamente el proyecto de San Gabriel y envió una recomendación al virrey, pero para conseguir apoyo oficial y financiero hacían falta largas y complejas negociaciones. En el fondo del problema había dos recomendaciones contradictorias: una del gobernador Juan Antonio Bustillo, que conocía la comarca personalmente y no estaba de acuerdo con las ideas eufóricas del franciscano sobre la tierra y sus habitantes indígenas, y la otra del predecesor de Bustillo, Melchor de Mediavilla y Ascona, que defendía al fraile y apoyaba el proyecto de San Gabriel tan apasionadamente como Bustillo lo condenaba[4].

El virrey aplazó durante varios meses una decisión final sobre la empresa. Buscó el consejo de otros conocedores de Texas y también recibió recomendaciones contradictorias, pero en febrero de 1747 acabó aprobando oficialmente la fundación de tres misiones en total y un presidio junto al río San Gabriel. Sin embargo, el cumplimiento de la orden virreinal no fue inmediato: hubo demoras, debidas en gran medida a la gran escasez de soldados que se sufría en Texas[5].

En diciembre de 1747, el virrey volvió a dar la orden disponiendo que se fundasen tres misiones a expensas del gobierno a orillas del río

[3] Carta de fray Mariano de los Dolores a Benito Fernández de Santa Ana, 19 de enero de 1746, UTA, Transcripciones.

[4] Memorial de Francisco Xavier Marqués, 14 de marzo de 1746, AGI, Guadalajara, 197. G. B. Starnes, *The San Gabriel Missions, 1746-1767,* Madrid, 1969, pp. 16-17, cita.

[5] Decreto virreinal del conde de Revilla Gigedo I, 14 de febrero de 1747, transcripciones, UTA. Fue causa de más demoras la prioridad que se dio al plan de José de Escandón, septiembre de 1746, de colonizar la Costa del Seno Mexicano.

San Gabriel en el término de seis meses. Esta decisión se vio reforzada en enero de 1748 por real decreto de Fernando VI (1746-1759). El rey había recibido una solicitud directamente del padre Francisco Javier Ortiz, inspector oficial de misiones en San Antonio, en los primeros meses de 1747. El padre Ortiz aludía astutamente a cuestiones políticas, pero sin olvidar la obligación de difundir la fe. Sobre todo insistía en la gran abundancia de tierras fértiles al norte de San Antonio, codiciadas por países extranjeros. Si España no reaccionaba rápidamente, lo probable era que los indígenas cayesen bajo la influencia de colonos franceses que les darían armas de fuego, municiones y otras cosas. Éste era un argumento eficaz, utilizado repetidas veces cerca de la Corona en los años ochenta del siglo XVII. El corolario era la conocida «teoría del dominó»: si la frontera norte no estaba bien consolidada, tanto Texas como Nuevo México correrían peligro.

Mientras los engranajes burocráticos se movían en Madrid y en Ciudad de México, el padre Dolores se encontraba en una posición cada vez más precaria que comenzaba a mellar su optimismo inicial, y en abril de 1748 sufrió un accidente que le forzó a volver a San Antonio. Antes de irse, el padre Mariano nombró sucesor suyo a un colega, el padre Francisco Cayetano Aponte, que parece haber sido persona más bien inepta, pero no culpable de los ataques apaches contra una misión mal equipada y defendida. En total, los apaches atacaron la misión cuatro veces en 1748, matando a tres soldados y a cuatro indios allí residentes. Aunque estas pérdidas no eran graves, los neófitos, asustados, empezaron a pensar en la necesidad de escapar a los bosques circundantes, que ofrecían mayor seguridad[6].

Cuando llegaron a San Antonio informaciones sobre este estado de cosas, el padre Dolores imploró al capitán Toribio Urrutia, hijo de José de Urrutia, que ayudase a la agobiada misión destacando más soldados para su defensa. Urrutia estaba de acuerdo, pero sus fuerzas se habían visto considerablemente reducidas por el envío de 16 soldados a La Bahía, donde tenían que reforzar la escolta del nuevo gobernador, Pedro del Barrio y Espriella, que estaba entonces camino de Los Adaes. A pesar de todo, Urrutia recomendó la petición del padre Dolores en carta al gobernador; a modo de respuesta, don Toribio recibió la cáustica ob-

[6] Actas del gobernador Pedro del Barrio, 25 de junio de 1748, AGI, Guadalajara 197.

servación de que el rey necesitaba su espada más que su pluma. Esta regañina del gobernador al capitán Urrutia fue presagio de la actitud que iba a adoptar aquél con el padre Dolores, y fue la primera de una serie de graves diferencias entre la Iglesia y el Estado que iban a aquejar a la empresa misionera de San Gabriel.

En vista de la escasez de soldados en San Antonio, y de la regañina recibida por Urrutia, el padre Mariano no tuvo otra opción que volver al río San Gabriel en cuanto su salud se lo permitió. Llevó consigo a un solo soldado y a unos pocos indios de las misiones de San Antonio. Durante su ausencia, la situación en San Gabriel había empeorado considerablemente. La mayor parte de los indios habían huido, prometiendo no volver hasta que se les ofreciese protección adecuada. Sin embargo, al cabo de unos pocos días, la elocuencia del padre Mariano consiguió que la mayor parte de los indígenas asustados volviese a la misión.

A pesar de su airada réplica al capitán Urrutia, el gobernador informó al padre Dolores diciendo que se apresuraría a ir a San Gabriel, y así lo hizo, porque llegó a la misión el 20 de mayo de 1748 para llevar a cabo una inspección que duró dos días. Al final de ésta, el gobernador envió al virrey un informe en el que criticaba ásperamente la empresa de San Gabriel en su totalidad. Condenaba la falta de laboriosidad de los indios, y además ordenó a los soldados destacados en la misión que enviasen a sus mujeres e hijos a lugar más seguro a modo de prudente medida contra la amenaza apache. Barrio se opuso, sobre todo, al emplazamiento de la misión, indicando que el río estaba sujeto a inundaciones durante la estación de las lluvias y que en el verano tendía a quedar reducido a una serie de lagunas estancadas[7].

El juicio desfavorable del gobernador no consiguió desanimar a los franciscanos. En marzo de 1748 el colegio misionero de Querétaro asignó seis misioneros nuevos a Texas, los más famosos de los cuales son Alonso Giraldo de Terreros y Domingo de Arricivita. El virrey mismo había sugerido estos nombramientos al promulgar su decreto de diciembre de 1747, pero el plazo de seis meses resultó insuficiente. Hubo demoras por falta de pertrechos y provisiones, escaramuzas apaches y oposición del gobernador Barrio, aplazando el incremento de las actividades misioneras durante casi un año.

[7] Carta de Pedro del Barrio al virrey, 25 de junio de 1748, AGI, Guadalajara 197.

Expansión de las misiones de San Gabriel

Los nuevos misioneros no llegaron a San Antonio hasta junio de 1748. Según los planes de su colegio, tres de los seis siguieron hasta el río San Gabriel, donde reforzaron la misión inicial de San Francisco Javier. En febrero de 1749 se terminó una segunda misión, San Ildefonso; en julio del mismo año una tercera, Nuestra Señora de la Candelaria.

Las tres misiones dividieron sensatamente a los indios sobre la base de afinidades tribales y lingüísticas. San Javier tenía indios tonkawas; San Ildefonso, orcoquisacs, bidais y deadoses; y Candelaria agrupaba a los indios cocos de la costa y sus aliados. Para el verano de 1749 el número de indios congregados en un principio en las dos primeras de estas misiones ascendía, respectivamente, a 209 y 238[8].

Los sacerdotes que administraban las tres misiones se mostraron optimistas al principio. Informaron favorablemente sobre la fertilidad de la tierra y la accesibilidad de agua potable, pero no tardaron en surgir dificultades. Separados de sus familias, los soldados comenzaron a buscar la compañía de las mujeres indias, lo que no era buena idea para la estabilidad de las misiones. Los hombres se mostraban descontentos porque estaban «mal alimentados, peor alojados y muy lejos de sus pagadores». Hasta el otoño de 1749, su único oficial era un cabo. Según los clérigos, los soldados estaban tan descontentos de su situación que cooperaban en el fracaso de las misiones porque era la única manera de escapar de ella.

En San Gabriel seguía haciendo falta un presidio. Los sacerdotes habían sostenido siempre que una guarnición militar como es debido, con las familias de los soldados, era esencial para el éxito de los centros religiosos, pero el gobernador se oponía a esta idea. Al verse incapaz de encontrar apoyo suficiente en San Antonio para su oposición a las misiones, Barrio llevó a cabo una segunda inspección en julio de 1749, y en su informe oficial repitió sus objeciones a la construcción de un presidio. La constante hostilidad de que era objeto la empresa de San Gabriel contribuyó sin duda a aumentar el desasosiego de los soldados destacados allí[9].

[8] No hay cifras sobre Candelaria.
[9] Actas de Pedro del Barrio, julio de 1749, AGI, Guadalajara 197.

En el otoño del mismo año, Barrio, contra su voluntad, nombró al primer oficial, el teniente Juan Galván, para que tomase el mando en San Gabriel. El gobernador seguía convencido de que sería mejor abandonar las misiones y recomendó que fuesen trasladadas al río San Marcos. Su actitud negativa, según los religiosos, lo afectaba todo, contribuyendo a que los descontentos soldados faltasen al respeto a los frailes y también a la negativa de los militares a imponer disciplina a los indios de las misiones. En octubre, todos los posibles conversos escaparon de San Ildefonso, la mayor de las misiones de San Gabriel. En vista de que el gobernador no respondía a sus peticiones de ayuda, los franciscanos decidieron ir personalmente a ver al virrey.

El padre Benito Fernández de Santa Ana hizo el largo viaje hasta Ciudad de México para exponer las quejas de su orden. Allí sembró la duda sobre la justicia e imparcialidad del gobernador en la mente del virrey y sus asesores, pero, con gran disgusto de Fernández, el marqués de Altamira ordenó que se llevase a cabo una nueva inspección antes de dar autorización para la construcción del presidio[10].

El teniente José Joaquín de Ecay Múzquiz, del presidio del Sacramento, llegó a San Gabriel a finales de junio y comenzó su inspección el 12 de julio de 1750. Su trabajo fue concienzudo. Don José registró la profundidad exacta del arroyo de Brushy y del río San Gabriel, y también la situación precisa de las misiones entre sí y con respecto a los ríos. Ecay Múzquiz registró también el número de catecúmenos y personas bautizadas que había en cada misión, informó favorablemente sobre la cosecha de maíz, alubias y ají y comentó la abundancia de búfalos, pescado y fruta silvestre[11].

Las impresiones favorables de Ecay Múzquiz no incluían todas las circunstancias de estas arriesgadas misiones. En la primavera anterior se había desencadenado una terrible epidemia de viruela en un campamento de conversos de San Ildefonso que estaban acopiando alimento. El padre José Ganzábal, el primer misionero permanente de San Ildefonso, fue testigo de la tragedia y dio ayuda espiritual a los desdichados indios. Según él, la enfermedad era tan fuerte que en pocos días mató y pudrió los cuerpos de cuarenta víctimas, y los supervivientes, induda-

[10] Decreto virreinal, 7 de abril de 1750, AGI, Guadalajara 197.

[11] Inspección de José de Eca y Múzquiz, 1750, AGI, Guadalajara 197. El número de neófitos en la misión era como sigue: Xavier, 161; Ildefonso, 176; Candelaria, 102.

blemente desfigurados por marcas de viruela, estaban entre los conversos incluidos en su lista por el inspector.

A pesar de esta tragedia, el informe favorable de Ecay Múzquiz y el nombramiento, a fines de 1750, de Jacinto de Barrios y Jáuregui en lugar de Barrio, parecieron de buen agüero para las misiones de San Gabriel, pero no fue así, porque el nuevo gobernador, como su predecesor, riñó con los misioneros y amenazó con retirar a los soldados de la guardia. Sin embargo, su intransigencia no pudo impedir la fundación del tan esperado presidio.

Felipe de Rábago y Terán y el fracaso de las misiones de San Gabriel

El 30 de marzo de 1751, después de consultar con sus asesores el virrey conde de Revilla Gigedo aprobó la fundación del presidio de San Francisco Javier de Gigedo. El jefe de la guarnición, capitán Felipe de Rábago y Terán, ya había sido nombrado por el rey. Rábago era débil y vanidoso y su llegada al presidio iba a hacer ilusoria la victoria de los sacerdotes. Como dijo el padre Juan Agustín Morfi:

> la obra de varios años iba a quedar destruida en cuatro días, sus amados indios se desperdigarían, las misiones se verían destruidas, su honor quedaría mancillado y su sangre sería derramada por la persona misma a quien el rey había encomendado su seguridad[12].

Camino de San Gabriel, Rábago se detuvo en Querétaro y allí llegó a un acuerdo con los directivos del colegio. Si había disputas entre él y los misioneros de San Gabriel, se zanjarían sobre el terreno, sin recurso al virrey. Este acuerdo fue desafortunado para los franciscanos, porque Rábago era un desaprensivo y un irresponsable. Al pasar por los poblados, camino de San Antonio, Rábago escandalizó a los religiosos con su conducta sexual, y en San Antonio sedujo a la mujer de Juan José Ceballos, uno de sus propios oficiales. Mientras Rábago se acercaba a San Gabriel, el marido engañado le amenazó y acabó encadenado. Al llegar

[12] Memoria del conde de Revilla Gigedo I, 30 de marzo de 1751, AGI, Guadalajara 197. J. A. Morfi, *History of Texas, 1673-1779*, 2 tomos, Albuquerque, 1935, 2, p. 330, cita.

a las misiones, Rábago puso a Ceballos en la picota y luego le encerró en una celda.

En justicia hay que añadir que Rábago se encontró en San Gabriel con una situación espantosa. Sólo había 18 soldados, porque la mayor parte de la guarnición había desertado o estaba destacada en Los Adaes. Las misiones mismas se hallaban también en pésima situación: en San Javier había 109 neófitos, 25 en Candelaria y ninguno en San Ildefonso.

El nuevo jefe militar ordenó una inspección de la zona y eligió un sitio para el presidio, pero sus relaciones con los frailes empeoraron rápidamente. Buena parte de la culpa era de Rábago, que seguía con la mujer de Ceballos y cuando los sacerdotes intervinieron y ordenaron a la mujer que regresara a San Antonio, la conducta de Rábago se hizo intolerable. Ordenó que Ceballos fuese atado de pies y manos y echado en un catre en la celda, y luego violó a su mujer delante de él. El humillado militar escapó de su celda y pidió asilo en la capilla de la misión de Candelaria. Cuando Rábago se enteró de esto, violó también el asilo eclesiástico entrando a caballo en la iglesia, donde cogió a Ceballos para luego torturarle.

En sus informes oficiales al virrey, Rábago condenaba toda la empresa de San Gabriel e insistía en que fuese trasladada a un lugar más favorable, junto al río San Marcos. Los misioneros, haciendo caso omiso del acuerdo previo, respondieron desahogando su indignación en cartas a su colegio y en apelaciones directas al virrey. Para suavizar la situación, el colegio propuso a Alonso Giraldo de Terreros como presidente de las misiones de San Antonio y San Gabriel, y ordenó a sus misioneros del río San Gabriel, mantenerse estrictamente al margen de los asuntos militares. Pero de nada sirvió.

Las misiones de San Gabriel, que parecían condenadas desde su nacimiento, estaban ya en la agonía. Con el ejemplo que les daba su jefe militar, la inmoralidad de los soldados con las mujeres indias, solteras o casadas, sobrepasó todo límite. En febrero de 1752, los sacerdotes, indignados, excomulgaron a todo el contingente militar. Pero todavía no había ocurrido lo peor.

En mayo de 1752, Ceballos, que ahora vivía en Candelaria, y el padre José González fueron muertos a tiros en el recinto de la misión. Rábago echó la culpa a los indios cocos, pero los culpables eran casi de seguro soldados del presidio. Como consecuencia de estos asesinatos, sacerdotes e indios huyeron, y a efectos prácticos, la empresa de San Ga-

briel no tenía ya razón de ser, aunque siguió habiendo cierta medida de contacto con los indios de la comarca durante tres años más. Como para indicar que la naturaleza estaba de acuerdo con la muerte de las misiones, en el verano de 1753 el río San Gabriel dejó de fluir, privando a la comarca de agua potable y de regadío. En 1755, las funciones de los misioneros y del presidio se trasladaron al río San Marcos, y al año siguiente todos los recursos del proyecto de San Gabriel fueron asignados a una nueva misión fundada entre los apaches orientales del centro de Texas. Por lo que a Rábago se refiere, fue privado de su mando, encarcelado y sometido a ocho años de investigación, siendo finalmente absuelto de todas las acusaciones relacionadas con el asesinato de Ceballos y González.

Telón de fondo de una misión para los apaches lipanos

La esperanza de fundar misiones entre los apaches fue una de las pasiones de la vejez del padre Francisco Hidalgo, pero sus superiores le negaron esa oportunidad. A pesar de todo, las incursiones de los apaches contra San Antonio en los años treinta del siglo XVIII volvieron a poner sobre el tapete la cuestión de pacificar a aquellos guerreros montados de las llanuras. El contingente militar de San Antonio hacía lo que podía, pero las expediciones punitivas llevadas a cabo en 1732 y 1739 sirvieron solamente para familiarizar a los españoles con la comarca que bordeaba el río San Sabá y para sembrar la discordia entre el personal civil y religioso[13]. Por su parte, los sacerdotes se negaban a aceptar que la muerte o la esclavitud fueran disuasoras suficientes de los ataques apaches, mientras que gobernadores y jefes militares insistían en pedir una solución militar.

En 1745, Toribio de Urrutia se puso a la cabeza de otra expedición contra los apaches, que posiblemente habían penetrado también por el río San Sabá. Esta tercera expedición, en la que participó el padre Fernández, causó a éste gran indignación y amargura, porque, según parece, fue poco más que una simple caza de esclavos[14]. Como consecuencia

[13] Las campañas de 1732 y 1739 fueron llevadas a cabo, respectivamente, por el gobarnador Juan Antonio Bustillo y Ceballos y el capitán José de Urrutia.

[14] Dunn, «Apache Relations», pp. 251-252.

de esta campaña, Fernández y sus hermanos en religión quedaron más convencidos todavía de que a los apaches sólo se les podía disuadir con paciencia y comprensión, administrada por los hijos espirituales de San Francisco. Los mismos impulsos humanitarios que habían dado origen a las desdichadas misiones de San Gabriel iban a tener consecuencias más trágicas todavía en San Sabá.

Hacia el final de la empresa de San Gabriel, el padre Alonso Giraldo de Terreros inició una misión experimental entre los inquietos apaches. A finales de 1754, y en un lugar situado al oeste de San Juan Bautista, comenzó una empresa desafortunada que duró menos de un año y terminó con la sublevación de los neófitos, que incendiaron los edificios y huyeron de la misión. El franciscano no se desanimó y pidió la fundación de una nueva misión en el corazón mismo de la apachería.

La proposición de los frailes llegaba en un momento en que los apaches mismos estaban empezando a revisar su propia independencia. Que no sentían ningún afecto por los españoles es cosa que está bien clara en vista de sus ataques a San Antonio en los años treinta del siglo XVIII. Pero, para fines de los cuarenta, se dieron cuenta de que tendrían que llegar a algún acuerdo con los españoles, sobre todo en vista de la implacable presión que ejercían sobre ellos los comanches y sus aliados. En 1749, los apaches negociaron un tratado de paz en San Antonio y su conducta para con la comunidad de Béjar mejoró en consecuencia. Según el capitán Toribio de Urrutia, los apaches mantuvieron la paz en la provincia desde marzo hasta el 25 de noviembre de 1749. Tres años más tarde, y después de considerable polémica, las autoridades de Ciudad de México dieron orden de que se explorase el territorio apache con vistas a elegir un buen sitio para una misión, pero las crisis de San Gabriel que aún duraban, demoraron el cumplimiento de esta orden durante un año aproximadamente[15].

En 1753, Juan Galván y unos pocos soldados, acompañados por el padre Miguel de Aranda, de la misión de Concepción, exploraron el territorio a lo largo de los ríos Pedernales, Llano y San Sabá hasta el noroeste de San Antonio. Tanto Galván como el sacerdote quedaron favorablemente impresionados por la abundancia de agua y la fertilidad de la tierra en San Sabá. Estando allí, se pusieron en contacto con apa-

[15] Testimonio de Toribio de Urrutia en San Antonio, 25 de noviembre de 1749, AGI, México 1933A.

ches amigos, que prometieron ir a vivir a la misión cuando ésta se fundase.

El informe de Galván, escrito posiblemente por el padre Miguel, aludía a la riqueza de los yacimientos minerales del territorio, a las brillantes perspectivas de conversión de apaches y a la conveniencia de instalar una guarnición para proteger a estos indios de los comanches. Cuando este juicio tan favorable de la región de San Sabá llegó a Ciudad de México, los asesores del virrey pidieron consejo al padre Fernández.

No es de sorprender que Fernández, que llevaba largo tiempo haciendo labor misionera entre los apaches, apoyara entusiásticamente la idea de una misión en San Sabá. A pesar de todo, el virrey no quedó contento y ordenó a Pedro de Rábago y Terán, ex gobernador de Coahuila y pariente del desacreditado jefe militar de San Gabriel, que hiciera una expedición suplementaria. A fines de 1754, Rábago, que había sucedido a su sobrino como jefe del presidio de San Javier, exploró la zona ya recorrida por Galván y confirmó la exactitud del informe de don Juan. Para entonces, los colonos de San Antonio apoyaban también la empresa de San Sabá. Los apaches llevaban ya cinco años en paz, y es evidente que muchos bejareños se daban cuenta de las ventajas de un asentamiento español en el interior de la apachería. Sin embargo, el gobernador Barrios no se mostraba tan entusiasta, y ordenó a su vicegobernador, Bernardo de Miranda, que hiciera otro reconocimiento de la comarca.

Miranda comenzó su inspección a comienzos de 1756, explorando a fondo el territorio del río Llano, en el actual condado de Llano. Allí, el 27 de febrero, descubrió una enorme colina de hematita que iba a entusiasmar a los prospectores durante bastante tiempo. Miranda se puso también en contacto con los apaches, los cuales le aseguraron que al final de un viaje de seis días hacia el norte había una montaña de plata maciza, y esto despertó de nuevo el interés de los españoles por el trecho del río San Sabá que está cerca de la actual Menard (Texas)[16]. La mejora de la situación defensiva, el cimbel de la riqueza y la posible cosecha de almas sirvieron de incentivo para la expansión de Nueva España hacia el norte. El río San Sabá sirvió de foco de todos estos motivos.

El proyecto de colonización de la región de San Sabá se ganó ense-

[16] Ruta de la Expedición de Bernardo de Miranda, 1756, AGI, México 1933B. El asentamiento ulterior de mineros al sur del río Llano recibió el nombre de Los Almagres.

guida el apoyo del nuevo virrey, marqués de las Amarillas, cuyo nombre se impondría al presidio que se iba a construir. A finales de 1755, las Amarillas había tomado las riendas del gobierno y en el mayo siguiente nombró al coronel Diego Ortiz Parrilla sucesor de Pedro de Rábago y Terán, muerto de una epidemia en San Gabriel. El virrey dio también orden de que todas las propiedades de las misiones de San Gabriel se transfirieran al nuevo proyecto[17].

Ortiz Parrilla era un soldado veterano, al servicio del rey desde 1734, que había sido gobernador provisional de Sinaloa y Sonora. Era arrogante, incapaz de reconocer un error y probablemente se sentía deseoso de dejar su nombre en la historia de la provincia fronteriza. Don Diego consiguió esto último, pero no, desde luego, como él esperaba. La causa de su desgracia «fue haber llegado en mal momento a un lugar que no era el suyo». Los desastres que iban a caer sobre la misión de San Sabá no pueden achacarse en justicia a su personalidad o a su falta de capacidad de mando[18].

Otra persona llena de energía que participó en la empresa de San Sabá fue el padre Alonso Giraldo de Terreros. Como Ortiz Parrilla, Terreros era hombre de gran experiencia. Había sido custodio del colegio de Querétaro, y luego presidente de las misiones del río Grande y también fundador de la efímera misión apache de Coahuila.

Terreros fue a Ciudad de México en la primavera de 1756 para ver al virrey, y durante su estancia en la ciudad se enteró de que un primo suyo rico estaba pensando en financiar esfuerzos misioneros entre los apaches. Este primo, don Pedro Romero de Terreros, había propuesto que si él financiaba la empresa, el padre Alonso tendría que encargarse de los neófitos. Para julio todos los detalles parecían resueltos. Pedro Romero se encargaría de los gastos de la misión durante tres años, al cabo de los cuales la responsabilidad pasaría al gobierno civil, pero los gastos militares correrían por cuenta del tesoro real desde el principio. La empresa de San Sabá iba a estar bajo la responsabilidad directa del virrey, no del gobernador de Texas[19].

[17] Méritos y Servicios de Diego Ortiz Parrilla, 3 de mayo de 1770, AGI, Guadalajara 515.

[18] Correspondencia del virrey con Diego Ortiz Parrilla, 1752, Guadalajara 301, R. S. Weddle, *The San Sabá Mission: Spanish Pivot in Texas,* Austin, 1964, pp. 38-39, cita.

[19] Sentencia del Auditor de Guerra, 8 de julio de 1765, AGI, Guadalajara 197. La

La fundación de la misión de Santa Cruz de San Sabá

Los misioneros que fuesen a evangelizar a los apaches se reclutarían en el colegio de Querétaro y en el recién fundado colegio de San Fernando, y estarían bajo la jurisdicción del padre Alonso. Se acordó también que los bienes de las misiones de San Gabriel, que ya habían desaparecido, serían comprados a precio razonable por Romero de Terreros para entregárselos a su primo[20].

Resueltos estos detalles esenciales, el coronel Ortiz Parrilla recibió instrucciones en septiembre de 1756 de trasladarse del presidio de San Javier, que todavía estaba situado a orillas del río San Marcos, a las orillas del río San Sabá. Se le instó a tratar con respeto a los misioneros del nuevo proyecto, recordatorio oportuno, sin duda, en vista de los desastrosos sucesos de San Gabriel[21].

Parrilla y Terreros fueron por separado hasta San Antonio. Con el padre Alonso iban cuatro sacerdotes, dos de cada colegio. Al llegar a San Antonio, los sacerdotes se encontraron con que Ortiz Parrilla ya se encontraba allí con la idea de seguir hasta el río San Marcos, donde pudo inspeccionar los lamentables y harapientos restos del presidio de San javier, que fue trasladado a San Antonio a finales de diciembre de 1756.

La misión de San Javier había sido trasladada provisionalmente al río Guadalupe (véase figura 20). El padre Mariano de los Dolores seguía siendo acérrimo defensor de ella, pero no logró convencer al padre Terreros de que pusiese su asendereada misión bajo la protección financiera de su generoso primo.

Por desgracia, esta circunstancia iba a ser causa de irritaciones que dividirían a los franciscanos en vísperas de la fundación de la misión de San Sabá. Al padre Dolores le irritaba también la autoridad de Terreros, porque él llevaba quince años pidiendo autoridad para fundar misiones entre los apaches y ahora resultaba que se había llevado la presa un hombre protegido por un primo rico. Mientras esta rencilla iba en-

anomalía jurisdiccional prosiguió hasta 1765, cuando se decidió, finalmente, a favor de Texas.

[20] Información para el fiscal, 21 de febrero de 1758, AGI, Guadalajara 197.

[21] Una cédula real que aprobaba el traslado de las misiones de San Gabriel a San Sabá y los acuerdos financieros con Pedro Romero de Terreros llegó mucho después de los hechos. Véase Cédula Real, 15 de octubre de 1758, AGI, México 1933B.

conándose, el coronel Ortiz fue de los que se pusieron desde el principio del lado del padre Dolores.

Las cosas empeoraron en los meses siguientes. A comienzos de 1757, y por invitación de los españoles de San Antonio, visitó el asentamiento una delegación de apaches lipanos. Para Ortiz Parrilla esta visita tuvo que ser desconcertante. Los apaches sólo parecían interesados en los obsequios que recibieron y en la posibilidad de conseguir un aliado contra los comanches. El comandante expresó su inquietud en una carta que envió a Pedro Romero de Terreros, en la que decía que el estado en que había encontrado a los apaches era tan distinto del que esperaba que estaba muy preocupado porque no sabía cuál sería el mejor método para pacificarles. De estas palabras parece deducirse que los temores de Ortiz iban más allá de la simple actitud de los apaches y de su falta de interés por convertirse, porque critica el hecho de que militares y religiosos tuviesen la misma autoridad en la empresa de San Sabá[22].

De todas formas, Ortiz Parrilla encontró repetidas razones para demorar la partida al centro de Texas: había que cebar al ganado, no había pertrechos suficientes, los planes estaban sin rematar. A ojos del padre Terreros, estas demoras eran inexcusables, lo que sirvió para enconar un cisma que ya era grave. Finalmente, a comienzos de abril de 1757, la expedición salió por fin para el río San Sabá: constaba de soldados, sus familias, misioneros, aliados indios, provisiones, pertrechos, 1.400 cabezas de ganado y 700 ovejas.

Como observa Robert S. Weddle, «la historia de la misión de Santa Cruz de San Sabá está marcada por la perfidia apache, la credulidad española y las consecuencias desastrosas de ambas cosas». A pesar de repetidas garantías apaches de que recibirían a una misión con los brazos abiertos, ni un solo indio estuvo presente a su llegada al río San Sabá, que tuvo lugar el 17 de abril. Después de cinco días de exploración, Ortiz seguía sin ver a un solo apache, y para entonces ya estaba decidido a levantar el campo y volver a San Antonio. Sin embargo, los seis franciscanos no querían saber nada de esto. Por insistencia suya no tardó en levantarse allí la misión de Santa Cruz de San Sabá y el presidio de San Luis de las Amarillas, cerca de la actual Menard, Texas (véase figura 20). Conscientes de la mala influencia que tenían los soldados en los indios de las misiones, los sacerdotes situaron deliberadamente la misión

[22] Weddle, *San Sabá Mission,* pp. 45-46, según cita.

a tres millas de distancia, río abajo, del presidio; esto impedía a los soldados mezclarse en las cosas de la misión, pero, al mismo tiempo, dificultaba mucho su defensa[23].

Durante su breve existencia de menos de un año, la misión de Santa Cruz de San Sabá no consiguió atraer a un solo neófito apache dispuesto a residir en ella. En una ocasión aparecieron en lontananza unos 3.000 guerreros de las llanuras que se dirigían al norte a cazar búfalos, pero ninguno de ellos se mostró dispuesto a entrar en la misión. Si los indios hubieran persistido en esta actitud de rechazar la vida de misión, es evidente que los españoles habrían perdido toda esperanza y regresado a San Antonio, con lo cual se habría evitado el desastre que les esperaba, pero no fue ese el caso, porque los apaches, con su conducta y sus visitas, seguían despertando esperanzas en los sacerdotes. Con todo, tres de éstos llegaron a sentirse tan desesperanzados que volvieron a San Antonio, y se renunció al proyecto de fundar dos misiones más.

El personal de la misión y el presidio recién construidos pasaron un invierno muy frío en 1757-1758. Los soldados y sus familias planteaban también un serio problema, porque en el presidio vivían 300 ó 400 personas, entre éstas más de 200 mujeres y niños. A finales del invierno de 1758, los acontecimientos se precipitaron hacia su trágico desenlace. Visto desde nuestra perspectiva, parece evidente que los apaches habían atraído a los espaloles al río San Sabá y les habían inducido a establecerse allí para tenerlos a modo de cómodo baluarte contra las tribus hostiles del norte. Parece ser que los apaches, al llevar a cabo ataques contra sus enemigos, dejaban entre éstos prendas de vestir españolas, como zapatos, a modo de prueba de sus relaciones con la misión de San Sabá; además, los espías de las tribus del norte informaron seguramente de que los apaches estaban íntimamente asociados con los europeos. Todo esto sirvió para enfurecer a los comanches y a sus alidados indios.

La destrucción de la misión de Santa Cruz de San Sabá

Para principios de marzo de 1758, ya había pruebas inequívocas de que cientos de indios comanches, bidais, tejas y tonkawas convergían sobre San Sabá. Ortiz Parrilla, preocupado por la seguridad de las 237 mu-

[23] *Idem,* pp. 53-54.

jeres y niños del presidio, sólo podía destacar unos pocos soldados para guardia de la misión, y pidió infructuosamente que los tres sacerdotes se trasladasen a la guarnición. Los padres Terreros, Miguel de Molina y José de Santiesteban insistieron en seguir en la misión.

En la madrugada del 16 de marzo, los sacerdotes se encontraron completamente rodeados por indios armados con mosquetes, espadas y lanzas. En palabras del padre Molina: «No se veían más que indios por todas partes...». Tenían terrible aspecto y vestimenta. «Además de la pintura que les cubría el rostro, roja y negra, se adornaban con pieles y rabos de bestias salvajes, que los envolvían o les colgaban de la cabeza, tocada también con cuernos de gamo». Una vez dentro de la misión, los indios comenzaron a robar caballos y toda clase de cosas. Mataron de un tiro al padre Terreros y quizás decapitaron al padre Santiesteban cuando aún estaba ante el altar. Después de matar a ocho personas, los indios prendieron fuego a los edificios y siguieron saqueando. Milagrosamente, el padre Molina, y quizá dos docenas más de personas, consiguieron escapar uno a uno de aquel infierno y refugiarse en el presidio[24].

El coronel Ortiz se preparó para defenderse en el presidio, el cual no fue atacado. Los indios trataron repetidas veces de atraer a los soldados a campo abierto, pero cuando sus tretas fallaron se retiraron al norte el 18 de marzo. Ese mismo día, Ortiz Parrilla inspeccionó la terrible matanza ocurrida en la misión. Los indios, enfurecidos, habían arrancado el cuero cabelludo a algunas de las víctimas y decapitado a otras, o les habían sacado los ojos; mataron incluso a los gatos y los bueyes, dejando con vida solamente a unas pocas ovejas. La misión y sus dependencias, que habían quedado completamente destruidas, nunca se reconstruyeron.

Como consecuencia inmediata del ataque contra San Sabá, el coronel Ortiz pidió ayuda de los otros presidios, pero no le llegó ninguna. Las otras guarniciones, temiendo por su propia seguridad, rehusaron destacar hombres. En informes oficiales al virrey, Ortiz Parrilla y el padre Molina abogaban por trasladar presidio y misión a lugares más favorables, y Ortiz Parrilla llegó a recomendar que se hicieran preparativos minuciosos si se planeaba una expedición punitiva.

[24] Morfi, *History of Texas*, 2, pp. 381-383, según cita. Como no había testigos, las circunstancias de la muerte del padre José de Santiesteban son pura conjetura. Su cadáver fue decapitado en algún momento.

La cuestión fue cuidadosamente estudiada en Ciudad de México. Los funcionarios del virrey descartaron el abandono de San Sabá, ya que despoblarlo equivaldría a dar la apariencia de retirada, inspirar desdén por la autoridad española y provocar nuevos ataques. Los planes para una expedición punitiva contra los indios agresores se dejaron en manos de una junta que se reuniría en San Antonio.

Parrilla salió para San Sabá y participó en la junta, que se reunió en enero de 1759. Este comité especial reconoció que lo esencial sería tener suficiente número de hombres, y de ese modo pidió ayuda al gobernador de Nuevo León. Los ciudadanos, tanto allí como en otros lugares, se negaron a ir voluntarios. La junta decidió acopiar una fuerza de 500 hombres y reclutar milicianos e indios de las misiones, así como también soldados presidiales.

El comité presentó sus conclusiones a Ciudad de México, donde la opinión se dividió sobre los méritos y gastos de la expedición, cuyo costo se calculó en más de 52.000 pesos, pero, en último término, se llegó a la conclusión de que era preciso dar una lección a los indios, haciéndoles ver que ni siquiera en sus más remotas guaridas estaban a salvo de la venganza española. Así y todo, reclutar cientos de hombres, muchos de los cuales llegaban de la Costa del Seno Mexicano y de Nuevo León, resultó largo y complicado[25].

Mientras se hacían los preparativos para la expedición punitiva, indios armados con armas de fuego atacaron las reservas de caballos de San Sabá el 30 de marzo de 1759, matando a 20 soldados y robando todos los caballos y mulas de carga. Todas las víctimas murieron de heridas de bala, casi de seguro disparadas por mosquetes franceses, ya que los españoles no podían vender legalmente armas de fuego a los indios. Como informó lleno de amargura el coronel Ortiz, «los indios no dispararon una sola flecha», y en el presidio sólo quedaron 20 caballos. Esta incursión dio más urgencia a la necesidad de castigar a los agresivos indígenas[26].

[25] Lista de los Soldados Asignados a Diego Ortiz Parrilla, 1759, AGI, México 1933A. H. E. Allen, «The Parrilla Expedition to the Red River in 1759», *Southwestern Historical Quarterly,* 43, julio de 1939, pp. 60-61, cita.

[26] Declaración de Diego Ortiz Parrilla, 30 de marzo de 1759, AGI, México 1933A, primera cita; carta de Diego Ortiz Parrilla al virrey, 30 de marzo de 1759, México 1933A, segunda cita.

La expedición de Ortiz Parrilla al río Rojo

Parrilla tenía intención de iniciar su expedición de represalia en San Sabá en junio, pero en agosto todavía estaba en San Antonio. Había esperado por si conseguía más soldados, pero, finalmente, hubo de conformarse con una abigarrada colección de soldados presidiales, milicianos, auxiliares tlaxcalteros del centro de México, indios de misiones y apaches. En total, más de 500 hombres, con 1.600 caballos, mulas y ganado.

Desde San Sabá, el coronel Ortiz Parrilla llegó a la orilla norte del río Brazos el 2 de octubre, donde encontró a los primeros enemigos. Sus fuerzas mataron a varios indios y cogieron 149 prisioneros, algunos de los cuales accedieron a servirles de guías. El 7 de octubre el jefe español se vio atacado por una banda de 60 ó 70 indios. Los rechazó y los persiguió por una zona boscosa. Al salir del bosque, Ortiz se quedó asombrado al ver un fuerte sobre la orilla sur del río Rojo y, en torno a él, campos cultivados y una aldea con empalizada dentro de cuyo recinto ondeaba la bandera de Francia.

En una lucha que duró horas, Ortiz Parrilla fue incapaz de vencer al enemigo. Sus ataques fueron recibidos con fuego concentrado, y la cosa quedó en tablas. Al día sugiente, Ortiz Parrilla pensó en reanudar la batalla, pero el estado de sus tropas no lo aconsejaba. Sus víctimas, entre muertos, heridos y desaparecidos, sumaban 52 hombres. Don Diego había perdido también cañones, mosquetes, sillas de montar y otros equipamientos. Ordenó una retirada inmediata y llegó a San Sabá el 25 de octubre de 1759. La expedición le había convencido de los peligros de la influencia francesa en el río Rojo. Había visto la bandera de Francia y oído música de pífanos y tambores. Como tenía por costumbre, Ortiz se quejó de la baja calidad de sus soldados, echándoles la culpa de su desastrosa derrota. Él, por su parte, como informó más tarde al rey, «había servido con celo, valor y conducta ejemplar... infligiendo duro castigo al enemigo»[27].

Aunque el presidio duró diez años más, las empresas misioneras en San Sabá habían terminado. Como dice Henry E. Allen, «no sólo fracasó la misión al no atraer a aquellos para quienes había sido fundada,

[27] Méritos y Servicios de Diego Ortiz Parrilla, 3 de mayo de 1770, AGI, Guadalajara 515.

sino que el proyecto despertó la hostilidad de las numerosas tribus norteñas, todas las cuales eran enemigas mortales de los apaches». Cuando la misión fue arrasada y dos de sus sacerdotes murieron mártires, los españoles decidieron castigar a los atacantes, pero también esto fracasó; citando de nuevo a Allen:

> Incluso con todas sus dificultades, la campaña... hubiera debido tener éxito, pero los españoles se encontraron con unos indios muy distintos, tanto por su espíritu como por sus armas, de los que conocían hasta entonces en la frontera norte. Y, en consecuencia, fueron derrotados[28].

El trasfondo de la colonización del río Trinidad

La letanía de fracasados intentos de ampliar territorio más allá de San Antonio y de los asentamientos del este de Texas no influyó en la continuidad de los esfuerzos españoles por ocupar permanentemente la cuenca del bajo río Trinidad. A pesar de la presencia española en el este de Texas, la geografía y la topografía del trecho inferior de la cuenca eran completamente desconocidas hasta 1746. Esta ignorancia hubiera continuado sin duda durante algún tiempo, de no ser por los rumores de incursiones francesas que llegaron a oídos del virrey en 1745 por obra del capitán del presidio de La Bahía, Joaquín de Orobio Bazterra, cuya carta puso en guardia a los funcionarios de la capital, y consiguió que éstos ordenaran una inspección.

Orobio intentó primero descender por el río Guadalupe hasta la costa, pero lo áspero del terreno y lo fuerte de las mareas le desanimaron. A finales de 1746 intentó otro sistema. Siguió el camino hacia Los Adaes hasta el cruce del río Trinidad, y desde allí trató de seguir el río hasta la costa. En el cruce, Orobio cambió de plan. Los indios de la comarca no le dijeron nada sobre la tierra que se extendía hasta la costa, de modo que prefirió seguir hasta Los Adaes. Por el camino, observó inequívocas pruebas de influencia francesa entre los indígenas. Tenían armas de fuego, ropa y objetos de origen francés. Los indios insistían en que estos objetos extranjeros procedían del puesto avanzado francés de Natchito-

[28] Allen, «Parrilla Expedition», 71. En el capítulo siguiente hay un examen del presidio de San Luis de las Amarillas en los años sesenta del siglo XVIII.

ches, no de la costa, pero reconocieron haber oído hablar de comerciantes franceses instalados cerca de la desembocadura del río Trinidad.

Después de consultar con el gobernador de Los Adaes, Orobio se dirigió hacia el sur por un camino usado por los indios bidais. Sus encuentros con bidais y orcoquizas le facilitaron detalles y confirmación de las actividades francesas a lo largo de la parte baja de los ríos Neches, Trinidad y Brazos. Aunque los franceses que visitaban la zona habían prometido afincarse en un lugar situado a orillas del río San Jacinto, a partir de 1746 su presencia se había limitado a visitas de comerciantes que llegaban por mar. Provisto de esta información, Orobio volvió a La Bahía y dejó un informe en manos del gobernador Francisco García Larios.

No se produjeron nuevos intentos de contrarrestar la influencia francesa en la región del bajo Trinidad hasta la llegada del gobernador Jacinto de Barrios y Jáuregui. Agentes personales del gobernador visitaron periódicamente a los indios bidais a partir de 1715 con tabaco, cuchillos y armas de fuego, todo ello conseguido de los franceses de Natchitoches, y volvían a Los Adaes cargados de maíz, cueros y caballos que casi de seguro habían sido robados de otros asentamientos españoles. De esta forma, las leyes españolas se transgredían por duplicado: abasteciendo de armas a los indígenas y comerciando con cueros en Natchitoches, pero el contrabando y el comercio ilegal llevaban ya largo tiempo siendo corrientes en el este de Texas.

Sin embargo, la colonización española del bajo río Trinidad no comenzó hasta mediados de los años cincuenta del siglo XVIII. En septiembre de 1754, Barrios envió al teniente Marcos Ruiz con 25 soldados a investigar la información de que los franceses habían comenzado a comerciar con los orcoquizas en un centro situado cerca de la boca del río Trinidad. Ruiz fue a la costa y en octubre capturó a Joseph Blancpain, a otros dos franceses y a dos esclavos negros en la aldea de un jefe indio local. Don Marcos confiscó también mercancías de contrabando entre las que había ropa y municiones. El gobernador ordenó que los cinco cautivos fuesen enviados a Ciudad de México para ser interrogados, y tomó medidas para incrementar las defensas, destacando a unos 20 soldados a El Orcoquizac. Esta medida, tomada en los meses de verano de 1755, fue el comienzo de la colonización española de esa zona[29].

[29] Testimonio de la captura de franceses y negros, febrero de 1755, AGI, Guadalajara 329.

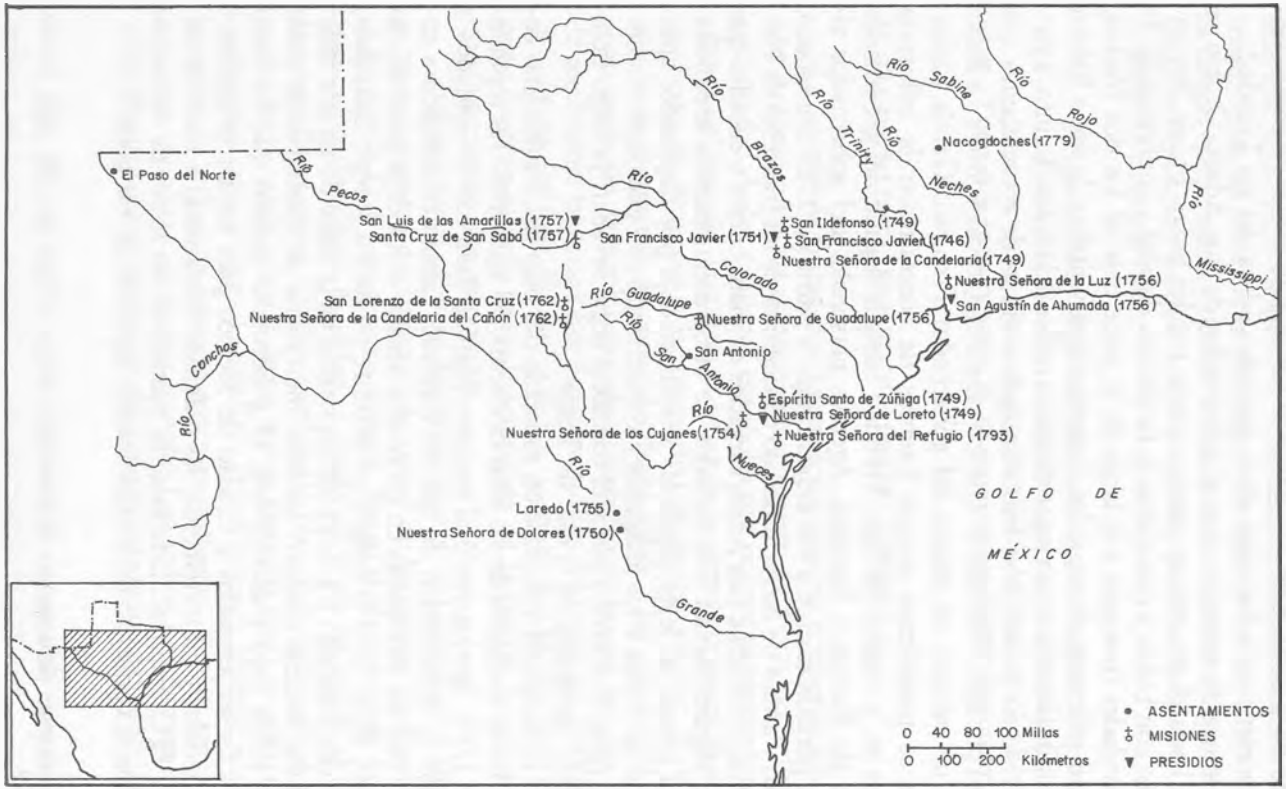


Figura 20. *Desarrollo de las misiones, establecimientos y presidios españoles.*
Este mapa muestra la fundación de misiones, asentamientos civiles y guarniciones militares desde 1746 hasta 1793..Cartografía de Caroline Castillo Crim.

Entretanto, el interrogatorio de los tres franceses y los dos jóvenes negros en Ciudad de México no consiguió estimular al gobierno central, a pesar de que sus declaraciones revelaron la existencia de importantes operaciones comerciales entre los indios bidais y orcoquizas. Más alarmante aún era que Blancpain llevaba patente y pasaporte firmados por el gobernador de Nueva Orleans, autorizando específicamente tanto a él como a sus asociados a llevar ganado a la ciudad. Naturalmente, la carne de vaca tenía que llegar a Texas[30]. Sin embargo, las cosas siguieron en una situación estática hasta la llegada del marqués de las Amarillas a finales de 1755. El nuevo virrey dio prioridad a los asuntos relacionados con la colonización del bajo Trinidad. Promulgó un decreto ordenando la fundación de una guarnición de 30 soldados y una misión complementaria de dos frailes del colegio franciscano de Zacatecas[31]. El virrey pidió también la creación de una villa poblada por 50 familias, pero esto nunca llegó a realizarse.

La fundación de El Orcoquizac

El gobernador Barrios trató de cumplir el decreto del virrey. En dos ocasiones, a comienzos de 1756, envió al teniente Domingo del Río a los indios orcoquizas y bidais para tantear sus reacciones ante la detención de Blancpain. Aunque del Río no encontró asentamientos franceses, los indios le aseguraron que los galos les habían visitado y tenían intención de volver. En junio, antes de que el teniente volviese de su segunda exploración, Barrios había enviado ya otro contingente al mando de Marcos Ruiz para empezar la construcción del presidio de San Agustín de Ahumada. Más tarde, en el mismo verano, Domingo del Río y Bernardo de Miranda hicieron inspecciones independientes para concretar el lugar de asentamiento de la futura villa. Para finales de año, la misión de Nuestra Señora de la Luz estaba ya construida en un solar cercano al presidio[32] (véase figura 20). Ambas construcciones, llamadas

[30] Copia de la patente en el expediente de Jacinto de Barrios, 22 de octubre de 1756, AGI, Guadalajara 329.

[31] Testimonio de la captura de franceses y negros, febrero de 1755 AGI, Guadalajara 329.

[32] Decreto del marqués de las Amarillas, 12 de enero de 1756, AGI, Guadalajara 329.

con frecuencia El Orcoquizac, se encontraban cerca de la actual ciudad de Anáhuac, en el condado de Chambers, pero estaban condenadas a ser efímeras.

Sin duda, la situación de la misión era la peor de toda Texas. Los sacerdotes, habitualmente estoicos, se quejaban de moscas, mosquitos y agua imbebible, circunstancias que conducían inevitablemente a la disentería. Además, la misión y el presidio estaban siempre escasos de alimento, ropa y pertrechos de todo tipo; y, para colmo, los indios eran intratables. Una descripción de la situación local de La Luz en 1760, hecha por el padre Anastasio de Romero en el transcurso de una inspección ordenada por el gobernador, posiblemente lo resuma todo:

> El río Trinidad crece con mucha facilidad e inunda los campos... La marea del río es tan fuerte que he oído decir que se puede pescar desde dentro de las casas... Las moscas... atormentan a la gente como en el antiguo Egipto[33].

La situación no mejoró a lo largo de los dos años siguientes. En 1762, cuando Luisiana pasó a poder de España hacia el final de la guerra francesa e india, el presidio dejo de ser necesario para la defensa, pero siguió siendo viable durante algunos años. Sin embargo, la continuada colonización de la región del bajo Trinidad estaba amenazada por las tormentas del Golfo, debilitada por el número decreciente de catecúmenos residentes en la misión y corroida por fuertes recelos en Ciudad de México, como por ejemplo que los soldados del presidio se dedicaban a operaciones de contrabando por toda la comarca, recelos éstos, por cierto, muy justificados. La ocupación permanente de El Orcoquizac por los españoles llegó a su fin en 1770, cuando el presidio y la misión fueron trasladados de sitio.

A diferencia de las misiones de San Gabriel y San Sabá, hubo una iniciativa importante en los años cuarenta y cincuenta del siglo XVIII que tuvo éxito. Es interesante que dicho proyecto no tuviera por centro a Texas, con su escasa población, aunque la provincia se benefició de ella, ni estuviera vinculada únicamente a la fundación de misiones entre indígenas recalcitrantes. De todas formas, la iniciativa en cuestión tuvo su

[33] J. V. Clay, *Spain, Mexico and the Lower Trinity: An Early History of the Gulf Coast*. Baltimore, 1987, pp. 55-56, según cita.

origen, por lo menos en parte, en la necesidad de pacificar a los indios de la costa que atacaban los asentamientos de Nuevo León.

José de Escandón y la colonización de la Costa del Seno Mexicano

La región que se iba a colonizar, conocida por el nombre de Nuevo Santander o Costa del Seno Mexicano, se extendía desde la bahía de Matagorda en el norte hasta Tampico al sur, y esta empresa puso de relieve el extraordinario talento de José de Escandón y Elguera. En realidad, Escandón no fue el primero que propuso la colonización de la parte norte de la costa. En 1738 y 1739 se presentaron tres solicitudes ante los funcionarios de Nueva España y el Consejo de Indias. La responsabilidad de seleccionar a uno de los aspirantes rebotó entre los funcionarios españoles a ambos lados del Atlántico hasta que, en 1739, la Corona puso el asunto en manos de México y pidió la creación de una junta especial compuesta principalmente por el virrey y miembros de su audiencia. El comité quedó encargado específicamente de seleccionar a uno de los solicitantes y darle la ayuda que fuese necesaria.

A pesar de todo, no se hizo nada positivo. Se estudió el asunto durante cuatro años y dos de los solicitantes, comprensiblemente, desistieron en vista de tal espera. En ese momento, la decisión habría podido ser fácil, pero lo cierto es que no lo fue. Ni siquiera una cédula real promulgada en 1743, instando a la junta a seleccionar un candidato, bastó para apresurar el asunto o para favorecer al último solicitante, Antonio Ladrón de Guevara, de Nuevo León. La junta insistió tercamente en elegir a alguien mejor, el cual no apareció hasta siete años después de haber sido formado el comité.

El 3 de septiembre de 1746, el virrey Revilla Gigedo I, recién llegado de España, aprobó un convenio con José de Escandón por el que éste sería colonizador y gobernador de la nueva provincia que se proyectaba. Esta decisión se tomó precisamente cuando el padre Dolores buscaba apoyo oficial para las misiones de San Gabriel, y no cabe la menor duda de que el proyecto de Escandón recibió prioridad sobre otros planes expansionistas.

Don José tenía méritos de primera clase para la misión concreta que se le encomendaba. Como escribe Robert S. Weddle, poseía cualidades que hacían de él «un caso aparte, por encima de multitud de otros ex-

ploradores y colonizadores que se movían por las fronteras de Nueva España con resultados menos impresionantes». A mediados de los años treinta del siglo XVIII, Escandón había sido sargento mayor destacado en Querétaro, y allí se ganó fama de hombre firme y justo en sus tratos con indios y españoles, sobre todo como consecuencia de una serie de campañas con objeto de pacificar a los indígenas de la cercana Sierra Gorda. La mayor parte de sus logros, excepto en lo referente a la paga de sus soldados, los financiaba de su propio bolsillo, y más tarde recibió, en compensación por sus servicios, el título de conde de Sierra Gorda. Así pues, los méritos de Escandón, y la estima en que le tenían españoles e indios por igual, hacían cosa natural y lógica que fuera él el elegido para la importante tarea de colonizar Nuevo Santander.

En un principio, Escandón rehusó una oferta de ayuda inmediata del tesoro público, prefiriendo llevar a cabo una inspección preliminar a sus expensas. Sin embargo, aceptó una proposición virreinal de recibir cooperación de los funcionarios de las provincias circundantes, y finalmente, en 1747, se preparó para llevar a cabo una gira de inspección.

La idea inicial de Escandón consistía en fundar en total catorce nuevos asentamientos y un número razonable de misiones. Su actitud ante la colonización estaba influida por su experiencia anterior en Sierra Gorda. Se insistiría en crear centros civiles más que militares. Don José tenía intención de enviar familias de asentamientos anteriores y formar con ellas los núcleos de otros nuevos. Entre los incentivos ofrecidos a esta gente, habría tierras de labranza y pasto y una cantidad en metálico para la compra de provisiones y equipamiento. Por razones de seguridad, se destacaría a soldados a las nuevas ciudades, pero sólo por dos o tres años. Cada ciudad sería independiente de los centros políticos ya existentes en la frontera y de sus funcionarios, y tendría una misión que atendiese a las necesidades de los indios y de los colonos.

La situación de las nuevas ciudades y misiones quedaría determinada por la necesidad de defender la costa contra los intrusos extranjeros y de pacificar a los indios, sobre todo a los karankawas costeros de Texas y a los grupos hostiles que residían a lo largo de la orilla y que se extendían hasta México. Escandón quería dividir la responsabilidad religiosa entre los colegios de San Fernando y Zacatecas, mientras que la autoridad civil pertenecería al virrey y a la audiencia en Ciudad de México. Para la planificación y coordinación de una empresa de esta magnitud hacía falta un extraordinario organizador.

Don José planeó una serie de expediciones para explorar simultáneamente la nueva provincia desde distintos puntos a lo largo de un arco que iría desde Tampico hasta La Bahía (Texas). El lugar de encuentro de varias entradas estaría situado cerca de la desembocadura del río Grande. Todos los planes estaban listos para enero de 1747, y Escandón salió de Querétaro el 7 de enero, mientras las expediciones complementarias partían de diversos lugares el mismo mes.

Tampico y Valles fueron punto de partida de tres expediciones en el sur. En el norte, un contingente partió de Coahuila con Miguel de la Garza Falcón a la cabeza, y fue a lo largo de la orilla norte del río Grande. Otra columna, con soldados de La Bahía y Los Adaes, se dirigió por la costa hasta la boca del río Grande. El contingente de Texas, con 50 soldados dirigidos por el capitán Joaquín de Orobio del presidio de La Bahía, iba acompañado por el padre Juan González, el cual dirigía la misión de La Bahía.

Coordinada por Escandón desde diversos puntos de partida, la exploración de Nuevo Santander fue un gran éxito. Como dice Lawrence Hill, «con pocas excepciones, las diversas unidades tenían poca distancia que recorrer para cumplir su tarea... Montañas, valles, arroyos, salinas, bahías e indígenas. Todo fue registrado con gran cuidado e... incluido en un detallado informe al virrey». Estas empresas resultan tanto más notables si se tiene en cuenta que participaron en ellas 765 soldados, pero no hubo una sola baja durante sus tres meses de duración[34].

De las 24 aldeas y 15 misiones fundadas para 1755 en la Costa del Seno Mexicano, sólo dos de las primeras estaban dentro de las fronteras de la actual Texas. En agosto de 1750, José Vázquez de Borrego, ranchero de Coahuila, fundó Nuestra Señora de los Dolores, situada a unas 10 leguas río abajo de la actual Laredo; y en mayo de 1755, Tomás Sánchez, teniente de Escandón, fundó la ciudad de Laredo. Antes de esto, ya Escandón había trasladado la misión y el presidio de La Bahía (1749) desde el río Guadalupe a su actual solar, en Goliad, a orillas del río San Antonio (véase figura 20).

La Bahía se benefició de su nueva y mejor situación y del nuevo pueblo fundado allí. A los cinco años se fundó una nueva misión para los indios karankawas, Nuestra Señora del Rosario de los Cujanes, río arri-

[34] L. F. Hill, *José de Escandón, and the Founding of Nuevo Santander: A Study in Spanish Colonization,* Columbus, 1926, pp. 65-66.

ba y a alguna distancia del presidio. Aunque con un comienzo incierto, la misión de Rosario, a diferencia de las de San Gabriel y San Sabá, duró muchos años. Aunque no fue fundada por Escandón, era una prolongación directa de la política de reorganización de la parte inferior de la costa del Golfo y la pacificación de los indios karankawas.

Para cuando Escandón se retiró en 1755, había contribuido al traslado de más de 6.000 españoles y a la organización de casi 3.000 indios en nuevos poblados, y había ayudado a fundar la industria ganadera del valle del bajo río Grande. Ese mismo año, el marqués de las Amarillas asumió el cargo de virrey. Este enérgico caudillo, cuyo nombre se dio a los presidios de San Sabá y Orcoquizac, ordenó una investigación a fondo de Nuevo Santander para definir la índole de sus necesidades, y encomendó esta tarea a José Tienda de Cuervo.

La inspección de Camargo y Dolores por Cuervo tiene especial interés. En el primero de ambos lugares, Cuervo encontró 17 ranchos en un radio de cinco leguas. Los ranchos contenían aproximadamente 6.500 caballos, 2.600 cabezas de ganado y 72.000 ovejas. Uno de ellos, propiedad del capitán Blas María de la Garza Falcón y su suegro, se extendía hasta el norte del río Grande con miles de animales. En Dolores, Cuervo sólo encontró un rancho, propiedad de Vázquez Borrego, donde vivían 23 familias de jornaleros y había 8.000 caballos, mulas y cabezas de ganado. El rancho de Borrego tenía incluso sus propias medidas se seguridad, a cargo de once vaqueros uniformados y armados, montados en *ponies* rojizos.

¿Cuál fue la razón de que la empresa colonizadora de Escandón tuviera tanto y tan largo éxito, mientras las tres misiones avanzadas acabaron fracasando? Escandón era un planificador hábil, concienzudo y bien organizado. Tenía la ventaja de que Nuevo Santander se encontraba cerca del corazón de Nueva España, y su empresa no dependía de la cooperación de indígenas reacios. Por otra parte, los los proyectos puramente misioneros, sobre todo en San Gabriel y en San Sabá, tenían las rémoras de disputas entre funcionarios religiosos y militares, estaban lejos de otros asentamientos españoles, sufrían de clima extremado y eran víctima de la antipatía existente entre los apaches y otros indios del norte.

Durante los años 1745-1762, los aciertos de Escandón fueron una agradable compensación por los catastróficos acontecimientos relacionados con San Gabriel y San Sabá, pero sería engañoso llegar a la conclu-

sión de que las viejas misiones de Texas habían sufrido también serios reveses. Estos mismos años fueron testigos del importante progreso en San Antonio.

En marzo de 1762, hacia el final de la guerra francesa e india, el comisario general de los franciscanos pidió un informe general de todas las misiones de la orden en Nueva España. Este documento reflejaba un constante crecimiento en cinco de ellas, situadas en San Antonio. Para 1762, más de 4.400 indios habían sido bautizados en las misiones queretaranas, y la mitad de ellos en los 17 últimos años. Los edificios de las misiones propiamente dichas, y los periféricos, aunque no fueron modelos de elegancia arquitectónica, eran ya de materiales más duraderos, algunos de ellos de piedra de cantera. Además, la ciudad de San Antonio iba ya camino de convertirse en una comunidad más viable.

Por el contrario, las misiones del este de Texas, «seguían teniendo la misma vida triste de siempre, que no había cambiado desde sus comienzos». La semiresignación de los frailes se reflejaba en el informe del padre Simón Hierro, custodio del colegio de Guadalupe de Zacatecas:

> Si no hubiéramos tomado nota de que el hijo de Dios, en su evangelio, no nos manda convertir, sino sólo predicar, y que, según el Apóstol, la tarea de la conversión no es como plantar o regar, sino que depende de Dios, que es el que hace crecer las cosas, nuestra tarea de 40 años habría sido intolerable..., porque, a lo largo de esos años, si no hemos perdido del todo el tiempo, se debe a que, en el cumplimiento de los decretos divinos, muchos niños han subido a la gloria gracias al bautismo[35].

Los 21 años siguientes (1762-1783) llevaron profundos cambios a Texas. La reorganización de la frontera norte de Nueva España eliminaría las lamentables condiciones en que se hallaban las misiones y los presidios del este de la provincia, pero no de la manera que hubieran querido los que vivían allí. El cambio es a menudo desestabilizador e impopular, y ya asomaba por el horizonte de la Texas española.

[35] H. E. Bolton, *Texas in the Middle Eighteenth Century: Studies in Spanish Colonial History and Administration,* Austin, 1970, pp. 95, 100-101.

IX

TEXAS Y EL CAMBIANTE ESCENARIO INTERNACIONAL (1762-1783)

Cerca del fin de la guerra francesa e india (1754-1763), Francia, por acuerdo diplomático, transfirió el territorio de Luisiana a España, su aliado borbónico desde comienzos de 1762. La cesión comprendía una gran extensión de abundantes territorios al oeste del río Mississippi, pero era una adquisición que los españoles aceptaban con sentimientos contrarios. Por una parte, reconocían que Texas ahora se transformaba, de provincia tampón contra la expansión francesa, en una provincia interior; por otra parte, sabían que Luisiana había sido una sangría para el tesoro francés y que, para ellos, no lo iba a ser menos. En realidad, los españoles no tenían otro remedio que aceptar la oferta francesa. Rechazar Luisiana supondría que los agresivos ingleses se situasen en las fronteras mismas de Texas y Nuevo México. Los españoles se daban cuenta de la amenaza que constituían la influencia y hasta el control inglés sobre las naciones indias, y lo consideraban inaceptable y peligroso, preocupados como estaban por la seguridad de las minas de plata de la frontera de Nueva España. A modo de reacción ante un escenario internacional tan radicalmente cargado de peligros, planteado por la firma del Tratado de París (1763), y la supresión de las posesiones francesas en el continente norteamericano, los españoles se sintieron obligados a introducir reformas no menos radicales y tomar medidas enérgicas para proteger su imperio americano, cuyos únicos enemigos eran ahora los ingleses. España tuvo la buena fortuna de tener en aquel momento en el trono a un rey como Carlos III (1759-1788), posiblemente el mejor monarca de la larga historia de ese país. Las líneas maestras de la nueva política exterior de Carlos III iban a tener un profundo impacto político y religioso en el norte de México y en el sudoeste español. En este capítulo se

examina la puesta en práctica de esos cambios, sobre todo en la medida en que afectaron a las vidas de los españoles y los indios en Texas.

El fin de la guerra francesa e india

Al comienzo de su reinado, Carlos III, preocupado por la vacilante situación de Francia en la guerra francesa e india, abandonó la política de paz seguida hasta entonces por su hermanastro, Fernando VI, y renovó en 1761 el llamado Pacto de Familia, que era una alianza ofensivo-defensiva entre Francia y España. Este acuerdo dio inicio a un giro radical en las tensas relaciones que habían persistido entre ambas potencias desde los días de La Salle.

En el año siguiente, el 11 de enero de 1762 España declaró la guerra a Inglaterra, pero la alianza borbónica tuvo poca influencia en el desarrollo de la contienda. Los diplomáticos ingleses, franceses y españoles aprobaron los preliminares de un tratado de paz el 3 de noviembre, y el mismo día, Luis XV de Francia firmó los papeles de la cesión de Luisiana a España. Para entonces, la Península prefería entregar Florida a los ingleses que ver a éstos en Luisiana, aun cuando este territorio nunca hubiese producido ningún beneficio a Francia. Por lo que a los franceses se refiere, querían salir de la guerra y necesitaban el apoyo español para ponerle fin; los galos también esperaban que una tregua rápida les permitiría conservar importantes islas azucareras en el Caribe y continuar con la alianza borbónica.

Al final de la guerra francesa e india, Francia pidió con insistencia a España que se hiciese cargo inmediatamente de Luisiana, cosa que no iba a ocurrir. Unidades ciudadanas y de la milicia se opusieron a la transferencia de poderes en Nueva Orelans, resistieron al gobernador español y demoraron el control efectivo de Luisiana por España hasta 1769. Para esa fecha ya estaban en marcha importantes planes de reorganización de la frontera norte de Nueva España.

La eliminación de Francia del continente norteamericano había cambiado el equilibrio del poder en dicha tierra, ya que significaba que ahora España estaba sola contra Inglaterra. Para hacer frente a este reto, Carlos III no tardó en concentrar su atención en las fronteras norteñas de Nueva España y en la defensa del territorio propiamente neoespañol. Envió a México a Juan de Villalba con órdenes de organizar un ejér-

cito regular y una milicia colonial a semejanza de las unidades militares europeas. Para 1765, Villalba ya estaba al mando de tropas destacadas en México. Ese mismo año, el rey encargo a José de Gálvez y al marqués de Rubí que llevasen a cabo giras de inspección por Nueva España[1].

Gálvez pasó seis años en Nueva España como visitador general de la hacienda pública. Sus poderes eran tan grandes que llegaban a superar los del virrey, y cuando el marqués de Cruillas protestó, fue substituido inmediatamente por alguien más sumiso, el marqués de Croix. El visitador estaba preocupado sobre todo por la inmensa distancia que mediaba entre Ciudad de México y las provincias del norte, y también por la amenaza que constituían para esos reinos las ambiciones inglesa y rusa. En 1771, Gálvez volvió a España, donde tuvo más tarde el importante cargo de ministro de Indias, desde el que introdujo radicales cambios administrativos en el imperio español en América.

La inspección de Rubí

El 7 de agosto de 1765, el marqués de Rubí recibió, aparte de Gálvez, la misión de inspeccionar los presidios de la frontera norte de Nueva España. El marqués tenía que examinar la situación de las guarniciones, inspeccionar la guardia, decidir si lo que se vendía en cada presidio tenía el precio que debía tener y juzgar si las avanzadillas militares eran lo que necesitaba el gobierno y defendían debidamente el reino contra indios hostiles e infiltraciones extranjeras.

Rubí, que era mariscal de campo del ejército español, llegó a México a comienzos de 1766. Se apresuró a ir a la frontera para inspeccionar los presidios desde California hasta el este de Texas. Su concienzuda investigación duró tres años, durante los que recorrió 7.000 millas en compañía de Nicolás de Lafora, un ingeniero con ojos de águila que anotaba en su agenda todas sus observaciones de primera mano.

No había habido una visita general de la frontera desde la inspección de Rivera, a finales de los años veinte del mismo siglo, y en España se pensaba, con razón, que algunos de los presidios y sus misiones ha-

[1] Órdenes de Su Majestad el Rey, 7 de agosto de 1775, AGI, Guadalajara 274.

bían dejado de ser útiles. Como había informado la inspección Rivera más de 35 años antes, seguía habiendo grandes abusos y corrupción en la mayor parte de los puestos militares avanzados. Como descubriría Rubí, para los años sesenta de ese siglo estos abusos habían llegado a ser tan corrientes en Texas como en el resto de la frontera. Entre los abusos más flagrantes estaba el de pagar a los soldados solamente en mercancías y a precios abusivos, y también el de enganchar a los soldados de tal manera que sólo se libraban de sus obligaciones militares con la muerte, la deserción o el permiso de su jefe. En general, el servicio de guarnición de frontera significaba para los soldados pobreza permanente, mala alimentación y obligaciones laborales en las tierras particulares del jefe del presidio.

Rubí comenzó su gira de inspección en Nuevo México, pasó luego a California y finalmente volvió a Coahuila. El marqués llegó a Texas en julio de 1767 y, en general, quedó descontento con lo que vio allí. Sobre todo, le aterraba la situación de San Sabá. En su informe oficial, Rubí declaró que San Luis de las Amarillas era el peor presidio de todo el reino de Nueva España[2]. Aceptemos por el momento este duro juicio y pasemos a ver la razón de que la guarnición militar más fuerte de Texas hubiese llegado a tan terrible situación.

La decadencia del presidio de San Luis de las Amarillas

En 1759, depués de su derrota en la campaña de río Rojo, Diego Ortiz Parrilla había demostrado tener una idea muy clara de la situación general de Texas. Había observado graves problemas provocados por tres causas principales: la mala calidad de los soldados presidiales y de las fuerzas milicianas; el peligro de la influencia extranjera en las tribus del norte y la creciente amenaza que constituían los indios dotados de armas de fuego y municiones y con el propósito de utilizarlas. Parrilla había observado personalmente los fallos de los hombres que estaban a su mando, y temía que una alianza general de los franceses con los norteños conduciría a la destrucción de los asentamientos españoles en Texas. En un informe que presentó en San Antonio, Parrilla hizo hincapié

[2] Declaraciones de soldados en el presidio de San Sabá, 1771, AGI, Guadalajara 274.

sobre todo en la importancia de mantener la guarnición militar de San Sabá[3].

Parrilla se daba cuenta también de que el victorioso ataque a San Sabá de 1758 había sido una experiencia desconcertante para los apaches lipanos, cuyos enemigos norteños destruyeron la misión, demostrando así que los españoles no eran aliados tan poderosos como los lipanos pensaban. Desde su punto de vista, la insistencia española en que su verdadero enemigo era Francia y no las naciones del norte, significaba que los apaches iban a tener que pensar en otras maneras de utilizar a los españoles en provecho suyo. Los lipanos estaban siendo presionados en su propio territorio por muchos intrusos, entre los que se contaban los españoles, y además, como su alianza con España les resultaba muy poco satisfactoria, se vieron obligados a revisar la situación y reaccionar en consecuencia. En último término, su estrategia iba a consistir en solicitar la fundación de nuevas misiones en la parte alta del río Nueces y en utilizar a los españoles a modo de peones en su desesperada lucha por la supervivencia.

Parrilla envió al virrey sus conclusiones sobre la situación de Texas a finales de 1759, y pidió permiso para ir a Ciudad de México con el fin de ampliar su información. Recibió orden de presentarse en la capital, y, al llegar, en el verano de 1760, se enteró de que el virrey, el marqués de Cruillas, le había destituido como jefe de San Sabá para nombrarle gobernador de Coahuila. El concienzudo, escrupuloso y competente capitán sería sustituido en San Sabá por un bribón: Felipe de Rábago y Terán, el antiguo y desacreditado jefe del presidio de San Xavier.

Cuando Parrilla se hubo enterado de su nuevo nombramiento, el virrey le pidió un informe detallado de la situación en la frontera norte. Cruillas quería saber tres cosas sobre todo: en qué medida estaban siendo influidas por los franceses las tribus del norte; si esas tribus eran las mismas que estaban siendo ayudadas también por los ingleses y cuál era la situación de los puestos avanzados españoles en los ríos San Sabá y San Antonio.

La respuesta de Parrillas a estas preguntas fue un sincero examen de la situación tal y como él la veía. Parrilla pensaba que había visto pruebas suficientes de influencia francesa entre los indios wichitas. No sólo

[3] Los norteños consistían en indios caddos de más allá de Texas, sobre todo wichitas, kichais y pawnees.

estaban armados esos indios con mosquetes y lanzas de origen francés, sino que en su forma de hacer y utilizar estocadas, fosos y estrategias defensivas también apuntaban contactos con europeos. En la segunda cuestión, Parrilla tuvo que limitarse a repetir los rumores de los éxitos ingleses en la guerra francesa e india, y también había oído que los ingleses estaban distribuyendo armas de fuego entre los wichitas. Finalmente, en lo que se refería a la tercera pregunta, Parrilla hubo de limitarse a sus experiencias personales: él sabía que en Nacogdoches algunas de las tribus norteñas habían transmitido peticiones de paz a través del padre José de Calahorra. Estos norteños prometían ser amigos si se fundaban misiones entre ellos y se respetaba a los indios apaches congregados en torno a otras misiones, pero Parrilla ponía en duda la sinceridad de estos ofrecimientos. Aconsejó al virrey que, para servir al mejor interés de los españoles, convenía mantener buenas relaciones con los lipanos y evangelizarles. Es decir, Parrilla propugnaba la continuación de la política india que se mantenía desde finales de los años cincuenta, e insistió, sobre todo, en que las fuerzas armadas destacadas en San Sabá se reforzasen, situando, junto al río Llano, cuarenta hombres más cerca de la mina de los Almagres. Este aumento de la presencia militar española ofrecería más protección a los apaches y les estimularía a aceptar la vida de misión. San Sabá, como La Bahía, serviría para reforzar Texas contra la penetración extranjera, difundir la fe y proteger vidas españolas.

Llevar a la práctica los consejos de Parrilla habría supuesto un considerable aumento de gastos para el tesoro real, lo que el virrey no estaba dispuesto a hacer. La situación de Texas seguiría así, en general, hasta que se llevaran a cabo las proposiciones radicales del marqués de Rubí, o sea, hasta mediados de los años setenta del siglo XVIII. Entre tanto, el nuevo jefe de San Sabá iba a resultar mucho menos capaz que Parrilla e iba a cometer muchos errores.

El nombramiento de Felipe Rábago y Terán provocó, como era de temer, una tormenta de protestas entre el clero franciscano. Cuando Francisco Javier Ortiz, custodio del colegio de Querétaro, se enteró de la exculpación de Rábago por las muertes del padre José Ganzábal y Juan José Ceballos, y de su inminente llegada como jefe militar a San Sabá, apenas pudo contener su indignación. Naturalmente, siempre cabía la esperanza de anular la exculpación de don Felipe, pero el padre Ortiz, en una carta que escribió al virrey, le rogó encarecidamente que

no enviase a don Felipe a Texas por causa de su mala conducta durante el tiempo que fue jefe de San Xavier. Además, imploraba al virrey que eligiese a un jefe celoso de la salvación de almas entre las tribus apaches. Añadieron sus lamentos a este coro el padre Mariano Dolores, que hizo un viaje a Ciudad de México para oponerse al nombramiento, y el coronel Parrilla, que consideraba a don Felipe indigno de tal puesto. Pero de nada sirvió, porque el marqués de Cruillas resistió todo esto impávido y ordenó a Rábago que fuese sin más al río San Sabá[4].

Para los que piensan que «genio y figura hasta la sepultura», la conducta de Rábago durante la década siguiente sólo fue satisfactoria en parte. En apariencia, trató de conducirse de manera más responsable. De camino al presidio de San Luis de las Amarillas, Rábago utilizó una nueva ruta entre los ríos Grande y San Sabá, evitando así todo contacto con sus enemigos de San Antonio. El 31 de octubre de 1760, don Felipe se hizo cargo de su nuevo mando.

El informe del nuevo jefe sobre la situación del presidio, cuyos soldados carecían de alimento, ropa, municiones y pertrechos, fue insólitamente generoso. Rábago no echaba la culpa de nada de esto al hombre a quien substituía, sino que atribuyó la lamentable situación a la calidad de los soldados destacados en los puestos fronterizos y a la constante vigilancia exigida por la amenaza permanente de ataques comanches, los cuales impedían día tras día el abastecimiento de pertrechos y provisiones[5].

Durante los meses siguientes, Rábago fue un modelo de actividad, aunque algunos de sus actos contravenían instrucciones específicas del virrey. El nuevo jefe envió expediciones al oeste de la actual Menard hasta el río Pecos, y acopió información sobre las distintas tribus apaches. Como Parrilla, Rábago se dio cuenta de la importancia de su puesto y de que era preciso mantenerlo a toda costa, pues lo contrario sería poner en peligro los asentamientos españoles de Nuevo México, Nueva Vizcaya, Coahuila y Texas.

Rábago envió expediciones que recorrieron partes de Texas no visitadas por los españoles desde la expedición de Juan Domínguez de

[4] Actas del Fiscal, 20 de abril de 1761, AGI, Guadalajara 368, citas, Papeles Relativos a Diego Ortiz Parrilla, 1760, AGI, Guadalajara 368.

[5] Actas sobre transmisión del mando en el Presidio de San Sabá a Rábago y Terán 31 de octubre de 1760, UTA, Transcripciones.

Mendoza, en los años ochenta del siglo anterior, con la intención de explorar todo el territorio entre Texas y Nuevo México. Estos esfuerzos demostraron incuestionablemente que la distancia entre ambas provincias era mucho mayor de lo que solía pensarse, y que el territorio estaba poblado por indios hostiles. Cruillas había encargado a Rábago que encontrase una ruta para Nuevo México, pero don Felipe no persistió en esta misión por causa de cierta información desanimadora que le habían facilitado sus destacamentos de exploración.

Mientras seguía la exploración de las llanuras, Rábago comenzó a mejorar el estado del presidio de San Luis. La empalizada se substituyó por una muralla de piedra de cantera, se excavó un foso y, en lugar de las cabinas de madera de los soldados, se construyeron habitaciones adosadas a los muros de piedra. Don Felipe pensó que el presidio, así cambiado, parecía un castillo, y le dio un nombre nuevo: Real Presidio de San Sabá. Sin duda, era la guarnición militar más impresionante de Texas, y gracias a los esfuerzos de Rábago, no tardó en contener un contingente completo de hombres bien armados y bien montados.

Nuevas misiones para los apaches en el río Nueces

Teniendo en cuenta su conducta en San Gabriel, es de sorprender que Rábago se mostrase tan entusiasta por evangelizar a los apaches lipanos. Incluso sus críticos se mostraron desconcertados por su fervor religioso. El padre Agustín Morfi, hombre caritativo, pensó que quizás Rábago se mostrase así para tratar de «hacer olvidar su perversa conducta..., o porque quisiese compensar a la religión por los daños que le había causado con sus escándalos anteriores»[6]. Fuera su intención la que fuese, lo cierto es que los planes de Rábago de difundir la fe entre los apaches fueron la causa de su pérdida.

El virrey había encargado a Rábago la evangelización de los lipanos de San Sabá o sus cercanías. Siguiendo estas instrucciones, don Felipe inspeccionó las ruinas incendiadas de la misión anterior, pero descartó toda posibilidad de reconstruirla en aquel lugar. Al mismo tiempo, importantes jefes apaches visitaban con regularidad el presidio y convencieron a Rábago, que pasaba por ser experto en relaciones con los lipa-

[6] Morfi, *History of Texas*, 2, 394.

nos, que si se fundaba una misión adecuada para ellos, estarían dispuestos a congregarse en torno a ella, pero también insistieron en que San Sabá no era el lugar adecuado. Rábago, desatendiendo en parte sus instrucciones, permitió a los jefes que eligieran el lugar que más les gustase, el cual resultó estar en la parte alta del río Nueces, a mitad de camino entre San Sabá y San Juan Bautista, o sea, aproximadamente a una milla al norte de la actual Camp Wood, en la parte sur del condado de Real.

Dándose cuenta de la mala voluntad de los sacerdotes de San Antonio, Rábago apeló directamente al padre Diego Jiménez, en San Juan Bautista, pidiéndole que supervisara la nueva misión fundada para los apaches lipanos en enero de 1762. El sacerdote aceptó y Rábago asignó una guardia de veinte hombres a la protección de esta avanzadilla religiosa, llamada San Lorenzo de la Santa Cruz. Más tarde, a petición de otro jefe indio, se fundó una segunda misión, Nuestra Señora de la Candelaria del Cañón, diez millas más abajo de San Lorenzo, y el jefe del presidio le asignó una guardia extra de diez hombres. Ambas misiones fueron fundadas sin la aprobación previa del virrey[7] (véase figura 20).

El marqués de Cruillas había puesto especial interés en asegurar la frontera al noroeste de San Sabá, protegiendo así tanto Texas como Nuevo México de las incursiones francesas. Rábago, al transgredir sus instrucciones específicas, había hecho que tanto el presidio de San Luis como las nuevas misiones de El Cañón quedasen condenados a desaparecer. El presidio había quedado debilitado al tener que enviar un destacamento permanente de 30 hombres al alto río Nueces, y más todavía al tener que compartir sus provisiones con las nuevas misiones. Peor aún era que, como habían hecho en San Sabá, los apaches encauzaran ahora la ira de las tribus del norte hacia los españoles del Real Presidio de San Sabá y las misiones de El Cañón[8].

Al tiempo que sus cazas de búfalos, los apaches organizaban incursiones contra los poblados comanches, donde dejaban deliberadamente prendas de ropa europea y otras pruebas de su contacto con los españoles. A la inversa, los lipanos adquirían objetos de sus enemigos en el

[7] Carta del padre Diego Jiménez al virrey, 27 de enero de 1763, AGI, México 1933B.

[8] En el Testimonio de la Fundación de dos Misiones en el Valle de San José hay varias de las cartas que escribió Rábago al virrey en 1763, 1763, AGI, México 1933B.

transcurso de estas incursiones, y los dejaban durante las que hacían contra los asentamientos españoles. Estos actos eran causa de que los comanches y sus aliados echasen la culpa a los españoles por estar en liga con los apaches, mientras los hispanos, al menos en un principio, implicaban a los comanches en depredaciones que eran, en realidad, obra de los apaches. Pero esta perfidia no tardó en ser descubierta, y explica en buena parte la evolución de la política india de los españoles, que más tarde se concentraría en la exterminación de los lipanos.

Sin embargo, por el momento Rábago se esforzó por llevarse bien con los lipanos y mantener a raya a los norteños. En cinco años, gastó más de 12.000 pesos en provisiones, ropa y ganado para el presidio y las dos misiones. Como los ataques indios interceptaban los convoyes de aprovisionamiento, muchos de estos pertrechos no llegaban a su origen. Incluso los muros de piedra del presidio fueron sitiados por períodos de hasta dos meses, y el constante estado de guerra duró años enteros. Las peticiones de ayuda que hacía Rábago a Ciudad de México eran desoídas, sobre todo después de la Paz de París, cuando ya no podía aludir a la amenaza francesa. Sin apoyo oficial, las misiones siguieron adelante malamente, pero, al igual que el presidio, estaban condenadas a muerte. En agosto de 1767, cuando llegó Rubí en su gira de inspección, estos puestos avanzados estaban reducidos a una existencia mendicante.

Rubí se mostró crítico principalmente con el presidio de San Sabá, cuyo jefe, aunque sólo contaba 45 años, estaba mal de salud y tenía el cuerpo cubierto de llagas. La situación de la guarnición, en opinión de Rubí, no era acertada para defenderse contra los ataques indios, y el foso no servía de nada. El marqués comparó la utilidad del presidio a la de un barco «anclado en medio del Atlántico... para impedir el comercio extranjero con América»[10].

Paradójicamente, después de indicar que el presidio de San Sabá no servía de nada en absoluto, Rubí predijo terribles consecuencias para San Antonio si acababa cerrándose. Vaticinó que las tribus norteñas barrerían sin obstáculo alguno las misiones, el presidio y la villa de San Antonio. Como el presidio de Béjar sólo disponía de 29 hombres, 15 de los cuales estaban asignados a las misiones, el asentamiento no podría

[9] R. S. Weddle, *The San Sabá Mission*, Austin, 1964, pp. 162-166.
[10] Castañeda, *Catholic Heritage*, 4, pp. 192, según cita.

resistir fuertes ataques de los norteños. Al mismo tiempo, Rubí advirtió que los lipanos, descontentos por tan insegura situación, atacarían también los asentamientos de San Antonio y pondrían en peligro su supervivencia. Para evitar esta catástrofe en potencia, Rubí recomendó que la guarnición de Béjar fuese aumentada a 51 hombres.

El abandono del presidio de San Luis de las Amarillas

Los ataques indios contra San Sabá recomenzaron después de la visita de Rubí. Aunque los indios no hubieran podido nunca penetrar en el presidio por la fuerza, sí que pudieron interceptar su abastecimiento y destruir las cosechas en 1768. La consecuencia fue una mala alimentación de los soldados y sus familias, lo que probablemente contribuyó a provocar una epidemia de escorbuto y una actitud cada vez más rebelde de la guarnición contra Rábago. En junio del mismo año, don Felipe trasladó de sitio la misión de San Lorenzo, pero cuando el virrey se enteró de esta medida, tomada sin su permiso, ordenó a Rábago que volviera a San Sabá, a lo que éste se negó y dimitió, siendo sucedido por el teniente Manuel Antonio de Oca y Alemán. Aunque recibió orden de reocupar San Sabá, Oca sólo pasó allí un corto tiempo, cambiando de nuevo de sitio el presidio y situándolo en el alto río Nueces. Este lugar, cerca de la actual Menard, fue abandonado en 1770 y nunca se volvió a ocupar por los españoles. Los soldados que quedaban en el alto Nueces fueron asignados a San Antonio, al nuevo presidio de San Fernando de Austria, al sur del río Grande[11].

Rubí, después de sacar conclusiones desfavorables de las misiones de El Cañón y del presidio de San Sabá, continuó, durante la segunda parte del verano de 1767, su inspección de las guarniciones militares de Texas. El dario que llevaba Nicolás de Lafora ilumina considerablemente la situación en que se encontraban entonces estos puestos militares.

[11] Nombramiento de Manuel de Oca como comandante de San Sabá, 23 de enero de 1769, AGI, Guadalajara 515; Méritos y Servicios de Manuel de Oca 5 de noviembre de 1763, AGI, Guadalajara 515.

La inspección de Rubí de otros presidios texanos

El inspector encontró en San Antonio un agradable contraste a las lamentables condiciones que acababa de observar. Ciertamente, San Antonio, con su presidio, villa y cinco «ricas» misiones, florecía más que ningún asentamiento español en Texas. Rubí encontró el presidio de Béjar bien mantenido, aunque insuficientemente defendido, con sólo 22 hombres, ya que la guarnición destacaba permanentemente tres guardias en cada una de las cinco misiones franciscanas[12].

Desde San Antonio, Rubí fue a Los Adaes, capital de Texas, donde comenzó su inspección el 14 de septiembre. En el presidio de Nuestra Señora del Pilar encontró una situación espantosa. La guarnición constaba de 61 hombres, pero sólo había 25 caballos aptos para el servicio y dos mosquetes que funcionasen. Ninguno de los soldados tenía uniforme. Todos iban harapientos y muchos sin sombrero, camisa o zapatos. En palabras del alférez Pedro de Sierra, que prestó testimonio ante Rubí, «esta compañía carece de armas, caballos, ropa y, en una palabra, de todo cuanto necesita para desempeñar sus obligaciones». La lamentable situación en que se encontraba la guarnición era imputable en gran medida al anterior gobernador, Ángel de Martos, un hombre «absolutamente arbitrario» cuando se trataba de fijar el precio de las mercancías que se le facilitaban, hasta el punto de exigir con frecuencia un beneficio del 1.000 por ciento. Don Ángel solía mantener también un destacamento de soldados en su rancho, donde les hacía trabajar de vaquerizos. Cuando llegó Rubí al este de Texas, Hugo Oconor, gobernador en funciones, había enviado ya a Martos a Ciudad de México para que respondiese de acusaciones de contrabando y desgobierno fiscal. A pesar de que el nuevo gobernador era mejor, Rubí pensó que no había razón para mantener la capital y el presidio de Los Adaes o las moribundas misiones del este de Texas[13].

Otros dos presidios, El Orcoquizac y La Bahía, esperaban la inspección de Rubí. El primero y su misión, Nuestra Señora de la Luz, habían sido fundados a finales de los años cincuenta del siglo XVIII para salir al

[12] Declaraciones de los soldados del presidio de San Antonio de Béjar, 1771, AGI, Guadalajara 274.

[13] Declaraciones de los soldados del presidio de Nuestra Señora del Pilar, 1771, AGI, Guadalajara 274.

paso de las actividades de los comerciantes franceses entre los indios locales, pero ni uno ni otra eran viables. En 1764, tres años antes de la visita de Rubí, el presidio había sido escenario de un incidente lamentable en el que quedaron implicados su jefe, el capitán Rafael Martínez Pacheco, y el gobernador Ángel Martos. Éste, irritado porque Martínez Pacheco había sido nombrado personalmente por el virrey, acusó al jefe militar de tratar tan mal al personal a sus órdenes que casi todos los soldados querían desertar. Forzando la situación, el gobernador decidió substituir a Martínez Pacheco por el teniente Marcos Ruiz, a quien envió a hacerse cargo de la guarnición, pero Martínez Pacheco y dos de sus servidores se hicieron fuertes en el presidio y rehusaron rendirse, llegando a disparar un cañonazo que mató a un cabo; en el tiroteo que siguió quedaron heridos dos soldados de Ruiz. Don Marcos acabó echando de allí a Martínez Pacheco e incendiando el presidio. Como es de suponer, a Rubí no le impresionaron nada las ruinas quemadas del presidio, como tampoco el hecho de que la misión contigua no contuviese un solo indio[14].

El presidio de La Bahía presentaba un animador contraste con el de Orcoquizac, aunque sus ocupantes, tanto soldados como civiles, sufrían de malaria y las dos misiones estaban bastante apagadas. Sin embargo, en la misión del Espíritu Santo vivían 93 indios, y otros 101 en la de Nuestra Señora del Rosario. El inspector, favorablemente impresionado, decidió hacer de La Bahía el remate de una línea de presidios que iría desde Sonora hasta el golfo de México[15].

Rubí terminó su misión en Texas en noviembre de 1767 y cruzó el río Grande en Laredo. Esta ciudad, fundada en 1755 por un teniente de José de Escandón, sólo constaba de unas 60 chozas a ambas orillas del río. Desde Laredo, Rubí siguió hasta San Juan Bautista, el último presidio de su gira de inspección. La antigua entrada de Texas había visto tiempos mejores, pero su guarnición de 33 hombres seguía mostrándose activa en la persecución y castigo de bandas merodeantes de apaches, lipanos y mescaleros. Lejos de recomendar que se cerrase

[14] Carta de Ángel de Martos al virrey, 17 de marzo de 1766, AGI, Guadalajara 333. Martínez Pacheco escapó del infierno y luego fue procesado en Ciudad de México y exculpado. Ulteriormente fue gobernador de Texas.

[15] Declaraciones de los soldados del presidio de La Bahía del Espíritu Santo, 1771, AGI, Guadalajara 274.

este presidio, Rubí le asignó un papel más activo en la defensa de la frontera.

Una vez terminada su inspección, el informe de Rubí a la Corona fue devastadoramente franco. Rubí consideraba la parte del imperio español que se extendía desde el golfo de California hasta el de México como una operación esencialmente fraudulenta. En palabras de Elizabeth A.H. John, Rubí había comprobado que,

> con raras excepciones, los presidios de la frontera norte eran bromas militares: edificaciones tambaleantes, incompetentes y corrompidamente administradas; guarniciones de soldados sin experiencia y carentes del equipamiento, la destreza y la moral más elementales; y cada puesto avanzado estaba tan obsesionado por su propia supervivencia que era prácticamente inútil contra *indios bárbaros* capaces de moverse con gran rapidez.

Y tampoco le parecían viables la mayor parte de las misiones fronterizas. ¿Por qué, preguntaba Rubí, tenían que continuar existiendo, a expensas de la Corona, cuando, después de años de funcionamiento, todavía no tenían un solo indio converso? Además, como las guarniciones militares estaban tan mal llevadas y los jefes abusaban de tal forma de su autoridad, estos puestos avanzados no servían para el propósito para el que habían sido concebidos. Un ejemplo era la destrucción de la misión de San Sabá, a menos de tres millas de una guarnición bien armada y suficientemente numerosa, lo cual demostraba la falta de eficacia del sistema presidial tal y como estaba estructurado[16].

Las lamentables condiciones observadas de primera mano por Rubí y la nueva situación internacional ocasionada por la cesión de Luisiana a España, indujeron al marqués a recomendar la reorganización del cordón presidial a lo largo de una frontera que fuese más «real» que «imaginaria». Jalonando de nuevo un cordón defensivo que se extendería desde el golfo de California hasta la desembocadura del río Guadalupe, en Texas, habría quince presidios a intervalos de unas 100 millas. Aunque Santa Fe y San Antonio estaban al norte de esta línea, Rubí reconocía que sería imposible abandonarla. Tenían demasiadas responsabilidades con respecto a la gente, sus propiedades y los indios conversos.

Rubí recomendaba también que sólo se conservasen en Texas dos presidios (el de San Antonio y el de La Bahía), y que el este de Texas

[16] John, *Storms*, 439.

se abandonase por completo. Su población y sus asentamientos podrían ser trasladados a San Antonio, y Béjar podría ser su nueva capital. Finalmente, el marqués decía que los indios apaches llevaban largo tiempo comportándose con perfidia y duplicidad. Como aliados de los españoles, habían solicitado la fundación de misiones en sus tierras y rehusado luego entrar en ellas. Al modo de ver de Rubí, los problemas que planteaban las tribus indias del norte tenían su origen en los esfuerzos españoles por establecer relaciones amistosas con sus mortales enemigos, los apaches, y tratar de evangelizarlos. En consecuencia, Rubí recomendaba una guerra de exterminio contra los apaches. Según él, esto acabaría con el poder de esos indios y se ganaría la buena voluntad de los norteños. Sin embargo, como se verá por la marcha de los acontecimientos, las recomendaciones de Rubí eran demasiado simplistas.

El franco informe de Rubí sobre la situación de la frontera no produjo rápidos resultados porque la burocracia española continuó moviéndose con glacial lentitud. Aunque la situación de la nueva colonia exigía ciertamente cautela, hay que mencionar las vacilaciones de Carlos III en tomar posesión inmediatamente de Luisiana.

La ocupación española de Luisiana

Luisiana, con su población y sus tradiciones francesas, planteaba problemas distintos de los de los otros reinos españoles. Para complicar más las cosas, el rey decidió no incorporar la administración de este vasto territorio al gobierno de Nueva España, que ya estaba bastante sobrecargado, sino que lo asignó a la capitanía general de Cuba. Aunque esto era razonable desde el punto de vista político, planteaba serios problemas en relación con el comercio y la cuestión india, que afectaban tanto a Texas como a Luisiana.

Actuando con su habitual lentitud, España envió en enero de 1767 a Antonio de Ulloa, el primer gobernador español de Luisiana, a tomar posesión oficialmente de su nueva colonia. A pesar de todo, con sólo 90 soldados a sus órdenes, Ulloa no podía dominar a la rebelde población francesa, que, en octubre de 1768, le forzó a retirarse. Hasta el verano de 1769, con la llegada de Alejandro O'Reilly y 2.056 soldados españoles, no fue posible asumir debidamente el control de Luisiana.

Aunque sus esfuerzos por gobernar Luisiana fracasaron, Antonio de

Ulloa sentó las bases de un cambio radical en la política india de España. El gobernador se dio cuenta de los estrechos vínculos que unían a franceses e indios en las zonas tradicionalmente disputadas por Francia y España, y tuvo el buen sentido de continuar esa política de amistad por cuenta de España. Por ejemplo, en el centro comercial de Natchitoches, don Antonio se sirvió del talento de Louis Juchereau, hijo del difunto Saint Denis, y lo que es más importante, estaba convencido de que el sistema misión-presidio para controlar y convertir a los indios de la frontera empleado por España desde las guerras chichimecas del siglo XVI debía ser suprimido. Por lo tanto, hizo caso omiso de las limitaciones legales –antiguas, pero rara vez obedecidas– sobre el comercio entre la Luisiana y los asentamientos del este de Texas.

Hugo Oconor criticó la política comercial de Ulloa cuando estuvo destacado en Los Adaes en 1767 como gobernador en funciones. Oconor era muy escrupuloso en la obediencia a la ley, como se ve en el hecho de que enviara a Ángel Martos a Ciudad de Méxco para ser juzgado por contrabando, y de que expulsara a todos los comerciantes franceses de los asentamientos españoles y los poblados indios del este de Texas. Esto irritó, sobre todo, a los indios, pero se mantuvo la paz gracias principalmente a los esfuerzos conciliatorios del hijo de Saint Denis. Esta tensa situación que se produjo en el este de Texas se alivió algo cuando el inflexible Oconor hubo de trasladar su residencia a San Antonio, donde hacía falta defender la ciudad contra los crecientes ataques indios en el verano de 1768. Con la ida de Oconor a Béjar y la autoridad de España en Luisiana hecha efectiva al año siguiente, la política india de España en el este de Texas se convirtió en un reflejo de la anterior política francesa en Luisiana.

Nuevas dimensiones de la política india de España

La política francesa dependía del empleo de comerciantes y de regalos anuales en nombre del rey. Al convertirse Luisiana en colonia española, gran número de franceses duchos en el arte de las relaciones con los indios se convirtieron automáticamente en súbditos españoles. Como ha observado Herbert E. Bolton, «seguir con el sistema francés era, por consiguiente, seguir la línea de menor resistencia». El que España estuviese dispuesta a cambiar su política, basada en la misión y el presidio,

refleja también la disposición de Carlos III a experimentar con cualquier clase de reforma que prometiera tener éxito, no importa lo radical y contraria a la tradición que fuese[17].

En las fronteras entre Texas y Lusiana, y a lo largo del río Rojo, España comenzó a servirse de comerciantes con licencia que siempre se habían llevado bien con los indios. Muchos de estos hombres eran negociantes particulares que también servían de agentes del gobierno, y recibieron instrucciones de informar a los indígenas de que españoles y franceses eran ahora hermanos, obedientes al mismo rey, y que tenían que expulsar de sus tierras a todos los comerciantes que no tuviesen licencia y a todos los vagabundos. Los agentes tenían orden también de vender mercancías, pero no alcohol, a precios fijos y razonables, y de tratar de persuadir a los indígenas para que adoptaran una vida cristiana y sedentaria. Se introdujo una importante modificación en la política francesa, la cual, aunque no siempre fue aplicada, estipulaba que nadie podría monopolizar el comercio con ninguna tribu india.

En realidad, este cambio en la política india de España formó parte desde el principio de la actitud general de España en el territorio de Luisiana. A partir de 1763, el río Mississippi constituyó la principal línea de defensa española, con lo que las tribus indias situadas al oeste de ese río pasaron a ser responsabilidad exclusiva del monarca español. Sobre todo, España trató de impedir que esos indios se aliaran con los ingleses. También intentó evitar la enemistad de ciertas tribus, como los osages, que siempre habían sido favorables a los franceses, pero sin dejar de mantener buenas relaciones con las tribus francófilas, como los comanches, los tonkawas y los wichitas. Como éstos entraban ahora en Texas en número cada vez mayor, «iba a ser preciso expulsarlos, como a los apaches, o exterminarlos, o someterlos a la autoridad española»[18]. Ganarse la fidelidad de los norteños era importante, sobre todo en vista de que eran enemigos mortales de los lipanos.

España envió como diplomático a las tribus del norte a Athanase de Mézières, uno de los servidores más capaces del imperio español. De Mézières era ex cuñado de Saint Denis padre, y su papel en la segunda mitad del siglo XVIII fue comparable al que hizo Saint Denis en su primera mitad. A finales de 1769, De Mézières fue nombrado vicegobernador

[17] Bolton, *Athanase de Mézières*, 1, pp. 70-71.
[18] *Idem*, pp. 67-69.

de Natchitoches. Este caballero parisino, que hablaba fluidamente media docena de idiomas indios, comenzó su servicio a España con una expedición al río Rojo en el otoño de 1770. Al año siguiente negoció con éxito tratados con los indios kichais, tawakonis y taovayas, y también, por poder, con los tonkawas.

Mientras De Mézières se esforzaba por ganarse la fidelidad de las tribus del norte, llegó a Texas un gobernador nuevo. Nombrado por el rey de España, Juan María, barón de Ripperdá, llegó a México en 1769, y siguió desde allí hasta San Antonio, a donde llegó el 4 de febrero de 1770. Ripperdá fue el primer gobernador que asentó sus reales en Béjar, y se mantuvo excepcionalmente leal a su monarca. Durante su largo período de gobierno (1770-1778), puso especial interés en la buena marcha y en el bienestar de la provincia[19].

La defensa de San Antonio contra los ataques indios

Como Oconor antes que él, la principal preocupación del nuevo gobernador fue la defensa de San Antonio contra el número creciente de ataques indios. Incluso en época tan tardía —más de cincuenta años después de la colonización permanente de San Antonio—, Ripperdá temía que la villa de San Fernando acabaría por ser abandonada. En carta al virrey expresa así su inquietud: «Querría manifestar a vuestra excelencia la triste situación en que se encuentra esta provincia, que sólo existe de nombre». Añadía que los ciudadanos residentes cerca de Béjar habían perdido tanto ganado, caballos y mulas por causa de los indios hostiles, que tuvieron que abandonar sus haciendas y ranchos. La situación era tan mala que la gente no podía pasar de los confines de San Antonio sin riesgo para sus vidas.

Afortunadamente, Ripperdá fue capaz de aumentar a su llegada la guardia con 22 soldados traídos del difunto presidio de El Cañón. El plan inicial consistía en reasignar el mismo número de hombres del presidio de Béjar a Coahuila, pero, a petición de los ciudadanos, Ripperdá accedió a conservar fuerzas extra en San Antonio[20]. La guardia presidial

[19] Nombramiento del barón de Ripperdá como gobernador de Texas, 24 de marzo de 1768, AGI, Guadalajara 302.

[20] Carta del barón de Ripperdá al virrey, 15 de marzo de 1770, AGI, Guadalajara 302.

fue aumentada más aún con la llegada, en febrero de 1771, de unos pocos soldados procedentes del presidio incendiado y abandonado de El Orcoquizac.

En abril del mismo año, el barón de Ripperdá fundó un nuevo puesto militar avanzado que recibió el nombre de Arroyo o fuerte de Santa Cruz del Cíbolo. Este fuerte, situado a cosa de cuarenta millas al sudeste de San Antonio, camino de La Bahía, estaba dotado con veinte hombres para proteger a los agricultores y los rancheros de las depredaciones indias[21]. Sin embargo, las diversas y enérgicas medidas que adoptó Ripperdá en los primeros meses de su gobierno iban a perder importancia en comparación con los cambios que estaba a punto de ordenar Carlos III en España.

Nuevas regulaciones para los presidios y abandono del este de Texas

El 10 de septiembre de 1772 se promulgó una real orden, conocida por el nombre de «Nuevas Regulaciones para Presidios» en la que se decidía el abandono de las misiones y presidios de Texas, excepción hecha de los de San Antonio y La Bahía; el refuerzo de San Antonio, designándola capital de la provincia e instalando en ella a los soldados y colonos del este de Texas, y el comienzo de una nueva política india cuyo objeto era establecer buenas relaciones con las tribus del norte a expensas de los desdichados apaches, que habían de ser exterminados (véase figura 21). En una palabra, casi todas las recomendaciones del marqués de Rubí, formuladas cinco años antes, tenían ahora la fuerza de un edicto real. Para asegurarse de que las órdenes del rey serían estrictamnte cumplidas, Hugo Oconor, antiguo gobernador de Texas en funciones, fue ascendido a coronel y nombrado inspector en jefe de presidios de toda la frontera norte.

El gobernador Ripperdá recibió las «Nuevas Regulaciones» en San Antonio el 18 de mayo de 1773. Por orden de Oconor, salió para el este de Texas con el fin de trasladar a toda su población y supervisar el cambio de capital de Los Adaes a San Antonio. La evacuación forzosa fue

[21] Carta del barón de Ripperdá a José de Gálvez, 15 de noviembre de 1776, AGI, Guadalajara 302. El fuerte del Cíbolo existió hasta 1782, cuando el comandante general Teodoro de Croix ordenó su cierre.

muy desagradable para Ripperdá y dolorosa para los colonos. En los seis años pasados desde la inspección de Rubí, la población había aumentado de unos 200 a 500. Los nuevos residentes eran una mezcla de españoles, franceses, indios y, posiblemente, algunos negros emigrados a Texas desde Natchitoches. Un edicto de un rey lejano, en una tierra lejana, les obligaba ahora a todos ellos a abandonar hogares, ranchos y campos cultivados.

El ciudadano más importante de los asentamientos del este de Texas era Gil Antonio Ybarbo. Ybarbo, comerciante y ranchero que vivía cerca de la misión de Ais, sería pronto portavoz en jefe de los desterrados tejanos. Sin embargo, por el momento, Ripperdá ordenó a todos los colonos que se preparasen para desplazarse a San Antonio en el término de cinco días. La responsabilidad de la evacuación propiamente dicha fue puesta en manos del teniente José González, y el gobernador volvió a Béjar para preparar la llegada del contingente del este de Texas. González concedió a los colonos unos pocos días más a fin de que pudieran recoger debidamente todos sus efectos, al cabo de los cuales comenzó una larga marcha de tres meses hasta la nueva capital. Parece ser que unas pocas docenas de colonos evitaron el abandono forzoso de sus hogares huyendo a los bosques cercanos, pero la mayor parte de ellos aceptó la orden del rey.

Cuando González y los colonos abandonaron la comarca, el presidio y la misión de Los Adaes, además de las misiones de Los Ais y Nacogdoches, dejaron de existir. Desde 1689, España había mostrado una actitud ambivalente para con el este de Texas. Sus actos en ese territorio habían sido en gran medida irreflexivos, dictados por su interpretación del momento de las intenciones francesas. La eliminación del dominio francés en Luisiana, junto con la necesidad urgente de reforzar San Antonio, volvió a imponer un cambio radical en la política española.

La política imperial, formulada sin tener apenas en cuenta las vidas de los que quedaban afectados por ella, había dictado, como se ve, el abandono del este de Texas. Los antiguos colonos, convertidos ahora en refugiados, sufrieron terriblemente durante la marcha a San Antonio que costó muchas vidas, entre ellas la del teniente González. Los supervivientes estaban tan deshechos de fatiga y acabados de salud que treinta de ellos murieron en San Antonio en el término de noventa días.

Por desgracia, casi todos los desarraigados del este de Texas encontraron que San Antonio no era de su agrado. Se quejaron de la falta de

INSTRUCCION
PARA FORMAR UNA LINEA Ó CORDON
DE QUINCE PRESIDIOS
Sobre las Fronteras de las Provincias Internas de este Reino de Nueva-España,

Y

NUEVO REGLAMENTO
Del número y calidad de Oficiales y Soldados que estos y los demas han de tener, Sueldos que gozarán desde el dia primero de Enero del año próximo de mil setecientos setenta y dos, y servicio que deben hacer sus Guarniciones.

Año de 1771.

DE ORDEN DE SU EXCELENCIA
En Mexico en la Imprenta del Br. D. Joſeph Antonio de Hogal, Calle de Tiburcio.

Figura 21. *Portada de las Leyes Nuevas de 1771-1772.*
Las Nuevas Regulaciones, impresas por primera vez en México, recogían en su mayor parte las recomendaciones del marqués de Rubí para la reorganización de las defensas fronterizas, desde el golfo de California hasta Texas. Reproducido con autorización del Archivo General de Indias (Guadalajara 274).

tierra apropiada, expresando oficialmente su decepción al gobernador en una solicitud firmada por setenta y cinco hombres. Los solicitantes querían, pura y simplemente, permiso para volver a sus hogares, pero Ripperdá, aunque favorable a ello, tenía las manos atadas por el decreto real. Accedió a apoyar una apelación al virrey pidiendo que se revocara el decreto real.

Dos portavoces, Ybarbo y Gil Flores, otro importante ciudadano del este de Texas, llevaron esta súplica a Ciudad de México, donde Bucareli, pasando por encima de las objeciones de Oconor, reaccionó favorablemente. Al parecer, el virrey quedó persuadido de que la reocupación del este de Texas tendría una influencia favorable en los indios del territorio, pero, así y todo, concedió a los solicitantes menos de lo que le pedían: Ybarbo, Flores y los demás exiliados querían volver al este de Texas y asentarse «en un lugar adecuado», pero ese lugar tenía que distar, como mínimo, 100 leguas de Natchitoches.

Los que volvieron a su tierra fueron, más que nada, antiguos residentes de la región de Adaes. En 1774, bajo la dirección de Ybarbo, comenzó la construcción de una ciudad en la orilla derecha del río de la Trinidad, en un cruce llamado Paso Tomás. El nuevo asentamiento llevaba un nombre híbrido: Nuestra Señora del Pilar de Bucareli, que tenía reminiscencias de Los Adaes y, al tiempo, hacía honor al virrey. Sin embargo, a medida que fue creciendo, el asentamiento se convirtió en tal centro de contrabando con los indios y de comercio prohibido con Luisiana, que probablemente habría sido suprimido por Bucareli o por Oconor, pero a comienzos de 1777, Texas pasó a depender de una nueva unidad administrativa conocida por el nombre de Provincias Internas, y esta reorganización política, al parecer, dio a la ciudad de Bucareli aplazamiento de condena.

La fundación de Nacogdoches

A fin de cuentas, el destino de la ciudad no fue decidido por Bucareli o por Oconor, sino por una serie de incursiones comanches en 1778 v por las inundaciones fluviales que se produjeron a comienzos de 1779. Los habitantes, sin autoridad alguna, trasladaron el solar de la antigua misón a Nacogdoches, y así fue cómo se fundó de manera permanente la ciudad de Nacogdoches a partir de 1779. Esta comunidad, viable y

en crecimiento, suplantó inmediatamente el papel histórico de Los Adaes, a pesar de que sus habitantes se vieron forzados a defenderse solos hasta 1795, cuando llegaron tropas españolas. En años futuros, cuando Nacogdoches serviría de contrapeso frente a los anglonorteamericanos, su influencia llegó incluso a rivalizar con la de Béjar[22].

La sociedad de San Antonio

San Antonio, incluso antes de ser designada capital de Texas, había crecido mucho y sido escenario de importantes cambios sociales. A finales de los años cuarenta del siglo XVIII, la población total de Béjar se calculaba entre 437 y 560 personas, pero, a finales de los años cuarenta y durante la década de los cincuenta, ya la expansión había arrebatado de allí soldados y civiles para llevarlos a los puestos militares y misioneros avanzados de San Gabriel, San Sabá y Orcoquizac. Sin embargo, la preocupación por la seguridad de San Antonio, así como también las pérdidas económicas sufridas por el decreciente mercado de productos locales, fueron causa de que los dirigentes civiles y militares de Béjar tendieran a exagerar sus pérdidas. En 1762, las estadísticas del gobierno revelaron que, a pesar de unos pocos reveses, el total de la población de Béjar había aumentado de 514 a 661 personas.

Puede darse por supuesto que San Antonio siguió creciendo despacio a lo largo de los años sesenta, pero para finales de esa década y comienzos de la siguiente, la política de la Corona fomentó un auténtico crecimiento demográfico. Por ejemplo, el ayuntamiento calculó en 1770 que la población ascendía a 860 personas, contando hombres, mujeres y niños.

A partir de 1762, el aumento puede explicarse en parte por el fracaso de las misiones que se organizaron para los apaches en el Cañón, el cierre del presidio que había allí y la evacuación de El Orcoquizac. A partir de 1770, el traslado de la población civil del este de Texas a San Antonio garantizó un fuerte crecimiento en Béjar. Cierto es que la mayoría de los adaesaños volvió al este de Texas en 1774, pero 63 de ellos siguieron donde estaban, haciéndose residentes permanentes de Béjar, y

[22] Informe de Teodoro de Croix a José de Gálvez, 27 de agosto de 1781, AGI, Guadalajara 267.

el complemento de hombres del presidio siguió siendo de 80. Más importante que esto es que la designación de San Antonio como nueva capital, en 1773, significaba que el gobierno español iba a concentrar a partir de entonces recursos en Béjar[23].

El primer censo oficial de que tenemos noticia en Texas se hizo en 1777 como respuesta a una real orden del año anterior, y refleja la expansión continuada de la población sanantoniana. Registra un total de 1.351 personas, y en 1780 esta cifra ha aumentado a 1.463. Suponiendo que la cifra de 860, correspondiente a 1770, sea correcta, la población de Béjar había crecido en un 70 por cien en esa década[24].

Para 1782, la composición racial de San Antonio reflejaba importantes cambios acaecidos en cosa de tres generaciones. En general, la primera población de Béjar consitió en colonos de otras regiones fronterizas de Nueva España, un número variable de indios de las misiones y un pequeño grupo de canarios. Las tensiones sociales de los años treinta y cuarenta del siglo XVIII, causadas, sobre todo, por los isleños, habían ido suavizándose considerablemente con el tiempo. Las diferencias étnicas eran fluidas sobre todo en Texas, aunque allí la situación sólo se diferenciaba parcialmente de los cambios sociales que tenían lugar en el corazón de Nueva España.

En un principio, la raza era el único criterio por el que se juzgaban las categorías sociales en el México colonial. La élite eran españoles nacidos en Europa, los esclavos eran negros y los campesinos indios. En general, estos grupos vivían separados, pero para mediados del siglo XVIII, cuando la mezcla racial y residencial llevaba ya más de 200 años de desarrollo, la dimensión socieconómica de la raza carecía del valor claro y directo de antes.

En esa coyuntura, había cinco términos básicos que eran usuales para designar la raza: español, negro, indio, mestizo y mulato, y la clasificación racial se basaba cada vez más en ideas sociales además de en orígenes biológicos. Como observa Patricia Seed, la raza social de cada individuo «estaba relacionada con una combinación de aspecto físico, si-

[23] Las personas desplazadas del este de Texas siguieron muy descontentas de las circunstancias en que vivían en San Antonio. En 1778 solicitaron, sin éxito, el derecho a fundar una ciudad nueva a orillas del río San Marcos.

[24] Incluyendo indios de misiones, la población total de los asentamientos españoles en 1777 era de 3.103 personas.

tuación económica y ocupación y relaciones de familia, o sea, dicho de otra forma, con su posición socioeconómica general además de con sus características físicas»[25].

En toda Nueva España, y sobre todo en la frontera de que formaba parte Texas, cada vez era más la gente que «pasaba» de la categoría de la piel obscura a la de la piel más clara; «hacia la mitad del período colonial comenzó a ser difícil determinar la mezcla racial en la frontera norte, porque se había convertido en una cuestión de *status,* y era, por lo tanto, variable»[26]. A pesar de todo, no debe deducirse de esto que en Béjar reinara total armonía racial. Ciertas designaciones, como «mulato», tenían sentido peyorativo, y en palabras de Jesús F. de la Teja, hay indicios de que los castigos que sufrían los delincuentes eran más severos en el caso de gente de raza mixta.

La reestructuración del sistema presidial había hecho aumentar la población con gran número de soldados y civiles, pero esto era sólo una parte de los radicales cambios administrativos ordenados por Carlos III. Como ya hemos dicho, José de Gálvez, nombrado en el mismo año que Rubí (1765), siguió en Nueva España durante seis años. Parte de su misión consistía en formular un plan general de reorganización de las defensas de las provincias norteñas de Nueva España. A Gálvez le preocupaban sobre todo las inmensas distancias que mediaban entre Ciudad de México y las provincias del norte, y la amenaza que suponían para esas provincias la ambición rusa e inglesa.

Después de su vuelta a España, Gálvez recibió el importante cargo de ministro de las Indias, y entonces pudo persuadir al Consejo de Indias de que llevase a cabo una reorganización radical de las provincias norteñas. En agosto de 1776, el Consejo de Indias creó las «Provincias Internas» una nueva e inmensa unidad administrativa en la que entraban Texas, Coahuila, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Sinaloa, Sonora y las dos Californias. Las Provincias Internas, llamadas así por estar situadas tierra adentro desde el corazón de Nueva España, fueron desgajadas en un principio de la jurisdicción del virrey de Nueva España y puestas bajo la autoridad de un comandante general. En años ulteriores, las Provincias Internas sufrirían importantes reorganizaciones políticas,

[25] P. Seed, «Social Dimensiones of Race: Mexico City, 1753», *Hispanic American Historical Review,* 62, noviembre de 1982, pp. 569, 574.

[26] P. Gerhard, *The Northern Frontier of New Spain*, Princeton, 1982, p. 27.

pero, por el momento, su creación fue causa de importantes cambios en Texas[27].

Creación de las Provincias Internas

El 16 de mayo de 1776, Carlos III nombró a Teodoro de Croix, que ya tenía conocimiento directo de Nueva España, comandante general de las Provincias Internas. Croix había acompañado a su tío, el virrey marqués de Croix, a México en 1766 y había sido gobernador de Acapulco e inspector de las tropas. En 1771-1772, volvió a España con su tío y siguió allí hasta ser nombrado comandante general de las Provincias Internas.

Autorizado para informar directamente a José de Gálvez o al rey, Croix disfrutaba de poderes que le hacían virtualmente independiente del virrey Bucareli. Don Teodoro llegó a Veracruz a comienzos de diciembre de 1776 y pasó los ocho meses siguientes estudiando documentos e informes relativos a la frontera norte. Para entonces, Oconor ya había trasladado bastante más de una docena de presidios a los puntos recomendados por el marqués de Rubí, y el virrey Bucareli expresó la opinión de que la reorganización del inspector general había mejorado considerablemente la seguridad en la frontera. Croix no estaba de acuerdo. Esta discrepancia entre ambos marcó el comienzo de unas relaciones que siempre fueron tensas. Los informes que llegaban de la frontera indicaban claramente a Croix que los ataques de los indios habían aumentado después de la reorganización de los presidios. El comandante general pensaba que los puestos avanzados militares estaban situados ahora demasiado lejos unos de otros y criticó a los soldados de las guarniciones por su falta de disciplina y pericia militar. Reconociendo que probablemente no era posible volver a cambiar de sitio los presidios, Croix pidió al virrey otros 2.000 hombres, y recomendó la creación de una segunda línea de defensa formada por una hilera de ciudades fortificadas. Esta petición le fue denegada por Bucareli, que, indudablemente, estaba resentido de la pérdida de la mitad del territorio bajo su jurisdicción e irritado por el hecho de que a Oconor, a quien él mismo había nombrado, se le acusara de incompetencia.

[27] Véase Apéndice II.

Croix, que no podía seguir trabajando con Bucareli, se fue de Ciudad de México a finales de 1777 para llevar a cabo una inspección personal de la frontera norte. Le acompañaba, en calidad de capellán privado, el padre Juan Agustín Morfi, que ya era un cumplido literato y futuro historiador de Texas. En enero de 1778, en Monclova y también en San Antonio, Croix celebró consejos de guerra. Y todos los que se presentaron ante estas asambleas eran unánimes en calificar a los indios apaches de azotes de la frontera a los que había que exterminar[28].

Los que presentaban testimonio ante Croix decían que los apaches habían hecho la guerra a los asentamientos españoles del norte de México durante más de cuarenta años. Indudablemente, estas acusaciones eran ciertas, porque los apaches se habían visto obligados a retirarse hacia el sur ante sus enemigos indios de Texas, y también ante los españoles. Los consejos oyeron amargas quejas de que las fértiles provincias de Nueva España se estaban convirtiendo en «los más horribles desiertos», y de que los apaches, si no se les frenaba, no tardarían en llegar hasta las cercanías de Ciudad de México. Otros testimonios oídos en los consejos condenaban a las bandas apaches, sobre todo a las de los apaches lipanos. En resumen, el veredicto final de los consejos fue que

> la perfidia de los lipanos había quedado patente, como también la necesidad de dividir y confundir a esa nación, cuya astucia, rapacidad e ingenio eran siempre terribles e indecorosos para el progreso de las armas del rey y la tranquilidad de aquellas tierras[29].

En apoyo de tales afirmaciones, Croix pidió a los funcionarios de justicia de Nueva Vizcaya que aquilatasen los perjuicios y las pérdidas en vidas humanas que habían provocado los indios entre 1771 y 1776, o sea, más o menos, durante el período de la administración de Oconor. En palabras de Alfred B. Thomas, «las cifras eran desconcertantes: 1.674 personas muertas; 154 personas capturadas; 116 haciendas y ranchos abandonados; 68.256 animales robados»[30].

[28] Carta de Teodoro de Croix a José de Gálvez, 17 de julio de 1777, AGI, Guadalajara 267. Un tercer consejo que tuvo lugar en Chihuahua se limitó, más que nada, a respaldar las recomendaciones de los otros dos.

[29] E. Wallace y D. M. Vigness, compiladores, *Documents of Texas History, Volume I (1528-1546),* Lubbock, 1960, pp. 24-25.

[30] A. B. Thomas, traductor y compilador, *Teodoro de Croix and the Northern Frontier of New Spain, 1776-1783,* Norman, 1941, p. 31.

ATHANASE DE MÉZIÈRES EN TEXAS

No es de extrañar que las personas que hablaban en las asambleas estuviesen decididas a romper la fuerza de las naciones apaches. La mejor forma de realizar este objetivo era que los españoles se aliasen con los comanches y las tribus norteñas, y la clave de esta alianza estaba en manos de Athanase de Mézières, que conocía bien a los norteños. De Mézières estaba a las órdenes de Gálvez, gobernador de Luisiana, pero éste accedió a permitirle que ayudase a su comisión en Texas.

De Mézières llegó a San Antonio en febrero de 1778. En carta a Croix expresaba optimismo sobre la posibilidad de establecer una alianza con los norteños por causa del odio que sentían contra los apaches, y propuso usar las aldeas de los indios taovayas como puntos de reunión de más de mil aliados indios. Una vez congregadas las fuerzas indígenas, el francés tenía intención de llevarles al río Colorado, donde se unirían con 300 soldados españoles traídos de Luisiana y de las provincias del interior[31].

Para conseguir estos acuerdos, De Mézières hubo de viajar mucho durante todo el año siguiente: a la ciudad de Bucareli, a las cercanías de Waco, para ponerse en contacto con los indios tawakoni, a los poblados de los taovayas, junto al río Rojo, e incluso a Nueva Orleans. Durante su estancia allí, los tejanos del este trasladaron sin autorización su ciudad desde el río de la Trinidad hasta el solar de Nacogdoches. Durante su viaje de vuelta a Texas, entre el puesto abandonado de Los Adaes y Nacogdoches, De Mézières sufrió una grave herida cayendo del caballo. Después de restablecer sus fuerzas, pero no su salud, siguió hasta San Antonio, adonde llegó en septiembre de 1779.

Cuando alcanzó la capital, se enteró de los cambios inminentes que le elevarían al puesto de gobernador de Texas. En mayo del año anterior, José Rubio, asistente de Croix y comandante inspector de presidios de las Provincias Internas, acababa de morir repentinamente. El comandante general pensó nombrar en lugar de Rubio a Domingo Cabello, que era a la sazón gobernador de Texas, y hacer gobernador a De Mézières. Croix hizo grandes elogios a De Mézières, «hombre», dijo, «que había sabido ganarse a las naciones del norte», y comentó irónica-

[31] Carta de Athanase de Mézières al comandante general, 20 de febrero de 1778, AMH, tomo XXVIII.

mente que don Athanase era «muy robusto» para los casi sesenta años que ya tenía[32].

Sin embargo, los cambios proyectados en la administración acabaron por no tener lugar. De Mézières seguía gravemente enfermo y pidió que se le eximiera de sus responsabilidades. Murió el 2 de noviembre de 1779 sin restablecerse de sus heridas, y la proyectada alianza general con los comanches y los norteños no pudo realizarse[33].

Poco antes de la muerte de De Mézières, Teodoro de Croix se enteró de que el 21 de junio de 1779 España había entrado en la guerra de la independencia norteamericana como aliado de Francia. La noticia significaba que los recursos españoles se dedicarían ahora a la defensa de Florida y la costa del Golfo, y no a la protección de las Provincias Internas. De todas formas, los planes de Croix de una ofensiva general contra los apaches habían quedado, según confesión palmaria de éste, en peligro por causa de la muerte prematura de De Mézières. Además había otras noticias de Texas, en general malas. Croix recibió aviso de que los norteños estaban cada vez más inquietos sobre las restricciones comerciales con Luisiana, que las autoridades de Texas se inquietaban también por la posiblidad de una alianza entre las tribus norteñas y los indios karankawas de la costa, y que los comanches habían lanzado una serie de incursiones devastadoras contra las tierras de labranza y los ranchos de Texas. Dichos indios habían entrado en el corral del presidio de La Bahía y robado 246 animales en la noche del 10 de mayo de 1781. Al mes siguiente, una fuerza de 300 comanches atacó el presidio mismo, pero fueron rechazados[34].

Las «buenas noticias» de Texas decían que los comanches habían obtenido importantes victorias sobre los apaches lipanos. Esta circunstancia, junto con las afortunadas campañas del gobernador Juan de Ugalde en Coahuila, que había formado una alianza con los indios mescaleros contra sus hermanos apaches, acabaron por rendir a los apaches lipanos. En 1780, se concluyó un tratado de paz en el que se formulaba la

[32] Carta de Teodoro de Croix a José de Gálvez, 29 de marzo de 1779, AGI, Guadalajara 302.

[33] Nombramiento de Felipe de Neve como Comandante Inspector de Presidios, 13 de abril de 1782, AGI, Guadalajara 267.

[34] Informe de Teodoro de Croix a José de Gálvez, 23 de abril de 1782, AGI, Guadalajara 253. Resumen de Muertes y Robos Perpetrados por Indios, 30 de julio de 1781, AGI, Guadalajara 267.

derrota temporal de los mismos indios que habían sido objeto de proyectos misioneros españoles desde los días del padre Hidalgo. Sin embargo, no se podía olvidar que el desarrollo de la provincia se había visto retrasado por la necesidad de resolver los problemas que planteaban los indios.

El juicio de Teodoro de Croix sobre Texas

Teodoro de Croix visitó San Antonio en 1781, y sus críticos comentarios sobre Texas reflejaban su hondo desacuerdo con las circunstancias allí reinantes:

> Una ciudad sin orden —venía a decir—, dos presidios, siete misiones y una población errante de apenas 4.000 personas de ambos sexos y de todas las edades, que ocupaba un inmenso país desierto que se extendía desde el presidio abandonado de Los Adaes hasta San Antonio, todo lo cual —a su juicio— no merecía el nombre de Provincia de Texas, y menos aún los criterios que requería su conservación. Menos mal —concluía— que Texas no era típica del conjunto de las provincias internas[35].

Limitado su margen de acción por los compromisos internacionales de España, Croix seguía siendo capaz de grandes cosas. Con recursos limitados, creó patrullas móviles de «compañías volantes», las cuales, junto con unidades de la milicia local, reforzaron la seguridad de la frontera. En una línea de 17 presidios que iba desde La Bahía y San Antonio hasta el golfo de California, las dos guarniciones de Texas, cada una de ellas de 96 hombres, formaban lo que pudiéramos llamar el ancla oriental. Para 1783, Croix había formado unidades presidiales milicianas que ascendían a un total de 4.686 hombres.

A lo largo de su período de mando, que coincidió exactamente con la guerra de la independencia norteamericana, Croix se dio cuenta de que la Corona española estaba mucho más preocupada por los rusos de California y los ingleses del este del río Mississippi que por los indios merodeantes de las Provincias Internas. Pero, como jefe militar, sabía

[35] Informe de Teodoro de Croix a José de Gálvez, 30 de octubre de 1781, AGI, Guadalajara 253. Casi como una ocurrencia de último momento, Croix elogia a Texas por su rica tierra, sus abundantes ríos y sus yacimientos minerales.

cuál era el verdadero enemigo que ponía en peligro las vidas de granjeros, rancheros y ciudadanos desde Texas hasta Sonora. A fin de cuentas, cuando tenía que elegir «entre extranjeros imaginarios y apaches vivos y tangibles, Croix, como hombre práctico que era, dedicaba sus energías, naturalmente, a los problemas que más de cerca le tocaban». Como él mismo decía, quiso abrir la puerta a una paz general, cuyo mantenimiento era su principal preocupación, o bien a una guerra decisiva contra los apaches que diera los mismos resultados[36].

Gracias a los acontecimientos internacionales, la creación de las Provincias Internas, la política enérgica de hombres como el barón de Ripperdá y Teodoro de Croix, el desarrollo de una comunidad viable y bien integrada en San Antonio, y la fundación de una ciudad también viable en Nacogdoches, Texas pudo hacer considerables progresos a lo largo de las dos décadas que precedieorn a la segunda paz de París. Sin embargo, ese mismo período de tiempo había sido suficiente para poner fin al sistema de misiones en Texas, cosa que, posiblemente, algunos eclesiásticos por lo menos no olvidaban.

El dramático cambio que sufrieron las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Texas indujo a Carlos E. Castañeda a poner de subtítulo *El fin de las misiones (The Passing of the Missions)* al cuarto tomo de su obra *Our Catholic Heritage in Texas (Nuestro legado católico en Texas)*. Y es que el hecho de que las «Nuevas Regulaciones» de 1772 aplicasen las radicales recomendaciones de Rubí, y la adopción de la actitud francesa en la cuestión de las relaciones con los indios, fueron, en términos generales, causa del fin de las misiones de Texas. El colegio de Querétaro, que administraba cuatro de las cinco misiones de San Antonio y las dos de San Juan Bautista, pidió ser eximido de esas responsabilidades. Esta solicitud de los queretaranos estaba justificada por la razón de que el colegio carecía de suficientes frailes experimentados y sus compromisos misioneros eran excesivos para sus recursos. Como los neófitos de las seis misiones de Texas y Coahuila todavía no estaban maduros para la secularización, los queretaranos propusieron que sus pupilos indios fueran asignados al colegio de Zacatecas y a la provincia franciscana de Guadalajara. El virrey reaccionó favorablemente a esta petición y, a comienzos de 1773, las misiones de San Antonio de Valero, San

[36] Thomas, *Teodoro de Croix*, 65, primera cita. Informe de Teodoro de Croix a José de Gálvez, 23 de enero de 1780, AGI, Guadalajara 253, segunda cita.

Juan Capistrano, San Francisco de la Espada y la Purísima Concepción de Acuña, pasaron a estar bajo la responsabilidad de los frailes de Zacatecas.

Desde los primeros días de España en América, la Iglesia y el Estado, la espada y la cruz, habían cooperado, por lo menos en teoría. Esa íntima cooperación terminó en lo esencial hacia 1782. La seguridad futura de la Texas española dependería en adelante casi por completo de la espada, y ésta iba a resultar insuficiente.

Es irónico que en la guerra de la revolución norteamericana España contribuyera a la destrucción de las posesiones británicas al sur de Canadá y al este del río Mississipi, y que, al hacer esto, facilitara el avance de los agresivos ciudadanos de Estados Unidos hasta las fronteras mismas de Luisiana y de Texas, lo cual iba a constituir el peligro más grande que había visto esa frontera hasta entonces.

X

LAS INQUIETUDES ANGLONORTEAMERICANAS Y LA DECADENCIA DE LAS MISIONES (1783-1803)

El segundo tratado de París (1783) remató el nacimiento de la nación norteamericana, una nación de ciudadanos expansionistas que no tardaría en ejercer creciente presión sobre las posesiones españolas en Norteamérica. A lo largo de las dos décadas siguientes, que terminaron con la compra de Luisiana, España hubo de hacer frente a una inminente crisis imperial. Entre sus responsabilidades, ahora acrecidas, estaba la defensa de Florida, arrebatada a Gran Bretaña al final de la guerra de la independencia norteamericana, y también Luisiana, cuya posesión tenía desde hacía solamente catorce años. La protección de esta última contra los ataques anglonorteamericanos requeriría una reorganización a fondo y actitudes políticas nuevas. Carlos III murió en 1788, y el principio de que es raro que los grandes reyes tengan sucesores de su mismo calibre se confirmó en este caso, porque uno de los mejores reyes que ha tenido España fue sucedido por uno de los peores: Carlos IV (1788-1808). La política de inmigración propuganada por el nuevo rey y su valido Manuel Godoy para la defensa de Luisiana resultó ineficaz, a pesar de lo cual fue impuesta también en la Texas española y mexicana.

Mientras entraban en Luisiana anglonorteamericanos de dudosa lealtad a España, los funcionarios conservadores de Nueva España comenzaban a considerar Texas y Nuevo México como zonas críticas de defensa. En vista de eso, los funcionarios españoles llegaron a la conclusión de que era importante enfrentarse con el problema indio en esas provincias y asegurarse de la lealtad de las tribus más poderosas, a fin de que no cayeran bajo influencia extranjera. En sus tratos con los norteños y los comanches, España continuó utilizando la actitud francesa recientemente adoptada. Al mismo tiempo, el hecho de que fueran poquí-

simos los indios del sur y el este de Texas dispuestos a aceptar el tipo de vida propugnado por los españoles, significaba fundamentalmente el fin de las empresas misioneras. La creciente influencia seglar que se percibe a finales del siglo XVIII y que fue la causa del fin de las misiones de San Antonio, se ve también en la creación de las comunidades viables de Nacogdoches, La Bahía y San Antonio, y de una economía que dependía principalmente de la ganadería y la agricultura. Finalmente, hay que tener en cuenta la creciente inquietud que causaban las actividades anglonorteamericanas. Todo esto convenció a los funcionarios españoles de la importancia de establecer líneas directas de comunicación entre San Antonio y Santa Fe. Estos acontecimientos, tanto internos como extranjeros, que influyeron de manera importante en el desarrollo de Texas en vísperas de la lucha de México por la independencia, constituyen el tema del siguiente capítulo.

Penetración anglonorteamericana hacia Texas

A fines de 1783, un agente francés experto en asuntos indios, Juan Gasiot, envió una advertencia notablemente previsora a Felipe de Neve, que había sucedido a Teodoro de Croix. Gasiot advertía que la independencia de las colonias británicas de América del Norte planteaba graves peligros nuevos para los intereses españoles. Según Gasiot, los ciudadanos de la confederación norteamericana que se habían liberado del peso de la guerra contra la madre patria, eran gente «activa, trabajadora y agresiva». Gasiot añadía que los anglonorteamericanos:

> continuarían amenazando constantemente el poder de España en América, y que sería un error imperdonable no tomar todas las medidas necesarias para frenar su avance territorial reforzando los puestos avanzados de España, sobre todo en Texas, Coahuila y Nuevo México.

Gasiot predecía también que los anglonorteamericanos se sentirían tentados a comerciar con las inquietas tribus indias, y que acabarían construyendo fuertes entre ellos[1]. El agente francés añadía que los ciudadanos norteamericanos, con su recién ganada libertad, representaban una

[1] Castañeda, *Catholic Heritage*, 5, pp. 10-11, según cita.

nueva y grave dimensión en las relaciones internacionales. Según él, el nuevo gobierno republicano tenía gran influencia sobre los individuos. La voz del interés público les unía y les convertía en una sola voluntad, y esa unión de acción constituía su fuerza. Este tipo de gente, observaba Gasiot, «estaba más expuesta que cualesquiera otros a enfrentarse con problemas internos, pero, al mismo tiempo, era capaz de llevar a cabo empresas más duras que cualesquiera otros»[2].

Estas mismas inquietudes habían sido formuladas por el conde de Aranda, embajador español en Francia durante la revolución norteamericana. Aranda, hablando de la nueva nación norteamericana, decía que

> la república federal era todavía un pigmeo, pero llegaría el día en que se convertiría en un gigante, e incluso en un coloso. La libertad de conciencia y la facilidad de extender una población nueva por un inmenso territorio, atraerían, según el conde de Aranda, a agricultores y artesanos de todas las naciones del mundo, y en pocos años España vería con pena la existencia tiránica de este coloso[3].

Una vez más, un alto funcionario español había dado pruebas de notable perspicacia.

En el primer año del tratado de París, cruzaron los montes Apalaches alrededor de 50.000 colonos norteamericanos, y para el otoño de 1785 ya necesitaban salida para sus cosechas de trigo y tabaco. El transporte de mercancías en grandes cantidades hacia el este por las montañas resultaba poco práctico, por no decir imposible. En consecuencia, el derecho a navegar por el río Mississippi y a depositar mercancías en Nueva Orleans como primer paso para enviarlas por mar a la costa atlántica se convirtió en una prioridad absoluta para los granjeros del otro lado de los montes Apalaches.

Las prolongadas negociaciones entre John Jay, secretario de Asuntos Exteriores de la Confederación, y Diego de Gardoqui, ministro español en los Estados Norteamericanos, no dieron resultados duraderos. En 1785-1786, los dos diplomáticos llegaron a un acuerdo preliminar según el cual España se mostraría «tolerante» en lo referente al uso del Mississippi a cambio de un tratado comercial, pero este proyecto de

[2] *Idem*, 5, p. 11, según cita.
[3] R. H. Ferrell, *American Diplomacy: A History*, Nueva York, 1969, p. 56, según cita.

acuerdo no obtuvo la aprobación necesaria de nueve estados del congreso de la Confederación. Jay trató de ganar tiempo, esperando que un nuevo gobierno norteamericano, cuya formación se perfilaba en Filadelfia en 1787, forjaría una unión más fuerte y conduciría a negociaciones más afortunadas con España. España, por su parte, continuaba controlando la navegación del gran río y el derecho a depositar mercancías en Nueva Orleans, lo que le daba una fuerte posición negociadora en sus tratos con los colonos anglonorteamericanos de la región transapalache. Para conservar esta posición de superioridad, España trató también de crear buenas relaciones con las naciones indias al este y al oeste del Mississippi.

Nuevas actitudes políticas hacia los comanches

El primer objetivo de España consistió en ganarse la confianza y la fidelidad de las tribus transapalaches. Desde Natchez y Nueva Orleans, los agentes españoles disfrutaban de la rara ventaja de poder decir la verdad: España no codiciaba las tierras de los indios, los anglonorteamericanos sí; además, España pedía abiertamente a las tribus que se mantuvieran como tampones independientes contra la marea de la expansión norteamericana al oeste, y, al tiempo, aceleraba sus esfuerzos por garantizarse la lealtad de las naciones indias más poderosas de Texas y Nuevo México.

En su mayor parte, estos esfuerzos representaban una continuación de la política oficial comenzada unos años antes, cuyo objetivo era exterminar a los apaches al tiempo que ganarse la amistad y el apoyo de los norteños y los comanches. En los últimos años de la administración de Croix, los apaches lipanos habían sido forzados a aceptar una sumisión temporal por la fuerza conjunta de españoles y comanches, pero no se mantuvieron pacíficos durante largo tiempo. Croix, viéndose con recursos limitados por causa de la entrada de España en la guerra de la independencia norteamericana, ordenó que se amnistiara en San Antonio a 600 lipanos. El comandante general esperaba así utilizar esta mejora de relaciones con los lipanos a modo de barrera para los crecientes ataques comanches contra los asentamientos españoles de Coahuila y Nuevo Santander; la política de exterminio fue suspendida por el momento, y lo antiguos enemigos apaches pasaron a ser útiles instrumentos

de los españoles. Desgraciadamente, el plan no dio el resultado apetecido.

Para finales de los años setenta del siglo XVIII, las relaciones españolas con los comanches de Texas habían llegado a un punto muy bajo. Fueron los comanches los que atacaron la ciudad nueva de Bucareli y contribuyeron a su desaparición a comienzos de 1779. Pero para finales del verano del mismo año, el gobernador de Nuevo México, Juan Bautista de Anza, aliado con los indios ute, asestó un tremendo golpe a los comanches occidentales. Es irónico que la victoria de Anza, aunque importante para la seguridad de Nuevo México, forzara a los comanches a desviar sus actividades hacia la provincia más débil de Texas; para fines de 1780, el gobernador, Domingo Cabello, informaba que su jurisdicción estaba plagada por los ataques comanches[4].

Al mismo tiempo, los lipanos rompieron la paz. Gracias a su comercio con los indios karankawas de la costa, los apaches pudieron empezar a equiparse de armas y municiones que les llegaban de Luisiana. Cabello se sentía impotente para lidiar con la perfidia apache y la temeridad comanche. Como informó a Croix, los atacantes comanches les habían robado tantos caballos y mulas de la guarnición que ya no podían organizar campañas de represalias. Croix no pudo ofrecerle otra cosa que comprensión y consejos. Le recomendó que hiciera ver a los dos grupos indios los beneficios de la paz ofreciéndoles regalos y no dando importancia a sus depredaciones. Esta actitud indignó a Cabello, que se sentía muy irritado, sobre todo con los lipanos. Cuando no les atacaban los comanches, los lipanos hacían incursiones contra los asentamientos españoles, y al contrario, cuando les hostigaban sus mortales enemigos, corrían a pedir protección a los españoles.

La paz por medio de la persuación era menos satisfactoria para Cabello y para los colonos de Texas, pero aunque al principio fuese un fracaso, acabó dando resultado. En 1783, los ataques de los comanches aumentaron con tremenda intensidad, continuando hasta 1785. Como ejemplo del desprecio que inspiraban a los indios las defensas españolas, diremos que, en diciembre de 1784, los comanches robaron caballos en San Antonio, pero no sólo de los corrales civiles, sino también del recinto presidial. Cabello apenas podía hacer nada, porque el comandante

[4] Diario de la Expedición de Anza contra la Nación Comanche, 15 de agosto-10 de septiembre de 1779, AGI, Guadalajara 300.

Neve volvió a recordarle el deseo del rey de tratar a los indígenas con clemencia y pasar por alto sus agresiones[5].

En vista de estas limitaciones, Cabello adoptó una actitud muy adecuada. En el verano de 1785, envió emisarios a los comanches, invitándoles a una conferencia en Béjar. Tres jefes aceptaron y se firmó un tratado en octubre, cuyas principales cláusulas instaban a españoles y comanches a renunciar a las hostilidades; los comanches tenían que comprender que la paz había de extenderse hasta más allá de Texas, a todos los súbditos de la Corona; los prisioneros españoles que tenían los indios sólo podrían ser rescatados por los españoles; los extranjeros no serían bien recibidos en las aldeas comanches; tanto amigos como enemigos de ambas partes seguirían siendo amigos o enemigos; los comanches seguirían haciendo la guerra a los apaches y llevarían las hostilidades hasta Coahuila con permiso del gobernador de Texas; y todos los años se distribuirían regalos a los jefes y a las principales personalidades de las tribus.

A pesar de la perspectiva de relaciones pacíficas con los comanches, los funcionarios españoles creían necesario mantenerse en estado de continua alerta. Tenían que continuar manteniendo centros comerciales entre los indígenas, desde los que podrían estar al tanto de las actividades indias y recoger toda clase de información. La experiencia les había demostrado la falta de buena fe de los indios, y los agentes de la Corona temían que los comanches rompieran el tratado en cualquier momento, cosa ésta en la que se equivocaron.

Con pocas excepciones, el notable acuerdo de 1785 siguió en vigor durante los treinta años siguientes, y en lo esencial, supuso el fin de la guerra con los comanches durante el resto del dominio español en Texas. Como la mayor parte de los tratados que duran, éste duró porque funcionaba en beneficio de ambas partes. A los indios les interesaba sobre todo recibir los regalos anuales, entre los que solía haber cuchillos, navajas, cuentas de vidrio, espejos, tabaco, zapatos y prendas de vestir. Las prendas de adorno eran muy populares entre los jefes comanches, que enseguida se ponían medias, camisas y levitas de colores vivos. Los jefes buscaban sobre todo medallas, banderas y bastones de mando, porque realzaban su posición. Al cabo de algún tiempo, la confianza de los

[5] Carta de Felipe de Neve a Domingo Cabello, 1 de octubre de 1783), BAM, rollo 15.

españoles llegó a ser tal que incluso dieron a los indios mosquetes, pólvora y perdigones. Desde el punto de vista español, las buenas relaciones con los comanches significaban mayor seguridad para los agricultores, rancheros y ciudadanos de Texas.

En general, las relaciones pacíficas que se consiguieron con los comanches no pudieron extenderse a los apaches. Después de su derrota de 1780 en Coahuila, los lipanos se habían visto obligados a retirarse al norte, a la comarca limitada por Laredo, San Antonio y Goliad. So capa de la amistad y la amnistía que les brindaba Croix, los lipanos continuaron sus merodeos.

Hacia finales de 1781, los indios mescaleros y los apaches propiamente dichos se reconciliaron con los lipanos, y este acuerdo general planteó serios problemas para Texas y el norte de México. En 1781 y 1782, el gobernador Juan de Ugalde llevó a cabo vigorosas campañas contra los apaches en la región del noroeste de Coahuila y el bajo Pecos, pero no pudo poner fin a sus depredaciones. Por ejemplo, en un solo mes (junio de 1784), los apaches mataron a 46 personas y robaron 600 caballos y mulas.

La política de Bernardo de Gálvez para con los apaches

En 1785, Bernardo de Gálvez, que se había distinguido como gobernador de Luisiana y capitán general de Cuba, sucedió a su padre como virrey de Nueva España. Aunque su permanencia en el puesto fue de poca duración —murió en 1786—, Gálvez diseñó una enérgica política contra las naciones apaches. El nuevo virrey consideraba que los apaches eran la peor plaga de todas las Provincias Internas, y decía de ellos que eran los enemigos más temibles por sus costumbres belicosas, su tendencia a robar para vivir y lo seguros que se sentían de su fuerza[6].

Gálvez dio orden de que se aumentase la vigilancia y se llevasen a cabo represalias inmediatas contra las bandas atacantes, en lugar de declarar la guerra formalmente a todas las naciones apaches. También or-

[6] Castañeda, *Catholic Heritage,* según cita. En el primer año de la breve tenencia de Gálvez, el piloto español José de Evía llevó a cabo un extenso reconocimiento, por mar, de la costa del Golfo desde el río Mississippi hasta la bahía de Matagorda.

denó a los colonos que, cuando fuese necesario, ayudasen a los soldados en la organización de campañas punitivas. Si los civiles no ofrecían sus servicios voluntariamente, habrían de ser reclutados a la fuerza por los gobernadores de Texas y Coahuila. Gálvez no llegó a ordenar la exterminación de las naciones apaches. Después una serie de hostilidades a fondo, los apaches, forzados a pedir la paz, recibieron de los españoles condiciones razonables de las que se esperaba que serían garantía de su buena conducta futura.

Aunque Gálvez no vivió para ver la puesta en práctica de su política, ésta produjo importantes resultados. En persecución de los indios mescaleros y apaches lipanos, Ugalde dirigió una expedición desde Monclova al solar del antiguo presidio de San Sabá, llegando allí a fines de 1789.

Las fuerzas del gobernador se engrosaron enseguida con 52 voluntarios civiles y 11 soldados de San Antonio, todos los cuales iban bien armados y montados. Con estos refuerzos y un buen número de aliados comanches, tawakonis y wichitas, Ugalde, a comienzos de enero de 1790, infligió una tremenda derrota a una inmensa banda de indios mescaleros y apaches lipanos. La batalla, que se libró en el Arroyo de la Soledad, al oeste de San Antonio, acabó de hecho con la resistencia apache en Texas. Para 1790, las relaciones entre españoles y lipanos se habían estabilizado en términos generales, aunque éstos, de vez en cuando, volvían a sus merodeos.

La fundación de la última misión de Texas

En general, los españoles tuvieron un éxito considerable con su política apache y comanche, pero no se puede decir lo mismo de sus esfuerzos por pacificar a los indios karankawas y de otras tribus costeras. Para finales de los años ochenta del siglo XVIII la misión de La Bahía ya sólo albergaba a unos pocos neófitos, y la cercana misión de Rosario había sido cerrada en 1781 como consecuencia de la fuga de los indios. Sin embargo, en 1789, los franciscanos del colegio de Zacatecas abrigaron nuevas esperanzas. Reaparecieron por La Bahía antiguos residentes de Rosario pidiendo que se volviese a abrir la misión. Esta petición fue apoyada por los sacerdotes y enviada a los funcionarios de Ciudad de México, pero sin esperar a que llegase la autorización oficial, el padre

José Mariano Reyes de La Bahía restableció la misión de Rosario y recogió allí a casi 100 indios[7].

Desdichadamente, el presidente de las misiones zacatecas no tenía buena opinión de Reyes, su superior religioso; le acusó de mala administración y de insubordinación, y pidió al virrey que le sacara de Rosario, cosa que el virrey hizo. Reyes fue enviado al sur, a Zacatecas, para responder a las acusaciones, y en Rosario fue substituido en 1791 por el padre José Francisco Jáudenes. Éste era capaz y los indios aceptaron el cambio, pero nunca consiguió satisfacer las exigencias de bienes materiales de los indígenas, que se negaron tozudamente a trabajar con él.

En el mismo año en que Jáudenes se hizo cargo de Rosario, los franciscanos hicieron un intento final de revitalizar las vacilantes misiones de Texas. El colegio de Zacatecas eligió a los padres Manuel Julio de Silva y José Mariano de la Garza, ambos veteranos, para llevar la religión a los comanches y los norteños. El plan salió mal porque los padres no podían transitar sin escolta militar por las tierras de los apaches insumisos.

Decepcionados, Silva y Garza concentraron su atención en la costa de Texas y propusieron un plan para convertir a los indios karankawas. En apoyo de esta empresa religiosa, los sacerdotes pidieron la necesaria aprobación del comisario de su colegio y del virrey. Mientras esperaban respuesta, visitaron varios posibles solares para la misión. La aprobación oficial les llegó en enero de 1792, y el 8 de febrero del mismo año, Garza, con apoyo del gobernador Manuel Muñoz, reunió a 138 indios en la conjunción de los ríos Guadalupe y San Antonio[8].

La apertura de la Misión de Nuestra Señora del Refugio fue uno de los últimos esfuerzos que se hicieron por dar nueva vida a las actividades misioneras en Texas, pero los resultados fueron decepcionantes (véase figura 20). El nuevo entusiasmo de los indios karankawas por la vida de misión en Rosario y Refugio estuvo influida en buena medida por su deseo de protección contra los apaches lipanos, y la misión de Refugio había sido levantada en un lugar malsano. En 1794, el padre Silva la trasladó a otro lugar, en el Arroyo de Mosquito, cerca de la boca del río

[7] Informe de Mariano Reyes al virrey, 1 de mayo de 1790, BAM, legajo 20. Otras tribus costeras mencionadas en documentación relativa a la fundación de la misión de Rosario son los copanes, los cojanes, los guapites y los karankawas.

[8] Carta del conde de Revilla Gigedo II a Manuel de Silva, 4 de enero de 1792, AGI, Guadalajara 363. Resumen de Cartas Recibidas por el Comandante General, 26 de enero de 1795, AGI, Guadalajara 363.

Guadalupe, pero esta nueva ubicación tampoco resultó acertada. En 1795 se eligió un nuevo solar en Rancho de Santa Gertrudis (la actual Refugio), lo que supuso una notable mejora, pero así y todo, la misión no prosperó. Los indios karankawas sólo la usaban mientras les convenía, sus frecuentes deserciones desanimaban a los sacerdotes, y los religiosos no consiguieron cambiar de forma perceptible el sistema de vida de aquellos indios primitivos[9]. Sin embargo, esta misión sirvió, por lo menos, para vigilar de cerca a los indios karankawas, y probablemente influyó en ellos, induciéndoles a conducirse de manera más pacífica.

La secularización de las misiones de San Antonio

A modo de fuerte contraste con la creciente actividad misionera a lo largo de la costa de Texas, los establecimientos religiosos más antiguos de la provincia estaban en plena agonía. En 1772-1773, los misioneros del colegio de Querétaro ya habían entregado sus misiones a los frailes del colegio de Zacatecas, que estaban en San José desde el principio. Poco más tarde, las cinco misiones sufrieron una decadencia que iba a continuar sin interrupción durante dos décadas.

Para finales del siglo, todas las misiones de Béjar estaban dotadas de edificios de construcción permanente, pero contenían un número decreciente de neófitos. Tradicionalmente, las misiones se poblaban con gente de las tribus de cazadores y recolectores, pero para el último cuarto del siglo XVIII, ya sólo quedaba un número reducido de esos indígenas por cristianizar. Al mismo tiempo, el proceso de conversión dentro de las misiones estaba esencialmente terminado. Por ejemplo, los indios residentes en San Antonio Valero no eran ni neófitos ni indios, sino cristianos bien enseñados (de descendencia mixta), y en la práctica, ya no había indios coahuiltecas en un radio de 150 millas a la redonda[10].

Esta circunstancia fue detallada en septiembre de 1792 por el padre José Francisco López, presidente de las misiones de Texas, a sus superiores del colegio de Zacatecas. López recomendaba que la misión de Va-

[9] Carta de Manuel de Silva al conde de Revilla Gigedo II, 1791, AGI, Guadalajara 363.

[10] Benedict Leutenegger, traductor, «Report on the San Antonio Missions in 1792», *Southwestern Historical Quarterly,* 77, abril de 1974, p. 488.

lero fuese completamente secularizada y que la administración de asuntos laicos de las otras misiones fuese puesta en manos de funcionarios nombrados por el gobierno.

Esta proposición fue bien recibida por el virrey Revilla Gigedo II, porque si se llevaba a la práctica quería decir que el gobierno quedaría relevado de toda responsabilidad financiera por los establecimientos religiosos de La Bahía y San Antonio. Los indios de esas misiones se convertirían a partir de entonces en ciudadanos españoles, con obligación de pagar impuestos, y dejarían de ser pupilos bajo la protección del estado.

En 1793, Revilla Gigedo ordenó la total secularización de San Antonio de Valero, y al año siguiente mandó también que todas las misiones existentes en Texas con más de diez años de actividad pasaran igualmente al estado. Sin embargo, el gobernador Muñoz protestó contra la puesta en práctica del decreto en La Bahía y Rosario, alegando que esos neófitos no estaban todavía preparados para hacer frente a todas las obligaciones del ciudadano. El virrey, pensándolo mejor, se mostró de acuerdo con Muñoz y eximió a esas dos misiones del decreto de secularización. Las otras cuatro misiones de San Antonio fueron «parcialmente secularizadas». San Juan Capistrano y San Francisco de la Espada se cerraron definitivamente, y los pocos indios que vivían allí a la sazón fueron enviados a Purísima Concepción y a San José.

Al abogar por la secularización de las misiones de Texas, los franciscanos no querían, en absoluto, renunciar a difundir la fe entre los indios no convertidos; al contrario, de lo que se trataba era de permitir a los misioneros de la orden dedicarse a tareas más útiles en otras partes de Nueva España. En vista del número decreciente de neófitos, las misiones restantes de Texas siguieron luchando durante unos años. Su defunción inevitable fue resultado de la política oficial, que rehuía congregar a los indios, y del número cada vez menor de indios tejanos dispuestos a residir voluntariamente en las misiones.

El crecimiento y el control de los ranchos

Otros indicios de fuertes influencias seculares eran la creciente popularidad de los ranchos y de la agricultura y el crecimiento de las comunidades urbanas. Estos fenómenos tenían también raíces anteriores a

1783. A comienzos de su época de comandante general, Teodoro de Croix había constatado el gran número de cabezas de ganado sin marcar que había en Texas. En estos animales, su astucia vio una fuente de ingresos para el tesoro real, que se encontraba en precaria situación financiera. Estando en San Antonio, Croix difundió un decreto, con fecha del 11 de enero de 1778, por el que daba a los propietarios de los animales cuatro meses de plazo para marcarlos y encerrarlos en corrales. A partir del 12 de mayo, las cabezas de ganado sin marcar pasarían a ser automáticamente propiedad del rey. El decreto de Croix ordenaba también que todas las marcas habían de ser distintas, y que era preciso que quedase constancia de ellas en el gobierno. Se detallaban también las multas y los castigos que sufrirían los cuatreros, y se establecían tarifas de captura de ganado y potros salvajes y semisalvajes. A modo de fuente de ingresos extra, el comandante general imponía una tarifa de exportación de dos pesos por cada cabeza de ganado o caballo que saliera de la provincia[11].

El impopular decreto de Croix entró en vigor en mayo, aunque necesitaba la aprobación del rey antes de pasar a tener vigencia permanente. Esto despertó una tormenta de protestas entre los colonos y los misioneros de Texas. Rancheros y eclesiásticos presentaron solicitudes y cartas de oposición dirigidas al monarca, y después de años de quejas, acabaron consiguiendo que les hiciera caso. La revocación real de la orden inicial de Croix y de todas sus sucesivas modificaciones acabó llegando a Texas a comienzos de 1786. Pero la cuestión de a quién pertenecían los miles de animales sin marcar no se resolvió hasta 1795, cuando se ocupó de ella el Consejo en una de sus reuniones de Ciudad de México. Aunque tardíamente, el Consejo liberó a todo el mundo de cualesquiera deudas contraídas con la Corona por animales adquiridos durante el período en que estuvo en vigor el decreto de Croix. A pesar de todo, el Consejo impuso de nuevo pequeñas tarifas por la captura de ganado y caballos salvajes.

El período de aplicación de las órdenes de Croix coincidió exactamente con los ocho años que duró el gobierno de Domingo Cabello (1778-1786). Cabello se ganó la ira de rancheros y misioneros en igual medida por la severidad con que aplicó las leyes ganaderas, y también porque sus críticos le acusaban de apoderarse de miles de cabezas de

[11] Decreto de Domingo Cabello, 13 de julio de 1783, BA.

ganado so pretexto de defender la propiedad del rey, para venderlas en Luisiana y quedarse con el dinero. Aunque estas acusaciones nunca pudieron ser probadas, los ganaderos de Texas quedaron muy contentos al ser substituido Cabello por Rafael Martínez Pacheco, el ex-jefe militar de El Orcoquizac.

El período de gobierno de Martínez Pacheco comenzó poco después de que llegara a Texas la noticia de que el rey había rescindido el decreto de Croix. En enero de 1787, el nuevo gobernador organizó el primer rodeo que se veía en Texas. En la planificación inicial de este rodeo participaron algunos de los nombres más esclarecidos del comienzo de la ganadería tejana, así como también sacerdotes que representaban La Bahía y cuatro de las misiones de San Antonio. La idea era marcar al ganado que seguía sin marcar en una enorme zona triangular situada entre Béjar y la orilla occidental del río Guadalupe. El rodeo tenía también por objeto conseguir «la mejor unión y paz» entre los rancheros particulares y los misioneros, porque era una manera óptima de dirimir las disputas sobre demarcación de fincas. Los firmantes del acuerdo resultante protestaron contra la decisión inicial de Croix de que los animales sueltos pertenecían necesariamente al rey, alegando que el control sistemático de las manadas había sido obstaculizado por los ataques indios y por las constantes disputas entre las tierras particulares y las de las misiones.

El primer rodeo no tardó en ser seguido por otro, que tuvo lugar en 1777 ó 1778, pero en ninguno de ambos participaron activamente los misioneros de Béjar. El no poder encontrar hombres o caballos para estas actividades era consecuencia de las lamentables condiciones que afligían a las cinco misiones de San Antonio en su fase de secularización. Aunque La Bahía sí que participó activamente, los rodeos indican, de todas formas, que los ranchos eran más importantes en ellos que las misiones, a pesar de que éstas habían creado los primeros ranchos de Texas. De esa manera, para el último cuarto del siglo XVIII, la ausencia de neófitos había dejado a las misiones de Béjar incapacitadas para capturar ganado o caballos errantes.

Una vez marcado el ganado y sujeto a un control efectivo, lo que ya había ocurrido para los ochenta del siglo XVIII, resultaba mucho más fácil defenderse de los cuatreros. La ley imponía pena de muerte por robo de ganado, pero como ha observado Jack Jackson, «esta severidad raras veces, o nunca, se llevaba a la práctica... Nueva España necesitaba de-

sesperadamente hombres en su frontera norte, y no tenía sentido ejecutarlos por cosa tan nimia como el robo de ganado». Más frecuente, sobre todo si el cuatrero era mestizo, era la pena de azotes en público. En el caso de españoles, solía castigárseles a cumplir servicios públicos o militares[12].

A pesar de las restricciones y los gravámenes del gobierno, y a veces incluso de su control directo, los ranchos ganaderos florecieron en el sur de Texas durante el último cuarto del siglo XVIII, pero el excedente de ganado y caballos tenía poco o ningún valor en el interior de la provincia. Aunque los ganaderos trashumantes que iban al norte de Texas en la época posterior a la guerra civil llevan largo tiempo interesando a historiadores y novelistas, las primeras de estas trashumancias organizadas eran a Coahuila y a Luisiana, y tuvieron lugar un siglo antes.

Durante la administración de Teodoro de Croix, el gobernador de Luisiana, Bernardo de Gálvez, envió a Francisco García a Texas para que comprase de 1.500 a 2.000 cabezas de ganado. El comercio entre Luisiana y la comandancia general estaba prohibido por decreto real, pero Croix transgredió deliberadamente la ley, justificando este comercio ilegal con la excusa de que era probable que el golfo de México fuera escenario de una guerra contra los ingleses, en cuyo caso Gálvez necesitaría grandes reservas de carne de vaca. En consecuencia, Croix ordenó al gobernador Cabello que diera a Gálvez el ganado que pedía, y que además le facilitara una escolta armada para llevar a las reses al este. Como el ganado escaseaba en Luisiana y Coahuila, era lucrativo para los vaqueros de Texas capturar animales sin marcar, pagar la tarifa de exportación si querían cumplir con la ley, y enviarlos al mercado a través de los pinares del este de Texas, o hacia el sur, a través del río Grande. Esta abundancia de ganado, sobre todo de caballos, llamaría más tarde la atención de Philip Nolan y otros filibusteros anglonorteamericanos, induciéndoles a ir a Texas. La proliferación del ganado en la provincia en las últimas décadas del siglo XVIII significaba que la carne de vaca era parte del rancho normal de soldados, civiles y depredadores indios[13].

La agricultura, muchos menos atractiva que la ganadería, no ha interesado en general a historiadores y novelistas. Al comienzo de la his-

[12] Jackson, *Los mesteños*, p. 358.

[13] Carta de Teodoro de Croix a Domingo Cabello, 24 de noviembre de 1779, BAM, legajo 13.

toria de la Texas española, los misioneros labraban la tierra de manera primitiva y construían fosos de irrigación en lugares como San Antonio y San Gabriel, donde había agua de superficie, a pesar de que la lluvia era insuficiente. El maíz, como en otras partes de Nueva España, era el cereal más corriente, y su precio estaba controlado en todo el Imperio español de América. En 1789, por ejemplo, el gobernador Martínez Pacheco fijó el precio del maíz en un máximo de dos pesos y medio la fanega. También había alubias, hortalizas y ají. A pesar de la abundancia de tierra y en cierta medida de irrigación, los agricultores texanos parecen haberse dedicado, en general, a la agricultura de una manera poco satisfactoria. En los años de abundancia dejaban el excedente de la cosecha sin recoger, y en tiempos de escasez suplicaban la ayuda del gobierno. Según los datos censales de San Antonio correspondientes a 1795, se percibía allí una ligera preferencia por la ganadería frente a la agricultura. Había sesenta y nueve rancheros, sesenta agricultores, treinta criados, diez comerciantes, nueve sastres, seis zapateros, seis carreteros, cuatro pescadores, cuatro carpinteros, cuatro herreros, etc. Había también funcionarios del gobierno, como por ejemplo cobradores de impuestos y notarios.

Tendencias sociales y demográficas

A pesar del predominio de la ganadería y la agricultura en el sur y el este de Texas, la provincia seguía estando poco habitada. Entre 1777 y 1793, doce censos generales y locales reflejan la escasez de residentes. Para finales del siglo XVIII, Texas seguía siendo una de las regiones menos populosas de Nueva España. Las Provincias Internas arrojaban un promedio de seis habitantes por legua cuadrada, pero tanto Texas como Coahuila tenían poco menos de dos. Sólo las regiones desiertas de la Baja California, con una persona por legua cuadrada, tenían menos población. Incluyendo a los residentes de las misiones, la población total sedentaria de Texas en 1777 era de 3.103 personas, y para 1790 no llegaban aún a 3.169. El censo de 1804 arrojaba un total de 3.605 personas, pero esta cifra estaba probablemente hinchada por la llegada de inmigrantes recientes de Luisiana, que habían entrado a Texas para acogerse, aunque sólo fuese provisionalmente, a la bandera de España. De cualquier forma, la cifra de 3.122 habitantes que dio en 1809 el gober-

nador Manuel Salcedo indica que la población de la provincia no había crecido de manera significativa desde el primer censo de 1777.

El número, relativamente pequeño, de colonos de Texas se puede explicar posiblemente por los rigores de la vida de frontera, con indios hostiles, régimen alimenticio escaso y virulentas epidemias. San Antonio, como es sabido, tenía la principal concentración de habitantes de la provincia. Es interesante que en 1796 La Bahía llegara a su punto más alto con 1.138 residentes. A partir de este año, fue perdiendo población constantemente por causa de la falta de irrigación y por los peligros que suponían los indios de la costa del Golfo. Nacogdoches aumentó la suya al doble entre 1778 y 1810, llegando a un total de 655 habitantes en este último año. Ese aumento se explica por la llegada de españoles de Luisiana a partir de 1803, y por la presencia de extranjeros como norteamericanos, ingleses y franceses.

Para los años noventa del siglo XVIII, aproximadamente dos tercios de la población adulta de Texas estaba casada. Los solteros eran más numerosos que las solteras, sobre todo en las ciudades con guarnición militar. La mayor parte de los inmigrantes y los soldados se casaban con mujeres del lugar, fomentando así la continuidad y la estabilidad de la sociedad fronteriza. Como en otras partes de las comarcas fronterizas españolas, era corriente allí que hombres y mujeres vivieran juntos sin casarse, y los hijos ilegítimos aumentaron constantemente a finales del siglo XVIII, llegando a un 20 por ciento en 1799. Los registros bautismales indican gran abundancia de expósitos, «hijos de la Iglesia» y bastardos. También había un alto porcentaje de viudas, cosa natural si tenemos en cuenta la tendencia de los soldados y otros varones a morir prematuramente en las campañas contra los indios.

La estructura étnica de Texas entre 1777 y 1793 indica que la mayor parte de la población, o sea, aproximadamente un 50 por ciento, estaba clasificada como «española», y a continuación venían los indios sedentarios. Sin embargo, éstos bajaron de un 29,5 por ciento en 1777, a sólo un 8,6 por ciento en 1793, año en el que comenzó la secularización de San Antonio. Otros grupos étnicos eran los mestizos, la gente de colores intermedios y los negros, los cuales, probablemente esclavos en su mayoría, no llegaban al uno por ciento (20 personas) de la población total en 1777, porcentaje que subió a un 2,2 por ciento solamente para 1793. No hay motivos para creer que la población esclava creciese en los 30 últimos años del dominio español en Texas. En 1819, San Anto-

nio y La Bahía juntas sólo tenían nueve personas «de origen africano». Como observa Randolph B. Campbell, «el número de gente no libre en la Texas española fue siempre demasiado pequeño para que la esclavitud llegase a tener verdadera influencia en la provincia»[14].

En general, la población de Texas a finales del siglo XVIII, indicaba movilidad étnica. Los matrimonios de hombres blancos con mujeres de distintos orígenes estaban dando lugar a un proceso de amalgama racial, y los hijos de estas uniones «pasaban» con frecuencia por blancos. Como dice Alicia Tjarks,

> la deducción más positiva que se saca de todas estas tendencias... [es] una clara diversificación racial, junto con una activa mezcla biológica y cultural derivada de aquélla. La consecuencia inmediata de estos factores era una fuerte movilidad social y étnica, tendente a formar una sociedad libre y heterogénea que, pocas décadas más tarde, ya estaba en trance de desgajarse del orden antiguo del que había nacido[15].

Los caminos incipientes a Nuevo México

Para finales del siglo XVIII, España misma había empezado a darse cuenta de los problemas de conservar la lealtad de ciudadanos que vivían lejos de la Corona y la corte, y de defender provincias poco pobladas en la frontera de su imperio norteamericano. Con este objeto, trató de unir más las provincias de Texas y Nuevo México con mejores caminos de transporte, y comenzó a experimentar con una política de inmigración en Luisiana que permitía la entrada de gran número de extranjeros: ingleses, irlandeses, franceses e incluso norteamericanos, estos últimos a partir de 1783.

El viaje entre Santa Fe y San Antonio había sido siempre una empresa larga, peligrosa y llena de vueltas. Por ejemplo, saliendo de Santa Fe, había que desviarse hacia el sur por El Paso hasta Nueva Vizcaya, y desde allí dirigirse al este hasta Monclova o San Juan Bautista, para volver finalmente hacia el norte hasta San Antonio. Hacía tiempo que

[14] R. B. Campbell, *An Empire for Slavery: The Peculiar Institution in Texas, 1821-1865*, Baton Rouge, 1989, pp. 10-11.

[15] A. V. Tjarks, «Comparative Demographic Analysis of Texas, 1777-1793», *Southwestern Historical Quarterly*, 77, enero de 1974, pp. 326-328.

los funcionarios españoles se habían dado cuenta de la importancia de la comunicación directa entre las capitales provinciales, pero todos los esfuerzos por comunicarlas directamente, como intentó hacer Felipe Rábago desde San Sabá, habían fracasado.

Por razones comerciales, era importante tender un camino directo entre Santa Fe y San Antonio, y también urgía que España estableciese contacto con los indios que vivían en la región intermedia. De no hacerse esto, los extranjeros, sobre todo los norteamericanos, incrementarían su influencia en esas tribus. El agente francés Juan Gasiot expresó de nuevo la creciente inquietud que reinaba sobre este asunto:

> Veremos a ciudadanos norteamericanos, atraídos por las ventajas que ofrecen los indios incontrolados de los territorios situados entre sus fronteras y nuestras provincias de Nuevo México y Texas, hacer frecuentes viajes por esas tierras para establecer contacto comercial con los indígenas, y, de esta manera, los indígenas se sentirán unidos a ellos por vínculos de interés. Estos adelantados establecerán fuertes entre los indios y seguirán avanzando así hasta llegar a nuestras fronteras, donde será necesario pararles, pero, para entonces, su avance ya será irresistible, reforzado por sus nuevas adquisiciones y por alianzas con numerosas naciones indias[16].

Pedro Vial, un francés que había comerciado con los indios a lo largo del río Rojo, desde Natchitoches hasta las aldeas de los indios wichitas, fue el primero en aceptar la tarea de encontrar una ruta directa entre San Antonio y Santa Fe, y en 1786 el gobernador Cabello le dio una orden en este sentido. En compañía de Cristóbal de los Santos, oriundo de San Antonio, Vial se puso en marcha el 4 de octubre. Iba a llevar un diario de sus viajes, anotando las distancias que recorría, los indios que encontraba y el tamaño de sus campamentos y poblados. Poco después de su partida, Vial enfermó y posiblemente se sintiera desorientado. Sea ello lo que fuera, lo cierto es que su camino no fue ni mucho menos directo a Santa Fe, porque se desvió hacia el norte por las aldeas de los indios tawakonis, cerca de la actual Waco, y luego siguió hasta el río Rojo, desde donde continuó hacia el oeste y acabó llegando a Santa Fe el 26 de mayo de 1787. Por el camino, estableció importantes contactos con los indios a lo largo de un viaje de más de mil millas.

[16] Castañeda, *Catholic Heritage*, 5, p. 49, según cita.

El gobernador de Nuevo México se sentía también impaciente por establecer ruta directa con Texas, y con este objeto se apresuró a encargar esta tarea a José Mares de Santa Fe el 31 de julio de 1787. Iban con Mares Cristóbal de los Santos y Alejandro Martín, este último intérprete de lengua comanche. Los tres se dirigieron hacia el este por la región cercana a la actual Tucumcari, y entraron en las llanuras del oeste de Texas, posiblemente cerca de las actuales Dimmitt y Tulia. Mares siguió hasta el río Rojo, donde acampó con sus compañeros entre los indios taovayas. Desde allí, siguió hacia el sur hasta San Antonio, llegando a la capital el 8 de octubre de 1787, pero tampoco en este caso se había dado con la ruta más directa.

Mares declaró su intención de volver inmediatamente a Santa Fe, y salió de Béjar en enero de 1788, o sea, en pleno invierno. En esta ocasión se dirigió hacia Santa Fe por el noroeste. Su camino le llevó por los ríos San Sabá y Colorado superior, y probablemente pasó por la moderna comarca de Amarillo. Desde allí, Mares cruzó las llanuras altas de Texas y Nuevo México, y luego se volvió hacia el este, cruzando el río Pecos al este de Santa Fe y llegando a la capital el 27 de abril de 1788. En total, había viajado alrededor de 325 leguas. El camino así trazado era, con mucho, el más corto posible entre las dos capitales.

Menos de dos meses después de su llegada a Santa Fe, Mares estaba de nuevo camino de Texas, esta vez con el encargo de trazar una ruta directa para Natchitoches, con el regreso por San Antonio. Salió de Santa Fe el 24 de junio con un grupo de soldados y un cronista. Desde las aldeas de los indios taovayas, llegó hasta Natchitoches el 20 de agosto de 1788. Desde Luisiana, volvió por Béjar a Santa Fe en agosto de 1789. En este gran viaje, Mares recorrió un total de 914 leguas.

Los viajes de Vial y Mares sirvieron para aclarar la geografía y la etnología de las grandes llanuras que se extendían entre Texas y Nuevo México. Revelaron la distribución de las tribus indias, sus idiomas y costumbres y sus relaciones recíprocas en términos generales, preparando también futuros contactos entre ambas provincias.

En 1792-1793, Vial recorrió lo que iba a ser conocido por el nombre de Camino de Santa Fe, preparado más de medio siglo antes por los comerciantes canadienses Pierre y Paul Mallet. Vial llegó hasta Saint Louis, y de allí volvió a Santa Fe en veranos sucesivos, lo que equivale, en total, a cosa de 2.300 millas. Sus viajes hicieron ver a los funcionarios que los dominios españoles no estaban tan lejos de los asentamientos an-

glonorteamericanos como a ellos les hubiera gustado, y subrayaron que la futura seguridad de esos territorios dependería de la adopción de medidas audaces, sobre todo en política de inmigración, que atrajesen ciudadanos leales a Luisiana.

La política española de inmigración en Luisiana

Todos los inmigrantes que entraban en ese territorio tenían que renunciar a su nacionalidad anterior y convertirse en vasallos de la Corona de España, lo que conllevaba la obligación de honrar al rey, obedecer las leyes españolas y aceptar la fe católica. En general, los extranjeros hacían los juramentos necesarios en público, mientras en privado seguían fieles a sus viejas ideas. Los funcionarios españoles aceptaban esta duplicidad porque no tenían otro remedio. Dejar la frontera prácticamente desierta, o con indios solamente, equivaldría a asegurarse de que acabaría cayendo en manos de otras naciones europeas, o de Estados Unidos, de modo que era preferible poblar Luisiana con vasallos de dudosa fidelidad.

Al otro lado del río Sabine (Texas), con su escasa población, se planteaba un problema parecido, pero allí los puntos de vista de los extranjeros eran completamente distintos. A diferencia de Luisiana, con su trasfondo francés, y con el próspero puerto de Nueva Orleans y sus lazos administrativos con Cuba, los funcionarios españoles de Nueva España y de la Comandancia General veían con malos ojos la entrada en su territorio de gente de fuera. Para impedir una invasión indeseada de extranjeros, las autoridades españolas destacaron, a mediados de los años noventa del siglo XVIII, un contingente de soldados en Nacogdoches. La principal responsabilidad del comandante general, desde su lejano cuartel general de Chihuahua, era la defensa de Texas. Desde Chihuahua, el comandante podía cuidar también de la defensa de Nuevo México, Sonora y California, pero la distancia y las malas líneas de comunicación exigían con frecuencia largas esperas en la correspondencia entre los gobernadores de Texas y su superior, en la lejana México. A pesar de todo, el comandante general pudo imponer la política oficial. Por ejemplo, el 27 de agosto de 1796, Pedro de Nava hizo pública una orden prohibiendo la entrada en Texas de cualesquiera extranjeros, aunque fuesen ciudadanos de Luisiana, a menos que llevaran pasaportes satisfactorios

y en regla. En esta orden se especificaba a los norteamericanos como extranjeros sospechosos, y se expresaba el temor de que los inmigrantes extranjeros rompiesen el delicado equilibrio existente entre los colonos españoles y las naciones indias[17].

La política española de distribuir regalos y enviar emisarios a los indios de Texas no había dado por resultado la buena disposición de todos los indígenas. Hacia el final del siglo, el problema indio seguía siendo tema de inquietud. Muy pocos eran los indios que quedaban en las misiones, e incluso estos neófitos tendían a desertar, con frecuencia alegando que necesitaban suplementar su régimen alimenticio con la caza y la pesca.

Los indios situados fuera de las misiones eran, naturalmente, aún más difíciles de controlar. Cuando las tribus guerreaban entre sí, ambas partes pedían ayuda a sus «amigos» blancos, con lo que ponían a los españoles en una situación imposible. Incluso los indios que atacaban a soldados o civiles españoles, o los que comerciaban o cooperaban con intrusos extranjeros, quedaban impunes, porque la política oficial evitaba las represalias[18].

Esta situación se complicaba con las repetidas peticiones de los funcionarios de Luisiana de que se diesen nuevas tierras a los indios, como, por ejemplo, a lo choctaws, que ya estaban bajo la influencia de los blancos. A pesar de graves reservas por parte de Nava y del gobernador Juan Bautista de Elguezábal, esos indios recibieron permiso oficial para entrar en Texas a comienzos del siglo XIX. Hacia la misma época, los indios alabama-coushatta se instalaron también en la provincia.

Como observa Mattie Austin Hatcher, los funcionarios españoles destacados en Texas a finales de siglo tenían que enfrentarse cada vez más con problemas de creciente complejidad.

> Se sentían obligados a estar siempre en guardia con los indios, a los que estaban tratando al mismo tiempo de pacificar; con los franceses, a quienes no acababan de sentirse justificados en clasificar como amigos ni como enemigos; con los ingleses, a quienes mantenían en constante vigilancia; y con los norteamericanos, que era a quienes más temían[19].

[17] Carta de Pedro de Nava a Manuel Muñoz, 27 de agosto de 1796, BA.

[18] Carta de Pedro de Nava a Manuel Muñoz, 29 de mayo de 1798, BA.

[19] M. A. Hatcher, «Conditions in Texas Affecting the Colonization Problem, 1795-1801», *Southwestern Historical Quarterly,* 25, octubre de 1921, pp. 93-94.

Este último recelo, que llevaba creciendo desde los años ochenta del siglo XVIII, acabó por resultar mortal para Philip Nolan.

Después de 1783, España había pensado que el control del río Mississippi y del puerto de Nueva Orleans le serviría de excelente apoyo en sus relaciones con los ciudadanos norteamericanos que cruzasen los montes Apalaches. Sobre todo, trató de persuadir a los norteamericanos de Kentucky y otros distritos occidentales del nuevo país a separarse de la confederación norteamericana y hacerse estados independientes, o mejor aún, parte del imperio español. Al parecer, no pocos colonos de esos territorios escucharon con buenos oídos estas ideas. En realidad, como ha observado Samuel Flagg Bemis, fueron norteamericanos los primeros en proponerlas.

Consideraciones internacionales

James Wilkinson, portavoz de los colonos norteamericanos, fue, como es sabido, hábil e intrigante. Basándose en documentos hallados en los archivos españoles, Bemis asegura que no cabe la menor duda de que Wilkinson estaba dispuesto a separar Kentucky, y todos los territorios que le fuese posible, de la nueva Confederación Norteamericana de Estados para someterlos a la soberanía española. Incluso después de la creación de los Estados Unidos de Norteamérica, Wilkinson continuó recibiendo pensiones como agente español en Luisiana.

Los planes españoles en Norteamérica se vieron complicados por sucesos internacionales que cambiaron con desconcertante rapidez entre 1789 y 1793. En el segundo año de su reinado, Carlos IV fue testigo de la adopción de una nueva constitución en Estados Unidos que daba a esa nación la capacidad de enfrentarse más eficazmente con problemas extranjeros e internos. También en 1789, se convocaron los Estados Generales franceses por primera vez en 175 años, iniciándose así el proceso revolucionario en Francia. Para 1793, los franceses habían fundado su república, ejecutado a su rey y sumido en la guerra a casi toda Europa Occidental. Para impedir que los preceptos revolucionarios se extendieran más allá de las fronteras francesas, y para cortar de raíz la maldición del republicanismo, se formó una coalición de potencias europeas monárquicas contra Francia. España, aunque aliada borbónica de Francia desde 1762, se unió a esa coalición.

Las repercusiones de la guerra en Europa se hicieron sentir pronto en Nueva España y en las Provincias Internas. A finales de 1793, Nava ordenó al gobernador Muñoz que enviase una expedición a la costa del Golfo. Era preciso disuadir a los indios costeros de tener contactos con comerciantes franceses y persuadirles para que informaran a las autoridades españoles de cualesquiera actividades francesas. Poco después, se vio claro en Texas que había agentes franceses entre los norteños tratando de corroer su lealtad a España. El virrey, que era responsable de la defensa general de Nueva España, ordenó que se detuviera a todos los franceses residentes en suelo español, pero esta orden hubo de ser modificada en Texas por causa del gran número de franceses nacidos en Luisiana que vivían en la provincia. Tanto éstos como los franceses casados con españoles quedaron exentos de la orden, pero otros súbditos franceses no tuvieron esa suerte, quedando expuestos a detención y confiscación de bienes. Sin embargo, las circunstancias volvieron a cambiar a mediados de los años noventa del siglo XVIII. En 1795, España y Francia reanudaron sus buenas relaciones firmando el tratado de Basilea, y esto redujo considerablemente los recelos españoles contra los franceses residentes en su territorio.

Sin embargo, al mismo tiempo llegó a Texas información sobre norteamericanos que actuaban entre las naciones indias del norte, y Nava ordenó de nuevo la detención y el interrogatorio de todos los intrusos sospechosos. En julio de 1795, el comandante general escribió a Muñoz informándole

> de que ha llegado una real orden, enviada por canales secretos, ordenándonos tener el mayor cuidado para impedir el paso a estos reinos de personas procedentes de los Estados Unidos de América del Norte. El rey ha sido fidedignamente informado de que Estados Unidos ha enviado emisarios a estas tierras para que solivianten a la población... Por esa razón será preciso poner el máximo cuidado en evitar la entrada de cualquier extranjero o persona sospechosa[20].

Pero el escenario internacional continuaba cambiando. El tratado de Jay, negociado a fines de 1794 entre Estados Unidos e Inglaterra, fue mal entendido por los españoles, que llegaron a la conclusión de que am-

[20] O. B. Faulk, *The Last Years of Spanish Texas, 1778-1821,* La Haya, 1964, p. 115, según cita. Carta de Pedro de Nava a Manuel Muñoz, 30 de julio de 1795, BA.

bas naciones habían zanjado la mayor parte de sus diferencias, y en consecuencia presentaban ahora una doble amenaza a Luisiana y a las Provincias Internas. Estos recelos indujeron a España a firmar con Estados Unidos el tratado de San Lorenzo en octubre de 1795, con lo que se resolvieron varios problemas antiguos, en particular la cuestión de los derechos de navegación por el río Mississippi y de almacenaje de mercancías por tres años en Nueva Orleans.

Sin embargo, el acuerdo apenas redujo los recelos que infundían a los españoles los aventureros norteamericanos en territorio español, ya fuesen agentes del gobierno norteamericano o simples espontáneos. En el año siguiente, y en gran parte debido a haberse retirado unilateralmente de la coalición europea contra Francia, España se encontró en guerra con Inglaterra. Las tensas relaciones entre ambas potencias persistirían hasta 1808, cuando pusieron fin a sus diferencias para unirse contra Napoleón Bonaparte en la guerra de la Independencia española. Los cambios casi constantes que tenían lugar en Europa, junto con la tradicional xenofobia española, hacían que fuese muy peligroso para los norteamericanos entrar en Texas, y Philip Nolan iba a ser una de las víctimas de este estado de cosas.

Philip Nolan y los filibusteros norteamericanos

El verdadero Philip Nolan, como ha observado Jack Jackson, sigue siendo difícil de distinguir del personaje ficticio de ese nombre creado por Edward Everett Hale en su libro *The Man Without a Country (El hombre sin patria)*. Al escribirlo, Hale pensaba erróneamente que el verdadero nombre de Nolan era «Stephen», y sólo después de publicado el libro se enteró de que se llamaba realmente «Philip».

El censo de Nacogdoches de 1794 mencionaba a Philip Nolan como nacido en 1771 en Belfast, Irlanda, pero la primera parte de su vida sigue siendo un misterio. En 1789 vivía en Kentucky, donde trabajó como contable de James Wilkinson. Parece probable que Nolan estuviera asociado con Wilkinson durante varios años, porque en una ocasión llamó al general «amigo y protector de mi juventud»[21].

[21] M. T. Wilson y J. Jackson, *Philip Nolan and Texas: Expeditions to the Unknown Land*, Waco, 1987, p. 2, según cita. Es posible que Nolan siguiera a Wilkinson a Kentucky cuando éste se trasladó allí en 1784.

Es seguro que en Kentucky Nolan cayó bajo la influencia de Wilkinson, el cual, según James R. Jacobs, era un completo «camaleón político» cuya «lealtad a sus amigos y a su gobierno sólo duraba lo que su interés personal»[22]. Gracias a la intercesión de Wilkinson, o quizás por sus propia simpatía personal, Philip Nolan no tardó en alternar con gente influyente residente entre la parte occidental de Estados Unidos y Nueva Orleans.

Como Wilkinson, Nolan se interesó en el comercio con las posesiones españolas. Sirvió de agente del general en Nueva Orleans, donde adquirió experiencia y cierta fluidez en el idioma español. Nolan vio oportunidad de enriquecerse como chalán entre Texas y Luisiana, donde, gracias a la trashumancia de ganado texano, había una floreciente industria ganadera, pero faltaban caballos. Aunque el comercio entre las dos provincias estaba técnicamente prohibido, todo el mundo lo ejercía, y en ciertas ocasiones, como por ejemplo en caso de guerra, estaba incluso aprobado por decreto real.

Parece ser que Nolan entró en Texas por primera vez en 1791, y que es el primer anglonorteamericano del que se sabe que se dedicó de manera sistemática al comercio caballar. En total, realizó cuatro expediciones a Texas en diez años, aunque disponemos de poca información sobre sus actividades entre 1791 y 1796. La mayor parte de sus aventuras estaban protegidas por oropeles legales, como cuando llevaba pasaporte y carta de recomendación del gobernador Estevan Miró de Luisiana. Pero estos documentos le servían de poco. Por ejemplo, en 1791, las autoridades de Texas le detuvieron por espía y le confiscaron todas sus propiedades personales. Nolan, desanimado, pasó cosa de dos años viviendo entre los indios, incluso entre los comanches. Al final, se cansó de vivir en territorio salvaje, ya que le pareció «más interesante teóricamente que en la práctica»[23].

Para mediados de 1794, Nolan ya estaba de vuelta en Nacogdoches, preparándose para su segundo viaje a Texas, y también esta vez llevaba un pasaporte del barón de Carondelet, gobernador de Luisiana. Es prácticamente seguro que Muñoz ya conocía las actividades de Nolan como chalán y que las aprobaba, por lo menos tácitamente. Cuando Nolan vol-

[22] J. R. Jacobs, *Tarnished Warrior: Major-General James Wilkinson,* Nueva York, 1938, p. X, 92 cita.

[23] Wilson y Jackson, *Philip Nolan,* p. 13, según cita.

vió de esta expedición, había reunido 250 potros, que vendió en Natchez y en Frankfort (Kentucky). Es significativo que Nolan mantuviera a Wilkinson informado de la situación y el ambiente de Texas, información, sin duda, útil para un hombre que era importante jerarca del ejército norteamericano, y al tiempo, confidente a sueldo de los funcionarios españoles de Luisiana.

El tercer viaje de Nolan a Texas, en 1797, tuvo lugar en medio de una coyuntura de relaciones cada vez peores entre Estados Unidos y España, debido a problemas relacionados con el trazado de una nueva frontera entre ambos países según se especificaba en el tratado de San Lorenzo, y también a los recelos españoles sobre las verdaderas intenciones norteamericanas en Florida oriental y occidental. A pesar de todo, Nolan entró en San Antonio en octubre de 1797 con pasaporte y carta de recomendación de Carondelet. Muñoz informó a Nava por carta de su presencia en Texas[24].

Nolan permaneció en Texas cosa de dos años y volvió a Estados Unidos en 1799 con más de 1.200 caballos, pero sus actividades y sus íntimas relaciones con Wilkinson habían empezado a alarmar al comandante general. En 1800, Nava envió instrucciones al gobernador Juan Bautista de Elguezábal, ordenándole que detuviera e interrogase a Nolan si volvía a Texas. Nolan también había despertado el recelo del gobernador de Natchez, Manuel Gayoso de Lemos, que conocía de primera mano sus relaciones con Wilkinson. En carta a Nava con fecha del 1 de junio de 1799, Gayoso aconsejaba que no se permitiera a norteamericanos explorar territorio español, sobre todo Texas, y mencionaba concretamente a Nolan, diciendo de él que era el más peligroso de todos. Finalmente, Gayoso expresaba su creencia de que Nolan tenía órdenes de Wilkinson de recoger información sobre Texas. Nava no recibió la carta de Gayoso hasta después de que Nolan hubiera salido por cuarta vez camino de Texas.

Nolan mismo se daba perfecta cuenta del recelo que despertaban sus actividades entre los funcionarios españoles, y del peligro de volver a entrar en Texas. José Vidal, cónsul español y comandante de Concor-

[24] Carta de Manuel Muñoz a Pedro de Nava, 4 de octubre de 1797. BA. Véase también Carta de Pedro de Nava a Felipe Nolan, 31 de octubre de 1797, BAM, rollo 27, en la que el comandante general da las gracias a Nolan por el regalo de una escopeta y habla de los planes de Nolan de llevar caballos a Luisiana.

dia Post, había tratado de impedir la partida de Nolan presentando quejas ante el tribunal supremo del territorio de Mississippi, pero las autoridades norteamericanas rehusaron aceptarlas. Viéndose así rechazado, Vidal averiguó casi todos los detalles de la empresa que trataba de llevar a cabo Nolan en Texas, y advirtió de ella a Elguezábal. Vidal, refiriéndose sobre todo a la pericia de Nolan en sus relaciones con los indios, expresó sus temores de que el norteamericano influyese para que los norteños o los comanches rompiesen la frágil paz.

A pesar de los peligros de tal empresa, y de su reciente casamiento con Frances Lintot, hija de un importante ciudadano de Natchez, Nolan se lanzó a una expedición más. Con una banda de 25 secuaces entró en Texas a finales de 1800 por el norte de Nacogdoches, y de allí procedió a cruzar el río de la Trinidad. Luego siguió hasta el río Brazos, donde sus hombres construyeron un corral para guardar los potros y un tosco «fuerte» para refugiarse. Los intrusos siguieron en la zona, al norte de la actual Waco, durante varias semanas.

Entretanto, el jefe militar de Nacogdoches, obedeciendo órdenes del gobernador Elguezábal, había organizado un pequeño ejército para capturar a Nolan y a sus seguidores. El choque entre ambos tuvo lugar el 21 de marzo de 1801, en la parte poco montañosa del norte, posiblemente cerca de la actual ciudad de Blum. Nolan, ante un enemigo seis veces más numeroso a las órdenes de Manuel Múzquiz, no podía escapar. Murió al comienzo de la batalla de una bala de cañón. Desmoralizados por la muerte de su jefe, sus hombres no tardaron en rendirse. A la mayor parte de los supervivientes, uno de los cuales era Ellis P. Bean, les esperaban años de encierro en las cárceles de Nueva España. La vida de Ephraim Blackburn terminó en la horca en la ciudad de Chihuahua el 11 de noviembre de 1807. Blackburn y otros ocho hombres jugaron a los dados para decidir cuál de ellos debía morir por haber disparado contra los soldados del rey. A Blackburn le salió el «cuatro», el número más bajo de los nueve, y esto decidió su destino.

Muerto Nolan y prisioneros sus seguidores, Texas permaneció segura en el campo español al comienzo del nuevo siglo, pero la inquietud ante la penetración anglonorteamericana iba a crecer sin cesar a lo largo de las dos décadas siguientes. En 1800, Luisiana volvió a pasar al dominio francés. Sin embargo, con su población políglota y sus actitudes cosmopolitas, esta provincia sólo iba a permanecer bajo la bandera tricolor durante tres años más. Su adquisición por Estados Unidos en 1803 sig-

nificó que Texas volvía a ser región fronteriza. Es significativo que las fronteras oriental y norteña de la provincia bordeaban ahora con una nación que había aumentado su territorio al doble en sólo catorce años. Pero no fue la subversión norteamericana lo que puso fin a 300 años de dominio español en Texas. El verdadero problema, aunque pocos se daban cuenta de ello en 1803, estaba en el corazón de Nueva España, y en la misma España también.

XI

EL CREPÚSCULO DE LA TEXAS ESPAÑOLA (1803-1821)

Desde la compra de Luisiana hasta el 21 de julio de 1821, cuando la bandera de Castilla y León se arrió por última vez en San Antonio, Texas pasó por los años más turbulentos y sangrientos de su historia como provincia española. A lo largo del río Sabine, una frontera común, pero mal definida, con Estados Unidos daba lugar a constantes problemas sobre la extensión y los derechos de España y Estados Unidos en el continente norteamericano. Durante buena parte del siglo XVIII, Texas había sido un baluarte avanzado de Nueva España, pero en 1803, la provincia se vio ante una coyuntura nueva. Por primera vez, sus súbditos españoles se veían cara a cara con los anglonorteamericanos, que representaban, como dice Julia K. Garret, «el mayor peligro para la monarquía, la creciente plaga del siglo XIX: ideas de libertad, teorías de soberanía popular y revolución». Una población no india de menos de 4.000 personas en Texas, misiones en gran parte desiertas y derruidas, dos presidios permanentes, tres asentamientos y dos carreteras eran los únicos «monumentos a las empresas imperiales de España en este reino primigenio». Sin embargo, hay que reconocer que España se interesó más por Texas durante la mayor parte de las dos décadas siguientes. La frontera mal definida que separaba a Texas de los expansionistas norteamericanos inducía a los españoles a adoptar una actitud triple: «Primero, conservar el territorio con sus antiguas fronteras intactas; segundo, aumentar sus guarniciones y colonizar la provincia con súbditos españoles leales; y tercero, mantener fuera a los intrusos anglonorteamericanos». España cumplió estos objetivos en considerable medida, pero lo que realmente ponía en peligro la continuidad del control español en Texas seguía fermentando en el centro mismo de la madre patria y en su

imperio americano[1]. Las ambiciones de Napoleón Bonaparte, la revolución en el corazón de Nueva España y la política reaccionaria de Fernando VII en España sellaban el final de todo el virreinato. En este capítulo se examinan críticamente, en primer lugar, acontecimientos de gran importancia que van más allá de las fronteras de Texas, y luego, contra el telón de fondo de la inquietud revolucionaria en Europa y en Nueva España, se exponen las fuerzas que debilitaron los vínculos de Texas con España y condujeron a su anexión por la nueva nación mexicana.

Napoleón Bonaparte y España

En 1808, nueve años después de llegar a ser primer cónsul de Francia, Napoleón forzó al rey Carlos IV a renunciar al trono español, apoderándose al mismo tiempo de su hijo y heredero, Fernando VII. Carlos se exilió a Italia, y Fernando pasó los seis años siguientes sometido a arresto domiciliario en Valençay, la propiedad campesina de Charles Maurice de Talleyrand.

Por decreto imperial, José Bonaparte, hermano de Napoleón, pasó a ser rey de España. El 2 de mayo de 1808, los patriotas españoles, indignados por los franceses y por la desaparición de Fernando, que era auténticamente popular, dieron comienzo a la primera fase de la guerra de la independencia, llamada en inglés «guerra peninsular». La oposición a las pretensiones de Napoleón en España partieron, primero, de los guerrilleros locales, que pronto serían reforzados por tropas inglesas al mando del duque de Wellington.

Las resistencia española contra los ejércitos de Napoleón estaba coordinada por la Junta Central de Sevilla, organizada en nombre de Fernando «el Deseado». En las Américas, las acciones iniciadas en nombre de ese rey iban a complicar los acontecimientos políticos entre 1808 y 1814, y con frecuencia servirían para camuflar las verdaderas intenciones delos revolucionarios desde Texas hasta Argentina y Chile.

[1] J. K. Garrett, *Green Flag over Texas: A Story of the Last Years of Spain in Texas,* Nueva York, 1939, p. 10, 5, primera y segunda cita. R. N. Richardons, E. Wallace y A. Anderson, *Texas: The Lone Star State,* quinta edición, Englewood Cliffs, 1988, p. 48, tercera cita.

La noticia del exilio de Carlos IV, la captura y detención de Fernando VII, y el estallido de la guerra de la Península Ibérica llegaron a Nueva España en el verano de 1808, produciendo un paroxismo de actividad. Los peninsulares, o sea, los españoles nacidos en España, siempre habían monopolizado, con pocas excepciones, los cargos más importantes del gobierno colonial, y como era de esperar, insistieron en que el control del gobierno de Nueva España siguiese en sus manos en nombre de Fernando VII. Por otra parte, los criollos objetaron que el virreinato debía ser gobernado por juntas también en nombre de Fernando, en las que ellos tenían intención de llevar la voz cantante.

El virrey José de Iturrigaray, que era peninsular, era un corrompido e intrigante instrumento de Manuel Godoy, el favorito de Carlos IV. Don José aquilató astutamente la situación y llegó a la conclusión de que «si actuaba con habilidad, podría acabar con la corona de México en su cabeza». En vista de ello, decidió apoyar a los criollos mexicanos, que eran, aproximadamente, diez veces más numerosos que los peninsulares[2].

Por desgracia para Iturrigaray, un pequeño grupo de peninsulares se dio cuenta de la maniobra, atacaron el palacio virreinal en la tarde del 15 de septiembre detuvieron al chaquetero virrey y le enviaron a Veracruz, desde donde sería devuelto a España. A continuación, los peninsulares elevaron a Pedro de Gariba al puesto de virrey: era un octogenario senil cuyo único mérito en aquellas circunstancias consistía en tener la mente confusa y estar dispuesto a obedecer órdenes. Con tal *marioneta* en el poder, los peninsulares comenzaron una caza de brujas, deteniendo a criollos y administrando justicia sumarísima.

Sin embargo, el golpe preventivo de septiembre de 1808 había sentado un peligroso precedente cuyas implicaciones llegaron hasta Texas. En esencia, lo que había ocurrido era que un funcionario real, aunque fuese culpable de alta traición, había sido expulsado de su cargo por la fuerza de las armas. Las acciones de los peninsulares en el otoño de 1808 indujeron también a muchos criollos a lanzarse a actividades clandestinas y a formar organizaciones secretas como el «club literario» de Querétaro. Un miembro clave de este grupo era el padre Miguel Hidalgo

[2] M. C. Meyer y W. L. Sherman, *The Course of Mexican History,* tercera edición, Nueva York, 1987, p. 281.

y Costilla, que iba a convertirse en el padre de la independencia mexicana.

Los precursores de la independencia mexicana

Hidalgo nació en 1753 de padres lo bastante acomodados como para poder sufragar la educación de sus hijos. A mediados de los años sesenta del siglo XVIII, Miguel y un hermano mayor suyo se matricularon en un colegio jesuita situado en Valladolid (hoy Morelia), pero que no tardó en cerrar debido al destierro de la orden del Nuevo Mundo. Entonces, Hidalgo pasó al colegio de San Nicolás Obispo, también en Valladolid. Como estudiante, el joven Miguel destacó mucho en teología y en idiomas, y en 1774, al graduarse, comenzó inmediatamente a prepararse para el sacerdocio. Cuatro años después recibió el sacramento de la ordenación. Como miles de sacerdotes mexicanos antes que él, Hidalgo amplió su educación aprendiendo varios idiomas indios, y también se preparó para doctorarse en teología en Ciudad de México, manteniendo sus vínculos con su universidad, primero como estudiante y luego como administrador.

A los ojos de la Iglesia, Hidalgo no era realmente un sacerdote ejemplar. Criticaba el celibato eclesiástico, leía libros incluidos en el *Índice,* tenía una amante de la que tuvo tres hijas y ponía en entredicho la infalibilidad papal. Aunque no está claro si fue por causa de estos desacuerdos, lo cierto es que en 1792 Hidalgo rompió todos sus lazos con el Colegio de San Nicolás. Durante los 16 años siguientes, trabajó como párroco, pero continuó viviendo irregularmente. Tuvo dos hijas más, llamaba tirano al rey de España y ponía en duda el origen de la Inmaculada Concepción. Por lo tanto, no es de sorprender que el Santo Oficio de la Inquisición se interesara por Hidalgo y le llamara en 1800 ante su tribunal, donde fue minuciosamente interrogado sobre sus creencias y conducta, aunque no se tomó medida alguna contra él.

Tres años después de presentarse ante el Santo Oficio, Hidalgo aceptó el curato de Dolores, donde trabajó mucho durante siete años, enseñando a sus feligreses indios oficios prácticos como la carpintería, el arte de tejer y hacer vino y la elaboración de la seda. Sin embargo, nunca perdió el sentido de su propia importancia, y anhelaba la compañía intelectual. Por este motivo, Hidalgo iba con frecuencia a Querétaro, don-

de se hizo miembro del «club literario». En realidad, los dirigentes del club dedicaban poco tiempo a debatir las sutilezas de Goethe, Wordsworth o Chateaubriand. Al contrario, con ayuda de Hidalgo comenzaron a hacer planes dirigidos «a separar a la Nueva España de la vieja»[3].

En Querétaro, Hidalgo conoció al grupo de fanáticos conducidos por Ignacio Allende, un capitán del Regimiento de Caballería de la Reina. A pesar de todo, es dudoso que esta gente hubiera llegado a planear actividades traidoras a no ser por las acciones de Napoleón Bonaparte y la irresoluta actitud de Carlos IV. Aunque es cierto que las tensiones económicas y sociales, sobre todo entre los criollos y las clases bajas, iban en aumento, Nueva España no estaba, ni mucho menos, llena de revolucionarios impacientes por romper sus vínculos con la madre patria, pero los acontecimientos europeos influyeron en las tensiones internas de México, y como ocurre a veces en la historia, causa y efecto acabaron por entrelazarse.

Para la primavera de 1810, Allende y sus seguidores criollos habían formulado ya un plan para echar a los peninsulares del poder. Parte del proyecto era un levantamiento que comenzaría a principios de diciembre de ese mismo año, con ocasión de una feria anual celebrada en San Juan de los Lagos. Pero eran demasiados los conocedores de detalles de la Conspiración de Querétaro, como acabó por ser llamada, y sus secretos fueron traicionados. En el mes de agosto, las autoridades españolas de Ciudad de México ya sabían que se preparaba un levantamiento para diciembre. En ese mismo mes, apareció en escena un virrey nuevo y muy capaz.

Francisco Javier de Venegas, nombrado por la Junta Central de Sevilla, fue informado de la conspiración mientras hacía el lento y ceremonial viaje de Veracruz a la capital. El 13 de septiembre, Venegas envió órdenes secretas al norte desde Ciudad de México para la detención de los conspiradores, pero también esta vez se produjo un fallo de seguridad, y Juan de Aldama, el «Paul Revere» de la independencia mexicana, llegó a Dolores a uña de caballo al amanecer del 16 de septiembre de 1810 con noticias anticipadas de la detención inminente, de modo que los conspiradores no tuvieron otro remedio que empezar prematuramente el levantamiento, porque las autoridades reales conocían sus identidades.

[3] *Idem,* p. 286.

Al amanecer del 16 de septiembre de 1810, el padre Hidalgo lanzó su «Grito de Dolores» a unos pocos indios y mestizos de su parroquia, situada a unas sesenta millas al noroeste de Querétaro. El «grito» de Hidalgo era una petición de justicia social y económica y de buen gobierno, no una proclamación directa de independencia.

Con su programa descabalado, los conspiradores convocaron a toda prisa a miles de indios y mestizos bisoños. Su desesperada situación dio a Hidalgo, debido a sus conocimientos lingüísticos y a su popularidad entre las clases bajas, un papel más importante del que se había pensado en un principio. Circunstancias imprevistas y la jefatura de Hidalgo iban a perjudicar las perspectivas de éxito duradero de los insurgentes. Como observa su biógrafo, Hugo Hamill, Jr., Hidalgo, todo a lo largo de su vida,

> fue entusiasta de diversos proyectos y dedicó siempre toda su energía a la defensa de ideas muy distintas, pero las responsabilidades que se derivaban de la inspiración de ayer desaparecían con frecuencia bajo el entusiasmo de la idea de hoy. Lo que le faltaba a Hidalgo era un sentido de organización seria, planificación de largo alcance, y un conocimiento profundo de las complejidades y las contradicciones de cualquier causa concreta[4].

Los insurgentes, con un general bisoño a la cabeza de una banda más que de un ejército, vencieron a las fuerzas reales por su simple superioridad numérica, y capturaron la importante ciudad de Guanajuato a finales de septiembre. Para los oprimidos indios y mestizos, la victoria representaba una oportunidad única de desahogar su profundo odio contra las clases dirigentes, y se dedicaron a una orgía de asesinato, pillaje y saqueo. Es significativo que Hidalgo no hiciera ningún esfuerzo por frenar tales pasiones. Las clases bajas, al vengarse en las vidas y haciendas de los blancos de Guanajuato, no hicieron distingo alguno entre criollos y peninsulares. El espectro de la revolución social llenó de miedo a las clases altas, y esto influyó radicalmente en el apoyo de los criollos a los revolucionarios.

Desde Guanajuato, los insurgentes se dirigieron a Ciudad de México. Después de una sangrienta batalla, derrotaron a las fuerzas reales

[4] H. M. Hamill, Jr., *The Hidalgo Revolt: Prelude to Mexican Independence,* Gainesville, 1970, p. 88.

ante la capital, pero Hidalgo, por razones que no han sido explicadas, prefirió no ocupar la ciudad. Esto ha inducido a sus críticos a acusarle de convertir la victoria en derrota. Es posible que Hidalgo no quisiera descargar una muchedumbre salvaje sobre Ciudad de México, pero, fuera cual fuese la causa, lo cierto es que esta actitud suya fue decisiva para la suerte de la revolución, porque indujo a sus oficiales criollos a desertar y también enajenó a los indios y a los mestizos que formaban el grueso de sus fuerzas. Al verse sin posibilidad de saquear la capital, escaparon al campo abierto y volvieron a sus casas.

Acosados por las fuerzas reales, Hidalgo y sus oficiales criollos dirimieron sus diferencias a finales de 1810. En Guadalajara rehicieron un ejército improvisado de unos 80.000 hombres. La última gran batalla de la rebelión de Hidalgo se libró el 17 de enero de 1811 en el puente de Calderón, a cosa de treinta millas al este de Guadalajara. La victoria de los rebeldes se convirtió en desastrosa derrota por causa de un tremendo incendio de la pradera provocado accidentalmente por la explosión de un carromato de municiones; esto hizo cundir el pánico entre los soldados, acosados por las llamas. Incapaces de reagrupar sus fuerzas, Hidalgo y unos cuantos de sus seguidores se retiraron al norte. En el verano de 1811, los dirigentes rebeldes fueron cogidos y ejecutados.

Tras la muerte de Hidalgo, otro cura párroco enarboló la bandera de la revolución en Nueva España. José María Morelos y Pavón, mestizo, organizó una pequeña fuerza militar que se sirvió con éxito de la táctica de guerrillas. En 1813, después de aislar Ciudad de México de ambas costas, Morelos convocó una sesión del congreso en Chilpancinco. Los delegados proclamaron la independencia y formularon principios de justicia social como la eliminación de la esclavitud y las diferencias de clase, todo lo cual se incorporaría a una nueva constitución. Las promesas contenidas en este documento, que fue promulgado en Apatzingán en 1814, no llegaron a realizarse, debido a la derrota del ejército rebelde y a la captura y ejecución de Morelos por las tropas reales en 1815.

Las Cortes españolas y el restablecimiento de Fernando VII

El fracaso del movimiento de Morelos fue debido, al menos en parte, a la cambiante escena política en la madre patria y a la marcha de la guerra de la independencia. Durante sus años de reclusión en Francia

(1808-1814), Fernando VII había seguido siendo auténticamente popular en España. Como sólo había podido reinar un corto tiempo en 1808, nadie conocía su verdadero carácter, pero sus súbditos le creían muy superior a su desacreditado y débil padre. Se formaron Juntas en España y en Nueva España durante la ausencia de Fernando, arrogándose con frecuencia la autoridad en nombre de «El Deseado» y hasta su regreso.

A finales de enero de 1810, la Junta Central de Sevilla cedió el puesto a un consejo de regencia, pero al mismo tiempo pidió que se seleccionara a los representantes de unas nuevas Cortes o parlamento. Es significativo que los principales centros administrativos de la América española y las Filipinas iban a poder seleccionar delegados para las Cortes en un plano de absoluta igualdad con los de España propiamente dicha. Además, los elementos reformistas de la Península Ibérica, estimulados por las ideas políticas de John Locke y otros teóricos, no estaban dispuestos a tolerar que Fernando recuperase el poder absoluto.

Las Cortes así convocadas se reunieron en Cádiz, «la ciudad más liberal de la Península en aquel momento». En este ambiente, las Cortes españolas de 1812 produjeron una constitución muy progresista, «basada en principios de soberanía nacional y no de autoridad real». Aunque no se eliminaba la monarquía, la constitución instituía el sufragio universal para los propietarios de una edad determinada, ponía fin a los mayorazgos y suprimía la Inquisición. Es significativo que se garantizara la libertad de prensa excepto en asuntos religiosos, porque el catolicismo seguía siendo la religión oficial del estado y el pueblo. En una palabra, sólo los artículos referentes al mayorazgo y a la Inquisición podían ser considerados como peligrosos para la iglesia católica. Lo malo era que el futuro inmediato del desarrollo político del país dependería de que Fernando aceptase la restricción de sus poderes[5].

Como consecuencia de la derrota de Napoleón a comienzos de 1814 y el final de la guerra de la independencia, Fernando volvió a España en abril para reanudar su reinado. Como dice Stanley G. Payne, «resultó ser, bajo muchos aspectos, el rey más vil de la historia de España: cobarde, codicioso, receloso y vengativo, don Fernando parecía casi incapaz del menor interés por el bien común». El rey derogó inmediatamente las Cortes, abolió la constitución de 1812 y declaró la restaura-

[5] S. G. Payne, *A History of Spain and Portugal*, 2 tomos, Madison, 1973, 2, pp. 425-428.

ción de la monarquía absoluta como era en 1808. De 1814 a 1820, Fernando se dedicó a una triple tarea: extirpar el liberalismo, acabar con las guerras de independencia en América y no compartir su poder con nadie. Fracasó en todo esto.

Durante los seis primeros años de su reinado, Fernando sobrevivió a una serie de complots y pronunciamientos dirigidos por generales descontentos y oficiales liberalizantes. Finalmente, en 1820, un golpe militar triunfante, dirigido por Rafael del Riego, le forzó a hacer concesiones. El rey restableció muy a desgana la constitución de 1812 y convocó nuevamente las Cortes. Para entonces, México estaba al borde de la independencia.

La conquista de la independencia en México

El padre Morelos, como Hidalgo, había sido expulsado del sacerdocio y ejecutado por traición en diciembre de 1815. La causa de la independencia mexicana quedó en suspenso durante los cinco años siguientes, al menos en lo esencial. Sin embargo, los acontecimientos de España le dieron nueva vida. A finales de 1820, Agustín Iturbide, ex oficial del ejército español y enemigo de la rebelión, se unió a Vicente Guerrero, revolucionario comprometido, y los dos se convirtieron en los artífices decisivos de la independencia. Con el apoyo de elementos conservadores mexicanos deseosos de separarse de la madre patria, que por el momento era liberal, estos dos hombres consiguieron desgajar a la Nueva España de la vieja gracias al Plan de Iguala, redactado en febrero de 1821 e incorporado al tratado de Córdoba del 24 de agosto del mismo año. Tres de los veintitrés artículos del Plan de Iguala tenían importancia: la independencia de la nación mexicana, protección absoluta a la fe católica e igualdad de trato a criollos y peninsulares. Esta afortunada fórmula, conocida también por el nombre de Plan de las Tres Garantías, dio la independencia a México y, por extensión, significó que Texas dejaba de ser española.

La diplomacia y el territorio de Luisiana

Las dos últimas décadas de Texas como provincia española se vieron profundamente afectadas por los acontecimientos ya relatados aquí, que tuvieron lugar en Nueva España y en España misma. Las preocu-

paciones imperiales por la expansión de Estados Unidos y por las actividades de los aventureros norteamericanos no cesaron con la muerte de Philip Nolan y la captura de más de una docena de sus andrajosos seguidores en 1801. Dos años después, Napoleón rompió su palabra de no enajenar Luisiana y se la vendió a Estados Unidos por quince millones de dólares. La frontera occidental de Luisiana quedaba sin fijar, y esto iba a complicar las relaciones diplomáticas entre España y Estados Unidos hasta 1819.

Cuando España devolvió Luisiana a Francia, al firmarse el segundo tratado de San Ildefonso (1800), la parte referente a la frontera occidental del territorio decía así: «Con la misma extensión que tiene ahora en posesión de España y tenía estando en posesión de Francia»[6]. Tres años más tarde, al ser vendida Luisiana a Estados Unidos, es posible que Napoleón mantuviese la ambigüedad en lo referente a la frontera occidental con el fin de utilizar este problema en beneficio suyo en sus futuros tratos con España. Sus instrucciones a François Barbé-Marbois, citadas con frecuencia, dicen que «si no existiera ya alguna obscuridad en el texto, sería buena cosa ponerla», y pueden ser interpretadas en parte como un intento de Napoleón por conseguir concesiones de España a cambio de apoyar sus reivindicaciones, fueran las que fuesen. En este contexto, el famoso comentario de Tayllerand en 1803 a los negociadores norteamericanos, «han hecho ustedes un noble negocio y supongo que lo aprovecharán al máximo», puede ser también interpretado como prueba del escaso deseo francés de definir las fronteras de Luisiana en perjuicio de España y en beneficio de Estados Unidos[7].

De los norteamericanos que buscaban el máximo de ventajas posibles para Estados Unidos en el trazado de la frontera occidental de Lui-

[6] W. M. Maloy, compilador, *Treaties, Conventions, International Acts, Protocols and Agreements between the United States of America and Other Powers, 1776-1909,* 2 tomos, Washington, DC, 1910, 1, pp. 506.

[7] R. Stenberg, «The Western Boundary of Louisiana, 1762-1803», *Southwestern Historical Quarterly,* 35, octubre de 1931, p. 104, según cita. Barbé-Marbois firmó el tratado de la cesión de Luisiana, véase Maloy, *Treaties,* p. 511. La actitud de España en lo referente a las fronteras de Luisiana fue siempre clara. El primer comisario español comentó que Estados Unidos no tenía más derechos sobre Luisiana que los que poseía Francia en primer lugar, y que el único derecho de Francia era el derecho de posesión concedido por España, el cual era un hecho limitado en sí mismo y dejaba claras las fronteras de Lusiana. Ch. W. Hackett, compilador y traductor, *Pichardo's Treatise on the Limits of Lousiana and Texas,* 4 tomos, Austin, 1931-1946, 4, pp 356, según cita.

siana, ninguno era más agresivo que el presidente Thomas Jefferson. En 1803, Jefferson redactó un tratado, basado exclusivamente en documentos franceses, en el que llegaba a la conclusión de que la frontera legítima del sur de Luisiana era el río Grande. Las reivindicaciones norteamericanas en este sentido inspiraron muy pronto una orden real de Carlos IV, con fecha del 20 de mayo de 1805, pidiendo que se compilasen todos los datos y mapas pertinentes para delimitar la verdadera frontera entre Luisiana y Texas. Esta tarea fue terminada en 1808 por José Antonio Pichardo, el cual se encargó de rematar el ingente trabajo que le tuvo ocupado día y noche hasta su muerte, acaecida en 1812.

Expediciones patrocinadas por Thomas Jefferson

Sin esperar los resultados de esta erudita disputa, Jefferson prosiguió activamente las reivindicaciones norteamericanas en los territorios occidentales. Como hombre de ciencia, se interesaba por las plantas y los animales de las regiones inexploradas y esperaba poder reclamar riquezas naturales sin explotar en el occidente antes de que cayesen en manos de alguna potencia europea. Además de patrocinar la expedición de Lewis y Clark (1804-1806), Jefferson planeó otras exploraciones. William Dunbar y John Hunter salieron de Natchez en 1804 con 17 hombres para seguir el curso del río Rojo hasta sus fuentes y explorar las del río Arkansas. Esa expedición estaba aún empezando cuando sus cabecillas se enteraron de que España tenía intención de oponerse a ella, porque, a su modo de ver, constituiría una amenaza para Texas. Reacios a correr el riesgo de chocar con funcionarios españoles, Dunbar y Hunter redujeron sus exploraciones al territorio situado a lo largo del río Ouachita, sin salirse de los límites del actual estado de Luisiana.

En 1808, una expedición encabezada por Thomas Freeman y Peter Custis se dirigió de nuevo río Rojo arriba en dos embarcaciones de poco calado. Después de recorrer alrededor de 600 millas, el grupo de 37 hombres se vio forzado a volver ante el obstáculo de varios cientos de soldados españoles de Texas y Nuevo México.

Los norteamericanos del este del río Sabine se sintieron irritados, sobre todo, por este alarde de arbitrariedad española, ya que todavía no se había llegado a un acuerdo sobre la frontera occidental de Luisiana. Ambas partes se prepararon para lo que parecía un choque inevitable,

y como para poner las cosas peor, el comandante general Nemesio de Salcedo ya había ordenado a las tropas españolas apostarse al este del río Sabine, cerca del solar del abandonado presidio de Los Adaes, mientras él enviaba tropas a las Provincias Internas con intención de reforzar sus defensas a lo largo de la frontera entre Texas y Luisiana. A finales de 1805, había en Texas unos 700 soldados españoles, 141 de ellos destacados en Nacogdoches. Sin embargo, para junio de 1806, o sea, poco antes del enfrentamiento del río Rojo, refuerzos llegados de Nuevo Santander y Nuevo León elevaron el total de las fuerzas españolas en Texas a 1.368 hombres, número sin precedentes, y dos tercios de ellos estaban apostados en Nacogdoches y sus alrededores. La guerra parecía inminente.

Sin embargo, para el otoño de 1806, comenzaron a oírse voces apaciguantes. Salcedo ordenó a los gobernadores Antonio Cordero y Bustamante, de Texas, y Simón de Herrera, de Nuevo León, que había sido trasladado a Texas, «no comenzar ninguna acción o ataque contra los norteamericanos sin tener la completa y absoluta certidumbre de expulsarlos del territorio en disputa». Desde España, Carlos IV ordenó también que se hiciera todo lo posible por zanjar las diferencias españolas con los norteamericanos de manera pacífica, pero el rey no autorizaba concesión alguna sobre el territorio en disputa[8].

El acuerdo del Territorio Neutral

Los norteamericanos también comenzaron a mostrarse más dúctiles. El general James Wilkinson, jefe de las fuerzas norteamericanas en Luisiana, propuso un acomodo el 29 de octubre. Él retiraría las tropas norteamericanas al este del arroyo Hondo si los españoles retiraban las suyas al oeste del río Sabine. Herrera aceptó la proposición de Wilkinson el 4 de noviembre, y el acuerdo resultante, llamado del Territorio Neutral, salvó la situación (véase figura 22). Sin embargo, creó un corredor neutral que no tardaría en poblarse de toda clase de ladrones, delincuentes, esclavos fugitivos y contrabandistas: «la escoria de Texas y Luisiana», como los llama Odie Faulk, que hacían incursiones en ambas pro-

[8] Faulk, *Last Years,* p. 124. Antonio Cordero era gobernador de Coahuila y gobernador en funciones de Texas.

vincias. Las autoridades norteamericanas y españolas cooperaban a veces para salir al paso de esta gente[9].

Durante la controversia del Territorio Neutral, y aún después de ella, España trató de reforzar su presencia en Texas fundando los pequeños asentamientos de Trinidad de Salcedo y de San Marcos de Neve, pero ninguno de ellos sería permanente, pues para 1812-1813 ya habían dejado de existir.

Al aceptar la componenda propuesta, tanto Wilkinson como Herrera habían actuado sin el consentimiento de sus superiores, y Herrera, concretamente, se había hecho culpable de desobediencia. A pesar de todo, fue elogiado por su buen juicio tanto por Salcedo como por el virrey de Nueva España, mientras Wilkinson, siempre al acecho del beneficio crematístico, envió enseguida a uno de sus subordinados a Ciudad de México para presentar al virrey una cuenta de 120.000 dólares en concepto de servicios prestados a su católica majestad.

La expedición de Pike

Poco después de la negociación del acuerdo del Territorio Neutral, Wilkinson se desplazó a toda prisa a Nueva Orleans, donde formuló acusaciones contra su ambiguo asociado, Aaron Burr. Pero las implicaciones del complot de Burr en los territorios occidentales de Estados Unidos y en las posesiones españolas de Nueva España, fueran las que fuesen, no afectaron en nada a Texas.

Después de sufrir dos fracasos en el sur, el segundo de los cuales había estado a punto de provocar una guerra con España, Jefferson probó otra táctica. En julio de 1806, el teniente Zebulon Montgomery Pike salió de Saint Louis para explorar las tierras situadas entre los ríos Arkansas y Rojo al norte. Pike tenía que tratar de establecer vínculos de amistad con los indios que habitaban esas tierras y expulsar de ellas a los comerciantes que carecieran de la debida licencia. En el río Republicano, en la actual Nebraska, Pike encontró a indios pawnees dispuestos a resistirse, pues acababan de recibir la visita de un contingente militar español que iba en busca de norteamericanos, pero Pike acabó con sus intenciones hostiles informando a los indios de que los «guerreros

[9] *Idem*, p. 125.

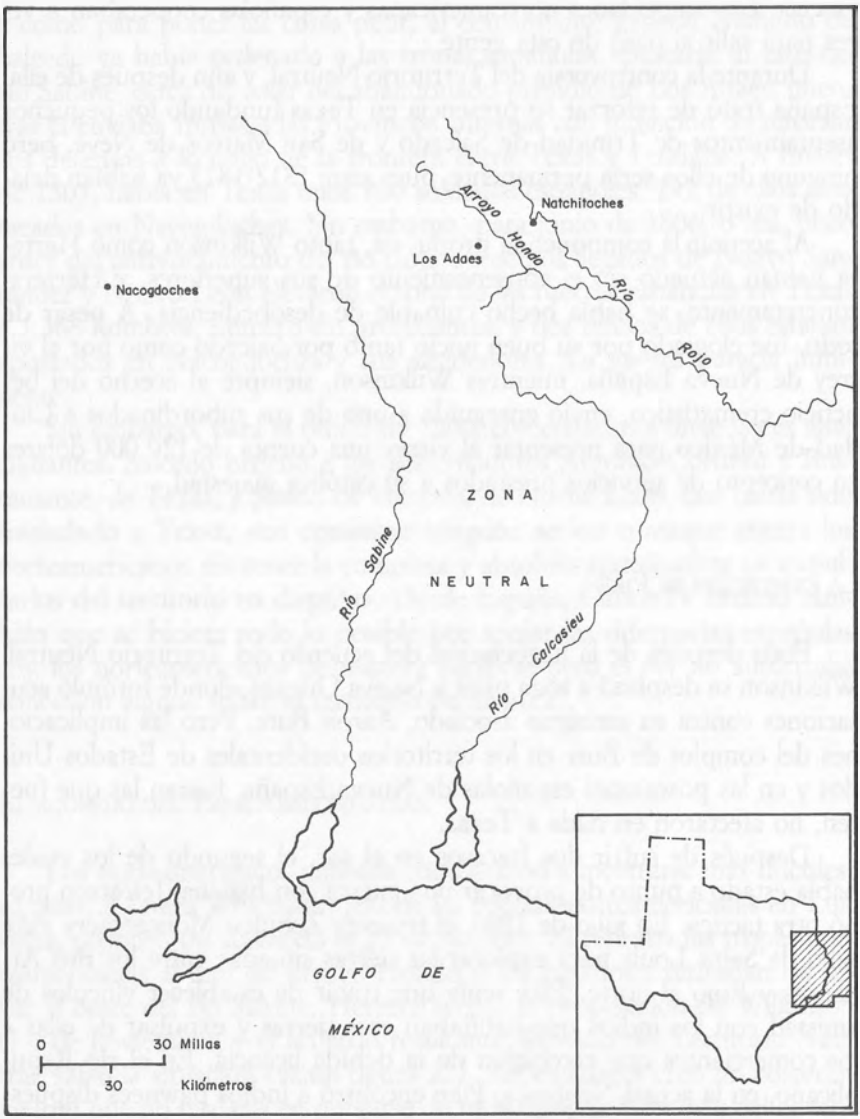


Figura 22. *Acuerdo del Territorio Neutral.*
Este mapa muestra el acuerdo diplomático de 1806 entre España y Estados Unidos por el cual ninguna de las dos potencias podía ejercer su jurisdicción en la franja de tierra comprendida entre el río Sabine y dos arroyos situados al este del río Rojo. Cartografía de Caroline Castillo Crim.

de su gran padre norteamericano no eran mujerucas a las que se podía intimidar con palabras»[10].

Desde allí, Pike se dirigió hacia el sur, hasta el río Arkansas, llegando a su gran curva, en la actual Kansas. Luego siguió el curso del río hacia sus fuentes, en tierras de Colorado, donde buscó en vano las fuentes del río Rojo. En la primavera de 1807, Pike cruzó los montes de Sangre de Cristo, entrando en Nuevo México y acampando en la parte alta del río Grande. Fue detenido por una fuerza española de 100 hombres, interrogado en Santa Fe y enviado a Texas por El Paso, Chihuahua y Monclova. En San Antonio, Pike y sus hombres recibieron trato cordial como invitados del gobernador Cordero. Pike fue escoltado por soldados españoles por el camino real hasta Natchitoches, donde se le dejó sin ceremonias en suelo norteamericano.

Durante la detención de Pike, las autoridades españolas confiscaron sus notas y sus mapas, pero él pudo rehacer de memoria gran parte de su estupendo viaje. Sus impresiones favorables sobre Texas, con su fértil suelo y sus praderas llenas de caza y caballos salvajes, sirvieron para aguzar más aún el apetito de los expansionistas norteamericanos.

La expulsión de Pike de territorio español no bastó para tranquilizar al comandante Salcedo, que estaba convencido de que la verdadera razón de la intrusión de Pike era corromper la lealtad de los indios que vivían entre Texas y Nuevo México. Para contrarrestar la influencia de Pike, don Nemesio ordenó al capitán Francisco Amangual que fuese con 200 soldados desde San Antonio hasta Santa Fe, tranquilizando a los indios que encontrase por el camino con este alarde español de poder y buenas intenciones. Amangual llevó a cabo esta misión entre el 30 de marzo y el 19 de junio de 1808, volviendo a Béjar al final del año. En el transcurso de su expedición había entrado en contacto con muchas bandas de indios comanches, pero, como observa Odie Faulk, «el verdadero valor de su expedición es dudoso»[11].

[10] R. A. Billington, *Westward Expansion: A History of the American Frontier,* segunda edición, Nueva York, 1964, p. 451, según cita.

[11] Diario de la Expedición de Amangual de Texas a Nuevo México, 30 de marzo-23 de diciembre de 1808, BA, Faulk, *Last Years,* 127-128, cita. A pesar de las expediciones de Francisco Amangual y de las exploraciones anteriores de José Mares, el camino directo entre San Antonio y Santa Fe se usaba raras veces. La distancia y la dificultad de viajar por tierras sin desbrozar, así como la amenaza de los ataques indios, eran buenos argumentos contra el comercio y los viajes.

El comandante Salcedo y la defensa de Texas

La preocupación de Salcedo por las implicaciones de largo alcance de la expedición de Pike se vieron más reforzadas aún por las actividades de los representantes «oficiosos» de Estados Unidos entre los indios de las llanuras del sur y por los problemas derivados del acuerdo del Territorio Neutral de 1806. En el primer caso, el nombramiento en 1804 del doctor John Sibley como agente indio adventicio de Estados Unidos tiene gran importancia. Como escribe Dan L. Flores, los temores del comandante Salcedo de que Sibley fuese «un revolucionario, un fomentador de cambios», estaban bien fundados. Desde su base de Natchitoches, Sibley no perdía una sola oportunidad de predisponer a los indios favorablemente hacia Estados Unidos. Por medio de John House, un miembro de la cuarta expedición de Nolan que se había salvado de ser capturado, Sibley envió regalos a los indios comanches y norteños en la primavera de 1805, induciéndoles a enviar representantes a Natchitoches. Otros comerciantes norteamericanos se movían entre las tribus del río Rojo en el otoño de 1806 y el comienzo del verano de 1807. El éxito de estos esfuerzos por congraciarse con los indios comanches y sus aliados no tardó en saltar a la vista. A partir de mediados de agosto, y hasta el otoño, «banda tras banda... comenzó a llegar a la ciudad norteamericana de Natchitoches para asistir a un Gran Consejo»[12].

Al parecer, Sibley era un hábil propagandista. Hablando en el Consejo, hizo ver a los indios que los norteamericanos eran «indígenas de la misma tierra que vosotros, o sea, dicho de otra forma: indios blancos». También criticó a los comerciantes españoles de Nacogdoches, indicando que de los precios altos que cobraban no tenían la culpa los norteamericanos. Es irónico que Sibley y sus agentes triunfaran, con gran consternación de Salcedo[13], donde expediciones patrocinadas por el gobierno habían fracasado. Todo estaba listo ahora en Natchitoches para el golpe más audaz de todos: la expedición de Anthony Glass.

Desde julio de 1808 hasta mayo de 1809, Glass y varios compañeros, comerciantes como él, fueron de Natchitoches a las aldeas de los indios taovayas, situadas junto al río Rojo, y desde allí penetraron en Te-

[12] D. L. Flores, compilador, *Journal of an Indian Trader: Anthony Glass and the Texas Trading Frontier, 1790-1810,* College Station, 1985, pp. 18-24.

[13] *Idem,* pp. 24-25.

xas hasta la meseta de Edwards, al oeste de la actual Waco, estableciendo contacto amistoso con los indígenas por el camino. El viaje de vuelta a Natchitoches, también pasando por las aldeas de los indios taovayas, remató una notable caminata. Los afortunados contactos de Glass y otros con los indios texas desde el río Rojo hasta el río Colorado, hizo tanto más importante para España mejorar sus relaciones con las tribus del oeste del Territorio Neutral.

El comercio español en el este de Texas y en la tierra de nadie que se extendía entre el río Sabine y Arroyo Hondo y corría por cuenta principalmente de la casa comercial de Davenport y Barr, que eran los mismos comerciantes a que aludía Sibley en su discurso. Fundada en 1798, y con sede central en Nacogdoches, esta empresa enviaba mercancía desde Luisiana hasta Texas, y sus transportes volvían a Luisiana con cueros y ganado. Los principales dueños de la empresa, William Barr y Samuel Davenport, eran ciudadanos españoles naturalizados con licencia para dedicarse al comercio.

Una de las primeras actividades de los comerciantes consistía en abastecer a los indios de la región con toda clase de regalos, con lo que se les inducía a seguir en buenas relaciones con los españoles. Desde 1800, Davenport y Barr transportaban a Luisiana caballos comprados a los indios del este de Texas. Davenport, enemigo y competidor de Philip Nolan, se había presentado voluntario para luchar con las fuerzas españolas que atacaron y mataron al aventurero irlandés. Después de la muerte de Nolan, fue también Davenport el que se ofreció a entregar el informe de Múzquiz y las orejas cortadas del potrero al gobernador de San Antonio: «le inducía a ello su amor por el rey, que es bien conocido»[14].

Permitir el comercio con los franceses durante el período de vuelta de Lusiana al dominio francés era una cosa, pero permitirlo con los norteamericanos cuando éstos pasaron a ser dueños del territorio era otra muy distinta. En 1803, el comandante general Salcedo había prohibido la exportación de ganado, lo que resultaba muy beneficioso para la empresa Davenport y Barr. Cuando Barr se quejó de que su empresa no podía continuar funcionando si tenía que depender solamente de cueros y pieles comprados a los indios, se le declaró exento de esa restricción.

[14] Wilson y Jackson, *Philip Nolan,* pp. 73-74, según cita.

Esto animó a Barr a intentar conseguir un monopolio que excluiría a todos los demas comerciantes del este de Texas, y Salcedo accedió una vez más a conceder a su empresa una posición de privilegio. Esta insólita concesión a la empresa Davenport y Barr sólo se puede explicar por el papel importantísimo de la empresa en la distribución de regalos entre los indios amigos.

Además de dar regalos a los indios del este de Texas, la casa Davenport y Barr enviaba a las tropas españolas de Nacogdoches abastecimientos suplementarios, como por ejemplo harina, carne de vaca, sal, ají y jabón. No es de sorprender que la empresa, en general, prosperase a lo largo de la primera década del siglo XIX, aunque no tanto como sus propietarios hubieran deseado. Les resultaba difícil cobrar deudas comerciales a los indios; la Ley de Embargo, aprobada en 1807 durante la segunda presidencia de Jefferson, fue aplicada, con pura mala intención, al modo de ver de Davenport y Barr, en la frontera entre Texas y Luisiana, y los peligros que planteaban los bandidos que infestaban el territorio neutral resultaban sumamente costosos y molestos. En 1809, con la derogación de la Ley de Embargo, la empresa pudo restablecerse, y a veces las fuerzas españolas y norteamericanas cooperaban en ataques contra los bandidos. A pesar de todo, seguía sin resolverse el problema de la delincuencia, hasta el punto de que Davenport hubo de quejarse en 1812: «El Territorio Neutral sigue infestado por forajidos y es imposible seguir comerciando. No me atrevo a poner mis intereses en peligro para capturar a los bandidos»[15].

Poco después de su protesta al comandante general Salcedo, Davenport renunció a su condición de súbdito español y se unió a las fuerzas que querían poner fin al dominio español en Texas. La génesis de este movimiento independentista había comenzado unos años antes con el Grito de Dolores. Como una nube fungiforme, la insurrección fue creciendo en importancia hasta abarcar todo Texas y parte de las Provincias Internas.

[15] J. Villasana Haggard, «The House of Barr and Davenport», *Southwestern Historical Quarterly*, 44, julio de 1945, pp. 76-78. Carta de Davenport a Salcedo, 6 de febrero de 1812, BA.

El gobierno de Manuel María de Salcedo

Después de la crisis del Territorio Neutral y de la insólita audacia de la expedición de Glass, Texas tuvo la buena fortuna de recibir un gobernador inteligente y enérgico. Nombrado en 1807 por el Consejo de Indias, Manuel María de Salcedo era sobrino del comandante general Nemesio Salcedo[16].

Manuel de Salcedo era un producto de las academias militares españolas. A comienzos del siglo XIX, había acompañado a su padre a Luisiana, donde éste fue gobernador civil y militar. Después de la adquisición de Luisiana por Estados Unidos, don Manuel volvió a España con su padre en 1804. Al ser nombrado gobernador de Texas, Salcedo se dirigió a su nuevo puesto pasando por Estados Unidos y parando en Filadelfia, Natchez y Natchitoches. Este prolongado viaje le dio la oportunidad de hacerse una idea del carácter y las tendencias de los norteamericanos. Tuvo contactos personales, entre otra gente, con antiguos asociados de Aaron Burr y con miembros de la expedición de Pike.

El 7 de noviembre de 1808, al tomar posesión de su cargo, don Manuel hizo una breve exposición de la situación de la provincia y propuso un programa para su desarrollo; lo sometió a su tío, pero a don Nemesio no le impresionó, quizás por la juventud e inexperiencia de su sobrino; posiblemente también porque quería evitar acusaciones de nepotismo. Lo cierto es que don Nemesio siguió siendo un duro crítico de su sobrino durante todo el tiempo que éste fue gobernador de Texas.

Un tío que era comandante general y no hacía más que encontrarlo todo mal no era el único problema con el que tenía que enfrentarse el joven gobernador. Cuando don Manuel llegó a Texas, se vio obligado a compartir el poder con Antonio Cordero, gobernador de Coahuila, que seguía en la provincia con una misión especial. Debido a la enfermedad y la incapacidad de Juan Elguezábal, Cordero había hecho de gobernador en funciones de Texas y siguió allí después de que pasara la crisis del Territorio Neutral. También tenía el cargo de vicecomandante general. Como Cordero, Simón de Herrera, gobernador de Nuevo León, estaba también en Texas con una misión especial.

[16] Nombramiento de Manuel de Salcedo como gobernador de Texas, 13 de marzo de 1807, AGI, Guadalajara 302. Nombrado a la edad de 31 años, Manuel de Salcedo es el mandatario más joven de la historia de Texas.

Una de las primeras responsabilidades de Salcedo como gobernador consistió en responder a una acusación de la Junta Central de Sevilla. El 22 de enero de 1809, en nombre de Fernando VII, esa junta reconoció que los dominios españoles de América eran parte integrante de la nación y declaró que debieran tener representantes en la Junta de Gobierno del reino. A pesar de todo, y sin que esto fuera imputable al gobierno español, Texas no eligió delegado[17].

Pedro de Garibay, virrey en funciones de Nueva España, decidió que sólo Durango, por ser capital de Nueva Vizcaya, debía enviar delegado de las Provincias Internas. Esta decisión siguió en vigor aunque el comandante general Salcedo se opuso a ella. San Antonio de Béjar no estaría representado en la Junta Central ni en las reuniones subsiguientes de las Cortes españolas entre 1811 y 1814.

Así y todo, el gobernador Salcedo preparó un informe para el diputado que fuese elegido representante de las Provincias Internas. Aunque no es seguro que su memorial de 1809 sobre Texas llegase a España, se trata de un documento revelador. El memorial de Salcedo constituye un notable atisbo de primera mano en los asuntos de Texas, y llegaba en vísperas de violentas agitaciones que iban a asolar la provincia durante varios años.

Don Manuel observaba que una provincia famosa por su prodigioso espacio y sus bellas tierras sólo contaba con tres compañías presidiales, o mejor dicho, dos con base permanente. Enumeraba la falta de ayudantes del gobernador, como asesor legal, secretario o amanuense, calificándola de notablemente perjudicial para el buen gobierno, y lamentaba la falta de fondos suficientes para la buena administración de la provincia. Salcedo parecía sorprendido de que en una provincia del tamaño de Texas no hubiese más que 352 soldados veteranos y 3.122 civiles. El gobernador advertía también sobre la pobreza de los habitantes, cuya ruin condición se debía a que tenían que practicar la agricultura sin las herramientas necesarias, sufriendo el calor y el frío y viviendo en casas de madera y paja. Peor aún, la población de Texas era tan pobre que ni siquiera podía vestirse decentemente[18].

[17] N. L. Benson, «Texas Failure to Send a Deputy to the Spanish Cortes, 1810-1812», *Southwestern Historical Quarterly,* 64, julio de 1960, p. 14.

[18] N. L. Benson, compiladora y traductora, «A Governor's. Report of Texas in 1809», *Southwestern Historical Quarterly,* 71, abril de 1968, pp. 610-612.

Pasando a otro tema, la palabra de Salcedo se hacía elocuente al describir la tierra, diciendo que «era inmensamente rica y capaz de producir cualquier cosa que se plantase en ella, sobre todo algodón, índigo, tabaco, trigo, maíz, etc.». Mencionaba también los principales ríos de la provincia y aludía a otras vías fluviales menores de posible utilidad para el regadío[19].

Don Manuel, pasaba a continuación a hablar de Estados Unidos y sus habitantes, a algunos de los cuales había conocido personalmente en su viaje a Texas. Decía que los norteamericanos tenían la gran ventaja de poseer «el Nilo de Norteamérica», como llamaban entonces, según él, al Mississippi. A continuación calificaba de falaz la idea de algunos de que había que despreciar a los norteamericanos, advirtiendo que no debían ser desdeñados como enemigos. Según él,

> el anglonorteamericano era diligente y trabajador por naturaleza, y si esto no fuera cierto, no les gustaría vivir en desiertos, donde su sustento dependía de su trabajo y su ingenio. Este tipo de vida les endurecía, haciéndoles fuertes, ágiles, sobrios y valientes[20].

Las recomendaciones de Salcedo sobre la seguridad de Texas exigían constantes esfuerzos para mantener la paz con las naciones indias, abasteciéndolas de bienes y mercancías que fuesen mejores, o al menos, iguales y más abundantes que las que enviaban los anglonorteamericanos. Pedía también nuevos regimientos de infantería pesada y ligera, caballería y artillería montada, hasta un total de 4.000 hombres[21]. En vista de que la población civil de Texas apenas pasaba de 3.000 personas, sus recomendaciones, de haber sido aceptadas, habrían convertido a Texas en un campamento armado. A pesar de todo, el joven gobernador explicaba bastante bien la fragilidad de la presencia española en esta provincia de frontera, pero ni siquiera él podía prever los problemas que iban a surgir en Nueva España. El informe de Salcedo, con fecha de 8 de agosto de 1809, fue redactado trece meses antes de que el padre Hidalgo lanzase su grito revolucionario. Es trágico que, desde 1810, don Manuel hubiese de pasar su tiempo de gobernador de Texas defendien-

[19] *Idem*, p. 611.
[20] *Idem*, pp. 612-613.
[21] *Idem*, pp. 614-615.

do a su rey de enemigos internos y externos; a fin de cuentas, su sentido del deber iba a costarle la vida.

Antes de que la revolución del sur estallara en Béjar, el gobernador Salcedo concentró su atención en el este de Texas. En marzo de 1810 comenzó una inspección de la comarca, cuya situación era sumamente compleja. Personajes poco recomendables se habían refugiado en el Territorio Neutral, y otros elementos de dudosa lealtad reclamaban tierras en Texas sin ningún documento legal que demostrase sus derechos. El comandante general Salcedo siempre se había opuesto tenazmente a permitir a los extranjeros pasar el río Sabine, pero en el momento de la inspección de don Manuel, su tío empezaba a cambiar de actitud. Posiblemente, como ha sugerido Félix D. Almaraz, «lo que menos necesitaba el comendante general era que se provocasen incidentes fronterizos» [22].

En efecto, don Nemesio dio más poderes discrecionales al gobernador y al vicecomandante general de Texas, los cuales, en palabras de Almaraz, tendrían autoridad para establecer «una distinción clara entre los colonos extranjeros dedicados a pacíficas actividades agrícolas y los infractores crónicos que entran con intenciones ilícitas». En Nacogdoches, Salcedo comprobó que muchos colonos carecían de documentos de propiedad. Don Manuel indagó lo mejor que pudo en las intenciones de estos intrusos, dando a algunos de ellos escrituras de propiedad de sus tierras, granjas y ranchos [23].

Al volver a San Antonio, el gobernador Salcedo no tardó en tener que lidiar con las consecuencias periféricas de la rebelión de Hidalgo. Al comienzo de la insurrección, Hidalgo y sus oficiales criollos comprendieron lo importante que sería conseguir ayuda extranjera, y con este objetivo dieron a Mariano Jiménez la responsabilidad de acabar con el control español en Coahuila y Texas. De estas dos provincias, Texas era la más importante por causa de su cercanía a Estados Unidos, de donde los rebeldes esperaban conseguir ayuda.

[22] F. D. Almaraz, Jr., *Tragic Cavalier: Governor Manuel Salcedo of Texas, 1803-1813*, Austin, 1971, p. 53.

[23] *Idem*, pp. 55-59.

La rebelión de Las Casas en San Antonio

A comienzos de 1811, fuerzas rebeldes al sur del río Grande capturaron a Antonio Cordero, que había salido de Texas para defender su gobierno de Coahuila. La captura de Cordero dio lugar a rumores y temores en toda Texas, y en la noche del 21 de enero de 1811, Juan Bautista de Las Casas, capitán retirado de la milicia de Nuevo Santander, organizó un golpe contra las autoridades reales de San Antonio. A la mañana siguiente, Las Casas y unos pocos conspiradores se apoderaron del gobernador y de su personal militar, mientras en otros lugares seguidores de Las Casas conseguían también rápidos éxitos, apoderándose de Nacogdoches y de otros asentamientos. En febrero, después de confiscar las propiedades de los ardientes partidarios de Fernando VII, Las Casas envió a Salcedo, a Simón de Herrera y a doce oficiales más, bajo fuerte guardia, a Monclova, donde fueron encerrados en una hacienda cercana perteneciente al teniente coronel Ignacio Elizondo. Más entrado el mismo mes, Las Casas recibió a dos agentes de Hidalgo: el mariscal de campo Ignacio Aldama y el padre Juan Salazar, que habían parado en Texas camino de Estados Unidos.

Pero Las Casas cometió la imprudencia de no prepararse una base de apoyo en Texas, y encima hizo caso omiso de oficiales veteranos y de los descendientes de familias isleñas. La oposición clandestina al régimen de Las Casas giraba en torno a Juan Manuel Zambrano, subdiácono de la villa de San Fernando. Zambrano, desde su rancho, situado bastante lejos de San Antonio, formó una junta con ayuda de otros contrarrevolucionarios entre los que estaba José Erasmo Seguín, y proclamó fidelidad al rey. El 2 de marzo de 1811, los partidarios del rey cogieron por sorpresa a Las Casas y le echaron del poder.

La ejecución de Hidalgo y de Las Casas

Los contrarrevolucionarios enviaron rápidamente noticia de su éxito al comandante general Salcedo, y despacharon a dos personas de confianza a la hacienda de Elizondo. Don Ignacio, antiguo defensor del rey que se había pasado a Hidalgo, volvió a pasarse al rey. Dejó en libertad al gobernador Salcedo y a los demás prisioneros y se reunió a continuación con ellos para tender una emboscada a Hidalgo, con objeto de in-

terceptar al sacerdote rebelde y a sus dispersos partidarios a medida que se acercaba a Monclova desde el sur. En el oasis de Baján, el 21 de marzo de 1811, las fuerzas reales capturaron a Hidalgo y a sus desmoralizado seguidores con sólo unos pocos disparos.

Salcedo llevó a Hidalgo y a otros importantes dirigentes de la rebelión a la ciudad de Chihuahua, donde fueron juzgados por traición en el verano de 1811. Los oficiales criollos Ignacio Allende, Juan de Aldama y Mariano Jiménez fueron ejecutados en junio, de espaldas al pelotón de ejecución, pero se tardó más tiempo en ajusticiar a Hidalgo. Sometido al escrutinio de la Iglesia desde su examen por la Inquisición en 1800, Hidalgo fue exclaustrado y puesto en manos de las autoridades para su juicio y castigo por traición. Como sacerdote, tenía derecho a ser ejecutado en privado, y el curioso privilegio de morir de un tiro en el pecho. El 30 de julio, «el ex sacerdote y ex revolucionario... hizo las paces con su iglesia y con su patria»[24].

Como lección indeleble para posibles revolucionarios, las cabezas de Aldama, Allende, Hidalgo y Jiménez fueron cortadas y enviadas a Guanajuato, donde estos terribles despojos se pusieron en cajas de hierro y se colgaron de las esquinas de un granero, lugar donde permanecieron diez años[25].

El final de Las Casas fue muy parecido. Juzgado en Monclova por un tribunal militar y hallado culpable de alta traición, su veredicto se hizo público el 29 de julio, o sea, un día antes de la muerte de Hidalgo. Después de morir de disparos por la espalda, la cabeza de Las Casas fue salada y metida en una caja en Béjar para su exhibición en la plaza militar.

La insurrección de Gutiérrez-Magee

Para el otoño de 1811, ya las fuerzas reales habían recuperado el poder efectivo en Texas, aunque en México la lucha por la independencia continuaba bajo el caudillaje del padre Morelos. Sin embargo, los sim-

[24] Hamill, *Hidalgo Revolt,* pp. 213-216.

[25] El granero, conocido por la Alhóndiga, había sido escenario de una sangrienta matanza de peninsulares el 28 de septiembre de 1810. Para detalles véase L. B. Simpson, *Many Mexicos,* cuarta edición, Berkeley, 1967, pp. 212-213.

patizantes de los rebeldes no habían sido neutralizados en todas las provincias del norte. Uno de éstos era José Bernardo Gutiérrez de Lara, herrero y comerciante de Revilla.

En compañía de José Menchaca, también guerrillero rebelde, Gutiérrez entró en Texas y llegó sano y salvo a Natchitoches, de donde siguió hasta Washington, y allí, a comienzos de diciembre de 1811, fue bien recibido por funcionarios norteamericanos de los departamentos de la Guerra y Estado. Sin embargo, Gutiérrez recibió poco más que la bendición oficiosa del secretario de Estado, James Monroe. Los funcionarios norteamericanos le dieron una carta de presentación para William C. C. Claiborne, el jefe militar norteamericano de Nueva Orleans, y se le aconsejó «volver a su tierra con la mayor urgencia posible»[26].

Gutiérrez de Lara volvió a Natchitoches por Nueva Orleans, donde el general Claiborne presentó al ex herrero a William Shaler, que iba a supervisar las actividades de don Bernardo y acompañarle a Natchitoches. Los dos llegaron a su destino a finales de abril de 1812, y Gutiérrez comenzó inmediatamente a hacer preparativos para la invasión de Texas. En las cercanías de Natchitoches encontró abundancia de voluntarios.

Mientras Gutiérrez comenzaba a reclutar gente para invadir Texas, la provincia estaba saliendo de una serie de cambios administrativos. Una junta contrarrevolucionaria presidida por Zambrano constituyó el gobierno *de facto* en Béjar desde el 2 de marzo hasta el 22 de julio de 1811, y este comité improvisado restituyó las propiedades confiscadas a los partidarios del rey y estableció comunicación con Félix María Calleja, el general de las fuerzas reales que había derrotado a Hidalgo. En julio, Simón de Herrera se hizo cargo de la autoridad en funciones en Béjar, porque Salcedo seguía en Chihuahua para participar en el juicio y ejecución de Hidalgo y sus principales seguidores. Con su regreso a San Antonio el 11 de septiembre de 1811, don Manuel volvió a asumir su cargo de gobernador, pero pensaba que su prestigio había quedado maltrecho por la facilidad con que Las Casas y sus rebeldes pudieron derrocarle. Por desgracia para Salcedo, todavía le esperaban cosas peores: la inminente invasión que se preparaba al este del río Sabine iba a echarle de nuevo de su cargo.

[26] H. G. Warren, *The Sword Was Their Passport, a History of American Filibustering in the Mexican Revolution,* Baton Rouge, 1943, pp. 5-8.

En Natchitoches, Bernardo Gutiérrez obtuvo la cooperación militar de Augustus William Magee, graduado de la academia militar de West Point y ex teniente del ejército norteamericano. El apoyo constante de William Shaler como agente especial de Estados Unidos, influyó, sin el menor género de dudas, en otros norteamericanos, induciéndoles a unirse al revolucinario mexicano. Gutiérrez obtuvo también los servicios de Samuel Davenport, a quien dio la responsabilidad de conseguir el apoyo de los indios del este de Texas.

El contingente militar norteamericano, según estima Richard Gronet, no era una simple expedición filibustera, sino precisamente el resultado de los esfuerzos del gobierno de Estados Unidos para formular iniciativas de política exterior en México. Según Gronet, la correspondencia entre Shaler y James Monroe deja claro que aquél estaba obedeciendo «una serie de instrucciones muy amplias de sus superiores de Washington» al inducir a otros norteamericanos a unirse a las fuerzas de Gutiérrez[27].

El 8 de agosto de 1812, el autodenominado Ejército Republicano del Norte cruzó el río Sabine con la intención de no limitarse a una incursión temporal en Nueva España. Aunque los norteamericanos se habían unido a Gutiérrez por ansia de «tierra, botín y aventuras», la intención del ejército era atraer a Texas al redil de los revolucionarios mexicanos. Estados Unidos formuló públicamente su protesta contra la invasión, cosa necesaria, dadas sus relaciones pacíficas con España, y Monroe envió al doctor John Robinson a Chihuahua para que hiciese saber que Washington no estaba de acuerdo con las violaciones fronterizas.

Sin embargo, en privado, Shaler iba a expresar muy pronto su alegría en carta a Monroe con fecha del 5 de octubre de 1812:

> La expedición voluntaria está creciendo, a partir de un comienzo verdaderamente insignificante, hasta convertirse en un torrente irresistible de barrera de las Provincias Internas a los agrietados restos del gobierno español, y abrirá México a la influencia política de Estados Unidos y al talento y sentido de la iniciativa de nuestros ciudadanos[28].

[27] R. W. Gronet, «The United States and the Invasion of Texas», *The Americas,* 25, enero de 1969, p. 281.

[28] *Idem,* p. 284, según cita.

El optimismo de Shaler estaba bien fundado al principio. El ejército republicano capturó rápidamente Nacogdoches, donde ni un solo civil respondió a la petición del comandante español Bernardino Montero para la creación de un cuerpo de voluntarios que ayudara a defender la ciudad, y lo que es peor, todos los soldados de Montero, menos diez, desertaron, obligando a Montero y a unos pocos fieles a retirarse a Béjar.

El ejército invasor, que constaría de unos 130 hombres, aumentó hasta 300 después de la caída de Nacogdoches. Tras esto, Gutiérrez y Magee penetraron provincia adentro a mediados de septiembre de 1812. Al enterarse de que La Bahía estaba mal defendida, los dos jefes cambiaron la dirección y fueron directamente allí, con lo que sus defensores también escaparon. El ejército republicano ocupó un enorme fuerte de piedra y capturó dos o tres cañones. Dos o tres días más tarde, un ejército real a las órdenes de Manuel de Salcedo y Simón Herrera llegó a La Bahía y comenzó un sitio que iba a durar cuatro meses. Sin embargo, los republicanos salían victoriosos de todos los combates.

A comienzos de febrero de 1813, Augustus Magee murió en circunstancias que siguen sin conocerse bien: según algunos, por tuberculosis; según otros, fue asesinado; y no falta quien diga que se suicidó. Entre tanto, durante el sitio, las fuerzas republicanas siguieron creciendo. Los voluntarios entraban en la ciudad sitiada procedentes de Nacogdoches, y desertores del ejército español también se les unían. Entre los indios de Texas había agentes que también consiguieron reclutar lipanos y tonkawas a la causa republicana.

El 19 de febrero de 1813, Salcedo y Herrera levantaron el infructuoso sitio y se retiraron hacia Béjar. Dos días más tarde, los republicanos marchaban sobre la capital. Como consecencia de la muerte de Magee, el mando militar pasó a manos de Samuel Kemper, de Virginia, con Reuben Ross como segundo. Para defender San Antonio, Herrera se situó junto al arroyo de Salado, a cosa de ocho millas al sudeste de la ciudad[29].

La batalla de Salado, conocida también por el nombre de batalla de Rosillo, fue una terrible derrota para las fuerzas de Herrera. Anglonorteamericanos, mexicanos y auxiliares indios derrotaron a las fuerzas rea-

[29] San Antonio había sido elevado de villa a ciudad por el comandante general Salcedo como recompensa por el papel de sus ciudadanos en el derrocamiento del régimen de Las Casas.

les en un choque que sólo duró veinte minutos. Herrera sufrió 330 bajas y 60 prisioneros, mientras los republicanos sólo tuvieron 6 muertos y 26 heridos.

La muerte del gobernador Salcedo

Poco después de la batalla de Salado, Salcedo y Herrera se rindieron en San Antonio. Una junta nombrada por Gutiérrez les halló a los dos, y a una docena de oficiales, culpables de actos de traición contra el movimiento de Hidalgo y ordenó su ejecución, pero los oficiales anglonorteamericanos se opusieron a tan duras sentencias. Gutiérrez aparentó darles la razón y se avino a encarcelar a los prisioneros lejos de Béjar. El 3 de abril, el capitán rebelde Antonio Delgado y sesenta soldados mexicanos se llevaron a San Antonio a los prisioneros atados y en el lugar de la batalla de Salado les hicieron desmontar, les humillaron y les mataron a cuchilladas, abriéndoles la garganta y abandonando allí sus cadáveres mutilados.

Cuando Delgado volvió a Béjar, sus observaciones jactanciosas y humorísticas sobre estos asesinatos repelieron a muchos voluntarios republicanos, sobre todo anglonorteamericanos, hasta el punto de inducirles a desertar. El espantoso incidente sirvió también para empeorar las ya malas relaciones entre los contingentes norteamericano y mexicano. El asesinato del gobernador Salcedo y su gente indujo también a los burócratas de Nueva España a llevar a cabo una vengativa reconquista de Texas. En 1813, el virrey Felix María Calleja creó la Comandancia General de las Provincias Internas Orientales y nombró comandante a Joaquín de Arredondo, ex gobernador de Nuevo Santander.

Emtre tanto, Texas seguía bajo el dominio teórico de Gutiérrez. El 6 de abril, don Bernardo declaró la provincia independiente de España, y el 17 del mismo mes de 1813, proclamó la primera constitución de Texas, con un gobierno centralizado más que propiamente republicano. Con ayuda de una junta, Gutiérrez gobernó efímeramente con el título de «Presidente Protector del Estado de Texas».

La batalla del río Medina

Sin embargo, ciertos elementos del ejército republicano no tardaron en echar a Gutiérrez del poder y enviarle al exilio. Los conspiradores pusieron en su lugar a José Álvarez de Toledo. Éste había tenido una carrera muy variada como oficial de la Marina española y delegado de Santo Domingo a las Cortes, pero era hombre de gran talento y energía. Su responsabilidad principal consistía en organizar y dirigir un ejército texano contra las fuerzas de Arredondo e Ignacio Elizondo, que llegaban de Laredo para acabar con la insurrección y devolver Texas al redil español.

Los dos ejércitos se encontraron en el río Medina el 18 de agosto de 1813. Aunque eran alrededor de 1.400, los insurgentes apenas formaban otra cosa que una jauría sin disciplina u organización. Las tropas de Arredondo y Elizondo no pasaban probablemente de 2.000 hombres, aunque el comandante general los calculaba en sólo 1.600. Al cabo de cuatro horas de batalla, las fuerzas reales dominaban el terreno. Arredondo y Elizondo consiguieron una victoria total, y sus oficiales contaron aproximadamente 1.000 cadáveres enemigos en el campo de batalla. Entre los muertos norteamericanos estaba el hijo del general James Wilkinson.

El 13 de septiembre de 1813, Arredondo redactó su informe oficial de la batalla para el virrey Calleja. En él decía que «las armas siempre victoriosas e invencibles de nuestro soberano, ayudadas por la fuerte mano del dios de la guerra», habían logrado una victoria completa y decisiva sobre la «baja y pérfida canalla mandada por ciertos viles asesinos ridículamente llamados generales». Sin embargo, hacia el final de su informe Arredondo contradecía sus juicios anteriores sobre el enemigo al decir de «sus tropas que estaban muy bien armadas y llenas de orgullo»..., y que eran «duchas en el arte de la táctica militar». Es posible que el comandante general no quisiera reducir el mérito de su victoria afirmando que el enemigo carecía por completo de pericia militar. Calificaba a los anglonorteamericanos de buenos soldados, pero atribuía esta cualidad a lecciones aprendidas de «soldados españoles traidores» que se habían entrenado en el ejército del rey[30].

[30] M. A. Hatcher, traductor, «Joaquín de Arrendo's Report on the Battle of the Medina, August 18, 1813», *Quarterly of the Texas State Historical Association,* 11, enero de 1908, pp. 220-227.

Después de la derrota de Arredondo, «la venganza del comandante general en Texas fue rápida y dura. El método que utilizó para restablecer la autoridad real fue la confiscación, la detención y la ejecución». El juicio de Félix D. Almaraz Jr. sobre la conducta de Arredondo ha sido compartido por otros historiadores fidedignos de Texas, que también acusan a don Joaquín de haber llevado a cabo su tarea tan concienzudamente «que la provincia quedó prácticamente despoblada, excepto en Béjar»[31]. Estas estimaciones de los actos del comandante general parecen fuera de toda duda. Su política draconiana sirvió también para corroer la fidelidad de los partidarios civiles del rey en Texas.

Después de la restauración de Fernando VII en el trono de España en 1814, creció en toda España, además de en Nueva España, la oposición a su persona y a su política reaccionaria. Y fue este fenómeno, más que la amenaza de la expansión norteamericana, o que las represalias del comandante general Arredondo, lo que acabó por poner fin a tres siglos de derechos españoles en México y en Texas.

Los últimos años de la Texas española

La situación en Texas siguió siendo tranquila durante los seis años siguientes, pero no próspera. Desde 1813 hasta 1817, cinco gobernadores en funciones siguieron al desdichado Manuel de Salcedo, hasta que, en 1817, Antonio Martínez comenzó su gobierno y resultó ser el último gobernador español de la provincia. Durante esos años siniestros, los funcionarios españoles de Texas se preocupaban mucho más por lo que ocurría fuera de la provincia —en la isla de Galveston, en el territorio de Arkansas, en Washington y en México— que por la situación interna de Texas[32].

En septiembre de 1816, José Manuel Herrera, un supuesto enviado mexicano a Estados Unidos, formó un gobierno en la isla de Galveston y la proclamó parte de la república mexicana. Herrera eligió luego a Louis Michel Aury, ex compañero del libertador sudamericano Simón

[31] Almaraz, *Tragic Cavalier,* p. 180, cita. Richardson, Wallace y Anderson, *Texas: The Lone Star State,* p. 53, cita.

[32] Para los nombres de los gobernadores interinos, véase Apéndice I.

Bolívar, como gobernador y jefe de Marina. También estaba en Galveston Henry Perry, uno de los oficiales norteamericanos de la invasión de Texas por Gutiérrez y Magee. A finales de noviembre, todos estos hombres se unieron con Francisco Javier Mina.

Mina, que era un patriota español, había luchado contra los franceses en la guerra de la independencia española hasta que fue capturado en 1810. Puesto en libertad en 1814, al ser restaurado Fernando VII en su trono, Mina no tardó en volverse contra el rey y su política reaccionaria. Decidido a hacerse revolucionario en la América española, don Francisco fue a Estados Unidos por Londres y Liverpool. En Baltimore conoció a José Álvarez de Toledo, el vencido jefe militar de la batalla del río Medina. Al enterarse de los planes de Mina de invadir México, Álvarez de Toledo se ofreció a frustrarlos o neutralizarlos, esperando reconciliarse así con el rey Fernando. Esto último lo consiguió, pero no logró impedir que Mina saliera camino de Galveston.

Con una escolta naval guiada por Aury, la expedición filibustera de Mina salió de Galveston el 7 de abril de 1817 y se dirigió a la costa de Nuevo Santander. Desde allí, Medina marchó tierra adentro con una fuerza de unos 250 hombres hasta la aldea de Soto la Marina. Poco tiempo después, Perry, que se había unido a Mina, desgajó cincuenta hombres del grueso de las fuerzas y marchó por la costa hacia La Bahía. Al llegar a la actual Goliad, el oficial norteamericano exigió su rendición, pero la guarnición española quedó a salvo gracias a la rápida reacción del gobernador Martínez, que aniquiló prácticamente a los restos dispersos del contingente de Perry, el cual, para evitar ser cogido y ejecutado, se suicidó.

Dos días antes de la muerte de Perry, el terrible Joaquín de Arredondo rompió las defensas de Mina en Soto la Marina. Mina tuvo que huir hacia el sur, donde se unió a los rebeldes mexicanos. Fue cogido el 27 de octubre de 1817 y fusilado el día 11 del mes siguiente.

Casi al mismo tiempo que la expedición de Mina, un contingente anglonorteamericano se acercaba a Texas desde el condado de Miller, en el territorio de Arkansas, zona muy vagamente definida que reivindicaba fronteras al lado sur del río Rojo. Esta infiltración auguraba serios problemas para la Texas española, ya que muchos de los que participaban en ella eran esclavistas ansiosos de tierra, y en 1816 anglonorteamericanos con esclavos se habían establecido en Pecan Point, al sur del río Rojo. Como observa Randolph B. Campbell,

> estos colonos tempranos no tenían ningún derecho a asentarse en Texas, y, desde luego, carecían por completo de permiso para tener esclavos allí, pero representaban el primer goteo de un torrente que las autoridades españolas y mexicanas no iban a poder contener[33].

A medida que los anglonorteamericanos comenzaban a penetrar hacia el sur del río Rojo, los exiliados franceses en Estados Unidos trataban también de afincarse junto al río de la Trinidad, en Le Champ d'Asile. Pero la negociación con ellos no era posible. Organizados en Filadelfia bajo la jefatura del general Charles Lallemand, y con el apoyo de José Bonaparte, también exiliado en Estados Unidos, estos franceses trataban de fundar una colonia en la costa de Texas, esperando, desde esa base, liberar Nueva España, asegurarse la ayuda del nuevo gobierno y sacar a Napoleón de su prisión de Santa Helena. A comienzos de 1818, los colonos acaudillados por el general Antoine Rigaud llegaron a la isla de Galveston, donde consiguieron de Jean Laffite barcos que les transportasen al río de la Trinidad. Los exiliados franceses hacían propaganda de la colonia describiéndola como un lugar idílico en que el cultivar olivares y viñedos, pero esto duró poco. La escasez de alimentos y las noticias de que soldados españoles iban de camino al río de la Trinidad, forzaron a los colonos del Champ d'Asile a volver a Galveston, lugar donde su proyecto se vino abajo.

Al año siguiente se firmó el tratado Transcontinental entre España y Estados Unidos, resolviéndose así la cuestión de a quién pertenecía Texas, que tenía ocupados a funcionarios y diplomáticos de ambos países desde 1803. El tratado —negociado por Luis de Onís, ministro español en Estados Unidos desde hacía largo tiempo, y el secretario de Estado norteamericano John Quincy Adams— definía la frontera occidental de Luisiana, en parte a lo largo de los ríos Sabine y Rojo, y ponía, por consiguiente, a la Florida española bajo la bandera norteamericana.

La firma de un tratado por el que Estados Unidos reconocía los de-

[33] Campbell, *Empire for Slavery*, pp. 12-13. El derecho de los anglonorteamericanos a asentarse legalmente en Texas sería otorgado a Moses Austin por el gobernador Antonio Martínez a finales de 1820. Incluso Arredondo, que siempre se había opuesto a la presencia de anglonorteamericanos, dio apoyo a esta decisión en 1821, «esperando que la mencionada provincia reciba importantes beneficios en agricultura, industria y arte gracias a los nuevos emigrantes», véase D. B. Gracy II, *Moses Austin: His Life*, San Antonio, 1987, pp. 200-207, según cita.

rechos españoles en Texas irritó a muchos norteamericanos, para quienes el tratado en cuestión equivalía a «renunciar a Texas» y era, por lo tanto, inaceptable. Una de estas personas era James Long, comerciante de Natchez, que tomó el asunto por su cuenta. Long organizó una expedición filibustera cuyo objetivo era expulsar de Texas a los pocos partidarios del rey que aún quedaban allí. Si tenía éxito, pensaba organizar un nuevo gobierno republicano y atraer a inmigrantes ofreciéndoles generosas concesiones de tierra. Con unos 300 seguidores, entre los que estaban John Sibley, Samuel Davenport y Bernardo Gutiérrez, Long ocupó Nacogdoches y estableció un gobierno civil el día 23 de junio de 1819. Para reforzar su posición, Long fue a Galveston a pedir ayuda a Jean Laffitte. No la consiguió, y durante su ausencia, fuerzas españolas a las órdenes del coronel Ignacio Pérez capturaron a algunos de sus hombres, expulsando a los demás al otro lado del río Sabine.

Sin dejarse arredrar por el fracaso de su primera expedición, Long asentó una nueva sede central en Point Bolivar, en la bahía de Galveston, donde se le unió su mujer, Jane, sobrina del general James Wilkinson. Desde Point Bolivar, Long llevó a su expedición hasta La Bahía en el otoño de 1821. Para entonces, ya México había conseguido la independencia, y Agustín Iturbide dominaba la capital. Forzado a rendirse a Ignacio Pérez, Long fue enviado a Ciudad de México, donde, cosa de seis meses más tarde, un soldado mexicano que hacía la ronda le disparó un tiro, matándole; es de suponer que accidentalmente. La muerte de Long supuso el fin de la era de filibusterismo temprano en Texas y México. Su mujer, por haber tenido una hija en Point Bolivar el 21 de diciembre de 1821, recibe con frecuencia el nombre de «Madre de Texas», lo cual es absurdo, y prueba de ignorancia de los acontecimientos que hemos reseñado en este libro.

En 1821, como consecuencia de la independencia de Nueva España, Texas pasó del dominio español al mexicano sin que sus habitantes protestaran apenas. Los siete años anteriores habían sido terriblemente destructores. Los partidarios del rey habían rechazado con éxito todas las invasiones militares, pero los defensores de Texas se habían convertido también en sus depredadores. En palabras de David J. Weber, «para 1821 ya tenía que ser difícil decidir quiénes habían hecho más daño a la provincia, si los rebeldes o los monárquicos». Y, según Antonio Martínez, el último gobernador de la Texas española, los soldados del rey «habían agotado los recursos del territorio, apoderándose de todo

cuanto podía servir para sostener la vida humana». La provincia, gobernada por don Antonio durante cuatro años, había avanzado, según él mismo confiesa, «con tremenda rapidez hacia la ruina y la destrucción». Con Nacogdoches «casi difunta», se puede aducir que Texas tenía en 1821 menos población que la que arrojaba (3.103) el primer censo de 1777[34]. Pero hay que ir más allá de las simples cifras, más allá de una población degradada y desmoralizada, que para 1821 había sufrido invasiones extranjeras y terribles represalias, si se quieren apreciar en su verdadero valor los legados duraderos de la Texas española.

[34] D. J. Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846; The American Southwest under Mexico,* Albuquerque, 1982, pp. 4, 10, citas. Weber calcula la población no india en 1821 en unas 2.500 personas.

XII

LOS LEGADOS DE LA TEXAS ESPAÑOLA

La independencia de México en 1821 y la inclusión de Texas en la nueva nación no significan el final de más de tres siglos de influencia hispánica. Antes de integrarse a Estados Unidos en 1846 como vigésimo octavo estado de la unión norteamericana, Texas pasó quince años gobernada por México, y tres como república independiente[1]. Teniendo en cuenta el pasado del estado y su larga frontera en común con México, con frecuencia resulta difícil separar el legado español del legado mexicano; esto se ve, sobre todo, en la cuestión del idioma español y del catolicismo, donde lo más lógico parece no insistir en establecer distinciones. Este capítulo, el último del libro, aquilata los aspectos duraderos e importantes del pasado hispánico, así como la mezcla de españoles con los pueblos indígenas, para sentar las bases étnicas de los texanos.

Los legados superficiales

En general, las influencias españolas en Texas parecen desproporcionadas si tenemos en cuenta el pequeño número de colonos hispánicos e hispanizados que había en 1821. El legado más evidente, aunque sea superficial, del período colonial es la toponimia española. Aproximadamente una secta parte (42) de los 254 condados tejanos tienen nombres españoles o derivaciones inglesas de éstos, como «Galveston»

[1] El presidente James K. Polk firmó la ley de admisión de Texas el 29 de diciembre de 1845, pero el gobierno del estado no entró en posesión de sus funciones hasta febrero de 1846.

y «Uvalde». Cientos de detalles fisiográficos, como Llano Estacado, Montes de Gudadalupe o Isla de Padre, sirven, posiblemente, a modo de recordatorio de los exploradores y conquistadores españoles que cruzaron partes de Texas mucho antes de que los ingleses se asentaran en la costa atlántica de Norteamérica. Todos los ríos importantes de Texas, excepción hecha del Rojo (Red), llevan nombre español o derivación inglesa de un nombre español[2]. Y luego tenemos el nombre del estado mismo. Gracias a los indios del este de Texas y a la influencia de unos pocos funcionarios españoles que, por una vez, insistieron en dar a la provincia un nombre sencillo en lugar de complicado, Tejas se convirtió en Texas a secas, y no en el Nuevo Reino de las Filipinas.

El legado literario

Pasando a una cuestión más seria, una de las aportaciones más importantes de España a Texas es el legado de su literatura, así como también una sorprendente tendencia burocrática a conservar documentación y testimonios históricos. La historia moderna temprana de Texas depende casi en su totalidad de mapas, diarios, itinerarios, cuentas, documentos y cartas que son obra de los exploradores y adelantados hispánicos. Un esbozo de mapa de la costa superior del Golfo, dibujado durante el viaje de Alonso Álvarez de Pineda, o sea, en 1519, es el documnto más antiguo que se conoce de la historia de Texas.

Las primeras descripciones de Texas datan de finales de los años treinta del siglo XVI. Poco después del verano de 1536, cuando los cuatro andrajosos náufragos llegaron a Ciudad de México, Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes y Alonso Castillo redactaron un memorial de sus experiencias en el norte del país, incluyendo el norte de Texas. Este texto, conocido por el nombre de *Informe Conjunto*, contiene los recuerdos colectivos de los tres supervivientes españoles de la expedición de Pánfilo de Narváez. Por su parte, Cabeza de Vaca anotó sus propios recuerdos en el transcurso de los dos o tres años siguientes a su larga aventura. Su obra, conocida por el nombre de *Los Naufragios,* se publicó por primera vez en 1542[3].

[2] El nombre del río Sabine es forma inglesa de «Sabina», en el sentido de ciprés o junípero.

[3] Una edición ulterior de los *Naufragios* se publicó en 1555 con sólo unos pocos

Estos dos textos, escritos de memoria más bien que basados en notas tomadas sobre la marcha, constituyen la más temprana literatura de Texas. El libro de Cabeza de Vaca, ante todo, es una fuente primaria sobre los indios karankawas y coahuiltecas, porque don Álvar vivió entre ellos y sobrevivió para escribirlo. Ningún otro español consiguió hacer esto. Aportando atisbos sobre la vida cotidiana de los indios karankawas, Cabeza de Vaca muestra que amaban a sus hijos más que ningún otro pueblo del mundo, y que el luto por la muerte de un niño duraba, día tras día, durante todo un año.

Sus descripciones de los indios mariames y avarares, con los que vivió durante cosa de 18 y 8 meses respectivamente, hacen de estos pueblos los indios mejor descritos del sur de Texas, y son interesantes sobre todo por lo que dicen de sus tradiciones culturales. Por ejemplo, ambos pueblos daban tremenda importancia a los sueños, hasta el punto de matar a hijos varones muy queridos.

El papel del varón y la hembra en esas sociedades primitivas se explica con toda claridad, así como el estado lamentable en que se encontraban los viejos. De sus experiencias entre los indios avavares, don Álvar recuerda el temor que les inspiraban los demonios, sobre todo un hombrecillo maligno llamado «Cosa Mala», que había aterrorizado a aquellos indios en el pasado cortándoles los brazos y arrancándoles partes de sus entrañas. Y Cabeza de Vaca atestigua la homosexualidad masculina entre los indios del sur de Texas, costumbre, a su modo de ver, repulsiva, que permite que «un hombre se case con otro». Tanto él como otros españoles llamaban «bardajes» a los indios que mostraban esta tendencia. Gracias a las observaciones que contiene el libro de *Los Naufragios*, se ha podido conservar información etnográfica de importancia capita.

En el libro de Cabeza de Vaca y en el *Informe Conjunto* hay también observaciones y experiencias de tres españoles y un negro sobre la Texas primitiva y sus formaciones geológicas, su flora y su fauna. La cuidadosa lectura e interpretación de ambas fuentes es muy útil para reconstruir la probable ruta de los náufragos a través del paisaje texano. Ninguna otra provincia española situada actualmente dentro de los límí-

cambios. Sobre la mejor traducción al inglés del *Informe Conjunto*, véase B. C. Hedrick y C. L. Riley, *The Journey of the Vaca Party; The Account of the Narváez Expedition, 1528-1536, as Related by Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés,* Carbondale, 1974.

tes de Estados Unidos ha sido descrita desde tan temprano y con tanto detalle.

Las expediciones de Francisco Vázquez de Coronado y Hernando de Soto, cuidadosamente planeadas, disponían de cronistas y diaristas que nos han dejado información geográfica y etnográfica temprana sobre el Asa de Texas y el este de Texas. Ambas regiones no fueron conocidas por los europeos hasta comienzos de los años cuarenta del siglo XVI.

Pedro Castañeda acompañó a Coronado en su marcha hacia el norte, y unos diez años después de que don Francisco volviera a México, escribió una relación de la expedición que es clásica y que aporta información esencial sobre los primeros contactos europeos con los indios apaches, así como también sobre aventuras y experiencias de las Llanuras Altas. Pero lo que más impresionó a don Pedro fue el paisaje. Por ejemplo, dice que se podían recorrer hasta sesenta millas sin ver «otra cosa que vacas y cielo». Ni siquiera las huellas de los caballos le servían de puntos de referencia, porque como él mismo dice, «la hierba se volvía a enderezar en cuanto la pisaban». El cielo turbó sobre todo a Castañeda, porque le parecía una pequeña bóveda caída sobre la tierra, con el horizonte a poca distancia. Y si uno se perdía a mediodía buscando caza, lo que les ocurrió algunas veces a los hombres de Coronado, lo mejor era quedarse quieto en su sitio. Hasta el anochecer, el sol no brindaba orientación. Estarse quieto en un sitio exigía mucha disciplina, de la que no todo el mundo era capaz, porque como dice Castañeda, «había que tener práctica para ello, y a los que no la tenían no les quedaba otro recurso que confiar en otros»[4]. También aquí tenemos una observación de primera mano que da vida y color a la historia temprana de Texas.

Rodrigo Ranjel y un soldado conocido por el nombre de El Caballero de Elvas, hicieron de cronistas de la expedición de Soto. Sus relatos contienen la primera información existente sobre los indios caddos. En octubre de 1541, mientras el ejército de Soto se encontraba en la actual Arkansas del sur, tuvo lugar un choque con indígenas de una provincia conocida por el nombre de Tula. Ranjel dice de esos indios que iban armados con grandes y largas pértigas, semejantes a lanzas, con las puntas endurecidas a fuego, y que eran los mejores luchadores que ha-

[4] G. P. Winship, traductor, *The Journey of Coronado, 1540-1542,* Nueva York, 1922, pp. 67, 74.

bían encontrado hasta entonces los españoles. La relación entre estos indígenas y los indios caddos quedó confirmada en el verano siguiente por los hombres de Luis de Moscoso, que observaron en el este de Texas la semejanza de indios de los que se sabía que eran caddos con la gente de Tula[5]. Después de estos encuentros, los españoles pasaron cosa de 150 años sin tener más contactos con los indios caddos.

A finales de los años ochenta del siglo XVII, los españoles volvieron a entrar en el este de Texas en busca de la colonia de La Salle. Alonso de León fue anotando los incidentes de su viaje en 1689, y luego, de nuevo, en 1690. Como consecuencia de la fundación en 1690, de San Francisco de los Tejas, y hasta su abandono, en 1693, y también después de la reocupación de Texas, en 1716, llegaron a Ciudad de México informes de misioneros: los padres Francisco Casañas de Jesús María, Isidro Félix de Espinosa, Francisco Hidalgo, Antonio Margil de Jesús y Damián Massanet enviaron descripciones de primera mano de los indios tejas.

Los frailes franciscanos que trabajaban en las misiones de Texas, como los que estaban destacados en otros puntos de Nueva España, han dejado un corpus de información que es verdaderamente notable. Los mejores de ellos consideraban necesario aprender lo más posible sobre los indios que estaban a su cargo con el fin de facilitar su conversión al cristianismo, de la misma manera que el médico ha de diagnosticar en primer lugar la condición del paciente y administrarle luego el tratamiento. En esta idea, los frailes de Texas encontraron tiempo para hacerse buenos geógrafos, etnólogos, botánicos e historiadores, además de servidores de su fe.

Posiblemente sea el ejemplo del padre Espinosa el que mejor muestra las aportaciones literarias del clero no secular que trabajó en Texas. Espinosa era hombre de gran experiencia, y había participado en las expediciones de Domingo Ramón en 1716, de Martín de Alarcón en 1718, y del marqués de Aguayo en 1721. Ayudó personalmente a construir iglesias y casas, y también participó en la fundación de varias misiones. Este franciscano de talento ha sido llamado «el Julio César de la fe, porque trabajaba todo el día y escribía toda la noche»[6].

[5] Swanton, *Source Material*, pp. 30-31, según cita; Luis Hernández de Biedma y Garcilaso de la Vega fueron también cronistas de esta expedición.

[6] J. H. Jenkins, *Basic Texas Books: an Annotated Bibliography of Selected Works for a Research Library,* edición revisada, Austin, 1983, p. 157, según cita.

Los escritos de Espinosa son los más impresionantes. Hay en ellos una biografía de su amigo y colega, Antonio Margil de Jesús, el venerable franciscano conocido como «el apóstol de Texas», cuyo proceso de canonización sigue abierto en el Vaticano. Una segunda obra de importancia es la *Crónica Apostólica,* que cuenta la historia de referencia de los dos colegios de Propaganda Fidei de los franciscanos de Nueva España, considerada, en general, como la mejor exposición de la obra misionera en las provincias norteñas de Nueva España, e inapreciable como fuente de la historia de las misiones tempranas de Texas[7].

Aparte de la de Espinosa, la mejor historia de Texas de ese tiempo es obra de otro franciscano, Juan Agustín Morfi, que fue a las Provincias Internas como capellán al servicio de Teodoro de Croix. Su obra, compuesta en 1778, después de su regreso a México, tenía por objeto «demostrar, presentando los hechos, el carácter abnegado de los misioneros». Sin embargo, el historiador franciscano resulta mucho menos caritativo para con los funcionarios civiles y los soldados de Texas, a los que acusa de suma incompetencia y degeneración moral. Pero, dejando aparte su evidente parcialidad, la *Historia de Texas, 1673-1779,* del padre Morfi, aporta «inapreciables atisbos de la vida de las misiones, las aldeas, y los presidios, además de las tribus indias». Gracias a la traducción de Carlos E. Castañeda de la historia de Texas de Morfi, que contiene excelente información sobre el siglo XVIII, esa obra se puede leer en inglés[8].

El legado de materiales de archivo

Para los que saben el castellano y entienden de paleografía, la cantidad de material manuscrito que hay sobre la Texas colonial puede ser realmente abrumador. Sería ingenuo pensar que los españoles apreciaban de tal manera la historia que prácticamente todo lo que se decía en la Secretaría Real y el Consejo de Indias, o en la más baja covachuela gubernamental o eclesiástica, quedaba registrado y conservado. Pero los funcionarios españoles eran burócratas sumamente cautos, que se guardaban las espaldas «empapelando» sus decisiones y acciones más menu-

[7] *Idem,* pp. 156-157, según cita.
[8] *Idem,* p. 387.

das y aparentemente insignificantes. Para el investigador de la Texas española, el Archivo General de Indias de Sevilla, y el Archivo General de la Nación de Ciudad de México, así como también los archivos de Béjar, en Austin, por no mencionar más que los más ricos, están literalmente agobiados por el paso del papel que contienen. Hay en ellos miles de cartas, informes, procesos, inventarios y memoriales. Poca gente que no sea especialista se da cuenta de la medida en que esos materiales nos aportan información esencial sobre la Texas española.

Los eruditos, estudiando esa documentación, han explorado muchos persistentes elementos hispánicos de la historia de Texas. Uno de los primeros de éstos fue la introducción de ganado europeo. Las expediciones españolas de los años ochenta del siglo XVII llevaban consigo ganado vivo para alimentarse, así como también caballos y mulas para el transporte. Algunos de estos animales se extraviaron o fueron abandonados cuando los españoles abandonaron Texas en 1693. Más de veinte años después, cuando pasó por el este de Texas, Saint Denis pudo observar que los indios de Texas disponían de gran número de caballos y ganado semisalvaje, del que cuidaban de manera algo laxa.

El legado de la agricultura y los ranchos

Los ranchos no comenzaron de forma sistemática hasta los años veinte del siglo XVIII en San Antonio. El marqués de San Miguel de Aguayo fue el primero en llevar gran número de caballos, mulas, ganado, ovejas y cabras a esa provincia. Después de sus esfuerzos, coronados por el éxito, por recuperar el este de Texas de manos de los franceses en 1721-1722, las dos misiones de San Antonio contaron con el apoyo de su presidio reforzado y una población civil creciente. Los habitantes de Béjar necesitaban carne de vaca, y los misioneros de Valero y San José, que tenían tierra y ejercían dominio sobre la mano de obra india, comenzaron a dedicarse a la cría de ganado.

Para los años treinta del siglo XVIII, ya había cinco misiones en San Antonio con ranchos en grandes concesiones gubernamentales de tierra cuyos límites no estaban muy claramente definidos. También los soldados del presidio, los vaqueros locales y los isleños canarios atendían a la cría de ganado. Como consecuencia de la actividad ganadera de las misiones se crearon ranchos particulares, pero no se conoce bien la fecha

de su introducción en la provincia. Aun cuando los ranchos, tanto particulares como de otro tipo, fueron creciendo luego en torno a las misiones y a los asentamientos del este de Texas, su núcleo ha de buscarse en la amplia zona que se extiende entre San Antonio y la actual Goliad.

Hasta la llegada de los anglonorteamericanos, a comienzos del siglo XIX, los ranchos eran exclusivamente españoles. Buena parte de la terminología que se usa actualmente en ganadería, como *cinch* (cincho o cincha), *rodeo, remuda, chaps* (mozos), *lasso* (lazo) y *corral,* es española o se deriva de palabras españolas. La cuestión de si los ranchos de Texas, en su desarrollo decimonónico, fueron más influidos por tradiciones inglesas o hispánicas, es cuestión que se ha debatido recientemente entre los historiadores. Por ejemplo, Terry G. Jordan atribuye a los ingleses la introducción de tres conceptos nuevos: el uso de látigos y perros, la sal para el ganado y la quemazón de los pastos. Jordan mantiene también que las costumbres inglesas no se vieron muy influidas por las tradiciones hispanoamericanas. Por otra parte, Jack Jackson aduce que la actitud española fue la dominante, porque ya se había adaptado a la tierra y al clima. Lo que parece cierto es que los ranchos, en sus diversas fases, son resultado de ambas tradiciones. También es cierto que la introducción de la ganadería y la agricultura españolas tuvieron un impacto duradero en la tierra de Texas.

Caballlos, mulas y ovejas sometieron a la hierba de Texas a un proceso de pasto concentrado. Como consecuencia, el mesquite, que era indígena de la costa inferior de Texas, comenzó a extenderse por el interior. La hierba alta y gruesa había impedido tradicionalmente la germinación de las bayas de mesquite en las praderas del interior. Los indios prehispánicos quemaban de vez en cuando pequeñas extensiones de pradera para la caza, pero el ganado domesticado tuvo una influencia más general. La vegetación originaria cedió el terreno a hierbas más bajas, y, una vez cercados los pastos, los postes de madera hicieron imposible la costumbre inglesa de quemar la pradera, pero las llanuras tupidamente herbosas y cercadas facilitaron el avance tierra adentro del mesquite.

El crecimiento de la agricultura en la Texas española sirvió también para cambiar el paisaje de manera permanente. Aparte de los indios caddos, que eran consumados agricultores, la labranza era rara entre los indios tejas prehispánicos. Como la ranchería, la agricultura sistemática comenzó en la comarca de San Antonio. Entre 1718 y 1731, los primeros colonos civiles de Béjar habían comenzado ya a labrar la tierra, pero los

primeros que hicieron de la siembra su principal modo de vida fueron los isleños canarios.

Como campesinos y pescadores que eran, los primeros canarios gustaban sobre todo de cultivar la tierra. Sus esfuerzos se vieron facilitados muy pronto por la creación de un canal de regadío con el que regar sus campos de trigo, alubias, avena, algodón, ají y legumbres. Aunque tuvieron éxito como agricultores, los isleños tenían frecuentes diferencias con los bejareños veteranos. Sin embargo, esas discrepancias no fueron nada en comparación con sus pendencias con los misioneros en los años treinta del siglo XVIII.

El legado de las misiones y los presidios

Por entonces, las misiones franciscanas no habían llegado todavía a su mejor momento, pero, con los presidios, representaban uno de los ingredientes más importantes de la presencia española en Texas. Desde la fundación de la primera misión, en 1682, hasta la última, en 1793, hubo en total casi cuarenta fundaciones distintas en Texas. Las diferentes misiones de Texas duraron de menos de un año a más de cien, según los casos, pero raras veces hubo más de una docena en funcionamiento al mismo tiempo. Se extendían desde El Paso hasta Robeline, en Luisiana, desde Menara hasta Goliad. En los tiempos coloniales, las misiones avanzadas de El Paso y La Junta de los Ríos eran administradas, respectivamente, por las provincias de Nuevo México y Nueva Vizcaya. Sólo cuando una inundación en 1829 cambió el curso del río Grande, fue necesario situar las cuatro misiones de El Paso dentro de los confines de la actual Texas.

Colectivamente, las misiones de la Texas española son monumentos de un impulso a la vez idealista y práctico. En tanto que instituciones fronterizas, tenían por objeto servir los intereses dobles de la Iglesia y el Estado. Su función más evidente consistía en salvar las almas de los indios, pero también eran útiles para los asentamientos civiles y los presidios al extender y fijar la frontera.

La colonización civil de San Antonio comenzó en 1718, aunque la primera villa «oficial», San Fernando de Béjar, no nació hasta 1731. Los asentamientos urbanos privilegiados compartían de manera importante con las misiones y los presidios el objetivo común de asegurar la tierra

contra los disturbios internos y la infiltración extranjera. Si entendemos los asentamientos civiles en un sentido amplio, puede haber habido hasta ocho dentro de las fronteras del actual estado de Texas, cuatro de ellos todavía viables. San Antonio, el municipio más antiguo de Texas, ha crecido en extensión y población hasta llegar a ser una de las diez principales ciudades de Estados Unidos. Al mismo tiempo que San Antonio, se fundó el presidio de San Antonio de Béjar, que aportaba seguridad esencial a esta comunidad fronteriza.

Anterior en dos años a San Antonio de Béjar, Nuestra Señora de los Dolores, el primer presidio tejano, fue fundado en 1716 entre las tres misiones del este de Texas. En total, Texas tuvo menos de una docena de estos fuertes, y nunca más de cinco en funcionamiento al mismo tiempo. El presidio restaurado de La Bahía, en Goliad, conmemora los puestos avanzados militares españoles de Texas.

El presidio y el papel de los soldados de guarnición de las tierras del interior de Nueva España han sido menospreciados, desde el punto de vista histórico, por Herbert E. Bolton y sus seguidores académicos, que realzaban la actividad del clero misionero y el noble objetivo de ganar conversos a la fe. Sin embargo, en estas últimas décadas ha habido importantes obras de Sidney B. Brinckerhoff, Odie B. Faulk y Max Moorhead, suplementadas en los años ochenta de este siglo por las publicaciones de Thomas H. Naylor y Charles W. Polzer, aportan un equilibrio esencial a la plétora de publicaciones sobre las misiones y el clero misionero. Además, durante los treinta últimos años de la existencia de la provincia como posesión española, se trató de dar con una solución esencialmente militar a los problemas entonces vigentes.

Las misiones franciscanas de tiempos coloniales anteriores, como también los frailes que trabajan en ellas, se han ganado una mezcla de crítica y elogio. Se aduce de vez en cuando que los frailes no preparaban debidamente a sus neófitos para vivir en el «mundo real». En una palabra, cuando comenzó la secularización, en los años noventa del siglo XVIII, los indios de las misiones no estaban en situación de vivir como ciudadanos y contribuyentes independientes. Es posible que esta observación tenga cierta base, Sin embargo, los indios, si exceptuamos a los que se casaron o se mezclaron con gente hispanizada, estaban casi totalmente condenados a desaparecer. Si se acepta como inevitable el que los europeos dominasen Texas, cosa que parece indudable, dada su superioridad numérica y tecnológica, el corolario evidente es que los in-

dios —por nobles o dignos de elogio que fuesen— no podían seguir viviendo a su manera tradicional. Sostener lo contrario es negar la «inexorabilidad del cambio». A la larga, las opciones de los pueblos indígenas eran: adaptarse o desaparecer.

Cierto es que las misiones de Texas no eran perfectas. Por causa de las enfermedades infecciosas, la vida en ellas era frecuentemente peligrosa, pero, a pesar de todo, aportaban un ambiente mucho más humano que ninguna otra institución española. Si las comparamos con las encomiendas, que causaron terribles estragos en el Caribe y el centro de México, las misiones franciscanas de la frontera ofrecían una vida realmente muy benigna. Los frailes enseñaban elementos de religión y valores europeos en un ambiente de disciplina y trabajo duro. Este trámite hacía que los neófitos fuesen más aceptables a ojos de los españoles y de los mestizos, y constituía el camino más seguro hacia la supervivencia y la asimilación. Como observa Mardith K. Schuetz, los objetivos de las misiones consistían en «convertir a un pueblo rústico y pagano en ciudadanos cristianizados de la corona española con los mismos derechos y privilegios que los súbditos españoles». Aunque los coahuiltecas indígenas acabaran siendo absorbidos por la cultura dominante, como ocurrió a fin de cuentas, no es justo condenar a las misiones «por haber hecho su trabajo tan a conciencia»[9]. Los argumentos de Schuetz son un recio correctivo para los que acusan de fracaso a las misiones de la Texas española.

El legado de las fronteras a la sociedad

Afortunadamente, también las relaciones sociales y raciales existentes en las provincias fronterizas eran menos rígidas que en el corazón de Nueva España. Para los años sesenta del siglo XVIII eran ya muy frecuentes los matrimonios entre isleños y personas de origen mixto, aunque sin que estuvieran del todo ausentes las consideraciones de tipo racial. Los registros matrimoniales y raciales aluden con frecuencia a los vínculos de los individuos con las familias isleñas originarias. Los que se calificaban de *españoles* en los censos de los años ochenta de ese siglo no

[9] M. K. Schuetz, *The Indians of San Antonio Missions*, Tesis doctoral, Universidad de Texas, Austin, 1980, p. 5.

solían ser de pura sangre; «esa palabra servía, más bien, a modo de etiqueta general indicativa de cierto acomodo económico, cierta categoría social y profesional y cierto grado de asimilación, así como también de las actitudes de los encargados del censo». Los indios no asimilados estaban en el fondo de la escala social, con algunos esclavos negros por debajo de ellos. Sin embargo, muchos de ellos ya no se resistían al contacto con los hispánicos.

En San Antonio, como ha mostrado Elizabeth A. H. John, «las comunidades india y española progresaban hacia una coexistencia pacífica por el sistema de la prueba y el error». John nos muestra Béjar en los años ochenta y noventa del siglo XVIII como un lugar de contacto entre españoles y aliados indios, «que se juntaban para comerciar y hablar y alimentar vínculos de fraternidad». Pero también dice que la mayor parte de esos acuerdos, «tan duramente conseguidos, se disolvieron al final del siglo porque la España decadente ya no podía mantener sus compromisos en la remota frontera del norte»[10].

Para 1821, la mayor parte de unos 3.000 colonos no indígenas de la Texas española eran mestizos. Jack Jackson ha demostrado que las diferencias de casta continuaron entre la población mexicana con el uso de palabras como *español, indio, negro, mestizo, mulato, coyote, lobo* y *zambo*. También observa que muchos anglonorteamericanos tendían a hacer caso omiso de tan sutiles distingos, juntando a todos los hispanoparlantes en un solo y «despreciable» grupo racial.

Dejando aparte las consideraciones sociales, podemos preguntarnos en qué medida se mantuvo en la Texas de después de 1821 la jurisprudencia hispánica y cuál era el *status* legal de los hombres y mujeres que vivían en la provincia. Teniendo en cuenta el desdén con que muchos anglotexanos consideraban a hispanos y mexicanos en el siglo XIX, podría parecer sorprendente el que sobrevivieran tantas normas legales españolas hasta llegar a constituir parte del *corpus* legal del estado. Esas influencias, como observa Joseph W. McKnight, pertenecen a tres amplias categorías: regulaciones de procedimiento judicial, leyes de la tierra y derecho familiar.

[10] John, *Storms*, XIII.

El legado del derecho español

El procedimiento judicial

Los abogados anglotexanos del siglo XIX se daban cuenta, evidentemente, de la diferencia existente entre el derecho hispanomexicano y el derecho anglonorteamericano. Este último sistema, que era más familiar para esos abogados, requería de ordinario dos tipos de tribunales: los llamados tribunales de justicia y los tribunales de equidad. En el segundo tipo había ciertos remedios específicos de actuación y embargo que no se encontraban en el primero. El sistema castellano de tribunales civiles, que era unitario, existía de hecho en Texas, en vista de lo cual los anglotexanos se mostraban favorables a un solo «tribunal en el que se examinen todos los problemas simultáneamente», y lo conservaron en 1840. En consecuencia, la república de Texas fue el primer país angloparlante «que adoptó un sistema permanente y plenamente unitario de administración judicial»[11].

El derecho español disponía también en el área del procedimiento judicial que los procesos tuviesen lugar donde fuese más oportuno para el acusado, y en esto difería del derecho inglés, que estipulaba que todos los procesos habían de tener lugar en el sitio donde hubiese ocurrido el suceso que era causa del litigio. La motivación del procedimiento anglonorteamericano era el sistema del jurado y se basaba en la idea de que los miembros del jurado, siendo todos del mismo lugar, deberían estar en posesión de los datos del litigio y conocer bien la reputación de los querellantes. Pero los tribunales castellanos prescindían del jurado, y, por consiguiente, el lugar del proceso lo decidía la conveniencia del acusado. También en esto, según el precedente hispánico, la norma básica del derecho texano es que «al acusado se le debe procesar allá donde vive por *su* propia comodidad». Y si el acusado es hallado culpable, también el querellante sale beneficiado, porque la propiedad de aquél, con la que satisfará su entuerto, está sin duda situada cerca de su lugar de residencia[12].

[11] J. W. McKinght, «The Spanish Influence on the Texas Law of Civil Procedure», *Texas Law Review,* 38, noviembre de 1959, pp. 31-34.

[12] J. W. McKnight, *The Spanish Elements in Modern Texas Law,* Dallas, 1979, pp. 3-4. McKnight observa que a lo largo de los años han ido acumulándose excepciones hasta que la norma básica queda con frecuencia obscurecida.

El derecho español prevaleció igualmente en los procedimientos judiciales referidos a testamentos. Según el derecho anglonorteamericano, el albacea debe conseguir una orden judicial para llevar a cabo cualquier acto no autorizado de manera específica en el testamento. En Texas basta con nombrar un «albacea independiente». Sirviéndose de esta fórmula, «el testatario da a su representante póstumo la autoridad de hacer sin orden judicial lo que cualquier albacea corriente podría hacer con ella». Depositar la confianza en un albacea flexibiliza mucho la administración de bienes y ahorra tiempo y gastos judiciales. Hace años este procediiento judicial español fue adoptado también por Arizona y Washington, que lo tomaron de Texas, y luego Idaho lo tomó de Washington. El Código Unificado de Testamentaría (Unified Probate Code), que ha sido adoptado por otros diez estados de la Unión Norteamericana, resulta ser, bajo la influencia de esta experiencia jurídica, «una importante transmisión del legado español de Texas a otros estados norteamericanos»[13].

Agua y tierra

En cuestiones relacionadas con la tierra y el agua, los títulos de propiedad hispánicos de la tierra persistieron en Texas con una importante aportación del derecho internacional. Una norma básica del derecho internacional afirma que, cuando cambia el soberano, la propiedad privada no debe sufrir modificación alguna a menos que el nuevo gobierno introduzca algún cambio específico. Dicho de otra forma, la gente que posee tierra conserva esa propiedad a menos que haya un acto en contrario, y las tierras pertenecientes al soberano muerto pasan a su sucesor. Cuando Texas consiguió la independencia, grandes extensiones de terreno pretenecientes a México pasaron a ser propiedad de la nueva república. Las concesiones de tierra hechas bajo la autoridad española y mexicana mantuvieron su vigencia, y, como consecuencia de esto, alrededor de una séptima parte de toda la tierra en propiedad privada del estado de Texas se basa en títulos otorgados por soberanos españoles o funcionarios mexicanos[14].

[13] McKnight, «Spanish Influence», pp. 46-48; McKnight, *Spanish Elements,* pp. 4-5, citas.

[14] B. E. Dobkins, *The Spanish Element in Texas Water Law,* Austin, 1959, IX. Dob-

Las normas referentes al agua son algo más complejas por ser una mezcla de leyes posteriores a 1840 adoptadas por la república y otras leyes que datan de los períodos hispano y mexicano. En esencia, las leyes relativas a la orilla del mar difieren de las referentes a las de los ríos. Tanto el sistema español como el inglés reservan al soberano las orillas del mar cuya marea sube y baja. Sin embargo, en la práctica, el derecho español fija la línea divisoria a cierta distancia de la orilla, y donde el terreno es muy llano, como ocurre en la costa del Golfo, las leyes anteriores a 1840 reservan al propietario de la tierra seca «una proporción menor de la orilla... que la de su vecino cuyos títulos se remontan a antes de 1840»[15].

Lo mismo ocurre con títulos otorgados a lo largo de ríos navegables y arroyos perennes. El derecho español especificaba que el soberano era el propietario de los cauces de estas vías fluviales. Los títulos de propiedad individuales de los períodos hispano y mexicano se referían sólo a los bordes de esas vías. Sin embargo, los posteriores a 1840 permitían la propiedad de tierras contiguas a ríos navegables hasta una línea fijada a lo largo del centro del canal. De la misma manera, los títulos de propiedad de tierra situada a lo largo de ríos y arroyos imponían más restricciones en la cuestión de la utilización de aguas ribereñas que los títulos posteriores a 1840. Según los primeros, ese agua sólo se podía utilizar para consumo doméstico y cuidado del ganado. O sea, que no se permitía la irrigación a menos que ese derecho estuviese incluido de manera específica en el título de propiedad.

Como ejemplo de la continuidad en la aplicación del derecho español en la Texas contemporánea, podemos mostrar el caso de la construcción del dique de Falcón (Falcon Dam) en el río Grande a finales de los años cincuenta de este siglo, el cual planteó la cuestión legal de compensar a los terratenientes cuyas tierras estuviesen río abajo, porque la captación de agua del dique reducía el volumen de agua que fluiría por

kins sostiene que 26.280.000 de los 170.000.000 de acres de que consta Texas tienen su origen en concesiones territoriales hechas por la Corona de España o por el gobierno de México.

[15] W. G. Winters, Jr., «The Shoreline for Spanish and Mexican Grants in Texas», *Texas Law Review*, 38, mayo de 1960, pp. 525-529, 537; McKnight, *Spanish Elements*, p. 5, cita. El derecho español se sirve del promedio de la marea más alta para fijar el límite de la propiedad del soberano, mientras el derecho inglés se limita al promedio de marea alta.

sus propiedades ribereñas. Se decidió que «como el soberano español no había especificado ese derecho, el estado de Texas, como heredero de los derechos de España, no había quitado nada a nadie, y no tenía, en consecuencia, por qué compensar a nadie por la captación de agua como resultado de la construcción del dique»[16].

Derecho familiar

El derecho familiar en Texas está muy empapado de elementos españoles. Decide los derechos de propiedad de los cónyuges y también la adopción de niños, y afecta en algún momento de su vida a casi todos los residentes del estado. El principio básico del derecho español es que cuando una pareja contrae matrimonio de buena fe, muchas de las consecuencias legales siguen siendo las mismas que en el caso de un matrimonio legal aun cuando, más tarde, resulte que esa unión no es válida. En resumen, los hijos de matrimonios que luego se consideran no válidos siguen siendo legítimos, y perciben una parte razonable de la división de los beneficios del matrimonio en cuestión, exactamente igual que si la unión siguiera siendo válida. La legitimidad de los niños en casos como éste se codificó en 1841 y sigue vigente desde entonces.

En el derecho inglés no se conocía el concepto de adopción. No sólo era ajeno a él en tanto que principio general, sino que ni siquiera se intentó incluirlo legalmente en casos individuales. Con la llegada a Texas del derecho anglonorteamericano, el procedimiento legal de la adopción terminó en 1840. Sin embargo, diez años más tarde, después de que las asambleas legislativas de la república y el estado recibieran numerosas solicitudes a favor de la introducción del concepto de adopción en casos concretos, se volvió a dar vigencia al principio español. Si exceptuamos el caso de Mississippi, «Texas fue el primer estado anglonorteamericano que instituyó la adopción de manera general y permanente»[17].

El estatuto de adopción en Texas, como observa McKnight, tenía «un tono muy español». Esto significaba que el hijo adoptivo se convertía también en heredero del padre adoptivo. O sea, el hijo adoptivo adquiría los mismos derechos que los hijos biológicos del mismo padre. De la misma manera, y también según el derecho español, los hijos adopti-

[16] McKnight, *Spanish Elements,* p. 6.
[17] *Idem,* p. 7.

vos pueden reclamar la herencia de sus padres biológicos, a menos que haya una orden del tribunal de adopción que anule específicamente este derecho.

En el terreno del derecho familiar, el principio de la propiedad común es muy importante en Texas. Este concepto familiar, derivado del precedente hispánico y de la experiencia fronteriza, se aplica al estado matrimonial, en el que marido y mujer comparten en términos de igualdad los beneficios obtenidos como consecuencia de esa unión. El derecho español era muy sensible a los peligros y las realidades de estos territorios avanzados. Ambos conyúges compartían por igual la dura vida de esas provincias remotas, con su peligro casi constante de ataques indios y, en justicia, el derecho español legislaba que marido y mujer debieran compartir también por igual sus beneficios.

Los puntos de vista del derecho español sobre los derechos de propiedad de las mujeres casadas contrastaban con los del derecho anglonorteamericano aceptado generalmente en las partes angloparlantes de Estados Unidos. «La norma norteamericana dominante estaba tomada de Inglaterra, y era que, durante el matrimonio, marido y mujer eran una sola persona, y, en acertadas palabras de Blackstone, *el marido era una sola persona*». Por ejemplo, en la Norteamérica inglesa, los beneficios postnupciales de la esposa, incluso de tierras de su exclusiva propiedad, pertenecían al marido, mientras que, a la muerte de éste, la esposa sólo tenía derecho a un interés vitalicio sobre un tercio de las tierras del marido difunto.

Las patentes desigualdades del derecho anglonorteamericano en lo referente a las mujeres casadas han sido reconocidas y modificadas en muchos estados norteamericanos, pero Texas, después de Luisiana, fue el primero en hacerlo. En 1840, cuando se adoptó en términos generales el derecho anglonorteamericano, los colonos texanos comprendieron la prudencia y justicia de ciertos aspectos del sistema español, superiores al vigente entonces en Estados Unidos, y, en consecuencia, decidieron excluir de su estado la ley anglonorteamericana relativa a la propiedad matrimonial.

La ley de propiedad común, aunque no sea exclusiva de los estados norteamericanos de origen hispánico, como Nuevo México, Luisiana, Arizona, Nevada y California, tiende a ser propia de éstos. Como indica McKnight, hasta el derecho de la mujer a hacer por separado sus declaraciones de hacienda se deriva de este principio hispánico.

Finalmente, en el terreno del derecho familiar, el derecho a defender de los acreedores ciertos objetos esenciales de propiedad personal tiene sus raíces en leyes castellanas que se remontan al siglo XIII. Basándose en el modelo español, Texas adoptó la primera «ley del hogar» norteamericana el 26 de enero de 1839. Esta legislación permitía al deudor proteger la principal residencia de su familia contra confiscación por sus acreedores, así como también prendas esenciales de ropa, instrumentos de labranza y de su profesión, bestias de carga y el ajuar normal de su casa. Estas exenciones han sido reforzadas ulteriormente por leyes, constituciones estatales e interpretaciones judiciales, de modo que Texas está a la cabeza de casi todos los demás estados de la Unión Norteamericana en lo referente a la liberalidad de su ley de exención de confiscación de propiedad. En palabras de McKnight,

> el legado del derecho español al derecho tejano es considerable. Es un notable fenómeno sociológico el que un pueblo, por su propia y libre voluntad, abandone las instituciones en las que se ha criado para adoptar instituciones extranjeras formuladas en un idioma extranjero.

La influencia de las tradiciones y los precedentes hispánicos legales tiene probablemente muchísimo impacto en la vida diaria de los tejanos, y sirve de monumento a un importante pasado colonial[18].

También pertenecen a este mosaico hispánico notables ejemplos de legados artísticos, arquitectónicos, docentes, musicales, teatrales, médicos y religiosos, y cada uno de ellos merece ser examinado aisladamente, ya que forman parte del pasado de Texas.

El legado español en arte y arquitectura

«La pintura de caballete más antigua que se conserva, que esté pintada por un pintor profesional y muestre un acontecimiento de la historia de Texas», es de la segunda mitad del siglo XVIII. Obra de autor desconocido y pintada en México, *La Destrucción de la Misión de San Sabá* describe un hecho de 1785 y fue encargada por Pedro Romero de Terreros, el rico protector de la efímera avanzadilla religiosa que estaba

[18] *Idem,* p. 9.

situada cerca de la actual Menard. Romero de Terreros era tío del sacerdote mártir Alonso Giraldo de Terreros (véase figura 23). Aunque no es exacto en todos sus detalles, este cuadro sirvió a modo de «documento visual históricamente evocativo», y tiene particular importancia en cuanto trata de mostrar en una sola escena una sucesión de hechos que transcurrieron a lo largo de varias horas[19].

Figura 23. *Destrucción de la misión Santa Cruz de San Sabá.* Esta fotografía muestra la recreación hecha por un artista mexicano anónimo en la segunda mitad del siglo XVIII. Ésta es la representación artística más significativa que muestra un acontecimiento de la Texas hispánica. La calidad de la pintura ha sido cuestionada en la actualidad por el Servicio de Aduanas de Estados Unidos. Reproducido por cortesía de Dorothy Sloan.

[19] S. D. Ratcliffe, «Escenas de Martirio: Notas sobre *La Destrucción de la Misión de San Sabá, The Destruction of Mission San Sabá*», texto inédito, 1990. La «Pintura sin Título de la Misión Franciscana de San Sabá en la Provincia de Texas» es un cuadro de 211 centímetros de altura por 292 centímetros de anchura. Véase Ratcliffe para las especulaciones sobre la identidad del pintor. Mientras se llega al desenlace de los complejos problemas jurídicos en torno a él, este cuadro histórico está colgado en el Museo de Bellas Artes de Houston (nota de 1990).

Anterior a esta obra, realizada en el estudio del pintor, hay un recuadro en el margen de un mapa francés publicado en 1705 por Nicolas de Fer. Este pequeño dibujo en colores constituye probablemente la representación más antigua de un acontecimiento histórico texano, y su tema es el asesinato de La Salle (1687) en el este de Texas (véase figura 24).

Las aportaciones hispánicas a la arquitectura están a la vista de todos. Los españoles pasaron el arte de la construcción de su tierra al Nuevo Mundo, donde «fue adaptado a condiciones nuevas e inusitadas al extenderse por todos sus dominios coloniales, pero sin dejar de ser español». Excepción hecha de California, los mejores ejemplos de misiones españolas del sudoeste de Estados Unidos se encuentran posiblemente en Texas. Las misiones restauradas de San Antonio, todas las cuales son mucho más antiguas que sus contrapartidas californianas, constituyen grácil recuerdos de «las duraderas aportaciones de España a la

Figura 24. *El asesinato de La Salle.*
Este grabado aumentado que representa el asesinato de La Salle es un detalle de un mapa, *Les costes aux Environs de la Riviers Mississippi,* publicado en 1701 por Nicolas de Fer. Reproducido por cortesía de la Special Collection Division, The University of Texas at Arlington Libraries, Arlington, Texas.

vida cultural de las tierras fronterizas». San José, fundada en 1720 por el padre Margil, debiera realmente ser llamada «la reina de las misiones tejanas». Su torre única, en palabras de Robert M. Quinn, «nos muestra el barroco (estilo arquitectónico) más maduro de todas las misiones norteamericanas». La importancia histórica de esta misión, y de las otras tres de San Antonio, quedó patente al ser declaradas en 1978 Parque Nacional bajo la protección del Servicio Nacional de Parques. El historiador de parques Gilbert R. Cruz observó en 1986 que

> estas magníficas misiones son, desde el punto de vista histórico, las primeras instituciones que introducen la civilización occidental, los valores europeos y la tradición cristiana en territorio tejano. Han ejercido inmensa influencia espiritual, histórica y cultural en el desarrollo temprano del sudoeste.

Estos edificios religiosos son más que simples monumentos históricos, porque actualmente sirven también como parroquias en San Antonio[20]. En el corazón de esa ciudad se encuentran también el palacio del gobernador español y el histórico Álamo. El presidio restaurado y la réplica de la misión de Goliad, junto con el reestructurado Viejo Fuerte de Piedra de Nacogdoches son también importantes edificios que nos recuerdan el pasado hispánico de Texas.

El legado español en educación pública

La era colonial fue también testigo de esfuerzos por crear una escuela pública para los niños de San Antonio. La educación fuera de las misiones comenzó en Béjar ya en 1746. Aunque esta primera escuela

[20] R. M. Quinn, «The Architectural Origins of the Southwestern Mission», *The American West,* 3, verano de 1966, pp. 93-94, citas. G. R. Cruz, compilador, *Proceeding of the 1984 and 1985 San Antonio Missions Research Conferences,* San Antonio, 1986, p. 1, cita. San Antonio de Valero, conocido ahora por el nombre de El Álamo, no forma parte del Parque Nacional Histórico. Véase un breve estudio de los estilos arquitectónicos usados en las cinco misiones de San Antonio en Trent E. Sanford, *The Architecture of the Southwest: Indian, Spanish, American,* Nueva York, 1950, pp. 161-171. Se encontrarán excelentes fotografías y planos arquitectónicos de las misiones de San Antonio en D. G. De Long, compilador, *Historic American Buildings, Texas,* 2 tomos, Nueva York, 1979, 1, pp. 3-51.

fue, al parecer, efímera, su misión consistía en impartir educación religiosa a la juventud de la villa de San Fernando. Cerca del final del siglo XVIII, mientras las misiones decaían y la secularización aparecía en el horizonte, se abrió en 1789 otra escuela que constituyó un experimento de educación secular y que tampoco disfrutó de éxito duradero. El maestro escapó de San Antonio en 1792, y la escuela se cerró aquel mismo año.

Los primeros intentos de aplicar el principio de la asistencia obligatoria a las escuelas tuvieron lugar en 1802, cuando el gobernador Elguezábal amenazó con fuertes multas a los padres que no lo cumpliesen. Al año siguiente, el comandante general ordenó la fundación de escuelas en los presidios que fuesen lo bastante grandes para poder sufragar un modesto sueldo para el maestro. Poco después de este decreto, se abrió en Béjar una escuela con fondos públicos con cabida para unos pocos niños. Sin embargo, como todas las demás escuelas de la Texas española, ésta tuvo una «existencia incierta». La situación se volvió sombría, sobre todo, a finales de la era colonial. Como observó Max Berger, «los desórdenes que acompañaron al período revolucionario (1819-1821) acabaron con todos los indicios de educación formal. No sobrevivió una sola escuela en toda Texas»[21].

La vida de frontera, lo escaso de la población y la pobreza de la gente son suficiente explicación de la falta de un sistema educativo. Sin embargo, las circunstancias vigentes en Texas eran muy poco peores que las existentes en las comunidades fronterizas de Estados Unidos en la misma época. Los españoles, en cualquier caso, «merecen elogios por sus esfuerzos por desbrozar el terreno para la ulterior estructura docente de Texas»[22].

El legado español en música y teatro

El legado español en el terreno de la música secular fue mucho más duradero que en el de la educación pública. Los colonos hispánicos de Texas llevaron consigo influencias musicales de la madre patria. Sobre

[21] M. Berger, «Education in Texas during the Spanish and Mexican Periods», *Southwestern Historical Quarterly,* 51, julio de 1947, pp. 43.

[22] I. J. Cox, «Educational Efforts in San Fernando de Béxar», *Quarterly of the Texas State Historical Association,* 6, julio de 1902, p. 35.

todo, son de notar los romances, que constituyen el tipo de canción folclórica más antiguo de todo el sudoeste. Según Arthur L. Campa, todavía se conoce hoy en día un impresionante número de estas canciones originales con variantes locales. Como los habitantes de las tierras fronterizas «habían heredado el arte del trovador junto con un repertorio peninsular», no sólo conservaban las baladas tradicionales de España, sino que también, con el paso del tiempo, componían otras nuevas. Por ejemplo, las baladas narrativas llamadas «romances corridos» se basaban con frecuencia en la vida americana y contaban historias de amor, tragedia, heroísmo y catástrofe. También en palabras de Campa, «ningún otro grupo cultural de Estados Unidos ha tenido una tradición de canciones folclóricas tan larga y variada como los hispanos del sudoeste»[23].

El legado español en el terreno de la música y el teatro religioso merece también estudio. Remontándose al período medieval de la península, los autos sacramentales o dramas religiosos se representaban tanto dentro como fuera de las iglesias. En América, los misioneros recurrían al drama litúrgico, y las obras teatrales de tema religioso llegaron al sudoeste para transmitir la doctrina de la Iglesia a los indios. Además, el drama popular, adaptado a las tierras de frontera, permitía a los colonos participar en actividades religiosas y aportaba también distracción. Un ejemplo de esas persistentes influencias españolas puede hallarse en las producciones teatrales y musicales populares, sobre todo las obras tituladas *Las Posadas* y *Los Pastores*, que todavía son populares en Navidad[24].

El legado español en medicina

Aunque la música y el teatro representan una continuidad que se remonta al período colonial, la medicina y su ejercicio son menos persistentes. Aparte de citar el nombramiento de Cabeza de Vaca como santo patrono de la Sociedad Quirúrgica de Texas (Texas Surgical Society), poco más puede decirse (véase figura 25). El primer intento serio de fundar un hospital tuvo lugar en San Antonio en 1805. Situado en El Ála-

[23] A. L. Campa, *Hispanic Culture in the Southwest* Norman, 1979, pp. 234-242.

[24] Véase un excelente estudio sobre el teatro hispánico en San Antonio durante finales del siglo XIX y comienzo del XX en N. Kanellos, *A History of Hispanic Theatre in the United States: Origins to 1940,* Austin, 1990, pp. 71-103.

mo, este hospital «funcionó al principio con cierta medida de eficiencia y normalidad, aunque hubo dificultades para encontrar empleados por causa de los bajos sueldos que se ofrecían». Para 1806, el hospital de El Álamo contenía un total de 18 pacientes de Béjar y otros puestos avanzados militares, con una lista de espera de otros 20. Su personal, que contaba con administrativos y médicos, era variable, y para 1814, o sea, cerca del fin de los desórdenes relacionados con las revoluciones de México y Texas, ya, al parecer, había dejado de existir. En 1819, el gobernador Antonio Martínez observó que no había hospitales en la provincia, y se quejó de la ausencia de medios para tratar a los enfermos, ya fuesen soldados o colonos. Como observa Pat I. Nixon, «el fin del régimen español estaba cercano. La supervivencia política era entonces lo más importante de todo»[25].

El legado religioso español

Aunque la Texas española no sobrevivió políticamente, las bases religiosas de la provincia siguieron firmes al unirse ésta a la nación mexicana. Después de poco más de un siglo de ocupación ininterrumpida por los españoles, en 1821 Texas era totalmente católica. El legado religioso se deriva de los esfuerzos de frailes enérgicos y valientes, y se perpetuó gracias al plan de Iguala, que fue la fórmula que permitió a México conseguir la independencia. La política de restricción de inmigración, iniciada en un principio por España y continuada por México en los años veinte y treinta del siglo XIX, estipulaba que el catolicismo sería la religión del estado. Pero la escasez de sacerdotes y el hecho de que éstos no podían trabajar entre los anglonorteamericanos, no dio por resultado persecución, sino una creciente indiferencia hacia la religión.

A pesar del juramento teórico que tenían que prestar en la frontera, de observar el catolicismo, los anglonorteamericanos que entraban en Texas conservaban sus raíces protestantes. Con la llegada de la independencia, las iglesias protestantes fueron dominando la escena. A pesar de todo, el catolicismo, introducido por España y reforzado por la influencia mexicana, sigue siendo fuerte en el estado. En 1980, la fe católica

[25] P. I. Nixon, *The Medical History of Early Texas, 1528-1853,* Lancaster, 1946, pp. 68-78.

Figura 25. *Insignia de la Texas Surgical Society.*
Ésta es una fotografía de un dibujo original de Tom Lea. Reproducido por cortesía de la Texas Surgical Society, John W. Roberts, M.D. Secretary.

contaba con 2.340.162 fieles, y sólo la superaban en número los baptistas del sur.

Conclusiones

Parece evidente que los legados hispánicos del Estado de la Estrella Solitaria varían en importancia y persistencia. Entre ellos están el derecho, que afecta a las vidas de casi todos los tejanos, y el catolicismo, que en los años noventa de este siglo puede llegar a ser la religión predominante en Texas. El idioma español tiene menos importancia. Palabras como «patio», «plaza», «rodeo», y topónimos como San Antonio, El Paso y Padre Island (La Isla del Padre), se dicen con frecuencia sin que el que los pronuncia tenga conciencia de su origen. Como ocurre en otras partes del mundo, sobre todo, recientemente, en Canadá y la ex Unión Soviética, el bilingüismo y la etnicidad extremada pueden costar muy caros y son potencialmente dañinos para la unidad y la identidad nacional. Por otra parte, los hispanotexanos y sus descendientes han tenido, y seguirán teniendo, un papel importante en la historia de Texas. La comparación y el conocimiento de su pasado es un ingrediente vital de la experiencia colectiva del estado. Incluso si no todas las influencias españolas afectan a la vida cotidiana de los texanos actuales, son lo bastante importantes para merecer más reconocimiento del que han recibido tradicionalmente. Como observan Gerald E. Poyo y Gilberto M. Hinojosa, los historiadores «suelen tratar a la Texas colonial como un preludio, pintoresco, pero, en términos generales, irrelevante, del resto de la historia del estado». A la luz del inminente quinto centenario colombino, sería justo dar más reconocimiento a un pasado colonial que duró un poco más de 300 años, o sea, alrededor del doble del tiempo que ha pasado desde que Texas se erigió en república[26].

[26] G. E. Poyo y G. M. Hinojosa, «Spanish Texas and Borderlands Historiography in Transition: Implications for United States History», *Journal of American History*, 75, septiembre de 1988, p. 394.

APÉNDICES

GOBERNADORES DE LA TEXAS ESPAÑOLA, 1691-1821

Domingo Terán de los Ríos, 1691-1692.
Texas inocupada, pero incluida administrativamente en Coahuila, 1694-1715.
Martín de Alarcón, 1716-1719.
Marqués de San Miguel de Aguayo. Texas y Coahuila, 1719-1722.
Fernando Pérez de Almazán, 1722-1726.
Melchor de Media Villa y Ascona, 1727-1730.
Juan Antonio de Bustillo y Ceballos, 1730-1734.
Manuel de Sandoval, 1734-1736.
Carlos Benites Franquis de Lugo, 1736-1737.
José Fernández de Jáuregui y Urrutia. Texas y Nuevo León, 1737.
Prudencio de Orobio y Basterra, 1737-1740.
Tomás Felipe Winthuysen, 1741-1743.
Justo Boneo y Morales, 1743-1744.
Francisco García Larios, en funciones, 1744-1748.
Pedro del Barrio y Espriella, 1748-1750.
Jacinto de Barrios y Jáuregui, 1751-7159.
Ángel de Martos y Navarrete, 1759-1767.
Hugo Oconor, en funciones, 1767-1770.
Juan María Barón de Ripperdá, 1770-1778.
Domingo Cabello y Robles, 1778-1786.
Rafael Martínez Pacheco, 1787-1790.
Manuel Muñoz, 1790-1799.
Juan Bautista Elguezábal, 1799-1805.
Antonio Cordero y Bustamante, 1805-1808.
Manuel María de Salcedo, 1808-1813.
Juan Bautista de las Casas, gobernador revolucionario, 1811.
Cristóbal Domínguez, Benito de Armiñán, Mariano Varela, Ignacio Pérez y Manuel Pardo, en funciones, 1813-1817.
Antonio María Martínez, 1817-1821.

COMANDANTES GENERALES DE LAS PROVINCIAS INTERNAS, 1776-1821

Unidad Administrativa Única, 1776-1786.
Teodoro de Croix, 1776-1783.
Felipe de Neve, 1783-1784.
José Antonio Renjel, 1748-1786.

División en Tres Regiones, 1786-1787.
(Provincias Orientales, entre ellas Texas).
Juan de Ugalde, 1786-1787.

División en Regiones Oriental y Occidental, 1787-1790.
(Provincias Orientales, entre ellas Texas).
Juan de Ugalde, 1787-1790.

Unidad Administrativa Única, 1790-1810.
Pedro de Nava, 1790-1802.
(Ramón de Castro actuó de 1791 a 1793 como comandante segundo de las Provincias Orientales, entre ellas Texas).
Nemesio Salcedo y Salcedo, 1802-1810.

División en Regiones Oriental y Occidental, 1810-1821.
(Provincias Orientales, entre ellas Texas).
Nemesio Salcedo y Salcedo, 1810-1813.
Bernardo Bonavía y Zapata, en funciones, 1813.
Joaquín de Arredondo, 1813-1821.

VIRREYES DE NUEVA ESPAÑA, 1535-1821

Antonio de Mendoza, 1535-1550.
Luis de Velasco el Mayor, 1550-1564.
México, gobernado por la Audiencia de Nueva España, 1564-1566.
Gastón de Peralta, marqués de Falces, 1566-1567.
Martín Enríquez de Almanza, 1568-1580.
Lorenzo Suárez de Mendoza, conde de Coruña, 1580-1583.
Pedro Moya y de Contreras, arzobispo de México, 1584-1585.
Álvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villamanrique, 1585-1590.
Luis de Velasco el Menor, 1590-1595.
Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, 1595-1603.
Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, 1603-1607.
Luis de Velasco, el Menor, marqués de Salinas, 1607-1611.
García Guerra, arzobispo de México, 1611-1612.
Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar, 1612-1621.
Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves y conde de Priego, 1621-1624.
Rodrigo Pacheco y Osorio, marqués de Cerralvo, 1624-1635.
Lope Díaz de Armendáriz, marqués de Cadereyta, 1635-1640.
Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla, marqués de Villena y duque de Escalona, Grande de España, 1640-1642.
Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla, 1642.
García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra y marqués de Sobroso, 1642-1648.
Marcos de Torres y Rueda, obispo de Yucatán, 1648-1649.
Luis Enríquez y Guzmán, conde de Alba de Liste y marqués de Villaflor, 1650-1653.
Francisco Fernández de la Cueva, duque de Albuquerque, Grande de España, 1653-1660.

Juan de Leyva y de la Cerda, marqués de Leyva y de Ladrada, conde de Baños, 1660-1664.
Diego Osorio de Escobar, obispo de Puebla, 1664.
Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera, 1664-1673.
Pedro Niño Colón de Portugal, duque de Veragua y marqués de Jamaica, 1673.
Payo Enríquez de Rivera, arzobispo de México, 1673-1680.
Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes y marqués de Laguna, 1680-1686.
Melchor Portocarrero Lasso de la Vega, conde de Monclova, 1686-1688.
Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, 1688-1696.
Juan de Ortega y Montáñez, obispo de Michoacán, 1696.
José Sarmiento Valladares, conde de Moctezuma y de Tula, Grande de España, 1696-1701.
Juan de Ortega y Montáñez, arzobispo de México, 1701.
Francisco Fernández de la Cueva Enríquez, duque de Albuquerque y marqués de Cuellar, 1701-1711.
Fernando de Alencastre Noroña y Silva, duque de Linares, 1711-1716.
Baltasar de Zúñiga y Guzmán, marqués de Valero y duque de Arión, 1716-1722.
Juan de Acuña, marqués de Casa Fuerte, 1722-1734.
Juan Antonio Vizzarón y Eguiarreta, arzobispo de México, 1734-1740.
Pedro de Castro y Figueroa, duque de la Conquista y marqués de Gracia Real, 1740-1741.
Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, 1742-1746.
Francisco de Güemes y Horcasitas, conde de Revilla Gigedo I, 1746-1755.
Agustín Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas, 1755-1760.
Francisco Cagigal de la Vega, 1760.
Joaquín de Monserrat, marqués de Cruillas, 1760-1766.
Carlos Francisco de Croix, marqués de Croix, 1766-1771.
Antonio María de Bucareli y Ursúa, 1771-1779.
Martín de Mayorga, 1779-1783.
Matías de Gálvez, 1783-1784.
Bernardo de Gálvez, conde de Gálvez, 1785-1786.
Alonso Núñez de Haro y Peralta, arzobispo de México, 1787.
Manuel Antonio Flórez, 1787-1789.
Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, conde de Revilla Gigedo II, 1789-1794.
Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte, marqués de Branciforte, 1794-1798.
Miguel José de Azanza, 1798-1800.
Félix Berenguer de Marquina, 1800-1803.
José de Iturrigaray, 1803-1808.
Pedro Garibay, 1808-1809.

Francisco Javier de Lizana y Beaumont, arzobispo de México, 1809-1810.
Francisco Javier de Venegas, 1810-1813.
Félix María Calleja del Rey, 1813-1816.
Juan Ruiz de Apodaca, conde de Venadito, 1816-1821.
Francisco Novella, 1821.
Juan de O'Donojú, nombrado, no tomó posesión del cargo.

CRONOLOGÍA

1519-1521	Conquista de México.
1519	Alonso Álvarez de Pineda extiende un mapa del golfo de México y navega por la costa de Texas.
1528	La expedición de Pánfilo de Narváez se acerca a Texas por mar desde Florida.
1528	Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso Castillo y Estevanico desembarcan cerca de la isla de Galveston.
1535	Cabeza de Vaca, Dorantes, Castillo y Estevanico abandonan Texas.
1541	Francisco Vázquez de Coronado cruza el Asa de Texas.
1542	Luis de Moscoso entra en el este de Texas.
1542	Andrés de Campo y los hermanos legos indios Lucas y Sebastián cruzan Texas de norte a sur.
1567	Fundación de Santa Bárbara, principal alto para las expediciones a Nuevo México y Texas, en el sur de Chihuahua.
1568	David Ingram recorre a pie la costa de Texas camino de Nueva Escocia.
1581	Francisco Sánchez Chamuscado dirige una expedición a Nuevo México.
1582	Antonio de Espejo y Diego Pérez de Luxán dirigen una expedición a Nuevo México. Cruzan primero el extremo sudoeste de Texas.
1598	Juan de Oñate ocupa Nuevo México.
1601	Oñate cruza el Asa de Texas.
1629	Llega a Nuevo México la primera noticia de María Jesús de Agreda, «la Dama de Azul».
1629	Los frailes Juan de Salsa y Diego López entran en Texas por el sudoeste en busca de indios cristianizados por «la Dama de Azul».

1632	Expedición ulterior al mismo lugar por los frailes Ascencio de Zárate y Pedro de Ortega.
1650	Hernando Martín Serrano y Diego del Castillo entran en Texas por Nuevo México y visitan a los indios jumanos.
1654	Diego de Guadalajara entra en Texas por Nuevo México en busca de las perlas de los indios jumanos y del reino de Tejas.
1663	Juan de la Garza dirige una expedición desde México hasta cerca del actual Eagle Pass (Paso del Águila).
1663	Fernando de Azcué, partiendo de México, cruza el río Grande cerca del actual Eagle Pass.
1675	La expedición de Fernando del Bosque y Juan Larios, partiendo de México, cruza el río Grande cerca del Eagle Pass.
1680	Levantamiento de los indios pueblos en Nuevo México; los españoles se retiran al Paso del Norte.
1682	Fundación de Corpus Christi de Isleta, primera misión dentro de los confines actuales de Texas.
1682	René Robert Cavalier, *Sieur* de la Salle, baja por el río Mississippi.
1683	Juan Domínguez de Mendoza dirige una expedición al lugar de la actual Presidio.
1684	Los frailes Juan Zavaleta y Antonio Acevedo fundan efímeras misiones en La Junta de los Ríos.
1685	La Salle desembarca en la bahía de Matagorda y funda el fuerte Saint Louis junto al arroyo de Garcitas, cerca de la actual Vanderbilt.
1686-1689	Se envían desde México cinco expediciones por mar y por tierra en busca de la colonia de La Salle.
1687	Asesinato de La Salle en el este de Texas.
1689	Alonso de León descubre las ruinas del fuerte Saint Louis.
1690	Alonso de León y el padre Damián Massanet fundan la misión de San Francisco de los Tejas en el actual condado de Houston.
1691	Domingo Terán de los Ríos es nombrado gobernador de Texas y de Coahuila. Se funda en Texas una segunda misión, Santísimo Nombre de María.
1692	Se abandona la misión de Santísimo Nombre de María.
1693	Se incendia y abandona la misión de San Francisco de los Tejas, El padre Francisco Hidalgo hace voto de volver a Texas.
1699	Los franceses levantan un fuerte en Biloxi.
1700	Se funda la misión de San Juan Bautista, la «entrada de Texas», en el lugar de la actual Guerrero, en Coahuila.
1702	Los franceses ocupan la bahía de Mobile y refuerzan su control de Luisiana.

1707 Diego Ramón y el padre Isidro Félix de Espinosa entran en Texas desde San Juan Bautista y avanzan hasta cerca de la actual Crystal City.

1709 El padre Espinosa, el padre Antonio de San Buenaventura y Olivares y Pedro de Aguirre llegan al futuro solar de San Antonio.

1711 El padre Francisco Hidalgo escribe una carta al gobernador francés de Luisiana pidiéndole ayuda para abrir de nuevo misiones españolas en Texas.

1713 Antoine de la Mothe, *Sieur* de Cadillac, nombrado gobernador de Luisiana.

1714 Louis Juchereau de Saint Denis llega a San Juan Bautista.

1715 Se toma en Ciudad de México la decisión de fundar cuatro misiones y un presidio en el este de Texas. La responsabilidad de las misiones tejanas se reparte por igual entre los colegas misioneros franciscanos de Santa Cruz de Querétaro y Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas.

1716 Domingo Ramón y Saint Denis dirigen una expedición para reocupar el este de Texas. Se fundan cuatro misiones llamadas Nuestro Padre Francisco de los Tejas, Nuestra Señora de la Purísima Concepción, Nuestra Señora de Guadalupe y San José de los Nazonis.

1717 Se fundan dos misiones más en el este de Texas: Nuestra Señora de los Dolores y San Miguel de los Adaes. Se funda también el presidio de Nuestra Señora de los Dolores (Presidio de los Tejas).

1718 El padre Olivares y Martín de Alarcón fundan la misión de San Antonio de Valero y el presidio de San Antonio de Béjar.

1719 Guerra entre España y Francia. Se abandona por completo el este de Texas. Los refugiados se retiran a San Antonio.

1720 El padre Margil funda la segunda misión de San Antonio con el nombre de San José y San Miguel de Aguayo.

1721 El marqués de San Miguel de Aguayo ocupa de nuevo el este de Texas volviendo a fundar seis misiones y trasladando el Presidio de los Tejas; funda un nuevo presidio, Nuestra Señora del Pilar. Igualmente, escoge un nuevo lugar para el presidio de San Antonio y funda una misión que tiene poca vida, la de San Francisco Javier de Nájera. Establece el presidio de Nuestra Señora de Loreto (La Bahía) en el sitio exacto donde había estado el fuerte Saint Louis, de La Salle.

1722 Se funda la misión del Espíritu Santo de Zúñiga (La Bahía) cer-

ca del presidio de La Bahía. Saint Denis, nombrado comandante de Natchitoches.

1726 Muere el padre Francisco Hidalgo. La misión y el presidio de La Bahía se trasladan al río Guadalupe.

1727 Pedro de Rivera y Villalón inspecciona Texas.

1728 Por recomendación de Rivera se cierra el Presidio de los Tejas y se reducen las fuerzas de otros presidios.

1730 Se trasladan al río Colorado tres misiones del este de Texas: Concepción, San Francisco y San José.

1731 Las misiones arriba mencionadas vuelven a ser trasladadas y cambian sus nombres, respectivamente, por los de La Purísima Concepción, San Francisco de la Espada y San Juan Capistrano. Los isleños canarios llegan a San Antonio y fundan la villa de San Fernando de Béjar. Se acrecientan las hostilidades de los indios apaches.

1736-1737 El gobernador Carlos Franquis de Lugo acrecienta la ya grande animadversión entre los isleños canarios y los antiguos colonos/frailes de San Antonio.

1741 El gobernador Tomás Felipe de Winthuysen reduce las tensiones en Béjar y se ocupa de los demás asentamientos del este de Texas.

1746 José de Escandón es nombrado gobernador y jefe militar de Nuevo Santander. Entre 1749 y 1755, Escandón y sus asesores fundan veinticuatro ciudades y quince misiones a lo largo de la zona costera (Costa del Seno Mexicano).

1746-1749 Se fundan tres misiones, San Francisco Javier, San Ildefonso y Nuestra Señora de la Candelaria a lo largo del río San Gabriel, cerca de la actual Rockdale.

1748-1751 Fundación oficial y oficiosa del presidio de San Francisco Javier junto al río San Gabriel.

1749 Se trasladan la misión y el presidio de La Bahía, del río Guadalupe a su situación actual, en Goliad.

1754 Fundación de la misión de Nuestra Señora del Rosario cerca de la actual Goliad.

1755 Se trasladan las misiones de San Javier y Candelaria, y el presidio de San Javier, del río San Gabriel al río San Marcos. Un lugarteniente de Escandón funda Laredo.

1756-1758 Breve existencia de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe, situada cerca de la actual New Braunfels.

1756 Se fundan la misión de Nuestra Señora de la Luz y el presidio de San Agustín de Ahumada (El Orcoquizac) en la

parte inferior de río de la Trinidad, cerca de la actual Anáhuac.

1757 Son abandonados las misiones y el presidio del río San Marcos, transfiriéndose sus cosas al río San Sabá. Fundación de la misión de Santa Cruz de San Sabá y el presidio de San Luis de las Amarillas cerca de la actual Menard.

1758 Matanza de San Sabá. Los padres Alonso Giraldo de Terreros y José de Santiesteban mueren en el martirio. Se abandona la misión, que no vuelve a ser reconstruida.

1759 Diego Ortiz Parrilla, comandante de San Sabá, derrotado en el Fuerte Español, cerca del río Rojo.

1762 El territorio de Luisiana pasa del poder de Francia al de España hacia el final de la Guerra de los Siete Años.

1762 Se fundan efímeras misiones para los indios apaches: Nuestra Señora de la Candelaria del Cañón y San Lorenzo de la Santa Cruz, en la parte alta del río Nueces.

1763 El Tratado de París expulsa a los franceses del continente norteamericano.

1767 El marqués de Rubí lleva a cabo una inspección radical de las misiones y los presidios de Texas.

1769-1779 Athanase de Mézières hace de agente español entre los indios.

1770 Se abandona el presidio de San Luis de las Amarillas, situado junto al río San Sabá.

1771 Se abandonan la misión de Nuestra Señora de la Luz y el presidio de San Agustín de Ahumada, situados en la parte inferior del río de la Trinidad.

1772 Las «Regulaciones de los Presidios», influidas por las recomendaciones de Rubí, piden radical reducción de efectivos en las misiones y presidios de Texas.

1773 Se abandonan las misiones del este de Texas y la capital se traslada de Los Adaes a San Antonio.

1774 Fundación del Pueblo de Bucareli.

1776 Creación de las «Provincias Internas» (unidad administrativa aparte de las provincias del norte de México, entre éstas Texas). Teodoro de Croix es nombrado comandante general.

1779 Fundación de Nacogdoches por la población de Bucareli.

1781 Se abandona la misión de Nuestra Señora del Rosario.

1783 La paz de París establece la independencia de los Estados Unidos de América del Norte.

1786-1789 Pedro Vial abre una ruta nueva entre Texas y Santa Fe, en Nuevo México.

1793	Fundación de la misión de Nuestra Señora del Refugio, la última de Texas, en la actual Refugio.
1793-1794	Secularización de las misiones de Texas.
1795	Traslado de la misión de Nuestra Señora del Refugio al lugar de la actual Refugio.
1800	El territorio de Luisiana, cedido por Francia a España.
1801	Muerte de Philip Nolan cerca de la actual Waco.
1803	Estados Unidos adquiere el territorio de Luisiana de manos de Francia.
1804	Censo general de las ciudades, misiones y presidios de Texas.
1806	Acuerdo del Territorio Neutral.
1810	Miguel Hidalgo comienza la lucha por la independencia mexicana.
1811	Juan Bautista de las Casas, jefe de una insurrección en San Antonio, ejecutado en Monclova.
1811-1813	Bernardo Gutiérrez de Lara y Augustus W. Magee unen sus esfuerzos en San Antonio para crear el «estado independiente de Texas».
1813	Joaquín de Arredondo aplasta la insurrección de Gutiérrez y Magee.
1816	Colonos anglonorteamericanos con esclavos negros se afincan al sur del río Rojo y de Pecan Point.
1818	El asentamiento francés situado junto a la parte inferior del río de la Trinidad es disuelto por tropas españolas.
1819-1821	El Tratado Transcontinental fija la frontera occidental del territorio de Luisiana, conservando así el dominio español en Texas. James Long organiza una expedición filibustera y muere en Ciudad de México.
1821	Agustín de Iturbide proclama la independencia de México. Texas entra a formar parte de la nación mexicana.

BIOGRAFÍAS

María Jesús de Ágreda nació en la aldea de Ágreda, cerca de la frontera de Aragón y Navarra, en abril de 1602. En su juventud, María mostró insólita piedad y notable memoria. A los 16 años, convenció a su padre de que convirtiera el castillo familiar en un convento de monjas franciscanas. Tomó el velo en 1621. María solía caer en éxtasis, y en esos casos su espíritu se transportaba, según parece, a una tierra lejana, donde impartía el evangelio a un pueblo pagano. En Texas, los indios hablaban de una misteriosa «Dama de Azul» que algunos identificaron como María Jesús de Ágreda.

Martín de Alarcón, caballero de la Orden de Santiago, fue el fundador del presidio de San Antonio de Béjar en mayo de 1718. Antes de su nombramiento como gobernador de Texas en 1716, Alarcón había formado parte de la milicia de Guadalajara (México), donde alcanzó el grado de sargento mayor. Luego fue capitán en la región de Saltillo. En Texas, participó en la introducción de los primeros colonos civiles, entre ellos mujeres, y tuvo un papel importante en la ayuda a las misiones del este de Texas, fundadas en 1716 y 1717. Alarcón volvió a San Antonio en 1719, donde se le relevó del cargo de gobernador.

Alonso Álvarez de Pineda. Su juventud nos es desconocida. En 1519, el gobernador de Jaimaica le puso a la cabeza de cuatro barcos y 270 hombres que costearon la parte norte del golfo de México. Pineda es el primer europeo del que se sabe que vio la costa de Texas. El documento más antiguo de la historia de Texas es un esbozo de mapa de esta expedición con fecha de 1519. El mapa identifica claramente el río Mississipi como el río del Espíritu Santo. En 1520, Pineda dirigió una expedición colonizadora por cuenta de Francisco de Garay al río Pánuco, donde don Alonso murió en un levantamiento indio.

Joaquín de Arredondo nació en Barcelona en 1768. A la edad de nueve o diez años entró en la Guardia Real española como cadete, y en 1807 recibió el

grado de oficial por sus servicios en Nueva España, llegando al de coronel en 1810. Después de ser gobernador de Nuevo Santander, donde participó en la supresión de la rebelión de Manuel Hidalgo, Arredondo fue nombrado comandante de la parte oriental de las Provincias Internas. Fue jefe de las fuerzas reales que derrotaron a los rebeldes en la batalla del río Medina (1813) en Texas.

Domingo Cabello nació en Castilla y entró muy joven en el ejército español. Llegó a subteniente en 1741 y ascendió a gobernador de Nicaragua en 1762. Cabello llegó a coronel en 1777, y al año siguiente fue nombrado gobernador de Texas. Su administración de ocho años en Texas se distinguió por el cumplimiento estricto de las leyes ganaderas promulgadas por Teorodo de Croix y por sus supuestos negocios clandestinos, pues se dice que vendía ganado confiscado. Cabello fue figura impopular y polémica a ojos de mucha gente de Texas. Sucedido en 1786 por Rafael Martínez Pacheco, Cabello fue enviado a La Habana. Ulteriormente fue, entre otras cosas, subinspector de tropas en Cuba.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca nació en Jerez de la Frontera hacia 1490. Él prefería su segundo apellido, Cabeza de Vaca, de un antepasado de su madre que había participado en la batalla de Las Navas de Tolosa (1212) marcando con un cráneo de vaca un desfiladero no vigilado por los árabes. Como segundo de una expedición a Florida, don Álvar naufragó en la costa de Texas en 1528. Permaneció en Texas durante seis años, escapando luego a México. Más tarde publicó su *Relación*, que es la primera obra literaria conocida sobre Texas.

Athanase de Mézières nació en París de familia noble. Llegó a Luisiana a comienzos de los años treinta del siglo XVIII y se hizo perito en diplomacia e idiomas indios. Después de que Luisiana pasase de Francia a España (1762), De Mézières, como muchos otros franceses, ofreció sus servicios a España. Fue teniente en Natchitoches y ascendió hasta teniente coronel en 1773. Su papel en la historia de Texas consiste en largos, pero, en último término, infructuosos esfuerzos por organizar una alianza de naciones indias contra los apaches. Los servicios de De Mézières a España le ganaron el cargo de gobernador de Texas, pero murió en 1779 antes de poder ocuparlo.

José de Escandón nació en España, en Soto la Marina, en 1700. Llegó a Nueva España muy joven, y a los quince años entró como cadete en una compañía de caballería en Mérida, Yucatán. Luego fue enviado a Querétaro, donde su habilidad en la administración de asuntos indios le ganó el título de conde de Sierra Gorda. Entre sus aportaciones ulteriores a la historia de Texas está la fundación de veinticuatro aldeas y quince misiones en la Costa del Seno Mexicano para 1755. Dos de esas poblaciones, Nuestra Señora

de los Dolores y Laredo, fueron fundadas dentro de los confines actuales de Texas.

Estevanico era indígena de Azamor, en la costa atlántica de Marruecos. Antes de 1527 era esclavo de Andrés Dorantes de Carranza, un español que naufragó en la costa de Texas en 1528. Estevanico, el primer africano que pisó Texas, fue uno de los cuatro que sobrevivieron a seis años de vida entre grupos de indios karankawas y coahuiltecas. Como sus compañeros castellanos, ganó fama y salvó su vida ejerciendo cierto tipo de medicina mística entre los indios de Texas. A su vuelta a Ciudad de México en 1536, Estevanico fue nombrado guía del viaje de Marcos de Niza a las fabulosas Siete Ciudades. Fue muerto en 1539 por los indios en la parte occidental de Nuevo México.

Fray Isidro Félix de Espinosa nació en Querétaro en 1679. Entró en la orden franciscana a los 16 años. Como misionero, su importante carrera texana consistió en participar en la expedición de Domingo Ramón en 1716, en la de Martín de Alarcón en 1718, y en la del marqués de San Miguel de Aguayo en 1721. Espinosa cooperó personalmente en la fundación de varias misiones en el este de Texas, pero su principal aportación consiste en obras históricas dedicadas a los trabajos de otros franciscanos, sobre todo el padre Antonio Margil de Jesús. Espinosa ha recibido el nombre de «Julio César» de la fe, porque se dice de él que trabajaba todo el día y escribía toda la noche.

Fray Alonso Giraldo de Terreros fue un franciscano que trabajó como custodio de su colegio de Santa Cruz de Querétaro, y como importante misionero en Texas. Sus primeros trabajos allí transcurrieron, entre otros lugares, en San Antonio y San Gabriel. La principal pasión de Giraldo de Terreros fue la fundación de misiones entre los indios apaches. Gracias a un primo suyo, hombre rico de Ciudad de México, fray Alonso pudo realizar su sueño al fundar en 1757 la misión de Santa Cruz de San Sabá en el centro de Texas. Desdichadamente, Giraldo de Terreros sufrió el martirio en el año siguiente al ser saqueada e incendiada su misión.

Fray Francisco Hidalgo debió de nacer en 1659 ó 1660, pero no se sabe nada de su vida de juventud o de su familia española. A los veinticuatro años entró en la orden franciscana en Cádiz. Pasó a Nueva España hacia 1684 y comenzó a trabajar como misionero en Ciudad de México y Puebla. Hidalgo entró más tarde en el colegio de Santa Cruz de Querétaro. Participó en la expedición de Alonso de León de 1690 que fundó la primera misión del este de Texas, donde siguió hasta 1693. Durante los años en que Texas no estuvo ocupada, Hidalgo siguió siendo ardiente campeón de la evangelización de los indios tejas. Volvió a Texas en 1716 y trabajó en Nuestro Padre San Francisco de los Tejas. Murió en San Juan Bautista en 1726.

Alonso de León el Joven nació en Cadereyta, Nuevo León, en 1639 o 1640. A los diez años de edad viajó a España, donde fue al colegio y formó parte durante breve tiempo de la Armada española. En 1660 volvió a Nueva España y trabajó en la explotación de salinas a lo largo del río San Juan. Su importante carrera en Texas consistió en dirigir cuatro expediciones (1686-1689) en busca de la colonia de La Salle y en fundar la primera misión en el este de Texas. Dejó Texas por última vez en 1690 y murió al año siguiente.

Fray Antonio Margil de Jesús nació en Valencia en 1657. Entró en la orden franciscana en esa ciudad en 1673. Después de ofrecerse voluntario a trabajar entre los indios de América, llegó a Veracruz en 1683. Al empezar su importante carrera en Texas, Margil ya era misionero veterano, pues había trabajado en Yucatán, Costa Rica y Guatemala. En 1706, fue nombrado primer custodio del recién fundado colegio misionero de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas. Luego participó en la fundación de las misiones zacatecanas del este de Texas. Margil se retiró de Texas en 1722 y murió en Ciudad de México, en el Convento Grande de San Francisco, el 6 de agosto de 1726. Su proceso de canonización sigue abierto en el Vaticano.

Fray Damián Massanet nació probablemente en Mallorca, donde su juventud y vida familiar siguen siéndonos desconocidas. Massanet llegó a Veracruz, Nueva España, en 1683, y luego se unió a otros franciscanos para fundar el colegio de Santa Cruz de Querétaro. Su trabajo en el norte de Nueva España comenzó en la misión de Caldera. En 1689, Massanet acompañó a Alonso de León en su cuarta expedición y abogó por la creación de misiones entre los indios tejas del este de Texas. Su objetivo se realizó en 1690 con la fundación de la misión de San Francisco de los Tejas. En 1693, después de la desaparición de las misiones del este de Texas, fray Damián Massanet se retiró a su colegio misionero de Querétaro, donde, al parecer, murió.

Fray Juan Agustín Morfi nació en Asturias. No se conocen detalles de su juventud y vida familiar. Morfi llegó a Nueva España en 1775 ó 1756, y entró en la orden franciscana allí en 1761. Conocido como erudito y maestro, Morfi enseñó en el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, en Ciudad de México. Luego fue al norte de Nueva España como capellán en compañía de Teodoro de Croix, el recién nombrado comandante general de las Provincias Internas. La gira de Croix comenzó en 1777, y Morfi viajó mucho antes de su vuelta a México, que tuvo lugar en marzo de 1778. Morfi es famoso, sobre todo, por su historia de Texas, compuesta después de su viaje a las provincias del norte. Murió el 20 de octubre de 1783 en el Convento Grande de San Francisco.

Juan María de Ripperdá, barón de Ripperdá, nació en Madrid y era descendiente de los duques de Ripperdá. Llegó a Nueva España en 1769 con el nombramiento real de gobernador de Nueva España. Ripperdá fue el primer gobernador que estableció su residencia en San Antonio en lugar de en Los Adaes. Su llegada a Texas coincidió con el estallido de graves hostilidades indias, y buena parte de su administración hubo de estar dedicada a la cuestión india. Durante su tiempo de gobierno, Ripperdá fue testigo de la creación de las Provincias Internas, y empleó a Athanase de Mézières como agente pacificador entre las tribus indias de Texas. Ripperdá se fue de Texas en 1778 y murió en Honduras en 1780.

El marqués de Rubí, barón de Llinas, era mariscal de campo en el ejército español cuando Carlos III le encomendó la misión de informar sobre el estado de las defensas de las Provincias Internas. Rubí llegó a Nueva España en febrero de 1766 y se dirigió inmediatamente a la frontera, acompañado por Nicolás de Lafora. Rubí entró en Texas en agosto de 1767 y volvió a México al año siguiente. En total, viajó a caballo unas 7.000 millas. Entre sus recomendaciones, que dieron origen a los Nuevos Reglamentos, estaba la de abandonar los presidios y misiones de Texas, excepto los de Goliad y San Antonio. A pesar de la aplicación de los Reglamentos, el este de Texas fue vuelto a ocupar a mediados de los años setenta del siglo XVIII.

Manuel María de Salcedo fue un producto de la educación española de su tiempo. Al comienzo del siglo XIX acompañó a su padre a Luisiana, donde éste era gobernador. En 1804, don Manuel volvió a España, y tres años más tarde fue nombrado gobernador de Texas por el Consejo de Indias. Salcedo ocupó el cargo en Béjar a comienzos de noviembre de 1808, pero tuvo la gran desgracia de ponerse a la cabeza del gobierno de Texas justo antes de que la provincia se viera sumida en la revolución. Fue derrocado por un tiempo en 1811, pero recuperó el poder, volviendo a ser derrocado en 1813. Fue brutalmente asesinado por un capitán rebelde el 2 de abril del mismo año.

Louis Juchereau de Saint Denis nació en Canadá en 1767. En su primera juventud fue enviado a París a estudiar, pero su carrera importante comenzó en 1700, con su llegada a Luisiana, donde adquirió experiencia administrativa al mando de dos fuertes cerca de la desembocadura del río Mississippi. Saint Denis lo recorrió remontándose río arriba, y también realizó expediciones de exploración por el río Rojo. Entre sus aportaciones ulteriores a la historia de la región está su participación en la refundación de las misiones del este de Texas en 1716 y 1717. A pesar de que se casó con una española, Saint Denis era considerado con recelo por las autoridades virreinales en Ciudad de México. Terminó su carrera como comandante de Natchitoches, donde frustró y se opuso a las ambiciones españolas.

BIBLIOGRAFÍA

La historiografía de la Texas española muestra indicios de desarrollo cíclico. En el siglo XIX, las primeras obras generales, escritas por Henderson K. Yoakum y Hubert H. Bancroft, no son satisfactorias, porque los documentos en los que debe basarse toda obra histórica seria estaban sepultados en los archivos de España y México. Esta circunstancia cambió en los primeros años y décadas del siglo XX. Herbert E. Bolton y sus alumnos de la universidad de Texas, la universidad de Stanford y la universidad de California, se pusieron a la cabeza del ataque a los polvorientos legajos de archivos regionales y nacionales. De esto resultó la publicación de documentos traducidos y comentados y de estudios especializados que sentaron las bases de una monumental síntesis histórica en siete tomos de la Texas española y mexicana, llevada a cabo por Carlos E. Castañeda a mediados de los años treinta de este siglo. Desde la publicación del último volumen de la obra de Castañeda, *Our Catholic Heritage* (1958), han ido saliendo otros tomos de documentos y obras monográficas que aumentan el creciente corpus de la historia temprana de Texas. En vista del inminente V centenario parece oportuno publicar una nueva síntesis de la experiencia española en Texas.

Las mejores obras, tanto generales como monográficas, sobre la Texas española se refieren a acontecimientos que son eco de la marcha histórica del México colonial y de España. Reflejan también conocimientos de las rivalidades internacionales y las circunstancias políticas, religiosas y económicas de España. Esas obras reconocen que muchos de los actores esenciales de la historia de la Texas española no aparecieron exclusiva o enteramente en el escenario texano, ni tampoco cayeron en la obscuridad una vez desaparecidos de él. Sin conocimiento de las circunstancias del imperio español en su conjunto, los logros anteriores y ulteriores de esos hombres, como, por ejemplo, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, José de Gálvez y Teodoro de Croix, no pueden ser situados en su adecuado contexto histórico.

Seleccionar una bibliografía reducida a sólo veinte títulos nos fuerza a omitir muchas obras importantes, sobre todo artículos publicados en la revista trimestral de la Texas State Historical Association, que ya tiene noventa y cinco años de existencia. La versión inglesa de este libro-síntesis, que se publicará en 1992 en las prensas de la universidad de Texas, contendrá una bibliografía extensa. Los capítulos de esa edición contienen notas de pie de página que dan la fuente de las citas usadas en el texto, así como también las fuentes manuscritas del Archivo General de Indias, citadas con las siglas AGI (Sevilla); del Archivo del Ministerio de Hacienda, AMH (Madrid); de los Archivos de Béjar, BA (Austin); del Microfilm de los Archivos de Béjar, BAM (Biblioteca de la Universidad de Texas del Norte), y de los Archivos de la Universidad de Texas, UTA (Austin).

V. Alessio Robles, *Coahuila y Texas en la Época Colonial,* México, Editorial Cultura, 1938.

Este libro pretende tratar a Texas como una provincia situada en la frontera de Nueva España y examinar sus semejanzas y diferencias con Coahuila. Alessio Robles dedica capítulos a la agricultura, al clima, a los indios prehispánicos, a los primeros exploradores, a la economía, a los levantamientos de los indios, a la historia de las misiones, etc. Su tratamiento de los temas texanos, como por ejemplo, el período misionero temprano y la colonia de La Salle, han quedado marginados por investigaciones más recientes. Este volumen tiene buenos mapas y un índice útil.

F. D. Almaraz, Jr., *Tragic Cavalier: Governor Manuel Salcedo of Texas, 1808-1813,* Austin, University of Texas Press, 1971.

Este ensayo, ganador de un premio, sobre el gobernador más joven que ha tenido Texas, contiene excelentes aportaciones sobre las relaciones del movimiento insurgente iniciado en México por Miguel Hidalgo y Costilla con la revuelta antimonárquica coordinada en San Antonio por Juan Bautista de las Casas. La rebelión texana, seguida por una invasión filibustera de la provincia, costó la vida al gobernador Salcedo. Almaraz retrata a Salcedo como un administrador capaz cogido en una red de acontecimientos que no le fue posible dominar.

H. E. Bolton, *Coronado: Knight of Pueblos and Plains,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1964.

Esta bibliografía, ganadora de un premio, de Francisco Vázquez de Coronado, es la piedra angular de la brillante carrera de Herbert Eugene Bolton como historiador de las tierras fronterizas españolas. Muestra el talento de Bol-

ton para sintetizar, su amor a la investigación (tratando al tiempo de comparar la documentación con el sitio donde tuvieron lugar los sucesos), y su considerable talento literario. Sobre todo, es una obra valiosa por su estudio de los indios y del paisaje del Asa de Texas en los años cuarenta del siglo XVI.

—, *Texas in the Middle Eighteen Century: Studies in Spanish Colonial History and Administration*, Austin, University of Texas Press, 1970.

Esta obra, de la que hay edición en rústica, es, según Bolton, «una colección de ensayos muy interrelacionados temática y cronológicamente, cuyo objeto es arrojar luz sobre un período olvidado de la historia de una de las provincias españolas más importantes». Sobre todo, es valioso en lo referente a la fundación y fracaso de las misiones situadas más allá de los límites de San Antonio.

C. E. Castañeda, *Our Catholic Heritage in Texas,* 7 tomos, Austin, Von Boeckmann-Jones Company, 1936 (1936-1958).

Los primeros cinco tomos de la obra de Castañeda marcan el punto de partida de cualquier estudio serio sobre la historia de la Texas española. Sólo las bibliografías que contienen dan la pista de cientos de documentos, cartas, diarios y archivos misionales que hasta ahora no habían sido explorados. Sin embargo, buena parte del tema, como por ejemplo el tratamiento que da el autor a la flora, la fauna y los indios precolombinos, tiene poco que ver con legados católicos. El autor hace alarde en todos los volúmenes de un prejuicio ultracatólico y de su gran orgullo por ser «muy católico romano».

W. E. Dunn, *Spanish and French Rivalry in the Gulf Region of the United Stated, 1678-1702: The Beginings of Texas and Pensacola*, Studies in History, núm. 1, Austin, University of Texas, 1917.

Esta obra, presentada en un principio en la Universidad de Colombia como tesis doctoral, es un examen a fondo de la rivalidad francoespañola por el dominio de Pensacola y el valle del Mississippi inferior. Basada en materiales existentes en el Archivo General de Indias, esta monografía continúa siendo valiosa. Dunn, que es discípulo de Bolton, fue uno de los primeros eruditos norteamericanos que hizo amplio uso de fuentes manuscritas españolas.

O. B. Faulk, *The Last Years of Spanish Texas, 1778-1821,* La Haya, Mouton & Co., 1964.

Originariamente presentada en el Colegio Tecnológico de Texas como tesis doctoral, esta obra es la mejor síntesis existente de los últimos treinta y un

años de la Texas colonial española. Está muy apuntalada por fuentes manuscritas del Archivo General de la Nación (México) y los Archivos de Béjar. Entre los temas secundarios de este volumen están la situación militar, las empresas económicas, la decadencia de las misiones y los factores que condujeron a la separación de Texas de España.

C. W. Hackett, compilador y traductor, *Pichardo's Treaties on the Limits of Louisiana and Texas,* 4 tomos, Austin, University of Texas Press, 1931-1946.

La traducción y preparación de esta voluminosa obra, que tiene casi 2.300 páginas, llevó a Hackett quince años. Conserva en inglés la obra del padre José Antonio Pichardo, encargado por el gobierno español de la compilación de documentos que refutaran la afirmación del presidente norteamericano Thomas Jefferson de que la compra de Luisiana se extendía hasta el río Grande. Esta obra en cuatro tomos ha sido calificada como «el libro más inteligentemente compilado de toda la historia de Texas».

J. Jackson, *Los Mesteños: Spanish Ranching in Texas, 1721-1821,* College Station, Texas, A&M University Press, 1986.

Esta obra es un estudio exhaustivo de los orígenes y el desarrollo de la ganadería ranchera sistemática en Texas. Jackson comenzó su monografía, ganadora de un premio, con la expedición del marqués de San Miguel de Aguayo. Reconoce a los frailes misioneros como los primeros rancheros de Texas, porque poseían tierra por cuenta de las misiones y tenían acceso a buenas fuentes de mano de obra entre los neófitos de las misiones. Jackson hace remontar los comienzos de la ganadería ranchera a los años cuarenta del siglo XVIII.

E. A. H. John, *Storms Brewed in Other Men's Worlds: The Confrontation of Indians, Spanish and French in the Southwest, 1540-1795,* College Station, Texas A&M University Press, 1975.

Como indica su título, esta obra abarca un larguísimo período de tiempo, así como también las complicadas relaciones entre españoles, franceses e indios en la frontera norte de Nueva España. La obra de John es rica en detalles, y es valiosa, sobre todo, por sus atisbos sobre los indios. En toda ella, el tema principal es Nuevo México, Texas y Luisiana. La autora está preparando actualmente un volumen suplementario en el que se ocupará también del período postespañol.

O. L. Jones, Jr., *Los Paisanos: Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain,* Norman, University of Oklahoma Press, 1979.

Esta excelente obra se ocupa de las disposiciones sociales que afectaron a las vidas de los colonos españoles afincados en la frontera. Jones llega a la con-

clusión de que las luchas de clase, tan corrientes en el interior de Nueva España, apenas existían en Texas, excepto en San Antonio. En San Fernando, los choques entre los isleños canarios, que llegaron en 1731, y los bejareños veteranos, algunos de los cuales estaban allí desde 1718, fueron cosa normal durante dos décadas. Sin embargo, esos choques y diferencias fueron suavizándose con el tiempo.

J. W. McKnight, *The Spanish Elements in Modern Texas Law,* Dallas, s.l., 1979.

Esta breve obra es esencial para comprender el legado del derecho español en Texas. McKnight encontró importantes influencias españolas en tres áreas principales del derecho texano moderno: el procedimiento judicial, el derecho referido a la tierra y el agua y, finalmente, el derecho familiar. Éste afecta a casi todos los habitantes de Texas, ya que controla temas tan importantes como los derechos de los hijos adoptivos, los derechos de propiedad común en el matrimonio y la protección de la residencia principal del deudor contra sus acreedores.

L. Navarro García, *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España,* Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1964.

Esta obra de un conocido historiador español está basada en documentos primarios. Es un estudio exhaustivo de la creación de una unidad administrativa (1776) que fue esencial para el gobierno de las provincias norteñas de México y la parte suroccidental de Estados Unidos de que forma parte Texas. Trata también de la carrera del conocido visitador de Nueva España que fue luego ministro de las Indias.

W. W. Newcomb, Jr., *The Indians of Texas: From Prehistoric to Modern Times,* Austin, University of Texas Press, 1961.

Aunque algo desfasado por las investigaciones modernas, este libro sigue siendo la principal obra de referencia sobre los indios de Texas. Es muy flojo en lo referente a los indios karankawas, wichitas y tonkawas. Su mejor parte es la relativa a los indios apaches, comanches, caddos y jumanos. El autor está ahora a la cabeza de la investigación revisionista sobre los indios texanos, la cual, es de esperar, acabará formando parte de una nueva síntesis, ya muy necesaria.

R. Phares, *Cavalier in the Wilderness: The Story of the Explorer and Trader Louis Juchereau de Saint Denis,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1952.

Esta obra es esencial para cualquier estudio sobre este aventurero francés y el insólito papel que hizo en la frontera de Luisiana y Texas. Aunque carece

de aparato erudito, está claro que es fruto de sólida investigación y cuidadosa redacción. Phares investiga el origen canadiense de Saint Denis, su llegada a Luisiana, su pericia en diplomacia e idiomas indios, su boda con una española y su papel como «espina» en la Corona de España.

P. W. Powell, *Soldiers, Indians & Silver: The Northward Advance of New Spain, 1550-1600,* Berkeley, University of California Press, 1952.

Este libro es un excelente resumen del avance hacia el norte de Nueva España, impulsado por el descubrimiento de minas en Zacatecas a mediados de los años cuarenta del siglo XVI, y por el ulterior desarrollo de los ranchos. Powell estudia la evolución de la política española para con las naciones chichimecas a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI. Su tratamiento de la política de «guerra a fuego y sangre», seguida por la de «paz comprada», es esencial para comprender la colonización subsiguiente de Nuevo México y Texas.

G. B. Starnes, *The San Gabriel Missions, 1746-1756,* Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Gobierno Español, 1969.

Este librito, no muy conocido en Estados Unidos, estudia de manera excelente la fundación y el fracaso de las misiones al norte y el este de San Antonio a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta del siglo XVIII. Su autor explica claramente las dificultades ambientales con que tenían que enfrentarse las misiones, los desdichados enfrentamientos entre clérigos y soldados, las dificultades con los neófitos y los indios apaches, y la desaparición final de tres misiones y un presidio junto al río San Gabriel.

R. S. Weddle, *San Juan Bautista: Gateway to Spanish Texas,* Austin, University of Texas Press, 1968.

Esta obra es esencial para comprender el período misionero temprano de la historia de Texas. Fundado en 1700 en el solar de la actual Guerrero, Coahuila (México), la misión y el presidio del mismo nombre, y dos misiones más, eran punto importante en la ruta de los convoyes de aprovisionamiento, el ganado, los colonos, los sacerdotes y los soldados que iban a Texas española. Weddle sigue las actividades de personajes de la primera historia texana, sobre todo de famosos sacerdotes, gobernadores y soldados que pasaron por este punto.

—, *Spanish Sea: The Gulf of Mexico in North American Discovery, 1500-1685,* College Station, Texas A&M University Press, 1985.

Este libro es la primera parte de un proyecto de obra en tres tomos de los que el segundo se publicará en el transcurso de 1991. Weddle aporta mucha

informacion nueva sobre maneras de ver y enfocar la historia de la costa del golfo de México, por ejemplo, en su exposición de las actividades de Alonso Álvarez de Pineda, los desastres navales a la altura de la isla del Padre en 1554, y la expedición de Luis Carvajal y de la Cueva. Los demás tomos de esta obra abarcarán hasta 1803.

—, *Wilderness Manhunt: The Spanish Search for La Salle*, Austin, University of Texas Press, 1973.

Éste es el tercero de una notable serie de libros escritos por el «decano» de los historiadores coloniales texanos. Se trata de una excelente obra de investigación policial histórica. Weddle examina las intrigas de la corte francesa que precedieron a la trágica expedición de La Salle, los problemas de cartografía y navegación vigentes a fines del siglo XVII, y la búsqueda española del Fuerte Saint Luis, llevada a cabo por un total de seis expediciones por tierra y cinco por mar. El autor muestra un insólito conocimiento de las naves españolas.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Figura 1. Principales ríos y bahías de Texas 17
Figura 2. Regiones fisiográficas de los Estados Unidos 19
Figura 3. Precipitación media anual en Texas 22
Figura 4. Mapa del golfo de México 45
Figura 5. «La piedra de Pineda» 47
Figura 6. Rutas que probablemente siguieron Cabeza de Vaca, Coronado y Moscosos 55
Figura 7. Nueva España central y del norte 84
Figura 8. La costa del golfo de México según un mapa de 1663 109
Figura 9. El Bajo Mississippi y regiones adyacentes 111
Figura 10. El Bajo Mississippi según La Salle 114
Figura 11. Mapa del cuaderno de bitácora de la expedición de Alonso de León en 1689 122
Figura 12. Mapa del cuaderno de bitácora de la expedición de Alonso de León en 1690 129
Figura 13. Bahía de Matagorda y localización del Fuerte St. Louis 136
Figura 14. Misiones y presidios, 1682-1726 160
Figura 15. Plano del presidio Nuestra Señora del Pilar de los Adaes 174
Figura 16. Plano del presidio Nuestra Señora de los Dolores 175
Figura 17. Plano del presidio San Antonio de Béjar 176
Figura 18. Plano del presidio Nuestra Señora de Loreto 177
Figura 19. Presidio y misiones en Béjar 186
Figura 20. Desarrollo de las misiones, establecimientos y presidios españoles 226
Figura 21. Portada de las Leyes Nuevas de 1771-1772 255
Figura 22. Acuerdo del Territorio Neutral 308
Figura 23. Destrucción de la misión Santa Cruz de San Sabá 347
Figura 24. El asesinato de La Salle 348
Figura 25. Insignia de la Texas Surgical Society 353

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Acevedo, fray Antonio, 103, 104
Acuña, Juan de, marqués de Casafuerte, 180
Adams, John Quincy, 326
Ágreda, María de Jesús de, 91, 92
Aguayo (marqués), 168, 169, 170, 171, 172, 173, 180, 205, 333
Aguirre, Pedro de, 154, 155
Alarcón, Martín de, 25, 162, 163, 164, 165, 166, 168, 333
Aldama, Ignacio, 317
Aldama, Juan de, 299, 318
Almaraz, Félix D., 14, 316, 324
Almazán, Juan Antonio de, 191, 192, 193, 194
Altamira (marqués), 211
Alvazado, Hernando, 61, 62, 65
Amarillas (marqués), 217, 227, 232
Alvarado, Pedro de, 48, 59, 60, 67
Álvarez Barreiro, Juan, 26
Álvarez de Pineda, Alonso, 13, 43, 46, 48, 330
Álvarez de Toledo, José, 323
Álvarez Travieso, Vicente, 200
Allen, Henry E., 223, 224
Allende, Ignacio, 299, 318
Amangual, Francisco, 309
Anjou (duque), 125
Aponte, Francisco Cayetano, 208
Aranda, Abarca de Bolea, Pedro Pablo, conde de, 269
Aranda, Miguel de, 215
Arredondo, Joaquín de, 322, 323, 324, 325
Arricivita, Domingo de, 209
Aury, Louis Michel, 324
Ayeta, Francisco, 103
Azcué, Fernando de, 101
Balcárcel, Antonio, 102
Barbé-Marbois, François, 304
Barr, William, 311, 312
Barrio y Espriella, Pedro, 208, 209, 210, 211, 212
Barrios y Joúregui, Jacinto de, 212, 216, 225, 227
Baude, Louis de, conde de Frontenac, 106
Bean, John L., 16, 21
Beaujev (señor de), 108, 109, 112, 117
Bean, Ellis P., 293
Bemis, Samuel Flagg, 288
Benavides, fray Alonso de, 92, 99
Benítez de Lugo, Carlos Franquis, 198, 199, 200
Benson, Nettie Lee, 14
Berger, Max, 350
Bernardino (jefe indio), 126, 139, 154
Bernou, Claude, 107
Berroterán, Joseph, 188, 189
Bigotes (indio), 61
Blackburn, Ephraim, 293
Blancpain, Joseph, 225, 227
Blondel, Philippe, 167
Bolívar, Simón, 324-325
Bolton, Herbert E., 14-15, 250, 338
Borbones (dinastía), 146
Bordoy, Antonio, 128, 138
Bosque, Fernando del, 102
Brand, Donald D., 82
Brinckerhoff, Sidney B., 338
Bucareli y Ursúa, Antonio, 256, 260, 261, 262
Buckley, Eleanor C., 173
Burch, Betty S., 11
Burr, Aaron, 307, 313
Bustillo y Ceballos, Juan Antonio, 194, 205, 207
Cabal, fray Juan, 100

Cabello, Domingo, 24, 262, 271, 272, 278, 279, 280, 284
Cabeza de Vaca, Alvar Núñez, 14, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 43, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 60, 62, 65, 80, 86, 330, 331, 351
Cadillac, Nothe, Antoine de la, 147, 148, 155, 157, 161
Calahorra, José de, 240
Calleja, Félix María, 319, 322, 323
Camargo, Alfonso de, 232
Campa, Arthur L., 351
Campbell, Diana S., 11
Campbell, Randolph B., 11, 15, 283, 325
Campbell, Thomas N., 12, 27, 29, 30, 40
Campo, Andres do, 63
Cañas de Jesús María, Francisco, 128
Cárdenas, Manuel José, 134, 135
Carlos I, emperador de España y V de Alemania, 49, 75
Carlos II, rey de España, 125, 145, 146
Carlos III, rey de España, 24, 235, 236, 249, 251, 253, 259, 260, 267
Carlos IV, rey de España, 267, 288, 296, 297, 299, 305, 306
Carondelet (barón), 291, 292
Carvajal y de la Cueva, Luis de, 78, 79, 80, 81, 88
Casafuerte (marqués), 188, 191, 192
Casañas de Jesús María, Francisco, 333
Casas, Juan Bautista de Las, 317, 318
Castañeda, Carlos E., 166, 198, 265, 332, 334
Castaño de Sosa, Gaspar, 81, 88
Castillo, Alonso, 330
Castillo, Diego del, 92
Castillo Maldonado, Alonso, 51, 52, 56, 57, 58
Ceballos, Juan José, 212, 213, 214, 240
Cebrián y Agustín, Pedro, 201
Claiborne, C.C., 319
Clark, George Rogers, 305
Colón, Cristóbal, 44, 45, 81
Cordero y Bustamante, Antonio, 306, 309, 313, 317
Coronado, Francisco, 85, 90, 332
Cortés, Hernán, 44, 45, 46, 48, 49, 58, 59, 60, 72, 81
Cortés Moctezuma, Leonor, 72, 73
Costales, Gabriel, 172
Croix (marqués), 237, 260
Croix, Teodoro de, 24, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 268, 270, 271, 273, 278, 279, 280, 334
Crozat, Antoine, 147
Cruillas (marqués), 237, 239, 241, 242, 243
Cruz, Gilbert R., 349
Cruz, Manuel de la, 101
Custis, Peter, 305
Chateaubriand, François René, vizconde de, 299
Davenport, Samuel, 311, 312, 320, 327
Delgado, Antonio, 322
Díaz, Melchor, 57
Díaz de Aux, Miguel, 45
Dolores y Viana, Francisco Mariano de los, 198, 201, 205, 206, 208, 209, 218, 219, 229, 232, 241
Domínguez de Mendoza (familia), 104
Domínguez de Mendoza, Juan, 104, 241-242
Dorantes de Carranza, Andrés, 51, 52, 57, 58, 330
Dovay, Anastasius, 123
Duhaut, Pierre, 123
Dunbar, William, 305
Dunn, William E., 14
Ecay Múzquiz, José de, 24, 211, 212
Echeverz, Ignacia Javiera de, 168
Elizondo, Ignacio, 317, 323
Elguezábal, Juan Bautista de, 287, 292, 293, 313, 350
Enrique VII, rey de Inglaterra, 296
Enríquez, Martín, 80
Enríquez Barroto, Juan, 113
Erasmo Seguín, José, 317
Escandón y Elguera, José de, 204, 229, 230, 231, 232
Espejo, Antonio de, 86, 87
Espinosa, Isidoro Félix de, 153, 154, 155, 158, 164, 165, 180, 333, 334
Esquirel, Juan de, 44, 45
Estevanico (esclavo), 51, 52, 56, 57, 58, 59
Faulk, Odie, 14, 306, 309, 338
Fehrenbach, T. R., 192, 197
Felipe II, rey de España, 80, 83
Felipe V, rey de España, 125, 146, 181
Fer, Nicolas de, 348
Fernández de Santa Ana, Benito, 195, 198, 211, 214, 215, 216
Fernando VI, rey de España, 208, 236
Fernando VII, rey de España, 296, 297, 303, 314, 317, 324, 325
Ferrelo, Bartolomé, 67
Flores, Dan L., 310
Flores y Valdés, Nicolás, 187
Fontcuberta, Miguel de, 127, 128, 137
Freeman, Thomas, 305
Frontenac, Louis de Buade, conde de Pallau y de, 102

Galván, Juan, 211, 215, 216
Galve (conde), 126, 127, 135, 141
Gálvez, Bernardo de, 273, 274, 280
Gálvez, José de, 237, 259, 260, 262
Gallegos, Hernán, 85, 86
Gámarra, Francisco de, 117
Ganzábal, José, 198, 211, 240
Garay, Francisco de, 45, 46, 48, 49
García, Alonso, 98
García Falcón, Blas María de la, 232
García Larios, Francisco, 225, 280
Gardoqui, Diego de, 269
Gariba, Pedro de, 297
Garibay, Pedro, 314
Garnet, Julia K., 295
Garza, José Mariano de la, 275
Garza, Juan de la, 101
Garza Falcón, Miguel de la, 231
Gasiot, Juan, 268, 269, 284
Gayón, Gonzalo, 75
Gayoso de Lemos, Manuel, 292
Géry, Jean, 118, 120
Giraldo de Terreros, Alonso de, 198, 206, 209, 215, 217, 218
Glass, Anthony, 310, 311, 313
Godoy, Manuel, 267, 297
Goethe, Johann Wolfgangron, 299
González, José, 187, 213, 214, 254
González, Juan, 231
Grammont, Michel de, 113
Grijalva, Juan de, 44, 45
Grollet, Jacques, 121, 126
Gudalaja, Diego de, 92, 104
Guereña, Marcos, 152
Guerrero, Vicente, 303
Gutiérrez de Humaña, Antonio, 88
Gutiérrez de Lara, José Bernardo, 319, 320, 321, 322, 323, 325, 327
Guzmán, Nuño, 56, 57, 58, 70, 71
Habsburgo (dinastía), 125, 146
Hackett, Charles W., 14, 173
Hale, Edward Everett, 290
Hamill, Hugo, 300
Harpe, Bérnard de la, 36
Hatcher, Mattie Austin, 287
Hawkins, John, 80
Hernández de Córdoba, Francisco, 44
Herrera, Simón de, 306, 307, 313, 317, 319, 321, 322
Hidalgo, Francisco, 128, 148, 152, 153, 155, 156, 157, 159, 180, 214, 264, 333
Hidalgo y Castilla, Miguel, 298, 300, 301, 303, 315, 316, 318, 319, 322
Hierro, Simón, 233
Hill, Lawrence, 231
Hines (pirata), 123
Hinojosa, Gilberto M., 354
Holmes, William M., 16, 21
House, John, 310
Hunter, John, 305
Ibarra, Diego de, 72, 78
Ibarra, Francisco de, 78, 79, 80
Iberville, Jean-Baptiste de, 123, 144, 145, 146, 147
Iberville, Pierre Lemoyne d', 144
Ingran, David, 80
Iriarte, Pedro de, 116, 117, 118, 121
Iturbide, Agustín, 303, 327
Iturrigaray, José de, 297
Jackson, Jack, 14, 279, 290, 336, 340
Jacobs, James R., 291
Jaúdenes, José Francisco, 275
Jay, John, 269, 270, 289
Jefferson, Thomas, 305, 312
Jiménez, Diego, 243
Jiménez, Mariano, 316, 318
Jironza Petris de Cruzate, Domingo, 103
John, Elizabeth A. H., 14, 40, 248, 340
Jolliet, Louis, 105-106
Jordan, Terry G., 16, 21, 336
José I Bonaparte, rey de España, 296, 326
Joseph, Harriet Denise, 12
Joutel, Henri, 123
Juana I La Loca, reina de Castilla, 125
Juchereau, Louis, 250
Jusepe (indio), 90
Kelly, Melody, 12
Kemper, Samuel, 321
Krieger, Alex D., 29
Ladrón de Guevara, Antonio, 229
Laffite, Jean, 326, 327
Lafora, Nicolás de, 237, 245
Lallemand, Charles, 326
L'Archevêque, Jean, 121, 123, 126
Larios, Juan, 101, 102, 124
Lavender, Ken, 12
Leal Álvarez, Juan, 200
Leal Goraz, Juan, 191, 192
Lefèvre de la Barré, Jean François, 106
León, Alonso de, 23, 25, 40, 115, 116, 118, 120, 121, 126, 127, 128, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 137, 143, 153

Leyva Bonilla, Francisco de, 88
Linares (duque), 163
Lock, Ottis, 12
Locke, John, 302
Long, James, 327
López, Diego, 91
López, fray Francisco, 85, 87
López, José Francisco, 276
López, fray Nicolás, 103, 104, 105
López de Cárdenas, García, 61
López de Mendizábal, Bernardo, 97
Luis XIV, rey de Francia, 106, 107, 144, 146, 147
Luis XV, rey de Francia, 236
Luna Arellano, Tristán de, 75
Llanos, Francisco de, 134, 135
Mackight, Joseph W., 12, 340, 344, 345, 346
Magee, Augustus William, 320, 321, 325
Mallet, Paul, 285
Mallet, Pierre, 285
Manrique de Zúñiga, Alonso, 77, 78
Manso de Zúñiga, Francisco, 91
Marcilla de Ágreda, Sebastián, 91
Mares de Santa Fe, José, 285
Margil de Jesús, Antonio, 152, 158, 162, 164, 167, 170, 180, 333, 334, 349
Mariano (padre), 208, 209
Marquette, Jacques, 105, 106
Martín, Alejandro, 285
Martín Serrano, Hernando, 92, 103
Martínez, Antonio, 324, 325, 327, 328, 352
Martínez, Francisco, 126, 128, 138
Martínez Pacheco, Rafael, 247, 279, 281
Martos, Ángel de, 246, 247, 250
Massanet, Damián, 120, 127, 128, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 333
Mediavilla y Ascona, Melchor de, 207
Meining, S. W., 15
Mendoza, Antonio de, 57, 58, 59, 60, 64, 66, 67, 105
Menéndez de Avilés, Pedro, 79
Meno, Marcos de, 74
Meunier, Pierre, 131, 132, 134
Mézières, Athanase de, 251, 252, 262, 263
Miguel (padre), 216
Mina, Francisco Javier, 325
Miranda, Bernardo de, 216, 227
Miró de Luisiana, Estevan, 291
Moctezuma (conde), 145
Moctezuma II (o Xocoyotzin), 72
Molina, Miguel de, 221
Monclova (conde), 117, 119, 120
Monroe, James, 319, 320
Montero, Bernardino, 321
Moorhead, Max, 338
Morelos y Pavón, José María, 303, 318
Morfi, Juan Agustín, 212, 242, 261, 334
Morlet, Juan, 88
Moscoso Alvarado, Luis de, 36, 43, 65, 66, 69, 73, 333
Muñoz, Manuel, 275, 277, 289, 292
Muñoz, Pedro, 199
Múzquiz, Manuel, 293, 311
Napoleón I Bonaparte, emperador de Francia, 290, 296, 299, 302, 304, 326
Naváez, Pánfilo de, 27, 46, 48, 50, 51, 64, 75, 330
Nava, Pedro de, 286, 287, 289, 292
Naylor, Thomas H., 338
Neve, Felipe de, 268, 272
Newcomb, W. W., 29, 35, 40
Nixon, Pat I, 352
Niza, fray Marcos de, 58, 59, 60, 61
Nolan, Philip, 280, 288, 290, 291, 292, 293, 301, 310, 311
Núñez de Haro, Miguel, 164
Oca y Alemán, Manuel Antonio de, 245
Oconor, Hugo, 246, 250, 252, 253, 256, 260, 261
Olivares San Buenaventura, Antonio de, 152, 153, 154, 155, 163, 164, 165, 166, 170, 180
Onís, Luis de, 326
Oñate (familia), 72
Oñate, Cristóbal de, 58, 72, 73, 88
Oñate, Juan de, 40, 73, 88, 89, 90
O'Reilly, Alejandro, 249
Orobio Bazterra, Joaquín de, 224, 225, 231
Ortega, fray Pedro de, 92
Ortiz, Francisco Javier, 208, 240
Ortiz, Juan, 64
Ortiz Parilla, Diego, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 238, 239, 240, 241
Otermín, Antonio de, 96, 98, 99, 102
Oviedo, Lope de, 52
Padilla, Juan, 63
Parra Cala, Rosario, 12
Payne, Stanley G., 302
Peñalosa, Diego Dionisio de, 96, 97, 106, 107
Peñasco de Lozano, Francisco, 101
Peralta, Pedro, 90
Perera, Antonio, 128
Pérez, Ignacio, 327
Pérez, fray Juan, 100
Pérez de la Torre, Diego, 58

Pérez de Luxán, Diego, 86, 87
Perry, Henry, 325
Pez, Andrés de, 25, 117, 121, 143
Phelypeau, Louis, conde de Pontchartrain, 144
Pichardo, José Antonio, 305
Pike, Zebulon Montgomery, 307, 309, 313
Polzer, Charles W., 338
Ponce de León, Juan, 44, 49, 75
Popé (indio), 97
Poyo, Gerald E., 354
Prieto, Nicolás, 130
Quinn, Robert M., 349
Rábago y Terán, Felipe de, 212, 213, 214, 216, 217, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 284
Ramón (familia), 164
Ramón, Diego, 141, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 164, 166
Ramón II, Diego, 161, 162
Ramón, Domingo, 25, 157, 158, 159, 161, 163, 167, 169, 180, 205, 333
Ramón, Joseph, 171, 172
Ranjel, Rodrigo, 332
Retana, Juan de, 118
Revilla Gigedo (conde), 212
Revilla Gigedo II, 229, 277
Reyes de La Bahía, José Mariano, 274, 275
Riego, Rafael de, 303
Rigand, Antoine, 326
Río, Domingo del, 227
Río de Losa, Rodrigo de, 79
Ripperdá, Juan María, barón de, 252, 253, 254, 256, 265
Rivas, Martín de, 25, 116, 117, 118, 121
Rivera y Villalón, Pedro de, 181, 182, 183, 184, 185, 187, 188, 190, 191, 192, 194, 237, 238
Robinson, Jaime Sue, 11
Robinson, John, 320
Rodríguez, fray Agustín, 85, 87
Rodríguez Cabrillo, Juan, 67
Romero, Anastasio, 228
Romero, Antonio, 113, 115, 116
Romero de Terreros, Alonso, 347
Romero de Terreros, Pedro, 217, 218, 219, 221, 346, 347
Ross, Reuben, 321
Rubí (marqués), 237, 238, 240, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 253, 254, 259, 260, 265
Rubio, José, 262
Ruiz, Marcos, 225, 227, 247
Sabeata, Juan, 32, 103, 118, 137
Saint Denis, Louis Juchereau de, 147, 148, 149, 151, 155, 156, 157, 159, 161, 162, 163, 164, 171, 173, 179, 180, 201, 250, 251, 335
Salán Paniagua, Esperanza, 12
Salas, Juan de, 91
Salazar, Diego de, 152
Salazar, Juan, 317
Salcedo, Manuel, 282, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 321, 322, 324
Salcedo, Nemesio de, 306, 307, 313, 316
Salinas, Martín, 29
Salinas Varona, Gregorio de, 132, 134, 139, 141, 142, 154, 156
San Buenaventura, Dionisio de, 102
San Miguel de Aguayo (marqués), 25, 168, 173, 179, 187, 190, 335
Sánchez, Manuela, 151, 157; 162
Sánchez, Tomás, 231
Sánchez Chamuscado, Francisco, 85, 87
Santa Ana (padre), 203, 207
Santa María, fray Juan de, 85
Santiesteban, José de, 221
Santos, Cristóbal de los, 284, 285
Sarvis, Martín, 12
Scholes, France V., 14
Schuetz, Mardith K., 339
Sebastián (hermano), 63
Seed, Patricia, 258
Seignelay (marqués), 107
Sevillano de Paredes, Miguel, 183
Shaler, William, 319, 320
Sibley, John, 310, 311, 327
Sierra, Pedro de, 246
Sierra Gorda (conde), 230
Sigüenza y Góngora, Carlos de, 143
Silva, Manuel Julio de, 275
Sopete de Quiviria (indio), 61, 62
Soto, Hernando de, 36, 37, 43, 58, 60, 64, 65, 66, 67, 75, 332
Swanton, John R., 29
Talon (familia), 123
Talon, Lucien, 131
Talon, Marie Madeleine, 131
Talon, Pierre, 131
Talon, Robert, 131
Talleyrand, Charles Maurice, 296, 304
Teja, Jesús F. de la, 259
Temiño de Bañuelos, Baltasar, 72
Terán de los Ríos, Domingo, 135, 137, 138, 139, 140, 141, 153, 154

Thomas, Alfred B., 261
Thomas, Denis, 113
Tienda de Cuervo, José, 232
Tjarks, Alicia, 283
Tolosa, Juan de, 71, 72, 73
Tolosa Cortés Moctezuma, Leonor, 73
Tontí, Henri de, 130, 144
Triana, Juan de, 134
Turco (El) (indio), 61, 62
Ugalde, Juan de, 263, 273, 274
Ulloa, Antonio de, 249, 250
Ulloa, Francisco de, 59
Urrutia, José de, 153, 169, 194, 195, 208
Urrutia, Toribio, 208, 209, 214, 215
Valero (marqués), 163, 168, 170, 172, 180, 195, 203
Vargas, Diego de, 123
Vázquez de Borrego, José, 231, 232
Vázquez de Coronado, Francisco, 19, 25, 26, 34, 35, 36, 43, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 72, 75, 332
Velasco, Luis de, 74, 78
Velázquez, Diego, 44, 46, 48
Venegas, Francisco Javier, 299
Vera, John Philip, 119
Vial, Pedro, 284, 285
Vidal, José, 292, 293
Villafañe, Ángel, 75
Villalba, Juan de, 236, 237
Villalobos, Gregorio, 81
Vizarrón y Eguiarreta, Juan Antonio, 200
Webb, Walter P., 82
Weber, David J., 14, 327
Weddle, Robert S., 14, 124, 219, 229
Wilkinson, James, 288, 290, 306, 307, 323, 327
Wilkinson, Ralph, 119, 291, 292
Wilson, William H., 11
Winthuysen, Thomas, 201, 202, 206
Ybarbo, Gil Antonio, 254, 256
Zaldívar (familia), 72
Zaldívar, Juan, 65, 72, 73, 88, 89
Zaldívar, Vicente, 72, 73, 88, 89
Zambrano, Juan Manuel, 317, 319
Zárate, fray Ascencio de, 92
Zavaleta, fray Juan, 103, 104
Zumárraga, Juan de, 58

ÍNDICE TOPONÍMICO

Acapulco, 59, 260
Ácoma, 85, 89
Adeas (Los), 167, 171, 179, 184, 194, 201, 202, 208, 213, 224, 225, 231, 246, 250, 253, 254, 256, 257, 262, 306
Adobe Walls, 63
Águila (paso), 101, 149
Ágreda, 92
Alabama (Estado), 15, 64
Alamito Creek, 87
Álamo (El), 349, 351-352
Alaska, 33
Albuquerque, 85, 86, 88, 91
Almadén, 81
Almagres (Los), 240
Alto, 65
Amarillo, 63, 285
América, 108, 125, 126, 135, 144, 237, 244, 266, 281, 302, 303, 314, 325, 351
América Central, 58, 152
América del Norte, 268
Anáhuac, 228
Andalucía, 43
Angelina (río), 36, 37, 65, 159, 172
Antigua Veracruz, 45
Apachería, 204
Apalaches (montes), 24, 269, 288
Apatzingán, 301
Argentina, 296
Arizona, 61, 64, 87, 107, 342, 345
Arkansas, 37, 64, 65, 307, 324, 325, 332
Arkansas (río), 35, 63, 90, 106, 189, 305, 307, 309
Arroyo de la Soledad, 274
Arroyo de Mosquito, 275
Arroyo Hondo, 306, 311
Atlanta, 65
Atlántico (océano), 50, 60, 108, 146, 191, 229, 244
Austin, 18, 137
Austria, 125
Azufre (río), 37
Baffin (bahía), 116
Bahía (La), 18, 180, 184, 194, 205, 208, 224, 225, 231, 240, 246, 247, 248, 253, 263, 264, 268, 274, 277, 279, 282, 321, 327, 338
Baja California, 67, 281
Baján, 318
Bajo Mississippi (valle), 144, 146
Balcones (falla), 20
Balmorhea, 87
Baltimore, 325
Basilea (tratado), 289
Béjar, 166, 171, 172, 179, 187, 189, 190, 191, 193, 194, 195, 196, 203, 215, 244, 245, 246, 249, 250, 252, 254, 257, 258, 272, 279, 285, 309, 316, 319, 321, 322, 324, 335, 336, 340, 349, 350, 352
Belfast, 290
Bernalillo (provincia), 61, 86
Biloxi, 145, 146, 147, 148
Blum, 291
Borger, 63
Brazos (Los), 36
Bruzos (río), 206, 223, 225, 293
Brest, 144
Bretón (cabo), 80
Briscoe (condado), 62
Brooks (condado), 30
Brownsville, 12, 25

Brownwood, 187
Brushy (arroyo), 207, 211
Bucareli, 271
Bufa La (montaña), 72
Búfalos (llanuras), 85, 86, 87, 88
Bugbee, 63
Caballos (bahía), 50
Cadereyta, 115
Cádiz, 302
Caldera, 120, 128
Calderón (puente), 301
California, 67, 82, 237, 238, 259, 264, 286, 345, 348
California (golfo), 58, 59, 248, 264
Camp Wood, 243
Camino Seal, 59, 61, 171
Canadá, 25, 33, 105, 106, 121, 144, 146, 266, 354
Canadian (río), 62, 90
Canarias (archipiélago), 107, 170, 179, 185, 190
Candelaria, 87, 213
Canyon City, 63
Cañón (El), 243, 245, 252, 257
Cañón de las Llanuras, 63
Cañón del Palo Duro, 63, 65
Caribe, 81, 236, 339
Caribe (mar), 43
Castilla, 37
Castilla (reino), 13, 295
Celaya, 86
Cempoala, 48, 49
Cerdeña, 167
Cerralvo, 79, 100
Cíbola, 59, 60, 61, 62, 64, 66, 71, 75, 92
Ciudad de la Pradera de los Perros, 63
Ciudad de México, 56, 57, 59, 66, 105, 106, 118, 121, 126, 127, 128, 132, 133, 141, 142, 151, 154, 155, 156, 161, 162, 163, 164, 168, 169, 180, 181, 184, 194, 200, 205, 208, 211, 215, 216, 217, 222, 225, 227, 228, 237, 239, 241, 244, 246, 250, 256, 261, 278, 298, 299, 300, 301, 307, 327, 330, 333
Ciudad del Cielo de Ácoma, 61
Ciudad León, 81
Coahuila, 23, 82, 88, 100, 101, 102, 105, 111, 118, 119, 120, 121, 124, 126, 127, 128, 131, 132, 133, 135, 139, 140, 141, 142, 152, 153, 162, 165, 168, 169, 170, 172, 173, 180, 187, 216, 217, 231, 238, 239, 241, 252, 259, 263, 265, 270, 272, 273, 274, 280, 281, 313, 316, 317
Coastal Bend (Curva Costera de Texas), 110
Cochiti, 104
Colorado, 189, 309
Colorado (río), 20, 59, 104, 121, 131, 137, 138, 154, 185, 187, 206, 262, 285, 311
Compostela, 60
Concepción, 180, 184, 215
Conchos (río), 31, 54, 79, 85, 86, 87, 89, 104, 188
Corazones, 56
Córdoba, 303
Corpus Christi (bahía), 27, 116, 117
Corpus Christi de la Isleta, 103
Costa del Seno Mexicano, 222, 229, 231
Crystal City, 153
Cuba, 44, 48, 50, 60, 73, 87, 249, 273, 286
Cuenca y Cordillera (provincia), 20
Culiacán, 56, 57, 59, 60, 71, 83
Cushing, 159
Chambers (condado), 228
Champ d'Asile (Le), 326
Chapala (lago), 71
Charlotte, 64
Chichimeca, 83
Chihuahua, 24, 32, 54, 78, 79, 80, 82, 83, 85, 286, 293, 309, 313, 318, 319, 320
Chile, 296
Chilpancinco, 301
Dalhart, 25
Dimmitt, 285
Dodge City, 90
Dolores, 232, 298, 299, 300, 312, 338
Durango, 78, 79, 80, 82, 83, 101, 314
Durango (sierra), 70
Edwards (meseta), 19, 20, 311
Escarpa de Balcones, 17-18.
Escondido (río), 110
España, 12, 13, 21, 22, 24, 26, 43, 44, 48, 53, 58, 59, 60, 73, 80, 87, 91, 92, 107, 108, 115, 117, 124, 125, 128, 135, 142, 143, 144, 146, 147, 149, 151, 155, 157, 163, 166, 167, 169, 171, 173, 228, 229, 235, 236, 237, 239, 248, 249, 250, 251, 252, 259, 260, 263, 264, 266, 267, 270, 281, 286, 288, 289, 290, 292, 294, 295, 296, 297, 302, 303, 304, 306, 307, 311, 322, 324, 326, 330, 340, 344, 348, 351, 352
Española (La) (isla), 44, 45
Espíritu Santo (bahía), 110, 113
Espíritu Santo (río), 46
Espíritu Santo de Zúñiga, 172, 247
Estado de la Estrella Solitaria, 15, 18, 21, 42, 73, 103, 105, 142-143, 151, 354

Estados Unidos, 16, 18, 20, 36, 157, 266, 285, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 304, 307, 310, 313, 315, 316, 317, 320, 324, 325, 326, 329, 332, 338, 345, 348, 350, 351
Europa, 43, 126, 128, 144, 147, 167, 169, 173, 179, 181, 258, 288, 289, 290, 296
Falcón (dique), 343
Falcón (lago), 53
Fayette (La) (condado), 65
Ferriday, 65
Filadelfia, 270, 313, 326
Filipinas, 88, 302
Flagstaff, 87
Flores (río), 116
Florida, 36, 46, 48, 49, 50, 60, 64, 67, 74, 75, 79, 80, 95, 106, 110, 113, 117, 124, 142, 143, 145, 156, 263, 267, 292, 326
Fort Davis, 87
Francia, 75, 105, 106, 112, 113, 123, 124, 125, 128, 144, 146, 147, 148, 155, 167, 169, 171, 223, 235, 236, 239, 263, 269, 288, 289, 290, 296, 301, 304
Frankfort (Estados Unidos), 292
Fray Cristóbal, 98
Frío (río), 153
Galisteo, 90
Galveston (bahía), 25, 41, 116, 117, 327
Galveston (isla), 18, 27, 51, 52, 53, 324, 325, 326, 327
Garcitas, 116, 120, 121, 123, 135
Garland City, 65
Georgia, 64
Goliad, 231, 273, 336, 337, 338, 349
Gran Bretaña. 267
Gran Cañón, 61
Gran Chichimeca, 70, 71, 75, 77
Gran Quiviria, 33, 35, 40, 67, 69, 92, 107, 168, 169
Granada, 63
Grande (río), 18, 20, 23, 29, 30, 31, 46, 53, 54, 61, 62, 66, 73, 74, 80, 81, 85, 86, 87, 88, 89, 91, 95, 98, 100, 101, 102, 104, 105, 110, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 131, 137, 148, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 170, 171, 183, 188, 205, 217, 231, 232, 241, 245, 247, 280, 305, 309, 317, 337, 343
Grandes Llanuras, 17, 19, 36-47
Gruver, 63
Guadalajara, 71, 73, 127, 265, 301
Guadalquivir (río), 50, 53
Guadalupe, 166
Guadalupe (montes), 330
Guadalupe (pico), 20
Guadalupe (río), 30, 52, 120, 130, 131, 132, 133, 134, 137, 166, 179, 182, 218, 231, 248, 275, 279
Guanajuato, 300
Guatemala, 59
Habana (La), 113
Harrison (condado), 65
Háwikuh, 59, 61, 62
Hermosillo, 56
Hill country, 20
Hitchland, 63
Hondo (río), 171
Horace, 63
Horsehead Crossing (Cruce de la Cabeza de Caballo), 104
Houston, 65
Iguala, 352
Illinois (río), 121
Indias, 12, 49, 80, 87, 90, 133, 134, 143, 168, 169, 190, 192, 229, 259, 313, 334, 335
Inglaterra, 144, 236, 289, 290, 345
Irlanda, 290
Isleta (La), 91, 97, 98, 102, 104
Italia, 296
Iztapa, 59
Jalisco, 101
Jamaica, 44, 45, 46, 48
Jefferson, 65
Junta de los Ríos (La), 31, 32, 33, 54, 85, 86, 87, 91, 99, 103, 104, 105, 118, 188, 337
Kansas, 33, 36, 63, 64, 88, 90, 189, 309
Kentucky, 288, 290, 291, 292
Kingsville, 74, 116
Kinney, 101
Laredo, 231, 247, 273, 323
Lavaca (bahía), 119, 121, 135
Lavaca (río), 130, 134
León (reino), 13, 295
Lerma (río), 71
Lindsborg, 63
Liverpool, 325
Londres, 107, 117, 325
Luisiana, 37, 43, 64, 65, 124, 144, 147, 151, 155, 157, 161, 162, 163, 169, 181, 228, 235, 236, 248, 249, 250, 251, 254, 256, 262, 263, 266, 267, 271, 280, 281, 282, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 304, 305, 306, 311, 312, 313, 326, 337, 345

Luz (La), 228
Llano (condado), 216
Llano (río), 215, 216, 240
Llano Estacado, 18, 62, 63, 330
Llanura Costera del Golfo, 17
Llanuras Altas, 18, 19, 40, 63, 332
Llanuras de Osage, 18
Llanuras Norcentrales, 18
Llanuras Onduladas, 18
Madrid, 145, 146, 173, 208
Malhado (isla), 27, 30, 51
Maligne (La) (río), 121
Marcos (río), 213
Marfa, 87
Matagorda (bahía), 18, 75, 110, 111, 112, 116, 117, 119, 120, 121, 126, 131, 132, 133, 134, 137, 138, 139, 140, 163, 166, 168, 171, 172, 173, 179, 190, 229
Maverick (condado), 101
Mayo (río), 59
Mazapil, 80
Médanos de Magdalena, 74
Medina (río), 15, 323, 325
Menara, 337
Menard, 216, 219, 241, 245, 347
Mesetas Intermontanas, 17, 19
México, 18, 21, 22, 24, 25, 29, 31, 33, 34, 36, 44, 45, 46, 48, 49, 52, 53, 54, 57, 63, 64, 66, 69, 73, 76, 77, 79, 81, 82, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 100, 113, 119, 121, 123, 125, 140, 142, 144, 145, 148, 161, 162, 166, 168, 199, 223, 229, 230, 235, 236, 237, 248, 252, 258, 260, 261, 268, 273, 286, 299, 303, 318, 320, 324, 327, 329, 332, 334, 335, 339, 342, 346, 352
México (golfo), 16, 17, 18, 32, 43, 44, 45, 46, 48, 53, 66, 70, 73, 74, 75, 80, 95, 105, 108, 109, 110, 112, 113, 117, 119, 121, 134, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 181, 228, 232, 247, 263, 280, 282, 289, 330, 343
Michoacán, 49
Middle Concho (Concho Medio), 104
Miller (condado), 65, 325
Mississippi (estado), 15, 64, 66, 344.
Mississippi (río), 36, 46, 50, 65, 75, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 112, 113, 117, 121, 123, 124, 126, 130, 144, 145, 146, 147, 148, 235, 251, 264, 266, 269, 270, 288, 290, 293, 315
Mixtón (guerra), 67, 71, 82
Mobile (bahía), 75, 113, 119, 143, 145, 146, 156, 161
Monclova, 79, 81, 101, 118, 132, 137, 139, 141, 142, 172, 182, 185, 187, 261, 283, 309, 317, 318
Montañas Rocosas, 18, 20, 33
Monterrey, 79, 83, 100, 101, 115, 120
Morelia, 298
Motagorda (bahía), 51
Mustang (isla), 117
Nacogdoches, 18, 23, 65, 159, 202, 240, 254, 256, 257, 262, 265, 268, 282, 286, 290, 291, 293, 306, 311, 312, 316, 317, 321, 327, 328, 349
Natchitoches, 148, 161, 162, 167, 171, 173, 179, 180, 201, 202, 224-225, 240, 250, 252, 254, 256, 284, 285, 309, 310, 311, 313, 319
Natchez, 270, 291, 292, 293, 305, 313, 327
Navasota, 171
Nagarit, 80
Neches (río), 36, 37, 65, 130, 131, 132, 138, 162, 172, 225
Nevada, 345
Nochistlán, 70, 72, 73
Norte (río), 18, 95, 137
Norteamérica, 267, 288, 315, 330, 345
Nueces (río), 239, 243, 245
Nuestra Señora de Candelaria, 210
Nuestra Señora de Guadalupe de los Nacogdoches, 159, 202
Nuestra Señora de la Candelaria del Cañón, 243
Nuestra Señora de la Luz, 227, 246
Nuestra Señora de la Purísima Concepción, 159
Nuestra Señora de los Dolores, 162, 167, 202, 231
Nuestra Señora del Pilar de Bucareli, 256
Nuestra Señora del Refugio, 275, 276
Nuestra Señora del Rosario de los Cujanes, 231, 247
Nuestro Padre San Francisco de las Tejas, 159
Nueva Escocia, 80
Nueva España, 21, 43, 48, 49, 57, 58, 64, 65, 66, 67, 69, 70, 73, 74, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 88, 89, 91, 92, 93, 95, 98, 99, 105, 107, 110, 111, 112, 113, 115, 116, 117-118, 120, 121, 127, 128, 135, 146, 147, 148, 151, 152, 155, 163, 168, 180, 181, 182, 190, 191, 192, 216, 229, 230, 232, 233, 235, 237, 238, 249, 258, 259, 260, 261, 267, 273, 277, 281, 286, 289, 293, 294, 295, 296, 297, 299, 301, 302, 303, 307, 314, 315, 320, 322, 324, 326, 327, 333, 334, 338, 339
Nueva Extremadura, 156
Nueva Francia, 106
Nueva Galicia, 49, 56, 57, 58, 60, 70, 71, 72, 88

Nueva Orleans, 227, 236, 262, 269, 270, 286, 288, 290, 291, 307, 319
Nueva Vizcaya, 78, 81, 82, 83, 86, 88, 98, 99, 120, 124, 128, 156, 241, 259, 261, 283, 314, 337
Nuevo León, 53, 79, 80, 81, 100, 105, 115, 120, 165, 222, 229, 306, 313
Nuevo México, 14, 20, 24, 33, 34, 35, 43, 54, 61, 62, 64, 65, 67, 73, 79, 81, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 103, 104, 105, 106, 107, 123, 142, 152, 208, 235, 236, 238, 241, 242, 243, 259, 267, 270, 271, 283, 285, 286, 305, 309, 337, 345
Nuevo Reino de las Filipinas, 15, 330
Nuevo Santander (provincia), 204, 229, 230, 231, 232, 270, 317, 322, 325
Oklahoma, 36, 63, 64, 90
Orcoquizac (El), 225, 228, 232, 246, 247, 253, 257
Ouachita (río), 65
Pacífico (océano), 33, 54, 59, 60, 67, 82
Padre (ísla), 18, 73, 116, 330, 354
Palisaded Plain, 18
Palmas (Las) (río), 46, 74, 79, 80, 115
Palo Duro (cañón), 18
Panamá, 43
Pánuco (región), 49, 51, 53, 54, 70, 71, 73, 74, 79, 80, 81, 95, 106
Pánuco (río), 46, 48, 49, 50, 71, 80
París, 107, 147
París (paz), 205, 244, 265
París (tratado), 235, 267, 269
Parral, 103, 118
Paso (El), 54, 85, 91, 98, 99, 100, 102, 103, 104, 105, 118, 283, 309, 335, 337, 354
Paso de Francia, 102, 118, 120
Paso del Norte, 20, 93, 98, 100, 105
Paso Tomás, 256
Pecan Point, 325
Pecos, 61
Pecos (río), 20, 62, 85, 87, 88, 90, 104, 241, 285
Pedernales (río), 215
Pensacola (bahía), 113, 143, 144, 145, 146, 154, 162, 167
Perú, 44, 58, 66, 76, 119, 125, 135
Point Bolivar, 327
Presidio, 32, 54
Provincias Internas, 256, 259, 260, 262, 264, 265, 273, 281, 289, 290, 306, 312, 314, 334
Puaray, 86
Puerto Rico, 44
Pullman, 63
Purísima Concepción de Acuña, 265-266, 277
Quebec, 147
Querétaro, 71, 73, 82, 127, 128, 133, 142, 152, 154, 158, 159, 163, 171, 180, 183, 184, 185, 206, 207, 209, 212, 217, 218, 230, 231, 240, 265, 276, 297, 298, 299, 300
Quivira, 61, 62, 63, 66, 89, 90
Rancho de Santa Gertrudis, 276
Randall (condado), 18
Real (condado), 243
Reino de Galicia, 190
Reino de Nuevo León, 80
Republicano (río), 307
Revilla, 319
Río Abajo, 96, 97, 98
Río Grande City-Camargo, 116
Robeline, 337
Rock (cabo), 18, 25
Rockdale, 206
Rochelle (La), 108
Rojo (río), 36, 37, 42, 65, 139, 140, 148, 171, 188, 223, 238, 251, 252, 262, 284, 285, 305, 306, 307, 310, 311, 325, 326, 330
Roma (Texas), 119
Rosario, 232, 274, 275, 277
Rouen, 105
Royal, 63
Ruidosa, 87
Ryswich (tratado), 143, 144, 146
Sabinas (río), 120, 152
Sabine (paso), 116
Sabine (río), 148, 157, 286, 295, 305, 306, 311, 316, 219, 320, 326, 327
Sacramento, 211
Saint Joseph (isla), 117
Saint Louis, 123, 126, 130, 131, 143, 285, 307
Saint Louis de La Salle, 172
Salado (arroyo), 321
Salado (batalla), 321, 322
Salineta (La), 98
Saltillo, 71, 79, 80, 100, 101, 133, 158, 164, 185, 192
San Agustín, 143
San Agustín de Ahumada, 227
San Antonio, 13, 18, 21, 22, 25, 31, 80, 137, 153, 154, 167, 170, 171, 172, 173, 179, 182, 183, 184, 185, 187, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 207, 208, 209, 210, 212, 213, 214, 215, 218, 219, 220, 222, 223, 233, 238, 241, 243,

244, 245, 246, 248, 249, 252, 253, 254, 257, 258, 261, 262, 264, 265, 268, 270, 271, 273, 274, 277, 278, 279, 281, 282, 283, 284, 285, 292, 295, 309, 311, 316, 317, 319, 321, 335, 336, 337, 338, 340, 348, 349, 350, 351, 354
San Antonio (bahía), 30, 117
San Antonio de Béjar 193, 314, 338
San Antonio de Padua (río), 154, 155, 163, 165, 167, 170, 171, 196, 198, 231, 239, 275
San Antonio de Valero, 165, 166, 168, 180, 183, 187, 206, 265, 276, 277, 335
San Augustine, 65, 162
San Bartolomé, 85, 86, 87
San Bartolomé (valle), 79
San Bernardo (bahía), 116, 119
San Felipe, 73, 77
San Fernando, 230, 252, 317, 350
San Fernando de Béjar, 191, 337
San Francisco, 159, 166, 184, 200
San Francisco (bahía), 75
San Francisco de Campeche, 113
San Francisco de la Espada, 265, 277
San Francisco de los Tejas, 134, 137, 162, 333
San Francisco Javier, 206, 210
San Francisco Javier de Nájera, 172
San Francisco Solano, 153, 163, 165
San Gabriel, 90, 206, 207, 209, 210, 211, 212, 213, 215, 216, 217, 218, 228, 229, 232, 242, 257, 281
San Gabriel (río), 24, 42, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 213, 214
San Gabriel (valle), 205
San Ildefonso, 210, 211, 213
San Ildefonso (tratado), 304
San Jacinto (río), 41, 225
San Javier, 213, 216, 218
San José, 159, 170, 184, 276, 277, 335, 349
San Juan (río), 115
San Juan Bautista, 102, 170, 180, 182, 185, 187, 188, 192, 197, 215, 247, 265
San Juan Bautista del Río Grande, 149, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 162, 163, 164, 243, 283
San Juan Capistrano, 200, 265, 277
San Juan de los Lagos, 299
San Juan de Ulúa, 134
San Lorenzo, 243, 245, 290, 292
San Luis, 121, 242, 243
San Luis (isla), 51
San Luis de las Amarillas, 219, 238, 241
San Luis de Potosí, 80
San Marcos (río), 211, 214, 218
San Marcos de Neve, 307
San Martín, 78, 80
San Miguel de Aguayo, 170
San Miguel de Culiacán, 49, 53, 70
San Miguel de Linares, 162, 171
San Miguel de las Adaes, 202
San Miguel de Luna, 118
San Pedro (arroyo), 166, 196
San Sabá (condado), 20
San Sabá (región), 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 228, 232, 238, 239, 240, 242, 243, 244, 245, 248, 257, 274, 284
San Sabá (río), 194, 204, 205, 214, 215, 216, 218, 219, 220, 239, 241, 285
Sangre de Cristo (montes), 309
Santa Bárbara, 79, 80, 85, 86, 89
Santa Cruz de San Sabá, 219, 220
Santa Cruz del Cíbolo, 253
Santa Elena, 79, 80
Santa Fe, 35, 85, 90, 96, 97, 98, 104, 248, 268, 283, 284, 285, 309
Santa Helena (isla), 326
Santiago de los Valles, 70
Santiago de Moclova, 128
Santiesteban del Puerto, 48, 66, 73
Santo Domingo, 44, 50, 58, 88, 108, 110, 113, 144, 323
Sarasota (bahía), 50
Sevilla, 296, 302, 314, 335
Sicilia, 167
Sierra Gorda, 230
Sierra Madre Occidental, 71
Sierra Madre Oriental, 71
Siete Ciudades de Cíbola, 67, 70
Siete Colinas de Aijados, 69, 89
Sinaloa, 78, 80, 135, 181, 217, 259
Sinaloa (río), 59
Smith-La Grange, 121
Sonora, 54, 56, 78, 135, 181, 217, 259, 265, 286
Soto de la Marina, 79, 325
Staked Plain, 18
Sur (mar), 54
Swisher (condado), 62
Tampico, 80, 115, 117, 229, 231
Taos, 85, 97
Teguayo, 107
Tenerife (isla), 199
Tenochtitlán, 48
Tepic, 82

Texas, 12, 13, 15, 16, 17, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 29, 34
Texas (asa), 18, 33, 62, 63, 64, 73, 88, 90, 95, 332
Texas (golfo), 13, 15
Texas del Norte, 11, 12
Tierra Nueva, 69, 71, 81, 83
Tierras Bajas del Interior, 16, 18
Tiguex (provincia), 61, 62, 63, 85
Tlaxcala, 181, 199
Toya Creek, 87
Toyah (río), 20
Toyahvale, 87
Transpecos (región), 20
Tres Palacios (bahía), 119
Trinidad, 227, 228, 307
Trinidad (río), 41, 65, 121, 123, 138, 164, 166, 167, 171, 201, 204, 206, 224, 225, 256, 262, 293, 326
Tucumcari, 90, 285
Tula, 332, 333
Tule (cañón), 62
Tule (río), 62
Tulia, 62, 285
Unión Soviética, 354
Utrecht (tratado), 167
Val Verde (condado), 18, 101, 121
Valençay, 296
Valladolid, 298
Valle Central, 82
Valles, 231
Veracruz, 46, 48, 73, 74, 75, 82, 115, 117, 119, 134, 135, 140, 145, 148, 181, 260, 297, 299
Versalles, 144, 146
Victoria, 120
Villa de Almadén, 81, 88
Villa de la Cueva, 81
Villa de San Fernando, 195, 198, 202
Villa Rica de la Vera Cruz, 45, 46
Virginia, 321
Waco, 36, 262, 284, 293, 311
Washington, 319, 320, 324, 342
Weches, 65
Wyoming, 189
Yaqui (río), 56
Isleta, 103
Yucatán (península), 44, 45, 46, 113, 152
Zacatecas, 70, 72, 73, 77, 78, 80, 82, 158, 159, 162, 170, 171, 180, 227, 230, 233, 265, 266, 274, 275, 276
Zuñi, 85

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

El libro *Texas en la época colonial,* de Donald E. Chipman, forma parte de la Colección «España y Estados Unidos», dirigida por los profesores Michael Gannon, de la Universidad de Florida, y Eugene Lyon, de la Fundación St. Augustine, con la colaboración del embajador Carlos Fernández-Shaw.

COLECCIÓN ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

- La Florida, siglo XVI, descubrimiento y conquista.
- La Florida contemporánea.
- Las raíces hispanas de Estados Unidos.
- España y la independencia de Estados Unidos.
- La revolución norteamericana en la independencia de Hispanoamérica.
- Texas en la época colonial.

En preparación:

- Hispanos en Estados Unidos.
- Emigración española a Estados Unidos.
- Veinticinco años de México en Estados Unidos.
- Nuevo México.
- Arizona.
- California.
- Luisiana.
- La Florida colonial.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 003157